



CASSANDRA CLARE

CAZADORES DE SOMBRAS LOS ORÍGENES

3. PRINCESA MECÁNICA



DESTINO

Cassandra Clare

Princesa mecánica

Cazadores de Sombras: Los orígenes - 3

*Para la familia Lewis:
Melanie, Jonathan y Helen*

Considero cierto, al igual que aquel que canta en tonos diversos con una clara arpa, que los hombres pueden alzarse, pisando sobre sus cuerpos muertos, hacia cosas superiores.

ALFRED, LORD TENNYSON, *In Memoriam A. H. H.*

PRÓLOGO

York, 1847

—Tengo miedo —confesó la niña sentada en la cama—. Abuelo, ¿puedes quedarte conmigo?

Aloysius Starkweather emitió un sonido gutural de impaciencia mientras acercaba una silla a la cama y se sentaba. Esa muestra de intranquilidad iba sólo parcialmente en serio. Le gustaba que su nieta confiara tanto en él, que a menudo fuera él el único capaz de calmarla. Su hosca actitud nunca le había importado a la niña, a pesar de su delicado carácter.

—No hay nada de lo que tener miedo, Adele —repuso él—. Ya lo verás.

La pequeña lo miró con los ojos muy abiertos. Normalmente, la ceremonia de la primera runa se habría celebrado en uno de los salones más señoriales del Instituto de York, pero debido a la fragilidad de la salud y los nervios de Adele, se había acordado que podía realizarse en la seguridad de su dormitorio. Se hallaba sentada en el borde de la cama, con la espalda muy recta. Su vestido ceremonial era rojo, con una cinta asimismo roja sujetándole el fino cabello rubio. Los ojos resultaban enormes en el delgado rostro; los brazos, delgados. Toda ella era frágil como una taza de porcelana.

—Los Hermanos Silenciosos —dijo ella—, ¿qué me van a hacer?

—Dame el brazo —le pidió él, y la niña se lo tendió confiada. El abuelo se lo volvió y vio las azules venas bajo la piel—. Emplearán sus estelas..., ya sabes lo que es una estela, para dibujarte una Marca. Normalmente empiezan por la runa de Videncia, que ya conoces por tus estudios, pero en tu caso comenzarán por la de la Fuerza.

—Porque no soy muy fuerte.

—Para mejorar tu constitución.

—Como el caldo de carne. —Adele arrugó la nariz.

Él rió.

—Esperemos que no tan desagradable. Notarás un pequeño pinchazo, así que debes ser valiente y no gritar, porque los cazadores de sombras no gritan de dolor. Luego el pinchazo desaparecerá, y te sentirás mejor y mucho más fuerte. Y así se acabará la ceremonia, e iremos abajo para celebrarlo con pasteles helados.

Adele chocó los talones.

—¡Y una fiesta!

—Sí, una fiesta. Y regalos. —Se palmeó el bolsillo, donde tenía escondida una pequeña caja envuelta en elegante papel azul, que contenía un minúsculo anillo de familia aún más pequeño—. Aquí tengo uno para ti. Te lo daré en cuanto se acabe la ceremonia de las Marcas.

—Nunca antes me han hecho una fiesta.

—Es porque te vas a convertir en una cazadora de sombras —explicó Aloysius—. Sabes que eso es muy importante, ¿verdad? Tus primeras Marcas significan que eres nefilim, como yo, y como tu madre y tu padre. Significan que formas parte de la Clave, parte de nuestra familia guerrera. Alguien diferente y mejor que todos los demás.

—Mejor que todos los demás —repitió la niña lentamente mientras se abría la puerta del cuarto y entraban dos Hermanos Silenciosos.

Aloysius vio un destello de temor en los ojos de Adele, que apartó el brazo que él le sujetaba. Aloysius frunció el cejo; no le gustaba ver el miedo en su progenie, aunque no podía negar que los Hermanos resultaban inquietantes, con su silencio y su peculiar manera de deslizarse al andar. Fueron hacia el lado de la cama donde se hallaba la pequeña mientras la puerta volvía a abrirse y entraban el padre y la madre de la niña; su padre, el hijo de Aloysius, con un traje escarlata, y su esposa con un vestido rojo que se acampanaba en la cintura y un collar dorado del que colgaba una runa *enkeli*. Sonrieron a su hija, que les correspondió con una trémula sonrisa, mientras los Hermanos Silenciosos la rodeaban.

Adele Lucinda Starkweather. Era la voz del primer Hermano Silencioso, el hermano Cimon. *Ya has cumplido la edad. Es el momento de que recibas en ti la primera de las Marcas del Ángel. ¿Conoces el honor que se te otorga y harás todo lo que esté en tu poder para ser merecedora de él?*

—Sí —contestó Adele, asintiendo obediente.

¿Y aceptas esas Marcas del Ángel, que estarán para siempre sobre tu cuerpo, un recordatorio de todo lo que le debes al Ángel y de tu sagrado deber con el mundo?

Adele asintió de nuevo. A Aloysius se le llenó el corazón de orgullo.

—Las acepto —dijo la niña.

Entonces, comencemos.

Una estela destelló, sujeta en la larga y blanca mano del Hermano Silencioso. Le cogió el tembloroso brazo a Adele, le colocó la punta de la estela sobre la piel y comenzó a dibujar.

Líneas negras surgían ondeantes de dicha punta, y Adele fue observando maravillada cómo el símbolo de la Fuerza iba tomando forma sobre la pálida piel de la parte interior del brazo, un delicado dibujo de líneas que se cortaban, cruzando las venas, envolviéndole el brazo. Tenía el cuerpo tenso, los dientecitos clavados en el labio inferior. Lanzó una rápida mirada a Aloysius, y él se quedó parado ante lo que vio en los ojos de su nieta.

Dolor. Era normal notar algo de dolor al recibir una Marca, pero lo que veía en los ojos de Adele era... pura agonía.

Aloysius se incorporó de golpe, y la silla en la que había estado sentado salió disparada hacia atrás.

—¡Detente! —gritó, pero era demasiado tarde. La runa estaba completa.

El Hermano Silencioso se apartó, mirando fijamente. Había sangre en la estela. Adele estaba gimiendo, recordando la advertencia de su abuelo de que no debía llorar, pero en seguida, la piel lacerada y ensangrentada comenzó a levantársele de los huesos, ennegrecida, ardiendo bajo la runa como si ésta fuera de fuego, y Adele no pudo evitar echar la cabeza atrás y gritar, gritar...

Londres, 1873

—¿Will? —Charlotte Fairchild entreabrió la puerta de la sala de entrenamiento del Instituto—. Will, ¿estás ahí?

Un apagado gruñido fue la única respuesta. La puerta se abrió del todo y mostró la amplia sala de altos techos que había al otro lado. Charlotte había crecido entrenándose ahí y conocía cada irregularidad de las maderas del suelo; la vieja diana pintada en la pared norte; las ventanas de hojas cuadradas, tan viejas que eran más gruesas en la base que en lo alto. En el centro de la estancia se hallaba Will Herondale, con un cuchillo en la mano derecha.

Éste volvió la cabeza para mirar a Charlotte, y ella pensó de nuevo que era un niño muy raro, aunque con doce años ya no era tan pequeño. Era guapo, con el cabello oscuro y espeso que se le ondulaba levemente a la altura del cuello de la camisa; en ese momento lo tenía mojado de sudor y pegado a la frente. Había llegado al Instituto con la piel bronceada por el aire y el sol del campo, pero seis meses en la ciudad lo habían dejado sin color, y eso hacía que el rubor le destacara sobre los pómulos. Tenía los ojos de un azul extrañamente luminoso. Algún día sería un hombre muy apuesto, si lograba hacer algo con la expresión de enfado que le retorció los rasgos permanentemente.

—¿Qué pasa, Charlotte? —soltó él.

Aún hablaba con un ligero acento galés, una forma de pronunciar las vocales que habría resultado encantadora si su tono no fuera tan agrio. Se pasó la manga por la frente mientras la chica entraba a medias por la puerta y se detenía.

—Llevo horas buscándote —contestó ella con cierta aspereza; aunque ese tono tenía poco efecto con Will. No había mucho que afectara a Will cuando estaba de mal humor, y casi siempre estaba de mal humor—. ¿No te has acordado de lo que te dije ayer, que hoy íbamos a recibir a un nuevo miembro en el Instituto?

—Oh, sí que me he acordado. —Will lanzó el cuchillo. Se clavó justo fuera del círculo de la diana, lo que aún le hizo poner peor cara—. Pero no me importa.

El chico que estaba detrás de Charlotte ahogó un ruido. Una carcajada, habría pensado ella, pero, sin duda, no podía estar riendo, ¿no? Ya le habían advertido de que el chico que llegaba al Instituto desde Shanghái no estaba bien pero, aun así, se había sorprendido al verlo bajar del carruaje, pálido y agitándose como una caña bajo el viento, con el rizado cabello oscuro salpicado de canas como si fuera un hombre de ochenta años y no un chico de doce. Tenía los ojos grandes y de un negro plateado, extrañamente bellos, pero inquietantes en un rostro tan delicado.

—Will, vas a ser educado —dijo Charlotte, y cogió al chico de detrás y lo empujó para que entrara en la estancia—. No te preocupes por Will, sólo está de mal humor. Will Herondale, te presento a James Carstairs, del Instituto de Shanghái.

—Jem —puntualizó el chico—. Todo el mundo me llama Jem. —Dio otro paso hacia el interior de la sala mientras miraba a Will con amistosa curiosidad. Hablaba sin ningún rastro de acento, lo que sorprendió a Charlotte, pero claro, su padre era... había sido... británico—. Tú también puedes llamarme así.

—Bien, si todo el mundo te llama así, no es ningún favor especial para mí, ¿no? —El tono de Will era ácido; era capaz de ser sorprendentemente desagradable, algo inusual en alguien tan joven—. James Carstairs, ya irás viendo que si te ocupas de tus asuntos y me dejas en paz, será lo mejor para los dos.

Charlotte suspiró por dentro. Había esperado que la presencia de ese chico, de la misma edad que Will, sirviera para que éste perdiera su rabia y su maldad, pero parecía evidente que había hablado en serio al decir que no le importaba si otro chico cazador de sombras llegaba al Instituto. No quería amigos, ni los necesitaba. Charlotte miró a Jem, esperando que su semblante reflejara sorpresa o dolor, pero sólo sonreía ligeramente, como si Will fuera un gatito que hubiera tratado de arañarle.

—No me he entrenado desde que salí de Shanghái —señaló Jem—. Me iría bien un compañero, alguien con quien practicar.

—Y a mí también —repuso Will—. Pero necesito a alguien que esté a mi nivel, no a una criatura enfermiza que parece estar arrastrándose hacia la tumba. Aunque supongo que podrías servir de diana para hacer prácticas de puntería.

Charlotte, sabiendo lo que sabía de James Carstairs y lo que no había compartido con Will, sintió un horror que le revolvió el estómago.

«“Arrastrándose hacia la tumba”, ¡oh, Dios santo! —¿Qué le había dicho su padre? Que Jem dependía de una droga para vivir, alguna clase de medicina que prolongaba su vida, pero no lo curaba—. Oh, Will».

Iba a colocarse entre los dos chicos, como para proteger a Jem de la crueldad de Will, terriblemente más punzante de lo habitual dada la naturaleza de a quién iba dirigida, pero se detuvo.

Jem ni siquiera había cambiado de expresión.

—Si por «arrastrándose hacia la tumba» te refieres a que estoy muriéndome, entonces, aciertas —repuso—. Me quedan unos dos años de vida, tres si tengo suerte, o eso me dicen.

Incluso Will no pudo ocultar su impresión; se le colorearon las mejillas.

—Yo...

Pero Jem había comenzado a caminar hacia la diana pintada en la pared; cuando llegó allí, arrancó el cuchillo de la madera. Luego se volvió y fue directo hasta Will. Aunque más delicado, tenía su misma altura; a sólo unos centímetros de distancia se miraron a los ojos y se aguantaron la mirada.

—Puedes usarme para practicar puntería, si lo deseas —dijo Jem con tanta calma como si estuviera hablando del tiempo—. Me parece que tengo poco que temer de ese ejercicio, ya que no pareces tener mucha puntería. —Se volvió, apuntó y lanzó el cuchillo, que se clavó en el corazón de la diana, temblando levemente—. O —continuó Jem, volviéndose hacia Will— podrías dejarme que te enseñara. Porque tengo una gran puntería.

Charlotte se lo quedó mirando sorprendida. Durante medio año había observado a Will apartar a cualquiera que trataba de acercarse a él (tutores, su padre, su prometido Henry o los dos hermanos Lightwood) sirviéndose de una actitud aborrecible combinada con una crueldad mordaz. Suponía que,

de no haber sido la única persona que lo había visto llorar, también habría perdido la esperanza, hacía tiempo, de que Will pudiera servir de algo a alguien. Y, sin embargo, ahí estaba, mirando a Jem Carstairs, un chico con aspecto tan frágil que parecía hecho de cristal, y la dureza de su expresión se estaba transformando en una incertidumbre tentativa.

—No te estás muriendo de verdad —dijo Will, con el tono más extraño en la voz—, ¿no?

Jem asintió.

—Eso me dicen.

—Lo siento —se lamentó Will.

—No —contestó Jem a media voz. Dejó la chaqueta a un lado y sacó un cuchillo del cinturón—. No seas así de vulgar. No me digas que lo sientes. Di que te entrenarás conmigo.

Le tendió el cuchillo a Will con el mango por delante. Charlotte contuvo la respiración, temía moverse. Se sentía como si estuviera siendo testigo de un momento crucial, aunque no habría podido decir por qué.

Will cogió el cuchillo aún sin apartar los ojos del rostro de Jem y le rozó la mano al hacerlo. Charlotte pensó que era la primera vez que lo había visto tocar a otra persona voluntariamente.

—Me entrenaré contigo —afirmó Will.

UNA BRONCA ESPANTOSA

En martes, ni te cases, ni te embarques.

Dicho popular

—Diciembre es un mes venturoso para una boda —dijo la costurera, entre los alfileres que llevaba en la boca, con la facilidad de años de práctica—. Como dicen: «Si te casas en diciembre, el amor durará para siempre». —Colocó un último alfiler en el vestido y dio un paso atrás—. Ya está. ¿Qué le parece? Está diseñado a partir de uno de los modelos del propio Worth.

Tessa miró su reflejo en el espejo de cuerpo entero colocado entre las dos ventanas de su habitación. Era un vestido de una seda de color dorado oscuro, como era costumbre entre los cazadores de sombras, que consideraban al blanco como símbolo de luto y se negaban a casarse de ese color a pesar de que la propia reina Victoria había introducido esa moda. El ajustado cuerpo estaba bordeado de encaje de Bruselas, que también recorría las mangas.

—¡Es precioso! —Charlotte aplaudió y se inclinó hacia adelante, con los ojos castaños brillándole de entusiasmo—. Tessa, ese color te queda muy bien.

Ésta se volvió de un lado al otro ante el espejo. El dorado le ponía el color que tanto necesitaba en las mejillas. El corsé con forma de reloj de arena la moldeaba y la redondeaba donde se suponía que debía hacerlo, y el ángel mecánico que le colgaba del cuello la calmaba con su tictac. Bajo él se balanceaba el medallón de jade que Jem le había regalado. Había alargado la cadena para poder llevar ambos adornos al mismo tiempo, ya que no quería separarse de ninguno.

—¿No opinas que quizá el encaje es un adorno un poco excesivo?

—¡En absoluto! —Charlotte se recostó en su asiento y, sin darse cuenta, se colocó una mano protectora sobre el vientre. Siempre había sido demasiado delgada, esculpida, a decir verdad, para necesitar un corsé, y ahora que estaba embarazada, le había dado por ponerse vestidos de té, ajustados por encima de la cintura y sueltos por debajo de ésta, con los que parecía un pajarito—. Es para el día de tu boda, Tessa. Si alguna vez hay excusa para ir demasiado adornada, es justamente ese día. Imagínatelo.

Tessa se había pasado muchas noches haciendo justamente eso. Aún no estaba segura de dónde se casarían Jem y ella, porque el Consejo seguía deliberando sobre su situación. Pero cuando se imaginaba la boda, siempre era en una iglesia, con ella recorriendo el pasillo hasta el altar, quizá del brazo de Henry, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, sino hacia adelante, a su prometido, como debía hacer una novia. Jem vestiría un uniforme, no como los que llevaba cuando luchaba, sino como de militar, diseñado especialmente para la ocasión: negro con bandas doradas en los puños y runas doradas en relieve sobre el cuello y las solapas.

Se le vería muy joven... Ambos eran muy jóvenes. Tessa sabía que no era corriente casarse a los diecisiete y dieciocho años, respectivamente, pero tenían el reloj en contra.

El reloj de la vida de Jem, presto a pararse.

Se llevó la mano al cuello y notó la familiar vibración de su ángel mecánico, que le rascaba la palma con las alas. La costurera la miró inquieta. Era una mundana, no nefilim, pero tenía la Visión, como todos los que servían a los cazadores de sombras.

—¿Quiere que le quite el encaje, señorita?

Antes de que Tessa pudiera contestar, llamaron a la puerta.

—Soy Jem, Tessa, ¿estás ahí? —dijo una voz conocida.

Charlotte se incorporó de golpe en su asiento.

—¡Oh! ¡No debe verte con el vestido!

Tessa la miró perpleja.

—¿Y por qué no?

—Es otra costumbre de los cazadores de sombras... ¡Da mala suerte! —Charlotte se puso en pie—. ¡Rápido! ¡Escóndete detrás del armario!

—¿El armario? Pero... —Tessa soltó un gritito cuando su amiga la cogió por la cintura y la empujó detrás del mueble como habría hecho un policía con un criminal que le opusiera resistencia. Cuando Charlotte la liberó, Tessa se sacudió el vestido y le hizo una mueca; ambas miraron agazapadas tras el mueble mientras la costurera, después de lanzarles una mirada de asombro, abrió la puerta.

La plateada cabeza de Jem apareció en la abertura. Parecía un poco despeinado, con la chaqueta torcida. Miró alrededor, confuso, antes de vislumbrar a Charlotte y a Tessa, a pesar de sus intentos de que no las viera.

—Gracias a Dios —exclamó—. No tenía ni idea de dónde os habíais metido. Gabriel Lightwood está abajo, y está armando una bronca espantosa.

—Escríbeles, Will —dijo Cecily Herondale—. Por favor. Sólo una carta.

Will se echó hacia atrás el cabello negro, empapado de sudor, y la miró enfadado.

—Pon los pies en posición —fue todo lo que dijo. Señaló con la punta de la daga—. Ahí y ahí.

Cecily suspiró y movió los pies. Ya sabía que no estaba en posición; lo había estado haciendo a posta para picarlo. Era fácil picarlo. Eso sí que lo recordaba de cuando Will tenía doce años. Incluso entonces, retarle a hacer algo, como escalar el muy inclinado tejado de su mansión, había llevado a lo mismo: una furiosa llama azul en sus ojos, la mandíbula tensa y, a veces al final, Will con una pierna o un brazo roto.

Claro que ese hermano, el Will casi adulto, no era el hermano que ella recordaba de su infancia. Se había vuelto más explosivo y más reservado. Tenía toda la belleza de su madre y toda la terquedad de su padre, y se temía que también había heredado de este último la propensión a los vicios, aunque eso sólo lo había supuesto a partir de algunos murmullos de los ocupantes del Instituto.

—Alza el cuchillo —le ordenó Will. Su voz era tan fría y profesional como la de una institutriz.

Cecily lo alzó. Había tardado un poco en acostumbrarse a la sensación del traje de combate contra la piel: la túnica suelta, los pantalones y el cinturón rodeándole la cintura. Pero ya se movía vestida así con tanta soltura como lo había hecho con los camisones más holgados.

—No entiendo por qué no quieres ni pensar en escribirles una carta. Una única carta.

—Y yo no entiendo por qué no quieres ni pensar en volver a casa —replicó Will—. Si tú aceptaras regresar a Yorkshire, dejarías de preocuparte por nuestros padres y yo podría arreglar...

Ella lo interrumpió; ya había oído mil veces ese discurso.

—¿Qué te parecería una apuesta, Will?

Se sintió complacida y un poco decepcionada al ver que a su hermano le brillaban los ojos, igual que hacían los de su padre cuando se le sugería una apuesta entre caballeros. Los hombres eran tan predecibles...

—¿Qué clase de apuesta? —Él avanzó un paso. Iba con traje de combate; Cecily veía las Marcas que le rodeaban las muñecas y la runa *mnemosyne* en el cuello. Le había costado bastante tiempo dejar de ver las Marcas como algo que desfiguraba, pero ya se había acostumbrado a ellas, igual que se había acostumbrado al traje de combate, a los sólidos muros resonantes del Instituto y a sus peculiares habitantes.

Señaló la pared que tenían enfrente. Había una vieja diana negra pintada en ella: un círculo grande rodeando un punto negro.

—Si le doy al centro tres veces, tendrás que escribir una carta a mamá y a papá y decirles cómo estás. Les explicarás lo de la maldición y por qué te fuiste.

La expresión del rostro de Will se volvió imperturbable, igual que pasaba siempre que le pedía eso.

—Nunca le darás tres veces seguidas, Cecy —contestó, sin embargo.

—Bien, entonces no te importará apostar, William. —Empleó su nombre completo a propósito. Sabía que le molestaba si lo decía ella, aunque cuando su mejor amigo..., no, su *parabatai* (desde su llegada al Instituto había aprendido que eran dos cosas muy diferentes), Jem, lo hacía, Will parecía considerarlo

una muestra de afecto. Seguramente sería porque aún la recordaba corriendo torpemente tras él sobre sus gordezuelas piernecitas y llamándole «Will, Will», en un galés jadeante. Nunca le había llamado William, sólo Will o su nombre en galés, Gwilym.

Él entrecerró los ojos, esos ojos azul oscuro del mismo color que los suyos. Cuando su madre decía cariñosamente que, de mayor, Will sería un rompecorazones, Cecily siempre la había mirado sin acabar de creérselo. En aquel tiempo, Will era todo brazos y piernas, delgaducho, desaliñado y siempre sucio. No obstante, ya veía que su madre tenía razón; lo había visto la primera vez que había entrado en el comedor del Instituto, cuando él se había levantado sorprendido y ella había pensado: «Ése no puede ser Will».

Él había vuelto esos ojos hacia ella, los ojos de su madre, y ella los había visto cargados de rabia. No se había alegrado de verla, en absoluto. Y aunque en sus recuerdos había habido un chico flaco con una revuelta mata de pelo negro, como la de un gitano, y con hojas en la ropa, en aquel momento veía a un hombre alto e inquietante. Las palabras que le había querido decir se le habían fundido en la lengua, y lo había retado con la mirada. Y así había sido desde entonces, con Will soportando a duras penas su presencia como si ella fuera una piedra en su zapato, una molestia menor, pero constante.

Cecily respiró hondo, alzó la barbilla y se preparó para lanzar el primer cuchillo. Will no sabía, ni sabría nunca, las horas que ella había pasado en esa sala, sola, practicando, aprendiendo a equilibrar el peso del cuchillo en la mano, descubriendo que un buen lanzamiento comenzaba desde detrás del cuerpo. Primero bajó ambos brazos, y luego alzó el derecho, por detrás de la cabeza, antes de lanzarlo hacia adelante, acompañado del peso del cuerpo. La punta del cuchillo estaba en línea con la diana. Lo soltó y echó la mano hacia atrás, ahogando un grito.

La punta del cuchillo se clavó en la pared, justo en el centro de la diana.

—Uno —dijo Cecily, mientras lanzaba a su hermano una mirada de superioridad.

Él la miró impasible, arrancó el cuchillo de la pared y se lo entregó.

Ella lo lanzó de nuevo. El segundo lanzamiento, al igual que el primero, voló directamente hacia la diana y se clavó allí, vibrando como un dedo burlón.

—Dos —contó Cecily en un tono sepulcral.

Will apretó los dientes mientras arrancaba de nuevo el cuchillo y se lo tendía. Ella lo cogió sonriendo. Sentía la confianza fluyéndole por las venas como una sangre nueva. Sabía que podía hacerlo. Siempre había sido capaz de trepar tan alto como Will, correr tan rápido, aguantar la respiración el mismo rato...

Lanzó el cuchillo. Se clavó en el centro de la diana, y Cecily pegó un brinco en el aire, aplaudió y se dejó llevar durante un instante por la excitación de la victoria. El cabello se le soltó de las horquillas y le cayó sobre el rostro; se lo apartó y sonrió a Will.

—Ahora tendrás que escribir la carta. ¡Has aceptado la apuesta!

Él la sorprendió sonriendo.

—Oh, sí que la escribiré —aceptó él—. La escribiré y luego la tiraré al fuego. —Alzó una mano para detener las muestras de indignación de la chica—. He dicho que la escribiría, no que la enviaría.

Cecily ahogó un grito.

—¿Cómo te atreves a engañarme así?

—Ya te he dicho que no tienes madera de cazadora de sombras, o no te habría engañado con tanta facilidad. No voy a enviarles una carta, Cecy. Va contra la Ley, y no hay nada más que discutir.

—¡Cómo si a ti te importara mucho la Ley...! —Cecily pataleó sobre el suelo, e inmediatamente se enfadó más que nunca; odiaba las chicas que pataleaban.

Will la miró con ojos entornados.

—Y a ti te da lo mismo ser o no una cazadora de sombras. ¿Qué te parece esto? Escribiré una carta y te la daré a ti si me prometes llevarla personalmente a casa y no volver.

Cecily retrocedió. Tenía muchos recuerdos de peleas a gritos con Will, de las muñecas de porcelana que había tenido y que él le había roto tirándolas desde la ventana del desván, pero también tenía buenos

recuerdos: el hermano que le había vendado un corte en la rodilla, o le había vuelto a atar las cintas del pelo cuando se le habían soltado. Pero esa bondad estaba ausente en el Will que estaba ante ella en ese momento. Su madre había estado llorando durante un año o dos después de que él se marchara; le había dicho, mientras la abrazaba, que los cazadores de sombras le «arrebatarían el cariño de dentro». Una gente fría, le había dicho a Cecily, una gente que le había prohibido casarse con su marido. ¿Por qué iba a querer estar con ellos su Will, su pequeño?

—No me marcharé —aseguró ella, mirando con dureza a su hermano—. Y si sigues insistiendo en que lo haga, iré y...

La puerta del desván se abrió, y se vio a Jem recortado contra el marco de la puerta.

—Ah —dijo éste—, amenazándoos mutuamente, ya veo. ¿Lleváis toda la tarde así o acabáis de empezar?

—Ha empezado él —acusó Cecily, apuntando a Will con la barbilla, aunque sabía que no servía de nada. Jem, el *parabatai* de Will, la trataba con la amabilidad distante y dulce reservada para las hermanitas de los amigos, pero siempre se ponía del lado de Will. Con amabilidad, pero con igual firmeza, Jem ponía a Will por encima de cualquier otra cosa.

Bueno, casi cualquier otra cosa. Cecily se había quedado muy impresionada con Jem cuando había llegado al Instituto; tenía una belleza extraña y fantasmal, con su cabello y ojos plateados y sus delicados rasgos. Parecía el príncipe de un cuento de hadas, y Cecily se habría planteado la posibilidad de establecer algún tipo de relación con él de no haber sido absolutamente evidente que estaba perdidamente enamorado de Tessa Gray. La seguía con la mirada allá adonde fuera, y le cambiaba la voz cuando hablaba con ella. Una vez, Cecily había oído bromear a su madre diciendo que uno de los hijos de los vecinos miraba a una chica como si fuera «la única estrella en el cielo», y así era como Jem miraba a Tessa.

A Cecily no le importaba. Tessa era agradable y amable con ella, aunque un poco tímida, y con la nariz siempre metida en un libro, como Will. Si ésa era la clase de chica que Jem quería, él y ella no estaban hechos el uno para el otro, y cuanto más tiempo pasaba en el Instituto más cuenta se daba de lo mucho que eso habría complicado las cosas con Will. Éste era ferozmente protector con Jem, y la habría estado vigilando constantemente por si alguna vez lo hacía enfadar o le hacía daño de alguna manera. No, lo cierto era que estaba mucho mejor no metiéndose en ese lío.

—Estaba pensando en envolver a Cecily y echársela a los patos de Hyde Park —dijo Will mientras se apartaba el sudado cabello de la cara; dedicó a Jem una de sus raras sonrisas—. Me iría bien tu ayuda.

—Por desgracia, tendrás que dejar tus planes de fratricidio para más tarde. Gabriel Lightwood está abajo, y tengo que decirte dos palabras. Dos de tus palabras favoritas, al menos cuando las pones juntas.

—¿Cazurro total? —aventuró Will—. ¿Advenedizo inútil?

Jem sonrió.

—Viruela demoníaca —contestó.

Sophie sujetó la bandeja con una mano, con la facilidad que da una larga práctica, mientras llamaba a la puerta de Gideon Lightwood con la otra.

Oyó un rápido roce y la puerta se abrió. Éste estaba en pantalones, tirantes y una camisa blanca remangada hasta el codo. Tenía las manos mojadas, como si acabara de pasarse los dedos por el cabello, que también estaba húmedo. A Sophie el corazón le dio un salto dentro del pecho antes de calmarse. Se obligó a mirarlo con el cejo fruncido.

—Señor Lightwood —dijo—, le he traído los pastelillos que ha pedido, y Bridget también le ha preparado una bandeja de sándwiches.

Él retrocedió para dejarla entrar en la habitación. Era como todas las habitaciones del Instituto: pesados muebles oscuros, una gran cama con dosel, una amplia chimenea y altas ventanas, que en este caso daban al patio. Sophie notaba la mirada de Gideon sobre ella mientras cruzaba la habitación para dejar

la bandeja sobre la mesa ante el fuego. Se irguió y se volvió hacia él, con las manos cogidas ante el delantal.

—Sophie... —comenzó él.

—Señor Lightwood —le interrumpió ella—. ¿Necesita alguna otra cosa?

Él la miró medio enfadado, medio triste.

—Me gustaría que me llamas Gideon.

—Ya se lo he dicho, no le puedo llamar por su nombre de pila.

—Soy un cazador de sombras; no tengo nombre de pila. Sophie, por favor. —Dio un paso hacia ella—. Antes de que viniera a residir en el Instituto, había pensado que nos estábamos haciendo amigos. Pero desde el día que llegué, has estado muy fría conmigo.

Sin darse cuenta, Sophie se llevó la mano al rostro. Recordó al señorito Teddy, el hijo de su antiguo señor, y la horrible manera en que la acorralaba en los rincones oscuros; la apretaba contra la pared y le metía las manos bajo el canesú, mientras le murmuraba al oído que era mejor que fuera cariñosa con él si sabía lo que le convenía. Ese recuerdo le provocaba náuseas, incluso después de tanto tiempo.

—Sophie. —Los ojos de Gideon se arrugaron en las comisuras, preocupados—. ¿Qué te pasa? Si he hecho algo inapropiado, te he desairado de alguna forma, dime qué es, por favor, para que pueda enmendarlo...

—No hay nada inapropiado, ningún desaire. Usted es un caballero y yo soy una criada; algo más sería una familiaridad. Por favor, no haga que me sienta incómoda, señor Lightwood.

Gideon, que había alzado la mano a medias, la dejó caer. Parecía tan desconsolado que a Sophie se le enterneció el corazón.

«Yo tengo todo que perder, y él, nada», se recordó. Se decía eso por la noche, acostada en su estrecha cama, con el recuerdo de un par de ojos del color de las tormentas rondándole por la cabeza.

—Pensaba que éramos amigos —repuso él.

—No puedo ser su amiga.

Gideon dio un paso hacia ella.

—¿Y si yo te pidiera...?

—¡Gideon! —Era Henry, en la puerta abierta, sin aliento, vestido con uno de sus horribles chalecos a rayas verdes y naranja—. Tu hermano está aquí. Abajo...

—¿Gabriel está aquí? —preguntó Gideon sorprendido.

—Sí. Gritando algo sobre tu padre, pero no quiere decirnos nada más a no ser que estés tú. Lo jura. Ven conmigo.

Gideon vaciló, alternando la mirada entre Henry y Sophie, que trató de ser invisible.

—Es que...

—Ven ahora mismo, Gideon. —Henry pocas veces hablaba en un tono tajante y, cuando lo hacía, el efecto era asombroso—. Está cubierto de sangre.

Gideon palideció, y fue a coger la espada que pendía de un colgador doble junto a la puerta.

—Ya voy.

Gabriel Lightwood estaba apoyado contra la pared justo a la entrada del Instituto, sin chaqueta, con la camisa y los pantalones empapados de sangre escarlata. Fuera, a través de las puertas abiertas, Tessa vio el carruaje de los Lightwood, con su blasón de llamas en el costado, parado al pie de la escalera. Debía de haberlo conducido el mismo Gabriel.

—Gabriel —dijo Charlotte en un tono calmado, como si estuviera tratando de tranquilizar a un caballo salvaje—, dinos qué ha pasado, por favor.

Gabriel, alto y delgado, con el cabello castaño emplastado de sangre, se frotó el rostro con ojos desorbitados. Las manos también las tenía ensangrentadas.

—¿Dónde está mi hermano? Tengo que hablar con mi hermano.

—Ahora baja. He enviado a Henry a buscarle, y Cyril está preparando el carruaje del Instituto. Gabriel, ¿estás herido? ¿Necesitas un *iratze*? —preguntó Charlotte en un tono maternal, como si ese chico

nunca se hubiera enfrentado a ella desde detrás de la silla de Benedict Lightwood, como si nunca hubiera conspirado con su padre para arrebatarse el Instituto.

—Ésa es mucha sangre —observó Tessa, avanzando hacia él—. Gabriel, no es tuya, ¿verdad?

Gabriel la miró. Tessa pensó que era la primera vez que lo veía comportarse sin ningún tipo de afectación. Sólo había un aturdido terror en sus ojos, miedo y... confusión.

—No... es de... ellos...

—¿De ellos? ¿Quiénes son ellos? —preguntó Gideon, que bajaba a toda prisa la escalera con una espada en la mano derecha. Henry llegaba con él y Jem, y detrás de éste, Will y Cecily. Jem se detuvo a media escalera, asombrado, y Tessa se dio cuenta de que la acababa de ver con el vestido de novia. Jem abrió mucho los ojos, pero los demás ya lo empujaban, y terminó bajando la escalera como una hoja llevada por el viento.

—¿Está herido padre? —continuó Gideon, mientras se detenía ante el recién llegado—. ¿Y tú? —Alzó la mano, se la puso bajo la barbilla y le volvió el rostro hacia él. Aunque Gabriel era más alto, en el rostro se le vio la expresión de hermano pequeño: alivio de que su hermano estuviera ahí, y un destello de rencor por el tono perentorio de éste.

—Padre... —comentó Gabriel—. Padre es un gusano.

Will soltó una seca carcajada. Llevaba el traje de combate, como si acabara de salir de la sala de entrenamiento, y el cabello se le rizaba húmedo contra las sienes. No miraba a Tessa, pero ella ya se había acostumbrado a eso. Él casi nunca la miraba a no ser que fuera imprescindible.

—Me alegro de ver que has aceptado nuestra perspectiva, Gabriel, pero ésta es una manera muy rara de comunicárnoslo.

Gideon miró a Will con reproche antes de volver a fijar su atención en su hermano.

—¿Qué quieres decir, Gabriel? ¿Qué ha hecho padre?

Gabriel sacudió la cabeza.

—Es un gusano —repitió con voz inexpresiva.

—Lo sé. Ha cubierto de vergüenza el nombre de los Lightwood, y nos ha mentido a ambos. Avergonzó y destruyó a nuestra madre. Pero no tenemos por qué ser como él.

Gabriel se soltó de su hermano y los dientes le destellaron al esbozar una mueca de furia.

—No me estás escuchando —afirmó—. Es un gusano. Un gusano. Algo parecido a una serpiente. Desde que Mortmain dejó de enviarle la medicina, se ha ido poniendo peor. Cambiando. Las llagas que tenía en los brazos comenzaron a extenderse. Por las manos, el cuello, e... el rostro... —Gabriel buscó a Will con la mirada—. Era la viruela, ¿verdad? Tú lo sabías, ¿cierto? ¿No eres una especie de experto?

—Bueno, tampoco hace falta que hagas como si yo la hubiera inventado —replicó Will—. Sólo porque creía en su existencia. Hay registros sobre ella, viejas historias en la biblioteca...

—¿Viruela demoníaca? —preguntó Cecily, con una mueca de confusión en el rostro—. Will, ¿de qué está hablando?

Éste abrió la boca, y los pómulos se le sonrojaron levemente. Tessa ocultó una sonrisa. Hacía semanas que Cecily había llegado al Instituto, y su presencia aún molestaba y ponía nervioso a Will. No parecía saber cómo comportarse cuando estaba cerca su hermanita, que no era la niña que él recordaba y cuya presencia, a todas luces, le resultaba molesta. Sin embargo, Tessa lo había visto seguir a Cecily con la mirada por toda una sala, con el mismo amor protector en los ojos que a veces dedicaba a Jem. Sin duda, la existencia de la viruela demoníaca, y cómo se contraía, era lo último que quería explicarle a ella.

—De nada que te importe —masculló.

La mirada de Gabriel topó con Cecily, y éste abrió los labios, sorprendido. Tessa lo vio fijarse en la chica. Los padres de Will debían de ser muy guapos, pensó Tessa, porque Cecily era tan hermosa como atractivo era Will; también compartían el cabello negro y brillante, y los deslumbrantes ojos azules. Cecily le devolvió la mirada con descaro y una expresión de curiosidad; debía de haberse estado preguntando quién sería ese chico que tanta manía parecía tenerle a su hermano.

—¿Ha muerto padre? —inquirió Gideon con una voz más aguda de lo normal—. ¿Lo ha matado la viruela demoníaca?

—No lo ha matado —contestó Gabriel—. Cambiado. Lo ha cambiado. Hace unas semanas nos trasladamos a Chiswick. No me quiso decir por qué. Luego, hace unos días, se encerró en su estudio. No quería salir, ni siquiera comer. Esta mañana he ido al estudio para tratar de animarlo. La puerta estaba arrancada de los goznes. Había un... un rastro de algo pegajoso que llevaba hacia el vestíbulo. Lo he seguido escaleras abajo y luego por el jardín. —Miró alrededor del vestíbulo, donde se había hecho el silencio—. Se ha convertido en un gusano. Eso es lo que te digo.

—¿Y supongo que no será posible —preguntó Henry en medio del silencio—, er..., pisarlo? Gabriel lo miró molesto.

—Le he buscado por el jardín. He encontrado parte de los criados. Y cuando digo que he encontrado «parte», quiero decir exactamente eso. Estaban despedazados... a trozos. —Tragó saliva y se miró la ropa ensangrentada—. Luego he oído un ruido, como un aullido muy agudo. Y al volverme, lo he visto viniendo hacia mí. Un gusano grande y ciego, como un dragón salido de una leyenda. Tenía la boca abierta, plagada de afilados dientes. He salido corriendo hacia los establos. Me ha perseguido reptando, pero he saltado al carruaje y he cruzado la verja a toda prisa. La criatura..., padre, no me ha seguido. Creo que teme que lo vea la gente común.

—Ah —repuso Henry—. Entonces es demasiado grande para pisarlo.

—No debería haber huido —se reprochó Gabriel, mirando a su hermano—. Debería haberme quedado y luchado contra esa criatura. Quizá habría podido razonar con él. Tal vez padre esté dentro de alguna manera.

—Y tal vez te habría partido por la mitad de un mordisco —replicó Will—. Lo que estás describiendo, la transformación en demonio, es la última fase de la viruela.

—¡Will! —Charlotte alzó las manos al cielo—. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—¿Sabes?, los libros sobre la viruela demoníaca están en la biblioteca —repuso Will ofendido—. No he impedido que nadie los leyera.

—Sí, pero si Benedict iba a convertirse en una serpiente enorme, creo que, al menos, podrías haberlo mencionado —le espetó Charlotte—. Como un asunto de interés general.

—Primero —contraatacó Will—, no sabía que iba a convertirse en un gusano gigante. La última fase de la viruela demoníaca es la transformación en demonio. Podría haber sido de cualquier tipo. Segundo, el proceso tarda semanas. Creía que hasta un idiota certificado como Gabriel se habría dado cuenta y se lo habría notificado a alguien.

—¿Notificárselo a quién? —preguntó Jem, no carente de razón. Se había acercado a Tessa mientras progresaba la conversación. Uno junto a la otra, se rozaban el dorso de la mano.

—A la Clave. Al cartero. A nosotros. A quien fuera —respondió Will con una mirada irritada hacia Gabriel, que estaba recuperando parte del color y parecía furioso.

—No soy un idiota certificado...

—La falta de certificación no demuestra la inteligencia —masculló Will.

—Como he dicho, padre llevaba una semana encerrado en su estudio...

—¿Y no te pareció ni un poco raro? —quiso saber Will.

—No conoces a nuestro padre —intervino Gideon en el tono de voz neutro que empleaba cuando la conversación sobre su familia era ineludible. Miró a su hermano y le puso las manos sobre los hombros; le habló en voz baja, con un matiz apagado que ninguno de los otros pudo oír.

Jem, aún al lado de Tessa, enganchó el meñique con el de ella. Era un gesto corriente de afecto, al que ésta se había ido acostumbrando durante los últimos meses, tanto que a veces le tendía la mano sin pensar cuando lo tenía al lado.

—¿Este es tu vestido de novia? —preguntó él en voz baja.

Tessa se ahorró la respuesta por la aparición de Bridget, que traía equipo de combate, y de Gideon, que de repente se volvió hacia todos ellos.

—Chiswick —dijo—. Debemos ir allí. Al menos Gabriel y yo.

—¿Ir solos? —preguntó Tessa, lo suficientemente asombrada para hablar cuando no le tocaba—. Pero ¿por qué no pides a otros que vayan contigo...?

—La Clave —respondió Will, con una mirada de penetrante azul—. No quiere que la Clave sepa lo de su padre.

—¿Y querrías tú? —inquirió Gabriel acalorado—. ¿Si fuera tu familia? —Torció el gesto—. No importa. Tampoco es que conozcas el significado de la palabra «lealtad»...

—Gabriel —le riñó Gideon—. No le hables así a Will.

Su hermano lo miró sorprendido, y Tessa no pudo culparle. Gideon sabía lo de la maldición de Will, que su equivocada creencia había sido el motivo de su hostilidad y sus malas maneras, como lo sabía todo el Instituto, pero era una historia privada entre ellos, y no se la habían explicado a nadie de fuera.

—Iremos contigo. Claro que iremos contigo —afirmó Jem mientras soltaba a Tessa y daba un paso al frente—. Gideon nos ayudó. No lo hemos olvidado, ¿verdad que no, Charlotte?

—Claro que no —contestó ésta—. Bridget, los equipos...

—Yo ya estoy adecuadamente equipado —anunció Will mientras Henry se quitaba la chaqueta y se ponía la del uniforme y un cinturón de armas; Jem hizo lo mismo y, de repente, la entrada se convirtió en un hervidero de actividad: Charlotte hablaba en voz baja con Henry, con la mano cubriéndose el estómago. Tessa apartó la mirada para que tuvieran un momento privado y vio una cabeza oscura inclinada sobre una clara. Jem estaba al lado de Will con la estela en la mano, dibujándole una runa en el cuello. Cecily miró a su hermano y frunció el cejo.

—Yo ya estoy convenientemente equipada —anunció.

Will alzó la cabeza de golpe, provocando una protesta de Jem.

—Cecily, rotundamente no.

—No tienes derecho a decirme sí o no. —Los ojos le llamearon—. Yo voy.

Will miró hacia Henry, que se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Tiene derecho. Lleva casi dos meses entrenando...

—¡Es una niña!

—Tú hacías lo mismo a los quince —repuso Jem con calma, y Will se volvió al instante hacia él.

Por un momento pareció como si todos contuvieran la respiración, incluso Gabriel. Jem le sostuvo la mirada a Will, sin vacilar, y no por primera vez, Tessa tuvo la sensación de que intercambiaban palabras en silencio.

Will suspiró y entornó los ojos.

—Tessa será la siguiente en querer venir.

—Claro que voy —repuso ésta—. Quizá no sea una cazadora de sombras, pero también estoy entrenada. Jem no va a ir sin mí.

—Llevas el vestido de novia —protestó Will.

—Bueno, ahora que todos lo habéis visto, no lo puedo llevar para casarme —argumentó la chica—. Da mala suerte, ya sabéis.

Will masculló algo en galés, ininteligible, pero con un claro tono de derrota. Al otro lado de la sala, Jem lanzó a Tessa una leve sonrisa preocupada. La puerta del Instituto se abrió entonces, y el sol del otoño penetró hasta el vestíbulo. Cyril se hallaba en el umbral, sin resuello.

—El segundo carruaje ya está listo —anunció—. Entonces ¿quién viene?

Para: Cónsul Josiah Wayland

De: El Consejo

Querido señor:

Como sin duda ya sabe, su período de servicio como Cónsul, pasados diez años, está llegando a su fin. Ha llegado el momento de nombrar a un sucesor.

Por nuestra parte, estamos considerando seriamente nombrar a Charlotte Branwell, nacida Fairchild. Ha hecho un gran trabajo como directora del Instituto de Londres, y creemos que tiene su sello de aprobación, ya que fue usted quien la nombró después de la muerte de su padre.

Como tenemos en un alto valor su opinión y su aprecio, le agradeceríamos que nos comunicara cualquier consideración que tenga sobre este asunto.

Atentamente suyo,

Victor Whitelaw, Inquisidor, en representación del Consejo

EL GUSANO VENCEDOR

Y mucha locura, y más pecado,
y el horror, el alma de la trama.

EDGARD ALLAN POE, *El gusano vencedor*

Mientras el carruaje del Instituto atravesaba la verja de la casa Lightwood en Chiswick, Tessa pudo ver el lugar como no había podido hacerlo la primera vez que había estado allí, en plena noche. Un largo camino de gravilla flanqueado de árboles conducía a una inmensa mansión blanca con una especie de placita delante. Ésta se parecía mucho a los dibujos que había visto de los templos clásicos de Grecia y Roma, con sus líneas rotundas y simétricas, y lisas columnas. Había un carruaje parado ante la escalera, y senderos de gravilla serpenteaban a través de una red de jardines.

Eran unos jardines muy bonitos. Incluso en octubre, estaban inundados de flores: rosas de tardía floración y crisantemos de color bronce anaranjado, amarillo y dorado oscuro bordeaban los despejados caminos que se deslizaban entre los árboles. Cuando Henry detuvo el carruaje, Tessa bajó, ayudada por Jem, y oyó el sonido del agua: un arroyo, supuso, con el curso desviado para atravesar los jardines. Era un paraje tan encantador que le costaba asociarlo con el lugar donde Benedict había ofrecido su baile demoníaco, aunque veía el sendero que torcía por el costado de la casa que ella había tomado aquella noche. Llevaba a una ala de la casa que parecía un añadido reciente...

El carruaje de los Lightwood llegó tras ellos, conducido por Gideon. Gabriel, Will y Cecily se apearon de él. Los hermanos Herondale seguían discutiendo entre ellos cuando Gideon abandonó el vehículo; Will acompañaba sus argumentos con secos movimientos de los brazos; Cecily lo miraba ceñuda, y la expresión de furia de su rostro la hacía parecerse tanto a su hermano que, en otras circunstancias, habría resultado divertido.

Gideon, más pálido incluso que antes, se volvió en redondo, con la espada desenfundada.

—El carruaje de Tatiana —informó secamente cuando Jem y Tessa se unieron a él. Señaló el vehículo detenido al pie de la escalera. Ambas portezuelas estaban abiertas—. Debe de haber decidido hacer una visita.

—Justo ahora... —Gabriel parecía furioso, pero sus ojos verdes estaban nublados de miedo.

Tatiana era su hermana, recién casada. El escudo de armas del carruaje, una corona de espinas, debía de ser el símbolo de la familia de su marido. El grupo permaneció inmóvil, observando a Gabriel ir al carruaje mientras desenfundaba un largo sable. Se inclinó en la puerta y soltó una maldición.

Se apartó y miró a Gideon.

—Hay sangre en los asientos —informó—. Y... esta cosa. —Pasó la punta del sable por una rueda; cuando lo retiró, un largo hilo de baba apestosa colgaba de él.

Will sacó un cuchillo serafín de su chaqueta.

—¡*Eremiel!* —dijo en voz alta. Cuando el cuchillo comenzó a brillar, una pálida estrella blanca bajo la luz de otoño, Will apuntó con él primero al norte y luego al sur—. Los jardines rodean la casa, hasta el río —explicó—. Lo sé bien; me pasé una noche persiguiendo al demonio Marbas por todo esto. Esté donde esté, dudo que Benedict salga de estas tierras. Es demasiado probable que lo vean.

—Nosotros iremos al lado oeste de la casa. Vosotros al este —dispuso Gabriel—. Gritad si veis algo y nos reuniremos.

Gabriel limpió su sable en la gravilla del camino, se incorporó y siguió a su hermano hacia el lado de la casa. Will se dirigió al otro lado, seguido de Jem, y con Tessa y Cecily justo detrás. Will se detuvo en la esquina de la casa, y recorrió los jardines con la mirada, en busca de cualquier ruido o cosa extraña. Un momento después, hizo un gesto a los demás para que lo siguieran.

Mientras avanzaban, a Tessa se le enganchó el tacón con uno de los guijarros de los bordes del camino. Se tambaleó, aunque inmediatamente recuperó el equilibrio, pero Will la miró y frunció el cejo.

—Tessa —dijo. Hubo un tiempo en que la llamaba Tess, pero ya no—. No deberías venir con nosotros. No estás preparada. Al menos, espéranos en el carruaje.

—No —replicó ésta, rebelde.

Él se volvió hacia Jem, que parecía estar disimulando una sonrisa.

—Tessa es tu prometida. Haz que entre en razón.

Jem, con su espada bastón en una mano, se acercó a ella.

—Tessa, hazlo como un favor para mí. ¿Quieres?

—No crees que pueda luchar —repuso ella, deteniéndose y devolviéndole la mirada— porque soy una chica.

—No creo que puedas luchar porque llevas un vestido de novia —replicó su prometido—. A decir verdad, no creo ni que Will pudiera luchar con ese vestido.

—Quizá no —intervino éste, que tenía el oído de un murciélago—. Pero sería una novia radiante. Cecily alzó la mano y señaló hacia la distancia.

—¿Qué es eso?

Los cuatro se volvieron y vieron algo corriendo hacia ellos. Tenían el sol justo delante, y por un momento, mientras los ojos de Tessa se adaptaban a la luz, lo vio todo como una mancha. En seguida, la mancha se convirtió en una chica que corría. Había perdido el sombrero y su cabello castaño claro volaba al viento. Era alta y huesuda, vestida con un brillante vestido fucsia que seguramente habría sido elegante, pero que estaba roto y manchado de sangre. Continuó gritando mientras se lanzaba hacia ellos y se echaba a los brazos de Will.

Éste se tambaleó y a punto estuvo de dejar caer a *Eremiel*.

—Tatiana...

Tessa no pudo ver si Will la apartó o lo hizo ella, pero de cualquier modo Tatiana se separó unos centímetros del chico, y Tessa pudo ver su rostro por primera vez. Era una chica esbelta y angulosa. Tenía el cabello castaño claro de Gabriel, los ojos verdes de Gideon y habría sido bonita si en su rostro no estuviera dibujada una mueca de desagrado. Aunque lo tenía surcado de lágrimas y jadeaba, había algo teatral en todo ello, como si fuera consciente de que todos los ojos la miraban, especialmente los de Will.

—Un monstruo enorme —gimió—. Una criatura... ¡ha cogido al querido Rupert del carruaje y ha escapado con él!

Will la apartó un poco más.

—¿Qué quieres decir con «ha escapado con él»?

Tatiana señaló con el dedo.

—A... allí —sollozó—. Se lo ha llevado a rastras hasta el jardín italiano. Al principio, Rupert ha conseguido esquivar sus fauces, pero lo ha arrastrado por los caminos. Por mucho que he gritado, ¡no ha querido soltarlo! —Rompió a llorar de nuevo.

—Has gritado —repitió Will—. ¿Eso es todo lo que has hecho?

—He gritado mucho. —Tatiana parecía herida. Se apartó del todo de Will y le clavó la mirada—. Ya veo que eres tan poco amable como siempre. —Sus ojos pasaron a Tessa, a Cecily y a Jem—. Señor Carstairs —dijo con remilgo, como si estuvieran en una fiesta. Entrecerró los ojos al mirar a Cecily—. Y tú...

—¡Oh, en nombre del Ángel! —Will la apartó para seguir adelante; Jem sonrió a Tessa y lo siguió.

—No puedes ser otra que la hermana de Will —comentó Tatiana a Cecily mientras los chicos desaparecían en la distancia. A Tessa no le hizo caso deliberadamente.

Cecily la miró incrédula.

—Lo soy, aunque no puedo imaginar qué importa eso. Tessa, ¿vienes?

—Sí —contestó ésta, y se fue con ella; con independencia de lo que quisieran su hermano y su prometido, no podía quedarse viendo cómo los dos avanzaban hacia el peligro sin ir con ellos. Pasado un instante, oyó los indecisos pasos de Tatiana sobre la gravilla.

Estaban alejándose de la casa, hacia los jardines medio escondidos tras altos setos. En la distancia, el sol relucía sobre un invernadero de madera y cristal con una cúpula en el techo. Era un agradable día de otoño; soplaban un viento fresco y el aire olía a hierba. Tessa oyó un ruido y miró hacia la casa a su espalda. Unos balcones en forma de arco recortaban la uniformidad de la blanca fachada.

—«Will —susurró ella mientras él le cogía las manos y se las apartaba de su cuello. Le quitó los guantes, que se unieron a la máscara y a las horquillas de Jessie en el suelo de piedra del balcón. Luego, Will se desprendió de su propia máscara y la tiró a un lado; se pasó las manos por el húmedo cabello negro para retirárselo de la frente. El borde inferior de la máscara le había dejado marcas en sus altos pómulos, como ligeras cicatrices, pero cuando ella fue a tocárselas, él le tomó las manos con suavidad y se las hizo bajar.

»No —repuso él—. Déjame que te toque primero. He querido...»

Tessa se sonrojó profundamente y apartó la mirada de la casa y de los recuerdos que le evocaba. El grupo había llegado a una abertura entre los setos de la derecha. A través de ella se veía lo que, sin duda, era el jardín italiano, rodeado de follaje. El jardín contenía una serie de estatuas de héroes clásicos y mitológicos. Venus vertía el agua de una jarra en la fuente central, mientras que las estatuas de grandes historiadores y estadistas, como César, Herodoto y Tucídides, se miraban entre sí con ojos vacíos a través de los senderos que, cual radios, surgían del punto central. También había poetas y dramaturgos. Tessa, apresurándose, pasó ante Aristóteles; Ovidio; Homero, con los ojos cubiertos con una máscara de piedra para indicar su ceguera; Virgilio, y Sófocles, antes de que un grito desgarrador cortara el aire.

Se volvió en redondo. A varios pasos por detrás, Tatiana estaba paralizada, con los ojos desorbitados. Tessa corrió hacia ella, seguida de los demás; ésta llegó primero junto a la chica, y Tatiana se agarró a ella ciegamente, olvidando por un momento quién era Tessa.

—Rupert —gimió Tatiana, mirando hacia el frente.

Tessa siguió su mirada y vio la bota de un hombre saliendo por debajo de un seto. Por un momento pensó que debía de estar desmayado sobre el suelo, con el resto del cuerpo cubierto por la vegetación, pero al inclinarse hacia adelante se dio cuenta de que la bota, junto con varios centímetros de carne masticada y ensangrentada que salían de ella, era todo lo que había.

—¿Un gusano de doce metros? —masculló Will dirigiéndose a Jem mientras avanzaban por el jardín italiano, sin hacer ningún ruido al pisar la gravilla, gracias a un par de runas de Silencio—. Imagínate el tamaño del pez que podríamos pescar con él.

Jem no llegó a sonreír.

—No tiene ninguna gracia, ¿sabes?

—Un poco sí.

—No puedes reducir esta situación a un par de chistes de gusanos, Will. Estamos hablando del padre de Gabriel y de Gideon.

—No estamos hablando de él; estamos persiguiéndole por un jardín con estatuas ornamentales porque se ha convertido en un gusano.

—Un gusano demoníaco —puntualizó Jem, mientras se detenía para mirar cautelosamente desde el borde de un seto—. Una gran serpiente. ¿Contiene eso tu inadecuado humor?

—Hubo un tiempo en que mi inadecuado humor te reportaba cierto grado de diversión —suspiró Will—. Como ha acabado el gusano.

—Will...

Jem se interrumpió al oír un grito ensordecedor. Ambos chicos se volvieron en redondo a tiempo de ver a Tatiana Blackthorn caer hacia atrás en brazos de Tessa. Ésta sujetó a la otra chica mientras Cecily se acercaba a una abertura entre los setos y sacaba del cinturón un cuchillo serafín con la facilidad de un cazador de sombras experimentado. Will no la oyó decir nada, pero el cuchillo resplandeció en su mano, le iluminó el rostro y encendió una llamarada de temor en el estómago de Will.

Éste comenzó a correr, y Jem lo siguió. Tatiana estaba caída desmadejada en brazos de Tessa, con el rostro retorcido en una mueca de dolor.

—¡Rupert! ¡Rupert!

Tessa trataba de soportar el peso de la otra chica, y Will quería pararse a ayudarla, pero Jem ya lo había hecho, poniendo la mano en el brazo de la chica. Era lo razonable. Era su lugar, como su prometido.

Will apartó bruscamente la mirada y centró su atención en su hermana, que avanzaba por la abertura entre los setos, cuchillo en alto, mientras bordeaba los macabros restos de Rupert Blackthorn.

—¡Cecily! —la llamó, exasperado, y ella comenzó a volverse...

Y el mundo estalló. Un chorro de tierra y lodo surtió ante ellos, como un géiser hacia el cielo. Terrones de grava y barro cayeron como granizo. En el centro del géiser, una enorme serpiente ciega, de un color gris blanquecino. «El color de la carne muerta», pensó Will. El gusano emanaba el hedor de las tumbas. Tatiana gimió y se dejó caer sin fuerzas, arrastrando consigo a Tessa.

El gusano comenzó a agitarse de un lado al otro para sacudirse la tierra. Abrió la boca, aunque, más que una boca era un enorme corte que le biseccionaba la cabeza rodeado de dientes de tiburón. Emitió un agudo siseo.

—¡Detente! —gritó Cecily. Alzó el cuchillo serafín ante ella; parecía no tener el más mínimo miedo—. ¡Retrocede, criatura maldita!

El gusano se lanzó contra ella. La chica permaneció quieta, con el cuchillo en la mano, mientras las grandes fauces se cerraban... Y Will saltó sobre ella y la apartó del camino. Ambos rodaron por el suelo hasta un seto; las fauces del monstruo dieron contra el suelo, justo donde Cecily había estado, y formaron un considerable hoyo.

—¡Will! —Cecily se soltó de él, pero no a tiempo. El cuchillo serafín que sujetaba cortó a su hermano en el antebrazo y le dejó una roja quemadura—. Eso no era necesario.

—¡No tienes entrenamiento! —gritó Will, medio enloquecido de furia y terror—. ¡Harás que te maten! ¡Quédate aquí! —Fue a quitarle el cuchillo, pero ella se apartó de él y se puso en pie. Al cabo de un instante, el gusano volvía a atacar con la boca abierta. Will había dejado caer el arma al abalanzarse sobre su hermana; se hallaba a unos pasos. Saltó hacia un lado y esquivó las fauces de la criatura sólo por centímetros, y entonces Jem ya estaba allí, enarbolando su espada bastón. La clavó con fuerza, en el costado del gusano. Éste profirió un grito infernal y se tiró hacia atrás, salpicando sangre negra. Con un fuerte siseo, desapareció detrás de un seto.

Will se volvió en redondo. Casi no veía a Cecily; Jem se había puesto entre ella y Benedict, y estaba regado de sangre negra y lodo. A su espalda, Tessa había arrastrado a Tatiana hasta su regazo, la tela de sus ropas hecha una maraña: la vistosa falda rosa de Tatiana se enredaba con el estropeado dorado del vestido de novia de Tessa. Ésta estaba inclinada sobre la otra para evitar que viera a su padre, y tenía el cabello y la ropa cubiertos de sangre de demonio. Muy pálida, alzó la mirada, y sus ojos se encontraron con los de Will.

Durante unos segundos, el jardín, el ruido, el hedor a sangre y a demonios desaparecieron, y él estuvo sólo con Tessa en un lugar silencioso. Quería correr hacia ella, rodearla con los brazos. Protegerla.

Pero le correspondía a Jem hacer esas cosas, no a él. No a él.

El instante pasó, y Tessa ya estaba en pie. Levantó a Tatiana, medio inconsciente, e hizo que le pasara un brazo por encima de sus propios hombros.

—Tienes que llevártela de aquí. La matará —dijo Will, mientras paseaba la mirada por el jardín—. No está entrenada.

La boca de Tessa comenzó a cerrarse en esa línea de obstinación que Will ya conocía.

—No quiero dejaros.

Cecily parecía horrorizada.

—No crees... ¿Esa criatura no se contendría? Es su hija. Si a esa... si a él... le queda algún sentimiento...

—Se ha comido a su yerno, Cecy —soltó Will—. Tessa, vete con Tatiana si quieres salvarle la vida. Y quédate con ella junto a la casa. Sería un desastre si volviera aquí corriendo.

—Gracias, Will —murmuró Jem mientras su prometida se llevaba a la aturdida joven todo lo rápido que podía. Will sintió que esas palabras se le clavaban como agujas en el corazón. Siempre que Will protegía a Tessa, Jem pensaba que era por él y no por sí mismo. Y siempre, Will deseaba que Jem estuviera en lo cierto. Cada aguja que se le clavaba tenía un sentimiento: culpa, vergüenza, amor.

Cecily gritó. Una sombra cubrió el sol, y el seto que había ante Will saltó por los aires. Se encontró mirando el esófago del enorme gusano. Hilos de baba colgaban de los enormes dientes. Will fue a sacar la espada del cinturón, pero la criatura ya estaba retrocediendo, con el mango de una daga visible en el costado del cuello. Will la reconoció sin volverse. Era la de Jem. Oyó a su *parabatai* gritar advirtiéndole, y luego el gusano volvió a ir contra Will, que le atravesó la mandíbula inferior con la espada. De entre los dientes del monstruo se escaparon chorros de sangre que salpicaron, silbando, el uniforme de Will. De repente, el chico sintió un impacto y, al no esperárselo, se fue al suelo y se golpeó con fuerza los hombros.

Se quedó sin aliento. Tenía la fina cola anillada del gusano enrollada en las rodillas. Pateó, viendo las estrellas, el rostro ansioso de Jem, el cielo azul en lo alto...

Tunc. Una flecha se clavó en la cola del gusano, justo bajo las rodillas de Will. Benedict lo soltó, y Will rodó sobre el suelo y se medio incorporó como pudo, justo a tiempo de ver a Gideon y a Gabriel Lightwood corriendo hacia ellos por el camino. Este último sujetaba un arco. Estaba colocando otra flecha mientras corría, y Will fue consciente al momento, con una vaga sensación de sorpresa, que Gabriel Lightwood había disparado a su padre para salvarle la vida.

El gusano se arqueó hacia atrás, y unas manos cogieron a Will por las axilas y lo pusieron en pie. Jem. Éste soltó a Will, que se volvió y vio a su *parabatai* que blandía la espada bastón y miraba hacia adelante fijamente. El gusano demonio parecía estar retorciéndose de agonía; se ondeaba mientras sacudía la enorme cabeza ciega, arrancando los arbustos con sus movimientos. Las hojas llenaban el aire, y el grupo de cazadores de sombras se atragantó con el polvo. Will oyó toser a Cecily y quiso decirle que corriera de vuelta a la casa, pero sabía que ella no le haría caso.

De alguna manera, moviendo con violencia la mandíbula, el gusano había conseguido que se soltara la espada; el arma cayó ruidosamente al suelo entre los rosales, manchada de secreciones negras. El gusano comenzó a retroceder arrastrándose, dejando un rastro de espumarajos y sangre. Gideon hizo una mueca de asco y corrió a recoger la espada caída con una mano enguantada.

De repente, Benedict se alzó como una cobra, con las fauces abiertas y babeantes. Gideon alzó la espada, que parecía minúscula ante el gigantesco tamaño de la criatura.

—¡Gideon! —Gabriel, pálido, estaba alzando el arco; Will se apartó hacia un lado mientras la flecha pasaba junto a él y se hundía en el cuerpo del gusano. Éste soltó un gañido y se alejó a una velocidad increíble, arqueando el cuerpo. Mientras se deslizaba, una sacudida de la cola impactó contra una estatua, cuyos añicos cayeron en la fuente ornamental.

—Por el Ángel, ha chafado a Sófocles —señaló irónico Will mientras el gusano desaparecía tras una estructura grande con la forma de un templo de griego—. Hoy en día, nadie respeta a los clásicos.

Gabriel, jadeando, bajó el arco.

—Estúpido —le soltó furioso a su hermano—. ¿En qué estabas pensando para correr así hacia él?

Gideon se volvió en redondo y apuntó a Gabriel con la espada ensangrentada.

—No es «él». Eso ya no es nuestro padre, Gabriel. Si no puedes aceptarlo...

—¡Le he disparado una flecha! —gritó Gabriel—. ¿Qué más quieres de mí, Gideon?

Gideon meneó la cabeza como si estuviera disgustado con su hermano; incluso Will, a quien no le caía bien Gabriel, sintió una punzada de compasión por él. Sí que había disparado a la bestia.

—Debemos perseguirlo —propuso Gideon—. Se ha ido detrás del cenador...

—¿Del qué? —preguntó Will.

—Un cenador, Will —explicó Jem—. Es una estructura decorativa. Supongo que no hay nada dentro.

Gideon negó con la cabeza.

—Sólo es yeso. Si nosotros vamos por un lado, y Jem y tú por el otro...

—Cecily, ¿qué estás haciendo? —quiso saber Will, interrumpiendo al mayor de los Lightwood; sabía que sonaba como un padre preocupado, pero no le importaba. Cecily se había metido el cuchillo en el cinturón y parecía estar tratando de trepar uno de los pequeños tejos que había en la primera fila de setos—. ¡No es momento de subirse a los árboles!

Ella lo miró enfadada, con el negro cabello sobre el rostro por el viento. Abrió la boca para contestar, pero antes de que pudiera hablar, se oyó algo parecido a un terremoto, y el cenador estalló en añicos de yeso. El gusano se lanzó hacia adelante, directamente contra ellos, con la terrible velocidad de un tren descarrilado.

Cuando llegaron al patio delantero de la mansión Lightwood, a Tessa ya le dolía el cuello y la espalda. Bajo el pesado vestido de novia, llevaba el apretado corsé, y el peso de la sollozante Tatiana le tiraba dolorosamente del hombro izquierdo.

Sintió un gran alivio al ver el carruaje, alivio pero también sorpresa. El panorama del patio era tan tranquilo... los carruajes donde los habían dejado, los caballos pastando hierba, la fachada de la casa intacta. Después de medio cargar, medio arrastrar a Tatiana al primer carruaje, Tessa abrió la puerta y la ayudó a entrar; hizo una mueca de dolor cuando las afiladas uñas de la desfallecida chica se le clavaron en la espalda mientras subían, ellas y sus faldas, al espacio interior.

—¡Oh, Dios! —gimió Tatiana—. ¡Qué vergüenza, qué terrible vergüenza! Que la Clave llegue a saber lo que le ha ocurrido a mi padre. Por el amor de Dios, ¿es que no podría haber pensado en mí, aunque fuera sólo un momento?

Tessa parpadeó sorprendida.

—Esa cosa —repuso—. No creo que fuera capaz de pensar en nadie, señora Blackthorn.

Tatiana la miró como atontada y, por un momento, Tessa se avergonzó de la tirria que le tenía. No le había gustado que la hicieran irse de los jardines, donde quizá pudiera haber ayudado, pero Tatiana acababa de ver a su marido despedazado ante sus ojos por su propio padre. Merecía un poco más de compasión de la que Tessa había estado sintiendo.

—Sé que ha sufrido una impresión muy fuerte —le dijo con voz más amable—. Si se tumbara...

—Eres muy alta —observó Tatiana—. ¿Se te quejan los caballeros de eso?

Tessa se la quedó mirando.

—Y vas vestida de novia —continuó—. ¿No es raro? ¿No te habría ido mejor un traje de combate? Ya sé que no sienta nada bien, y hay que hacer lo que hay que hacer, pero...

Se oyó un golpe estruendoso. Tessa se apartó del carruaje y miró alrededor; el ruido procedía del interior de la casa. «Henry», pensó Tessa. Henry había entrado en la casa, solo. Claro que la criatura estaba en el jardín pero, de todas formas, era la casa de Benedict. Recordó el baile, lleno de demonios, la última vez que había estado allí. Se alzó las faldas con ambas manos.

—Permanezca aquí, señora Blackthorn —dijo—. Debo averiguar la causa de ese ruido.

—¡No! —Tatiana se incorporó de golpe—. ¡No me dejes!

—Lo siento. —Tessa se fue alejando, negando con la cabeza—. Debo hacerlo. ¡Por favor, quédese dentro del carruaje!

Tatiana le gritó algo, pero ella ya se había vuelto y corría hacia la escalera de entrada. Empujó la puerta principal y entró en el gran vestíbulo pavimentado como un tablero de ajedrez, con losas de mármol blancas y negras. Una enorme araña de luz colgaba del techo, aunque ninguna de sus velas estaba encendida; la única iluminación procedía del sol que entraba a raudales por los altos ventanales. Una señorial escalera curvada ascendía al piso siguiente.

—¡Henry! —gritó Tessa—. Henry, ¿dónde estás?

Un grito de respuesta y otro fuerte golpe llegaron del piso de arriba. Tessa subió corriendo por la escalera; tropezó al pisarse el bajo del vestido y lo desgarró. Se apartó la falda con un gesto impaciente

y siguió corriendo por un largo pasillo con paredes pintadas de estuco azul, de donde colgaban docenas de grabados en marcos dorados; atravesó una puerta doble y entró en otra sala.

Sin duda era la habitación de un hombre, una biblioteca o una oficina; las cortinas de pesada tela, óleos de grandes navíos de guerra colgados de las paredes. Un papel de un verde intenso cubría los muros, aunque parecía salpicado de extrañas manchas negras. Se notaba un extraño olor, un olor semejante al de las orillas del Támesis, donde cosas raras se pudrían bajo la tenue luz del día. Y por encima de éste, el penetrante olor de la sangre. Había una estantería volcada, una mezcolanza de vidrio roto y madera astillada, y sobre la alfombra persa, junto a ella, se hallaba Henry, forcejeando contra una criatura informe de piel gris y un inquietante número de brazos. Henry gritaba y daba patadas con sus largas piernas, y el engendro, sin duda un demonio, le estaba rasgando el traje con las garras, mientras le intentaba alcanzar con sus fauces de lobo.

Tessa miró alrededor desesperada, agarró el atizador que se hallaba junto a la apagada chimenea y cargó. Trató de recordar su adiestramiento, todas esas horas de detalladas explicaciones por parte de Gideon sobre calibrado, velocidad y sujeción, pero al final, pareció puro instinto clavar el largo palo de acero en el torso de la criatura, donde habría habido una caja torácica de haber sido un animal real y terrenal.

Oyó algo crujir cuando el arma entró. El demonio lanzó un aullido como el de un perro herido y rodó apartándose de Henry; el atizador cayó ruidosamente sobre el suelo. Un icor negro salió a chorro y llenó la sala del hedor a humo y podredumbre. Tessa retrocedió tambaleante y se pisó el bajo roto del vestido. Cayó al suelo justo cuando Henry, con una callada maldición, se lanzaba sobre el demonio y le cortaba el cuello con una hoja semejante a una daga donde brillaban runas. El demonio soltó un grito borboteante y se plegó como un papel.

Henry se puso en pie, su cabello de color jengibre estaba pegado por la sangre y el icor. Tenía el traje rasgado en el hombro, y un fluido rojo le manaba de la herida.

—Tessa —exclamó, y al instante estuvo junto a ella, ayudándola a levantarse—. Por el Ángel, vaya par que estamos hechos —dijo de esa triste forma tan suya, mientras la miraba preocupado—. No estás herida, ¿verdad?

Ella se miró y vio lo que él quería decir: tenía el vestido empapado por la rociada de icor, y también un feo corte en el brazo, por haber caído sobre un vidrio roto. No le dolía mucho, pero sangraba.

—Estoy perfectamente —respondió—. ¿Qué ha pasado, Henry? ¿Qué era esa cosa y por qué estaba aquí?

—Un demonio guardián. Estaba buscando en el escritorio de Benedict, y debo de haber movido o tocado algo que lo ha despertado. Ha salido un humo negro del cajón, y se ha convertido en eso. Se ha lanzado sobre mí...

—Y te ha arañado —concluyó Tessa, preocupada—. Estás sangrando.

—No, eso me lo he hecho yo. He caído sobre mi daga —reconoció Henry avergonzado, mientras sacaba la estela del cinturón—. No se lo digas a Charlotte.

Tessa casi sonrió; luego, al recordar, atravesó la estancia corriendo y abrió las cortinas de uno de los altos ventanales. Podía ver los jardines, pero no, lamentablemente, el jardín italiano; estaban en el otro lado de la casa. Ante ella sólo vio setos verdes y césped, que comenzaba a oscurecerse por el invierno.

—Debo irme —le anunció a Henry—. Will, Jem y Cecily están combatiendo contra la criatura. Ha matado al marido de Tatiana, Blackthorn. He tenido que acompañarla al carruaje porque estaba a punto de desmayarse.

Hubo un silencio.

—Tessa —dijo Henry después con una voz rara; ella se volvió para mirarlo, y lo encontró suspendido en el acto de dibujarse un *iratze* en la parte interior del brazo. Estaba mirando hacia la pared que tenía enfrente, en la que Tessa había reparado antes, la que estaba extrañamente salpicada de manchas. En ese momento vio que no era tales: eran letras de casi dos palmos que se extendían sobre el papel pintado, dibujadas con lo que parecía sangre negra seca.

LOS ARTEFACTOS INFERNALES CARECEN DE PIEDAD.
LOS ARTEFACTOS INFERNALES CARECEN DE REMORDIMIENTOS.
LOS ARTEFACTOS INFERNALES CARECEN DE NÚMERO.
LOS ARTEFACTOS INFERNALES NUNCA DEJARÁN DE LLEGAR.

Y allí, bajo las letras, una última frase, casi ilegible, como si quien la hubiera escrito estuviera perdiendo el uso de las manos. Se imaginó a Benedict encerrado en esa sala, enloqueciendo lentamente mientras se transformaba, y trazando las palabras en la pared con su propia sangre cargada de icor.

QUE DIOS TENGA PIEDAD DE NUESTRA ALMA.

El gusano atacó. Will se tiró haciendo una voltereta hacia adelante y escapó por poco de las fauces que se cerraban. Se quedó agachado, luego se incorporó y corrió toda la longitud de la criatura hasta llegar a la cola. Se volvió y vio al demonio cerniéndose como una cobra sobre Gideon y Gabriel, aunque, para su sorpresa, parecía haberse quedado paralizado, siseando, pero sin atacar. ¿Acaso reconocía a sus hijos? ¿Sentía algo por ellos? Era imposible decirlo.

Cecily estaba a mitad del tejo, colgada de una rama. Will esperó que fuera razonable y se quedara ahí; así que se volvió hacia Jem y alzó una mano para que su *parabatai* pudiera verlo. Hacía tiempo que habían ideado una serie de gestos que empleaban para comunicarse en plena batalla, en caso de que no pudieran oírse. Los ojos de Jem mostraron que lo había entendido, y le lanzó su espada bastón con tanta perfección que fue rodando hasta que Will la cogió con una mano y apretó el resorte del mango. La hoja salió al instante, y el chico la bajó con fuerza para atravesar la gruesa piel de la criatura. El gusano se echó hacia atrás y aulló mientras él lo golpeaba de nuevo y le seccionaba la cola. Benedict se sacudió salvajemente por ambos extremos, y el icor salió disparado en un pegajoso chorro, que cubrió a Will. Éste se apartó gritando, con la piel ardiéndole.

—¡Will! —Jem corrió hacia él. Gideon y Gabriel estaban acuchillando al gusano en la cabeza, haciendo todo lo posible por concentrar en ellos su atención. Mientras Will se limpiaba el ardiente icor de los ojos con la mano libre, Cecily se dejó caer desde el tejo y aterrizó limpiamente sobre el lomo del gusano.

Will dejó caer la espada bastón del susto. Nunca había hecho eso antes: dejar caer una arma en plena batalla, pero era su hermana pequeña la que se aferraba con una torva determinación al lomo de un enorme gusano demonio, igual que una pulga pegada al pelo de un perro. Mientras la miraba horrorizado, Cecily sacó una daga del cinturón y la clavó con saña en la carne del demonio.

«¿Qué cree que está haciendo? ¡Como si ese cuchillito pudiera matar a una cosa de ese tamaño!», pensó Will.

—Will, Will —le decía Jem al oído, con voz urgente, y Will se dio cuenta de que había hablado en voz alta, y que, en nombre del Ángel, el gusano estaba volviendo la cabeza hacia Cecily, con la boca abierta y llena de dientes...

Cecily soltó el mango del cuchillo y rodó de lado, saltando del cuerpo del gusano. Las fauces no la atraparon por los pelos, y se cerraron con fuerza sobre su propio cuerpo. Saltó icor negro, y el monstruo echó la cabeza hacia atrás, con un aullido que parecía el grito de una *banshee*. Tenía una enorme herida en el costado, y trozos de su propia piel le colgaban de los dientes. Mientras Will lo miraba boquiabierto, Gabriel alzó el arco y lanzó una flecha.

Ésta dio en su blanco y se clavó profundamente en uno de los ojos sin párpados del gusano, que se alzó hacia atrás; luego, la cabeza se le cayó hacia adelante y se plegó sobre sí misma, deshaciéndose, desapareciendo como les pasaba a los demonios cuando perdían la vida.

El arco de Gabriel cayó al suelo con un ruido que Will casi ni oyó. El pisoteado suelo estaba empapado en la sangre que había manado del cuerpo mutilado del gusano. En medio de todo, Cecily se ponía lentamente en pie, con una mueca de dolor y la muñeca derecha torcida en un ángulo raro.

Will ni siquiera notó que echaba a correr hacia ella; sólo se percató de que Jem le había cogido y se lo impedía. Se volvió furioso hacia su *parabatai*.

—Mi hermana...

—Tu rostro —replicó Jem, con una calma encomiable, considerando la situación—. Estás cubierto de sangre de demonio, William, y te está quemando. Debo ponerte un *iratze* antes de que el daño sea irreversible.

—Suéltame —insistió Will, y trató de apartarse, pero la fría mano de Jem lo tenía agarrado por la nuca, y luego Will notó el ardor de una estela en la muñeca, y el dolor que ni siquiera había notado que sentía comenzó a aliviarse. Jem lo soltó con un pequeño gemido de dolor por su parte; le había caído un poco de icor en los dedos. Will se detuvo, indeciso, pero Jem le indicó que se marchara con un gesto, mientras se colocaba la estela sobre su propia mano.

Sólo fue un momento de retraso, pero cuando Will llegó junto a Cecily, Gabriel ya estaba allí. Le había puesto la mano bajo la barbilla y le recorría el rostro con sus ojos verdes. Ella lo miraba atónita, cuando su hermano llegó y la cogió del hombro.

—Aléjate de ella —ladró, y Gabriel se apartó mientras apretaba los labios.

Gideon lo seguía de cerca, y ambos se inclinaron sobre Cecily, mientras Will la inmovilizaba con una mano y desenfundaba la estela con la otra. Ella lo miró con ojos que destellaban mientras él le grababa un negro *iratze* en un lado del cuello y luego un *mendelin* en el otro. El negro cabello se le escapó de la trenza, y le pareció la niña traviesa que él recordaba, feroz y sin miedo a nada.

—¿Estás herida, *cariad*? —La palabra salió de los labios del chico antes de que se diera cuenta; una palabra cariñosa de su infancia, que casi había olvidado.

—¿*Cariad*? —repitió ella, con los ojos cargados de incredulidad—. No estoy casi herida.

—Casi —indicó Will, y le señaló la muñeca torcida y los cortes que tenía en la cara y las manos, que habían comenzado a cerrarse gracias al *iratze*. Notó que la furia crecía en su interior, tanto que no oyó a Jem, a su espalda, comenzar a toser; por lo general era un sonido que lo hacía reaccionar como una chispa cayendo sobre yesca seca—. Cecily, ¿en qué estabas...?

—Eso ha sido una de las cosas más valientes que he visto hacer a un cazador de sombras —lo interrumpió Gabriel. No miraba a Will, sino a Cecily, con una mezcla de sorpresa y algo más en su expresión. Tenía barro y sangre en el cabello, igual que todos, lo que hacía que sus ojos verdes relucieran más aún.

Ella se sonrojó.

—Sólo ha sido...

Se calló de golpe, con la mirada alarmada, mirando más allá de Will. Jem volvió a toser, y esa vez Will le oyó; se volvió justo a tiempo de ver a su *parabatai* caer de rodillas sobre el suelo.

HASTA LA ÚLTIMA HORA

No, no lo haré, consuelo carroñero. Desesperación, no gozaré de ti; no desataré, por débiles que sean, las últimas hebras de hombre que hay en mí, o, cansado, gritaré: «No puedo más». Si puedo; puedo algo, la esperanza, la llegada del día venidero, no elegir el no ser.

GERARD MANLEY HOPKINS, «Consuelo de la carroña»

Jem estaba apoyado contra el carruaje del Instituto, con los ojos cerrados y el rostro blanco como el papel. Will estaba a su lado y lo agarraba con fuerza por el hombro. Tessa sabía, mientras corría hacia ellos, que no era sólo un gesto cariñoso. Era lo que mantenía a Jem en pie.

Henry y ella habían oído el grito de agonía del gusano. Gabriel los había encontrado, poco después, corriendo por la escalera de entrada. Les había explicado sin aliento la muerte de la criatura, y lo que luego le había pasado a Jem, y a Tessa todo se le había vuelto blanco, como si de repente le hubieran cruzado la cara de un bofetón.

Eran palabras que no había oído en mucho tiempo, pero que siempre estaba medio esperando, y a veces le aparecían en pesadillas que la hacían incorporarse asustada, tratando de respirar: «Jem», «desmayo», «respiración», «sangre», «Will», «Will está con él», «Will...».

Claro que Will estaba con él.

Los otros estaban alrededor; los hermanos Lightwood con su hermana, e incluso Tatiana guardaba silencio, o quizá Tessa no llegaba a oír sus palabras histéricas. Tessa también sabía que Cecily estaba cerca, y Henry se hallaba torpemente a su lado, como si deseara consolarla, pero no supiera cómo hacerlo.

Will miró a Tessa a los ojos cuando está se acercó, casi tropezándose con su vestido roto. Por un momento, se entendieron a la perfección. Jem era por lo que aún podían mirarse directamente a los ojos. Tratándose de él, ambos eran feroces e implacables. Tessa vio que Will apretaba la mano sobre el brazo de su *parabatai*.

—Está aquí —le dijo.

Jem abrió los ojos lentamente. Tessa se esforzó por evitar una expresión horrorizada. Jem tenía las pupilas dilatadas, los iris eran un fino anillo plateado alrededor del negro.

—*Ni shou sahng le ma, quin ai de?* —susurró él.

Jem había estado enseñando mandarín a Tessa, porque ella le había insistido. Ésta entendió «*quin ai de*», al menos, aunque no el resto. «Mi cariño, mi querida». Le buscó la mano y se la apretó.

—Jem...

—¿Estás herida, mi amor? —le preguntó Will. Su voz tan firme como sus ojos, y por un momento Tessa notó que la sangre le subía a las mejillas y se miró la mano que sujetaba la de su prometido; los dedos de él eran aún más pálidos que los suyos, como los de una muñeca de porcelana. ¿Cómo no había visto que estaba tan enfermo?

—Gracias por la traducción, Will —contestó, sin apartar la vista de Jem. Éste y Will estaban cubiertos de salpicaduras de icor negro, pero en la barbilla y el cuello de Jem también había gotas de sangre roja. Su propia sangre.

—No estoy herida —susurró Tessa, y luego pensó: «No, esto no sirve, en absoluto. Debes ser fuerte por él».

Se irguió y siguió apretándole la mano.

—¿Dónde está su medicina? —le preguntó a Will—. ¿No la cogió antes de dejar el Instituto?

—No habléis de mí como si no estuviera aquí —se quejó Jem, pero lo decía sin enfado. Volvió la cabeza y le dijo algo en voz baja a Will. Tessa notó la tensión en la postura de Will; estaba preparado, como un gato, para sujetar a Jem si se resbalaba o caía, pero el chico permaneció en pie—. Soy más fuerte cuando Tessa está conmigo, lo ves. Ya te lo he dicho —explicó, aún en el mismo tono de voz.

Y entonces, Will bajó la cabeza para que Tessa no pudiera verle los ojos.

—Ya —contestó—. Tessa, aquí no tenemos su medicina. Creo que salió del Instituto sin tomar la suficiente, aunque no quiera admitirlo. Vuelve al Instituto con él en el carruaje, y vigílate; alguien debe hacerlo.

Jem cogió aire trabajosamente.

—Los otros...

—Yo conduciré por ti. No será ningún problema; *Balios* y *Xanthos* se saben el camino. Henry puede guiar el de los Lightwood. —Will era rápido y eficiente, demasiado rápido y eficiente hasta para que se le dieran las gracias; no parecía que las necesitara. Ayudó a Tessa a meter a Jem en el carruaje, con mucho cuidado para no rozarla ni en el hombro ni el brazo. Luego fue a decir a los otros lo que ocurría. Tessa oyó parte de lo que Henry explicaba sobre tener que recoger los libros e informes de Benedict de la casa, mientras se inclinaba para cerrar la puerta del carruaje y quedarse con Jem en medio de un silencio que fue bienvenido.

—¿Qué había dentro de la casa? —preguntó Jem mientras pasaban traqueteando por la verja abierta que limitaba la propiedad de los Lightwood. Aún tenía muy mal aspecto, con la cabeza recostada contra los cojines del carruaje, los ojos entrecerrados y las mejillas brillantes de fiebre—. He oído a Henry hablar del estudio de Benedict...

—Se volvió loco allí dentro —contestó ella, mientras le cogía las frías manos entre las suyas—. En los días antes de transformarse, cuando Gabriel dijo que no salía de esa habitación, se le fue la cabeza. Había escrito en la pared con lo que parecía sangre, frases sobre «los Artefactos Infernales». Que no tenían piedad, que nunca dejarían de llegar...

—Debe de haberse referido al ejército de autómatas.

—Seguramente. —Tessa se estremeció levemente, y se acercó más a Jem—. Supongo que ha sido una tontería mía..., pero estos dos últimos meses han sido tan tranquilos...

—¿Te has olvidado de Mortmain?

—No. Olvidado, nunca. —Miró hacia la ventana, aunque no podía ver el exterior; había cerrado las cortinas cuando la luz pareció herir a Jem en los ojos—. Esperaba, tal vez, que se hubiera dedicado a otra cosa.

—No sabemos si ha sido así. —Jem cerró los dedos sobre los de ella—. La muerte de Benedict es quizá una tragedia, pero esas ruedas comenzaron a girar hace mucho tiempo. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Había otras cosas en la biblioteca. Notas y libros de Benedict. Diarios. Henry lo llevará al Instituto para estudiarlos. Mi nombre salía en ellos. —Tessa se detuvo; ¿cómo podía preocupar a Jem con esas cosas cuando estaba tan enfermo?

Como si él le hubiera leído el pensamiento, le pasó los dedos por la muñeca y los apoyó ligeramente sobre el pulso.

—Tessa, sólo es un ataque pasajero. No durará. Preferiría que me contaras la verdad, toda la verdad, ya sea amarga o espantosa, para poder compartirla contigo. Yo nunca permitiré que sufras daño alguno, ni tampoco nadie del Instituto. —Sonrió—. Se te acelera el pulso.

«La verdad, toda la verdad, ya sea amarga o espantosa».

—Te amo —le dijo Tessa.

Él la miró con una luz en su delicado rostro que lo hacía aún más hermoso.

—*Wo xi Wang ni ming tian ke yi jia gei wo.*

—Tú... —Tessa arrugó la frente—. ¿Quieres casarte? Pero ya estamos prometidos. No creo que nadie pueda prometerse dos veces.

Él soltó una carcajada, que se convirtió en una tos; Tessa se tensó, pero la tos no era profunda, y no había sangre.

—He dicho que me casaría contigo mañana si pudiera —explicó él.

Tessa alzó la cabeza en broma.

—Mañana no me resulta conveniente, caballero.

—Pero ya estás adecuadamente ataviada —repuso él sonriendo.

Tessa se miró el estropeado dorado de su vestido de novia.

—Sí, si nos fuéramos a casar en un matadero... —reconoció—. Ah, bueno. Éste no me gustaba mucho. Demasiado ostentoso.

—A mí me parecía que estabas muy hermosa —reconoció él con voz suave.

Tessa le apoyó la cabeza en el hombro.

—Ya habrá otro momento —repuso ella—. Otro día, otro vestido. Un momento en que tú estés bien y todo sea perfecto.

La voz de Jem seguía siendo amable, pero contenía un terrible cansancio.

—La perfección no existe, Tessa.

Sophie se hallaba junto a la ventana de su pequeño dormitorio, con las cortinas abiertas, los ojos fijos en el patio. Hacía horas que los carruajes habían partido traqueteando, y ella tendría que estar limpiando las rejillas de las chimeneas, pero el cepillo y el cubo permanecían intactos a sus pies.

Oía la voz de Bridget que ascendía tenue desde la cocina:

El conde Richard tenía una hija; Una muchacha hermosa, Y entregó su amor al Dulce William, Aunque no era de su estado.

A veces, cuando Bridget estaba de un humor especialmente cantarín, Sophie pensaba en bajar sigilosamente a la cocina y meterla en el horno, como a la bruja de *Hansel y Gretel*. Pero, sin duda, Charlotte no lo aprobaría. Incluso aunque Bridget estuviera cantando sobre el amor prohibido entre diferentes clases sociales justo en el momento en que Sophie se maldecía a sí misma por apretar tanto la tela de la cortina en la mano, viendo unos ojos verde grisáceos mientras se preocupaba y se preguntaba si Gideon estaría bien. ¿Habría resultado herido? ¿Podría luchar contra su padre? Y qué terrible tenía que ser...

La verja del Instituto se abrió, y un carruaje entró; Will conducía. Sophie lo reconoció: sin sombrero, el cabello negro ondeando al viento. Saltó del pescante del cochero y corrió a ayudar a Tessa a salir del carruaje (incluso desde esa distancia, Sophie vio qué estropicio había hecho con su vestido dorado) y luego a Jem, que se apoyaba pesadamente sobre el hombro de su *parabatai*.

Sophie contuvo el aliento. Aunque ya no estuviera enamorada de Jem, aún le apreciaba mucho. No era difícil, considerando su sinceridad, su dulzura y su gentileza. Con ella siempre había sido extraordinariamente amable. Durante los últimos meses, se había sentido aliviada de que él no padeciera ninguno de sus «malos momentos», como los llamaba Charlotte; aunque la felicidad no lo había sanado, parecía estar más fuerte, mejor...

Los tres desaparecieron dentro del Instituto. Cyril había salido de los establos y estaba ocupándose de los relinchantes *Balios* y *Xanthos*. Sophie respiró hondo y dejó caer la cortina. Charlotte quizá la necesitara, tal vez quisiera que la ayudara con Jem. Si había algo que ella pudiera hacer... Se apartó de la ventana, se apresuró por el pasillo y bajó la estrecha escalera de servicio.

En la planta baja se encontró con Tessa, con la tez cenicienta y vacilando ante la puerta del dormitorio de Jem. A través de la puerta parcialmente abierta, Sophie vio a Charlotte inclinada sobre el chico, que estaba sentado en la cama; Will estaba apoyado en la chimenea, con los brazos cruzados y mostrando una tensión clara en cada línea de su cuerpo. Tessa alzó la cabeza al ver a Sophie, y recuperó un poco el color.

—Sophie —llamó a media voz—, Sophie, Jem no está bien. Ha tenido otro... otro ataque de su enfermedad.

—No pasará nada, señorita Tessa. Lo he visto muy enfermo en otras ocasiones, y siempre se recupera, después está sano como una manzana.

Tessa cerró los ojos. Tenía ojeras grises. No era necesario que dijera lo que ambas estaban pensando, que llegaría un día en que Jem tendría un ataque y ya no se recuperaría.

—Debería ir a buscar agua caliente —añadió la sirvienta—, y trapos...

—Soy yo quien debería ir a buscarlos —repuso Tessa—. Y lo haría, pero Charlotte me ha dicho que debo cambiarme de vestido, que la sangre de demonio puede ser peligrosa si toca la piel en grandes cantidades. Ha enviado a Bridget en busca de trapos y ungüentos, y el hermano Enoch llegará en cualquier momento. Y Jem no quiere oírlo, pero...

—Ya basta —la cortó Sophie con firmeza—. No le servirá de nada si se permite enfermar también. La ayudaré con el vestido. Vamos, nos ocuparemos de eso, y en seguida.

Tessa abrió los ojos parpadeando.

—Mi querida y sensata Sophie. Claro que tienes razón. —Comenzó a andar por el pasillo hacia su habitación. Se detuvo en la puerta, y se volvió para mirar a la chica. Escrutó su rostro con sus grandes ojos grises, y pareció asentir para sí misma, como si hubiera acertado en alguna suposición—. Está perfectamente. No ha resultado herido.

—¿El señorito Jem?

Tessa negó con la cabeza.

—Gideon Lightwood.

Sophie se sonrojó.

Gabriel no estaba muy seguro de por qué se hallaba en el salón del Instituto, excepto que su hermano le había dicho que entrara allí y esperara, e incluso después de todo lo que había pasado, aún conservaba la costumbre de obedecer a Gideon. Le sorprendió lo sencilla que era la sala, nada que ver con los grandes salones de la casa de los Lightwood en Pimlico o de la de Chiswick. Las paredes estaban cubiertas con un desgastado papel decorado con rosas de Alejandría, la superficie del escritorio estaba manchada de tinta y arañada por los abrecartas y las plumillas, y la rejilla de la chimenea tenía hollín. Sobre la chimenea había un espejo empañado, con un marco dorado.

Gabriel miró su reflejo. Tenía una marca roja en el mentón, donde se le estaba curando un largo arañazo y el traje, rasgado en el cuello, manchado de sangre. «¿Tu propia sangre o la sangre de tu padre?»

Apartó rápidamente esa idea de su mente. Era extraño, pensó, que él fuera el que se pareciera a su madre, Barbara. Había sido alta y tendente a la delgadez, con cabello castaño rizado y ojos que él recordaba del más puro verde, como la hierba que cubría la ladera que bajaba hacia el río detrás de la casa. Gideon se parecía a su padre: ancho y robusto, con los ojos más grises que verdes. Lo que resultaba irónico, porque Gabriel había heredado el temperamento de su padre: obstinado, rápido para enfadarse y lento para perdonar. Gideon y Barbara eran más conciliadores, tranquilos y constantes, leales a sus creencias. Ambos se parecían mucho más a...

Charlotte Branwell entró por la puerta abierta del salón ataviada con un amplio vestido, y los ojos tan brillantes como los de un pajarillo. Siempre que Gabriel la veía, le sorprendía lo menuda que era, lo mucho más alto que era él. ¿En qué habría estado pensando el cónsul Wayland para dar a esa minúscula criatura el poder sobre el Instituto y sobre todos los cazadores de sombras de Londres?

—Gabriel —lo saludó, inclinando la cabeza—. Tu hermano dice que no has resultado herido.

—Estoy perfectamente —contestó él, algo seco, y al instante supo que había sonado grosero. No había sido ésa su intención precisamente. Durante años, su padre le había ido metiendo en la cabeza lo tonta que era Charlotte, cuán inútil y fácil de influenciar, y aunque sabía que su hermano no estaba de acuerdo, y no lo estaba hasta el punto de ir a vivir al Instituto y dejar a su familia, era una advertencia que costaba olvidar—. Pensaba que estarías con Carstairs.

—El hermano Enoch ha llegado, acompañado de otro de los Hermanos Silenciosos. Nos han prohibido la entrada a la habitación de Jem. Will está en la puerta, yendo de un lado para otro como una pantera enjaulada. ¡Pobre chico! —Charlotte miró un momento a Gabriel y luego se acercó a la chimenea. En su mirada había una penetrante inteligencia, que ocultó rápidamente al bajar las pestañas—. Pero basta de esto. Tengo entendido que ya han devuelto a tu hermana a la residencia de los Blackthorn en Kensington. ¿Hay alguien a quien querrías enviar un mensaje en tu nombre?

—¿Un... mensaje?

Charlotte se detuvo ante el hogar y se cogió las manos a la espalda.

—Tienes que ir a alguna parte, Gabriel, a no ser que quieras que te saque por la puerta con sólo las llaves de las calles en el bolsillo.

«¿Sacarme por la puerta?»

¿Acaso esa horrible mujer lo estaba echando del Instituto? Pensó en lo que su padre siempre le había dicho: «A los Fairchild no les importa nadie excepto ellos mismos y la Ley».

—Yo... la casa en Pimlico...

—En breve, se informará al Cónsul de lo que ha pasado en Lightwood House —explicó Charlotte—. Ambas residencias de tu familia en Londres serán confiscadas en nombre de la Clave, al menos hasta que se registren y se determine que tu padre no dejó nada que pueda proporcionar pistas al Consejo.

—¿Pistas de qué?

—De los planes de tu padre —contestó Charlotte, impasible—. De su conexión con Mortmain y del conocimiento de sus planes. De los Artefactos Infernales.

—Nunca he oído hablar de los malditos Artefactos Infernales —protestó Gabriel, y luego se sonrojó. Había maldecido, y delante de una dama. Aunque tampoco era que Charlotte fuera como cualquier otra dama.

—Te creo —repuso ella—. Pero no sé si el cónsul Wayland lo hará, pero esto es lo que tienes por delante. Si me das una dirección...

—No tengo ninguna —protestó Gabriel, desesperado—. ¿Adónde crees que puedo ir?

Ella lo miró con una ceja alzada.

—Quiero quedarme con mi hermano —reconoció él finalmente, sabiendo que sonaba petulante y enfadado, pero sin saber muy bien qué hacer para evitarlo.

—Pero tu hermano vive aquí —le recordó Charlotte—. Y tú has dejado muy claro lo que opinas del Instituto y de mi posición. Jem me contó lo que crees. Que mi padre llevó a tu tío al suicidio. No es cierto, ¿sabes?, pero no espero que me creas. Sin embargo, me hace preguntarme por qué desearías quedarte aquí.

—El Instituto es un refugio.

—¿Planeaba tu padre dirigirlo como un refugio?

—¡No lo sé! No sé cuáles son sus planes... ¡cuáles *eran*!

—Entonces ¿por qué le seguiste? —La voz de Charlotte era suave pero despiadada.

—¡Porque era mi padre! —gritó Gabriel. Se alejó de la mujer con la respiración entrecortada. Sólo medio consciente de lo que hacía, se envolvió en sus propios brazos, apretándose con fuerza, como si así pudiera evitar desmoronarse.

Recuerdos de las últimas semanas, recuerdos que Gabriel había estado haciendo todo lo posible por enterrar en lo más recóndito de su mente, amenazaron con salir a la luz: semanas en la casa después de que despacharan a los criados; ruidos que llegaban de las habitaciones del piso de arriba; gritos por las noches; sangre en la escalera por la mañana; su padre gritando palabras ininteligibles desde el otro lado de la puerta cerrada de la biblioteca, como si ya no pudiera hablar correctamente...

—Si me vas a echar a la calle —continuó Gabriel, con una especie de desesperación terrible—, entonces hazlo ahora. No quiero pensar que tengo un hogar cuando no lo tengo. No quiero pensar que volveré a ver a mi hermano si no va a ser así.

—¿Crees que él no iría a buscarte? ¿Que no te encontrará donde sea que estés?

—Creo que ha demostrado a quién aprecia más —contestó Gabriel—, y no soy yo. —Lentamente se irguió y se fue envalentonando—. Échame o déjame quedarme. No voy a rogarte.

Charlotte suspiró.

—No tendrás que hacerlo —repuso—. Nunca antes he echado a nadie que me dijera que no tenía adónde ir, y no empezaré ahora. Sólo te pido una cosa. Permitir que alguien viva en el Instituto, en el mismísimo corazón del Enclave, es depositar mi confianza en sus buenas intenciones. No me hagas arrepentirme de haber confiado en ti, Gabriel Lightwood.

Las sombras se habían alargado en la biblioteca. Tessa se hallaba sentada en un círculo de luz junto a una de las ventanas, al lado de una lámpara de pantalla azul. Hacía varias horas que tenía un libro abierto en el regazo, pero había sido incapaz de concentrarse en la lectura. Pasaba los ojos sobre las palabras escritas sin asimilarlas, y se encontró a menudo deteniéndose para tratar de recordar quiénes eran los personajes o por qué hacían lo que estaban haciendo.

Estaba a punto de comenzar de nuevo el capítulo cinco cuando un crujido de las maderas del suelo la alertó; alzó la mirada y se encontró con Will ante ella, con el cabello húmedo y los guantes en la mano.

—Will. —Tessa dejó el libro en el alféizar a su lado—. Me has asustado.

—No pretendía interrumpirte —dijo él en voz baja—. Si estás leyendo... —Y comenzó a volverse.

—No lo estoy —respondió ella; él se detuvo y giró la cabeza para mirarla—. No puedo concentrarme en las palabras. No puedo quitarme la inquietud de la cabeza.

—Yo tampoco —repuso él, y acabó de volverse.

Ya no tenía salpicaduras de sangre. Su ropa estaba limpia y la piel sin marcas en su mayor parte, aunque Tessa podía notar las líneas rosadas de arañazos en la garganta, que desaparecían bajo el cuello de la camisa e iban sanando gracias a los *iratzes*.

—¿Hay noticias de mi... hay noticias de Jem?

—No hay cambios —contestó Will; ella ya lo había supuesto. Si hubiera habido algún cambio, Will no habría estado ahí—. Los Hermanos aún no dejan que nadie entre en la habitación, ni siquiera Charlotte.

—¿Y por qué estás aquí? —prosiguió él—. ¿Sentada en la oscuridad?

—Benedict escribió en la pared de su estudio —contestó ella en voz baja—. Antes de convertirse en aquella criatura, supongo, o mientras estaba transformándose. No lo sé. «Los Artefactos Infernales carecen de piedad. Los Artefactos Infernales carecen de remordimientos. Los Artefactos Infernales carecen de número. Los Artefactos Infernales nunca dejarán de llegar».

—¿Los Artefactos Infernales? Supongo que se refiere a las criaturas mecánicas de Mortmain. Aunque hace meses que no hemos visto ninguna.

—Eso no significa que no vuelvan a aparecer —indicó Tessa. Miró la mesa de la biblioteca, su arañado barniz. ¿Cuántas veces debían de haberse sentado juntos ahí Will y Jem, estudiando, grabando sus iniciales, como hacían los escolares aburridos, en el tablero de la mesa?—. Aquí, soy un peligro para vosotros.

—Tessa, ya hemos hablado de eso. Tú no eres el peligro. Eres lo que quiere Mortmain, de acuerdo, pero si no estuvieras aquí, protegida, te atraparía con facilidad, y ¿para qué clase de destrucción emplearía tus poderes? No lo sabemos; sólo sabemos que te quiere para algo, y que es mejor para nosotros mantenerte alejada de su alcance. No es altruismo. Los cazadores de sombras no somos desinteresados.

Ella lo miró.

—Creo que tú eres muy altruista. —Al oír su bufido de desacuerdo, ella añadió—: Seguro que sabes que lo que hacéis es ejemplar. Sí que es cierto que la Clave es bastante fría. «Somos polvo y sombras». Pero sois como los héroes de los tiempos pasados, como Aquiles y Jasón.

—Aquiles murió por una flecha envenenada, y Jasón murió solo, lo mató su propio barco podrido. Tal es el destino de los héroes; el Ángel sabrá por qué alguien desearía serlo.

Tessa lo miró. Tenía unas leves ojeras bajo los ojos azules, y se toqueteaba con los dedos la tela de los puños, sin pensar, como si no supiera que lo estaba haciendo. «Meses», pensó. Habían pasado meses desde que habían estado solos más de un instante. Sólo se habían encontrado accidentalmente en los pasillos, en el patio, intercambiando torpes cortesías. Tessa había echado de menos sus chistes, los libros que le prestaba, los destellos de humor en su mirada. Perdida en el recuerdo del Will más fácil del principio, Tessa habló sin pensar:

—No puedo olvidar algo que me dijiste una vez.

Él la miró sorprendido.

—¿Sí? ¿Qué?

—Que a veces, cuando no puedes decidir qué hacer, finges ser un personaje de un libro, porque es más fácil decidir qué harían ellos.

—No soy alguien de quien haya que seguir sus consejos —repuso Will—, si estás buscando la felicidad.

—No la felicidad. No exactamente. Quiero ayudar, hacer el bien... —Tessa se interrumpió y suspiró—. Y he leído muchos libros, pero si hay alguna guía en ellos, no he sido capaz de encontrarla. Dijiste que eras como ese personaje de Dickens, Sydney Carton...

Él hizo un ruido, y se dejó caer en una silla en el lado opuesto de la mesa. Bajó las pestañas, ocultando los ojos.

—Y supongo que sé lo que eso representa para el resto de nosotros —continuó la chica—. Pero no quiero ser Lucie Manette, porque no hace nada para salvar a Charles; deja que Sydney lo haga todo. Y es cruel con él.

—¿Con Charles? —preguntó Will.

—Con Sydney —contestó Tessa—. Él desea ser un hombre mejor, pero ella no quiere ayudarlo.

—No puede. Está prometida a Charles Darney.

—Aun así, no es buena con él —insistió Tessa.

Will se levantó de la silla con la misma rapidez con que se había sentado. Se inclinó hacia adelante con las manos sobre la mesa. Sus ojos se veían muy azules bajo la luz asimismo azul de la lámpara.

—A veces se debe escoger entre ser bueno o ser honorable —afirmó—. A veces no se puede ser ambas cosas.

—¿Cuál es mejor? —preguntó Tessa en un susurro.

Will hizo una mueca de amargo humor.

—Supongo que depende del libro.

Tessa echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Conoces esa sensación —explicó—, cuando estás leyendo un libro y sabes que va a ser una tragedia; cuando puedes notar cómo se acerca el frío y la oscuridad, ver cómo la red se va cerrando sobre los personajes que viven y respiran en las páginas. Pero estás atado a la historia como si estuvieras atado detrás un carruaje, y no puedes soltarte ni cambiar el rumbo. —Vio los azules ojos de Will oscurecidos de comprensión; claro que él lo comprendería. Tessa se apresuró a continuar—: Ahora me siento como si pasara eso, sólo que no a los personajes de un libro, sino a mis propios queridos amigos y compañeros. No quiero quedarme sentada mientras la tragedia se cierne sobre nosotros. Quisiera alejarla, pero me esfuerzo en vano por descubrir cómo podría hacerse.

—Tienes miedo por Jem —aseveró Will.

—Sí —contestó Tessa—. Y tengo miedo por ti también.

—No —replicó Will con voz ronca—. No lo desperdicies en mí, Tess.

Antes de que ella pudiera contestarle, se abrió la puerta de la biblioteca. Era Charlotte, consumida y exhausta. Rápidamente, el chico se volvió hacia ella.

—¿Cómo está Jem?

—Despierto y hablando —respondió Charlotte—. Ha tomado un poco de *yin fen*, y los Hermanos Silenciosos han podido estabilizarlo y detener la hemorragia interna.

Al mencionar «hemorragia interna», Will pareció estar a punto de vomitar; Tessa supuso que ella no tendría mucho mejor aspecto.

—Puede tener una visita —continuó Charlotte—. Lo cierto es que lo ha pedido.

Will y Tessa intercambiaron una rápida mirada. Ella supo lo que ambos estaban pensando: ¿cuál de ellos sería el visitante? Tessa era la prometida de Jem, pero Will era su *parabatai*, lo que en sí ya era sagrado. Will comenzó a retroceder cuando Charlotte volvió a hablar, con un agotamiento absoluto.

—Ha pedido que vayas tú, Will.

Éste pareció sorprendido. Lanzó una mirada a Tessa.

—Yo...

La chica no pudo negar el atisbo de cierta sorpresa y celos que había sentido tras las costillas al oír a Charlotte, pero los aplastó sin piedad. Amaba lo suficiente a Jem para querer para él lo que él quisiera, y él siempre tenía sus razones.

—Ve tú —le indicó amable—. Claro que quiere verte a ti.

Will comenzó a ir hacia la puerta con Charlotte. A medio camino, se detuvo y volvió junto a Tessa.

—Tessa —le dijo—, mientras estoy con Jem, ¿harías algo por mí?

Ella alzó la mirada y tragó saliva. Will estaba demasiado cerca, demasiado cerca. Todas las líneas, formas y ángulos de Will cubrían su campo de visión mientras su voz le llenaba los oídos.

—Sí, claro —contestó—. ¿Qué?

Para: Edmund y Branwen Herondale

Ravenscar Manor

West Riding, Yorkshire

Queridos papá y mamá:

Sé que fue una cobardía por mi parte marcharme como me fui, por la mañana temprano antes de que os levantarais, dejando sólo una nota para explicar mi ausencia. No soportaba miraros, sabiendo lo que había decidido hacer y que era la peor de las hijas desobedientes.

¿Cómo puedo explicaros la decisión que tome, y cómo llegué a ella? Incluso ahora, parece una locura. De hecho, cada día es más loco que el anterior. No mentías, papá, cuando dijiste que la vida de un cazador de sombras es como un sueño febril...

Cecily pasó la plumilla de la pluma con rabia sobre las líneas que había escrito, luego arrugó el papel y apoyó la cabeza en el escritorio.

Muchísimas veces había comenzado esa carta, y aún no había llegado a una versión satisfactoria. Quizá no debería intentarlo en ese momento, pensó, cuando llevaba desde que había vuelto al Instituto intentando calmar sus nervios. Todo el mundo había estado pendiente de Jem, y Will, después de una sumaria revisión en el jardín en busca de heridas, casi ni le había vuelto a hablar. Henry había salido corriendo para ir junto a Charlotte, Gideon había llevado a un lado a Gabriel, y Cecily se había encontrado subiendo sola la escalera que daba al Instituto.

Se había metido en su dormitorio, sin molestarse en quitarse el traje de combate, y se había hecho un ovillo en la cama con dosel. Mientras permanecía tumbada en la oscuridad, oyendo los amortiguados ruidos de Londres en el exterior, el corazón se le había encogido con una repentina y dolorosa añoranza de su hogar. Había pensado en las verdes colinas de Gales, y en su madre y su padre, y había saltado de la cama como un resorte; había corrido al escritorio para coger papel y pluma, manchándose los dedos de tinta con la prisa. Y sin embargo, no le salían las palabras correctas. Se sentía como si sus remordimientos y su soledad exudaran por cada uno de los poros de la piel y, aun así, no conseguía dar a sus sentimientos una forma que sus padres pudieran llegar a soportar.

En ese momento llamaron a la puerta. Cecily cogió un libro que tenía sobre el escritorio y lo abrió como si hubiera estado leyéndolo.

—Adelante —dijo finalmente.

Era Tessa, que se quedó vacilando en la entrada. Ya no llevaba su vestido de novia destrozado, sino uno sencillo de muselina azul, pero sí sus dos colgantes, que relucían en el cuello: el ángel mecánico y el pendiente de jade que había sido el regalo de compromiso de Jem. Cecily la miró con curiosidad. Aunque las dos chicas se llevaban bien, no eran tan íntimas como en otros tiempos. Tessa la trataba con cierta cautela de la que Cecily sospechaba la razón sin ser capaz de probarla; además de eso, había algo sobrenatural y extraño en ella. Cecily sabía que Tessa podía cambiar de forma, podía transformarse en el doble de cualquier persona, y Cecily no podía librarse de la sensación de que eso era antinatural. ¿Cómo podía conocer el auténtico rostro de alguien, si lo podía cambiar con tanta facilidad como se cambiaba de vestido?

—¿Sí? —preguntó Cecily—. ¿Señorita Gray?

—Por favor, llámame Tessa —contestó la otra chica, y cerró la puerta a su espalda. No era la primera vez que le había pedido a Cecily que la llamara por su nombre de pila, pero la costumbre y la perversidad impedían a ésta hacerlo—. He venido a ver si estás bien y si necesitas algo.

—Ah. —Cecily notó una punzada de decepción—. Estoy muy bien.

Tessa avanzó un poco.

—¿Es eso *Grandes esperanzas*?

—Sí. —Cecily no le explicó que había visto a Will leyéndolo, y lo había cogido para tratar de averiguar algo más sobre su modo de pensar. Sin embargo, por el momento estaba terriblemente perdida. El protagonista, Pip, era morboso, y el personaje de Estella tan horrible que Cecily le habría dado una buena tunda.

—Estella —dijo Tessa a media voz—. «Hasta la última hora de mi vida, no puedes sino seguir siendo parte de mi personaje, parte de lo poco bueno que hay en mí, parte de la maldad».

—¿Así que tú también memorizas pasajes de libros, igual que Will? ¿O es éste uno de tus favoritos?

—No tengo la memoria de Will —respondió Tessa, avanzando un poco más—. O de su runa *mnemosyne*. Pero me encanta este libro. —Repasó el rostro de Cecily con sus ojos grises—. ¿Por qué no te has quitado aún el traje?

—Estaba pensando en subir a la sala de entrenamiento —contestó ésta—. Allí puedo pensar mejor, y tampoco es que a nadie le importe si lo hago o no.

—¿Más entrenamiento? ¡Cecily, acabas de regresar de una batalla! —protestó Tessa—. Sé que a veces se necesita aplicar las runas más de una vez para sanar por completo... Antes de empezar a entrenar, tendría que llamarte a alguien: Charlotte, o...

—¿O Will? —soltó Cecily—. Si a alguno de los dos le importara, ya habrían venido.

Tessa se detuvo junto a la cama.

—No puedes pensar que a Will no le importas.

—No está aquí, ¿verdad?

—Me ha enviado a mí —repuso Tessa—, porque él está con Jem —dijo como si eso lo explicara todo. Cecily supuso que, en cierto modo, así era. Sabía que Will y Jem eran amigos íntimos, pero también que eran más que eso. Había leído sobre los *parabatai* en el *Códice*, y sabía que el vínculo que los unía no existía entre los mundanos; era algo más que ser hermanos y mejor que la sangre—. Jem es su *parabatai*. Ha jurado estar con él en momentos como éste.

—Estaría con él, juramento o no. Estaría ahí para cualquiera de vosotros. Pero ni siquiera ha venido a ver si necesito un *iratze*.

—Cecy... —comenzó Tessa—. La maldición de Will...

—¡No era una maldición real!

—¿Sabes? —repuso Tessa pensativa—, en cierto modo lo era. Creía que nadie podía quererle, y que si permitía que alguien lo quisiera, ese alguien moriría. Por eso os abandonó. Os dejó para que estuvierais a salvo, y aquí estás tú ahora; para él, por definición, no a salvo. No soporta venir y ver tus heridas, porque para él es como si te las hubiera infligido él mismo.

—Yo he elegido ser una cazadora de sombras. Y no sólo porque quiera estar con Will.

—Lo sé —repuso Tessa—. Pero también he estado sentada junto a él cuando deliraba por haber estado expuesto a la sangre de un vampiro y se ahogaba con agua bendita; sé qué nombre dijo: el tuyo.

Cecily la miró sorprendida.

—¿Will me llamó?

—Oh, sí. —Una leve sonrisa se dibujó en la boca de Tessa—. No quiso decirme quién eras, claro, cuando se lo pregunté, y me volvió medio loca... —Se interrumpió y apartó la mirada.

—¿Por qué?

—Curiosidad —contestó Tessa, encogiéndose de hombros, aunque se le habían sonrojado las mejillas—. Es mi peor pecado. En cualquier caso, él te quiere. Sé que con Will todo está patas arriba y de medio lado, pero el hecho de que no esté aquí sólo es una prueba más de lo importante que eres para él.

Está acostumbrado a castigar a todos los que ama, y cuanto más quiere a alguien, más desesperadamente intenta no mostrarlo.

—Pero no hay ninguna maldición...

—Las costumbres de años no se pierden tan rápido —explicó Tess, y sus ojos la miraron tristes—. No cometas el error de creer que no te quiere porque juega a no hacerlo, Cecily. Enfréntate a él si lo necesitas y exígele la verdad, pero no cometas el error de alejarte porque crees que es una causa perdida. No lo alejes de tu corazón. Porque si lo haces, lo lamentarás.

Para: Miembros del Consejo

De: Cónsul Josiah Wayland

Perdonen el retraso en contestar, caballeros. Quería asegurarme de que no les estaba haciendo partícipes de unas opiniones formadas con precipitación, sino que mis palabras eran el resultado sólido y razonado de una paciente reflexión.

Me temo que no puedo secundar su recomendación de nombrar a Charlotte Branwell mi sucesora. Aunque posee un buen corazón, es demasiado voluble, emocional, pasional y desobediente para tener madera de Cónsul. Como sabemos, el bello sexo tiene sus debilidades, que no comparten los hombres, y tristemente, ella es presa de todas ellas. No, no puedo recomendarla. Les pido que consideren otro candidato: mi propio sobrino, George Penhallow, que cumplirá los veinticinco años este noviembre, y es un excelente cazador de sombras y un joven intachable. Considero que posee la seguridad moral y la fuerza de carácter para liderar a los cazadores de sombras en la nueva década.

En el nombre de Raziel,

Cónsul Josiah Wayland

—Pensaba que, como mínimo, harías una canción sobre eso —dijo Jem.

Will observó a su *parabatai* con curiosidad. Aunque había pedido que fuera a verlo, no parecía estar de muy buen humor. Se hallaba sentado en silencio en el borde de la cama, vestido con una camisa y unos pantalones limpios, aunque la camisa le iba muy grande y le hacía parecer más delgado que nunca. Todavía tenía restos de sangre seca alrededor de la clavícula, una especie de espeluznante collar.

—¿Hacer una canción sobre qué?

Jem hizo una mueca.

—¿Sobre nuestra derrota del gusano? —propuso Jem—. Después de todos los chistes que has hecho...

—Estas últimas horas no he estado de humor para chistes —replicó Will; la mirada se le fue hacia los harapos ensangrentados que había en la mesilla junto a la cama, y la palangana medio llena de un fluido rosado.

—No me agobies, Will —repuso Jem—. Todo el mundo ha estado agobiándome y no lo soporto; quería que vinieras tú porque... porque tú no lo haces. Tú me haces reír.

Will alzó los brazos.

—Oh, muy bien. ¿Qué te parece esto?

Ya no laboro en vano por probar que la viruela del demonio retuerce el cerebro. Y que al gusano hayamos matado cerebro, ya que a crearme, todos os habéis de resignar.

Jem rompió a reír.

—Bueno, es malísimo.

—¡Ha sido improvisado!

—Will, existe algo llamado métrica. —Al cabo de un instante, la risa se convirtió en un ataque de tos. Will fue hacia él mientras Jem se doblaba en dos, sacudiendo los delgados hombros. La sangre salpicó la colcha blanca.

—Jem...

Con una mano, éste hizo un gesto hacia la caja que estaba en la mesilla. Will la cogió; la mujer delicadamente tallada en la tapa, vertiendo agua de una jarra, le resultaba íntimamente familiar. Odiaba verla.

Abrió la caja y se quedó helado. Lo que parecía una fina capa de azúcar en polvo plateado apenas cubría el fondo. Quizá hubiera habido más cantidad antes de que los Hermanos Silenciosos trataran a Jem; Will no lo sabía. Lo que sí sabía era que debería quedar mucho más.

—Jem —preguntó en una voz ahogada—, ¿cómo es que queda sólo esto?

Jem había parado de toser. Tenía sangre en los labios, y mientras Will lo observaba, demasiado perplejo para moverse, alzó el brazo y se limpió la sangre del rostro con la manga. El lino se volvió escarlata al instante. Parecía febril y le brillaba la pálida piel, pero no mostraba ninguna otra señal externa de agitación.

—Will —dijo suavemente.

—Hace dos meses —comenzó Will; se dio cuenta de que estaba alzando la voz y se forzó a bajarla—. Hace dos meses compré *yin fen* suficiente para todo un año.

Había una mezcla de desafío y tristeza en la mirada de Jem.

—He acelerado el proceso tomándolo.

—¿Acelerado? ¿Cuánto?

Jem no lo miró a los ojos.

—He estado tomando el doble, quizá el triple.

—Pero el ritmo al que tomas la droga está ligado al deterioro de tu salud —replicó Will, y cuando su *parabatai* no le contestó, alzó la voz en una simple pregunta—: ¿Por qué?

—No quiero vivir media vida...

—¡A este ritmo ni siquiera vas a vivir la quinta parte de una! —gritó Will, y tragó aire.

La expresión de Jem había cambiado, y Will tuvo que dejar la caja que sujetaba dando un golpe sobre la mesilla para evitar pegarle un puñetazo a la pared.

Jem estaba sentado erguido, con los ojos en llamas.

—Vivir es más que no morir —dijo—. Mira el modo en que tú vives, Will. Brillas con el resplandor de una estrella. Había estado tomando sólo la droga suficiente para seguir vivo, pero no para estar bien. Un poco más antes de las batallas, quizá, para darme energía, pero de otro modo, media vida, un ocaso gris de vida...

—Pero ahora has cambiado la dosis, ¿no? ¿Ha sido desde que te prometiste? —exigió saber Will—. ¿Es por Tessa?

—No la puedes culpar de esto. Fue mi decisión. Ella no lo sabe.

—Ella querría que vivieras, James...

—¡No voy a vivir! —Jem ya estaba de pie, con las mejillas arrojadas; Will pensó que nunca lo había visto tan enfadado—. No voy a vivir, y prefiero ser todo lo que pueda ser por ella, brillar tanto por ella como desee aunque por un tiempo más corto, que hacer que cargue con alguien sólo medio vivo durante mucho tiempo. Es mi decisión, William, y no la puedes tomar por mí.

—Quizá sí puedo. Siempre he sido yo el que te ha comprado el *yin fen*...

El color desapareció del rostro de Jem.

—Si te niegas a hacerlo, me lo compraré yo. Siempre he estado dispuesto a hacerlo. Tú dijiste que querías ser quien lo comprara. Y en cuanto a eso... —Se quitó el anillo de los Cartairs del dedo y se lo tendió a Will—. Cógelo.

Will miró el anillo, y luego clavó la mirada en el rostro de Jem. Se le pasaron por la cabeza una docena de cosas horribles que podía decir, o hacer. Había descubierto que uno no se desprendía tan rápido de un personaje. Durante tantos años había fingido ser cruel que todavía era a esa ficción a lo primero que echaba mano, como un hombre podía dirigir sin pensar su carruaje hacia la casa donde había vivido toda su vida, a pesar de haberse mudado recientemente.

—¿Ahora quieres casarte conmigo? —fue lo que dijo finalmente.

—Vende el anillo —dijo Jem—. Por el dinero. Te dije que no tenías por qué pagarme las drogas; una vez pagué las tuyas, ¿sabes?, y recuerdo la sensación. No era agradable.

Will hizo una mueca de angustia, y luego miró el símbolo de la familia Carstairs brillando en la pálida palma cubierta de cicatrices de Jem. Le cogió la mano a su amigo con suavidad y le cerró los dedos sobre el anillo.

—¿Desde cuándo tú eres temerario y yo cauto? ¿Desde cuándo tengo que protegerte de ti mismo? Siempre has sido tú quien me ha protegido a mí. —Escrutó el rostro de Jem con la mirada—. Ayúdame a entenderte.

Jem permaneció inmóvil.

—Al principio —repuso finalmente—, cuando me di cuenta de que amaba a Tessa, pensé que quizá el amor me estuviera sentando bien. No había tenido un ataque en mucho tiempo. Y cuando le pedí que se casara conmigo, se lo dije. Que el amor me estaba sanando. Así que la primera vez que tuve... la primera vez que sucedió de nuevo, después de eso, no soportaba decírselo, para que no pensara que significaba que mi amor por ella había disminuido. Tomé más droga, para alejar otra enfermedad. Pronto estuve tomando más droga sólo para mantenerme en pie de la que solía tomar para funcionar durante toda una semana. No viviré más años, Will. Quizá tampoco muchos meses. Y no quiero que Tessa lo sepa. Por favor, no se lo digas. No por ella, sino por mí.

Casi contra su propia voluntad, Will supo que lo entendía; él habría hecho lo que fuera, habría dicho cualquier mentira, para hacer que Tessa lo amara. Habría hecho...

Casi cualquier cosa, pero nunca traicionar a Jem. Eso era lo único que no haría. Y ahí estaba su *parabatai*, con la mano en la suya y pidiéndole su compasión, su comprensión. ¿Y cómo no iba él a entenderle? Se recordó a sí mismo en el salón de Magnus, rogándole que lo enviara a los reinos de los demonios, porque prefería eso a vivir otra hora, otro momento, de una vida que ya no podía soportar.

—Así que estás muriendo por amor —repuso Will finalmente, con una voz que le sonó ahogada hasta a sí mismo.

—Muriendo un poco más rápido por amor. Y hay cosas peores por las que morir.

Will soltó la mano de Jem; éste miró el anillo y luego a Will, con una pregunta en los ojos.

—Will...

—Yo iré a Whitechapel —contestó éste—. Esta noche. Te conseguiré todo el *yin fen* que haya, todo el que puedas necesitar.

Jem negó con la cabeza.

—No puedo pedirte que hagas algo que va contra tu conciencia.

—Mi conciencia... —susurró Will—. Tú eres mi conciencia. Siempre lo has sido, James Carstairs. Lo haré por ti, pero primero quiero una promesa.

—¿Qué clase de promesa?

—Me pediste hace años que dejara de buscar una cura para ti —respondió Will—. Quiero que me liberes de esa promesa. Libérame para al menos mirar. Libérame para poder buscar.

Jem lo miró asombrado.

—Justo cuando pienso que te conozco perfectamente, me vuelves a sorprender. Sí, te libero. Busca. Haz lo que debas hacer. No puedo atar tus mejores intenciones; sólo resultaría cruel, y yo haría lo mismo por ti de estar en tu lugar. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. —Will dio un paso al frente. Le puso las manos a Jem sobre los hombros, y notó lo delicados que eran, huesos como los de las alas de un pájaro—. Ésta no es una promesa vacía, James. Créeme, no hay nadie que sepa más que yo sobre el dolor de la falsa esperanza. Buscaré. Si hay algo que encontrar, lo encontraré. Pero hasta entonces... tu vida es tuya para vivirla como elijas.

Increíblemente, Jem sonrió.

—Lo sé —repuso—, pero es muy amable de tu parte que me lo recuerdes.

—Soy la amabilidad en persona —bromeó Will. Recorrió el rostro de su amigo con la mirada—. Y soy obstinado. No me vas a dejar. No mientras yo viva.

Jem abrió mucho los ojos, pero no dijo nada. No había nada más que decir. Will dejó caer las manos de los hombros de su *parabatai* y fue hacia la puerta.

Cecily se hallaba donde había estado antes ese mismo día, con un cuchillo en la mano derecha. Apuntó, echó el brazo hacia atrás y lanzó el cuchillo. Se clavó en la pared, justo fuera del círculo dibujado.

Su conversación con Tessa no le había calmado los nervios, sino que la había puesto peor. Tessa había mostrado un aire de tristeza resignada que había hecho que Cecily se sintiera inquieta y ansiosa. Con todo lo enfadada que estaba con Will, no podía evitar sentir que Tessa, en su corazón, albergaba cierto temor por él, alguna amenaza de la que no quería hablar, y ella ansiaba saber qué era. ¿Cómo podría proteger a su hermano si no sabía de qué necesitaba protegerlo?

Después de recuperar el cuchillo, lo alzó hasta la altura del hombro y lo volvió a lanzar. Esta vez se clavó aún más lejos del círculo, lo que la hizo resoplar enfadada.

—*Uffern nef!* —masculló en galés. Su madre se habría horrorizado, pero, claro, su madre no estaba allí.

—Cinco —dijo una voz áspera desde el pasillo de fuera.

Cecily se volvió sobresaltada. Había una sombra en el hueco de la puerta, una sombra que, al avanzar, se convirtió en Gabriel Lightwood, todo cabello castaño revuelto y ojos verdes cortantes como el cristal. Era tan alto como Will, o quizá más, y más desgarbado que su hermano.

—No entiendo lo que quiere decir, señor Lightwood.

—Su tiro —aclaró él con un elegante movimiento del brazo—. Le doy cinco puntos. Su habilidad y su técnica quizá requieran trabajo, pero sin duda hay un talento innato. Lo que necesita es práctica.

—Will ha estado entrenándome —aclaró ella mientras él se acercaba.

Gabriel alzó la comisura de la boca en una medio sonrisa.

—Lo dicho.

—Supongo que usted lo haría mejor.

Él se detuvo y arrancó el cuchillo de la pared. Éste destelló mientras le daba vueltas entre los dedos.

—Podría —repuso—. Me entrenó el mejor, y he estado entrenando a la señorita Collins y a la señorita Gray...

—Eso he oído. Hasta que se cansó. No es el compromiso que quizá se busque en un tutor. —Cecily mantuvo una voz fría; recordaba el tacto de Gabriel cuando éste la había ayudado a ponerse en pie en Lightwood House, pero sabía que a Will no le agradaba, y la soberbia de su voz resultaba molesta.

Gabriel tocó la punta del cuchillo con la yema del dedo. Salió una roja gota de sangre. Tenía dedos callosos, y el dorso de las manos salpicado de pecas.

—Se ha cambiado de traje de combate —observó él.

—Estaba cubierto de sangre e icor. —Cecily lo miró de arriba abajo—. Veo que usted no.

Por un momento, una extraña expresión le atravesó el rostro. Luego desapareció, pero ella había visto a su hermano ocultar las emociones las veces suficientes como para reconocer las señales.

—No tengo mi ropa aquí —explicó él—, y no sé dónde viviré. Podría regresar a una de las residencias de la familia, pero...

—¿Está pensando en quedarse en el Instituto? —preguntó Cecily sorprendida, leyéndoselo en la cara—. ¿Y qué dice Charlotte?

—Me lo permitirá. —El rostro de Gabriel cambió durante un instante; mostró una repentina vulnerabilidad donde antes sólo había habido dureza—. Mi hermano está aquí.

—Sí —corroboró Cecily—. El mío también.

Gabriel se detuvo un momento, casi como si eso no se le hubiera ocurrido.

—Will —dijo—. Se le parece usted mucho. Es... desconcertante. —Sacudió la cabeza, como si quisiera desprender las telarañas—. Acabo de ver a su hermano. Bajando a todo galope la escalera delantera del Instituto como si los Cuatro Jinetes lo estuvieran persiguiendo. Supongo que no sabe por qué.

Propósito. A Cecily le dio un brinco el corazón. Cogió el cuchillo de la mano de Gabriel, sin hacer caso de su exclamación de sorpresa.

—En absoluto —contestó—. Pero tengo la intención de averiguarlo.

Mientras que la City de Londres parecía cerrarse sobre sí misma al final de la jornada de trabajo, el East End estaba despertando a la vida. Will recorrió calles flanqueadas de puestos que vendían ropa y zapatos de segunda mano. Ropavejeros y afiladores empujaban sus carros por las aceras, anunciando sus servicios con voz ronca. Carniceros, con los mandiles salpicados de sangre, se apoyaban en puertas abiertas, flanqueadas por escaparates donde colgaban carcasas. Mujeres que tendían la colada llamaban a otras al otro lado de la calle con un acento cockney tan marcado que cualquiera que hubiera nacido fuera de la zona de Bow Bells pensaría que podrían estar hablando en ruso.

Había comenzado a caer una fina llovizna, que le humedeció el cabello a Will mientras éste cruzaba hasta una tienda de tabaco al por mayor, cerrada, y doblaba la esquina para meterse en una estrecha calle. Veía la torre de la iglesia de Whitechapel en la distancia. Las sombras se cernían sobre ella; la niebla espesa, blanda y con olor a hierro y basura. Un estrecho canalón corría por el centro de la calzada, surcado por agua apesosa. Delante había una puerta, flanqueada por sendas lámparas de carruaje. Justo cuando estaba a punto de traspasarla, se volvió bruscamente y atrapó a un individuo delgado y vestido de negro que lo seguía y que, al verse descubierto, profirió un grito: Cecily, con una capa de terciopelo echada a toda prisa sobre los hombros encima del uniforme. El oscuro cabello se le escapaba por los bordes de la capucha, y los ojos azules que tanto se parecían a los suyos le devolvieron a Will la mirada, replicando con furia.

—¡Suéltame!

—¿Qué estás haciendo siguiéndome por las callejas de Londres, pequeña idiota? —Will le sacudió el brazo.

Ella lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Esta mañana era «*cariad*», y ahora soy «idiota»?

—Estas calles son peligrosas —dijo Will—. Y no sabes nada de ellas. Ni siquiera estás usando una runa de *glamour*. Una cosa es afirmar que no temes a nada cuando vives en el campo, pero esto es Londres.

—No me da miedo Londres —replicó Cecily, desafiante.

Will se le acercó más, casi siseándole al oído.

—*Fyddai'n wneud unrhyw wrthych i fynd adref?*

Cecily rió.

—No, no serviría de nada decirme que me vaya a casa. *Rwyt ti fy mrawd ac rwy eisiau mynd efo chi.*

Will escuchó sorprendido sus palabras. «Eres mi hermano y quiero ir contigo». Eran palabras que estaba acostumbrado a oír de boca de Jem, y aunque Cecily era diferente de su *parabatai* en cualquier otro aspecto imaginable, compartía con él una cualidad: una absoluta terquedad. Cuando Cecily decía que quería algo, no expresaba un capricho, sino una determinación de hierro.

—¿Te importa acaso adónde voy? —preguntó Will—. ¿Y si fuera al infierno?

—Siempre he querido ver el infierno —repuso Cecily con calma—. ¿No quiere todo el mundo?

—La mayoría de nosotros pasamos el tiempo tratando de no entrar en él —replicó Will—. Voy a un antro ifrit, si quieres saberlo, para comprar drogas a renegados violentos y disolutos. Podrían echarte el ojo y decidir venderte.

—¿Y no se lo impedirías?

—Supongo que dependería de cuánto me dieran.

Cecily meneó la cabeza.

—Jem es tu *parabatai* —dijo—. Es tu hermano, el que la Clave te ha dado. Pero yo soy tu hermana de sangre. ¿Por qué harías cualquier cosa por él, pero de mí sólo quieres que vuelva a casa?

—¿Cómo sabes que las drogas son para Jem?

—No soy idiota, Will.

—No, pues es una pena —masculló Will—. Jem... Jem es la mejor parte de mí. No espero que lo entiendas. Se lo debo.

—Entonces ¿yo qué soy? —inquirió Cecily.

Will soltó aire, demasiado exasperado para controlarse.

—Tú eres mi debilidad.

—Y Tessa es tu corazón —añadió ella, no enfadada sino pensativa—. No soy idiota, como te he dicho —añadió ante la expresión de sorpresa en el rostro de su hermano—. Sé que la amas.

Will se llevó la mano a la cabeza, como si las palabras de Cecily le hubieran causado un penetrante dolor.

—¿Se lo has dicho a alguien? No lo hagas, Cecily. Nadie lo sabe, y así debe seguir siendo.

—No se lo diría a nadie.

—No, supongo que no, ¿verdad? —Su voz se había vuelto dura—. Debes de avergonzarte de tu hermano... que alberga sentimientos ilícitos hacia la prometida de su *parabatai*.

—No me avergüenzo de ti, Will. Sientas lo que sientas, no has hecho nada al respecto, y supongo que todos queremos cosas que no podemos tener.

—¡Oh! —exclamó Will—. ¿Y qué quieres tú que no puedas tener?

—Que vuelvas a casa. —Un mechón de cabello negro se le había pegado a la mejilla por la humedad, y hacía parecer que hubiera estado llorando, aunque Will sabía que no era así.

—El Instituto es mi casa. —Will suspiró y apoyó la cabeza en el arco de piedra de la puerta—. No puedo quedarme aquí discutiendo contigo toda la noche, Cecy. Si estás decidida a seguirme al infierno, no puedo impedirte.

—Por fin eres razonable. Sabía que lo serías; después de todo, eres de mi familia.

Will se esforzó por contener las ganas de sacudirla, de nuevo.

—¿Estás lista?

Ella asintió, y Will alzó la mano para llamar a la puerta.

La puerta se abrió, y Gideon apareció en el umbral de su dormitorio, parpadeando como si hubiera estado durante mucho tiempo en un lugar oscuro y acabara de ver la luz. Los pantalones y la camisa estaban arrugados, y uno de los tirantes, caído.

—¿Señor Lightwood? —dijo Sophie, vacilando en el umbral. Llevaba una bandeja en las manos, con pastelillos y té, lo suficientemente pesada para ser incómoda—. Bridget me ha dicho que había pedido una bandeja...

—Sí. Claro, sí. Entra. —Como si se despertara de golpe, Gideon se irguió y la hizo pasar. Sus botas estaban olvidadas en un rincón. Toda la habitación carecía de su acostumbrada pulcritud. Había ropa de combate sobre una silla de alto respaldo (Sophie se encogió por dentro al pensar cómo se quedaría el tapizado), una manzana a medio comer sobre la mesilla de noche y, tumbado en medio de la cama, estaba Gabriel Lightwood, profundamente dormido.

Sin duda alguna llevaba la ropa de su hermano, porque le quedaba demasiado corta en las muñecas y los tobillos. Dormido parecía más joven, sin la tensión habitual de su rostro. Con una mano agarraba una almohada, como para estar seguro.

—No podía despertarle —se justificó Gideon, cogiéndose de los codos de forma inconsciente—. Tendría que haberlo llevado a su habitación, pero... —Suspiró—. No me he visto capaz.

—¿Se va a quedar? —preguntó la sirvienta, mientras dejaba la bandeja en la mesilla de noche—. En el Instituto, me refiero.

—N... no lo sé. Creo que sí. Charlotte le ha dicho que era bienvenido. Creo que lo aterroriza. —Gideon sonrió muy levemente.

—¿La señora Branwell? —Sophie se erizó, como siempre le pasaba cuando creía que estaban criticando a su señora—. Pero ¡sí es la amabilidad en persona!

—Sí, por eso creo que le aterra. Lo abrazó y le dijo que se podía quedar aquí, que el incidente con mi padre era cosa del pasado. No estoy seguro de a qué incidente con mi padre se refería —añadió Gideon muy seco—. Seguramente a cuando Gabriel apoyó su campaña para hacerse con el Instituto.

—¿No cree que se estuviera refiriendo al más reciente? —Sophie se apartó un mechón de cabello que se le había escapado de la cofia—. Con el...

—¿Enorme gusano? No, curiosamente, no lo creo. Pero no va con el carácter de mi hermano esperar que le perdonen. Por nada. Sólo comprende la disciplina más estricta. Puede pensar que Charlotte está tratando de engañarle con algún truco, o que está loca. Ella le enseñó la habitación donde podía quedarse, pero creo que todo el asunto lo ha asustado. Vino a hablarme de eso, y se quedó dormido. —Gideon suspiró, y luego miró a Gabriel con una mezcla de cariño, exasperación y pena, que hizo que a Sophie el corazón le latiera de compasión.

—Su hermana... —comenzó ésta.

—Oh, a Tatiana ni se le ocurriría pensar en quedarse aquí ni un segundo —explicó Gideon—. Ha ido corriendo a casa de los Blackthorn, sus suegros... Que le vaya bien. No es estúpida; en realidad se considera que tiene una inteligencia muy superior, pero es engreída y superficial, y mi hermano y ella no se tienen mucho cariño. Y él lleva días sin dormir, recuerda. Esperando en esa condenada casa, sin acceso a la biblioteca, golpeando la puerta cuando mi padre no respondía...

—Usted siente que lo tiene que proteger —observó Sophie.

—Claro que sí; es mi hermano pequeño. —Fue hasta la cama y le pasó a Gabriel una mano por el alborotado cabello; el chico se movió e hizo un ruido de inquietud, pero no se despertó.

—Creía que no le iba a perdonar por ir en contra de su padre —comentó Sophie—. Usted ha dicho... que eso le atemorizaba. Que él consideraría las acciones de usted como una traición al nombre de Lightwood.

—Creo que ha comenzado a cuestionarse el nombre Lightwood. Igual que me pasó a mí en Madrid. —
Gideon se apartó de la cama.

Sophie bajó la cabeza.

—Lo siento —confesó—. Siento lo de su padre. Digan lo que digan de él, o haya hecho lo que haya hecho, era su padre.

Él se volvió hacia ella.

—Pero, Sophie...

Ella no le corrigió por usar su nombre de pila.

—Sé que hizo cosas deplorables —añadió—. Pero, de todos modos, usted debería poder llorarle. Nadie puede arrebatarse el dolor; es suyo y de nadie más.

Él le rozó suavemente la mejilla con la punta de los dedos.

—¿Sabes que tu nombre significa «sabiduría»? Te lo pusieron muy bien.

Sophie tragó saliva.

—Señor Lightwood...

Pero él había extendido la mano sobre su mejilla y se estaba inclinando para besarla.

—Sophie —susurró él, y luego sus labios se encontraron, en un leve roce que aumentó de presión al inclinarse él. Suave y delicadamente, ella le puso las manos («tan ásperas, gastadas de fregar y cargar, de frotar rejillas, limpiar el polvo y pulir», pensó ella inquieta, aunque a él no pareció molestarle, o quizá ni lo notó) sobre los hombros.

Luego ella se acercó a él; tropezó con la alfombra y en su caída arrastró a Gideon, que intentó sujetarla. El rostro de Sophie se incendió de vergüenza; Dios, él podía pensar que ella lo había hecho caer a propósito, que era alguna especie de loca casquivana buscando pasión. Se le había soltado la cofia, y los oscuros rizos se desplomaron sobre el rostro. Bajo ella, la alfombra era blanca, y Gideon, sobre ella, estaba susurrando su nombre, preocupado. Sophie volvió la cabeza hacia un lado, con la mejillas aún ardiendo, y se encontró mirando bajo la cama.

—Señor Lightwood —dijo mientras se alzaba apoyada en los codos—. ¿Eso que hay bajo su cama son pastelillos?

Gideon se quedó inmóvil, parpadeando, como un conejo acorralado por sabuesos.

—¿Qué?

—Ahí. —Sophie señaló las amontonadas formas oscuras bajo la cama—. Hay una auténtica montaña de pastelillos bajo su cama. ¿Qué pasa?

Gideon se sentó y se mesó el revuelto cabello mientras Sophie se apartaba de él, en medio de un frufú de faldas.

—Eh...

—Ha pedido esos pastelillos. Casi todos los días. Los ha pedido, señor Lightwood. ¿Por qué lo hace si no los quiere?

A Gideon se le oscurecieron las mejillas de rubor.

—Fue lo único que se me ocurrió para verte. No querías hablarme, no querías escucharme cuando te hablaba...

—¿Así que ha mentido? —Sophie se puso en pie después de recoger la cofia—. ¿Tiene idea de todo el trabajo que tengo, señor Lightwood? Cargar el carbón y el agua caliente, quitar el polvo, pulir, limpiar después de usted y de los otros; y no me importa ni me quejo, pero ¿cómo se atreve a darme trabajo extra, a hacerme cargar con pesadas bandejas de arriba abajo por la escalera, sólo para traerle algo que usted no quiere?

Gideon se puso en pie, con la ropa aún más arrugada.

—Perdóname —se lamentó—. No lo había pensado.

—No —repuso Sophie, mientras se metía furiosamente el cabello bajo la cofia—. La gente como usted nunca lo hace, ¿verdad?

Y se marchó de la habitación, dejando al hombre mirándola tristemente.

—Muy bien hecho, hermano —dijo Gabriel desde la cama, mirándolo con ojos adormilados. Gideon le tiró un pastelillo.

—Henry. —Charlotte cruzó la cripta. Las antorchas de luz mágica brillaban con tal fuerza que casi parecía que fuera de día, aunque ella sabía que, en realidad, era casi medianoche. Henry estaba encorvado sobre la mayor de las grandes mesas de madera que cubrían el centro de la estancia. Algo odioso estaba ardiendo en un matraz en otra mesa, y soltaba grandes vaharadas de humo de color lavanda. Un enorme trozo de papel, del tipo que empleaban los carniceros para envolver sus productos, se hallaba extendido sobre la mesa de Henry, y él lo estaba cubriendo con todo tipo de cifras y cálculos misteriosos, mascullando para sí mientras escribía—. Henry, cariño, ¿no estás agotado? Llevas horas aquí abajo.

Él se sobresaltó y alzó la mirada, luego se subió los anteojos que usaba para trabajar.

—¡Charlotte! —Parecía atónito, aunque encantado, de verla; sólo Henry, pensó Charlotte con ironía, se quedaría perplejo al ver a su propia esposa en su casa—. ¡Mi ángel! ¿Qué estás haciendo aquí abajo? Hace mucho frío. No puede ser bueno para el bebé.

Charlotte se echó a reír, pero no protestó cuando Henry corrió hacia ella y le dio un cariñoso abrazo. Desde que Henry sabía que iban a tener un hijo, la había estado tratando como si fuera de porcelana fina. En ese momento le dio un beso en la coronilla y la apartó para mirarle el rostro.

—Lo cierto es que pareces un poco enferma. Quizá en vez de cena deberías hacer que Sophie te llevara un reconstituyente caldito de carne a tu habitación, ¿no crees? Iré y le...

—Henry. Hace horas que decidimos no cenar; todos se han llevado sándwiches a la habitación. Jem todavía está demasiado mal para comer, y los chicos Lightwood, demasiado afectados. Y Tessa también, claro. En realidad, toda la casa está yendo a la deriva.

—¿Sándwiches? —preguntó Henry, que parecía haber captado eso como la parte central de lo que le decía Charlotte, y parecía esperanzado.

Charlotte sonrió.

—Tienes unos cuantos arriba, Henry, si consigues apartarte por un rato de tu trabajo. Supongo que no debería reñirte; he estado mirando por encima los diarios de Benedict y son realmente fascinantes; pero ¿en qué estás trabajando tú?

—Un portal —contestó Henry animado—. Una forma de transporte. Algo que pueda llevar a un cazador de sombras de un punto del globo a otro en cuestión de segundos. Los anillos de Mortmain me dieron la idea.

Charlotte lo miró sorprendida.

—Pero, sin duda, los anillos de Mortmain emplean magia negra...

—Pero esto no. Oh, y hay algo más. Ven. Es para Buford.

La mujer dejó que su esposo la cogiera por la muñeca y la llevara a la otra punta de la sala.

—Te lo he dicho cientos de veces, Henry, ningún hijo mío se llamará Buford. ¡Por el Ángel! ¿Eso es una cuna?

Henry sonrió de oreja a oreja.

—¡Es mejor que una cuna! —anunció, mientras abría el brazo para señalar la camita de madera y aspecto robusto, que colgaba entre dos palos para poder mecerse de un lado a otro. Charlotte tuvo que admitir para sí que era un mueble muy bonito—. ¡Es una cuna que se mece sola!

—¿Qué? —preguntó Charlotte a media voz.

—Mira. —Orgulloso, Henry avanzó un paso y apretó algún tipo de resorte invisible. La cuna comenzó a mecerse suavemente de un lado a otro.

Charlotte espiró aire, aliviada.

—Es muy bonita, cariño.

—¿Te gusta? —Henry sonrió complacido—. Mira, ahora se mece un poco más rápido. —Era cierto, pero lo hacía con un movimiento algo sincopado, que dio a Charlotte la sensación de estar a la deriva en medio de un mar rizado.

—Hum —exclamó finalmente—. Henry. Quiero hablar contigo de algo. Algo importante.

—¿Más importante que el logro de que nuestro bebé se meza suavemente todas las noches para dormirse?

—La Clave ha decidido liberar a Jessamine —explicó Charlotte—. Va a regresar al Instituto. Dentro de dos días.

Henry se volvió hacia ella con una mirada de incredulidad. Tras él, la cuna se mecía aún más rápido.

—¿Va a volver aquí?

—Henry, no tiene adónde más ir.

El hombre abrió la boca para responder, pero antes de que surgiera ninguna palabra, se oyó un horrible ruido de algo al romperse, y la cuna se soltó de los palos y voló por la sala hasta estrellarse contra la pared del fondo, donde estalló en astillas.

Charlotte soltó un grito ahogado, mientras alzaba la mano para cubrirse la boca. Henry frunció el cejo.

—Quizá con algunos perfeccionamientos del diseño...

—No, Henry —dijo Charlotte con firmeza.

—Pero...

—Bajo ningún concepto. —La voz de Charlotte cortaba como una daga.

Él suspiró.

—Muy bien, cariño.

«Los Artefactos Infernales carecen de piedad. Los Artefactos Infernales carecen de remordimientos. Los Artefactos Infernales carecen de número. Los Artefactos Infernales nunca dejarán de llegar».

Las palabras escritas en la pared del estudio de Benedict le resonaban a Tessa en la cabeza mientras permanecía sentada en la cama de Jem, observándolo dormir. No estaba segura de qué hora sería; sin duda, «altas horas» como Bridget habría dicho, y seguro que pasada la medianoche. Su prometido estaba despierto cuando ella había llegado, después de que se fuera Will; despierto, sentado y suficientemente bien para tomar un poco de té y tostadas, aunque estaba más falto de aliento de lo que ella habría deseado, y más pálido.

Sophie había entrado más tarde para llevarse la bandeja de la comida, y había sonreído a Tessa.

—Ahuéquele las almohadas —le había sugerido en un susurro, y ella lo había hecho, aunque a Jem parecían divertirle todos sus desvelos. Tessa nunca había tenido mucha experiencia con enfermos. Cuidar a su hermano cuando llegaba borracho era lo más cerca que había estado de hacer de enfermera. No le importaba cuidar a Jem, no le importaba permanecer sentada cogiéndole la mano mientras él respiraba suavemente con los ojos medio cerrados y las pestañas agitándosele contra las mejillas.

—No muy heroico —dijo de repente sin abrir los ojos, aunque su voz era firme.

Tessa se sobresaltó y se inclinó hacia él. Antes le había entrelazado los dedos, y sus manos unidas yacían junto a él sobre la cama. Los dedos de Jem estaban fríos, y tenía el pulso lento.

—¿Qué quieres decir?

—Hoy —contestó él en voz baja, y tosió—. Desplomarme y toser sangre por todo Lightwood House...

—Sólo mejoró el aspecto del lugar —bromeó Tessa.

—Ahora pareces Will. —Jem le dedicó una somnolienta sonrisa—. Y estás cambiando de tema, igual que haría él.

—Claro que cambio de tema. Como si fuera a pensar peor de ti por estar enfermo; ya sabes que no. Y hoy has tenido un comportamiento muy heroico. Aunque Will estaba diciendo antes —añadió— que los héroes siempre acaban mal, y que no se imaginaba por qué nadie desearía ser uno.

—Ah. —Él le apretó la mano un instante, y luego se la soltó—. Bueno, Will lo mira desde el punto de vista del héroe, ¿no? Pero para el resto de nosotros, la respuesta es fácil.

—¿Lo es?

—Claro. Los héroes lo soportan porque los necesitamos. No por sí mismos.

—Hablas como si no fueras uno. —Le apartó el cabello de la frente. Él se dejó hacer, y cerró los ojos —. Jem... ¿alguna vez has...? —Tessa vaciló—. ¿Has pensado alguna vez en formas de prolongarte la vida que no sean mediante la droga?

Al oírla, Jem abrió los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Tessa pensó en Will, en el suelo del desván, ahogándose con agua bendita.

—Convertirte en vampiro. Vivirías para siempre...

Él se incorporó de las almohadas.

—Tessa, no. No... no puedes pensar así.

Ella apartó los ojos de él.

—¿Acaso la idea de convertirte en un subterráneo te resulta tan horrible?

—Tessa... —Dejó escapar el aire—. Soy un cazador de sombras, un nefilim. Como mis padres antes que yo. Ésa es la herencia que reclamo, igual que considero la herencia de mi madre como parte de mí. Eso no significa que odie a mi padre. Pero honro el regalo que me hicieron, la sangre del Ángel, la confianza que tuvieron en mí, los votos que he tomado. Tampoco creo que fuera un buen vampiro. Los vampiros nos desprecian. Nosotros llevamos el día y el fuego de los ángeles en nuestras venas, todo lo que ellos odian. Me apartarían de ellos, y de los nefilim también. Dejaría de ser el *parabatai* de Will, dejaría de ser bienvenido en el Instituto. No, Tessa. Prefiero morir y renacer, y volver a ver el sol, que vivir hasta el fin del mundo sin ver la luz del día.

—Un Hermano Silencioso, entonces —insistió Tessa—. El *Códice* dice que las runas que se ponen encima son lo suficientemente poderosas para suspender su mortalidad.

—Los Hermanos Silenciosos no pueden casarse, Tessa. —Jem había alzado la barbilla. La chica hacía tiempo que sabía que bajo la dulzura de Jem se escondía una obstinación tan intensa como la de Will. En ese momento la podía ver: acero bajo seda.

—Ya sabes que preferiría tenerte vivo y sin casarte conmigo que... —No le salió la palabra.

La mirada de Jem se suavizó ligeramente.

—El camino de la Hermandad Silenciosa no me está abierto. Con el *yin fen* en la sangre, contaminándola, no sobreviviría a las runas que deben ponerse en el cuerpo. Debería abstenerme de la droga hasta purgar mi sistema, y eso seguramente me mataría. —Debió de ver algo en la expresión de Tessa, porque moderó el tono de su voz—. Y los Hermanos Silenciosos no tienen mucha vida; sombras y oscuridad, silencio y... nada de música. —Tragó saliva—. Y además, no deseo vivir eternamente.

—Puede que yo viva eternamente —repuso Tessa. La enormidad de eso era algo que aún no llegaba a comprender. Resultaba tan difícil aceptar que la propia vida nunca acabaría como lo era aceptar que sí lo haría.

—Lo sé —repuso Jem—. Y lo siento, porque creo que es una carga que nadie debería soportar. Ya sabes que creo que volvemos a vivir, Tessa. Regresaré, aunque no en este cuerpo. Las almas que se aman se atraen en las siguientes vidas. Veré a Will, a mis padres, a mis tíos, a Charlotte y a Henry...

—Pero no me verás a mí. —No era la primera vez que lo había pensado, aunque solía acallar esa idea cuando se le aparecía en la mente. «Si soy inmortal, entonces sólo tengo esto, esta única vida. No pasaré y cambiaré como tú, James. No te veré en el Cielo, o en las orillas del gran río, o en cualquier vida que haya más allá de ésta».

—Te veo ahora. —Jem le puso la mano en la mejilla, buscándole los ojos con los suyos.

—Y yo te veo a ti —susurró Tessa, y él sonrió cansadamente, cerrando los ojos.

Ella le cogió la mano y apoyó la mejilla en el hueco de la palma. Se quedó sentada, en silencio, notando los fríos dedos de Jem contra la piel, hasta que la respiración de éste se hizo más lenta y los dedos perdieron fuerza; se había dormido. Con una triste sonrisa, le bajó la mano y se la dejó sobre la colcha, a su lado.

Se abrió la puerta del dormitorio; Tessa se volvió en redondo en la silla y vio a Will en el umbral, aún con el abrigo y los guantes. Una mirada a su rostro, severo y consternado, la hizo levantarse y seguirle al pasillo.

Will ya lo recorría con la prisa de un hombre perseguido por el diablo. Tessa cerró la puerta del dormitorio con cuidado y corrió tras él.

—¿Qué pasa, Will? ¿Qué ha pasado?

—Acabo de regresar del East End —explicó éste. Había dolor en su voz, un dolor como el que ella no le había oído desde aquel día en el salón cuando ella le había dicho que estaba prometida a Jem—. He ido a buscar más *yin fen*. Pero no hay más.

Tessa casi se cayó al llegar a los escalones.

—¿Qué quieres decir con que no hay más? Jem tiene una reserva, ¿no?

Will se volvió hacia ella y siguió bajando la escalera de espaldas.

—Ya no —contestó con sequedad—. Él no quería que lo supieras, pero no hay forma de ocultarlo. Se ha acabado y no puedo encontrar más. Siempre se lo he comprado yo. Yo tenía los distribuidores, pero o se han desvanecido o no tienen nada. Primero he ido a aquel sitio; el lugar donde me encontrasteis Jem y tú. No tenían *yin fen*.

—Entonces, en otro...

—He ido a todas partes —replicó Will, y se dio la vuelta. Llegaron al pasillo donde se hallaban la biblioteca y el salón, ambos con las puertas abiertas, derramando luz amarilla sobre el corredor—. A todas partes. En el último sitio que he estado, alguien me ha dicho que lo han comprado todo deliberadamente en las últimas semanas. No queda nada.

—Pero Jem... —dijo Tessa, y el horror la atravesó como el fuego—. Sin el *yin fen*...

—Morirá. —Will se detuvo un instante delante de la biblioteca, y la miró a los ojos—. Esta misma tarde me ha dado permiso para buscar una cura. Para investigar. Y ahora morirá porque no podré mantenerlo vivo el tiempo suficiente para encontrarla.

—No —replicó Tessa—. No morirá; no le dejaremos.

Will entró en la biblioteca, con Tessa siguiéndole, y pasó la mirada por los conocidos libros, las mesas iluminadas por las lamparitas, los estantes de viejos volúmenes.

—Había libros —continuó él como si ella no hubiera hablado—. Libros que estaba consultando, volúmenes sobre extraños venenos. —Se apartó de ella, hacia un estante cercano, y pasó febrilmente la enguantada mano sobre los tomos que había en él—. De eso hace años, antes de que Jem nos prohibiera buscar más. He olvidado...

Tessa fue a su lado.

—Will, para.

—Tengo que recordar. —Fue a otro estante, y luego a un tercero; su cuerpo alto y delgado proyectaba una sombra quebrada sobre el suelo—. Tengo que encontrar...

—Will, no puedes leer a tiempo todos los libros de la biblioteca. Para. —Se había puesto tras él, lo suficientemente cerca para ver que tenía el cuello de la chaqueta mojado por la lluvia—. Eso no va a ayudar a Jem.

—Y entonces ¿qué? ¿Qué le ayudará? —Cogió otro libro, lo miró y lo tiró al suelo; Tessa pegó un brinco.

—Para —repitió; lo cogió por la manga y le hizo volverse hacia ella. Will estaba rojo, sin aliento, con el brazo tenso como el hierro bajo la mano de Tessa—. Cuando buscaste una cura antes, no sabías lo que sabes ahora. No tenías los aliados que tienes ahora. Iremos a preguntar a Magnus Bane. Él tiene ojos y orejas en el submundo; conoce todos los tipos de magia. Te ayudó con tu maldición, puede ayudarnos también con esto.

—No había ninguna maldición —replicó Will, como si recitara las frases de una obra de teatro; tenía los ojos vidriosos.

—Will, escúchame. Por favor. Vamos a ver a Magnus. Nos ayudará.

El chico cerró los ojos y dejó escapar aire. Tessa lo miró fijamente. No podía evitar mirarlo cuando sabía que él no la veía: las oscuras pestañas como finas patas de araña contra los pómulos, el leve tono azulado de los párpados...

—Sí —dijo él finalmente—. Sí. De acuerdo. Tessa... gracias. No lo había pensado.

—Estabas demasiado afligido —repuso ella, y de repente se dio cuenta de que aún lo sujetaba por el brazo, y que estaban tan cerca que podría haberle besado en la mejilla o rodeado el cuello con los brazos para consolarlo. Se apartó y lo soltó. Él abrió los ojos—. Y pensabas que siempre te prohibiría buscar una cura. Ya sabes que a mí nunca me gustó eso. Ya había pensado en Magnus.

Él le escrutó el rostro con la mirada.

—Pero ¿se lo has preguntado?

Tessa negó con la cabeza.

—Jem no quería. Pero ahora... Ahora todo ha cambiado.

—Sí. —Se apartó de ella sin dejar de mirarla—. Voy abajo a llamar a Cyril para que prepare el carruaje. Reúnete conmigo en el patio.

Para: Cónsul Josiah Wayland

De: Miembros del Consejo

Apreciado señor:

No podemos evitar expresar nuestra gran inquietud al recibir su carta. Éramos de la impresión de que Charlotte Branwell era una elección que usted apoyaría de todo corazón, y que ella había demostrado ser una líder adecuada del Instituto de Londres. Nuestro propio Inquisidor Whitelaw habla en los términos más elogiosos de ella y de la forma en que se condujo durante el desafío que realizó Benedict Lightwood contra su autoridad.

Es nuestra opinión conjunta que George Penhallow no es un sucesor apropiado para ocupar el cargo de Cónsul. A diferencia de la señora Branwell, no ha demostrado su capacidad de liderazgo. Es cierto que la señora Branwell es joven y apasionada, pero el cargo de Cónsul requiere pasión. Le urgimos a que deseche sus ideas sobre el señor Penhallow, que es demasiado joven e inmaduro para el cargo, y considere de nuevo la posibilidad de que sea la señora Branwell.

Suyos en el nombre de Raziel,

Miembros del Consejo

5 UN CORAZÓN DIVIDIDO

Sí, aunque Dios lo busca sin descanso, no hay nada bueno en todo ello; aunque busque en todas mis venas, no encontrará nada sano dentro excepto amor.

LORD ALFRED TENNYSON, *El Palacio de Arte*

Para: Miembros del Consejo

De: Josiah Wayland, Cónsul

Con pesar en el corazón tomo la pluma para escribirles, caballeros. Muchos de ustedes me conocen desde hace un buen número de años, y durante muchos de ellos les he guiado desde mi cargo de Cónsul. Creo que les he guiado bien, y que he servido al Ángel lo mejor que he podido. Sin embargo, errar es humano, y creo que erré al nombrar a Charlotte Branwell directora del Instituto de Londres.

Cuando la nombré para el cargo, creía que seguiría los pasos de su padre y demostraría ser una líder fiel, obediente al gobierno de la Clave. También creía que su esposo coartaría sus naturales tendencias femeninas hacia la impulsividad y la irreflexión. Por desgracia, no ha sido el caso. Henry Branwell carece de la fuerza de carácter necesaria para dominar a su esposa y, sin la restricción de la obligación femenina, ha dejado la virtud de la obediencia muy atrás. Justo el otro día descubrí que Charlotte había dado órdenes para que la espía Jessamine Lovelace regresara al Instituto después de su liberación de la Ciudad Silenciosa, contra mis expresos deseos de que fuera enviada a Idris. También sospecho que presta cierta atención a aquellos que no son amigos de la causa nefilim y pueden, de hecho, estar en coalición con Mortmain, como sería el caso del licántropo Woolsey Scott.

El Consejo no sirve al Cónsul; siempre ha sido a la inversa. Soy un símbolo del poder del Consejo y de la Clave. Cuando mi autoridad se socava por la desobediencia, se socava la autoridad de todos nosotros. Mejor tener un joven obediente, como mi sobrino, cuya valía aún está por probarse, que una persona cuya valía no ha superado la prueba.

En nombre del Ángel,
Cónsul Josiah Wayland

Will recordó.

Otro día, hacía meses, en el dormitorio de Jem. La lluvia golpeaba las ventanas del Instituto y se deslizaba en forma de regueros.

«¿Y eso es todo? —había preguntado Jem—. ¿Eso es la totalidad? ¿La verdad?»

Había estado sentado a su escritorio, con una pierna doblada sobre la silla bajo él; parecía muy joven. Su violín apoyado contra la silla. Había estado tocando cuando Will había entrado y, sin preámbulos, había anunciado que era el fin del fingimiento; tenía una confesión que hacer, y pretendía hacerla entonces.

Eso había acabado con Bach. Jem había dejado el violín sin apartar los ojos de Will, con la ansiedad floreciendo en sus ojos plateados mientras su *parabatai* andaba y hablaba, andaba y hablaba, hasta que se había quedado sin palabras.

«Eso es todo —había dicho éste al acabar—. No te culpo si me odias. Lo entenderé».

Se había hecho un largo silencio. La mirada de Jem no se había apartado del rostro de Will, fija y plateada bajo la oscilante luz del fuego.

«Nunca podría odiarte, William».

Éste notó que se le retorció el estómago ahora, al recordar otro rostro, un par de ojos azul grisáceo mirándole fijamente.

«He intentado odiarte, Will, pero nunca lo he conseguido», le había dicho ella. En aquel momento, Will había sido dolorosamente consciente de que lo que le había dicho a Jem no era «la totalidad». Había más verdad. Estaba su amor por Tessa. Pero ésa era su cruz, no la de Jem. Era algo que debía quedar oculto para que su amigo fuera feliz.

«Me merezco tu odio —le había dicho Will a Jem, con voz quebrada—. Te he puesto en peligro. Creía estar maldito y que todo aquel que me quisiera moriría; me permití quererte, y permití que fueras mi hermano, poniéndote en peligro...»

«No había peligro».

«Pero yo creía que sí. Si te pusiera un revólver en la cabeza, James, y apretara el gatillo, ¿realmente importaría que yo no supiera que no había balas en la recámara?»

Jem le había mirado con ojos muy abiertos, y luego había reído suavemente.

«¿Crees que no sabía que tenías un secreto? —había dicho—. ¿Pensabas que inicié mi amistad contigo con los ojos cerrados? No sabía la naturaleza de la cruz con la que cargabas. Pero sabía que había una cruz. —Se había levantado—. Sabía que te considerabas un veneno para todos los que te rodeaban —había añadido—. Sé que pensabas que había alguna fuerza corrosiva en tu interior que me quebraría. Pretendía mostrarte que no me iba a quebrar, que el amor no era tan frágil. ¿Lo conseguí?»

Will se había encogido de hombros, impotente. Casi había deseado que Jem se enfadase con él. Habría sido más fácil. Nunca se había sentido tan pequeño por dentro como cuando se encontraba con la expansiva amabilidad de Jem. Pensó en el Satán de Milton. «Avergonzado se hallaba el Diablo / Y sintió lo terrible que es la bondad».

«Me salvaste la vida», había dicho Will.

Jem había sonreído; una sonrisa tan brillante como el sol alzándose sobre el Támesis.

«Eso es todo lo que siempre he querido».

—¿Will? —Una suave voz le sacó de su ensueño. Tessa, sentada frente a él en el carruaje, sus ojos grises del color de la lluvia bajo la tenue luz—. ¿En qué estás pensando?

Haciendo un esfuerzo, Will se apartó de sus recuerdos con los ojos fijos en el rostro de Tessa. El rostro de Tessa; más ancho en los pómulos, ligeramente puntiagudo en la barbilla. Ella no llevaba sombrero, y la capucha de su capa de brocado estaba echada hacia atrás. Estaba pálida. Will pensó que nunca había visto un rostro que tuviera tanto poder de expresión: cada una de sus sonrisas dividía el corazón de Will como un rayo podría partir un árbol, al igual que lo hacía cada una de sus miradas de tristeza. En ese momento, Tessa le miraba con una preocupación melancólica que le encogió el corazón.

—Jem —dijo él con toda sinceridad—. Estaba pensando en su reacción cuando le hablé de la maldición de Marbas.

—Sólo sintió tristeza por ti —repuso ella inmediatamente—. Lo sé, me lo ha dicho.

—Tristeza, pero no compasión —replicó él—. Jem siempre me ha dado exactamente lo que necesitaba de la forma en que lo necesitaba, incluso cuando yo mismo no sabía lo que necesitaba. Todos los *parabatai* son entregados. Debemos serlo, para dar tanto de nosotros al otro, incluso aunque ganemos fuerza al hacerlo. Pero con Jem es diferente. Durante todos estos años he necesitado que viviera, y él me ha mantenido vivo. Pensaba que él no sabía lo que estaba haciendo, pero quizá sí.

—Quizá —repitió Tessa—. Nunca consideraría que ha malgastado ni un instante de ese esfuerzo.

—¿Te ha dicho algo sobre esto alguna vez?

Tessa negó con la cabeza. Apretaba los puños, en los guantes blancos, sobre el regazo.

—Habla de ti sólo con el mayor orgullo, Will. Te admira más de lo que puedes imaginar. Cuando se enteró de la maldición, sufrió por ti, pero también tuvo, casi, una especie de...

—¿Vindicación?

Ella asintió.

—Él siempre había creído que tú eras bueno. Y entonces se demostró.

—Oh, no lo sé —repuso él con amargura—. Ser bueno y estar maldito no es lo mismo.

Tessa se inclinó hacia adelante, le cogió la mano y se la apretó entre las suyas. El contacto le produjo el mismo efecto que un fuego blanco fluyendo por sus venas. No podía notar su piel, sólo la tela de los guantes, pero no importaba. «Me avivaste, pila de cenizas que soy, hasta que hubo llamas». Alguna vez, Will se había preguntado por qué el amor siempre se expresaba en términos relacionados con el fuego. La conflagración en sus propias venas, en ese momento, le dio la respuesta.

—Eres bueno, Will —insistió ella—. No hay nadie en mejor lugar que yo para saber con total seguridad lo bueno que eres en realidad.

—¿Sabes? —dijo él lentamente, sin desear que ella apartara las manos—. Cuando yo tenía quince años, Yanluo, el demonio que mató a los padres de Jem, fue abatido finalmente. El tío de Jem decidió

trasladarse de China a Idris, y lo invitó a ir a vivir con él. Jem se negó, por mí. Dijo que no se deja al *parabatai*. Eso es parte de lo que dice el juramento. «Tu gente será mi gente». Me pregunto si, de haber tenido la oportunidad de regresar con mi familia, habría hecho lo mismo por él.

—Lo estás haciendo —contestó Tessa—. No pienses que no sé que Cecily quiere que vuelvas a casa con ella. Y no pienses que no sé que te quedas por Jem.

—Y por ti —dijo él antes de darse cuenta. Ella apartó las manos, y él maldijo en silencio, pero salvajemente.

«¿Cómo he podido ser tan imbécil? ¿Cómo he podido, después de dos meses? He tenido tanto cuidado... Mi amor por ella sólo es una carga que ella soporta por educación. Recuérdalo».

Pero Tessa sólo estaba apartando la cortina mientras el carruaje se detenía. Estaban entrando en una cochera reconvertida, de cuya entrada colgaba un cartel:

TODOS LOS COCHEROS DEBEN HACER CAMINAR A SUS CABALLOS AL PASAR POR ESTE ARCO DE ENTRADA.

—Ya hemos llegado —anunció Tessa, como si él no hubiera dicho nada.

Tal vez no lo hubiera hecho, pensó Will. Quizá no lo hubiera dicho en voz alta. Igual sólo estaba perdiendo la cabeza. La verdad era que eso no era imaginable, dadas las circunstancias.

Cuando se abrió la puerta del vehículo, llevó consigo una ráfaga del frío aire de Chelsea. Will vio a Tessa alzar la cabeza mientras Cyril la ayudaba a bajar. Se reunió con ella en los adoquines. El lugar olía al Támesis. Antes de que construyeran el Embankment, el río fluía mucho más cerca de esa fila de casas, cuyos bordes quedaban suavizados por la luz de gas en medio de la oscuridad. En esos tiempos, el curso del río se había desviado, pero aún se podía oler la sal, la suciedad y el hierro del agua.

La fachada del número 16 era típicamente georgiana, hecha de sencillo ladrillo rojo, con un ventanal que sobresalía sobre la puerta principal. Había un patio pavimentado y un jardín detrás de una elegante verja con gran cantidad de elaboradas volutas en hierro forjado. Estaba abierta. Tessa la atravesó, subió los escalones de entrada y llamó a la puerta, con Will a sólo unos pasos por detrás.

Woolsey Scott abrió la puerta, ataviado con una bata de brocado de color amarillo canario sobre los pantalones y la camisa. Llevaba un monóculo, y los miró a ambos con cierto desagrado.

—¡Vaya! —exclamó—. Habría hecho que os abriera el criado y os enviara a paseo, pero he pensado que erais otra persona.

—¿Quién? —preguntó Tessa, y a Will le pareció que no tenía nada que ver con el asunto, pero ella era así: siempre estaba haciendo preguntas, hasta el punto que si se quedaba sola en una habitación, no era extraño que comenzara a hacer preguntas a los muebles y las plantas.

—Alguien con absenta.

—Sigue tomándola y acabarás creyendo que tú eres otra persona —comentó Will—. Estamos buscando a Magnus Bane; si no está aquí, dínoslo y no te robaremos más tiempo.

Woolsey suspiró como si le hubieran convencido.

—Magnus —llamó—. Es tu chico de los ojos azules.

Se oyeron pasos en el pasillo detrás de Woolsey, y apareció Magnus vestido de etiqueta, como si acabara de regresar de un baile. Pechera y puños almidonados, frac negro de largos faldones, y el cabello como una quebrada cresta de seda negra. Pasó los ojos de Will a Tessa.

—¿Y a qué debo el honor, a una hora tan avanzada?

—Un favor —contestó Will, y se corrigió cuando vio a Magnus alzar las cejas—. Una pregunta.

Woolsey suspiró y se apartó de la puerta.

—Muy bien. Pasad al salón.

Nadie se ofreció a cogerles los sombreros o los abrigos, y cuando llegaron al salón, Tessa se quitó los guantes y puso las manos ante el fuego de la chimenea, temblando levemente. Su cabello era una masa húmeda de rizos en la nuca, y Will apartó la mirada de ella antes de poder recordar la sensación de pasar las manos por ese cabello y notar los mechones enredándosele en los dedos. En el Instituto, con Jem y los otros para distraerlo, le resultaba más fácil no olvidar que no debía recordar así a Tessa. Allí,

con la sensación de estar enfrentándose al mundo con ella a su lado, con la sensación de que ella estaba allí por él en vez de, como debía ser, por la salud de su prometido, le resultaba casi imposible.

Woolsey se dejó caer sobre un sillón de flores. Se había sacado el monóculo del ojo y lo balanceaba colgado del dedo por la larga cadena.

—No puedo esperar para saber de qué va todo esto.

Magnus fue a la chimenea y se apoyó en la repisa: era la viva imagen de un dandi. La sala estaba pintada de un azul pálido y decorada con cuadros que mostraban grandes extensiones de granito, brillantes mares azules, y hombres y mujeres con vestidos de la época clásica. Will creyó reconocer una reproducción de un Alma-Tadema, porque debía de ser una reproducción, ¿o no?

—No mires boquiabierto las paredes, Will —lo reprendió Magnus—. Llevas meses ausente. ¿Qué te trae aquí ahora?

—No quería molestarte —masculló Will. Sólo era verdad en parte. Una vez Magnus había demostrado que la maldición que Will creía tener era falsa, éste le había evitado, y no porque estuviera enfadado con el brujo, o porque no lo siguiera necesitando, sino porque ver a Magnus le causaba dolor. Le había escrito una breve nota, diciéndole lo que había pasado y que su secreto ya no era tal. Le había hablado del compromiso de Jem y Tessa. Había pedido a Magnus que no le contestara—. Pero esto... esto es una crisis.

Magnus abrió mucho sus ojos de gato.

—¿Qué clase de crisis?

—Es sobre el *yin fen* —le dijo Will.

—¡Cáspita! —exclamó Woolsey—. ¿No me digas que mi manada vuelve a tomar eso?

—No —negó Will—. No queda nada para tomar.

Por la expresión de Magnus, vio que éste comenzaba a entenderlo y siguió explicando la situación, lo mejor que pudo. Mientras Will hablaba, Magnus no cambió de expresión más de lo que lo hacía *Iglesia* cuando alguien le hablaba. Magnus se limitó a observarle con sus ojos verde dorado hasta que Will concluyó.

—¿Y sin el *yin fen*? —preguntó el brujo finalmente.

—Jem morirá —contestó Tessa mientras se ponía de espaldas a la chimenea. Tenía las mejillas de color rosa clavel, pero Will no supo decir si era por el calor del fuego o por el estrés de la situación—. No inmediatamente, pero... en una semana. Su cuerpo no puede mantenerse sin ese polvo.

—¿Cómo lo toma? —inquirió Woolsey.

—Disuelto en agua, o inhalado. ¿Y eso qué tiene que ver? —quiso saber Will.

—Nada —respondió Woolsey—. Sólo me lo preguntaba. Las drogas demoníacas son muy curiosas.

—Para nosotros, que lo queremos, es bastante más que curioso —replicó Tessa. Alzaba la barbilla, y Will recordó lo que le había dicho a ella una vez, sobre ser como Boadicea. Era valiente, y él la adoraba por eso, incluso si ese valor lo empleaba en defensa de su amor por otra persona.

—¿Y por qué habéis venido a mí con esto? —quiso saber Magnus a media voz.

—Nos has ayudado antes —explicó Tessa—. Hemos pensado que quizá pudieras ayudarnos de nuevo. Ayudaste con De Quincey..., y a Will, con su maldición...

—No estoy a vuestra disposición para cuando se os antoje —aclaró Magnus—. Ayudé con De Quincey porque Camilla me lo pidió, y a Will, una vez, porque me ofreció un favor a cambio. Soy un brujo. Y no sirvo a los cazadores de sombras de forma gratuita.

—Y yo no soy una cazadora de sombras —aseveró Tessa.

Se hizo el silencio.

—Hum —repuso Magnus después, mientras se alejaba de la chimenea—. Al parecer, Tessa, hay que felicitarte, ¿no?

—Yo...

—Por tu compromiso con James Carstairs.

—Oh. —La chica se sonrojó, y se le fue la mano al cuello, donde siempre llevaba el colgante de la madre de Jem, que él le había regalado—. Sí. Gracias.

Will sintió, más que vio, los ojos de Woolsey sobre los tres, Magnus, Tessa y él, pasando de uno al otro, y a la mente tras esos ojos examinando, deduciendo y disfrutando.

Will se irguió.

—Estaré encantado de ofrecerte lo que sea —afirmó—. Otro favor, o lo que quieras, a cambio del *yin fen*. Si es un pago, podría arreglarlo... es decir, podría intentar...

—Quizá te haya ayudado antes —repuso Magnus—. Pero esto... —Suspiró—. Pensad, vosotros dos. Si alguien está comprando todo el *yin fen* del país, entonces ese alguien tiene un motivo. ¿Y quién tiene un motivo para hacer eso?

—Mortmain —susurró Tessa antes de que Will pudiera decirlo.

Éste aún podía recordar su propia voz:

«Los agentes de Mortmain han estado comprando la provisión de *yin fen* del East End. Lo he confirmado. Si te hubieras quedado sin y él fuera el único con un cargamento...».

«... Estaríamos en su poder —continuó Jem—. A no ser que estuvieras dispuesto a dejarme morir, claro, que ése sería el curso de acción razonable».

Pero con suficiente *yin fen* para doce meses, Will había pensado que no había peligro. Había pensado también que Mortmain buscaría otro modo de hostigarlos y atormentarlos, porque sin duda vería que ese plan no podía funcionar. Will no se había esperado que la reserva de un año de la droga se acabara en ocho semanas.

—No quieres ayudarnos —le espetó Will al brujo—. No quieres posicionarte como enemigo de Mortmain.

—Bueno, ¿y puedes culparle? —Woolsey se levantó en medio de un torbellino de seda amarilla—. ¿Qué puedes tener para ofrecer que haga que le valga la pena correr ese riesgo?

—Te daré lo que sea —contestó Tessa en una voz tan grave que resonó en los huesos de Will—. Cualquier cosa que quieras, si puedes ayudarnos a hacer algo por Jem.

Magnus se agarró un puñado de pelo negro.

—¡Dios, vaya par! Puedo hacer algunas averiguaciones. Rastrear algunas de las rutas comerciales menos corrientes. Old Molly...

—Ya he ido a visitarla —informó Will—. Algo la ha asustado tanto que no quiere ni arrastrarse fuera de su tumba.

Woolsey bufó.

—¿Y eso no te dice nada, pequeño cazador de sombras? ¿Realmente vale la pena todo esto sólo para alargar la vida de tu amigo unos pocos meses más, otro año? Morirá de todas formas. Y cuando antes muera, antes podrás tener a su prometida, de la que estás enamorado. —Lanzó una mirada divertida hacia Tessa—. En realidad deberías estar contando con ganas los días que le faltan para morirse.

Will no supo lo que pasó después de eso; de repente todo se volvió blanco, y el monóculo de Woolsey voló por la sala. Will se dio en la cabeza con algo doloroso, y el licántropo estaba bajo él, pateando y maldiciendo, y ambos rodaban por encima de la alfombra, y notó un agudo dolor en la muñeca, donde Woolsey le había arañado con las garras. El dolor le aclaró la cabeza, y se dio cuenta de que éste lo tenía inmovilizado contra el suelo, con los ojos amarillos y mostrando los dientes, agudos como cuchillos, dispuesto a morder.

—¡Parad, parad! —Tessa, junto a la chimenea, había cogido un atizador.

Will se ahogaba; le puso una mano a Woolsey en la cara, empujándolo. Él lanzó un grito, y de repente su peso ya no estaba sobre el pecho de Will. Magnus había alzado al licántropo y lo había tirado hacia un lado. Luego agarró por la espalda a Will, y éste se encontró siendo arrastrado fuera de la sala, con Woolsey mirándolo, una mano en el pómulo, donde el anillo de plata de Will le había quemado.

—¡Suéltame, suéltame! —Will se debatía, pero Magnus lo aferraba con mano de hierro. Lo llevó por el pasillo hasta la biblioteca medio iluminada. El chico dio un último tirón justo cuando Magnus lo

soltaba, lo que resultó en un tambaleo muy poco elegante que lo llevó contra el respaldo de un sofá de terciopelo rosa—. No puedo dejar a Tessa sola con Woolsey...

—Su virtud no corre ningún peligro con él —replicó Magnus secamente—. Woolsey se comportará, que es más de lo que puedo decir de ti.

Will se volvió con lentitud mientras se limpiaba la sangre de la cara.

—Me estás mirando muy fijamente —dijo Will a Magnus—. Te pareces a *Iglesia* antes de morder a alguien.

—Empezar una pelea con el líder de los Preator Lupus... —repuso el brujo con amargura—. Ya sabes lo que te haría su manada si les dieras la menor excusa. Quieres morir, ¿verdad?

—No —contestó Will, y se sorprendió un poco a sí mismo.

—No sé por qué te ayude.

—Te gustan las causas perdidas.

Magnus dio dos zancadas en la sala; le cogió el rostro entre sus largos dedos y le alzó la barbilla.

—No eres el Sydney Carton de la novela de Dickens —dijo—. ¿De qué serviría que murieras por James Carstairs cuando, de todas formas, él también está muriendo?

—Porque si lo salvo, entonces habrá valido la pena...

—¡Dios! —exclamó Magnus, y entrecerró los ojos—. ¿Qué habrá valido la pena? ¿Qué puede valer la pena?

—¡Todo lo que he perdido! —gritó Will—. ¡Tessa!

Magnus le soltó el rostro. Dio varios pasos hacia atrás y respiró profunda y lentamente, como si estuviera contando en silencio hasta diez.

—Lo siento —dijo finalmente—. Por lo que Woolsey ha dicho.

—Si Jem muere, no podré estar con Tessa —explicó Will—. Porque sería como si hubiera estado esperando que se muriera, o como si me alegrara en parte por su muerte, porque me permitiría estar con Tessa. Y no seré esa persona. No me aprovecharé de su muerte. Así que debe vivir. —Bajó el brazo; la manga estaba ensangrentada—. Es la única manera de que esto pueda tener algún sentido. De otro modo, sólo sería...

—¿Sufrimiento y dolor innecesario y sin sentido? No creo que te sirva de nada que te diga que así es la vida. El bien sufre, el mal florece, y todo lo que es mortal fenece.

—Quiero más que eso —repuso Will—. Tú hiciste que quisiera más que eso. Me enseñaste que sólo estaba maldito porque había decidido creer que lo estaba. Tú me dijiste que había posibilidades, sentidos. Y ahora quieres dar la espalda a lo que has creado.

Magnus soltó una carcajada.

—Eres incorregible.

—Eso ya lo he oído decir. —Will se apartó del sofá, con una mueca de dolor—. Entonces ¿me ayudarás?

—Te ayudaré. —De la pechera de su camisa, el brujo sacó algo que colgaba de una cadena, algo que brillaba con una suave luz roja. Una piedra cuadrada roja—. Coge esto.

Se la puso en la palma y le cerró los dedos.

Will lo miró confundido.

—Esto era de Camille.

—Se lo regalé yo —comentó Magnus, con un amargo gesto de la comisura de la boca—. El mes pasado me devolvió todos mis regalos. Más te vale cogerlo. Avisa cuando hay demonios cerca. Podría funcionar con esas creaciones mecánicas de Mortmain.

—«El amor verdadero no muere» —leyó Will, traduciendo la inscripción en la parte trasera de la piedra bajo la luz del pasillo—. No puedo ponerme esto, Magnus, es demasiado bonito para un hombre.

—Y tú también. Vete a casa y lávate. Te visitaré en cuanto tenga información. —Clavó en el chico una penetrante mirada—. Y mientras tanto, haz todo lo que puedas para merecer mi ayuda.

—Si te acercas a mí, te machacaré la cabeza con este atizador —amenazó Tessa, mientras blandía el instrumento entre ella y Woolsey como si fuera una espada.

—No dudo de que lo harías —repuso él, mientras la miraba con una especie de reacio respeto, y se enjugaba la sangre de la barbilla con un pañuelo con monograma. Will también estaba manchado de sangre, la suya y la de Woolsey; sin duda se encontraba en otra habitación con Magnus, dejando rastros por todas partes. Will nunca se preocupaba demasiado de la pulcritud, e incluso menos cuando se dejaba llevar por las emociones—. Ya veo que empiezas a parecerme a esos cazadores de sombras que pareces adorar tanto. ¿Qué te llevó a prometerte con uno de ellos? Y además, uno que se muere.

Tessa sintió que le invadía la rabia, y se planteó golpear a Woolsey con el atizador, se acercara o no. Pero éste se había movido con una velocidad endiablada cuando luchaba con Will, y Tessa no creía tener muchas posibilidades.

—No conoces a James Carstairs. No hables de él.

—Lo amas, ¿no? —El licántropo consiguió hacer que esa pregunta sonara desagradable—. Pero también amas a Will.

Tessa se quedó helada por dentro. Ya sabía que Magnus conocía lo que Will sentía por ella, pero la idea de tener escrito en el rostro lo que ella sentía por él era demasiado aterradora para imaginárselo.

—Eso no es cierto.

—Mentirosa —repuso Woolsey—. La verdad, ¿qué diferencia hay si muere uno de ellos? Siempre tendrás una buena segunda opción.

Tessa pensó en Jem, en la forma de su rostro, en sus ojos cerrados para concentrarse cuando tocaba el violín, en la curva de su boca cuando sonreía, en sus dedos cuidadosamente puestos sobre los de ella... todo lo que quería de una forma inexpresable.

—Si tuvieras dos hijos —preguntó—, ¿dirías que no pasa nada porque uno se muera, ya que aún te queda el otro?

—Se puede querer a dos hijos. Pero el corazón sólo se puede entregar a una persona para amar —contestó él—. Así es Eros, ¿no? Eso nos cuentan las novelas, aunque yo, personalmente, nunca lo he experimentado.

—He acabado entendiendo algo sobre las novelas —repuso Tessa.

—¿Y qué es?

—Que no son ciertas.

Woolsey arqueó una ceja.

—Eres bien curiosa —admitió—. Diría que puedo ver en ti lo que esos muchachos ven, pero... —Se encogió de hombros. Su bata amarilla tenía un largo corte ensangrentado—. Las mujeres son algo que nunca he llegado a entender.

—¿Y qué es lo que encuentras tan misterioso en ellas?

—Qué sentido tienen, básicamente.

—Bueno, debes de tener una madre —replicó Tessa.

—Alguien me parió, sí —respondió Woolsey sin demasiado entusiasmo—. Casi no la recuerdo.

—Quizá, pero no existirías sin una mujer, ¿no? Por poco uso que nos encuentres, somos más inteligentes, más resueltas y más pacientes que los hombres. Los hombres serán más fuertes, pero es la mujer la que aguanta.

—¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Aguantar? Seguramente, una mujer prometida debería ser más feliz.

—La recorrió con sus ojos claros—. Un corazón dividido en dos partes contrarias no puede aguantar, como dices. Los amas a los dos, y eso te está destrozando.

—*Casa* —lo corrigió Tessa.

Él alzó una ceja.

—¿A qué viene eso?

«Una casa dividida en dos partes contrarias no puede aguantar». Eso dijo Lincoln; no un corazón. Quizá no deberías tratar de emplear citas si no las sabes correctamente.

—Y quizá tú deberías dejar de tenerte lástima —replicó él—. La mayoría de la gente se considera afortunada por tener un solo gran amor en su vida. Tú tienes dos.

—Dice el hombre que no tiene ninguno.

—¡Oh! —Woolsey se llevó las manos al corazón y se tambaleó fingiendo un desmayo—. La paloma tiene dientes. Muy bien, si no deseas discutir cuestiones personales, entonces ¿quizá algo más general? ¿Tu propia naturaleza? Magnus parece convencido de que eres una bruja, pero yo no estoy tan seguro. Creo que debes de tener algo de sangre de hada, porque ¿cuál es la magia de cambiar de forma si no la magia de la ilusión? ¿Y quiénes son los maestros de la magia y la ilusión si no las hadas?

Tessa pensó en el hada de cabello azul en la fiesta de Benedict, que afirmaba haber conocido a su madre, y la respiración se le atoró en la garganta. Antes de que pudiera decirle nada más a Woolsey, Magnus y Will entraron por la puerta; su amigo, como era de esperar, tan ensangrentado como antes y con aspecto de estar enfadado. Miró de Tessa a Woolsey y soltó una breve carcajada.

—Supongo que tenías razón, Magnus —dijo—. Tessa no tiene que temer nada de él. Pero no se podría decir lo mismo a la inversa.

—Tessa, cariño, deja el atizador —le pidió Magnus, extendiendo la mano—. Woolsey puede ser horrible, pero hay mejores formas de aguantar su mal humor.

La chica lanzó una última mirada al licántropo y le entregó el atizador a Magnus. Fue a buscar sus guantes y la chaqueta de Will, y en ese momento hubo una confusión de movimiento y voces, y luego oyó reír a Woolsey. No estaba prestando casi ninguna atención; estaba demasiado concentrada en Will. Por su expresión, podía saber ya que, fuera lo que fuese que Magnus y él se hubieran dicho en privado, no había resuelto el problema de la droga de Jem. Parecía acosado, y un poco letal, con la sangre salpicada en los altos pómulos, lo que hacía resaltar el azul de sus ojos.

El brujo los acompañó desde el salón hasta la puerta, donde el aire frío golpeó a Tessa como una ola. Se puso los guantes y se despidió de éste con una inclinación de cabeza. Magnus cerró la puerta, y los dejó en la oscuridad de la noche.

El Támesis destellaba más allá de la vegetación, las calzadas y el Embankment, y las farolas de gas del puente de Battersea rielaban sobre el agua, un nocturno de azules y oro. La sombra del carruaje era visible bajo los árboles junto a la verja. Por encima de ellos, la luna aparecía y desaparecía entre los bancos de nubes grises.

Will estaba absolutamente inmóvil.

—Tessa —dijo.

Su voz sonaba peculiar, rara y ahogada. Tessa se apresuró a llegar junto a él, y le miró a la cara. El rostro de Will era tan cambiante como la propia luz de la luna; nunca le había visto una expresión tan fija.

—¿Ha dicho que te ayudaría? —susurró ella—. ¿Magnus?

—Lo intentará, pero... por la forma en que me ha mirado... sentía lástima de mí, Tess. Eso significa que no hay esperanza, ¿verdad? Si hasta Magnus piensa que nuestros esfuerzos están condenados al fracaso, entonces no puedo hacer nada más, ¿no?

Tessa le puso la mano en el brazo. Él no se movió. Resultaba tan extraño estar tan cerca de él..., notar su presencia y la sensación tan familiar que le producía, cuando durante meses se habían estado evitando y casi ni habían hablado. Él ni siquiera había querido mirarla a los ojos. Y ahí estaba él, oliendo a jabón, lluvia, sangre y Will...

—Has hecho tanto... —le susurró ella—. Magnus intentará ayudar, y nosotros seguiremos buscando y quizá salga algo. No puedes perder la esperanza.

—Lo sé. Lo sé. Y, sin embargo, siento tanto temor en el corazón como si fuera la última hora de mi vida. No es la primera vez que siento desesperación, Tessa, pero nunca he experimentado tanto miedo. Y, aun así, lo sabía... siempre lo he sabido...

«Que Jem moriría». Tessa no lo dijo. Estaba entre ellos, sin pronunciarlo.

—¿Quién soy yo? —preguntó él en un susurro—. Durante años he fingido ser quien no era, y entonces me alegro de poder regresar a mi verdadero yo y sólo descubro que no hay ningún verdadero yo al que regresar. Era un niño corriente, y luego fui un hombre no muy bueno, y ahora ya no sé cómo ser ninguna de esas dos cosas. No sé lo que soy, y cuando Jem no esté, no habrá nadie que me lo pueda mostrar.

—Yo sé perfectamente quién eres. Eres Will Herondale. —Eso fue todo lo que ella dijo.

Y de repente él la había rodeado con los brazos y le apoyaba la cabeza en el hombro. Al principio, Tessa se quedó inmóvil de puro asombro, y luego, lentamente, fue devolviéndole el abrazo, sujetándolo mientras él temblaba. No estaba llorando; era otra cosa, una especie de paroxismo, como si se estuviera ahogando. Tessa sabía que no debía tocarlo, no obstante, no podía imaginar que su prometido quisiera que apartara a Will en un momento así. Ella no podía ser Jem para Will, pensó, no podía ser su brújula que siempre apuntaba al norte pero, al menos, podía aligerar el peso con el que cargaba.

—¿Te gustaría quedarte con esa tabaquera tan horrorosa que alguien me ha regalado? Es de plata, así que no puedo tocarla —dijo Woolsey.

Magnus, que se hallaba en el ventanal del salón, con la cortina abierta sólo lo justo para poder ver a Will y a Tessa ante su puerta, aferrándose uno a la otra como si su vida dependiera de ello, masculló una respuesta evasiva.

Woolsey puso los ojos en blanco.

—¿Aún siguen ahí fuera?

—Eso parece.

—Un lío, todo este asunto del amor romántico —comentó Woolsey—. Mucho mejor como lo hacemos nosotros. Sólo importa lo físico.

—Sin duda —convino Magnus. Will y Tessa se habían separado por fin, aunque aún seguían cogidos de la mano. La chica parecía estar convenciéndolo de que bajara los escalones—. ¿Crees que te habrías casado, de no haber tenido sobrinos que perpetuaran el nombre de la familia?

—Supongo que me habría visto obligado a hacerlo. ¡Por Dios, los santos, la vaca y el Preator Lupus!

—Woolsey rió; se había servido una copa de vino tinto de la botella que estaba en el aparador, y lo removió mirando sus cambiantes profundidades—. Le has dado a Will el collar de Camille —observó.

—¿Cómo lo sabes? —Magnus sólo prestaba atención a medias a esa conversación; la otra mitad estaba observando cómo Will y Tessa iban hacia su carruaje. De algún modo, a pesar de la diferencia de altura y constitución, parecía que era él quien se apoyaba en ella.

—Lo llevabas cuando has salido de la sala con él, pero no cuando has regresado. No creo que le hayas dicho lo que vale, ¿verdad? ¿Que lleva un rubí que costaría más que todo el Instituto entero?

—No lo quería —informó Magnus.

—¿Un trágico recuerdo del amor perdido?

—No hace juego con mi piel —replicó el brujo. Will y Tessa ya se hallaban en el carruaje, y el cochero estaba sacudiendo las riendas—. ¿Crees que tiene alguna oportunidad?

—¿Quién?

—Will Herondale. De ser feliz.

Woolsey suspiró profundamente y dejó la copa.

—¿Hay alguna posibilidad de que tú seas feliz si él no lo es?

No contestó.

—¿Estás enamorado de él? —insistió Woolsey, con curiosidad, no con celos. Magnus se preguntó cómo sería tener un corazón así, o mejor, no tener corazón en absoluto.

—No —contestó Magnus—. Me lo he preguntado, pero no. Es algo diferente. Siento que le debo algo. He oído decir que cuando salvas una vida, eres responsable de esa vida. Me siento responsable de ese chico. Si nunca encuentra la felicidad, sentiré que le he fallado. Si no puedo mantener a su *parabatai* con él, sentiré que le he fallado.

—Entonces, le fallarás —repuso Woolsey—. Mientras tanto, mientras te quejas y buscas *yin fen*, creo que voy a viajar. A ver el campo. En invierno, la ciudad me deprime.

—Haz lo que quieras. —Magnus cerró la cortina, por lo que dejó de ver cómo el carruaje que transportaba a Will y a Tessa desaparecía en el horizonte.

Para: Cónsul Josiah Wayland

De: Inquisidor Victor Whitelaw

Josiah:

Me he preocupado profundamente al conocer tu carta al Consejo sobre el tema de Charlotte Branwell. Como viejos conocidos que somos, había esperado que pudieras hablarme con más libertad a mí de lo que lo has hecho con ellos. ¿Hay algún asunto relacionado con ella que te preocupe? Su padre era un buen amigo de ambos, y no me consta que ella haya cometido ningún acto deshonesto.

Tuyo,

Victor Whitelaw

QUÉ LA OSCURIDAD

Que el amor sujete al dolor para que ambos no se hundan, que la oscuridad conserve su lustre de cuervo; ah, más dulce estar borracho de pérdida, bailar con la muerte, golpear el suelo.

ALFRED, LORD TENNYSON, *In Memoriam A. H. H.*

Para: Inquisidor Victor Whitelaw

De: Cónsul Josiah Wayland

Es con cierta turbación que te escribo esta carta, Victor, puesto que hace ya años que nos conocemos. Me siento un poco como la profetisa Casandra, condenada a saber la verdad y a que nadie la creyera. Quizá sea mi pecado de soberbia lo que puso a Charlotte Branwell en el puesto que ahora ocupa y desde el cual me atormenta.

Socava mi autoridad constantemente, una inestabilidad que me temo que pueda causar en la Clave un severo... Lo que debería haber sido un desastre para ella —la revelación de que albergaba espías bajo su techo, la complicidad de la chica Lovelace con los planes del Magíster— se ha recreado como un triunfo. Que no se haya visto al Magíster ni se haya oído hablar de él se ha adjudicado al buen juicio de Charlotte, y no se ve, como sospecho que es, como una retirada táctica y una reagrupación de fuerzas por su parte. Aunque soy el Cónsul y guío a la Clave, me parece que éste pasará a la historia como el tiempo de Charlotte Branwell, y que mi legado se perderá

Para: Inquisidor Victor Whitelaw

De: Cónsul Josiah Wayland

Victor:

Aunque aprecio tu interés, no tengo ninguna ansiedad con respecto a Charlotte Branwell que no conste en mi carta al Consejo.

Que la fuerza del Ángel te dé valor en estos tiempos revueltos,

Josiah Wayland

Al principio, el desayuno fue tranquilo. Gideon y Gabriel bajaron juntos, ambos contenidos, Gabriel casi sin decir palabra, aparte de pedirle a Henry que le pasara la mantequilla. Cecily se había colocado en el extremo más lejano de la mesa y estaba leyendo un libro mientras comía; Tessa ansiaba ver el título, pero Cecily había colocado el libro en un ángulo que se lo impedía. Las ojeras oscuras de Will, frente a Tessa, evidenciaban su falta de sueño, un recuerdo de su ajetreada noche; la misma Tessa removía con el tenedor sin ningún entusiasmo su desayuno, en silencio hasta que la puerta se abrió y Jem entró.

Ella alzó la mirada sorprendida y con una sacudida de placer. Él se deslizó ágilmente en una silla junto a la chica.

—Buenos días.

—Tienes mucho mejor aspecto, Jemmy —comentó Charlotte, encantada.

¿«Jemmy»? Tessa miró a Jem divertida; él se encogió de hombros y le lanzó una sonrisa como de disculpa.

Tessa miró por la mesa y encontró a Will observándolos. Sus miradas se rozaron, sólo un momento, Tessa con una pregunta en los ojos. ¿Había alguna posibilidad de que, de algún modo, Will hubiera hallado *yin fen* desde su vuelta a casa y esa mañana? Pero no, él parecía tan sorprendido como ella.

—Estoy bastante mejor —repuso Jem—. Los Hermanos Silenciosos han sido de gran ayuda. —Se fue a servir una taza de té, y Tessa observó los huesos y los tendones moviéndose en su delgada muñeca, angustiosamente visibles. Cuando Jem dejó la tetera, ella le buscó la mano por debajo de la mesa, y él se la cogió. Enlazó sus finos dedos con los de ella, tranquilizadores.

La voz de Bridge flotó desde la cocina.

Frío sopla el viento hoy, mi amor, Frías son las gotas de lluvia; El primer amor que tuve, Muerto fue en el bosque verde. Haré tanto por mi amado Como cualquier joven debe; Sentada lloraré junto a su tumba Durante doce meses y un día.

—¡Por el Ángel, qué deprimente es esta chica! —exclamó Henry, mientras dejaba el periódico justo encima de su plato, por lo que sus bordes se empaparon de yema de huevo. Charlotte abrió la boca

como para reñirle, pero la cerró de nuevo—. Todo son corazones rotos, muerte y amor no correspondido.

—Bueno, eso es de lo que tratan la mayoría de las canciones —comentó Will—. El amor correspondido es ideal, pero no sirve de mucho para una balada.

Jem alzó la mirada, pero antes de que pudiera decir nada, una gran reverberación resonó por todo el Instituto. Tessa ya estaba lo suficientemente acostumbrada a su hogar en Londres para saber que era el sonido de la campana de la puerta. Todos en la mesa miraron a la vez a Charlotte, como si tuvieran la cabeza sujeta por muelles.

Ésta, sobresaltada, dejó el tenedor.

—¡Oh, vaya! —exclamó—. Hay algo que os tenía que decir a todos, pero...

—¿Señora? —Era Sophie, que entraba en la sala con una bandeja en la mano. Tessa no pudo evitar notar que aunque Gideon la estaba mirando, ella parecía evitar a posta su mirada, mientras se ruborizaba levemente—. El cónsul Wayland está abajo y pide hablar con usted.

Charlotte cogió el papel doblado de la bandeja, lo miró y suspiró.

—Muy bien. Dile que suba.

Sophie desapareció en un remolino de faldas.

—¿Charlotte? —Henry parecía perplejo—. ¿Qué está pasando?

—Eso. —Will dejó que sus cubiertos resonaran contra el plato—. ¿El Cónsul? ¿Interrumpiendo nuestro desayuno? ¿Qué vendrá después? ¿El Inquisidor a tomar el té? ¿Picnics con los Hermanos Silenciosos?

—Tartas de pato en el parque —se mofó Jem por lo bajini, y Will y él se sonrieron, sólo un instante, antes de que la puerta se abriera y entrara el cónsul.

El cónsul Wayland era un hombre corpulento, de poderoso pecho y brazos robustos. Su túnica siempre parecía colgarle un poco rara de los anchos hombros. Tenía una barba rubia como un vikingo, y en ese momento su expresión era tormentosa.

—Charlotte —dijo sin ningún preámbulo—, estoy aquí para hablar de Benedict Lightwood.

Se oyó un leve roce; Gabriel había agarrado el mantel. Gideon puso una mano sobre la muñeca de su hermano, parándolo, pero el Cónsul ya los estaba mirando.

—Gabriel —dijo—. Pensaba que irías a casa de los Blackthorn con tu hermana.

El aludido aferró con fuerza el asa de su taza.

—Están muy afectados por la muerte de Rupert —se justificó él—. No he creído que fuera un buen momento para entrometerse.

—Aunque quizá podría ser bastante incómodo residir con tu hermana, considerando que ha puesto una queja contra ti por asesinato.

Gabriel hizo un ruido como si alguien le hubiera echado agua hirviendo por encima. Gideon tiró la servilleta sobre la mesa y se puso en pie.

—¿Que Tatiana ha hecho qué? —preguntó.

—Ya me has oído —contestó el Cónsul.

—No fue asesinato —puntualizó Jem.

—Eso dices tú —replicó el Cónsul—. Me han informado de que sí lo fue.

—¿También se le ha informado de que Benedict se había convertido en un gusano gigantesco? —inquirió Will, y Gabriel lo miró sorprendido, como si no se hubiera esperado que el chico le defendiera.

—Will, por favor —medió Charlotte—. Cónsul, ayer te notifiqué que Benedict Lightwood había sido descubierto en las últimas fases de *astriola*...

—Me explicaste que hubo una batalla y que él resultó muerto —prosiguió el Cónsul—. Pero lo que oigo que se dice es que estaba enfermo con la viruela, y que como resultado, fue perseguido y asesinado a pesar de no ofrecer resistencia.

Will, con los ojos sospechosamente brillantes, abrió la boca. Jem se la tapó con la mano.

—No puedo entender —comenzó Jem, hablando por encima de las apagadas protestas de Will— cómo puede saber que Benedict Lightwood está muerto, pero no cómo ha ocurrido. Si no hay un cuerpo que

encontrar, es porque se había convertido en más demonio que humano, y se desvaneció al morir, como hacen los demonios. Pero los criados desaparecidos, la muerte del propio esposo de Tatiana...

El Cónsul parecía cansado.

—Tatiana Blackthorn dice que un grupo de cazadores de sombras del Instituto asesinó a su padre y que Rupert resultó muerto en el altercado.

—¿Acaso mencionó que su padre se había comido a su esposo? —inquirió Henry, que por fin alzaba la vista del periódico—. Oh, sí. Se lo comió. Dejó una bota ensangrentada en el jardín para que la encontráramos. Había marcas de dientes. Me encantaría saber cómo eso puede haber sido un accidente.

—Yo diría que eso cuenta como ofrecer resistencia —aportó Will—. Comerse al propio yerno, me refiero. Aunque supongo que todas las familias tienen sus altercados.

—No estarás sugiriendo en serio —dijo Charlotte— que el gusano... que Benedict debería haber sido dominado y contenido, ¿verdad, Josiah? ¡Estaba en las últimas fases de la viruela! ¡Se había vuelto loco y convertido en gusano!

—También podría haberse convertido en un gusano y luego volverse loco —sugirió Will con diplomacia—. No podemos estar totalmente seguros.

—Tatiana está muy alterada —agregó el Cónsul—. Está pensando pedir una compensación...

—Entonces le pagaré —exclamó Gabriel, después de apartar la silla de la mesa y ponerse en pie—. Le daré a mi ridícula hermana todo mi salario durante el resto de mi vida si es lo que desea, pero no admitiré que hubo algo incorrecto, ni por mi parte ni por la de ninguno de nosotros. Sí, le clavé una flecha en el ojo. A esa cosa. Y lo volvería a hacer. Fuera lo que fuese esa cosa, ya no era mi padre.

Se hizo el silencio. Incluso el Cónsul no parecía tener una palabra a mano. Cecily había dejado el libro y pasaba una seria mirada de Gabriel al Cónsul.

—Le ruego que me disculpe, Cónsul, pero diga lo que diga Tatiana, no conoce la verdad de la situación —continuó Gabriel—. Sólo yo estaba en la casa con mi padre mientras enfermaba. Yo estuve solo con él durante las últimas dos semanas, mientras se volvía loco. Al final, vine aquí y le rogué a mi hermano que me ayudara. Charlotte me cedió amablemente la colaboración de sus cazadores de sombras. Cuando llegamos de vuelta a la casa, la cosa que había sido mi padre había despedazado al marido de mi hermana. Se lo aseguro, Cónsul, que no había ninguna manera de salvar a mi padre. Tuvimos que luchar por nuestras vidas.

—Entonces ¿por qué Tatiana...?

—Porque se siente humillada —contestó Tessa. Era lo primero que decía desde la entrada del Cónsul—. Me lo dijo. Creía que sería una mancha en el nombre de la familia si se sabía lo de la viruela demoníaca; supongo que está tratando de presentar una historia alternativa esperando que usted se la repita al Consejo. Pero no está diciendo la verdad.

—Realmente, Cónsul —intervino Gideon—. ¿Qué tiene más sentido? ¿Que todos nos volvimos locos y asesinamos a mi padre, y que sus hijos lo están encubriendo, o que Tatiana miente? Ella nunca piensa las cosas; ya lo sabe usted.

Gabriel estaba de pie con la mano en el respaldo de la silla de su hermano.

—Si usted me cree capaz de cometer parricidio alegremente, mándeme a la Ciudad Silenciosa para que me interroguen.

—Ésa sería la solución más sensata —repuso el Cónsul.

Cecily dejó su taza de té con un fuerte golpe que hizo que todos en la mesa pegaran un bote.

—Eso no es justo —protestó—. Está diciendo la verdad. Todos decimos la verdad. Usted debe saberlo.

El Cónsul le lanzó una mirada larga y especulativa, luego se volvió de nuevo hacia Charlotte.

—¿Esperas mi confianza? —dijo—. Y sin embargo me ocultas tus acciones. Las acciones tienen consecuencias, Charlotte.

—Josiah, te informé de lo que pasó en Lightwood House en cuanto todos regresaron y me aseguré de que estaban bien...

—Deberías habérmelo dicho antes —replicó el Cónsul secamente—. En cuanto Gabriel llegó. No era una misión rutinaria. Así las cosas, te has puesto en una posición en la que debo defenderte, a pesar de que has desobedecido el protocolo y has emprendido una misión sin la aprobación del Consejo.

—No había tiempo...

—Ya basta —la interrumpió el Cónsul en un tono que implicaba cualquier cosa menos que ya bastaba—. Gideon y Gabriel, vendréis conmigo a la Ciudad Silenciosa para ser interrogados. —Charlotte fue a protestar, pero el Cónsul alzó la mano—. Que los Hermanos verifiquen que lo que ellos dicen es rutinario; evitará cualquier lío y me permitirá rechazar rápidamente la petición de compensación de Tatiana. Vosotros dos. —El Cónsul se volvió hacia los Lightwood—. Id abajo a mi carruaje y esperadme allí. Los tres iremos a la Ciudad Silenciosa; cuando los Hermanos acaben con vosotros, si no encuentran nada interesante, os traeremos de vuelta.

—Si no encuentran nada —repitió Gideon en un tono enfadado. Cogió a su hermano por los hombros y lo hizo salir del comedor. Mientras Gideon cerraba la puerta a su espalda, Tessa notó que algo destellaba en su mano: volvía a llevar el anillo de los Lightwood.

—Muy bien —dijo el Cónsul a Charlotte—. ¿Por qué no me informaste en el mismo momento que tus cazadores de sombras regresaron y te dijeron que Benedict estaba muerto?

Charlotte clavó la mirada en su té. Tenía los labios apretados en una fina línea.

—Quería proteger a los chicos —contestó—. Quería que tuvieran un poco de tranquilidad. Un respiro, después de ver a su padre morir ante sus ojos, antes de que comenzaras a hacerles preguntas, Josiah.

—Eso no puede ser todo —continuó el Cónsul, sin prestar atención a la expresión de Charlotte—. Los papeles y los libros de Benedict. Tatiana nos habló de ellos. Registramos la casa, pero sus diarios habían desaparecido y su escritorio estaba vacío. Ésta no es tu investigación, Charlotte, esos papeles pertenecen a la Clave.

—¿Qué estáis buscando en ellos? —preguntó Henry, mientras sacaba el periódico de su plato. Parecía estar poco interesado en la respuesta, pero había un brillo duro en sus ojos que traicionaba ese aparente desinterés.

—Información sobre su conexión con Mortmain. Información sobre otros miembros de la Clave que puedan haber tenido una conexión con Mortmain. Pistas del paradero de éste...

—¿Y de sus artefactos? —preguntó Henry.

El Cónsul paró a media frase.

—¿Sus artefactos?

—Los Artefactos Infernales. Su ejército de autómatas. Es un ejército creado con el propósito de destruir a los cazadores de sombras, y él pretende lanzarlo contra nosotros —explicó Charlotte, aparentemente recuperada, mientras dejaba la servilleta—. Lo cierto es que si las notas de Benedict, cada vez más ininteligibles, se pueden creer, el momento llegará más pronto que tarde.

—Así que sí cogiste las notas y los diarios. El Inquisidor estaba convencido. —El Cónsul se pasó el dorso de la mano por los ojos.

—Claro que las cogí. Y claro que te las daré. Tenía pensado hacerlo desde el principio. —Sumamente digna, la mujer cogió la campanita de plata que tenía junto al plato y la hizo sonar; cuando apareció Sophie, le susurró algo y la sirvienta, después de hacer una reverencia al Cónsul, salió del comedor.

—Deberías haber dejado los papeles donde estaban, Charlotte. Es el procedimiento —le recriminó el Cónsul.

—No había ninguna razón para que no los revisara...

—Debes confiar en mi juicio, y en el de la Ley. Proteger a los chicos Lightwood no es prioritario con respecto a descubrir el paradero de Mortmain, Charlotte. No diriges la Clave. Eres parte del Enclave, y tienes que informarme. ¿Ha quedado claro?

—Sí, Cónsul —contestó Charlotte mientras Sophie volvía a entrar en el comedor con un fajo de papeles, que ofreció silenciosamente al Cónsul—. La próxima vez que uno de nuestros estimados

miembros se convierta en gusano y se coma a otro estimado miembro, te informaremos inmediatamente.

El Cónsul apretó los dientes.

—Tu padre era mi amigo —dijo—. Confiaba en él, y por eso he confiado en ti. No hagas que lamente haberte nombrado, o haberte apoyado contra Benedict Lightwood cuando cuestionó tu cargo.

—¡Le seguiste el juego a Benedict! —exclamó Charlotte—. ¡Cuando propuso que se me dieran sólo quince días para completar una misión imposible, lo aceptaste! ¡No dijiste ni una palabra en mi defensa! Si no fuera una mujer, no te habrías comportado así.

—Si no fueras una mujer —replicó el Cónsul—, no habría tenido que hacerlo.

Y dicho esto, se fue, en un revuelo de túnicas oscuras y runas de brillo apagado. En cuanto la puerta se cerró a su espalda, Will no aguantó más.

—¿Cómo has podido darle los papeles? —siseó entre dientes—. Necesitamos la...

—Will —lo frenó Charlotte, que se había dejado caer sobre su silla, con los ojos cerrados—. Me he pasado la noche en vela copiando las partes relevantes. Gran parte era...

—¿Un galimatías? —sugirió Jem.

—¿Pornografía? —soltó Will al mismo tiempo—. Podría ser ambas cosas —continuó—. ¿Nunca has oído hablar de los galimatías pornográficos?

Jem sonrió, y Charlotte apoyó el rostro entre las manos.

—Había más de lo primero que de lo segundo, si quieres saberlo —explicó ella—. He copiado todo lo que he podido, con la inestimable asistencia de Sophie. —Alzó la mirada—. Will, tienes que recordarlo. Esto ya no es nuestra obligación. Mortmain es un problema de la Clave, o al menos así es como lo ven ellos. Hubo un tiempo en que nosotros éramos los responsables exclusivos de Mortmain, pero...

—¡Somos responsables de proteger a Tessa! —replicó Will con un tono cortante que asombró incluso a ésta. Will palideció levemente al darse cuenta de que todos lo miraban sorprendidos, pero, de todas formas, prosiguió—. Mortmain todavía la quiere. No podemos suponer que se ha rendido. Puede que venga con autómatas, puede que venga con brujería, fuego y traición, pero vendrá.

—Claro que protegeremos a Tessa —aseguró Charlotte—. No hace falta que nos lo recuerdes, Will. Es una de los nuestros. Y hablando de los nuestros... —Bajó la mirada hacia el plato—. Jessamine vuelve con nosotros mañana.

—¿Qué? —Will volcó su taza, y el mantel se empapó con el té vertido. Se oyó un zumbido por toda la mesa, aunque Cecily sólo se quedó mirando, confusa, y Tessa, después de coger aire de golpe, permaneció en silencio. Se acordó de la última vez que había visto a Jessamine, en la Ciudad Silenciosa, pálida y con los ojos rojos, llorando aterrorizada...—. Trató de traicionarnos, Charlotte. ¿Y tú le permites que vuelva sin más?

—No tiene otra familia, y la Clave le ha confiscado su fortuna; además no se halla en un estado que le permita vivir sola. Dos meses de interrogatorios en la Ciudad de Hueso la han vuelto casi loca. No creo que represente un peligro para ninguno de nosotros.

—Tampoco pensábamos antes que pudiera representar peligro alguno —apuntó Jem, en un tono más duro de lo que Tessa se habría esperado de él— y, sin embargo, el rumbo que decidió tomar casi puso a Tessa en manos de Mortmain, y al resto de nosotros en una situación deshonrosa.

Charlotte negó con la cabeza.

—Aquí hace falta clemencia y piedad. Jessamine no es lo que era, como sabrías si la hubierais visitado en la Ciudad Silenciosa.

—No tengo ningunas ganas de visitar a traidores —replicó Will con frialdad—. ¿Aún soltaba tonterías sobre que Mortmain estaba en Idris?

—Sí, y por eso los Hermanos Silenciosos finalmente la dejaron en paz; no conseguían sacar nada de ella que tuviera sentido. No tiene secretos, no sabe nada que valga la pena. Y ella lo entiende. Se siente sin ningún valor. Si os pudierais meter en su piel...

—Oh, no dudo de que te ha representado todo el espectáculo, Charlotte, llorando y rasgándose las vestiduras...

—Bueno, si se está rasgando las vestiduras... —dijo Jem, y le lanzó una rápida sonrisa a su *parabatai*—. Ya sabes lo mucho que a Jessamine le gustan sus vestiduras.

La sonrisa que le devolvió Will era reacia pero genuina. Charlotte vio su oportunidad para obtener ventaja.

—Ni la reconoceréis cuando la veáis, os lo prometo —aseguró—. Probemos una semana, una sola semana, y si ninguno soporta tenerla aquí, lo arreglaré para enviarla a Idris. —Apartó su plato—. Y ahora a revisar mis copias de los papeles de Benedict. ¿Quién quiere ayudarme?

Para: Cónsul Josiah Wayland

De: El Consejo

Apreciado señor:

Hasta el recibo de su última carta, habíamos considerado que nuestras diferencias respecto al tema de Charlotte Branwell eran una cuestión de opinión. Aunque usted puede no haber otorgado el permiso expreso para el traslado de Jessamine Lovelace al Instituto, la Hermandad, que está al cargo de estos asuntos, le otorgó su aprobación. Nos pareció el gesto de un corazón generoso permitir que la chica regresara al único hogar que ha conocido, a pesar de su crimen. En cuanto a Woolsey Scott, es el líder del Preator Lupus, una organización de la que nos consideramos aliados desde hace tiempo.

Su insinuación de que la señora Branwell puede haber prestado atención a aquellos que no desean lo mejor para la Clave es profundamente preocupante. No obstante, sin pruebas, somos reacios a proceder más allá teniendo como base sólo esta información.

En el nombre de Raziél,

Los Miembros del Consejo Nefilim

El carruaje del Cónsul era un landó con cinco ventanas que portaba las cuatro ces de la Clave en el costado; estaba tirado por un par de impecables garañones grises. El día era húmedo y caía una fina llovizna; el cochero estaba en el asiento delantero, oculto casi completamente por un sombrero y una capa de lona impermeable. El Cónsul, que no había dicho ni una palabra desde que habían salido del comedor del Instituto, hizo entrar a Gideon y a Gabriel en el carruaje, subió después de ellos y cerró la portezuela tras de sí.

Mientras el vehículo se alejaba traqueteando de la antigua iglesia, Gabriel se volvió para mirar por la ventanilla. Notaba una ligera presión ardiente tras los ojos y en el estómago. La había sentido de forma intermitente desde el día anterior, y en algunas ocasiones había sido tan intensa que había creído estar a punto de vomitar.

«Un gusano gigantesco... las últimas fases de *astriola*... la viruela demoníaca».

Cuando Charlotte y el resto habían acusado a su padre por primera vez, él no había querido creerlo. La desertión de Gideon le había parecido una locura, una traición tan monstruosa que sólo la demencia podía explicar. Su padre le había prometido que Gideon reflexionaría acerca de su decisión, que regresaría para ayudarlos con la casa y con ser un Lightwood. Pero no había regresado y, mientras, los días se habían ido volviendo más cortos y oscuros, y Gabriel había ido viendo cada vez menos a su padre, había comenzado a hacerse preguntas y luego a tener miedo.

«Benedict fue perseguido y asesinado».

Perseguido y asesinado. Gabriel le dio vueltas en la cabeza a esas palabras, pero no les encontró sentido. Había matado a un monstruo, que era para lo que le habían entrenado desde pequeño, pero aquel monstruo no había sido su padre. Su padre aún estaba vivo en alguna parte y, en cualquier momento, Gabriel miraría por la ventana de la casa y lo vería acercándose por el camino, con el largo abrigo gris aleteando al viento y los afilados contornos de sus rasgos recortados contra el cielo.

—Gabriel. —Era la voz de su hermano, que atravesaba la niebla del recuerdo y el ensueño—. Gabriel, el Cónsul te ha hecho una pregunta.

Gabriel alzó la mirada. El Cónsul lo observaba con ojos oscuros y expectantes. El carruaje avanzaba por Fleet Street; reporteros, abogados y vendedores ambulantes corrían de aquí para allí entre el tráfico.

—Te he preguntado —dijo el Cónsul— si te encuentras a gusto en el Instituto.

Gabriel lo miró parpadeando. Poco destacaba de entre la niebla que lo rodeaba los últimos días. Charlotte, abrazándolo. Gideon, lavándose la sangre de las manos. El rostro de Cecily como una flor brillante y rabiosa.

—Supongo que está bien —respondió en una voz oxidada—. No es mi casa.

—Bueno, Lightwood House es magnífica —comentó el Cónsul—. Construida sobre sangre y saqueo, claro.

Gabriel se lo quedó mirando sin comprender. Gideon miraba por la ventana, con una expresión levemente asqueada.

—Pensaba que nos quería hablar de Tatiana —dijo éste.

—Conozco a Tatiana —repuso el Cónsul—. Nada de la inteligencia de vuestro padre y nada de la gentileza de vuestra madre. Me temo que no ha salido muy bien parada. Su petición de compensación será desestimada, naturalmente.

Gideon se volvió en su asiento y lo miró con incredulidad.

—Si le da tan poco crédito a su versión, ¿por qué estamos aquí?

—Para poder hablar con vosotros a solas —contestó el hombre—. Veréis, cuando le entregué el Instituto a Charlotte, al principio pensaba, en parte, que un toque femenino le iría bien. Granville Fairchild era uno de los hombres más estrictos que he conocido, y aunque dirigía el Instituto según la Ley, era un lugar frío y nada acogedor. Aquí, en Londres, la mayor ciudad del mundo, un cazador de sombras no se podía sentir en casa. —Se encogió de hombros—. Pensé que entregar la administración a Charlotte podría ayudar.

—A Charlotte y a Henry —corrigió Gideon.

—Henry era una cifra... —repuso el Cónsul—. Todos sabemos, como dice el proverbio, que en ese matrimonio la yegua gris es el mejor caballo. La intención era que Henry no interfiriera, y no lo hace. Pero tampoco lo tenía que hacer Charlotte. Se suponía que sería dócil y obedecería mis deseos. En ese sentido me ha decepcionado profundamente.

—La apoyó contra nuestro padre —soltó Gabriel, y al instante lamentó haberlo hecho.

Gideon le lanzó una mirada para que se calmara, y el pequeño de los Lightwood cruzó las enguantadas manos sobre el regazo y apretó los labios.

El Cónsul alzó las cejas.

—¿Porque tu padre habría sido dócil? —replicó irónico—. Eran tal para cual, y escogí al mejor. Aún tenía esperanzas de controlarla. Pero ahora...

—Señor —le cortó Gideon con su voz más educada—. ¿Por qué nos está diciendo todo esto?

—¡Ah! —exclamó el Cónsul, mirando por la ventanilla salpicada de lluvia—. Hemos llegado. —Golpeó con los nudillos la ventanilla del carruaje—. ¡Richard! Detén el carruaje ante el Argent Rooms. Gabriel miró a su hermano, que se encogió de hombros desconcertado. El Argent Rooms era un famoso teatro de variedades y un club de caballeros en Piccadilly Circus. Damas de mala reputación frecuentaban el lugar, y corrían rumores de que el negocio era propiedad de subterráneos y que, algunas noches, en los «espectáculos de magia», se empleaba magia auténtica.

—Solía venir aquí con vuestro padre —explicó el Cónsul, cuando los tres estuvieron sobre la acera. A través de la llovizna, Gideon y Gabriel estaban mirando la fachada, carente de gusto, de un teatro de estilo italiano, que, sin duda, se había injertado sobre los edificios más modestos que habían estado allí con anterioridad. En ella se veía una triple galería y una pintura azul muy chillona—. Una vez, la policía revocó la licencia del Alhambra porque los propietarios habían permitido que se bailara el cancán en él. Pero claro, los propietarios del Alhambra son mundanos. Esto está mucho mejor. ¿Entramos?

Su tono no permitía una negativa. Gabriel le siguió por un soportal, donde el dinero cambió de manos y se compró una entrada para cada uno. Gideon miró su entrada con cierta perplejidad. Tenía la forma de un anuncio, y prometía ¡EL MEJOR ENTRETENIMIENTO DE LONDRES!

—«¡Hazañas de fuerza!» —le leyó a Gideon mientras avanzaban por el largo pasillo—. «Animales amaestrados, mujeres forzudas, acróbatas, números de circo y cantantes cómicos».

Gideon mascullaba para sí.

—Y contorsionistas —añadió Gabriel animado—. Parece que hay una mujer que puede ponerse el pie sobre la...

—Por el Ángel, este lugar no es mucho mejor que una feria de barrio —exclamó Gideon—. Gabriel, no mires nada a no ser que te diga que puedes.

Éste puso los ojos en blanco mientras su hermano lo agarraba con firmeza por el codo y lo empujaba hacia lo que, evidentemente, era el gran salón: una estancia enorme con el techo pintado con reproducciones de los grandes maestros italianos, incluido el *Nacimiento de Venus* de Botticelli, ya bastante manchado de humo y necesitado de reparación. Lámparas de gas colgaban de las doradas molduras de yeso e iluminaban la sala con una luz amarillenta.

Junto a las paredes se alineaban bancos de terciopelo, donde se acurrucaban oscuras siluetas: los caballeros rodeaban a damas con vestidos demasiado brillantes y risas demasiado escandalosas. La música manaba del escenario que se hallaba al fondo de la sala. El Cónsul fue hacia él, sonriendo. Una mujer con un sombrero de copa y frac se movía por el escenario, cantando una canción titulada *Está mal, pero es igual*. Al volverse ésta, los ojos le destellaron verdes bajo la luz de gas.

«Licántropo», pensó Gideon.

—Esperadme aquí un momento, chicos —les indicó el Cónsul, y desapareció entre la gente.

—Encantador —dijo Gideon entre dientes, y se acercó más a su hermano cuando una mujer con un vestido de satén con el corpiño muy ajustado pasó junto a ellos. Olía a ginebra y a algo más bajo eso, algo oscuro y dulce, parecido al aroma de azúcar quemado de James Carstairs.

—¿Quién iba a decir que el Cónsul fuera tan juerguista? —comentó Gabriel—. ¿No podría haber esperado esto hasta que hubiéramos salido de la Ciudad Silenciosa?

—No nos va a llevar a la Ciudad Silenciosa —aseveró Gideon con los labios tensos.

—¿No?

—No seas tonto, Gabriel. Claro que no. Quiere algo diferente de nosotros. Y aún no sé qué. Nos ha traído aquí para descolocarnos, y no lo habría hecho si no estuviera seguro de que tiene algo sobre nosotros que nos impedirá contarle a Charlotte, o a quien sea, dónde hemos estado.

—Quizá sí que solía venir aquí con padre.

—Quizá, pero no es por eso por lo que estamos aquí ahora —afirmó Gideon con rotundidad.

Cogió con más fuerza el brazo de su hermano cuando reapareció el Cónsul; llevaba una botellita de lo que parecía sifón, pero que, supuso Gabriel, debía de llevar al menos unos dos peniques de licor.

—¿Qué, para nosotros nada? —preguntó Gabriel; su hermano lo miró mal y el Cónsul le dedicó una sonrisa agria. Gabriel se percató justo en ese instante de que no tenía ni idea de si el Cónsul tenía una familia o hijos. Sólo era el Cónsul.

—Chicos, ¿tenéis idea del peligro que corréis? —preguntó éste.

—¿Peligro? ¿Por parte de quién, Charlotte? —Gideon parecía incrédulo.

—No... —El Cónsul los miró a ambos—. Vuestro padre no sólo ha violado la Ley; ha blasfemado. No sólo se trataba con demonios; yacía con ellos. Sois los Lightwood, todo lo que queda de los Lightwood. No tenéis primos, ni tías, ni tíos. Podría hacer que borrarán a toda vuestra familia de los registros de los nefilim, y echaros a vosotros y a vuestra hermana a la calle para que paséis hambre o mendiguéis una vida entre los mundanos, y no rebasaría los derechos de la Clave y el Consejo. ¿Y quién creéis que os apoyaría? ¿Quién hablaría en vuestra defensa?

Gideon había palidecido, y tenía los nudillos blancos de la mano con que agarraba a Gabriel.

—Eso no es justo —protestó—. No lo sabíamos. Mi hermano confiaba en mi padre. No puede considerársele responsable...

—¿Confiaba en él? Le dio el golpe de gracia, ¿no? —preguntó el Cónsul—. Oh, todos contribuisteis, pero fue su flecha la que mató a tu padre, lo que indica que sabía exactamente lo que era tu padre.

Gabriel sabía que su hermano lo estaba mirando preocupado. El aire del Argent Rooms era cargado y caliente, y no le dejaba respirar. En ese momento, la mujer del escenario cantaba una canción titulada *Satisfacer a una dama*, e iba de un lado a otro, golpeando el escenario con la punta de un bastón de paseo, lo que hacía temblar el suelo.

—Los pecados de los padres, chicos. Podéis ser castigados por sus crímenes, y lo seréis, si yo lo decido. ¿Qué harías, Gideon, mientras a tu hermano y a Tatiana se les queman las runas? ¿Te quedarías quieto mirando?

La mano derecha de Gabriel se sacudió; estaba seguro de que se le habría tirado al cuello al Cónsul si Gideon no le hubiera cogido antes por la muñeca.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó éste con voz controlada—. No nos ha traído aquí sólo para amenazarnos, a no ser que quiera algo a cambio. Y si fuera algo que pudiera pedirnos con facilidad o legalmente, lo habría hecho en la Ciudad Silenciosa.

—Chico listo —repuso el Cónsul—. Quiero que hagas algo por mí. Hazlo y me encargaré, aunque Lightwood House resulte confiscada, de que mantengáis el honor y el nombre, vuestras tierras en Idris y vuestro lugar entre los cazadores de sombras.

—¿Qué quiere que hagamos?

—Quiero que observéis a Charlotte. En concreto, su correspondencia. Decidme qué cartas recibe y envía, sobre todo su correspondencia con Idris.

—Quiere que la espiemos —concluyó Gideon con voz neutra.

—No deseo más sorpresas como la de tu padre —se justificó el Cónsul—. Charlotte nunca debería haberme mantenido en secreto la enfermedad de vuestro padre.

—Tuvo que hacerlo —explicó Gideon—. Fue una de las condiciones del acuerdo al que llegaron...

El Cónsul apretó los labios.

—Charlotte Branwell no tiene derecho a llegar a acuerdos de esa envergadura sin consultarme. Soy su superior. No puede y no debe prescindir de mí de ese modo. Ella y ese grupo del Instituto se comportan como si fueran un país propio con leyes propias. Mira lo que pasó con Jessamine Lovelace. Nos traicionó a todos, casi hasta destruirnos. James Carstairs es un adicto que se está muriendo. La chica Gray es una cambiante o una bruja, y no debería estar en el Instituto, y con ese maldito noviazgo. Y Will Herondale... Will Herondale es un crío mentiroso y mimado que acabará siendo un criminal, si alguna vez llega a adulto. —El Cónsul calló un momento; respiraba pesadamente—. Charlotte dirige ese sitio como si fuera su feudo, pero no lo es. Es un Instituto y debe obedecer al Cónsul. Igual que vosotros.

—Charlotte no ha hecho nada para merecer que yo la traicione así —replicó Gideon.

El Cónsul lo señaló con el dedo.

—Eso es justamente de lo que hablo. Tu lealtad no tiene que ser hacia ella, no puede ser hacia ella. Debe ser hacia mí. ¿Lo entiendes?

—¿Y si digo que no?

—Entonces lo perderás todo. La casa, las tierras, el nombre, el linaje, el propósito.

—Lo haremos —lo interrumpió Gabriel adelantándose a Gideon—. La vigilaremos para ti.

—Gabriel... —comenzó Gideon.

Éste se volvió hacia su hermano.

—No —dijo—. Es demasiado. No quieres ser un mentiroso, lo entiendo. Pero nuestra lealtad debe ser primero para la familia. Los Blackthorn echarían a Tatiana a la calle, y ella no duraría ni un momento ahí; ella y su hijo...

Gideon palideció.

—¿Tatiana va a tener un hijo?

A pesar del horror de la situación, Gabriel sintió un momento de satisfacción por saber algo de lo que su hermano no tenía conocimiento.

—Sí —contestó—. Lo habrías sabido si aún fueras parte de la familia.

Gideon paseó la mirada por la estancia como si buscara algún rostro conocido, luego volvió a mirar a su hermano y al Cónsul, impotente.

—Yo...

El cónsul Wayland sonrió con frialdad a Gabriel y luego a su hermano.

—¿Hemos llegado a un acuerdo, caballeros?

Después de unos minutos, Gideon asintió.

A Gabriel no le iba a ser fácil olvidar la expresión del rostro del Cónsul en ese momento. Era de satisfacción, pero no parecía en absoluto sorprendido. Era evidente que no esperaba nada más, ni nada mejor, de los chicos Lightwood.

—¿Pastelillos? —preguntó Tessa incrédula.

Se dibujó lentamente una sonrisa en la boca de Sophie. Estaba arrodillada delante de la chimenea, con un trapo y un cubo de agua jabonosa.

—Me podría haber caído muerta, de sorprendida que estaba —confirmó ésta—. Docenas de pastelillos. Bajo la cama, todos duros como piedras.

—¡Pues vaya! —exclamó Tessa; se sentó en el borde de la cama y echó las manos para apoyarse. Siempre que Sophie limpiaba en su habitación, Tessa tenía que contenerse para no correr a ayudar a la otra chica con el trapo del polvo o la caja de las yescas. Lo había intentado algunas veces, pero después de que Sophie hubiera rechazado su ayuda, con amabilidad y firmeza, por cuarta vez, Tessa se había rendido.

—¿Y te enfadaste? —preguntó Tessa.

—¡Claro que sí! Cargándome con todo ese trabajo extra, subir y bajar la escalera con los pastelillos, y luego para que los escondiera así; no me sorprendería que acabáramos teniendo ratas este otoño.

Tessa asintió, reconociendo el peligro de los roedores.

—Pero ¿no es un poco halagador que llegara a hacer todo eso sólo para verte?

Sophie enderezó la espalda.

—No es halagador. No piensa. Es un cazador de sombras y yo soy mundana. No puedo esperar nada de él. En el mejor de los casos, podría ofrecerme ser su querida mientras se casa con una de las suyas.

A Tessa se le hizo un nudo en la garganta al recordar a Will en el tejado, ofreciéndole justo eso, ofreciéndole la vergüenza y la perdición, y lo humillada que se había sentido, lo barata. Había sido mentira, pero el recuerdo aún le dolía.

—No —continuó Sophie, mirándose las manos rojas y callosas—. Es mejor que ni lo piense. De esa manera no habrá decepciones.

—Creo que los Lightwood son mejor que eso —le confesó Tessa.

Sophie se apartó el cabello de la cara; los dedos le rozaron la cicatriz que le surcaba la mejilla.

—A veces pienso que no hay mejores hombres que eso.

Ni Gideon ni Gabriel hablaron mientras el carruaje traqueteaba por las calles del West End camino del Instituto. Estaba lloviendo y la lluvia golpeaba con tal fuerza el carruaje que Gabriel dudaba de que alguien lo oyera si decía algo.

Gideon se estaba contemplando los zapatos, y no alzó la mirada al llegar al Instituto. Cuando el edificio se hizo visible entre la lluvia, el Cónsul estiró el brazo por delante de Gabriel y abrió la puerta para que salieran.

—Confío en vosotros, chicos —dijo—. Ahora id y haced que Charlotte confíe también en vosotros. Y no habléis a nadie de nuestra charla. Esta tarde la habéis pasado con los Hermanos.

Gideon bajó del carruaje sin decir nada, y Gabriel le siguió. El landó dio la vuelta y desapareció en la gris tarde londinense. El cielo estaba negro y amarillo, las gotas de lluvia tan pesadas como balines de plomo. La niebla tan densa que Gabriel casi ni podía ver la verja del Instituto, que se cerraba detrás del carruaje. Y sin duda no vio las manos de su hermano, que lo agarraron por el cuello de la chaqueta y lo arrastraron hacia un lado del edificio.

Casi se cayó cuando Gideon lo empujó contra uno de los muros de piedra de la antigua iglesia. Se hallaban cerca de los establos, medio ocultos por los contrafuertes, pero no protegidos del aguacero. Frías gotas impactaban en la cabeza y el cuello de Gabriel, y se le deslizaban por dentro de la camisa.

—Gideon... —protestó, resbalando sobre las losas embarradas.

—No hagas ruido. —Los ojos de su hermano se veían enormes y grises bajo la tenue luz, con sólo un toque de verde.

—Tienes razón. —Gabriel bajó la voz—. Deberíamos organizar nuestra historia. Cuando nos pregunten qué hemos hecho esta tarde, debemos estar totalmente de acuerdo en la respuesta, o no será creíble...

—He dicho que no hagas ruido. —Gideon empujó a su hermano contra la pared, con fuerza suficiente para que éste lanzara un grito ahogado—. No vamos a explicarle a Charlotte nuestra conversación con el Cónsul, pero tampoco vamos a espiarla. Gabriel, eres mi hermano y te quiero. Haría cualquier cosa por protegerte, pero no venderé tu alma ni la mía.

Gabriel miró a su hermano. La lluvia le había empapado el cabello y se le colaba por el cuello del abrigo.

—Podríamos morir en las calles si nos negamos a hacer lo que quiere el Cónsul.

—No voy a mentirle a Charlotte —afirmó Gideon.

—Gideon...

—¿Has visto la expresión en el rostro del Cónsul? —lo interrumpió éste—. ¿Cuando hemos accedido a espiar para él, a traicionar la generosidad de quien nos acoge? No se ha sorprendido en absoluto. No ha dudado de nosotros ni un instante. De los Lightwood sólo espera traición. Ése es nuestro derecho de nacimiento. —Le apretó más el brazo—. Tenemos honor, somos nefilim. Si nos quita eso, entonces no tendremos nada.

—¿Por qué? —preguntó Gabriel—. ¿Por qué estás tan seguro de que el bando de Charlotte es el bueno?

—Porque nuestro padre no estaba en él —respondió Gideon—. Porque conozco a Charlotte. Porque he vivido con esta gente durante meses y son buenos. Porque Charlotte Branwell siempre ha sido muy amable conmigo. Y porque Sophie la adora.

—Y tú adoras a Sophie.

Gideon tensó la boca.

—Es una mundana y una criada —repuso Gabriel—. No sé qué esperas que salga de todo esto, Gideon.

—Nada —replicó éste con aspereza—. No espero nada. Pero que tú creas que espero algo muestra que nuestro padre nos ha enseñado a creer que sólo debemos obrar bien si con ello conseguimos alguna recompensa. No traicionaré la palabra que le di a Charlotte; ésta es la situación, Gabriel. Si no quieres ser parte de esto, te enviaré a vivir con Tatiana y los Blackthorn. Estoy seguro de que te acogerán. Pero no pienso mentir a Charlotte.

—Sí, sí que lo harás —lo contradujo Gabriel—. Ambos vamos a mentir a Charlotte. Pero también vamos a mentir al Cónsul.

Gideon entrecerró los ojos. De las pestañas le caían gotas de lluvia.

—¿Qué quieres decir?

—Haremos lo que nos ha dicho el Cónsul y leeremos la correspondencia de Charlotte. Luego le informaremos, pero los informes serán falsos.

—Si vamos a darle informes falsos, entonces ¿para qué leer la correspondencia?

—Para saber qué no decir —contestó Gabriel. Notaba el agua en la boca; sabía como si hubiera caído del tejado del Instituto, amarga y sucia—. Para evitar decirle la verdad accidentalmente.

—Si nos descubren, nos enfrentamos a las más severas consecuencias.

Gabriel escupió agua.

—Entonces, tú dirás: ¿nos arriesgaremos a esas consecuencias por los ocupantes del Instituto o no? Porque... hago esto por ti, y porque...

—¿Por qué?

—Porque me equivoqué. Me equivoqué con nuestro padre. Le creí y no debería haberlo hecho. — Gabriel respiró hondo—. Me equivoqué, y busco remediarlo, y si debo pagar algún precio, lo pagaré. Gideon lo miró durante un buen rato.

—¿Era éste tu plan desde el principio? ¿Cuando has accedido a las exigencias del Cónsul, en las Argent Rooms, era éste tu plan?

Gabriel apartó la mirada de su hermano, y miró el patio mojado. En su cabeza los veía a los dos, mucho más jóvenes, donde el Támesis pasaba por el borde de la propiedad, y Gideon le enseñaba los senderos practicables que surcaban el terreno pantanoso. Su hermano siempre había sido el que le había enseñado los caminos seguros. Hubo un tiempo en que habían confiado plenamente el uno en el otro, y no sabía cuándo había acabado eso, pero el corazón le dolía por esa pérdida más que por la de su padre.

—¿Me creerías —preguntó con amargura— si te dijera que sí? Porque es la verdad.

Gideon se quedó inmóvil durante mucho rato. Luego Gabriel se vio propulsado hacia adelante; su rostro se hundió en la lana mojada del abrigo de Gideon cuando éste lo abrazó con fuerza.

—Muy bien, hermanito. Todo saldrá bien —le susurró mientras le mecía bajo la lluvia.

Para: Miembros del Consejo

De: Cónsul Josiah Wayland

Muy bien, caballeros. En ese caso, sólo les pido paciencia y que no actúen precipitadamente. Si quieren pruebas, yo se las mostraré.

Les escribiré pronto sobre este asunto.

En el nombre de Raziel y en defensa de su honor,

Cónsul Josiah Wayland

OSARÍA DESEAR

Si el pasado año se me ofreciera de nuevo,
y entre el bien y el mal se me diera a elegir,
¿aceptaría el placer con el dolor
u osaría desear no habernos conocido?

ISABELLA AUGUSTA, LADY GREGORY, «Si el pasado año se me ofreciera de nuevo»

Para: Cónsul Wayland

De: Gabriel y Gideon Lightwood

Apreciado señor:

Le agradecemos que nos haya asignado la tarea de observar el comportamiento de la señora Branwell. Las mujeres, como sabemos, necesitan que se las vigile de cerca para que no se salgan del camino recto. Lamentamos comunicarle que tenemos sorprendentes noticias de las que informar.

La obligación principal de una mujer es el gobierno de su casa, y una de sus mejores virtudes es la frugalidad. Sin embargo, la señora Branwell parece adicta a los gastos y lo único que le importa es la vulgar exhibición.

Aunque pueda vestir con sencillez cuando se la visita, nos entristece informar que en sus horas de ocio se atavía con las sedas más finas y las joyas más costosas. Usted nos pidió que lo hiciéramos, y aunque no nos agrada invadir la intimidad de una dama, lo hicimos. Le copiaríamos los detalles de la carta a su modista, pero tememos que usted se escandalizaría. Baste con decir que el dinero entregado rivaliza con el ingreso anual de una gran heredad o de un pequeño país. No llegamos a comprender cómo una mujer tan menuda necesita tantos sombreros. No parece probable que esconda cabezas adicionales en su persona.

Somos demasiado caballerosos para hablar sobre el vestuario de una dama, excepto por el efecto que tiene sobre sus obligaciones. Escatima en las necesidades de la casa hasta extremos inimaginables. Todas las noches nos sentamos para cenar gachas mientras ella se sienta cargada de gemas y fruslerías. Como bien puede pensar, ésta no es una ración de combate para los valientes cazadores de sombras. Nos sentimos tan débiles que casi nos derrota un demonio Behemoth el martes pasado, y esas criaturas están compuestas principalmente de sustancias viscosas. Alimentados de forma correcta, cualquiera de nosotros sería capaz de aplastar con el talón una docena de demonios Behemoth a la vez.

Esperamos que usted sea capaz de prestarnos ayuda en este asunto, y que el desembolso que la señora Branwell realiza en sombreros y en otros artículos de lencería femenina que nuestra delicadeza nos impide mencionar, se compruebe.

Atentamente suyos,

Gideon y Gabriel Lightwood

—¿Qué es una fruslería? —preguntó Gabriel mientras contemplaba con aspecto de lechuza la epístola que acababa de ayudar a redactar. En realidad, Gideon había dictado la mayor parte; Gabriel se había limitado a mover la pluma sobre el papel. Estaba comenzando a sospechar que tras el aspecto severo de su hermano se ocultaba un genio cómico.

Gideon agitó una mano indolente.

—No importa. Sella el sobre y se lo daremos a Cyril para que salga con el correo de la mañana.

Habían pasado varios días desde la batalla con el gusano, y Cecily volvía a estar en la sala de entrenamiento. Estaba comenzando a preguntarse si debería facilitarse la vida y trasladar su cama y otros muebles a ese espacio, ya que parecía pasar ahí la mayor parte del tiempo. El dormitorio que Charlotte le había asignado estaba casi despojado de decoración o de cualquier cosa que pudiera recordarle su hogar. Y ella no se había llevado casi nada personal de Gales, porque no había planeado quedarse por mucho tiempo.

Al menos ahí, en la sala de armas, se sentía segura. Quizá porque no había ninguna sala igual donde ella había crecido; era un lugar que ni pintado para los cazadores de sombras. Nada en ella le podía producir añoranza. Las paredes estaban cubiertas por docenas de armas. Su primera lección con Will, cuando él aún estaba furioso porque ella estuviera allí, había consistido en memorizar todos los nombres y lo que hacían. Katanas de Japón, espadones de doble mano, misericordias de hoja muy fina,

estrellas matutinas y mazas, curvados sables turcos, ballestas, hondas y pequeñas flautas que lanzaban dardos envenenados. Le recordaba escupiéndole las palabras como si fueran veneno.

«Enfádate tanto como quieras, hermano mayor —había pensado ella—. Puedo fingir que deseo ser una cazadora de sombras, porque eso no te deja más elección que aguantarme aquí. Pero te mostraré que esta gente no es tu familia. Te llevaré a casa».

Descolgó una espada de la pared y la sostuvo con cuidado en las manos. Will le había explicado que el modo de sujetar un espadón de dos manos era justo por debajo de la caja torácica, apuntando directo hacia afuera. Las piernas debían equilibrar el peso repartido por igual, y la espada debía blandirse desde los hombros, no los brazos, para poner toda la fuerza en el golpe mortal.

«Un golpe mortal». Llevaba muchos años enfadada con su hermano por abandonarlos para unirse a los cazadores de sombras de Londres, por entregarse a lo que su madre había calificado como una vida de irracional asesinato, armas, sangre y muerte. ¿Qué le faltaba en las verdes montañas de Gales? ¿De qué carecía su familia? ¿Por qué dar la espalda al más azul de los mares, por algo tan vacío como aquello? Y, sin embargo, ahí estaba ella, prefiriendo pasar el rato sola en la sala de entrenamiento con una silenciosa colección de armas. El peso de la espada en las manos le resultaba reconfortante, casi como si sirviera de barrera entre ella y sus sentimientos.

Will y ella habían estado rondando por la ciudad unas noches atrás, de fumaderos de opio a garitos de juego o guaridas de ifrits, una mancha de color, olores y luz. No era que él se hubiera comportado de un modo muy amistoso, pero Cecily sabía que, para Will, permitirle acompañarlo en una misión tan delicada había sido todo un gesto.

Esa noche, Cecily había disfrutado de su compañerismo. Había sido como recuperar a su hermano. Pero a lo largo de la noche, Will cada vez había hablado menos, y al regresar al Instituto, se había alejado, con el claro deseo de quedarse solo, y la había dejado con nada que hacer excepto regresar a su dormitorio y quedarse tumbada despierta, mirando al techo, hasta la llegada del alba.

De algún modo, había pensado mientras planeaba ir al Instituto que los lazos que unían a Will con éste no podían ser tan fuertes. Su cariño por esa gente no sería tan grande como el cariño por su familia. Pero a lo largo de la noche, cuando ella había sido testigo de su esperanza y luego de su decepción en cada nuevo establecimiento al preguntar por el *yin fen* sólo para que les informaran de que no había, Cecily había comprendido (oh, se lo habían dicho antes, lo había sabido antes, pero eso no era lo mismo que comprenderlo) que los lazos que lo ligaban al Instituto eran tan fuertes como cualquier lazo de sangre.

Estaba cansada, y aunque cogía la espada como Will le había enseñado, con la mano derecha bajo el guardamano y la mano izquierda en el pomo, se le escapó, se le cayó hacia adelante y se le clavó de punta en el suelo.

—¡Oh, vaya! —exclamó una voz desde la puerta—. Me temo que a ese esfuerzo sólo le puedo dar un tres. Quizá un cuatro, si estuviera inclinado a darle puntos extras por practicar con la espada en vestido de tarde.

Cecily, que no se había molestado en cambiarse, echó la cabeza hacia atrás y miró fijamente a Gabriel Lightwood, que había aparecido en el umbral como una especie de diablillo perverso.

—Quizá no esté interesada en su opinión, señor.

—Quizá. —Éste dio un paso dentro de la sala—. El Ángel sabe que su hermano nunca lo ha estado.

—En eso estamos de acuerdo —comentó Cecily y desclavó la espada del suelo.

—Pero no en mucho más. —Gabriel se puso detrás de ella. Ambos se reflejaban en los espejos; Gabriel era un palmo más alto que ella, que podía verle la cabeza por encima de su hombro. Tenía uno de esos raros rostros de huesos afilados: atractivo desde algunos ángulos, y peculiar e interesante desde otros. Lucía una pequeña cicatriz blanca en la barbilla, como si le hubieran arañado ahí con una hoja fina—.

¿Le gustaría que le mostrara la manera adecuada de sujetar la espada?

—Si debe hacerlo...

Él no contestó, pero la rodeó con los brazos y le ajustó las manos sobre el pomo.

—Nunca debe sujetar la espada con la punta hacia abajo —explicó—. Sujétela así, con la punta hacia fuera, para que si su oponente carga contra usted, se ensarte en la hoja.

Cecily cogió el arma según le decía. La cabeza le iba a toda velocidad. Durante mucho tiempo había pensado que los cazadores de sombras eran monstruos, monstruos que habían raptado a su hermano, y que ella era una heroína que no había dudado en cabalgar para rescatarlo, aunque él no supiera que necesitara ser rescatado. Le había resultado raro, pero se había ido dando cuenta de lo humanos que eran. Notaba el calor que emanaba del cuerpo de Gabriel, su aliento sobre su cabello, y oh, qué raro era ser consciente de tantas cosas sobre otra persona: cómo lo notaba, el roce de su piel, su olor...

—Vi cómo luchó en Lightwood House —murmuró Gabriel Lightwood. Sus callosas manos le rozaron los dedos, y Cecily trató de contener un leve estremecimiento.

—¿Mal? —preguntó ella, intentando ser irónica.

—Con pasión. Hay quienes luchan porque es su obligación, y quienes luchan porque les gusta. A usted le gusta.

—Yo no... —comenzó a decir Cecily, pero se interrumpió cuando la puerta de la sala se abrió dando un fuerte golpe.

Era Will, que llenaba el hueco de la puerta con los anchos hombros y el cuerpo larguirucho. La mirada de sus ojos azules presagiaba tormenta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber.

En eso quedaba la paz que habían logrado la noche anterior.

—Estoy practicando —contestó Cecily—. Me dijiste que no mejoraría sin practicar.

—Tú, no. Gabriel Lightworm. —Will apuntó con la barbilla al otro chico—. Perdón, Lightwood.

Gabriel apartó lentamente los brazos, con los que rodeaba a Cecily.

—Quien haya estado entrenando a tu hermana en el uso de la espada le ha contagiado muchos malos hábitos. Sólo trataba de ayudarla.

—Le he dicho que podía hacerlo —repuso Cecily; no tenía ni idea de por qué estaba defendiendo a Gabriel, excepto porque suponía que eso molestaría a su hermano.

Y así fue. Él entrecerró los ojos.

—¿Y te ha dicho que lleva años tratando de vengarse de mí por lo que él consideró un insulto a su hermana? ¿Y qué mejor forma que por medio de ti?

Cecily volvió la cabeza de golpe para mirar a Gabriel, que mostraba en su expresión una mezcla de enfado y desafío.

—¿Es eso cierto? —le preguntó ella.

Gabriel no le contestó a ella sino a Will.

—Si vamos a vivir en la misma casa, Herondale, entonces tendremos que aprender a tratarnos con cordialidad. ¿No estás de acuerdo?

—Mientras te pueda romper el brazo con la misma facilidad con la que te miro, no estaré de acuerdo.

—Will descolgó un florete de la pared—. Y ahora, sal de aquí, Gabriel. Deja en paz a mi hermana.

Con una mirada de desprecio, Gabriel pasó junto a Will y salió de la estancia.

—¿Era eso absolutamente necesario, Will? —le preguntó Cecily en cuanto se cerró la puerta.

—Conozco a Gabriel Lightwood y tú no. Te sugiero que me dejes a mí juzgar su carácter. Desea utilizarte para herirme...

—¿De verdad no puedes imaginar que tenga algún motivo que no seas tú?

—Lo conozco —repitió Will—. Ha demostrado ser un mentiroso y un traidor...

—La gente cambia.

—No tanto.

—Tú lo has hecho —replicó Cecily mientras cruzaba la sala y dejaba caer el espadón sobre un banco, lo que provocó un gran estruendo.

—Tú también —repuso Will, sorprendiéndola. Ella se volvió hacia él.

—¿He cambiado? ¿Cómo he cambiado?

—Cuando llegaste aquí —contestó Will—, hablabas sin parar sobre hacerme volver a casa. No te gustaba entrenar. Fingías que sí, pero yo lo veía. Luego dejaste lo de «Will, debes volver a casa», y comenzó a ser «Will, escribe una carta». Y empezaste a disfrutar del entrenamiento. Gabriel Lightwood es un canalla, pero tenía razón en una cosa: disfrutaste luchando contra el gran gusano en Lightwood House. La sangre de cazador de sombras es como pólvora en tus venas, Cecy. Una vez encendida, no es fácil de apagar. Si permaneces aquí más tiempo, hay muchas posibilidades de que acabes como yo, demasiado atrapada para marcharte.

Cecily le miró de reojo. Él llevaba el cuello de la camisa abierto, y algo escarlata le parpadeaba en el hueco del cuello.

—¿Acaso llevas un collar de mujer, Will?

Él se llevó una mano al cuello con una mirada sorprendida, pero antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de nuevo y entró Sophie, con una expresión de inquietud en su rostro marcado.

—Señorito Will, señorita Herondale —dijo—. Los he venido a buscar. Charlotte ha pedido que se reúnan todos en el salón inmediatamente; es un asunto de cierta urgencia.

Cecily siempre había sido una niña un poco solitaria. Resultaba difícil no serlo teniendo a los hermanos mayores muertos o desaparecidos, y sin nadie de la misma edad cerca a quien los padres considerasen una compañía adecuada. Había aprendido a entretenerse sola con sus observaciones sobre la gente, que no compartía sino que guardaba para poder recordarlas más tarde y analizarlas en soledad.

Las costumbres de toda una vida no se perdían con facilidad, y aunque Cecily ya no estaba sola, desde que había llegado al Instituto ocho semanas antes, había convertido a sus habitantes en el objeto de su detallado estudio. Eran cazadores de sombras, después de todo; al principio, el enemigo, y luego, cuando cada vez más ésa había dejado de ser su opinión, simplemente un objeto de fascinación.

En ese momento, los examinaba mientras entraba en el salón junto a Will. Primero estaba Charlotte, sentada ante su escritorio. Cecily no hacía mucho que la conocía, y sin embargo, sabía que era la clase de mujer que mantenía la calma en momentos de presión. Era muy menuda, pero fuerte, un poco como la madre de Cecily, aunque con menos tendencia a mascullar en galés.

Luego estaba Henry. Tal vez hubiera sido él el primero en convencer a Cecily de que, aunque los cazadores de sombras fueran diferentes, no eran peligrosamente extraños. No había nada en él que pudiera asustar, todo piernas y ángulos mientras se apoyaba en el escritorio de Charlotte.

Luego pasó la mirada sobre Gideon Lightwood, más bajo y robusto que su hermano; Gideon, cuyos ojos verde grisáceo solían seguir a Sophie por el Instituto como un esperanzado perrito faldero. Se preguntó si los demás del Instituto se habrían fijado en su cariño hacia la criada, y lo que la propia Sophie pensaría de ello.

Y luego estaba Gabriel. Las ideas de Cecily respecto a él eran confusas. Tenía los ojos brillantes, el cuerpo tenso como un muelle, apoyado contra el sillón donde estaba su hermano. En el sofá de terciopelo oscuro frente a los Lightwood se sentaba Jem, con Tessa a su lado. Él había mirado al abrirse la puerta, como siempre hacía, y parecía que se le hubiera iluminado el semblante al ver a Will. Era una cualidad peculiar de ambos, y Cecily se preguntó si sería igual para todos los *parabatai*, o si eran un caso único. En cualquier caso, debía de ser terrible estar tan ligado a otra persona, sobre todo a una tan frágil como Jem.

Mientras los observaba, Tessa puso la mano sobre la de Jem, y le dijo algo por lo bajo que lo hizo sonreír. Tessa miró rápidamente a Will, pero éste se limitó a cruzar la sala, como hacía siempre, para apoyarse en la repisa de la chimenea. Cecily nunca había sido capaz de decidir si lo hacía porque siempre tenía frío o porque pensaba que se veía deslumbrante ante las chisporroteantes llamas.

«Debes de avergonzarte de tu hermano, que alberga sentimientos ilícitos hacia la prometida de su *parabatai*», le había dicho Will. De haber sido cualquier otra persona, Cecily le habría dicho que no tenía sentido guardar secretos. Finalmente, la verdad saldría a la luz. Pero en el caso de Will, no estaba tan segura. A su favor tenía la práctica de años ocultando y fingiendo. Era un actor consumado. De no

haber sido su hermana, de no haberle visto el rostro en el momento en que Jem no miraba, Cecily creía que ella tampoco se habría dado cuenta.

Y luego había la terrible verdad de que no tendría que ocultar su secreto para siempre. Sólo lo necesitaba esconder mientras Jem viviera. Si James Carstairs no fuera siempre tan amable y bien intencionado, pensó Cecily, tal vez lo habría odiado por su hermano. No sólo se iba a casar con la chica de la que Will estaba enamorado, sino que cuando muriera, se temía que éste nunca se recuperaría. Pero no se podía culpar a alguien por estar muriendo. Por irse a propósito, quizá, pero no por morir, ya que el poder sobre ese hecho estaba seguramente más allá de la capacidad de cualquier mortal.

—Me alegro de que estéis todos aquí —empezó Charlotte con una voz tensa que hizo que Cecily abandonara sus cavilaciones. La directora del Instituto miraba muy seria hacia la pulida bandeja que había sobre el escritorio, en la que había una carta abierta y un pequeño paquete envuelto con papel de cera—. He recibido una inquietante carta. Del Magíster.

—¿De Mortmain? —Tessa se inclinó hacia adelante, y el ángel mecánico que siempre llevaba al cuello colgó suelto, destellando bajo la luz del fuego—. ¿Te ha escrito a ti?

—No para preguntar por tu salud, es de presumir —dijo Will—. ¿Qué quiere?

Charlotte respiró hondo.

—Os voy a leer la carta.

Mi querida señora Branwell:

Perdóneme por molestarla en lo que debe de ser un momento alarmante en su hogar. Lamenté, aunque debo confesar que no me sorprendió, enterarme de la grave indisposición del señor Carstairs.

Creo que es usted conocedora de que soy el feliz poseedor de una gran (debería decir exclusivamente grande) porción de la medicina que el señor Carstairs requiere para continuar disfrutando de salud. Así pues, nos hallamos en una situación de lo más interesante, que estoy deseoso de resolver a satisfacción de ambos. Estaré encantado de realizar un intercambio. Si está dispuesta a confiar a la señorita Grey a mi cuidado, les proporcionaré una gran cantidad de *yin fen*.

Envío una muestra de mi buena voluntad. Por favor, hágame saber su decisión por escrito. Si dicen a mi autómeta la secuencia correcta de números que están escritos al final de esta carta, estoy seguro de que la recibiré.

Atentamente suyo,

Axel Mortmain

—Esto es todo —concluyó Charlotte mientras doblaba la carta por la mitad y la volvía a dejar sobre la bandeja—. Hay instrucciones para llamar al autómeta al que desea que le confiemos la respuesta, y están los números de los que habla, pero no aportan ninguna pista sobre su localización.

Se hizo un silencio de estupefacción. Cecily, que se había sentado en un pequeño sillón floreado, miró a Will y lo vio apartar rápidamente la mirada para ocultar su expresión. Jem palideció, y su rostro se volvió del color de la ceniza, y Tessa... Tessa siguió sentada muy quieta, mientras la luz del fuego le lanzaba sombras sobre el rostro.

—Mortmain me quiere a mí —dijo ésta finalmente, rompiendo el silencio—. A cambio del *yin fen* de Jem.

—Es ridículo —exclamó su prometido—. Inaceptable. Deberíamos entregar la carta a la Clave para ver si ellos pueden discernir algo sobre su paradero por medio de ella, pero eso es todo.

—No podrán localizarle —repuso Will a media voz—. Una y otra vez, el Magíster ha demostrado ser demasiado listo para eso.

—Eso no es ser listo —replicó Jem—, es la forma más baja de chantaje.

—No digo que no —dijo Will—. Lo que digo es que aceptemos el paquete como una bendición, un puñado más de *yin fen* que te ayudará, y que no hagamos caso del resto.

—Mortmain ha escrito la carta sobre mí —dijo Tessa, interrumpiéndolos a ambos—. La decisión debería ser mía. —Se inclinó hacia Charlotte—. Iré.

Se hizo otro pesado silencio. La directora tenía mala cara; Cecily notó sus propias manos resbaladizas de sudor mientras las retorció sobre el regazo. Los hermanos Lightwood parecían increíblemente incómodos; Gabriel daba la sensación de desear estar en cualquier otro lugar menos ahí. Cecily no

podía culparle. La tensión entre Will, Jem y Tessa era como un barril de pólvora que sólo necesitaba una cerilla para estallar y enviarlos a todos al más allá.

—No —repuso Jem finalmente, mientras se ponía en pie—. Tessa, no puedes ir.

Ella siguió su ejemplo y también se puso en pie.

—Sí puedo. Eres mi prometido. No puedo permitir que mueras cuando podría ayudarte, y Mortmain no pretende hacerme ningún daño físico...

—¡No sabemos lo que pretende! ¡No podemos confiar en él! —exclamó Will de repente, y luego bajó la cabeza, mientras se aferraba a la repisa con tanta fuerza que los dedos se le pusieron blancos. Cecily notó que se estaba obligando a permanecer en silencio.

—Si Mortmain te quisiera a ti, irías —dijo Tessa, mientras le lanzaba al hermano de Cecily una mirada cargada de significado que no dejaba espacio a la contradicción. Will se encogió al oírla.

—No —intervino Jem—. Se lo prohibiría a él también.

Tessa se volvió hacia Jem con la primera expresión de enfado hacia él que Cecily había visto jamás en su rostro.

—No puedes prohibírmelo, como tampoco a Will...

—Sí puedo —aseguró Jem—. Por una sencilla razón. La droga no es una cura, Tessa. Sólo me alarga la vida. No permitiré que tires tu vida por la borda sólo por un resto de la mía. Si te vas con Mortmain, será en balde. Seguiré sin tomarme la droga.

Will alzó la cabeza.

—James...

Pero Tessa y Jem se estaban mirando fijamente a los ojos.

—No harás eso —susurró Tessa—. No me insultarás tirándome a la cara el sacrificio que haría por ti.

Jem cruzó la sala y cogió el paquete, y la carta, del escritorio de Charlotte.

—Prefiero insultarte que perderte —repuso él, y antes de que nadie pudiera moverse para detenerlo, tiró ambas cosas al fuego.

La sala estalló en gritos. Henry corrió hacia adelante, pero Will ya estaba arrodillado ante la chimenea y metía ambas manos en el fuego.

Cecily saltó de su silla.

—¡Will! —gritó, y corrió hacia su hermano. Lo cogió por los hombros y lo apartó del fuego. Él se fue hacia atrás, y el paquete, aún ardiendo, se le cayó de las manos. Gideon llegó allí al instante, y apagó las pequeñas llamas, con lo que dejó un revoltijo de papel quemado y polvo plateado en el suelo.

Cecily miró hacia el fuego. La carta con las instrucciones para convocar al autómatas de Mortmain había desaparecido, reducida a cenizas.

—Will —dijo Jem. Parecía a punto de vomitar. Cayó de rodillas cerca de Cecily, que aún agarraba a su hermano por los hombros, y sacó una estela de la chaqueta. Will tenía las manos encarnadas, de un blanco lívido del que ya empezaban a surgir ampollas, y manchadas de hollín. Cecily oía su respiración, áspera y punzante; gemidos de dolor, que sonaban igual que cuando se había caído del tejado de su casa a los nueve años y se había roto los huesos del brazo izquierdo.

—*Byddwch yn iawn, Will* —le aseguró ella mientras Jem le aplicaba la estela en el antebrazo y dibujaba con rapidez—. Te pondrás bien.

—Will —dijo Jem a media voz—. Will, lo siento mucho. Lo siento mucho, Will...

La angustiada respiración de su *parabatai* se iba calmando mientras el *iratze* hacía efecto, su piel fue palideciendo hasta recuperar su color normal.

—Aún queda algo de *yin fen* para guardar —repuso Will y se dejó caer hacia atrás sobre Cecily. Olía a humo y hierro. Ella notaba cómo le latía el corazón a través de la espalda—. Mejor lo recogemos antes de que nada más...

—Toma. —Era Tessa, que se arrodillaba; Cecily fue más o menos consciente de que los otros estaban de pie, Charlotte con una mano sobre la boca por la impresión. Tessa tenía un pañuelo en la mano derecha, en el que quizá hubiera un puñado de *yin fen*, todo lo que Will había salvado del fuego—.

Coge esto —indicó, y se lo puso a Jem en la mano libre, la que no empuñaba la estela. Él pareció estar a punto de decirle algo, pero ella ya se había incorporado. Totalmente destrozado, la observó salir de la sala.

—Oh, Will, ¿qué vamos a hacer contigo?

Éste se hallaba sentado, con cierta sensación de incongruencia, en el sillón floreado del salón, mientras dejaba que Charlotte, sentada en un pequeño taburete ante él, le extendiera pomada por las manos. Después de tres *iratzes*, ya no le dolían mucho, y habían recuperado su color normal, pero Charlotte había insistido en curárselas igualmente.

Los otros, menos Cecily y Jem, se habían ido; la chica estaba sentada junto a él, sobre el brazo del sillón, y Jem se hallaba arrodillado sobre la alfombra quemada, con la estela en la mano, sin tocar a Will, pero cerca de él. Se habían negado a marcharse, incluso después de que los otros hubieran ido saliendo y Charlotte hubiera enviado a Henry de vuelta al sótano a trabajar. Después de todo, no había nada más que hacer. Las instrucciones para contactar con Mortmain habían sido destruidas, reducidas a cenizas, y no había ninguna decisión que tomar.

Charlotte había insistido en que Will se quedara para ponerle pomada en las manos, Y Cecily y Jem se habían negado a marcharse. Y Will tenía que admitir que le gustaba tener a su hermana allí, sentada en el brazo de su sillón; le gustaban las feroces miradas protectoras que lanzaba a cualquiera que se le acercara, incluso a Charlotte, dulce e inofensiva, con su pomada y sus maternales cuidados. Y Jem, a sus pies, un poco apoyado contra su sillón, como había hecho tantas veces cuando curaban a Will con vendas o *iratzes* de las heridas que había recibido en alguna batalla.

—¿Recuerdas la vez que Meliorn intentó saltarte los dientes por llamarle holgazán de orejas puntiagudas? —preguntó Jem. Había tomado un poco del *yin fen* que Mortmain había enviado, y volvía a tener color en las mejillas.

Will sonrió, a pesar de todo; no pudo evitarlo. Había sido lo que en los últimos años le había hecho sentirse afortunado: tenía alguien en su vida que lo conocía, que sabía lo que pensaba antes de que dijera algo.

—Habría sido yo quien le hubiese saltado los dientes de vuelta —contestó—, pero cuando fui a buscarle, había emigrado a América. Para escapar de mi ira, sin duda.

—Hum —exclamó Charlotte, como siempre hacía cuando pensaba que Will se estaba dando aires—. Por lo que sé, tenía demasiados enemigos en Londres.

—*Dydw I ddim yn gwybod pwy yw unrhye un o'r bobl yr ydych yn siarad amdano* —dijo Cecily quejosa.

—Puede que tú no sepas de quién estamos hablando, pero nadie más sabe lo que estás diciendo —le recordó Will, aunque no había desaprobación en su tono. Oía el cansancio en su propia voz. La falta de sueño de la noche anterior se estaba cobrando su precio—. No hables en galés, Cecy.

Charlotte se levantó, fue hasta el escritorio y dejó el tarro de pomada encima. Cecily le tiró a Will de un rizo.

—Déjame verte las manos.

Él las alzó. Recordaba el fuego, la ardiente agonía y, sobre todo, la cara de Tessa. Sabía que ella entendería por qué había hecho lo que había hecho, por qué no lo había pensado dos veces, pero la mirada en sus ojos... como si se le rompiera el corazón por él.

Sólo deseaba que ella estuviera aún allí. Era agradable estar con Jem, Cecily y Charlotte, estar rodeado de su afecto, pero sin ella allí siempre faltaría algo, una parte con forma de Tessa arrancada de su corazón y que nunca recuperaría.

Cecily le tocó los dedos, que tenían ya un aspecto bastante normal, al margen del hollín bajo las uñas.

—Es sorprendente —comentó, y luego le palmeó las manos con cuidado de no llevarse la pomada—.

Will siempre ha tenido tendencia a hacerse daño —añadió en un tono cariñoso—. Ni puedo contar las veces que se rompió algo cuando éramos niños, y las rascadas, las cicatrices...

Jem se acercó más a la silla y miró al fuego.

—Ojalá fueran mis manos —dijo.

Will negó con la cabeza. El agotamiento le estaba difuminando el contorno de todo lo que había en la sala; las flores del papel de pared se habían convertido en una indistinta masa de color.

—No. Tus manos no. Necesitas las manos para el violín. ¿Para qué necesito yo las mías?

—Debería haber sabido lo que ibas a hacer —continuó Jem en voz baja—. Siempre sé lo que vas a hacer. Debería haber sabido que meterías las manos en el fuego.

—Y yo debería haber sabido que tirarías el paquete a él —repuso Will sin rencor—. Ha sido... ha sido algo muy noble. Entiendo por qué lo has hecho.

—Estaba pensando en Tessa. —Jem dobló las rodillas y apoyó la barbilla sobre ellas, luego rió suavemente—. Locamente noble. ¿No se supone que eres experto en esa área? De repente, yo soy el que hace cosas ridículas y ¿tú me dices que pare?

—¡Dios! —exclamó Will—. ¿Cuándo nos hemos intercambiado?

La luz del fuego creaba reflejos sobre el rostro y el cabello de Jem cuando éste negó con la cabeza.

—Estar enamorado es algo muy extraño —contestó—. Te cambia.

Will miró a Jem, y lo que sintió, más que celos, más que cualquier otra cosa, fue un extraño deseo de compadecer a su mejor amigo, de hablar de los sentimientos que albergaba en su corazón. Porque ¿no eran los mismos sentimientos? ¿No amaban de la misma manera, a la misma persona? Pero...

—Desearía que no te arriesgaras —fue todo lo que dijo.

Jem se puso en pie.

—Siempre he pretendido eso de ti.

Will alzó los ojos, tan cargados de sueño y del cansancio que causaban las runas curativas que sólo podía ver a Jem como una silueta recortada contra un halo de luz.

—¿Te vas?

—Sí, a dormir. —Jem rozó con los dedos las manos de su *parabatai*—. Déjate descansar, Will.

A éste ya se le cerraban los ojos mientras su amigo se volvía para marcharse. No oyó la puerta cerrarse tras él. Desde algún punto del pasillo, Bridget cantaba, y su voz se alzaba sobre el crepitar del fuego.

Will no lo encontró tan molesto como acostumbraba, sino más bien como una nana que su madre le podría haber cantado, para hacerle dormir.

Oh, ¿qué brilla más que la luz? ¿Qué es más negro que la noche? ¿Qué es más afilado que una hacha? ¿Qué es más suave que la cera derretida? La verdad brilla más que la luz. La mentira es más negra que la noche. La venganza es más afilada que una hacha. Y el amor es más suave que la cera derretida.

—Una canción de adivinanzas —observó Cecily, con voz medio dormida, medio despierta—. Siempre me han gustado. ¿Recuerdas la que nos solía cantar mamá?

—Un poco —admitió Will. Si no hubiera estado tan cansado, quizá no lo habría admitido.

Su madre siempre cantaba, la música llenaba los rincones de la mansión; cantaba mientras caminaba junto a las aguas del estuario de Mawddach, o entre los narcisos del jardín. *Llawn yw'r coed o ddail a blode, llawn o goriad merch wyf inne.*

—¿Recuerdas el mar? —preguntó Will con un tono que dejaba traslucir su cansancio—. ¿El lago en Tal-y-Llyn? No hay nada tan azul en Londres como eso.

Oyó que Cecily tragaba aire.

—Claro que lo recuerdo. Pensaba que tú no.

Imágenes de sueños se dibujaron en los ojos medio cerrados de Will, con el sueño arrastrándolo como una corriente, apartándolo de la iluminada orilla.

—No creo que pueda levantarme de este sillón, Cecily —murmuró—. Dormiré aquí esta noche.

Ella alzó la mano, buscó la de él y se la cubrió.

—Entonces, me quedaré contigo —repuso, y su voz se convirtió en parte de la corriente de sueños que lo atraparón finalmente y lo arrastraron con ellos.

Para: Gabriel y Gideon Lightwood

De: Cónsul Josiah Wayland

Me sorprendió sobremanera recibir vuestra carta. No consigo entender cómo podría haberme expresado con mayor claridad. Deseo que me comunicuéis los detalles de la correspondencia de la señora con sus parientes y amigos de Idris. No pedí ninguna tontería sobre los sombreros de la dama. Ni me importa su forma de vestir ni las noticias del día a día.

Por favor, enviadme una carta que contenga información relevante. Espero fervientemente que tal carta también sea más digna de unos cazadores de sombras y menos de unos locos de atar.

En el nombre de Raziel,

Cónsul Wayland

ESE FUEGO DE FUEGOS

Lo llamáis esperanza, ¡ese fuego de fuegos! Pero no es más que la agonía del deseo.

EDGAR ALLAN POE, «Tamerlane»

Tessa estaba sentada ante el tocador, cepillándose mecánicamente el cabello. El aire exterior era templado y húmedo; parecía transportar el agua del Támesis y olía a hierro y ciudad sucia. Era la clase de tiempo que hacía que su cabello, espeso y ondulado, se le enredara en las puntas. Aunque no era que estuviera pensando en su cabello; cepillárselo era una simple acción repetitiva que le permitía conservar una especie de forzada calma.

Una y otra vez rememoraba la sorpresa de Jem cuando Charlotte leía la carta de Mortmain, y las manos quemadas de Will, y lo poco de *yin fen* que ella había conseguido recoger del suelo. Veía los brazos de Cecily rodeando a Will, y la angustia de su prometido mientras le pedía perdón a Will. «Lo siento, lo siento».

No había sido capaz de soportarlo. Ambos habían estado sufriendo una agonía, y ella los amaba a los dos. El dolor había sido por su culpa; era a ella a quien Mortmain quería. Ella era la causa por la que no había *yin fen* para Jem, y de la desesperación de Will. Cuando había salido corriendo de la sala, había sido porque no había podido soportarlo más. ¿Cómo tres personas que se querían tanto podían infligirse tanto daño?

Dejó el cepillo y se miró en el espejo. Se la veía cansada, con ojeras, igual que Will durante todo el día mientras estaba con ella en la biblioteca y ayudaba a Charlotte con los papeles de Benedict, traduciendo algunos de los pasajes que estaban en griego, latín o purgático, deslizándose la pluma con rapidez sobre el papel, con la oscura cabeza gacha. Era raro ver a Will bajo la luz del día y recordar al chico que la había abrazado en los escalones de la casa de Woolsey como si ella fuera un bote salvavidas en medio de una tormenta. La cara de día de Will no era alegre, pero tampoco franca o acogedora. No se había comportado de un modo antipático o frío, ni había alzado la vista para mirarla ni le había sonreído desde el otro lado de la mesa, pero tampoco había hecho nada que indicara que los acontecimientos de la noche anterior habían tenido lugar.

Ella había deseado llevarlo a un lado y preguntarle si había tenido noticias de Magnus, decirle: «Nadie entiende cómo te sientes excepto yo, y nadie comprende cómo me siento excepto tú, entonces ¿por qué no sentimos juntos?». Pero si Magnus se hubiera puesto en contacto con él, Will se lo habría dicho; era muy honesto. Todos eran honestos. Si no lo hubieran sido, pensó mientras se miraba las manos, quizá todo no sería tan terrible.

Había sido estúpido ofrecerse a irse con Mortmain; eso lo sabía, pero la idea se había apoderado de ella con tanta ferocidad como una pasión. No podía ser la causa de toda esa infelicidad y no hacer algo por aliviarla. Si ella se entregaba al Magíster, su prometido viviría más tiempo, y Jem y Will se tendrían el uno al otro, y sería como si ella nunca hubiera ido al Instituto.

Pero en ese momento, en las frías horas de la tarde, sabía que nada de lo que pudiera hacer haría retroceder el tiempo, o borrar los sentimientos que existían entre todos ellos. Se sentía vacía por dentro, como si le faltara un trozo y, sin embargo, también se sentía paralizada. En parte quería correr al lado de Will, para ver si se le habían curado las manos y para decirle que lo entendía. Pero después quería atravesar el pasillo para ir a la habitación de Jem y rogarle que la perdonara. Nunca antes se habían enfadado, y no sabía cómo comportarse ante un Jem furioso. ¿Querría romper el compromiso? ¿Le habría decepcionado? De algún modo, esa idea le resultaba asimismo insoportable.

Cric. Miró por la habitación; un leve ruido. ¿Se lo habría imaginado? Estaba cansada; tal vez ya fuera hora de llamar a Sophie para que la ayudara con el vestido, y luego debiera meterse en la cama con un libro. Tenía a medias *El Castillo de Otranto*, y lo encontraba una distracción excelente.

Se había levantado de la silla e iba a tocar la campana de los criados cuando volvió a oír el ruido. Un *cric, cric* contra la puerta del dormitorio. Con cierta inquietud, atravesó la sala y abrió la puerta.

Iglesia estaba acurrucado al otro lado, con el pelaje azul grisáceo erizado y la expresión furiosa. Alrededor del cuello llevaba un lazo de encaje plateado y, colgado del lazo, un trozo de papel enrollado. Tessa se arrodilló, cogió el lazo y lo desató. El lazo cayó e, inmediatamente, el gato salió disparado por el pasillo.

El papel se soltó del lazo, y Tessa lo cogió y lo desenrolló. Una caligrafía inclinada y conocida atravesaba la página.

Reúnete conmigo en la sala de música.

J.

—Aquí no hay nada —dijo Gabriel.

Gideon y él se hallaban en el salón, con las cortinas echadas; si no hubieran tenido sus luces mágicas, el espacio habría sido oscuro como boca de lobo. Gabriel revisaba rápidamente la correspondencia de Charlotte que había en el escritorio, por segunda vez.

—¿Qué quieres decir con *nada*? —preguntó su hermano pequeño, junto a la puerta—. Veo un montón de cartas ahí. Sin duda, alguna de ellas debe de ser...

—Nada escandaloso —le interrumpió Gabriel, mientras cerraba el cajón del escritorio—. Ni siquiera interesante. Correspondencia con un tío de Idris. Al parecer tiene gota.

—Fascinante —murmuró Gabriel.

—No puedo evitar preguntarme qué es exactamente en lo que el Cónsul piensa que está metida Charlotte. ¿Algún tipo de traición al Consejo? —Gabriel cogió un puñado de cartas e hizo una mueca—. Podríamos asegurarle su inocencia si supiéramos qué es lo que sospecha.

—Y si creyéramos que él quiere que le aseguren su inocencia —repuso Gideon—. Me parece más que espera poder pillarla en algo. —Tendió la mano—. Dame esa carta.

—¿La del tío? —Gabriel dudó, pero hizo lo que le decía. Alzó la luz mágica para iluminar el escritorio mientras su hermano se inclinaba y, después de apropiarse de una de las plumas de Charlotte, comenzaba a redactar una misiva para el Cónsul.

Gideon estaba soplando sobre la tinta para secarla cuando la puerta del salón se abrió de golpe. Se incorporó rápidamente. Un resplandor amarillo penetró en la sala, mucho más brillante que la tenue luz mágica; Gabriel, parpadeando, alzó la mano para protegerse los ojos. Debería haberse puesto una runa de Visión Nocturna, pensó, pero éstas tardaban en desdibujarse, y le había preocupado que alguien pudiera preguntarle algo.

En el instante que su visión tardó en adaptarse oyó una exclamación de su hermano, horrorizado.

—¿Sophie?

—Le he dicho que no me llame así, señor Lightwood —repuso ella con frialdad. Gabriel recuperó la visión y vio a la sirvienta en el hueco de la puerta, con una lámpara encendida en la mano. Guiñaba los ojos. Aún los entrecerró más cuando cayeron sobre Gabriel, que tenía las cartas de Charlotte en la mano.

—¿Están ustedes...? ¿Es ésta la correspondencia de la señora Branwell?

Como un resorte, Gabriel dejó las cartas sobre la mesa.

—Yo... nosotros...

—¿Han estado leyendo sus cartas? —Sophie parecía furiosa, como una especie de ángel vengador, lámpara en mano. Gabriel miró a su hermano, pero éste parecía haberse quedado sin palabras.

Nunca en su vida recordaba Gabriel haber visto a su hermano mirar por segunda vez a una mujer, ni a la cazadora de sombras más bonita. No obstante, miraba a esa mundana de la cicatriz como si fuera el sol naciente. Era incomprensible, pero también innegable. Vio el horror en el rostro de Gideon al ver cómo se desvanecía la buena opinión que Sophie tenía de él.

—Sí —respondió Gabriel—. Sí, estamos revisando su correspondencia.

La chica dio un paso atrás.

—Iré a buscar a la señora Branwell ahora mismo...

—No... —Gabriel alzó la mano—. No es lo que usted cree. Espere. —Rápidamente le explicó por encima lo que había ocurrido: las amenazas del Cónsul, su exigencia de que espieran a Charlotte y su solución al problema—. Nunca hemos tenido intención de revelar ni una palabra de lo que realmente hay escrito —concluyó—. Pretendíamos protegerla.

La expresión suspicaz de Sophie no cambió.

—¿Y por qué debería creerme ni una sola palabra de todo eso, señor Lightwood?

—Señorita Collins —dijo Gideon, hablando por fin—. Por favor. Sé que desde el... desafortunado incidente... de los pastelillos he perdido su aprecio, pero, por favor, créame cuando le digo que nunca traicionaría la confianza que Charlotte ha puesto en mí, ni le pagaría su amabilidad con una deslealtad. Sophie vaciló durante un momento y luego bajó la mirada.

—Lo siento, señor Lightwood. Deseo creerle, pero mi lealtad es en primer lugar para la señora Branwell.

Gabriel cogió de la mesa la carta que su hermano acababa de redactar.

—Señorita Collins —dijo—. Por favor, lea esta carta. Es la que íbamos a enviar al Cónsul. Si, después de leerla, su corazón aún le dice que debe ir a buscar a la señora Branwell, entonces no la detendremos. Sophie pasó la mirada de Gabriel a Gideon. Luego, con una leve inclinación de asentimiento, se acercó y dejó la lámpara sobre la mesa. Cogió la carta de Gideon, la desdobló y la leyó en voz alta:

Para: Cónsul Josiah Wayland

De: Gideon y Gabriel Lightwood

Apreciado señor:

De nuevo ha demostrado su inmensa sabiduría al indicarnos que leyéramos la correspondencia de la señora Branwell con Idris. Hemos logrado echar un vistazo en privado a dicha correspondencia y hemos observado que casi diariamente se comunica con su tío abuelo Roderick Fairchild.

El contenido de tales cartas, señor, le sorprendería y decepcionaría a la vez. Nos ha hecho perder gran parte de nuestra confianza en el sexo débil.

La señora Branwell muestra una actitud de lo más cruel, inhumana y poco femenina ante los numerosos males que afligen a su tío. Le recomienda la aplicación de menos licor para curarse la gota, muestra inconfundibles señales de reírse de su dolorosa hidropesía y pasa totalmente por alto la mención que él le hace de una sospechosa sustancia que se le acumula en las orejas y otros orificios.

Los indicios del tierno cuidado femenino que se esperaría que una mujer mostrara hacia sus parientes masculinos, y el respeto que cualquier mujer relativamente joven debe tener a sus mayores, brillan totalmente por su ausencia. La señora Branwell, nos tememos, ha enloquecido de poder. Debe ser detenida antes de que sea demasiado tarde y muchos bravos cazadores de sombras hayan quedado varados en la cuneta por falta de cuidados femeninos.

Sinceramente suyos,

Gideon y Gabriel Lightwood

Cuando Sophie terminó de leer se hizo el silencio. Ésta se quedó por lo que pareció una eternidad mirando el papel con los ojos muy abiertos.

—¿Cuál de ustedes ha escrito esto? —preguntó al final.

Gideon carraspeó.

—Yo.

Ella lo miró. Apretaba los labios, pero le temblaban. Por un horrible momento, Gabriel pensó que estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Oh, qué gracioso! —exclamó—. ¿Y es ésta la primera?

—No, ha habido otra —admitió Gabriel—. Era sobre los sombreros de Charlotte.

—¿Los sombreros? —Una alegre carcajada se le escapó entre los labios, y Gideon la miró como si nunca hubiera visto nada tan maravilloso. Gabriel tuvo que admitir que la chica resultaba muy bonita cuando reía, con cicatriz o sin ella—. ¿Y el Cónsul se enfureció?

—Como un perro rabioso —contestó Gideon.

—¿Se lo va a decir a la señora Branwell? —preguntó Gabriel, que no soportaba el suspense ni un solo momento más.

Sophie había dejado de reír.

—No —respondió—. Porque no quiero comprometerles ante el Cónsul, y también creo que tal noticia le resultaría dolorosa a la señora Branwell y, total, para nada. ¡Espiarla así, qué hombre más horrible! —Los ojos le lanzaban chispas—. Si desean ayuda en su plan de frustrar las maquinaciones del Cónsul, estaré encantada de proporcionársela. Permítanme quedarme la carta y me aseguraré de que salga mañana.

La sala de música no estaba tan polvorienta como Tessa recordaba; parecía haber sido objeto de una buena limpieza hacía poco; la madera de los alféizares y del suelo relucía, igual que el piano de cola del rincón. Un fuego crepitaba en la chimenea, y recortaba la silueta de Jem cuando éste le dio la espalda y, al ver a Tessa, sonrió nervioso.

En la sala, todo parecía desleído como una acuarela; la luz del fuego dibujaba los instrumentos como si fueran fantasmas cubiertos de sábanas blancas, y las llamas producían un leve reflejo dorado en los cristales de las ventanas. Tessa podía ver a Jem y a sí misma, uno frente a la otra; una chica con un vestido azul y un delgadísimo chico con el cabello plateado y la chaqueta negra un poco demasiado suelta sobre su esbelta silueta.

Bajo las sombras, su rostro reflejaba vulnerabilidad, y había ansiedad en la fina curva de los labios.

—No estaba seguro de que vinieras.

Ella dio un paso hacia él, deseando estrecharlo entre sus brazos, pero se detuvo. Antes tenía que hablar.

—Claro que he venido —dijo—. Jem, lo siento mucho, muchísimo. No puedo explicarlo; ha sido como una locura. No podía soportar la idea de que acabaras sufriendo por mi culpa, porque, de algún modo, estoy ligada a Mortmain, y él a mí.

—Eso no es culpa tuya. Nunca elegiste que así fuera...

—No pensaba con claridad. Will tiene razón: no podemos confiar en Mortmain. Aunque me fuera con él, no hay ninguna garantía de que cumpliera con su parte del trato. Y sería poner una arma en manos de nuestro enemigo. No sé para qué quiere utilizarme, pero no para el bien de los cazadores de sombras, de eso podemos estar seguros. Incluso podría ser que fuera yo misma, al final, quien os hiciera daño a todos. —Las lágrimas le escocían en los ojos, pero las contuvo a la fuerza—. Perdóname, Jem. No podemos desperdiciar el tiempo que estamos juntos enfadándonos. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste; yo lo habría hecho por ti.

—*Zhe shi jie shang* —susurró él, y sus ojos se volvieron suaves y plateados al hablar—, *wo sin zui ai ne de*.

Ella lo entendió. «Tú eres lo que más amo en este mundo».

—Jem...

—Lo sabes; debes saberlo. Nunca podría dejarte marchar, no hacia el peligro, no mientras sea capaz de respirar. —Alzó la mano antes de que ella pudiera acercarse a él—. Espera. —Se inclinó, y al alzarse, tenía en la mano la caja del violín y el arco—. Ejem... Quería darte algo. Un regalo de boda, cuando nos casáramos. Pero me gustaría dártelo ahora, si me lo permites.

—¿Un regalo? —preguntó ella—. Después... Pero ¡hemos discutido!

Él sonrió, mostró la encantadora sonrisa que le iluminaba el rostro y hacía olvidar lo delgado y demacrado que estaba.

—Una parte importante de la vida de casados, según me han dicho. Será una buena práctica.

—Pero...

—Tessa, ¿crees que puede existir cualquier discusión, sería o no, que pueda hacer que deje de amarte?

—Parecía sorprendido, y Tessa pensó de repente en Will, en los años que éste había puesto a prueba la lealtad de Jem, volviéndole loco con mentiras, escapadas y temeridad suicida, y a pesar de todo eso, el amor de Jem por su hermano de sangre nunca se había resentido, ni mucho menos desaparecido.

—Tenía miedo —contestó ella a media voz—. Y... no tengo ningún regalo para ti.

—Sí, sí que lo tienes —rebatía él con suavidad y firmeza—. Siéntate, Tessa, por favor. ¿Recuerdas cómo nos conocimos?

Tessa se sentó en un sillón bajo con brazos dorados, las faldas arrugadas a su alrededor.

—Me metí de golpe en tu dormitorio a media noche como una loca.

Jem esbozó una mueca divertida.

—Te deslizaste grácilmente en mi dormitorio y me encontraste tocando el violín. —Estaba apretando el tensor del arco; acabó, lo dejó a un lado y sacó con adoración el violín de su funda—. ¿Te importaría si tocara para ti ahora?

—Ya sabes que me encanta oírte tocar. —Era cierto. Incluso le encantaba oírle hablar del violín, aunque entendiera poco. Podía escucharle durante horas hablar sin parar sobre colofonia, clavijas, volutas, posiciones de los dedos y la tendencia de la cuerda de la a romperse, sin aburrirse nunca.

—*Wo wei ni xie de* —repuso él; alzó el violín sobre el hombro izquierdo y se lo apoyó en la barbilla. Le había contado que muchos violinistas usaban una mentonera, pero él no. Tenía una leve marca en el lado del cuello, como un morado permanente, donde se apoyaba el violín.

—¿Has... hecho algo para mí?

—He compuesto algo para ti —le corrigió él con una sonrisa, y comenzó a tocar.

Tessa lo observó asombrada. Él empezó con algo sencillo, suave, sujetando el arco sin fuerza, y produjo un sonido armónico y agradable. La melodía la envolvió, tan fresca y dulce como el agua, tan esperanzada y encantadora como un amanecer. Fascinada, le observó los dedos y una exquisita nota manó del violín. El sonido se hizo más profundo mientras el arco se movía con mayor rapidez, el antebrazo de Jem de un lado a otro, el delgado cuerpo en movimiento desde el hombro. Los dedos iban de arriba abajo, y el tono de la música se hizo más grave, nubes de tormenta creciendo en un brillante horizonte, un río convertido en un torrente. Las notas cayeron a los pies de Tessa, se alzaron para rodearla; todo el cuerpo de Jem se movía al ritmo del sonido que extraía del instrumento, aunque ella sabía que tenía los pies plantados firmemente en el suelo.

El corazón se le aceleró para seguir el ritmo de la música; Jem tenía los ojos cerrados, las comisuras de la boca hacia abajo, como en una mueca de dolor. Una parte de Tessa quería ponerse en pie y estrecharlo entre sus brazos; otra, no quería hacer nada que detuviera la música, su hermoso sonido. Era como si Jem hubiera cogido el arco y lo hubiera empleado como un pincel para crear un cuadro en el que se mostraba su alma. Mientras las últimas notas subían y subían, alzándose hacia el cielo, Tessa notó que tenía el rostro mojado, pero sólo cuando los últimos ecos de la melodía se habían apagado y Jem bajó el violín, se dio cuenta de que había estado llorando.

Jem guardó el instrumento en la funda y dejó el arco junto a él. Se irguió y se volvió hacia Tessa. La miró con una expresión tímida, aunque tenía la blanca camisa empapada en sudor y el pulso le latía con fuerza en el cuello.

Tessa estaba sin habla.

—¿Te ha gustado? —preguntó él—. Habría podido regalarte... joyas, pero quería que fuera algo totalmente tuyo. Algo que nadie más pudiera oír o poseer. Y no se me dan bien las palabras, así que he escrito con música lo que siento por ti. —Calló un instante—. ¿Te ha gustado? —repitió, y el descenso de su voz hacia el final de la pregunta indicó que esperaba una respuesta negativa.

Tessa alzó el rostro para que él le viera las lágrimas.

—Jem.

Él cayó de rodillas ante ella, con el rostro contraído de pesar.

—*Ni jue de tong man, gin ai de?*

—No... no —respondió ella, medio llorando, medio riendo—. No me ha hecho daño. No me ha hecho infeliz. Al contrario.

Jem esbozó una gran sonrisa y los ojos se le iluminaron de placer.

—Entonces, te ha gustado.

—Ha sido como si te viera el alma en las notas. Y muy hermoso. —Le acarició el rostro levemente, la suave piel sobre el duro pómulo, el contacto de su cabello como una pluma sobre el dorso de su mano—. He visto ríos, botes como flores, todos los colores del cielo nocturno...

Jem exhaló y se dejó caer junto al sillón como si se hubiera quedado sin fuerzas.

—Es una magia extraña —dijo. Apoyó la cabeza contra ella, la mejilla contra su rodilla, y ella siguió acariciándole el cabello, pasando los dedos por su suave textura—. Mis padres amaban la música —explicó él de repente—. Mi padre tocaba el violín, mi madre el *qin*. Yo elegí el violín, aunque podría haber aprendido a tocar cualquiera de los dos. A veces me arrepiento, porque hay melodías en China que no puedo tocar en el violín, y que a mi madre le habría gustado que interpretara. Me contaba la historia de Yu Boya, que era un gran intérprete de *qin*. Tenía un gran amigo, un leñador llamado Zhong Ziqi, y solía tocar para él. Dicen que cuando Yu Boya tocaba una canción sobre el agua, su amigo sabía inmediatamente que estaba describiendo los rápidos ríos, y cuando tocaba algo relacionado con montañas, Ziqi veía sus altos picos. Y Yu Boya decía: «Es porque comprendes mi música». —Jem miró su propia mano, que reposaba levemente curvada sobre la rodilla—. La gente aún usa la expresión «*zhi yin*» para decir «amigo íntimo» o «almas gemelas», cuando en realidad significa «comprender la música». —Le cogió la mano a Tessa—. Cuando tocaba, has visto lo que yo he visto. Comprendes mi música.

—No sé nada de música, Jem. No puedo distinguir una sonata de una suite...

—No. —Se volvió y se puso de rodillas apoyado en el brazo del sillón. Estaban tan cerca que Tessa le veía el cabello mojado de sudor en las sienes y la nuca, podía captar el olor a colofonia y azúcar quemado—. No me refiero a ese tipo de música. Me refiero... —Hizo un sonido de frustración, le cogió la mano, se la llevó al pecho y se la apretó sobre el corazón. Tessa notó el golpeteo del latido en la palma—. Cada corazón tiene su propia melodía —explicó—. Y tú conoces la mía.

—¿Qué les pasó? —susurró Tessa—. ¿Al leñador y al músico?

Jem esbozó una sonrisa triste.

—Zhong Ziqi murió, y Yu Boya interpretó su última melodía sobre la tumba de su amigo. Luego rompió su *qin* y nunca volvió a tocar.

Tessa notó la ardiente presión de las lágrimas tras los párpados, intentando abrirse paso.

—¡Qué historia más triste!

—¿Lo es? —El corazón de Jem dio un brinco y trastabilló bajo los dedos de Tessa—. Mientras vivió y fueron amigos, Yu Boya compuso parte de la mejor música que conocemos. ¿Podría haberlo hecho solo? Nuestro corazón necesita un espejo, Tessa. Nos vemos mejor en los ojos de aquellos que nos aman. Y existe una belleza que sólo proporciona la brevedad. —Bajó la mirada y luego la alzó para mirarla a los ojos—. Te daría todo mi ser. Te daría más en dos semanas que la mayoría de los hombres en toda una vida.

—No hay nada que no me hayas dado ya, nada con lo que no esté satisfecha...

—Yo sí —replicó él—. Quiero estar casado contigo. Te esperaré para siempre, pero...

«Pero no tenemos para siempre».

—No tengo familia —dijo Tessa lentamente, con los ojos clavados en los de él—. Ni tutor. Nadie que pudiera... ofenderse... por una boda más inmediata.

Jem abrió los ojos un poco más.

—¿Lo dices en serio? No querría que no tuvieras todo el tiempo que necesites para prepararte.

—¿Y qué clase de preparación crees que puedo necesitar? —preguntó Tessa, y durante sólo ese momento, su pensamiento volvió a Will, a cómo había metido las manos en el fuego para salvar la droga de Jem y cómo, al verle, no había podido evitar recordar aquel día en el salón cuando él le había dicho que la amaba, y cómo, cuando él se había marchado, ella había cerrado la mano sobre el atizador para que el ardiente dolor en la piel pudiera acallar, aunque fuera por un segundo, el dolor de su corazón.

Will. Entonces le había mentado, si no exactamente con las palabras, sí con lo que implicaban. Recordarlo aún le dolía, pero no lo lamentaba. No había habido otra posibilidad. Conocía lo suficiente al chico para saber que, aunque ella hubiera roto su compromiso con Jem, él no la habría aceptado. No habría soportado un amor que le costara la felicidad a su *parabatai*. Y si había una parte de su corazón

que pertenecía a Will y sólo a Will, y siempre la habría, entonces, no servía de nada decirlo. También amaba a Jem; lo amaba incluso más en ese momento que cuando había aceptado casarse con él.

«A veces se debe escoger entre ser bueno o ser honorable —le había dicho Will—. A veces no se puede ser ambas cosas».

Quizá dependiera del libro, pensó Tessa. Pero en éste, en el libro de su vida, el camino del deshonor solamente era la maldad. Incluso si había herido a Will en el salón, con el tiempo, a medida que sus sentimientos hacia ella se iban enfriando, llegaría a agradecerle que le hubiera dejado libre. Lo creía de verdad. Él no podía amarla eternamente.

Ya hacía tiempo que había comenzado a recorrer ese camino. Si tenía intención de llegar al mes siguiente, entonces tendría que llegar al próximo día. Sabía que amaba a Jem, y aunque había una parte de ella que también amaba a Will, el mejor regalo que podía hacer a ambos era que ni Will ni Jem llegaran a saberlo.

—No sé —dijo Jem, mirándola desde el suelo, con una expresión en la que se mezclaba la esperanza y la incredulidad—. El Consejo aún no ha aprobado nuestra petición... y no tienes un vestido...

—No me importa el Consejo, ni me importa lo que me ponga si a ti tampoco. Lo digo en serio, Jem, me casaré contigo cuando tú quieras.

—Tessa —suspiró él. La buscó como si se estuviera ahogando, y ella agachó la cabeza para tocarle los labios con los suyos. Jem se puso de rodillas. Su boca rozó la de ella, una, dos veces, hasta que Tessa abrió los labios y notó su dulzor de azúcar quemado.

—Estás muy lejos —le susurró él, y luego la rodeó con los brazos, y ya no hubo espacio entre ellos, y él la hizo bajar de la silla, y ambos se arrodillaron juntos sobre el suelo, abrazados.

Jem la abrazó con fuerza, y ella le recorrió el rostro con las manos, los marcados pómulos.

«Muy marcados, demasiado marcados, los huesos del rostro, el pulso demasiado próximo a la superficie de la piel, la clavícula tan dura como un collar de metal».

Él le subió las manos de la cintura a los hombros; le rozó la clavícula con los labios, el hueco del cuello, mientras ella le tiraba de la camisa y se la subía para notar la piel desnuda bajo las manos. Contra la luz de la chimenea, lo veía dibujado de sombras y fuego; el sinuoso camino de las llamas le convertía en oro el cabello blanco.

«Te amo —había dicho él—. Eres lo que más amo en este mundo».

Notó de nuevo la ardiente presión de la boca de Jem en el hueco del cuello, y luego más abajo. Sus besos acababan donde comenzaba el vestido. Tessa notó cómo su corazón latía bajo la boca de él, como si tratara de alcanzarla, como si palpitará por él. Notó la tímida mano de Jem irle hacia la espalda, donde los lazos le abrochaban el vestido...

La puerta se abrió con un crujido, y ambos se apartaron de golpe, jadeantes, como si hubieran estado corriendo. Tessa oyó su propia sangre golpeándole en los oídos mientras miraba hacia el vacío hueco de la puerta. A su lado, el jadeo de Jem se convirtió en una carcajada.

—¿Qué...? —comenzó ella.

—*Iglesia* —dijo él, y Tessa, al bajar la vista, vio al gato paseándose tranquilamente por la sala de música, después de haber abierto la puerta, totalmente satisfecho de sí mismo.

—Nunca he visto a un gato tan ufano —comentó ella mientras *Iglesia*, sin prestarle la más mínima atención, como siempre, llegaba hasta Jem y le empujaba con la cabeza.

—Cuando dije que podríamos necesitar una carabina, no era en esto en lo que estaba pensando —bromeó Jem, pero igualmente le acarició la cabeza al felino, y sonrió a Tessa de medio lado—. Tessa, ¿hablabas en serio? ¿Te casarías conmigo mañana?

Ella alzó la barbilla y lo miró directamente a los ojos. No soportaba la idea de esperar, de perderse otro instante de la vida de Jem. De repente, deseaba ferozmente estar unida a él, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, unida a él por una promesa y capaz de darle su palabra y su amor sin ninguna reserva.

—Totalmente en serio —le aseguró.

El comedor no estaba lleno, porque no todos habían bajado aún a desayunar, cuando Jem anunció la noticia.

—Tessa y yo nos vamos a casar —reveló, con mucha calma, mientras se colocaba la servilleta en el regazo.

—¿Se supone que esto debía ser una sorpresa? —preguntó Gabriel, que estaba vestido de combate, como si tuviera la intención de entrenarse después del desayuno. Ya había cogido todo el beicon de la bandeja, y Henry lo miraba pesaroso—. ¿No estabais ya prometidos?

—La fecha de la boda era para diciembre —explicó Jem, mientras por debajo de la mesa le daba a Tessa un tranquilizador apretón de manos—. Pero hemos cambiado de opinión. Nos vamos a casar mañana.

El efecto fue galvánico. Henry se atragantó con el té, y Charlotte, que parecía haberse quedado sin palabras, tuvo que palmearle la espada. Gideon dejó caer su taza sobre el plato con gran estruendo, e incluso Gabriel se quedó parado con el tenedor a medio camino de la boca. Sophie, que acababa de llegar de la cocina con una bandeja de tostadas, soltó un grito ahogado.

—¡No pueden! —exclamó—. ¡El vestido de la señorita Grey quedó destrozado, y el nuevo ni lo han empezado!

—Puede ponerse cualquier vestido —repuso Jem—. No es necesario que lleve el dorado de los cazadores de sombras, porque no lo es. Tiene varios vestidos muy bonitos; puede elegir su favorito. —Inclinó la cabeza tímidamente hacia Tessa—. Es decir, si tú estás de acuerdo.

Ésta no respondió, porque en ese momento, Will y Cecily acababan de entrar por la puerta.

—Tengo un tirón en el cuello... —estaba explicando ella con una sonrisa—. No puedo creer que consiguiera dormirme en esa posición...

Se calló en cuanto ambos parecieron notar el humor que se respiraba en la sala, y miró alrededor. A Will no se le veía más descansado que el día anterior, pero parecía complacido de que Cecily estuviera con él, aunque ese cauteloso buen humor se fue evaporando rápidamente al ver las expresiones de los demás.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Ha ocurrido algo?

—Tessa y yo hemos decidido adelantar la boda —contestó Jem—. Si no mañana, será en los próximos días.

Will no dijo nada, ni cambió de expresión, pero palideció. No miró a Tessa.

—Jem, la Clave... —dijo Charlotte, mientras dejaba de palmear a Henry y se erguía con una mirada inquieta en el rostro—. Aún no han aprobado tu matrimonio. No puedes ir contra ellos...

—Ni tampoco podemos esperar —replicó él—. Podrían pasar meses, incluso un año..., ya sabes que prefieren dejar pasar el tiempo antes de darnos una respuesta que temen que no te guste.

—Y tampoco es que nuestra boda sea lo más importante para ellos en este momento —añadió Tessa—. Los papeles de Benedict Lightwood, buscar a Mortmain... todo eso tiene prioridad. Pero éste es un asunto personal.

—No hay asuntos personales para la Clave —repuso Will. Su voz sonaba hueca y rara, como si llegara de una gran distancia. Una vena le palpitaba en el cuello. Tessa pensó en el delicado entendimiento que habían comenzado a establecer en los últimos días, y se preguntó si esa noticia lo destruiría, si lo haría trizas como un objeto frágil contra las rocas—. Mi madre y mi padre...

—Existen leyes sobre el matrimonio con mundanos. No existen leyes sobre el matrimonio de un nefilim y lo que es Tessa. Y si tengo que hacerlo, al igual que tu padre, dejaré de ser un cazador de sombras para casarme.

—James...

—Habría pensado que sobre todo tú lo entenderías —se lamentó Jem, y la mirada que lanzó a Will era tanto herida como de perplejidad.

—No digo que no lo entienda. Sólo te estoy diciendo que pienses...

—Ya lo he pensado —le espetó Jem—. Tengo una licencia de matrimonio mundana, conseguida y firmada legalmente. Podríamos entrar en cualquier iglesia y que nos casaran hoy mismo. Aunque preferiría que todos vosotros estuvierais presentes, si no podéis, lo haremos igualmente.

—Casarte con una chica sólo para convertirla en viuda —replicó Gabriel Lightwood—. Muchos dirían que eso no es bondad.

Jem se puso rígido junto a Tessa; la mano que le daba estaba tensa. Will fue a avanzar, pero ella ya estaba de pie, lanzándole una mirada asesina a Gabriel.

—No se atreva a hablar como si fuera Jem quien puede elegir y no yo —lo amenazó, sin apartarle los ojos del rostro—. Este compromiso no se me ha impuesto, ni tampoco me hago ilusiones sobre la salud de Jem. He elegido estar con él durante los días o minutos que se nos concedan, y los consideraré una bendición.

Los ojos de Gabriel eran tan fríos como el mar de la costa de Terranova.

—Sólo me preocupaba su bienestar, señorita Gray.

—Pues sería mejor que se preocupara por el suyo propio —le soltó Tessa.

Los ojos verdes se entrecerraron.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que la dama se refiere —intervino Will— a que ella no mató a su propio padre. ¿O te has recuperado tan rápido de eso que no tenemos por qué preocuparnos de tu sensibilidad, Gabriel?

Cecily ahogó un grito. Gabriel se puso en pie y, en su expresión, Tessa vio de nuevo al chico que había desafiado a Will a un duelo la primera vez que ella lo había visto, todo arrogancia, tirantez y odio.

—Si alguna vez osas... —comentó Gabriel.

—Parad —ordenó Charlotte, y calló de golpe al oír a través de las ventanas el ruido de la oxidada verja del Instituto abriéndose y el pataleo de los cascos de los caballos sobre el pavimento.

—Oh, por el Ángel. Jessamine. —Charlotte se puso en pie rápidamente y dejó la servilleta sobre el plato—. Venid, debemos ir abajo a recibirla.

Si no era una llegada bienvenida en otros aspectos, sí que demostró ser una distracción perfecta. Hubo cierto revuelo, y mucha perplejidad por parte de Gabriel y Cecily, ya que ninguno de ellos entendía precisamente quién era Jessamine o el papel que había desempeñado en la vida del Instituto. Avanzaron por el pasillo desordenadamente; Tessa se retrasó un poco, se sentía sin aliento, como si llevara el corsé demasiado apretado. Pensó en la noche anterior, abrazada a Jem en la sala de música donde se besaron y hablaron durante horas entre susurros sobre la boda que iban a celebrar y el matrimonio que le seguiría... como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Como si casarse le fuera a garantizar la inmortalidad a Jem, aunque sabía bien que no sería así.

Mientras corría por la escalera hacia la entrada, tropezó, distraída. Una mano la sujetó. Alzó la mirada y vio a Will.

Por un instante se quedaron inmóviles como estatuas. Los demás ya estaban casi en los pies de la escalera, y sus voces se alzaban como volutas de humo. Will cogía a Tessa con suavidad, aunque su rostro era casi inexpresivo, como grabado en granito.

—No piensas lo mismo que los demás, ¿no? —le preguntó ella con más aspereza de la que pretendía—. Que no debería casarme con Jem. Me preguntaste si lo amaba lo suficiente para casarme con él y hacerlo feliz, y te dije que sí. No sé si podré hacerle completamente feliz, pero lo intentaré.

—Si alguien puede, ésa eres tú —contestó él mirándola a los ojos.

—Los demás creen que me hago ilusiones sobre su salud.

—La esperanza no es una ilusión.

Eran palabras de ánimo, pero había algo en la voz de él, algo lúgubre que la asustó.

—Will. —Lo cogió por la muñeca—. ¿No me abandonarás ahora... no me dejará el único que aún busca una cura? No puedo hacerlo sin ti.

Él respiró hondo y medio cerró sus sombríos ojos azules.

—Claro que no. No pienso rendirme con él, ni contigo. Te ayudaré. Lo seguiré haciendo. Sólo que...

Calló de golpe y apartó el rostro. La luz que entraba por una ventana superior le iluminó la mejilla, la barbilla y la curva del mentón.

—¿Sólo que qué?

—¿Recuerdas qué más te dije aquel día en el salón? —preguntó Will—. Quiero que seas feliz, y que él sea feliz. Y, aun así, cuando vayas hacia el altar para uniros para siempre, caminarás sobre un sendero invisible formado con los fragmentos de mi corazón, Tessa. Daría mi vida por cualquiera de los dos. Daría mi vida por vuestra felicidad. Creía que tal vez, cuando me dijiste que no me amabas, mis sentimientos irían enfriándose y acabarían por desaparecer, pero no ha sido así. Han seguido creciendo día a día. Te amo más desesperadamente, en este momento, de lo que te he amado antes, y en una hora te amaré aún más. Sé que no es justo decirte esto, cuando tú no puedes hacer nada. —Inhaló estremeciéndose—. ¡Cuánto debes de despreciarme!

Tessa se sintió como si se hubiera abierto el suelo bajo sus pies. Recordó lo que se había dicho a sí misma la noche anterior: que seguramente los sentimientos de Will hacia ella se habrían desvanecido. Que a lo largo de los años, el dolor que él sentiría sería menor que el suyo propio. Se lo había creído. Pero...

—No te desprecio, Will. Siempre te has comportado de un modo honorable, más honorable de lo que habría podido pedirte...

—No —replicó él con amargura—. Creo que no esperabas nada de mí.

—Lo he esperado todo de ti, Will —le susurró—. Más de lo que tú esperabas de ti mismo. Pero me has dado aún más. —Le falló la voz—. Dicen que no se puede dividir el corazón y, sin embargo...

—¡Will! ¡Tessa! —los llamó Charlotte desde el vestíbulo—. ¡Dejad de entreteneros! ¿Puede ir uno a buscar a Cyril? Tal vez necesitemos ayuda con el carruaje si los Hermanos Silenciosos quieren quedarse.

Tessa miró impotente a Will, pero el momento había pasado; la expresión de éste volvía a ser reservada; la desesperación que lo había impulsado un momento antes había desaparecido. Se había cerrado como si los separaran mil puertas con candados.

—Baja tú. Yo iré en seguida —dijo él inflexible; se volvió y subió corriendo los escalones.

Tessa se apoyó en la pared y acabó de bajar los escalones como atontada. ¿Qué había estado a punto de hacer? ¿Qué era lo que casi le había dicho a Will?

«Y sin embargo, te amo».

Por el Dios del cielo, ¿de qué serviría eso?, ¿en qué podrían beneficiar a nadie decir esas palabras? Sólo sería una terrible carga para él, porque sabría lo que ella sentía, pero no podría hacer nada al respecto. Y eso lo ataría a ella, no lo liberaría para poder buscar a otra persona a la que amar, una que no estuviera prometida a su mejor amigo.

«Otra persona a la que amar».

Tessa salió a la escalera del Instituto con el viento atravesándole el vestido como un cuchillo. Los demás estaban allí, reunidos ante el primer escalón, un poco incómodos, sobre todo Gabriel y Cecily, que parecían preguntarse qué diablos estaban haciendo ahí. Tessa casi ni los vio. Sentía el corazón pesado, y sabía que no era por el frío. Era la idea de que Will se enamorara de otra persona.

Era puro egoísmo. Si Will encontraba a quien querer, ella lo sufriría con paciencia, mordiéndose el labio en silencio, como él había sufrido su compromiso con Jem. Se lo debía, pensó, mientras el oscuro carruaje conducido por un hombre vestido con el hábito de pergamino de los Hermanos Silenciosos atravesaba la verja abierta. Debía a Will un comportamiento tan honorable como el de él.

El vehículo se detuvo al pie de la escalera. Tessa notó que Charlotte se movía inquieta tras ella.

—¿Otro carruaje? —dijo ésta, y la chica siguió su mirada hasta ver que sí que había un segundo carruaje, negro y sin escudo, que rodaba en silencio tras el primero.

—Una escolta —sugirió Gabriel—. Quizá los Hermanos Silenciosos tengan miedo de que intente escapar.

—No —rebatió Charlotte, con una voz cargada de asombro—. Jessamine no...

El Hermano Silencioso que conducía el primer vehículo dejó las riendas, bajó y fue a la portezuela. En ese momento, el segundo carruaje se detuvo tras él, y el hermano se volvió. Tessa no podía ver su expresión, porque tenía el rostro oculto por la capucha, pero algo en la posición de su cuerpo indicaba sorpresa. Ella entrecerró los ojos; había algo raro en los caballos que arrastraban el segundo vehículo: les brillaba el cuerpo, pero no como reluce el pelaje de los animales, sino como el metal, y sus movimientos eran demasiado fluidos para ser naturales.

El conductor de ese segundo coche saltó de pescante y aterrizó con un resonante golpe, y Tessa vio el brillo de metal cuando se llevó la mano al cuello de su túnica de pergamino y se la quitó.

Debajo había un reluciente cuerpo de metal bajo una cabeza ovoide, sin ojos; remaches de cobre sujetaban las articulaciones de los codos, las rodillas y los hombros. El brazo derecho, si se le podía llamar así, acababa en una ruda ballesta de bronce. Lo alzó en ese momento y lo flexionó. Una flecha de acero, con plumas de metal negro, voló por el aire y se clavó en el pecho del primer Hermano Silencioso; el impacto lo elevó del suelo y lo lanzó a varios metros, antes de que cayera en el pavimento del patio, con la sangre empapando el pecho del hábito.

LABRAR EN METAL

La mena líquida decantó en moldes preparados; de ellos forjó primero sus propios útiles; luego los que servían para liquidar o labrar en metal.

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*

Los Hermanos Silenciosos, vio Tessa inmóvil por la impresión, tenían una sangre tan roja como la de cualquier mortal.

Oyó a Charlotte gritando órdenes y, luego, a Henry bajar corriendo la escalera hacia el primer carruaje. Abrió la puerta de golpe, y Jessamine cayó entre sus brazos; tenía el cuerpo exánime y los ojos medio cerrados. Llevaba el desgastado vestido blanco que Tessa le había visto cuando la había visitado en la Ciudad Silenciosa, aunque llevaba el hermoso cabello rubio cortado al rape.

—Henry —sollozó de forma audible, y se le agarró a las solapas—. Ayúdame, Henry. Llévame dentro del Instituto, por favor...

Henry se alzó con Jessamine en brazos, justo cuando las puertas del segundo carruaje se abrían y comenzaban a salir autómatas, que se unían al primero. Parecían ir desplegándose al ir saliendo, como muñecos de papel: un, dos, tres... Tessa perdió la cuenta cuando los cazadores de sombras sacaron armas de los cinturones. Vio el destello del metal que despedía la punta de la espada bastón de Jem, oyó el murmullo en latín mientras los cuchillos serafines se encendían a su alrededor como un círculo de fuego bendito.

Y los autómatas atacaron. Uno de ellos corrió hacia Henry y Jessamine, mientras que los otros subieron la escalera. Tessa oyó como Jem la llamaba, y se dio cuenta de que ella no tenía ninguna arma. No había pensado entrenar ese día. Miró alrededor desesperada, buscando algo, buscando una piedra pesada, o incluso un palo. En el vestíbulo había armas colgando de las paredes, como adornos, pero una arma era una arma. Corrió adentro y descolgó una espada de un clavo de la pared; luego dio la vuelta y regresó corriendo afuera.

La escena que se encontró era un puro caos. Jessamine estaba en el suelo, agazapada contra una rueda de su carruaje, y se cubría el rostro con los brazos. Henry estaba ante ella, y blandía un cuchillo serafín de un lado al otro para mantener a raya el autómata que trataba de pasar ante él, con sus manos acabadas en pinchos, para dirigirse hacia Jessamine. El resto de las criaturas mecánicas se habían esparcido por la escalera y estaban enzarzadas en combates individuales con los cazadores de sombras. Mientras Tessa alzaba la espada que tenía en las manos, miró por todo el patio. Esos autómatas eran diferentes de los que habían visto antes. Se movían con más rapidez, con pasos menos sincopados, y las articulaciones de cobre se doblaban con suavidad.

En el primer escalón, Gideon y Gabriel estaban luchando furiosamente con un monstruo mecánico de tres metros, que movía sus manos de pinchos como mazas.

Gabriel ya tenía un ancho corte en el hombro, del que manaba la sangre, pero su hermano y él estaban hostigando a la criatura, uno por delante y otro por detrás. Jem, agachado, se alzó de repente y atravesó la cabeza de un autómata con su espada bastón. La criatura sacudió espasmódicamente los brazos y trató de tirar hacia atrás, pero tenía la espada enterrada en su cráneo de metal. Jem arrancó el arma, y cuando el autómata fue a por él de nuevo, la blandió contra las piernas y le cortó una. La criatura se fue de lado y cayó sobre los adoquines.

Más cerca de Tessa, el látigo de Charlotte atravesaba el aire como un rayo y le cortó el brazo ballesta a la primera criatura; eso ni siquiera la ralentizó. Mientras iba a por la directora con su segundo brazo, con forma de espátula y garra, Tessa se interpuso y blandió la espada como Gideon le había enseñado, empleando todo el cuerpo para aumentar la fuerza y golpeando desde arriba para añadir el poder de la gravedad al golpe.

La hoja cayó y segó el segundo brazo de la criatura. Esa vez un fluido negruzco salió propulsado de la herida. El autómatas siguió su curso, y se agachó para golpear a Charlotte con la coronilla, de la que salía una corta hoja afilada. Ella lanzó un grito cuando le alcanzó en el brazo. Luego chasqueó el látigo y el *electrum* plateado dorado le rodeó el cuello a la criatura. La mujer dio un tirón, y la cabeza, seccionada, cayó a un lado; por fin la criatura se desplomó, mientras un fluido oscuro bombeaba lentamente por los cortes en el chasis de metal.

Tessa ahogó un grito y tiró la cabeza hacia atrás; el sudor le pegaba el cabello a la frente y las sienes, pero necesitaba ambas manos para manejar la pesada espada y no podía apartárselo. A través de los ojos, que le picaban por el sudor, vio que Gabriel y Gideon tenían a su autómatas en el suelo y lo estaban destrozando; tras ellos, Henry se agachó justo a tiempo de esquivar un tajo de la criatura que lo tenía arrinconado contra el carruaje. La mano de maza atravesó la ventanilla del carruaje, y los vidrios cayeron sobre Jessamine, que gritó y se cubrió la cabeza. Henry alzó el cuchillo serafín y lo hundió en el torso del androide. Tessa estaba acostumbrada a ver los cuchillos serafines atravesar ardiendo a los demonios, reduciéndolos a nada, pero el autómatas sólo se tambaleó hacia atrás y luego atacó de nuevo, con la hoja hundida en el pecho ardiendo como una antorcha.

Con un grito, Charlotte comenzó a correr escaleras abajo hacia su marido. Tessa miró alrededor, y no vio a Jem. El corazón le dio un vuelco. Avanzó un paso...

Una oscura silueta se alzó ante ella, cubierta con un hábito negro. Unos guantes igualmente negros le cubrían las manos, y unas botas negras, los pies. Tessa pudo ver un rostro blanco como la nieve rodeado de los pliegues de una capucha negra, un rostro tan conocido y horrible como una pesadilla recurrente.

—Hola, señorita Gray —dijo la señora Negro.

A pesar de meter la cabeza en todas las habitaciones en que se le ocurrió, Will no fue capaz de encontrar a Cyril. Eso le irritó, y a su irritabilidad no le iba nada bien su encuentro con Tessa en la escalera. Después de dos meses de ir con tanto cuidado cerca de ella que era como si caminara sobre el filo de un cuchillo, le había soltado todo lo que sentía como si fuera sangre manando de una herida abierta, y sólo Charlotte había evitado que esa estupidez por su parte se convirtiera en un desastre.

Aun así, la respuesta de Tessa le daba vueltas en la cabeza mientras recorría el pasillo y pasaba ante la cocina. «Dicen que no se puede dividir el corazón, y sin embargo...»

Y sin embargo ¿qué? ¿Qué había querido decir?

La voz de Bridget salió cantarina del comedor, donde Sophie y ella estaban limpiando.

Oh, madre, madre, hazme la cama, hazla mullida y estrecha. Mi William murió de amor por mí, Y yo moriré de pena.

La enterraron en el viejo patio de la iglesia La tumba del dulce William cerca de ella, y desde esa tumba nació un rosa roja, roja y de la de ella, un espino.

Crecieron por la vieja torre de la iglesia hasta que no pudieron crecer más Y se entrelazaron, un nudo de amor verdadero, la rosa roja, roja y el espino.

Will se preguntaba cómo Sophie podía contenerse y no darle a Bridget en la cabeza con una bandeja, cuando sintió una sacudida que fue como si le golpearan en el pecho. Se dejó caer contra la pared, falto de aliento, con la mano en el cuello. Notaba algo palpitando ahí, como un segundo corazón sobre el suyo. La cadena del colgante que Magnus le había regalado estaba fría al tacto, y él se la sacó rápidamente de debajo de la camisa y lo miró: rojo intenso y latiendo con una luz escarlata como el centro de una llama.

Se dio cuenta vagamente de que Bridget había dejado de cantar, y que ambas chicas se hallaban en la puerta de comedor, mirándolo anonadadas. Él soltó el colgante y lo dejó caer sobre el pecho.

—¿Qué pasa, señorito Will? —preguntó Sophie. Había dejado de llamarle señor Herondale desde que se había conocido la verdad sobre su maldición, aunque el chico aún se preguntaba a veces si a ella le caería bien o no—. ¿Se encuentra bien?

—No soy yo —contestó él—. Debemos ir abajo, rápido. Algo va terriblemente mal.

—Pero está muerta —dijo Tessa boquiabierta, mientras retrocedía un escalón—. La vi morir...

Gritó cuando unos largos brazos de metal la rodearon desde atrás como correas, alzándola del suelo. La espada repicó en el suelo cuando el autómatas apretó los brazos, y la señora Negro esbozó una terrible y fría sonrisa.

—Vamos, vamos, señorita Gray. ¿No se alegra ni un poquito de verme? Después de todo, fui la primera en darle la bienvenida a Inglaterra. Aunque diría que desde entonces ha hecho de esto su hogar.

—¡Suélteme! —Tessa pateó con fuerza, pero el autómatas le estrelló la cabeza contra la suya, lo que hizo que se mordiera el labio con fuerza. Se atragantó y escupió: saliva y sangre salpicaron el rostro de la señora Negro—. Prefiero morir a ir con usted...

La Hermana Oscura se limpió con un guante e hizo una mueca de desagrado.

—Por desgracia, eso no se puede arreglar. Mortmain te quiere viva. —Chasqué los dedos al autómatas—. Llévala al carruaje.

Éste dio un paso, con Tessa entre los brazos... y se desplomó hacia adelante. Tessa casi no tuvo ni tiempo de estirar los brazos para parar la caída, y se golpeó contra el suelo con la criatura mecánica encima. Un intenso dolor le atravesó la muñeca derecha, pero se apoyó en ella igualmente; un grito se le escapó de la garganta mientras se tiraba a un lado y resbalaba por varios escalones, con el grito de frustración de la señora Negro resonándole en los oídos.

Miró hacia arriba un poco mareada. La señora Negro había desaparecido. El autómatas que había sujetado a Tessa se arrastró de lado sobre los escalones, parte de su cuerpo de metal estaba seccionada. Tessa captó con un rápido vistazo lo que tenía dentro: ruedas dentadas, mecanismos y tubos traslúcidos que bombeaban el fluido negruzco. Jem se hallaba sobre ella por detrás, respirando pesadamente y manchado con la sangre aceitosa y negra del androide. Tenía el rostro blanco y serio. La miró un instante, una rápida ojeada para asegurarse de que estaba bien, y saltó los escalones para atacar a la criatura mecánica; le separó las piernas del torso. Ésta se sacudió espasmódicamente como una serpiente agonizante, y el brazo que le quedaba se movió con rapidez, agarró a Jem por el tobillo y dio un fuerte tirón.

Jem perdió pie, se fue al suelo y rodó escaleras abajo, en un espantoso abrazo con el monstruo de metal. El ruido que producía el metal sobre la piedra, mientras el autómatas se escurría por los escalones, era horrible. Cuando llegaron al suelo juntos, la fuerza de la caída los separó. Tessa miró horrorizada cómo su prometido se ponía en pie tambaleándose, y su sangre roja se mezclaba con el fluido negro que le manchaba la ropa. Jem no tenía su espada bastón; se hallaba en uno de los escalones, donde la había dejado caer mientras resbalaba.

—Jem —susurró Tessa, mientras se ponía de rodillas. Trató de arrastrarse a cuatro patas, pero la muñeca le cedió; se cayó sobre los codos e intentó coger el bastón...

Entonces unos brazos la rodearon y la hicieron incorporar, y oyó la siseante voz de la señora Negro.

—No se resista, señorita Gray, o será peor para usted, mucho peor.

Tessa probó a revolverse, pero algo blando le cubrió la nariz y la boca. Captó un olor desagradablemente dulzón, y luego la oscuridad le cubrió los ojos y la arrastró a la inconsciencia.

Con un cuchillo serafín en la mano, Will salió a todo correr por la puerta abierta del Instituto y vio una escena de caos.

Automáticamente, buscó primero a Tessa, pero no la vio por ningún lado, afortunadamente. Debía de haber tenido el buen sentido de esconderse. Un carruaje negro se hallaba detenido al pie de la escalera. Tirada contra una de las ruedas, en medio de un montón de cristales rotos, se hallaba Jessamine. Henry y Charlotte estaban uno a cada lado de ella. Henry con la espada y Charlotte con el látigo, mantenían a raya a tres autómatas de metal con largas piernas, brazos de espada y cabezas lisas y sin expresión. La espada bastón de Jem estaba en uno de los escalones, que estaban cubiertos de un fluido negro y viscoso. Cerca de la puerta, Gabriel y Gideon Lightwood luchaba contra otros dos autómatas con la experiencia de dos guerreros entrenados juntos durante años. Cecily estaba arrodillada junto al cuerpo de un Hermano Silencioso, cuyo hábito estaba manchado de sangre escarlata.

La verja del Instituto estaba abierta, y la cruzaba un segundo carruaje negro, que se alejaba del Instituto a toda velocidad. Pero Will casi ni pensó en él, porque al pie de la escalera vio a su hermano de sangre. Pálido como el papel, pero en pie, retrocedía ante el ataque de otra criatura, que se tambaleaba como borracha, con un trozo de costado y un brazo seccionados. Jem estaba desarmado.

La fría agudeza de la batalla se apoderó de Will, y todo pareció ir más lento a su alrededor. Supo que Sophie y Bridget, ambas armadas, se habían dispuesto a ayudar; Sophie había corrido junto a Cecily, y Bridget, en un torbellino de cabello rojo y tajos de espada, estaba ocupada en reducir a chatarra a un autómeta sorprendentemente grande con una ferocidad que en otra ocasión lo habría anonadado. Pero el mundo de Will se había estrechado, se limitaba al autómeta y a Jem, que, al verlo, alzó una mano.

Will saltó cuatro escalones y se deslizó de costado; llegó hasta la espada bastón de Jem. La cogió y la lanzó. Su amigo la atrapó en el aire justo cuando el autómeta se lanzaba hacia él; lo partió limpiamente en dos. La parte superior cayó al suelo, aunque las piernas y la parte baja del torso, que bombeaban un exceso de desagradables fluidos de color negro y verdoso, continuó avanzando hacia él. Jem se volvió de lado y blandió la espada de nuevo; cortó a la cosa por las rodillas. Finalmente, ésta cayó, mientras los trozos sueltos seguían removiéndose.

Jem giró la cabeza y miró a Will. Por un momento, sus ojos se encontraron, y éste le sonrió, pero Jem no le devolvió la sonrisa; estaba tan blanco como la sal, y Will no pudo interpretar su mirada. ¿Se habría herido? Estaba cubierto en tanto aceite y fluido que Will no podía ver si sangraba. La ansiedad se apoderó de él y comenzó a bajar los escalones hacia su *parabatai*, pero antes de que pudiera llegar abajo, éste había salido corriendo hacia la verja. Mientras Will se lo quedaba mirando, la cruzó y desapareció en las calles de Londres.

Will echó a correr, pero tuvo que detenerse al pie de la escalera cuando un autómeta se deslizó ante él, moviéndose con suma rapidez y gracilidad, y le bloqueó el paso. Los brazos le acababan en largas tijeras; Will se agachó cuando una de ellas le fue a cortar la cara, y le hundió el cuchillo serafín en el pecho.

Se oyó su chisporroteo de metal al derretirse, pero la criatura sólo retrocedió un par de pasos y luego se lanzó de nuevo contra él. Will se agachó para esquivar las afiladas extremidades y sacó una daga del cinturón. Se revolvió y le soltó un tajo, y entonces vio que la criatura, de repente, se deshacía en tiras ante él, grandes trozos de metal que se desprendían como si de la piel de una naranja se tratara. El fluido negruzco hirvió y le salpicó a la cara mientras la cosa se desplomaba hecha pedazos.

Will alzó la mirada. Bridget lo miró tranquilamente desde el otro lado del destrozado autómeta. Su cabello era una masa esponjosa de rizos rojos, y tenía el delantal blanco cubierto de sangre negra, pero le miraba impassible.

—Debería tener más cuidado —le dijo ella—. ¿No cree?

Will se había quedado sin habla; por suerte, la chica no parecía esperar una respuesta. Se chafó el cabello y fue hacia Henry, que estaba luchando con un autómeta que tenía un aspecto especialmente temible, de al menos cuatro metros. Henry le había privado de un brazo, pero el otro, una monstruosidad larga y con varias articulaciones que acababa en una espada curvada como un *kindjal*, aún seguía atacándole. Bridget se acercó por detrás con calma y le clavó la espada en la articulación del torso. Saltaron chispas, y la criatura comenzó a trastabillar hacia adelante. Jessamine, aún agazapada contra la rueda del carruaje, soltó un grito y comenzó a apartarse de él, desplazándose a cuatro patas hacia Will.

Éste la observó con una anonadada sorpresa durante un instante mientras ella se hacía sangre en las manos y las rodillas sobre los vidrios rotos de la ventana, pero seguía avanzando. Luego, como impelido por un resorte, Will avanzó, rodeó a Bridget hasta llegar a Jessie, le pasó las manos por debajo y la alzó del suelo. Ella soltó un grito ahogado (su nombre, le pareció a Will) y luego se dejó caer sin fuerzas, aunque mantuvo las manos agarradas a las solapas de él.

Will la alejó del carruaje, sin dejar de observar lo que ocurría por el patio. Charlotte había acabado con su autómeta; Bridget y Henry estaban a medio hacer pedazos al otro. Sophie, Gideon, Gabriel y Cecily

tenían dos criaturas en el suelo entre ellos, y los estaban trinchando como un pavo de Navidad. Jem no había regresado.

—Will —dijo Jessie con un hilillo de voz—. Will, por favor, déjame en el suelo.

—Tengo que llevarte adentro, Jessamine.

—No. —Tosió, y Will, horrorizado, vio que la sangre le corría por las comisuras de la boca—. No sobreviviré tanto. Will, si alguna vez me tuviste cariño, aunque fuera sólo un poco, déjame en el suelo. Él se dejó caer al pie de la escalera con Jessie en brazos, tratando como podía de acomodarle la cabeza en su hombro. Ella tenía sangre en el cuello y en la parte delantera del vestido blanco, que se le pegaba al cuerpo. Estaba terriblemente delgada; las clavículas le sobresalían y tenía las mejillas hundidas. Parecía un paciente escapado del manicomio y no la hermosa muchacha que los había dejado hacía tan sólo ocho semanas.

—Jess —le preguntó él suavemente—. Jessie. ¿Dónde te han herido?

Ella le dedicó una sonrisa bastante fantasmal. Tenía los dientes manchados de rojo.

—Una de las garras de la criatura se me ha clavado en la espalda —susurró, y cuando Will miró hacia abajo, vio que tenía la parte posterior del vestido empapada de sangre. La sangre le había manchado las manos, los pantalones y la camisa, y su olor metálico le llenaba la garganta—. Me ha atravesado el corazón, lo noto.

—Un *iratze*... —comenzó Will mientras buscaba la estela en el cinturón.

—Ningún *iratze* me ayudará ahora —respondió con voz segura.

—Entonces, los Hermanos Silenciosos...

—Ni siquiera su poder puede salvarme. Además, no soportaría que volvieran a tocarme. Preferiría morir. Estoy muriendo, y me alegro.

Will la miró, perplejo. Recordaba la llegada de Jessie al Instituto, con catorce años y tan peligrosa como un gato enfadado con las uñas fuera. Nunca le había caído muy bien, ni él a ella, claro que él no había sido amable con nadie excepto con Jem, pero Jessie le había ahorrado tener que lamentarlo. Aun así, la admiraba de un modo extraño; se asombraba de la intensidad de su odio y la fuerza de su voluntad.

—Jessie. —Le puso la mano en la mejilla, y torpemente le esparció la sangre.

—No hace falta. —Volvió a toser—. Que seas amable conmigo, me refiero. Sé que me odias.

—No te odio.

—Nunca me has visitado en la Ciudad Silenciosa. Todos los demás sí. Tessa y Jem, Henry y Charlotte. Pero tú no. No perdonas, Will.

—No —contestó, porque era cierto. Y porque parte de la razón por la que nunca le había gustado Jessamine era porque en ciertos sentidos le recordaba a sí mismo—. Jem es el que sabe perdonar.

—Y sin embargo, siempre te he preferido a ti. —Le recorrió el rostro con los ojos, pensativa—. Oh, no, no de esa forma. Creo que no. Pero la forma en que te odiabas a ti mismo... Eso lo entendía. Jem siempre quiso darme una oportunidad, igual que Charlotte. Pero no quiero regalos de corazones generosos. Quiero que me vean como lo que soy. Y como tú nunca me has tenido lástima, sé que si te pido que hagas algo, lo harás.

Jessamine resolló. La sangre le formaba burbujitas en la boca. Will sabía lo que eso significaba: tenía una herida en los pulmones o se le estaban deshaciendo; se estaba ahogando en su propia sangre.

—¿Qué es? —preguntó Will con urgencia—. ¿Qué quieres que haga?

—Que las cuides —susurró ella—. Baby Jessie y las otras.

Will tardó un momento en darse cuenta de que se estaba refiriendo a sus muñecas.

—No dejaré que destruyan nada tuyo, Jessamine.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—He pensado que quizá... no quisieran nada que les recuerde a mí.

—No se te odia, Jessamine. En cualquier mundo que haya después de éste, no entres pensando eso.

—Oh, ¿no? —Se le cerraban los ojos—. Aunque seguramente todos me habríais querido más si os hubiera dicho dónde estaba Mortmain. Entonces, quizá no habría perdido vuestro amor.

—Dímelo ahora —le urgió Will—. Dímelo, si puedes, y vuelve a ganarte ese amor...

—Idris —susurró ella.

—Jessamine, sabemos que eso no es cierto...

Ella abrió los ojos. El blanco estaba tintado de rojo, como sangre en el agua.

—Tú —dijo ella—. Tú entre todos deberías haberlo entendido. —Tensó los dedos de repente, espasmódicamente, sobre la solapa de Will—. Eres un galés terrible —le espetó con voz gruesa. Y luego el pecho se le alzó, pero no volvió a moverse de nuevo. Estaba muerta.

Tenía los ojos abiertos, clavados en el rostro de Will. Él le bajó los párpados con cuidado, dejándole impresas las huellas ensangrentadas del pulgar y el índice.

—*Ave atque vale*, Jessamine Lovelace.

—¡No! —gritó Charlotte.

Will miró a través de una neblina producida por la impresión y vio a los otros reunirse a su alrededor: Charlotte, apoyada en Henry; Cecily con los ojos muy abiertos, y Bridget, que sujetaba dos espadas manchadas de aceite, inexpresiva. Detrás de ellos, Gideon se hallaba sentado en los escalones que daban al Instituto, con su hermano y Sophie, uno a cada lado. Estaba apoyado por la espalda, muy pálido, con la chaqueta rota; en una pierna tenía atada una tira de tela rasgada, y Gabriel le estaba dibujando en el brazo lo que seguramente era una runa curativa.

Henry hundió el rostro en el cuello de Charlotte y le murmuró frases tranquilizadoras mientras las lágrimas se deslizaban por el rostro de su esposa. Will los miró a ellos y luego a su hermana.

—Jem —dijo, y el nombre era una pregunta.

—Ha ido detrás de Tessa —contestó Cecily. Estaba mirando a Jessamine, con una expresión en la que se mezclaban la lástima y el horror.

Una luz blanca pareció destellar en los ojos del chico.

—¿Ha ido detrás de Tessa? ¿Qué quieres decir?

—Uno... uno de los autómatas la ha agarrado y la ha metido dentro de un carruaje —respondió su hermana, titubeando ante la fiereza del tono de Will—. Ninguno de nosotros la ha podido seguir. Las criaturas nos bloqueaban el paso. Luego, Jem ha salido corriendo. He supuesto...

Will notó que había apretado las manos, de forma totalmente inconsciente, alrededor del brazo de Jessamine, dejándole unas marcas lívidas en la piel.

—Que alguien coja a Jessamine —pidió con voz jadeante—. Debo ir tras ellos.

—Will, no... —comenzó Charlotte.

—Charlotte. —La palabra le salió del alma—. Debo ir...

Se oyó un clac: el ruido de la verja del Instituto al cerrarse de golpe. Will alzó la cabeza y vio a Jem.

La verja se había cerrado justo tras él, y se aproximaba a ellos. Caminaba lentamente, como si estuviera borracho o herido, y al acercarse, Will vio que estaba cubierto de sangre. La sangre negra de los autómatas, pero también un montón de sangre roja, en la camisa, manchándole la cara, las manos y el pelo.

Llegó junto a ellos y se detuvo de golpe. Tenía el mismo aspecto que había tenido Thomas cuando Will lo había encontrado en la escalera que daba al Instituto, sangrando y casi muerto.

—¿James? —preguntó Will.

Esa única palabra lo preguntaba todo.

—Se la han llevado —contestó éste en un tono neutro—. He corrido detrás del carruaje, pero iba ganando velocidad y no he logrado correr tan de prisa. Lo he perdido cerca de Temple Bar. —Su mirada se posó en Jessamine, pero ni siquiera pareció ver el cuerpo de la chica, o a Will sujetándola, o nada más—. Si hubiera podido correr más rápido... —dijo y luego se dobló por la mitad como si le hubieran golpeado, mientras sufría un acceso de tos. Se desplomó sobre las rodillas y los codos,

salpicando de sangre el suelo que lo rodeaba. Arañó la piedra con los dedos. Luego rodó sobre la espalda y se quedó inmóvil.

COMO AGUA SOBRE LA ARENA

Porque me maravillé que otros, sujetos a la muerte, vi vieran, ya que aquel al que yo amaba como si nunca debiera morir, estaba muerto; y me maravillé aún más de que yo, que para él era como un segundo yo, pudiera vivir, habiendo muerto él. Bien dijo uno de sus amigos: «Eres la mitad de mi alma»; porque sentía que su alma y mi alma eran «un alma en dos cuerpos» y, por tanto, mi vida se convirtió en un horror para mí, porque no quería vivir sólo a medias. Y al mismo tiempo temía morir, no fuera que aquel al que yo tanto amaba muriera por entero.

SAN AGUSTÍN, *Confesiones, Libro IV*

Cecily abrió la puerta del dormitorio de Jem con la punta de los dedos y miró hacia el interior.

La habitación estaba en silencio, pero llena de movimiento. Dos Hermanos Silenciosos se hallaban junto al lecho, con Charlotte entre ellos. Ésta tenía el rostro tenso y surcado de lágrimas. Will estaba arrodillado junto a la cama, aún con la ropa manchada de sangre de la pelea en el patio. Apoyaba la cabeza sobre los brazos cruzados, y parecía estar rezando. Se lo veía joven, vulnerable y desesperado, y a pesar de sus sentimientos encontrados, una parte de Cecily ansiaba entrar en la sala y consolarlo.

Vio el cuerpo quieto y blanco que yacía en la cama, y se encogió asustada. Llevaba allí muy poco tiempo; no sentía nada excepto que se estaba entrometiendo en el dolor y la pena de los habitantes del Instituto.

Pero debía hablar con Will. No podía evitarlo. Avanzó...

Y notó una mano en el hombro que tiraba de ella hacia atrás. Se dio con la espalda en la pared del pasillo, y Gabriel Lightwood la soltó al instante.

Ella lo miró sorprendida. Se le veía agotado, con sombras alrededor de los verdes ojos y restos de sangre en el cabello y en los puños. Tenía el cuello de la camisa húmedo. Sin duda acababa de salir de la habitación de su hermano. Lo habían herido gravemente en la pierna, y aunque los *iratzes* le habían ayudado, se había puesto de manifiesto que su poder curativo tenía un límite. Tanto Sophie como Gabriel le habían asistido en su habitación, aunque él había protestado constantemente diciendo que toda la ayuda disponible debía dedicarse a Jem.

—No entre ahí —dijo Gabriel a Cecily en voz baja—. Están tratando de salvar a Jem. Su hermano necesita estar ahí para él.

—¿Estar ahí para él? ¿Y qué puede hacer? Will no es médico.

—Incluso inconsciente, James sacará fuerzas de su *parabatai*.

—Necesito hablar con Will sólo un momento.

Gabriel se pasó la mano por el alborotado cabello.

—No lleva mucho tiempo con los cazadores de sombras —indicó—. Puede que no lo entienda. Perder a tu *parabatai*... no es cualquier cosa. Lo consideramos tan serio como perder a un esposo, o a un hermano. Es como si fuera usted quien estuviera tendida en esa cama.

—A Will no le importaría tanto si fuera yo.

Gabriel resopló.

—Su hermano no se habría preocupado tanto de alejarme de usted si no la quisiera, señorita Herondale.

—No, no le gusta usted mucho. ¿Por qué? ¿Y por qué me está dando consejos sobre él ahora? A usted tampoco le gusta Will.

—No —repuso Gabriel—. No es exactamente así. No me gusta Will Herondale. Hace años que nos aborrecemos. Lo cierto es que una vez me rompió el brazo.

—¿De verdad? —Cecily alzó las cejas sin querer.

—Y, sin embargo, estoy comenzando a ver que muchas cosas que siempre pensé que eran ciertas no lo son. Y Will es una de ellas. Estaba seguro de que era un canalla, pero Gideon me ha hablado de él, y empiezo a entender que tiene un sentido del honor muy peculiar.

—Y eso se ha ganado su respeto.

—Deseo respetarlo. Deseo comprenderlo. Y James Carstairs es uno de los mejores de nosotros; incluso si odiara a Will, querría evitarle este dolor, por el bien de Jem.

—Lo que tengo que decirle a mi hermano —repuso Cecily—, Jem habría querido que se lo dijera. Es importante. Y sólo será un momento.

Gabriel se frotó las sienes. Era tan alto que parecía alzarse como una torre ante Cecily, aunque era muy delgado. Tenía un rostro anguloso, no muy hermoso, pero sí elegante, con el labio inferior con la forma exacta de un arco.

—Muy bien —repuso finalmente—. Entraré y le diré que salga.

—¿Por qué usted y no yo?

—Si está enfadado, si está cargado de dolor, es mejor que lo vea yo, y que él esté furioso conmigo y no con usted —explicó Gabriel como si nada—. Confío en lo que dice, señorita Herondale, de que lo que tiene que decirle es importante. Espero que no me decepcione.

Ella no contestó, se limitó a observar al chico Lightwood abrir la puerta de la habitación y entrar. Ella se apoyó en la pared, con el corazón acelerado, mientras un murmullo de voces se alzaba en el cuarto. Oyó a Charlotte decir algo sobre las runas para reemplazar la sangre, que al parecer eran peligrosas, y luego se abrió la puerta y salió Gabriel.

Cecily se irguió.

—¿Will va a...?

Él le lanzó una breve mirada y, un momento después, su hermano apareció en el pasillo, casi detrás de Gabriel, y cerró la puerta firmemente a su espalda. Gabriel saludó a Cecily con una inclinación de cabeza y se marchó por el pasillo, para dejarla a solas con su hermano.

Lo cierto era que Cecily siempre se había preguntado cómo se podía estar sola con otra persona. Si en realidad estabas con alguien, ¿no estabas acompañado por definición? Pero en ese momento se sentía del todo sola, porque Will parecía estar completamente en otro lugar, aunque no parecía enfadado. Se apoyó contra la pared junto a ella y, aun así, se veía tan insustancial como un fantasma.

—Will —comenzó ella.

Él no parecía oírla. Estaba temblando, las manos se le agitaban del esfuerzo y la tensión.

—Gwilym Owain —dijo ella, más suavemente.

Él volvió la cabeza para mirarla, aunque sus ojos eran tan azules y fríos como el agua de Llyn Mwyngil en el abrigo del bosque.

—Cuando llegué aquí, tenía doce años —dijo él.

—Lo sé —repuso Cecily, sorprendida. ¿Acaso creía que podría haberlo olvidado? ¿Perder a Ella y después a Will, su querido hermano mayor, en cuestión de días? Pero Will ni siquiera parecía escucharla.

—Fue, para ser exactos, el diez de noviembre de ese año. Y todos los años después, cuando llega ese día, suelo caer en la desesperación. Era ese día, y el de mi cumpleaños, cuando recordaba más a mamá y a papá, y a ti. Sabía que estabas viva, que estabas ahí fuera, que querías que yo volviera, y que yo no podía ir, ni siquiera podía enviarte una carta. Las escribí a docenas, claro, y las quemé. Debías de odiarme y culparme de la muerte de Ella.

—Nunca te culpamos...

—Pasado el primer año, y aunque aún temía que llegara el día, comencé a encontrar que había algo que Jem tenía que hacer sin falta todos los diez de noviembre, algún ejercicio o alguna búsqueda que nos llevara a la otra punta de la ciudad bajo el tiempo frío y lluvioso. Y yo le insultaba por eso. A veces, el frío húmedo lo hacía enfermar, o se olvidaba de tomar sus drogas y se ponía enfermo inmediatamente, al toser expulsaba sangre y acababa postrado en cama, y eso también era una distracción. Y sólo después de que pasara tres veces, porque soy estúpido, Cecy, y sólo pienso en mí, me di cuenta de que claramente lo estaba haciendo por mí. Se había fijado en la fecha y lo hacía todo por mí, para arrancarme de mi melancolía.

Cecily se quedó inmóvil contemplándolo. A pesar de las palabras que le repicaban en la cabeza para ser dichas, no pudo hablar, porque era como si un velo alzado durante años hubiera caído y estuviera viendo a su hermano por fin, como había sido de niño, cuidándola torpemente cuando se hería, durmiéndose en la alfombra ante el fuego con un libro abierto sobre el pecho, saliendo del estanque riendo y sacudiéndose el agua del negro cabello. Will, sin ningún muro entre él y el mundo exterior.

Él se rodeó con los brazos como si tuviera frío.

—No sé quién ser sin él —continuó—. Tessa no está, y cada momento que falta es como un cuchillo que me atraviesa desde dentro. No está y no puedo localizarla, y no tengo ni idea de adónde ir o qué hacer, y la única persona a la que me imagino explicándole mi agonía es justo la persona que no la puede saber. Incluso si no se estuviera muriendo.

—Will. Will. —Le puso la mano sobre el brazo—. Escúchame, por favor. Lo importante es encontrar a Tessa. Creo que sé dónde está Mortmain.

Él la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Y cómo puedes saber tú eso?

—Estaba lo suficientemente cerca de ti para oír lo que te dijo Jessamine antes de morir —contestó la chica, que notaba cómo la sangre le bombeaba a su hermano en la mano, bajo la piel. El corazón le golpeaba dentro del pecho—. Dijo que eres un galés terrible.

—¿Jessamine? —Will parecía perplejo, pero ella vio cómo entrecerraba levemente los ojos. Quizá, de forma inconsciente, estaba comenzando a seguir la misma línea de pensamiento que ella.

—Repetía que Mortmain estaba en Idris. Pero la Clave sabe que no —añadió Cecily rápidamente—. No conocías a Mortmain cuando éste vivía en Gales, pero yo sí. Conoce muy bien el país. Y hubo un tiempo en que tú también. Crecimos bajo la sombra de una montaña, Will. Piensa.

La miró fijamente.

—¿No creerás... Cadair Idris?

—Conocemos esas montañas, Will —repuso Cecily—. Y a él le parecería muy divertido, una gran burla a ti y a todos los nefilim. Él se la ha llevado exactamente al lugar del que tú huiste. La ha llevado a nuestra casa.

—¿Una tisana? —preguntó Gideon, mientras cogía el humeante tazón que le entregaba Sophie—. Me siento como un niño de nuevo.

—Lleva especias y vino. Le hará bien. Es bueno para la sangre. —La sirvienta, sin mirar a Gideon directamente, dejó la bandeja que llevaba en la mesilla de noche junto a la cama. Él estaba sentado con una de las perneras del pantalón cortada por debajo de la rodilla y la pierna vendada. Aún estaba despeinado por la pelea, y aunque se había puesto ropa limpia, seguía oliendo a sangre y sudor.

—Esto es bueno para la sangre —replicó él, y le mostró el brazo, donde tenía dibujadas dos runas de sangre de repuesto, *sangliers*.

—¿Debo suponer que eso significa que tampoco le gustan las tisanas? —preguntó ella, con los brazos en jarras.

Aún recordaba lo mucho que se había enfadado por los pastelillos, pero le había perdonado completamente la noche anterior, mientras leía su carta al Cónsul (que aún no había tenido oportunidad de enviar; seguía en el bolsillo de su delantal manchado de sangre). Y ese día, cuando el autómata le había hecho un tajo en la pierna en los escalones del Instituto y él había caído, con la sangre manando de la herida abierta, Sophie había sentido un terror que hasta la había sorprendido.

—A nadie le gustan las tisanas —contestó él con una leve sonrisa, totalmente encantadora.

—¿Debo quedarme y asegurarme de que se la bebe, o la va a tirar debajo de la cama? Porque luego tendremos ratones.

Él tuvo la decencia de parecer avergonzado; a Sophie le habría gustado estar ahí cuando Bridget había entrado en el dormitorio y había anunciado que había ido allí para retirar los pastelillos de debajo de la cama.

—Sophie —dijo Gideon, y cuando ella lo miró con severidad, él se tomó un rápido sorbo de tisana—. Señorita Collins. Aún no he tenido la oportunidad de disculparme adecuadamente, así que permítame hacerlo ahora. Por favor, perdóneme por haberle jugado una mala pasada con los pastelillos. No pretendía faltarle al respeto. Espero que no suponga que la tengo en menor estima por su posición en la casa, porque es usted una de las damas mejores y más valientes que he tenido el placer de conocer. Sophie bajó las manos de las caderas.

—Bueno —contestó. No muchos caballeros pedirían disculpas a una criada—. Es una disculpa muy bonita.

—Y estoy seguro de que los pastelillos eran muy buenos —añadió él apresuradamente—. Pero es que no me gustan los pastelillos. Nunca me han gustado los pastelillos. No es por sus pastelillos.

—Por favor, señor Lightwood, deje de decir la palabra «pastelillo».

—Muy bien.

—Y no eran mis pastelillos; los había hecho Bridget.

—Muy bien.

—Y no se está bebiendo su tisana.

Él abrió la boca; luego la cerró rápidamente y alzó la taza. Cuando la miró por encima del borde, ella suavizó la expresión y le sonrió. Los ojos de Gideon se iluminaron.

—Muy bien —dijo Sophie—. No le gustan los pastelillos. ¿Y qué tal el bizcocho?

Era el principio de la tarde, y un débil sol estaba en lo alto del cielo. Alrededor de una docena de cazadores de sombras del Enclave y varios Hermanos Silenciosos se hallaban repartidos por los terrenos del Instituto. Antes se habían llevado los cadáveres de Jessamine y del Hermano Silencioso cuyo nombre Cecily no había llegado a saber. Oía voces en el patio, y el resonar del metal, mientras el Enclave rebuscaba entre los restos de los autómatas atacantes.

En el salón, sin embargo, el sonido más fuerte era el tictac del reloj de pared del rincón. Las cortinas estaban abiertas, y bajo la pálida luz del sol, el Cónsul fruncía el cejo, con los gruesos brazos cruzados sobre el pecho.

—Esto es una locura, Charlotte —dijo—. Una locura absoluta, y basada en las imaginaciones de una niña.

—No soy una niña —replicó Cecily. Se hallaba sentada junto a la chimenea, en el mismo sillón en el que Will se había quedado dormido la noche anterior; ¿sólo había pasado tan poco tiempo? Will se hallaba junto a ella, echando chispas. No se había cambiado de ropa. Henry estaba en el dormitorio de Jem con los Hermanos Silenciosos; Jem no había recuperado la conciencia, y únicamente la llegada del Cónsul había apartado a Charlotte y a Will de su lado—. Y mis padres conocían a Mortmain, como usted bien sabe. Nos dio Ravenscar Manor cuando mi padre tuvo... cuando perdimos nuestra casa de Dolgellau.

—Es cierto —aseguró Charlotte, que se hallaba detrás del escritorio, con varios papeles esparcidos ante ella—. Este verano te hablé de eso, y de lo que Ragnor Fell me había dicho sobre los Herondale.

Will sacó el puño del bolsillo del pantalón y miró furioso al Cónsul.

—¡Darle esa casa a mi familia fue una burla de Mortmain! Jugó con nosotros. ¿Por qué no iba a proseguir con esa burla de este modo?

—Mira, Josiah —intervino la directora, y señaló uno de los papeles que tenía ante ella en el escritorio. Un mapa de Gales—. Hay un Lago Lyn en Idris, y aquí, un lago Tal-y-Llyn, al pie de Cadair Idris...

—Llyn significa «lago» —explicó Cecily en un tono exasperado—. Y le llamamos Llyn Mwyngil, aunque algunos los llaman Taly-Llyn...

—Y seguramente hay otros lugares en el mundo con el nombre de Idris —replicó el Cónsul, antes de parecer darse cuenta de que estaba discutiendo con una chica de quince años y sosegarse.

—Pero éste significa algo especial —insistió Will—. Dicen que los lagos alrededor de la montaña no tienen fondo, que la propia montaña está hueca y dentro duermen los C[^]wn, los Sabuesos del Submundo.

—La Cacería Salvaje —dijo Charlotte.

—Sí. —Will se peinó hacia atrás con los dedos—. Somos nefilim. Creemos en las leyendas y los mitos. Todas las historias son ciertas. ¿Dónde mejor que en una montaña hueca ya asociada con la magia negra y los portentos de la muerte podría ocultarse con sus artefactos? A nadie le resultaría extraño si se oyeran ruidos raros procedentes de la montaña, y ningún lugareño iría a investigar. ¿Dónde más podría estar por aquí? Siempre me he preguntado por qué se tomó un interés particular por mi familia. Quizá fuera simple proximidad; la oportunidad de fastidiar a una familia nefilim. No habría podido resistirse. El Cónsul estaba apoyado en el escritorio, con los ojos clavados en el mapa que Charlotte tenía bajo la mano.

—No es suficiente.

—¿No es suficiente? Suficiente ¡¿para qué?! —gritó Cecily.

—Para convencer a la Clave. —El Cónsul se incorporó—. Charlotte, tú lo entenderás. Para enviar una fuerza contra Mortmain a partir de la sospecha de que se halla en Gales, tendríamos que convocar una reunión del Consejo. No podemos llevar una pequeña fuerza y arriesgarnos a que nos superen en número, sobre todo esas criaturas... ¿Cuántas había esta mañana cuando os atacaron?

—Seis o siete, sin contar la que se llevó a Tessa —respondió Charlotte—. Creemos que se pueden doblar sobre sí mismas y, por tanto, pudieron caber en los estrechos confines del carruaje.

—Y creo que Mortmain no esperaba que Gabriel y Gideon Lightwood estuvieran con vosotros, y por tanto calculó mal el número de autómatas que necesitaría. De otro modo, sospecho que estaríais todos muertos.

—A la porra con los Lightwood —masculló Will—. Creo que infravaloró a Bridget. Trinchó a esas criaturas como si fueran el pavo de Navidad.

El Cónsul alzó las manos.

—Hemos leído los papeles de Benedict Lightwood. En ellos afirma que el cuartel general de Mortmain está a las afueras de Londres, y que Mortmain pretende enviar una fuerza contra el Enclave...

—Benedict Lightwood se estaba volviendo loco a pasos acelerados cuando escribió eso —le interrumpió la mujer—. ¿Parece probable que Mortmain le confiara sus auténticos planes?

—Benedict no tenía ninguna razón para mentir en sus propios diarios, Charlotte; los que, por cierto, no deberías haber leído. —La voz del Cónsul era agria, pero también terriblemente fría—. Si no estuvieras tan convencida de que debes saber más que el Consejo, los habrías entregado inmediatamente. Tales muestras de desobediencia no me disponen a confiar en ti. Si crees que debes hacerlo, lleva este asunto de Gales ante el Consejo cuando nos reunamos dentro de quince días...

—¿Quince días? —Will alzó la voz; estaba pálido, con manchas rojas sobre las mejillas—. A Tessa se la han llevado hoy. No tiene quince días.

—El Magíster la quería ilesa. Lo sabes, Will —le recordó Charlotte a media voz.

—¡Y también quiere desposarla! ¿No creéis que preferirá la muerte antes de convertirse en su juguete? Mañana podría estar casada...

—¡Y al infierno si lo es! —exclamó el Cónsul—. ¡Una chica, que ni siquiera es nefilim, no es, no puede ser, nuestra prioridad!

—¡Es mi prioridad! —gritó Will.

Se hizo el silencio. Cecily pudo oír el ruido de la leña húmeda chisporroteando en la chimenea. La niebla que se veía a través de las ventanas era de un amarillo oscuro, y el rostro del Cónsul quedaba entre las sombras.

—Pensaba que era la prometida de tu *parabatai* —dijo el Cónsul finalmente—, no la tuya.

Will alzó la barbilla.

—Si es la prometida de Jem, entonces es mi obligación protegerla como si fuera la mía. Eso es lo que significa ser *parabatai*.

—Oh, sí. —La voz del Cónsul estaba cargada de sarcasmo—. Tanta lealtad es encomiable. —Meneó la cabeza—. Los Herondale. Tan tozudos como rocas. Recuerdo cuando tu padre quería casarse con tu

madre. Nada podía disuadirlo, aunque ella no era una candidata para la Ascensión. Me había esperado más flexibilidad en sus hijos.

—Nos perdonarás a mi hermana y a mí por no estar de acuerdo —replicó Will—, teniendo en cuenta que si mi padre hubiera sido más flexible, como dices, nosotros no existiríamos.

El Cónsul meneó de nuevo la cabeza.

—Esto es la guerra —aseveró—. No un rescate.

—Y ella no es una simple chica —replicó Charlotte—. Es una arma en manos del enemigo. Te digo que Mortmain pretende usarla contra nosotros.

—¡Ya basta! —El Cónsul cogió su abrigo del respaldo de una silla y se lo puso—. Esto es una conversación inútil. Charlotte, ocúpate de tus cazadores de sombras. —Paseó la mirada por Will y Cecily—. Parecen sobreexcitados.

—Ya veo que no podemos forzar tu cooperación, Cónsul. —El rostro de Charlotte era una pura tormenta—. Pero recuerda que pondré por escrito que te advertí de esta situación. Si al final tenemos razón y se produce un desastre por este retraso, tú serás el responsable de todo lo que suceda.

Cecily esperaba que el Cónsul se enfadara, pero sólo se alzó la capucha, ocultando el rostro.

—Eso es lo que significa ser Cónsul, Charlotte.

Sangre. Sangre en las losas del patio. Sangre manchando la escalera de la casa. Sangre en las hojas del jardín, los restos de lo que una vez había sido el cuñado de Gabriel sobre espesos charcos de sangre medio seca, calientes surtidores de sangre que salpicaban el traje de Gabriel mientras la flecha que acababa de lanzar se clavaba en el ojo de su padre...

—¿Lamentas tu decisión de permanecer en el Instituto, Gabriel? —La voz fría y conocida penetró a través de los pensamientos febriles de éste, quien alzó la mirada con un grito ahogado.

El Cónsul se hallaba sobre él, recortado contra la débil luz del sol. Llevaba un pesado abrigo y guantes, y por su expresión parecía que Lightwood había hecho algo para divertirlo.

—Yo... —El chico tragó aire y se obligó a hablar pausadamente—. No, claro que no.

El Cónsul alzó una ceja.

—Por eso estás agazapado aquí, en el lado de la iglesia, con la ropa manchada de sangre, aterrorizado de que alguien te encuentre.

Gabriel se puso en pie rápidamente, agradecido de tener un muro de piedra detrás que le sirviera de sustento. Miró fijamente al Cónsul.

—¿Está sugiriendo que no he luchado? ¿Que he huido?

—No estoy sugiriendo tal cosa —replicó el Cónsul con suavidad—. Sé que estuviste. Sé que tu hermano resultó herido...

Gabriel tragó aire, y el Cónsul lo miró con ojos entrecerrados.

—Ah —dijo—. Así que es eso, ¿no? Viste morir a tu padre, y has pensado que también verías morir a tu hermano, ¿no?

Gabriel quiso arañar el muro que tenía a la espalda. Quiso golpear al Cónsul en su empalagoso rostro con esa expresión de falsa compasión. Quiso correr escaleras arriba y tirarse en la cama de su hermano, negarse a marcharse, como Will se había negado a dejar a Jem hasta que Gabriel lo había obligado. Will era un mejor hermano para Jem de lo que él lo era para Gideon, había pensado con amargura, y ellos no compartían la sangre. En parte era eso lo que le había hecho salir del Instituto, para ir a su escondrijo detrás de los establos. Sin duda, nadie lo buscaría ahí, se había dicho.

Pero se había equivocado. Aunque se equivocaba tan a menudo que qué importaba una vez más.

—Has visto sangrar a tu hermano —continuó el Cónsul—. Y has recordado...

—Yo maté a mi padre —dijo Gabriel—. Yo le clavé una flecha en el ojo, derramé su sangre. ¿Cree que no sé lo que eso significa? Su sangre me llamará desde la tierra, como la sangre de Abel llamó a Caín. Todo el mundo dice que ya no era mi padre, pero eso era todo lo que quedaba de él. Había sido un Lightwood. Y Gideon podría haber muerto hoy. Perderle también...

—¿Ves lo que quería decir —repuso el Cónsul— cuando te hablé de Charlotte y de que se niega a obedecer la Ley? El coste en vidas que comporta. Hoy podría haber sido la vida de tu hermano la sacrificada a causa de su orgullo desmedido.

—No me parece orgullosa.

—¿Por eso escribisteis esto? —El Cónsul sacó del bolsillo de la chaqueta la primera carta que Gabriel y Gideon le habían enviado. La miró con desprecio y la dejó caer al suelo—. ¿Esta ridícula misiva, pensada para molestarte?

—¿Y funcionó?

Por un momento, Gabriel pensó que el Cónsul iba a pegarle. Pero la expresión de enfado se borró rápidamente del rostro del hombre; cuando volvió a hablar lo hizo con calma.

—Supongo que no debería haber esperado que un Lightwood reaccionara bien al chantaje. Tu padre no lo habría hecho; confieso que pensé que estabas hecho de una pasta más débil.

—Si pretende probar a persuadirme por otro camino, no se moleste —le advirtió Gabriel—. No serviría de nada.

—¿De verdad? ¿Eres tan leal a Charlotte Branwell después de lo que su familia le hizo a la tuya? De Gideon me lo habría esperado; se parece a tu madre. Demasiado confiado por naturaleza. Pero tú no, Gabriel. De ti me esperaba más orgullo de sangre.

Éste dejó caer la cabeza contra la pared.

—No había nada —explicó—. ¿Lo entiende? No había nada en la correspondencia de Charlotte que pudiera interesarle a usted, ni interesar a nadie. Nos dijo que nos destruiría totalmente si no le informábamos de sus actividades, pero no había nada de lo que informar. No nos dejó elección.

—Podrías haberme dicho la verdad.

—Usted no quería oírla —replicó Gabriel—. No soy estúpido, y mi hermano tampoco. Quiere que aparten a Charlotte de la dirección del Instituto, pero no quiere que quede muy claro que sea su mano la que la aparta. Desearía descubrir que está involucrada en algún asunto ilegal. Pero la verdad es que no hay nada que descubrir.

—La verdad es maleable. La verdad puede ser descubierta, cierto, pero también se puede crear.

Gabriel miró rápidamente al Cónsul al rostro.

—¿Preferiría que le hubiera mentido?

—Oh, no —contestó el hombre—. No a mí. —Le puso una mano en el hombro—. Los Lightwood siempre han tenido honor. Tu padre cometió errores. Tú no deberías pagar por ellos. Déjame devolvarte lo que has perdido. Déjame devolvarte Lightwood House, el buen nombre de tu familia. Podrías vivir en la casa con tu hermano y tu hermana. No necesitarías seguir dependiendo de la caridad del Enclave. «Caridad». Una palabra amarga. Gabriel pensó en la sangre de su hermano sobre las losas del Instituto. Si Charlotte no hubiera sido tan tonta, tan decidida a acoger a la chica cambiante en el seno del Instituto a pesar de todas las objeciones de la Clave y del Cónsul, el Magíster nunca habría enviado sus fuerzas contra el Instituto. La sangre de Gideon no se habría derramado.

«De hecho —le susurró una vocecilla en su interior—, de no haber sido por Charlotte, el secreto de mi padre habría continuado siendo secreto». Benedict no se habría visto obligado a traicionar al Magíster. No habría perdido la fuente de la droga que mantenía a raya la *astriola*. Tal vez nunca se habría transformado. Sus hijos quizá nunca habrían conocido sus pecados. Los Lightwood habrían seguido en la bendita ignorancia.

—Gabriel —dijo el Cónsul—. Esta oferta es sólo para ti. Debes mantenerla en secreto a tu hermano. Es como tu madre, demasiado leal. Leal a Charlotte. Su errónea lealtad puede que diga mucho de él, pero no nos ayudará a nosotros. Dile que me he cansado de sus bromas; dile que ya no deseo que hagáis nada. Sabes mentir —sonrió con acritud—, y estoy seguro de que puedes convencerle. ¿Qué me dices? Gabriel apretó los dientes.

—¿Qué quiere que haga?

Will se removió en el sillón junto a la cama de Jem. Llevaba horas ahí, y tenía la espalda agarrotada, pero se negaba a moverse. Siempre existía la posibilidad de que Jem se despertara, y esperaría que él estuviera ahí.

Al menos, no hacía frío. Bridget había encendido el fuego en la chimenea; la leña húmeda chisporroteaba y restallaba, y de vez en cuando lanzaba chispas. Al otro lado de la ventana, la noche era oscura, sin rastro de azul o de nubes, sólo un negro uniforme como si el vidrio estuviera junto a él.

El violín de Jem estaba apoyado al pie de la cama, y su bastón, aún pringoso de sangre de la escaramuza en el patio, se hallaba junto a él. Jem yacía inmóvil, medio incorporado sobre las almohadas, sin nada de color en el rostro. Will sintió como si lo estuviera viendo por primera vez después de una larga ausencia, en ese breve momento en que se notan los cambios en los rostros conocidos antes de que vuelvan a formar parte del escenario de la propia vida. Jem estaba tan delgado... ¿Cómo era que Will no lo había notado? Sin la más mínima carne superflua sobre los huesos de las mejillas, el mentón o la frente, todo él ángulos y huecos. Los cerrados párpados tenían un leve brillo azulado, igual que la boca. Las clavículas se le curvaban como la proa de un barco.

Will se regañó a sí mismo. ¿Cómo no se había dado cuenta durante todos esos meses de que Jem se estaba muriendo, tan rápido, tan pronto? ¿Cómo no había visto la guadaña y las sombras?

—Will. —Un susurro desde la puerta. Él alzó la vista y vio a Charlotte, con la cabeza en el hueco—. Hay... alguien que ha venido a verte.

Will parpadeó mientras Charlotte se retiraba y Magnus Bane pasaba a su lado y entraba en la habitación. Por un momento, al chico no se le ocurrió nada que decir.

—Dice que le has llamado —añadió la directora, no muy convencida. Magnus, con aire de indiferencia, esperó vestido con un traje gris ceniza. Se estaba sacando lentamente los guantes, de cabritilla de color gris oscuro, de sus delgadas manos marrones.

—Sí que lo he llamado —confirmó Will, que se notaba como si acabara de despertar—. Muchas gracias, Charlotte.

Ella le lanzó una mirada que mezclaba la compasión con el implícito mensaje de «Bajo tu responsabilidad, Will Herondale», y se marchó después de cerrar la puerta de un modo muy significativo.

—Has venido —dijo Will, sabiendo que sonaba estúpido. Nunca le había gustado cuando la gente decía obviedades en alto, y él lo estaba haciendo en ese momento. No se podía quitar de encima la sensación de total confusión. Ver a Magnus allí, en medio del dormitorio de Jem, era como ver a un caballero hada en medio de los abogados de blancas pelucas del Old Bailey.

Magnus dejó los guantes sobre la mesa y fue hacia la cama. Se apoyó con la mano en uno de los postes mientras miraba a Jem, tan inmóvil y blanco que podría haber sido una estatua tallada sobre una tumba.

—James Carstairs —murmuró por lo bajo como si esas palabras tuvieran algún poder mágico.

—Se está muriendo —le informó Will.

—Eso es evidente. —Podría parecer frío, pero había toda la tristeza del mundo en la voz de Magnus, una tristeza que a Will le resultó sorprendentemente familiar—. Pensaba que creías que le quedaban unos días, incluso quizá una semana.

—No es sólo la falta de droga —explicó Will en una voz que parecía oxidada; se aclaró la garganta—. Lo cierto es que tenemos un poco y se la hemos administrado. Pero esta tarde ha habido una pelea; ha perdido sangre y se ha debilitado. Me temo que no tiene fuerzas suficientes para recuperarse.

Magnus alzó la mano de Jem con gran cuidado. Tenía morados en los pálidos dedos, y las venas azules corrían como un mapa de ríos bajo la traslúcida piel de la muñeca.

—¿Sufre?

—No lo sé.

—Quizá lo mejor sería dejarlo morir. —Magnus miró a Will, con ojos de un oscuro dorado verdoso—. Toda vida es finita, Will. Y sabías, cuando lo elegiste a él, que moriría antes que tú.

Will miró hacia el frente. Se sentía como si estuviera cayendo por un túnel oscuro, sin final, sin paredes a las que agarrarse para frenar la caída.

—Si crees que sería lo mejor para él...

—Will. —La voz de Magnus era amable, pero urgente—. ¿Me has hecho llamar porque pensabas que podía ayudarlo?

Will lo miró sin verlo.

—No sé por qué te he llamado —respondió—. No creo que sea porque creyera que podrías hacer algo. Me parece que más bien he pensado que tú serías el único que podría entenderlo.

Magnus pareció sorprendido.

—¿El único que podría entenderlo?

—Has vivido durante tanto tiempo... —contestó Will—. Debes de haber visto morir a muchos, a mucha gente que querías. Y, sin embargo, has sobrevivido y seguido adelante.

Magnus seguía mirándolo perplejo.

—Me has llamado... un brujo en el Instituto, justo después de una pelea en la que casi habéis muerto todos... ¿para hablar?

—Me resulta fácil hablar contigo —respondió Will—. No sé por qué razón.

Magnus meneó la cabeza lentamente, y se apoyó en el poste de la cama.

—Eres tan joven... —musitó—. Pero, claro, no creo que ningún cazador de sombras me haya llamado antes sólo para que le acompañe a velar por la noche.

—No sé qué hacer —confesó Will—. Mortmain se ha llevado a Tessa, y ahora creo que sé dónde puede estar. Una parte de mí sólo quiere ir tras ella. Pero no puedo dejar a Jem. Hice un juramento. ¿Y si se despierta y no me ve aquí? —Se le veía tan perdido como a un bebé—. Creerá que lo he abandonado voluntariamente, sin importarme que se estuviera muriendo. No lo sabrá. Y, no obstante, si pudiera hablar, ¿no me diría que fuera a buscar a Tessa? ¿No es eso lo que quería? —Will ocultó el rostro entre las manos—. No lo sé, y eso me está destrozando por dentro.

El brujo lo miró en silencio durante un largo momento.

—¿Sabe él que estás enamorado de Tessa?

—No. —Will alzó la cabeza, sorprendido—. No. Nunca he dicho nada. No era una carga que él tuviera que llevar.

Magnus respiró hondo.

—Will —le dijo con amabilidad—. Me has pedido consejo, como alguien que ha vivido durante muchas vidas y ha enterrado a muchos amantes. Puedo decirte que el final de una vida es la suma del amor que se ha vivido, que sea lo que sea que creas que has jurado, estar aquí al final de la vida de Jem no es lo importante. Lo importante ha sido estar aquí en cualquier otro momento. Desde que lo conociste, nunca lo has dejado y lo has amado siempre. Eso es lo que importa.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Will, y luego—: ¿Por qué eres tan amable conmigo? Aún te debo un favor, ¿no? Lo recuerdo, ¿sabes?, aunque nunca me lo has exigido.

—¿No? —se hizo el sorprendido Magnus, y luego le sonrió—. Will, tú me tratas como un ser humano, una persona como tú; raro es el cazador de sombras que trata así a un brujo. No soy tan cruel como para exigir que un muchacho con el corazón roto me devuelva un favor. Y un muchacho que creo, por cierto, que será un muy buen hombre algún día. Así que te diré una cosa. Me quedaré aquí cuando te marches, y vigilaré a tu Jem por ti, y si se despierta, le diré adónde has ido y que ha sido por él. Y haré lo que pueda para mantenerle con vida: no tengo *yin fen*, pero tengo magia, y quizá pueda encontrar algo en algún viejo libro de hechizos que pueda ayudarlo.

—Lo consideraré un gran favor —aseguró Will.

Magnus se quedó mirando a Jem. Y la tristeza se le marcó en el rostro, en ese rostro que por lo general era tan alegre, o sarcástico, o indiferente; esa tristeza sorprendió a Will.

—«Porque ¿por dónde ha penetrado esa antigua pena con tanta facilidad hasta lo más profundo, que he vertido mi alma sobre el polvo, al amar a alguien que debe morir?» —recitó Magnus.

Will lo miró.

—¿Qué es eso?

—*Confesiones*, de san Agustín —contestó Magnus—. Me has preguntado cómo, siendo inmortal, he sobrevivido a tantas muertes. No hay ningún gran secreto. Soportas lo insoportable, y resistes. Eso es todo. —Se apartó de la cama—. Te dejaré un momento a solas con él, para que le digas adiós como quieras. Me encontrarás en la biblioteca.

Will asintió, sin palabras, mientras Magnus recogía los guantes, iba a la puerta y salía. A Will le daba vueltas la cabeza.

Miró de nuevo a Jem, inmóvil en la cama.

«Debo aceptar que esto es el fin —pensó, e incluso sus pensamientos le resultaban huecos y distantes—. Debo aceptar que Jem nunca volverá a mirarme, nunca volverá a hablarme. Soportas lo insoportable, y resistes. Eso es todo».

Pero, aun así, no le parecía real; era como un sueño. Se puso en pie y se inclinó sobre Jem. Acarició con suavidad la mejilla de su *parabatai*. Estaba fría.

«*Atque in perpetuum, frater, ave atque vale* —susurró. Las palabras del poema nunca le habían parecido más adecuadas—. Por siempre jamás, mi hermano, saludos y adiós».

Will comenzó a incorporarse, a dar la espalda a la cama. Mientras lo hacía, notó algo que se le cerraba en la muñeca. Miró hacia abajo y vio la mano de Jem rodeándole la suya. Durante un momento se quedó demasiado impresionado para hacer nada más que mirar.

—Aún no estoy muerto, Will —dijo Jem con un hilillo de voz, fino pero fuerte como un alambre—. ¿Qué quería decir Magnus al preguntarte si yo sabía que estás enamorado de Tessa?

TEMEROSO DE LA NOCHE

Aunque mi alma se ponga en tinieblas, se alzaré en perfecta luz; he amado mucho las estrellas para ser temeroso de la noche.

SARAH WILLIAMS, «El viejo astrónomo»

—¿Will?

Después de tanto rato de silencio, de sólo oír la respiración de Jem, inhalando y espirando trabajosamente, Will pensó por un momento que estaba imaginando la voz de su mejor amigo hablándole desde la penumbra. Pero Jem le estaba soltando la muñeca, y Will se dejó caer en el sillón junto a la cama. El corazón le golpeaba dentro del pecho, tanto por alivio como por un miedo espantoso.

Jem volvió la cabeza hacia él, apoyada en la almohada. Tenía los ojos oscurecidos, su color plata absorbido por el negro. Por un momento, los dos jóvenes se miraron. Era como la calma justo antes de la tempestad, pensó Will, cuando el pensamiento desaparecía y la inevitabilidad lo reemplazaba.

—Will —repitió Jem, y tosió, llevándose la mano a la boca. Cuando la apartó, tenía sangre en los dedos—. ¿Acaso he... he estado soñando?

Su amigo se puso recto. La voz de Jem había sonado tan clara, tan segura. «¿Qué quería decir Magnus al preguntarte si yo sabía que estás enamorado de Tessa?» Pero era como si ese momento de fuerza hubiera desaparecido, y sólo pareciera mareado y confuso.

¿Realmente habría oído lo que le había dicho Magnus? Y en tal caso, ¿existía la posibilidad de hacerlo pasar por un sueño, por una febril alucinación? Esa idea provocó en Will una mezcla de alivio y decepción.

—¿Soñando con qué?

Jem se miró la mano ensangrentada, y lentamente la cerró en un puño.

—La pelea en el patio. La muerte de Jessamine. Y se la han llevado, ¿verdad? A Tessa.

—Sí —susurró Will, y repitió las palabras que Charlotte le había dicho antes—. Sí, pero no creo que le hagan daño. Recuerda, Mortmain la quería ilesa.

—Debemos encontrarla. Lo sabes, Will. Debemos... —Jem se sentó trabajosamente, y al instante comenzó a toser. La sangre salpicó la blanca colcha. Will sujetó a Jem por los frágiles hombros hasta que acabó el acceso; luego cogió una de las toallitas húmedas de la mesilla de noche y comenzó a limpiarle las manos. Cuando fue a limpiarle la sangre del rostro, Jem le arrebató la toallita de la mano y lo miró muy serio—. No soy un niño, Will.

—Lo sé. —Will apartó las manos. No se las había lavado desde la pelea en el patio, y la sangre seca de Jessamine se le mezcló con la fresca de Jem en los dedos.

Jem respiró hondo. Tanto Will como él esperaron a ver si tenía otro ataque de tos, y cuando no fue así, habló:

—Magnus ha dicho que estás enamorado de Tessa. ¿Es cierto?

—Sí —contestó Will, con la sensación de estar cayendo por un barranco—. Sí, es cierto.

Los ojos de Jem se veían grandes y luminosos en la penumbra.

—¿Y ella te ama?

—No. —A Will se le quebró la voz—. Le dije que la amaba, y ella no vaciló ni un momento. Es a ti a quien ama.

Jem relajó la mano con la que había estado agarrando con fuerza la colcha.

—Le dijiste que estabas enamorado de ella.

—Jem...

—¿Cuándo fue, y a qué excesos de desesperación te podría haber llevado?

—Fue antes de que os prometierais. El día que descubrí que no estaba maldito. —Will hablaba a trompicones—. Fui a verla y le dije que la amaba. Ella fue tan amable como pudo al decirme que te amaba a ti y no a mí, y que estabais prometidos. —Will bajó la mirada—. No sé si esto te sirve de algo, Jem, pero la verdad es que no tenía ni idea de que tú la amabas. Estaba totalmente obsesionado con mis propios sentimientos.

Jem se mordisqueó el labio inferior, y su blanca piel ganó algo de color.

—Y... perdóname por preguntártelo: ¿no es un enamoramiento pasajero, un aprecio temporal? —Se interrumpió al ver el rostro de Will—. No —murmuró—. Ya veo que no.

—La amo tanto que cuando me aseguró que ella sería feliz contigo, me juré a mí mismo que nunca volvería hablar de ello, nunca le expresaría mi amor ni de palabra ni de obra, nunca ni una acción ni una frase estropearía su felicidad. Mis sentimientos no han cambiado, y os quiero lo suficiente a ti y a ella como para no decir nada que pudiera amenazar lo que habíais encontrado. —Las palabras le brotaban de los labios; no parecía haber ninguna razón para retenerlas. Si Jem iba a odiarle, le odiaría por la verdad, no por una mentira.

Jem parecía anonadado.

—Lo siento tanto, Will... Lo siento mucho, mucho. Ojala lo hubiera sabido.

Will se hundió en el sillón.

—¿Y qué habrías hecho?

—Podría haber roto el compromiso...

—¿Y romperos también el corazón a ambos? ¿En qué me habría beneficiado? Eres como la mitad de mi alma, Jem. No podría ser feliz si tú eres infeliz. Y Tessa... te ama a ti. ¿Qué clase de monstruo horrible sería yo, si disfrutara causando un gran dolor a las dos personas que más amo sólo para tener la satisfacción de saber que si Tessa no puede ser mía, no sería de nadie?

—Pero eres mi *parabatai*. Si tú sufres, yo quiero evitarlo...

—Esto —repuso Will— es una de las pocas cosas en la que no me puedes ayudar.

Jem negó con la cabeza.

—Pero ¿cómo no lo he notado? Te dije que veía que los muros que te rodeaban el corazón estaban cayendo. Pensé... pensé que sabía por qué; te dije que siempre había cargado con un peso, y sabía que habías ido a ver a Magnus. Pensé que quizá habrías empleado su magia para librarte de alguna culpa imaginaria. Si hubiera sabido que era por Tessa, debes saberlo, Will, nunca le habría dado a conocer mis sentimientos.

—¿Y cómo ibas a imaginártelo? —Aunque se sentía muy desgraciado, también se sentía libre, como si se hubiera quitado un gran peso de encima—. Hice todo lo que pude para ocultarlo y negarlo. Tú... tú nunca ocultas tus sentimientos. En retrospectiva, era evidente y, sin embargo, no lo vi nunca. Me quedé de piedra cuando Tessa me dijo que estabais prometidos. En mi vida, siempre has sido la fuente de lo bueno. Nunca pensé que podrías ser una fuente de dolor, y así, equivocadamente, nunca se me ocurrió pensar en tus sentimientos. Y por eso estuve tan ciego.

Jem cerró los ojos. Los párpados tenían sombras azuladas.

—Sufro por tu dolor —admitió—. Pero me alegro de que la ames.

—¿Te alegras?

—Lo hace más fácil —contestó Jem—. Pedirte que hagas lo que deseo que hagas: déjame y ve a buscar a Tessa.

—¿Ahora? ¿Así?

Increíblemente, Jem sonrió.

—¿No era lo que ibas a hacer cuando te he cogido la mano?

—Pero... no creía que recuperarías la conciencia. Esto es diferente. No puedo dejarte así, no para que te enfrentes solo a lo que sea que tengas que enfrentarte...

Jem alzó la mano y, por un momento, Will pensó que iba a cogerle la suya, pero en vez de eso le agarró por la manga.

—Eres mi *parabatai* —dijo—. Has dicho que te podía pedir lo que fuera.

—Pero juré quedarme contigo. «Si algo excepto la muerte nos separa a ti y a mí...»

—La muerte nos separará.

—Sabes que la palabras del juramento forman parte de un pasaje más largo —remarcó Will—: «No me ruegues que te deje, o que regrese de buscarte; porque a donde tú vayas, yo iré».

—¡No puedes ir a donde yo voy! —gritó Jem con las fuerzas que le quedaban—. ¡Ni querría que lo hicieras!

—¡Tampoco puedo marcharme y dejarte morir!

Por fin. Will ya lo había dicho, había dicho la palabra, había admitido la posibilidad. Morir.

—Nadie más puede encargarse de esto. —Jem tenía los ojos brillantes, febriles, casi enloquecidos—. ¿Crees que no sé que si tú no vas tras ella nadie lo hará? ¿Crees que no me mata no poder ir, o al menos, acompañarte? —Se inclinó hacia Will. Su piel estaba tan pálida como el nácar de la pantalla de la lámpara, e igual que la lámpara, la luz parecía brillar a través de él desde una fuente interior. Deslizó la mano sobre la colcha—. Cógeme las manos, Will.

Como perdido, éste hizo lo que le pedía. Se imaginó que podía notar un pequeño dolor en la runa de *parabatai* que tenía en el pecho, como si ésta supiera lo que él no y le estaba advirtiéndolo del dolor inminente, un dolor tan grande que no podía imaginar soportarlo y vivir. «Jem es mi gran pecado», le había dicho a Magnus, y ése iba a ser su castigo. Había pensado que perder a Tessa sería su penitencia, no se había planteado cómo sería cuando los hubiera perdido a los dos.

—Will —habló Jem—, durante todos estos años he tratado de darte lo que tú no podías darte a ti mismo.

Will apretó las manos de su amigo, tan delgadas que le recordaron a un puñado de ramitas.

—¿Y qué es?

—La fe —contestó Jem—, porque eras mejor de lo que creías ser. El perdón, porque no era necesario que te castigaras eternamente. Siempre te he querido, Will, hicieras lo que hicieras. Y ahora necesito que hagas por mí lo que yo no puedo hacer. Que seas mis ojos cuando no los tenga. Que seas mis manos cuando no pueda usar las mías. Que seas mi corazón cuando el mío haya cesado de latir.

—No —replicó Will, desesperado—. No, no, no. No seré nada de eso. Tus ojos verán, tus manos sentirán, tu corazón continuará latiendo.

—Pero si no, Will...

—Si pudiera partirme por la mitad, lo haría; una mitad se quedaría aquí contigo y la otra mitad seguiría a Tessa...

—La mitad de ti no nos serviría a ninguno de los dos —repuso Jem—. No puedo confiar en nadie más para que vaya a buscarla, nadie más me daría su vida, como yo lo haría, por ella. Te habría pedido que te hicieras cargo de esta misión incluso si no hubiera conocido tus sentimientos, pero al estar seguro de que la amas tanto como yo... Will, confío en ti por encima de todo, y creo en ti por encima de todo, ya que sé que tu corazón está entrelazado con el mío en este asunto. *Wo men shi jie bai xiong di*; somos más que hermanos, Will. Em prende este viaje y lo harás no por ti solo, sino por los dos.

—No puedo dejarte para que te enfrentes sólo a una muerte sin rostro —susurró Will, pero sabía que estaba vencido; se había agotado la arena de su voluntad.

Jem tocó la runa *parabatai* en el pecho de Will por encima de la fina tela del pijama.

—No estoy solo —respondió—. Dondequiera que estemos, somos uno.

Will se puso en pie lentamente. No podía creer lo que estaba haciendo, pero era evidente que lo hacía, tan evidente como el borde dorado alrededor de los negros ojos de Jem.

—Si existe una vida después de ésta —habló—, déjame encontrarte en ella, James Carstairs.

—Habrá otras vidas. —Jem le tendió la mano, y por un momento se las estrecharon, como habían hecho durante el ritual de *parabatai*, atravesando dos anillos de fuego para entrelazar los dedos—. El mundo es una rueda —aseveró Jem—. Cuando nos alcemos o caigamos, lo haremos juntos.

Will le apretó la mano a Jem.

—Bien —repuso con un nudo en la garganta—, ya que dices que habrá otra vida para mí, roguemos juntos para que no la fastidie tan colosalmente como ésta.

Jem le sonrió, esa sonrisa que siempre, incluso en los días más negros de Will, le había tranquilizado.

—Creo que aún hay alguna esperanza para ti, Will Herondale.

—Intentaré aprender a buscarla, sin ti para enseñarme.

—Tessa —dijo Jem—. Conoce la desesperación, y también la esperanza. Os podéis enseñar mutuamente. Encuéntrala, Will, y dile que siempre la he amado. Os bendigo a los dos, por lo que eso pueda valer.

Durante un momento se miraron a los ojos. Will no tuvo corazón para despedirse ni para nada en absoluto. Sólo apretó la mano de Jem una última vez y se la soltó; acto seguido, fue hacia la puerta y salió.

Los caballos se guardaban en el establo detrás del Instituto; el territorio de Cyril durante el día, donde los demás pocas veces se aventuraban. El establo había sido antes la vieja casa parroquial, y el suelo era de piedras irregulares, siempre barrido de forma escrupulosa. Los compartimentos se disponían en los muros, aunque sólo había dos ocupados: uno por *Balios* y el otro por *Xanthos*, ambos profundamente dormidos, sacudiendo la cola un poco, como sueñan los equinos. Tenían los comederos llenos de heno fresco, y brillantes aperos se alineaban en las paredes, pulidos hasta relucir. Will decidió que si regresaba vivo de esa misión, se aseguraría de que Charlotte le dijera a Cyril que estaba haciendo un trabajo excelente.

Will despertó a *Balios* con suaves murmullos y lo sacó de su compartimento. De pequeño le habían enseñado a ensillar un caballo y ponerle la brida, incluso antes de llegar al Instituto, así que dejó que su mente vagara mientras lo hacía, ajustando los estribos con las correas, comprobando ambos lados de la silla y pasando la mano bajo el vientre del animal para sujetar la cincha.

No había dejado ninguna nota tras él, ningún mensaje para nadie del Instituto. Jem les diría adónde había ido, y Will había descubierto que, en esos momentos, cuando más las necesitaba, las palabras, que normalmente le brotaban con facilidad, se le volvían esquivas. No acababa de creerse que estuviera diciendo adiós, así que repasó una y otra vez lo que había guardado en las alforjas: un traje de combate, una camisa y un cuello limpios (quién sabía cuándo necesitaría parecer un caballero), dos estelas, todas las armas que le habían cabido, pan, queso, fruta seca y dinero mundano.

Mientras Will ataba la cincha, *Balios* alzó la cabeza y relinchó. El chico volvió rápidamente la cabeza. Una silueta pequeña y femenina se hallaba en la puerta de los establos. Mientras Will la miraba, ésta alzó la mano derecha, y la luz mágica se encendió e iluminó el rostro de la mujer.

Era Cecily, envuelta en una capa de terciopelo azul, con el cabello suelto y libre alrededor del rostro. Los pies, descalzos, le sobresalían por debajo de la capa. Will se irguió.

—Cecy, ¿qué estás haciendo aquí?

Ella dio un paso al frente, y luego se detuvo en el umbral, mirándose los pies.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

—Me gusta hablar a los caballos por la noche. Son una buena compañía. Y no deberías salir por ahí en camisón. Hay chicos Lightwood rondando por esos corredores.

—Muy gracioso. ¿Adónde vas, Will? Si vas a buscar más *yin fen*, llévame contigo.

—No voy a buscar más *yin fen*.

En los ojos, Will vio que había adivinado la respuesta.

—Vas a buscar a Tessa. Vas a Cadair Idris.

Su hermano asintió.

—Llévame —le rogó ella—. Llévame contigo, Will.

Él no podía mirarla; fue a coger el bocado y la brida, aunque las manos le temblaban cuando lo hizo y volvió hacia *Balios*.

—No puedo llevarte. No puedes montar a *Xanthos*, no tienes el entrenamiento necesario, y un caballo normal sólo nos haría ir más lentos.

—Los caballos del carruaje son autómatas. No puedes esperar alcanzarlos...

—No lo espero. *Balios* puede ser el caballo más rápido de Inglaterra, pero necesita descansar y dormir. Ya me resigno. No alcanzaré a Tess en el camino. Mi única esperanza es llegar a Cadair Idris antes de que sea demasiado tarde.

—Entonces, déjame ir tras de ti, y no te preocupes si te adelantas...

—¡Se razonable, Cecy!

—¿Razonable? —se encendió la joven—. ¡Lo único que veo es a mi hermano marchándose de nuevo! ¡Han pasado años, Will! ¡Años! Vine a Londres a buscarte, y ahora que volvemos a estar juntos, ¡tú te marchas!

Balios se removió inquieto cuando Will le ajustó el bocado y le pasó las riendas sobre la cabeza. A *Balios* no le gustaban los gritos. Will lo tranquilizó con una mano en el cuello.

—Will. —Cecily parecía peligrosa—. Mírame, o tendré que ir a casa para detenerte. Te juro que lo haré.

Will apoyó la cabeza en el cuello del animal y cerró los ojos. Notaba el olor a heno y caballos, a tela y sudor, y a algo del aroma del humo que aún seguía impregnado en su ropa, de la chimenea de Jem.

—Cecily —dijo—, necesito saber que estás aquí y tan a salvo como puedes estar, o no podré marcharme. No puedo estar padeciendo por Tessa delante y por ti detrás, o el temor me aplastará. Ya hay en peligro demasiadas personas a las que quiero.

Se hizo un largo silencio. Will podía oír el latido del corazón de *Balios* en su oído, pero nada más. Se preguntó si su hermana se habría marchado mientras él hablaba, quizá para despertar a los de la casa. Alzó la cabeza.

Pero no, ella seguía sin moverse, con la luz mágica ardiendo en la mano.

—Tessa dijo que me llamaste una vez —lo informó ella—. Cuando estabas enfermo. ¿Por qué a mí, Will?

—Cecily —la palabra era una especie de suspiro—, durante años fuiste mi... mi talismán. Pensaba que había matado a Ella. Abandoné Gales para que estuvieras a salvo. Mientras pudiera imaginarte feliz y contenta, el dolor de añorar a madre, a padre y a ti valía la pena.

—Nunca entendí por qué te marchaste —reconoció Cecily—. Y pensaba que los cazadores de sombras eran monstruos. No comprendía por qué tenías que venir aquí, y pensé, siempre pensé, que cuando fuera lo suficientemente mayor, vendría y fingiría querer ser una cazadora de sombras hasta que pudiera convencerte de volver a casa. Cuando me enteré de lo de la maldición, ya no supe qué pensar. Comprendí por qué habías venido, pero no por qué te habías quedado.

—Jem...

—Pero incluso si muere —prosiguió ella, y él se encogió—, no volverás a casa con mamá y papá, ¿verdad? Eres un cazador de sombras, de pies a cabeza. Padre nunca fue así. Por eso te has obcecado tanto en lo de no escribirles. No sabes cómo pedirles perdón al mismo tiempo que les dices que no volverás a casa.

—No puedo volver a casa, Cecily o, al menos, ya no es mi casa. Soy un cazador de sombras, lo llevo en la sangre.

—Sabes que soy tu hermana, ¿no? —preguntó ella—. También lo llevo en la sangre.

—Has dicho que estabas fingiendo. —Le escrutó el rostro un momento y luego añadió lentamente—: Pero no es cierto, ¿verdad? Te he visto, entrenando, luchando. Lo sientes igual que yo. Como si el suelo del Instituto fuera la primera tierra firme bajo tus pies. Como si hubieras hallado tu verdadero lugar. Eres una cazadora de sombras.

Cecily no dijo nada.

Will notó que se le formaba una sonrisa de medio lado.

—Me alegro —continuó—. Me alegro de que haya un Herondale en el Instituto, aunque yo...

—¿Aunque tú no regreses? Will, déjame ir contigo, déjame ayudarte...

—No, Cecily. ¿No es suficiente que acepte que vas a escoger esta vida, una vida de lucha y peligro, aunque siempre haya deseado que estuvieras a salvo? No, no puedo dejarte venir conmigo, aunque me odies por eso.

Ella suspiró.

—No seas tan dramático, Will. ¿Siempre debes insistir en que la gente te odia cuando es evidente que no?

—Soy dramático —le concedió su hermano—. De no haber sido cazador de sombras, habría hecho carrera en el escenario. No dudo de que me habrían recibido con grandes aplausos.

Cecily no pareció encontrarlo divertido. Él supuso que no podía culparla.

—No estoy interesada en tu interpretación de *Hamlet* —replicó Cecily—. Si no me dejas ir contigo, entonces prométeme que si te vas ahora... prométeme que volverás.

—No puedo prometértelo —repuso Will—. Pero si puedo volver contigo, lo haré. Y si vuelvo, escribiré a padre y a madre. Eso sí puedo prometerlo.

—No —negó Cecily—. Nada de cartas. Prométeme que si vuelves, regresarás conmigo a ver a madre y a padre, y les explicarás por qué te fuiste, y que no los culpas a ellos, y que aún los quieres. No te pido que te quedes en casa. Ni tú ni yo volveremos nunca más a casa para quedarnos, pero consolarlos es muy poco pedir. Y no me digas que va contra las reglas, Will, porque sé muy bien que disfrutas saltándotelas.

—¿Lo ves? —dijo él—. A fin de cuentas, sí que conoces un poco a tu hermano. Te doy mi palabra, si las condiciones se cumplen haré lo que me pides.

Cecily relajó el rostro y los hombros. Parecía pequeña e indefensa una vez su furia se hubo extinguido, aunque él sabía que no lo era.

—Y Cecy —añadió él a media voz—: antes de irme, quiero darte algo más.

Metió la mano dentro de la camisa y se sacó por la cabeza el colgante que Magnus le había dado. Éste se balanceó, emitiendo destellos de un rojo rubí bajo las tenues luces de los establos.

—¿Tu collar de mujer? —bromeó Cecily—. Bueno, confieso que no te sienta muy bien.

Will se acercó a su hermana y le pasó la brillante cadena por la cabeza. El rubí le cayó sobre el cuello como si estuviera hecho para ella. La chica miró a Will con ojos serios.

—Llévalo siempre. Te avisará cuando se acerquen los demonios —le explicó éste—. Te ayudará a mantenerte a salvo, que es lo que yo quiero, y también a ser una guerrera, si es eso lo que tú quieres.

Ella le puso la mano en la mejilla.

—*Da bo ti, Gwilym. Byddaf yn dy golli di.*

—Y yo a ti —repuso él. Sin mirarla de nuevo, se volvió hacia *Balios* y subió a la silla. Ella se apartó mientras él guiaba el caballo hacia la puerta del establo y, con la cabeza inclinada contra el viento, se alejó galopando en la noche.

Entre sueños de sangre y monstruos de metal, Tessa se despertó sobresaltada.

Yacía encogida como un bebé sobre el asiento de un carruaje grande, con las ventanas cubiertas por completo por gruesas cortinas de terciopelo. El asiento era duro e incómodo, con muelles que se le clavaban en los costados a través de la tela del vestido, que estaba manchado y roto. Se le había soltado el cabello y le caía en lacios mechones alrededor del rostro. Frente a ella, acurrucada en la esquina opuesta del carruaje, se hallaba una figura inmóvil, totalmente cubierta de una gruesa capa de viaje negra, con la capucha bajada.

Tessa trató trabajosamente de incorporarse, y tuvo que contener un acceso de mareo y náuseas. Se llevó las manos al vientre y trató de respirar hondo, aunque el aire fétido del interior del vehículo hizo poco por calmarle el estómago. Alzó las manos hasta el pecho y notó que el sudor le resbalaba bajo el cuerpo del vestido.

—No irás a vomitar, ¿verdad? —preguntó una voz oxidada—. A veces, el cloroformo tiene ese efecto secundario.

La capucha se volvió hacia ella, y Tessa vio el rostro de la señora Negro. En la escalera del Instituto se había quedado demasiado impresionada para poder observar realmente el rostro de su captora, pero en ese momento, al verlo de cerca, se estremeció. La piel tenía un tono verdoso, los ojos inyectados de venas negras y unos labios caídos que no ocultaban su lengua gris.

—¿Adónde me llevas? —quiso saber Tessa. Siempre era lo primero que preguntaban las heroínas de las novelas góticas cuando las raptaban, y siempre le había molestado, pero en ese momento se dio cuenta de que tenía sentido. En una situación así, lo primero que querías saber era adónde ibas.

—Con Mortmain —contestó la señora Negro—. Y ésa es toda la información que me vas a sacar, muchacha. He recibido órdenes muy estrictas.

No era nada que Tessa no se hubiera esperado, pero de todos modos notó un nudo en la garganta y le faltó el aire. De forma impulsiva, se apoyó lo más lejos posible de la señora Negro y abrió la cortina de la ventanilla.

Fuera estaba oscuro, con una luna medio escondida. El paisaje era sinuoso y angular, sin ningún punto de luz visible que significara habitantes. Negros montones de rocas salpicaban el terreno. Con tanto disimulo como pudo, Tessa cogió el pomo de la puerta y probó a abrirla; estaba cerrada con llave.

—No te molestes —dijo la Hermana Oscura—. No puedes abrir la puerta, y si huyes, te atraparé. Soy mucho más rápida ahora de lo que recuerdas.

—¿Así fue como desapareciste en la escalera? —preguntó Tessa—. ¿En el Instituto?

La señora Negro esbozó una sonrisa de superioridad.

—Desaparecí para ti; en realidad, sólo me aparté con rapidez y luego volví. Mortmain me ha concedido ese don.

—¿Por eso estás haciendo esto? —le soltó Tessa—. ¿Por gratitud a Mortmain? Él no tenía una gran opinión de ti. Envió a Jem y a Will para matarte cuando pensó que ibas a interponerte en su camino.

En el momento en que pronunció los nombres de los dos chicos palideció al recordarlos. Se la habían llevado mientras los cazadores de sombras estaban luchando desesperadamente en la escalera del Instituto. ¿Habrían conseguido vencer a los autómatas? ¿Habría resultado alguno herido, o, Dios no lo quisiera, muerto? Pero sin duda, ella lo sabría; sería capaz de notar si algo le hubiera pasado a Jem o a Will. Los sentía a ambos como parte de su corazón.

—No —contestó la señora Negro—. Para responder la pregunta que hay en tus ojos, te diré que no notarías si alguno de los dos estuviera muerto, alguno de esos guapos cazadores de sombras que tanto te gustan. La gente siempre imagina que sí, pero a no ser que exista algún vínculo mágico como el de *parabatai*, sólo son imaginaciones. Cuando me marché, estaban luchando por su vida. —Sonrió maliciosa, y los dientes le relucieron, metálicos, bajo la tenue luz—. Si no hubiera tenido órdenes de Mortmain de llevarte hasta él ilesa, te habría dejado allí para que te cortaran en trocitos.

—¿Por qué quiere que me lleves ilesa?

—Tú y tus preguntas... Casi me había olvidado de lo molesto que era. Existe cierta información que él desea tener y que sólo tú le puedes dar. Y aún quiere casarse contigo. ¡Qué tonto! Pero por mí, puede dejar que le fastidies la vida entera; yo quiero lo que quiero de él, y luego me marcharé.

—¡No hay nada que yo sepa que pueda interesar a Mortmain!

La señora Negro resopló.

—Eres tan joven y estúpida... No eres humana, señorita Gray, y no entiendes casi nada sobre lo que puedes hacer. Podríamos haberte enseñado más, pero eras obstinada. Descubrirás que Mortmain es un instructor mucho menos indulgente.

—¿Indulgente? —replicó Tessa—. Me golpeasteis hasta hacerme sangrar.

—Hay cosas peores que el dolor físico, señorita Gray. Mortmain tiene poca piedad.

—Justamente. —Tessa se inclinó hacia adelante; en su ángel mecánico resonaban los latidos de su corazón—. ¿Por qué hacer lo que te pide? Sabes que no puedes confiar en él, sabes que te destruiría alegremente...

—Necesito lo que puede darme —contestó la señora Negro—. Y haré lo que sea para conseguirlo.

—¿Y qué es? —preguntó Tess.

Oyó reír a la señora Negro, y luego, la Hermana Oscura se bajó la capucha y se desabrochó el cuello de la capa.

En los libros de historia, Tessa había leído sobre las cabezas clavadas en picas que se colocaban en el Puente de Londres, pero nunca había imaginado lo horroroso que sería verlo. Resultaba evidente que cualquier descomposición que la señora Negro hubiera sufrido después de que le cortaran la cabeza no había remitido, de modo que una piel muerta y gris colgaba alrededor de la pica de metal en la que estaba empalada su cabeza. No tenía cuerpo, sólo una lisa columna de metal de la que dos brazos, como palos articulados, sobresalían. Los guantes grises de cabritilla que cubrían lo que habían sido las manos añadían un toque macabro.

Tessa gritó.

FANTASMAS EN LA CARRETERA

¡Oh, siempre hermosa, siempre amable!, dime,
 ¿acaso amar demasiado bien es, en el cielo, un crimen?
 ¿Tener el corazón demasiado tierno, o demasiado firme?
 ¿Hacer el papel de romano o de amante?
 ¿No hay en el cielo una restitución brillante
 para los de magnífico pensamiento o valerosa muerte?

ALEXANDER POPE, «Elegía en memoria de una desafortunada dama».

Will estaba en la cima de una suave colina, con las manos en los bolsillos, mirando impaciente el plácido paisaje de Bedfordshire.

Había partido de Londres cabalgando a toda la velocidad que *Balios* y él podían resistir, hacia la Carretera del Gran Norte. Salir con el alba tan próxima había representado encontrarse con las calles bastante vacías mientras atravesaba Islington, Holloway y Highgate; había adelantado a unos cuantos vendedores ambulantes con sus carros y a un peatón o dos, pero no había habido mucho más que lo retrasara, y como *Balios* no se cansaba como un caballo corriente, Will pronto había llegado a Barnet y había podido lanzarse al galope por South Mimms y London Colney.

A Will le encantaba galopar pegado al cuello del caballo, con el viento en el cabello, y los cascos de *Balios* tragándose el camino. Ya fuera de Londres, sentía tanto un dolor desgarrador como una extraña libertad. Era raro sentir ambas cosas al mismo tiempo, pero no podía evitarlo. Cerca de Colney había estanques; tuvo que detenerse para dar de beber a *Balios* antes de seguir el viaje.

Y en ese momento, a casi cincuenta kilómetros de Londres, no pudo evitar recordar que ése era, a la inversa, el camino que había recorrido para ir al Instituto todos esos años atrás. Había montado uno de los caballos de sus padres parte del camino desde Gales, pero lo había vendido en Staffordshire, cuando se dio cuenta de que no tenía dinero para pagar el peaje de los caminos. Ahora sabía que le habían timado en el precio; también le había costado mucho despedirse de *Herngroen*, el caballo que había montado durante toda su infancia, y aún le había costado más recorrer a pie la distancia que todavía lo separaba de la capital. Había llegado al Instituto con los pies sangrando, y las manos también, por los arañazos de haberse caído en la carretera.

En ese momento se miró las manos, con el recuerdo de aquellas otras manos sobreponiéndosele. Manos delgadas de largos dedos; todos los Herondale las tenían así. Jem siempre había dicho que era una pena que Will careciera totalmente de talento para la música, porque sus manos estaban hechas para abarcar las teclas del piano. Pensar en su *parabatai* le producía el mismo efecto que si le clavaran una aguja; Will apartó el recuerdo y volvió con *Balios*. Se había detenido ahí no sólo para dar de beber al animal sino también para que comiera un puñado de avena, buena para la velocidad y la resistencia, y para dejarlo descansar un rato. A menudo había oído hablar del cuerpo de la caballería galopando hasta reventar a sus monturas, pero por muy desesperado que estuviera por encontrar a Tessa, no se imaginaba haciendo algo tan cruel.

El tráfico era bastante denso: carros, caballos de tiro con carromatos de destilerías, carretas de leche, incluso algún que otro ómnibus tirado por caballos. La verdad, ¿toda esa gente tenía que ir de aquí para allá un miércoles, atestando los caminos? Al menos no había salteadores; el tren, los caminos de peaje y una policía adecuada habían puesto fin a los asaltos habituales unas décadas antes. Will habría odiado tener que perder el tiempo matando a alguien.

Había bordeado Saint Albans, y ni se había molestado en parar a comer en su prisa por llegar a Watling Street, la antigua vía romana que en esos tiempos se dividía en Wroxeter; una rama iba hacia Escocia y la otra atravesaba Inglaterra hasta el puerto de Holyhead, en Gales. Había fantasmas en la carretera; en el viento, Will captó murmullos en el antiguo idioma anglosajón, que llamaban a la carretera

Wœcelinga Stræt y hablaban de la última resistencia de las tropas de Boadicea, a las que los romanos habían derrotado en esa carretera muchos años antes.

En ese momento, con las manos en los bolsillos, mirando el paisaje (eran las tres de la tarde y el cielo estaba comenzando a oscurecerse, lo que significaba que Will pronto tendría que encontrar una posada donde alojarse, descansar el caballo y dormir), no pudo evitar recordar la vez que le había dicho a Tessa que Boadicea había demostrado que las mujeres también podían ser guerreros. No le había dicho que había leído sus cartas, que ya amaba el alma de guerrera que había en ella, oculta tras esos tranquilos ojos grises.

Recordó un sueño que había tenido, de cielos azules y Tessa sentada junto a él en una colina verde. «Siempre serás la primera en mi corazón». Una feroz rabia estalló en su alma. ¿Cómo se atrevía Mortmain a tocarla? Era una de ellos. No pertenecía a Will, era demasiado ella misma para pertenecer a nadie, ni siquiera a Jem, pero aun así su lugar estaba con todos ellos, y en silencio maldijo al Cónsul por no verlo.

La encontraría. La encontraría y la llevaría de vuelta a casa, y aunque ella nunca lo amara, lo daría por bien empleado; había hecho eso por ella, por sí mismo. Se volvió hacia *Balios*, que lo miró enfadado, y subió a la silla.

—Vamos, viejo amigo —dijo—. El sol se está poniendo, y deberíamos llegar a Hockliffe antes de la noche, porque parece que va a llover. —Le clavó los talones en los flancos, y el animal, como si hubiera entendido sus palabras, salió disparado al galope.

—¿Se ha ido a Gales solo? —preguntó Charlotte—. ¿Cómo has podido dejarle hacer algo tan... tan estúpido?

Magnus se encogió de hombros.

—No es mi responsabilidad, ni nunca será mi responsabilidad, controlar a cazadores de sombras descarriados. La verdad es que no estoy seguro de por qué me culpas a mí. Me he pasado toda la noche en la biblioteca, esperando en vano a que Will viniera a hablar conmigo. Al final, me he quedado dormido en la sección de Rabia y Licantropía. Woolsey a veces muere, y me preocupa.

Nadie respondió a esa información, aunque Charlotte pareció más preocupada que nunca. Había sido un desayuno tranquilo, con unos cuantos ausentes en la mesa. La ausencia de Will no había resultado sorprendente. Había supuesto que estaba al lado de su *parabatai*. Y así había sido hasta que Cyril había irrumpido en el comedor, jadeante y acalorado, para informar de que *Balios* no estaba en el establo; entonces había comenzado la alarma.

Una búsqueda por el Instituto halló a Magnus Bane dormido en un rincón de la biblioteca. Charlotte lo había despertado, y al preguntarle dónde creía que podía estar Will, el brujo había contestado con toda inocencia que suponía que el chico ya habría partido hacia Gales, con la intención de encontrar a Tessa y llevarla de vuelta al Instituto, ya fuera de forma sigilosa o a pura fuerza bruta. Para su sorpresa, esa información había hecho que a la mujer le entrara el pánico, y había convocado una reunión en la biblioteca, a la que todos los cazadores del Instituto, excepto Jem, debían asistir, incluso Gideon, que había llegado cojeando y apoyándose en un bastón.

—¿Sabe alguien cuándo se ha marchado Will? —preguntó la directora, que se hallaba a la cabecera de una larga mesa donde los demás estaban sentados.

Cecily, con las manos descansando recatadamente en el regazo, de repente mostró un gran interés por el dibujo de la alfombra.

—Llevas una joya muy bonita, Cecily —comentó Charlotte, mientras miraba con ojos entrecerrados el rubí que colgaba del cuello de la chica—. No recuerdo que tuvieras ese collar ayer. La verdad es que recuerdo a Will llevándolo. ¿Cuándo te lo ha dado?

Cecily cruzó los brazos sobre el pecho.

—No diré nada. Las decisiones de Will son suyas, y ya hemos tratado de explicar al Cónsul lo que hay que hacer. Como la Clave no nos va a ayudar, mi hermano ha decidido intervenir por su cuenta. No sé cómo podíais esperar que fuera de otra forma.

—No creía que fuera a dejar a Jem —explicó Charlotte, y luego pareció sorprendida de haberlo dicho—. Ni siquiera puedo imaginarme cómo se lo diremos cuando se despierte.

—Jem ya lo sabe... —comenzó Cecily indignada pero, para su sorpresa, Gabriel la interrumpió.

—Claro que lo sabe —afirmó él—. Will sólo está cumpliendo con su deber hacia su *parabatai*. Está haciendo lo que Jem haría si pudiera. Ha ido en lugar de él. Es lo que un *parabatai* debe hacer.

—¿Estás defendiendo a Will? —exclamó Gideon—. ¿Después de cómo lo has tratado siempre? ¿Después de decir a Jem miles de veces que tenía un gusto terrible por tener ese *parabatai*?

—Will puede ser una persona censurable pero, al menos, no es censurable como cazador de sombras —contestó Gabriel, y luego, al ver la mirada de Cecily, añadió—: Y quizá tampoco sea una persona censurable. No del todo.

—Una afirmación muy magnánima, Gideon —dijo Magnus.

—Soy Gabriel.

Magnus hizo un gesto de disculpa con la mano.

—A mí, todos los Lightwood me parecen iguales...

—Ejem —interrumpió Gideon, antes de que su hermano pudiera coger algo para tirárselo al brujo—. Aparte de las cualidades personales de Will o de la incapacidad de algunos de diferenciar a un Lightwood de otro, la cuestión sigue siendo la misma: ¿vamos tras él?

—Si Will hubiera querido ayuda, no se habría ido en mitad de la noche sin decírselo a nadie —indicó Cecily.

—Sí —repuso Gideon—, porque Will es bien conocido por su reflexión mesurada y sus prudentes decisiones.

—Ha robado el caballo más veloz —indicó Henry—. Eso indica de algún modo cierta planificación.

—No podemos permitir que Will vaya solo a combatir a Mortmain. Lo masacrarán —replicó Gideon—. Si realmente se marchó en plena noche, aún podríamos alcanzarlo en la carretera.

—El caballo más rápido —recordó Henry, y Magnus soltó un resoplido.

—La verdad, no es una muerte inevitable —repuso Gabriel—. Podríamos ir tras Will, sin duda, pero la verdad es que una fuerza así, contra el Magíster, se notará más que un solo muchacho a caballo. Lo mejor que puede ocurrirle a Will es que pase desapercibido. Después de todo, no cabalga hacia la guerra. Va a salvar a Tessa. El sigilo y el secreto es lo que más cuenta en una misión así...

Charlotte dio una palmada en la mesa con tal fuerza que el sonido reverberó por toda la sala.

—Callaos todos —ordenó, en un tono tan autoritario que hasta Magnus pareció alarmarse—. Gabriel, Gideon, ambos tenéis razón. Es mejor para Will que no le sigamos, pero no podemos permitir que perezca uno de los nuestros. También es cierto que el Magíster está fuera de nuestro alcance; el Consejo se reunirá para decidir sobre ese asunto. Por ahora, no podemos hacer nada. Por lo tanto, debemos dedicar todas nuestras energías en salvar a Jem. Se está muriendo, pero aún no está muerto. Parte de la fuerza de Will depende de él, y es uno de los nuestros. Por fin nos ha dado permiso para buscar una cura y, por tanto, eso es lo que debemos hacer.

—Pero... —comenzó Gabriel.

—Silencio —lo acalló Charlotte—. Soy la directora del Instituto; recuerda quién te salvó de tu padre y muéstrame respeto.

—Eso es poner a Gideon en su lugar, sin duda —soltó Magnus, satisfecho.

La mujer se volvió hacia él con los ojos en llamas.

—Y tú también, brujo; Will puede haberte llamado aquí, pero permaneces por mi buena voluntad. Según tengo entendido, por lo que me has contado esta mañana, has prometido a Will hacer todo lo posible por encontrar una cura para Jem mientras él no está. Les indicarás a Gabriel y a Cecily dónde se halla la tienda en la que procurarse los ingredientes que necesites. Gideon, como estás herido, te quedarás en la biblioteca y buscarás los libros que Magnus necesite; si precisas ayuda, Sophie o yo te la prestaremos. Henry, quizá Magnus pueda usar tu cripta como laboratorio, a no ser que tengas algún proyecto entre manos que lo impida. —Miró a su marido con una ceja alzada.

—Lo tengo —informó Henry con una ligera vacilación—, pero también podría aplicarse para ayudar a Jem, y agradecería la colaboración del señor Bane. A cambio, claro que podrá hacer uso de mis aparatos científicos.

Magnus lo miró con curiosidad.

—¿En qué está trabajando, exactamente?

—Bueno, señor Bane, ya sabe que nosotros no hacemos magia —contestó Henry, encantado de que alguien mostrara interés por sus experimentos—, pero estoy trabajando en un artefacto que sería un poco como la versión científica de un hechizo de transporte. Abrirá una puerta en cualquier lugar que se desee...

—¿Incluso quizá en un almacén lleno de *yin fen* en la China? —preguntó el brujo, con los ojos brillantes—. Eso parece muy interesante, muy interesante de verdad.

—No, no lo parece —masculló Gabriel.

Charlotte le lanzó una mirada asesina.

—Ya basta, señor Lightwood. Creo que ya tienes tu misión asignada. Ve y cúmplela. No deseo oír nada más de vosotros hasta que me traigáis un informe de los progresos realizados. Estaré con Jem. —Y, acto seguido, salió de la biblioteca.

—¡Qué respuesta más satisfactoria! —exclamó la señora Negro.

Tessa se la quedó mirando. Estaba agazapada en el rincón del carruaje, tan lejos como le era posible de la espantosa visión de la criatura que en un tiempo había sido la señora Negro. Había gritado al verla, y aunque se había tapado la boca con la mano rápidamente, había sido demasiado tarde. La señora Negro estaba de lo más complacida con su aterrorizada reacción.

—Te cortaron la cabeza —dijo Tessa—. ¿Cómo puedes estar viva? ¿Así?

—Magia —contestó ella—. Fue tu hermano quien sugirió a Mortmain que, en mi forma actual, le podría ser de utilidad. Fue tu hermano el que derramó la sangre que hizo posible continuar mi existencia. Vidas por mi vida.

Esbozó una horrible sonrisa, y Tessa pensó en su hermano, muriendo en sus brazos. «No sabes todo lo que he llegado a hacer, Tessie». Tragó bilis. Después de la muerte de su hermano, había tratado de Cambiar en él, para descubrir información sobre Mortmain que pudiera hallar en sus recuerdos, pero sólo había encontrado un gris torbellino de rabia, amargura y ambición, nada sólido. Sintió un renovado odio hacia Mortmain, que había descubierto las debilidades de su hermano y las había explotado. El Magíster, que retenía el *yin fen* de Jem en un intento cruel de que los cazadores de sombras bailaran a su ritmo. Incluso la señora Negro, en cierto modo, era prisionera de sus manipulaciones.

—Estás obedeciendo a Mortmain porque crees que te dará un cuerpo —expuso Tessa—. No esa... esa cosa que tienes, sino un cuerpo real, humano.

—Humano. —La señora Negro lanzó una especie de carcajada—. Espero algo mejor que humano. Pero mejor que esto también, algo que me permita estar entre los mundanos sin que se fijen en mí y practicar mi arte de nuevo. En cuanto al Magíster, sé que tendrá el poder de hacerlo, gracias a ti. Pronto será omnipotente, y tú le ayudarás a lograrlo.

—Eres estúpida si confías en que te recompense.

La señora Negro removió los labios alegremente.

—Oh, lo hará. Lo ha jurado, y yo he hecho todo lo que le he prometido. Y le voy a entregar a su novia perfecta, ¡entrenada por mí! Por Azazel, recuerdo cuando bajaste del barco que te traía de América. Parecías tan simplemente mortal, tan completamente inútil, que casi desesperé de poder entrenarte para que fueras de alguna utilidad. Pero con la suficiente brutalidad todo se puede arreglar. Ahora, le serás muy útil.

—No todo lo que es mortal es inútil.

Un resoplido burlón.

—Lo dices por tu asociación con los nefilim. Llevas demasiado tiempo estando con ellos en vez de con los tuyos.

—¿Qué míos? No tengo míos. Jessamine me dijo que mi madre era una cazadora de sombras...

—Ella era una cazadora de sombras —admitió la señora Negro—. Pero tu padre no.

Tessa notó que le corazón el daba un brinco.

—¿Era un demonio?

—No era ningún ángel —respondió la horripilante dama con una sonrisita—. El Magíster te lo explicará todo, en su momento: lo que eres, por qué vives y para qué fuiste creada. —Se recostó con un crujido de sus articulaciones mecánicas—. Tengo que decir que casi me impresionó cuando te escapaste con aquel chico cazador de sombras, ¿sabes? Demostraste tener mucho valor. Lo cierto es que ha resultado ser una ventaja para el Magíster que hayas pasado tanto tiempo con los nefilim. Ahora conoces el submundo, y has demostrado ser digna de él. Te has visto obligada a emplear tu don en circunstancias difíciles. Las pruebas que yo habría podido crear para ti no habrían resultado ser un desafío igual y no te habrían dado el mismo grado de conocimientos y confianza. Puedo ver que eres diferente. Serás una buena novia para el Magíster.

Tessa hizo un ruido de incredulidad.

—¿Por qué? Me obliga a casarme. ¿Qué más dará si tengo valor o conocimientos? ¿Qué le puede importar al Magíster?

—Oh, pero vas a ser más que su esposa, señorita Gray. Vas a ser la ruina de los nefilim. Por eso se te creó. Y cuanto mejor los conozcas, cuanto más los aprecies, más efectiva serás como arma para aniquilarlos.

Tessa se sintió como si se hubiera quedado sin aire.

—No me importa lo que haga Mortmain. No cooperaré para hacer daño a los cazadores de sombras. Antes moriré o me torturarán.

—No importa lo que tú quieras. Descubrirás que te será imposible ejercer ninguna resistencia a su voluntad que te sirva de algo. Además, no hace falta que hagas nada para destruir a los nefilim, basta con lo que eres. Y estar casada con Mortmain, lo que no requiere ninguna acción por tu parte.

—Estoy prometida a otra persona —soltó Tessa—. James Carstairs.

—Oh, vaya —exclamó la señora Negro—. Me temo que el compromiso con el Magíster desbanca el otro. Además, James Carstairs ya estará muerto el martes. Mortmain ha comprado todo el *yin fen* de Inglaterra y ha impedido que lleguen nuevos envíos. Quizá deberías haber pensado en esta clase de cosas antes de enamorarte de un adicto. Aunque yo pensaba que sería el de los ojos azules —comentó—. ¿Las chicas no suelen enamorarse de quien las rescata?

A Tessa todo aquello le parecía irreal. No podía creer que estuviera allí, atrapada en ese carruaje con la señora Negro, y que la bruja pareciera satisfecha discutiendo las tribulaciones románticas de Tessa. Ésta se volvió hacia la ventanilla. La luna estaba en lo alto, y la chica podía ver que avanzaban por una estrecha carretera; veía sombras alrededor del carruaje, y abajo, un barranco rocoso caía hacia la oscuridad.

—Hay muchas formas de ser rescatada.

—Bueno —repuso la señora Negro, y los dientes le destellaron al sonreír—. Puedes estar segura de que esta vez nadie vendrá a rescatarte.

«Vas a ser la ruina de los nefilim».

—Entonces, tendré que rescatarme sola —replicó Tessa. La bruja frunció las cejas, confusa, mientras volvía la cabeza hacia la chica con un leve zumbido y un clic. Pero ésta ya estaba reuniendo toda su energía en las piernas y el cuerpo, del modo que le habían enseñado, de forma que cuando se lanzó hacia la puerta del carruaje, lo hizo con todas sus fuerzas.

Oyó que se rompía la cerradura de la puerta, y la señora Negro gritó, un agudo gemido de rabia. Un brazo de metal arañó a Tessa en la espalda y le cogió el cuello del vestido, que se rompió, por lo que pudo escapar. De repente, se encontró cayendo, golpeándose contra las rocas junto a la carretera, cayendo, resbalando y rodando por el barranco rocoso mientras el carruaje seguía avanzando por la carretera y la señora Negro gritaba al cochero que se detuviera. El viento ululó en los oídos de Tessa

mientras caía, sacudiendo los brazos como aspas en el espacio vacío que la rodeaba, y perdía cualquier esperanza de que el despeñadero fuera poco profundo o de que pudiera sobrevivir a la caída. Mientras se precipitaba, captó en el fondo el brillo de un estrecho torrente, que se retorció entre serradas rocas, y supo que se quebraría contra el suelo como frágil porcelana.

Cerró los ojos y deseó que el fin le llegase de prisa.

Will se hallaba en la cresta de una alta colina verde y miraba hacia el mar. Tanto el cielo como el mar eran de un azul tan intenso que parecían fundirse en uno, en una ausencia de horizonte. Gaviotas y charranes revoloteaban y chillaban sobre él, y un viento salado le revolvía el cabello. Hacía tanto calor como en verano, y su chaqueta yacía olvidada sobre la hierba; iba en mangas de camisa y tirantes, y tenía las manos bronceadas por el sol...

—¡Will!

Éste se volvió al reconocer la voz y vio a Tessa subiendo por la colina hacia él. Había un pequeño sendero que recorría la pendiente de la colina, flanqueado de flores blancas que desconocía, y Tessa parecía también una flor, con un vestido blanco como el que había llevado al baile la noche que él la había besado en el balcón de Benedict Lightwood. Su largo cabello castaño ondeaba al viento. Se había quitado el sombrero y lo sujetaba en una mano, que agitaba hacia él sonriendo, como si se alegrara de verlo allí. Más que alegrarse. Como si verlo fuera la mayor felicidad de su corazón.

Su propio corazón dio un brinco al verla. «Tess», la llamó, y estiró la mano como si pudiera tirar de ella hacia sí. Pero ella aún estaba a mucha distancia; parecía al mismo tiempo muy cerca y muy lejos. Will veía cada detalle de su hermoso rostro alzado, pero no podía tocarla, así que se quedó esperando y deseando, y su corazón parecía batir unas alas dentro del pecho.

Finalmente, ella llegó allí, lo suficientemente cerca para que él pudiera ver cómo la hierba y las flores se inclinaban bajo sus pasos. Él tendió las manos hacia ella, y ella hacia él. Cuando se aferraron, y por un momento se sonrieron, él notó el calor de los dedos de ella.

«He estado esperándote», dijo Will, y ella lo miró con una sonrisa que se desvaneció de su rostro cuando le resbalaron los pies y se fue hacia el borde del precipicio. Las manos se soltaron de las de él y, de repente, Will estaba cogiendo aire y ella caía, alejándose, caía en silencio, una mancha blanca contra el horizonte azul.

Will se sentó de repente en la cama, con el corazón golpeándole dentro del pecho. Su habitación en el White Horse estaba medio iluminada por la luna, que dibujaba con claridad las siluetas de los muebles ajenos: el lavamanos; la mesilla de noche con su copia sin tocar de *Sermones para mujeres jóvenes*, de Fordyce; el sillón tapizado junto a la chimenea, en la que las llamas se habían reducido a ascuas. Las sábanas de la cama eran frías, pero él estaba sudando; se levantó y fue a la ventana.

En el alféizar, había un tieso ramo de flores secas en un jarrón. Lo apartó y soltó el pestillo de la hoja con dedos entumecidos. Le dolía todo el cuerpo. Nunca había cabalgado tan lejos ni con tanta intensidad, y estaba cansado y dolorido de la silla. Iba a necesitar unos *iratzes* antes de ponerse en camino a la mañana siguiente.

La ventana se abría hacia afuera, y el frío aire le golpeó el rostro y el cabello, enfriándole la piel. Notaba un dolor por dentro, bajo las costillas, que no tenía nada que ver con cabalgar. Pero no supo decir si era debido a su separación de Jem o a su ansiedad por encontrar a Tessa. Seguía viéndola caer, alejándose de él, sus manos no encontraban dónde agarrarse. Nunca había sido de los que creía que había algo profético en los sueños y, sin embargo, no lograba deshacer el nudo tenso y gélido que tenía en el estómago, o regular su agitada respiración.

En el oscuro vidrio de la ventana vio el reflejo de su rostro. Rozó el vidrio con los dedos y quedaron marcas en la condensación. Se preguntó qué le diría a Tessa cuando la encontrara, cómo le iba a explicar por qué era él quien había ido a buscarla, y no Jem. Si había piedad en el mundo, quizá al menos pudieran sufrir juntos. Si ella nunca llegaba a creerse realmente que él la amaba, si nunca le correspondía en su afecto, al menos, la piedad podría concederles compartir la tristeza. Casi incapaz de

soportar la idea de lo mucho que necesitaba la silenciosa fuerza de Tessa, cerró los ojos y apoyó la frente en el frío cristal.

Mientras recorrían las intrincadas calles del East End, desde Limehouse Station hasta Gill Street, Gabriel no podía evitar notar la presencia de Cecily a su lado. Estaban protegidos por un *glamour*, lo cual resultaba muy útil, porque su aparición en esa zona pobre de Londres sin duda habría despertado muchos comentarios, y quizá se habrían visto obligados a entrar en la tienda de algún intermediario para mirar las mercancías que ofrecía. De todas formas, Cecily sentía una intensa curiosidad, y se detenía a menudo para contemplar escaparates, y no sólo de los sombrereros, sino también de tiendas que vendían de todo, desde betún y libros hasta juguetes y soldaditos de plomo. Gabriel tenía que recordarse que la joven era de campo y que, seguramente, nunca había visto un próspero mercado de ciudad, y menos de una como Londres. Deseó poder llevarla a algún lugar adecuado para una dama de su posición: las tiendas de Burlington Arcade o Piccadilly, no esas callejas oscuras y estrechas.

No sabía qué esperar de la hermana de Will Herondale. ¿Que fuera tan desagradable como él? ¿Que no tuviera un parecido tan desconcertante con él y, al mismo tiempo, fuera extraordinariamente bonita? Pocas veces había mirado a Will a la cara sin querer golpearle, pero el rostro de Cecily era infinitamente fascinante. Se encontró deseando escribir poemas sobre cómo sus ojos azules eran como el mar al atardecer y su cabello oscuro como el anochecer, porque «atardecer» y «anochecer» rimaban, pero tenía la sensación de que el poema no resultaría muy bueno, y lo cierto era que Tatiana le había hecho perder el gusto por la poesía. Además, había cosas que, de todas formas, no se podían poner en un poema, como la forma en que, cuando cierta chica curvaba la boca de cierta manera, deseabas inclinarte y...

—Señor Lightwood —Cecily le sacó de sus ensoñaciones hablándole en un tono impaciente que indicaba que no era la primera vez que había tratado de captar la atención de Gabriel—, creo que ya hemos pasado la tienda.

Gabriel maldijo por lo bajo y dio la vuelta. Sí que habían pasado el número que Magnus les había dado; desanduvieron un trecho hasta que se encontraron ante un establecimiento oscuro y desagradable con las ventanas enturbiadas. A través del sucio cristal, Gabriel fue capaz de ver estantes en los que reposaban una variedad de objetos peculiares: tarros en los que flotaban serpientes muertas, con los ojos blancos y abiertos; muñecas cuya cabeza había sido cambiada por pequeñas jaulas doradas, y montones de brazaletes hechos de dientes humanos.

—¡Oh, vaya! —exclamó Cecily—. ¡Qué desagradable!

—¿No quiere entrar? —Gabriel se volvió hacia ella—. Podría entrar yo...

—¿Y dejarme esperando en la fría acera? Qué poco galante. Claro que no. —Cogió el pomo y abrió la puerta, lo que hizo sonar una pequeña campanilla—. Después de mí, por favor, señor Lightwood.

Gabriel entró tras ella, parpadeando bajo la tenue luz de la tienda. El interior no resultaba más agradable que el exterior. Los vidrios de las ventanas parecían haber sido cubiertos por algún ungüento oscuro que impedía el paso a la mayor parte de la luz del sol. Largas filas de estantes polvorientos llevaban hacia un sombrío mostrador al fondo. Esos mismos estantes eran una masa confusa: campanas de latón con mangos con forma de hueso, gruesas velas cuya cera estaba rellena de insectos y flores, una bonita corona dorada con una forma y un diámetro tan peculiar que nunca podía colocarse sobre una cabeza humana. También había cuchillos, cuencos de cobre y piedras con curiosas manchas marrones. Había pilas de guantes de todos los tamaños, algunos con más de cinco dedos en cada mano. Un esqueleto humano completo colgaba de un fino cordón en la parte delantera del establecimiento, girando en el aire, aunque no había ninguna brisa.

Gabriel miró rápidamente a Cecily para ver si se había acobardado, pero no era así. En todo caso, parecía irritada.

—Alguien debería quitar el polvo —anunció, y fue hacia el fondo de la tienda, con las pequeñas flores de su sombrero botando. Gabriel meneó la cabeza.

La alcanzó justo cuando ella bajaba su enguantada mano sobre la campanilla de latón que había sobre el mostrador y la hacía sonar impacientemente.

—¿Hola? —llamó—. ¿Hay alguien?

—Directamente delante de usted —contestó una voz irritada, hacia abajo y hacia la izquierda. Tanto Cecily como Gabriel se inclinaron sobre el mostrador. Justo bajo el borde vieron la coronilla de un hombrecillo. No, no un hombre exactamente, pensó Gabriel mientras el *glamour* se desvanecía: un sátiro. Llevaba chaleco y pantalones, aunque no camisa, y tenía las pezuñas y los cuernos retorcidos de una cabra. También tenía una barba recortada, una barbilla puntiaguda y los ojos de pupila rectangular de una cabra, medio ocultos tras unos anteojos.

—Vaya —exclamó Cecily—. Usted debe de ser el señor Sallows.

—Nefilim —observó el dueño de la tienda tristemente—. Detesto a los nefilim.

—Hum —repuso Cecily—. Encantado, estoy segura.

Gabriel decidió que era el momento de intervenir.

—¿Cómo sabe que somos cazadores de sombras? —soltó.

Sallows alzó las cejas.

—Sus Marcas, señor, se ven claramente en las manos y el cuello —contestó él, como si hablara a un niño—, y en cuanto a la chica, es clavada a su hermano.

—¿Y cómo conoce usted a mi hermano? —preguntó ella, alzando la voz.

—Por aquí no vienen muchos de ustedes —contestó Sallows—. Es remarcable cuando pasa. Su hermano Will vino a menudo hace unos dos meses, haciendo recados para el brujo Magnus Bane. También estuvo en el Cross Bones, molestando a la Vieja Mol. Will Herondale es bien conocido en el submundo, aunque no acostumbra a meterse en líos.

—Ésa es una noticia sorprendente —comentó Gabriel.

Cecily lo miró mal.

—Estamos aquí bajo la autoridad de Charlotte Branwell —anunció ella—. Directora del Instituto de Londres.

El sátiro agitó una mano.

—No me importan mucho las jerarquías de los cazadores de sombras, ¿saben?; a ninguno de los seres mágicos nos importan. Así que díganme qué quieren, y les haré un precio justo.

Gabriel desenrolló el papel que Magnus les había dado.

—Cuchillos, vinagre, raíz de cabeza de murciélago, belladona, angélica, hoja damiana, escamas de sirena en polvo y seis clavos del ataúd de una virgen.

—Bueno —repuso Sallows—. Por aquí no nos suelen pedir mucho esa clase de cosas. Tendré que mirar en la trastienda.

—Bueno, si no les suelen pedir mucho esa clase de cosas, ¿qué les suelen pedir? —preguntó Gabriel, perdiendo la paciencia—. Esto no parece ser una floristería.

—Señor Lightwood —le riñó Cecily en voz baja, pero no tan baja como para que Sallows no la oyera, y sus anteojos le botaron sobre la nariz.

—¿Señor Lightwood? —inquirió—. ¿El hijo de Benedict Lightwood?

Gabriel notó que la sangre le calentaba las mejillas. No había hablado con casi nadie sobre su padre desde la muerte de éste, y eso aceptando que la cosa que había muerto en el jardín italiano fuera su padre. En un tiempo habían sido él y su familia contra el mundo, los Lightwood por encima de todo, pero en esos momentos... había tanta vergüenza en el nombre de Lightwood como antes había habido orgullo, y Gabriel no sabía cómo hablar de eso.

—Sí —contestó finalmente—. Soy el hijo de Benedict Lightwood.

—Maravilloso. Tengo aquí algunos de los pedidos de su padre. Comenzaba a preguntarme si alguna vez vendría a recogerlos. —El sátiro corrió hacia la trastienda, y Gabriel se dedicó a estudiar la pared. Había dibujos de paisajes y mapas, pero al mirar con más cuidado, no eran ni dibujos ni mapas de ningún lugar que conociera. Estaba Idris, claro, con el Bosque de Brocelind y Alacante sobre su colina,

pero otro mapa mostraba continentes que no había visto antes, ¿y era eso el Mar de Plata? ¿Las Montañas Espinosas? ¿Qué clase de país tenía un cielo lila?

—Gabriel —dijo Cecily a su lado, en voz baja. Era la primera vez que usaba su nombre de pila para dirigirse a él, y Gabriel comenzaba a volverse hacia ella cuando Sallows emergió de la trastienda. En una mano llevaba un paquete atado, que le entregó a Gabriel. Mostraba bastantes bultos, sin duda eran las botellas con los ingredientes de Magnus. En la otra mano, Sallows sujetaba una pila de papeles, que dejó sobre el mostrador.

—El pedido de su padre —informó con una mueca.

Gabriel miró los papeles y se quedó boquiabierto de horror.

—¡Cielos! —exclamó Cecily—. Sin duda eso no es posible, ¿no?

El sátiro torció el cuello para ver qué estaba mirando la joven.

—Bueno, no con una persona, pero con un demonio Vetis y una cabra, sin duda. —Se volvió hacia Gabriel—. Bien, ¿tiene el dinero para esto o no? Su padre se ha retrasado en los pagos, y no puede comprar a cuenta eternamente. ¿Qué va a ser, Lightwood?

—¿Le ha preguntado alguna vez Charlotte si usted querría ser una cazadora de sombras? —preguntó Gideon.

A medio camino de la escalerilla, con un libro en la mano, Sophie se quedó helada. Gideon estaba sentado a una de las largas mesas de la biblioteca, cerca de un ventanal que daba al patio. Había libros y papeles esparcidos ante él, y Sophie y él habían pasado varias horas muy agradables buscando en ellos listas e historias de hechizos, detalles sobre el *yin fen* y peculiaridades de las hierbas. Aunque la pierna de Gideon sanaba con rapidez, la tenía apoyada sobre dos sillas, y Sophie se había ofrecido alegremente a subir y bajar de la escalera para llegar a los libros que estaban más altos. En ese momento sujetaba uno llamado *Pseudomonarchia Daemonum*, que tenía una cubierta en apariencia pringosa y que ella estaba deseando dejar, aunque la pregunta de Gideon la había sorprendido lo suficiente como para detenerla unos segundos a medio bajar.

—¿Qué quiere decir? —repuso ella, mientras reanudaba el descenso—. ¿Por qué iba la señora Branwell a preguntarme algo así?

Gideon estaba pálido, o quizá tan sólo fuera el reflejo de la luz mágica en el rostro.

—Señorita Collins —contestó—. Es usted una de las mejores luchadoras que he entrenado, incluidos los nefilim. Por eso lo pregunto. Me parece una vergüenza desperdiciar tanto talento. Aunque quizá no quiera serlo.

Sophie dejó el libro sobre la mesa y se sentó frente a Gideon. Sabía que debía vacilar, parecer pensarse la pregunta, pero la respuesta estaba en sus labios antes de poder detenerla.

—Ser una cazadora de sombras es lo que más he querido desde siempre.

Gideon se inclinó hacia ella, y la luz mágica se le reflejó en los ojos, arrebatándoles el color.

—¿Y no le preocupa el peligro? Cuanto mayor es uno al Ascender, más arriesgado es el proceso. He oído hablar sobre reducir a catorce o incluso a doce años la edad máxima para Ascender.

Sophie meneó la cabeza.

—Nunca he temido al riesgo. Lo asumiría con alegría. Es sólo que me temo... me temo que si lo solicitara, la señora Branwell consideraría que no le agradezco todo lo que ha hecho por mí. Me salvó la vida y me cuidó. Me dio seguridad y un hogar. No le pagaría todo eso abandonando su servicio.

—No. —Gideon negó con la cabeza—. Sophie... señorita Collins... usted es una criada libre en un hogar de cazadores de sombras. Tiene la Visión. Ya sabe todo lo que hay que saber sobre el submundo y los nefilim. Es la candidata perfecta para la Ascensión. —Colocó las manos sobre el libro de demonología—. Tengo voz en el Consejo. Podría hablar por usted.

—No puedo —replicó Sophie con un hilillo de voz. ¿Acaso no entendía lo que le estaba ofreciendo, la tentación?—. Y sobre todo no ahora.

—No, ahora no, claro, con James tan enfermo —se apresuró a decir Gideon—. Pero ¿y en el futuro? ¿Tal vez? —Le escrutó el rostro con la mirada, y ella notó que comenzaba a sonrojarse. La manera más

habitual y evidente para que un mundano pudiera acceder a la Ascensión a cazador de sombras era contraer matrimonio con un cazador de sombras. Se preguntó qué significaría que él pareciera tan decidido a no mencionar eso—. Cuando se lo he preguntado, me ha contestado con tanta firmeza... Ha dicho que ser una cazadora de sombras era lo que siempre había querido. ¿Por qué? Puede ser una vida brutal.

—Toda vida puede ser brutal —respondió Sophie—. Mi vida antes de venir al Instituto no era tampoco agradable. Supongo que, en parte, deseo ser una cazadora de sombras porque si algún otro hombre se me acerca con un cuchillo en la mano, como hizo mi antiguo señor, podré matarlo allí mismo. —Se tocó la mejilla al hablar, un gesto inconsciente que no pudo evitar, y notó la rugosa cicatriz bajo los dedos.

Vio la expresión de Gideon, sorpresa mezclada con incomodidad, y bajó la mano.

—No sabía que fuera así como resultó usted herida —confesó él.

Sophie apartó la mirada.

—Ahora dirá que no es tan fea, o que ni siquiera la nota, o algo por el estilo.

—La veo —admitió Gideon en voz baja—. No soy ciego, y nosotros somos gente con muchas cicatrices. La veo, pero no es fea. Es otra parte hermosa de la mujer más hermosa que jamás he visto.

Entonces Sophie sí que se sonrojó; notó que le ardían las mejillas, y mientras el chico se inclinaba sobre la mesa, con los ojos de un intenso verde bañado por la tormenta, ella respiró hondo tomando una decisión. Él no era como su antiguo señor. Era Gideon. Esta vez no lo alejaría.

La puerta de la biblioteca se abrió. Charlotte apareció en el umbral, con aspecto de estar exhausta; tenía manchas húmedas en su vestido azul pálido, y los ojos ensombrecidos. Sophie se puso de pie al instante.

—¿Señora Branwell?

—Oh, Sophie —suspiró la mujer—. Esperaba que pudieras sentarte un rato con Jem. No se ha despertado todavía, pero Bridget tiene que hacer la cena, y creo que sus horribles canciones le deben de estar provocando pesadillas al enfermo.

—Naturalmente. —Sophie se apresuró a ir hacia la puerta, sin mirar a Gideon; aunque cuando la puerta se cerró tras ella, estuvo casi segura de que lo había oído maldecir con gran frustración por lo bajo en español.

—¿Sabe? —dijo Cecily—, la verdad es que no tenía por qué tirar a ese hombre por la ventana.

—No era un hombre —repuso Gabriel, mientras miraba ceñudo el montón de objetos que llevaba en los brazos. Había cogido el paquete con los ingredientes de Magnus que Sallows había hecho para ellos, y unos cuantos objetos más, con aspecto de ser útiles, de los estantes. Significativamente, había dejado todos los papeles que su padre había pedido sobre el mostrador, donde los había puesto el sátiro; después Gabriel lo había tirado a través de una de las ventanas de turbios cristales. Le había resultado muy satisfactorio, con añicos por todas partes. La fuerza que había empleado incluso había tirado el esqueleto colgante, que se había desmontado en medio de un estruendo de huesos revueltos—. Era un ser fantástico de la Corte Unseelie. Uno de los malos.

—¿Por eso lo ha perseguido por la calle?

—No tenía por qué enseñar imágenes como aquella a una dama —masculló Gabriel, aunque se tenía que reconocer que la dama en cuestión ni había parpadeado, y parecía más molesta con Gabriel por su reacción que impresionada por su caballerosidad.

—Y creo que ha sido excesivo tirarlo al canal.

—Flotará.

A Cecily le tironeaban las comisuras de la boca.

—Ha estado muy mal.

—Se está usted riendo —exclamó Gabriel, sorprendido.

—No es cierto. —Ella alzó la barbilla y volvió el rostro, pero no antes de que Gabriel viera como una sonrisa pícara se le dibujaba en la boca. Estaba perplejo. Después de todo el desdén que le había

mostrado, su descaro y sus réplicas, había estado bastante seguro de que ese último arranque suyo haría que Cecily le fuera con el cuento a Charlotte en cuanto regresaran al Instituto. Pero en vez de eso, la joven parecía divertirse. Meneó la cabeza mientras regresaban a Garnet Street. Nunca entendería a los Herondale.

—¿Me pasaría ese vial que está allí en la repisa, por favor, señor Bane? —pidió Henry.

Magnus así lo hizo. Se hallaba en medio del laboratorio de Henry, mirando todos los brillantes objetos que había en las mesas alrededor.

—¿Qué son todos esos artilugios, si puedo preguntar?

Henry, que llevaba dos pares de gafas protectoras al mismo tiempo, uno sobre la cabeza y otro sobre los ojos, pareció tan nervioso como satisfecho de que se lo preguntara. (Magnus suponía que llevar dos pares de gafas protectoras era fruto de un despiste, pero por si tal vez era una cuestión de moda, decidió no preguntar). Henry cogió un objeto cuadrado de latón con muchos botones.

—Bueno, esto de aquí es un Sensor. Indica cuándo hay demonios cerca. —Se acercó a Magnus, y el Sensor emitió un fuerte ruido de alarma.

—¡Impresionante! —exclamó el brujo, complacido. Alzó una prenda de tela con un gran pájaro muerto colgado arriba—. ¿Y qué es esto?

—El Sombrero Letal —contestó Henry.

—¡Ah! —repuso Magnus—. En momentos de necesidad, una dama puede sacar armas de él con las que derrotar a sus enemigos.

—Bueno, no —reconoció Henry—. Aunque eso parece una idea mejor. Me gustaría que usted hubiera estado allí cuando se me ocurrió la idea. Por desgracia, este sombrero se enreda en la cabeza del enemigo y lo asfixia, suponiendo, claro, que lo esté llevando en ese momento.

—Imagino que no resultaría fácil convencer a Mortmain para que se lo pusiera —observó Magnus—. Aunque ese color le sentaría muy bien.

Henry se echó a reír.

—Muy agudo, señor Bane.

—Por favor, llámame Magnus.

—¡Lo haré! —Tiró el sombrero por encima del hombro y cogió un tarro redondo de vidrio que contenía una sustancia chispeante—. Esto es un polvo que cuando se lanza al aire hace que los fantasmas resulten visibles —explicó.

Magnus inclinó el tarro de contenido brillante ante la lámpara, admirándolo, y cuando Henry sonrió animándole, sacó el tapón.

—Me parece muy bien —dijo, y por impulso, se vertió un poco en la mano. Le recubrió la oscura piel, y le envolvió la mano en una reluciente luminiscencia—. Y además de los usos prácticos, parece tener una función cosmética. Este polvo haría que la piel me brillara eternamente.

Henry frunció el cejo.

—No eternamente —repuso, pero luego se animó—. Pero te podría preparar otra remesa cuando quisieras.

—¡Podría brillar a voluntad! —Magnus sonrió al hombre—. Todo esto es fascinante, señor Branwell. Usted ve el mundo de una forma diferente que cualquier otro nefilim que haya conocido. Confieso que pensaba que a su gente le faltaba imaginación, aunque les sobrase drama personal, pero ¡usted me ha hecho cambiar de opinión completamente! Sin duda la comunidad de los cazadores de sombras debe honrarle y tenerlo en la más alta estima como a un caballero que de verdad ha hecho avanzar a su raza.

—No —repuso Henry tristemente—. Sobre todo desearían que parara de sugerirles nuevas invenciones y dejara de prender fuego a las cosas.

—Pero ¡toda invención tiene un riesgo! —exclamó Magnus—. Yo he visto la transformación que ha causado al mundo el invento de la máquina de vapor y la proliferación de los materiales impresos; las fábricas y los telares han cambiado la faz de Inglaterra. Los mundanos han cogido el mundo en sus manos y lo han convertido en algo maravilloso. Durante los siglos, los brujos han ideado y

perfeccionado distintos hechizos para construirse un mundo diferente. ¿Serán los cazadores de sombras los únicos que permanecerán estancados e inamovibles y, por tanto, estarán condenados? ¿Cómo pueden volver la cabeza ante el genio que usted ha demostrado? Es como volverse hacia las sombras y alejarse de la luz.

Henry se puso escarlata. Era evidente que nunca nadie le había alabado por sus inventos, excepto quizá Charlotte.

—Me adula, señor Bane.

—Magnus —le recordó el brujo—. Y ahora, ¿puedo ver su trabajo sobre ese portal que estaba describiendo? ¿La invención que transporta seres vivos de un lugar a otro?

—Claro. —Sacó una pesada pila de papeles con notas de una esquina de su atestada mesa, y la colocó ante Magnus. Éste la cogió y fue pasando las páginas con interés. Cada una de ellas estaba cubierta de una escritura puntiaguda e inclinada, y de docenas y docenas de ecuaciones, y mezclaba las matemáticas y las runas con una sorprendente armonía. El brujo notó que el corazón se le aceleraba al ir pasando las páginas: eso era genial, realmente genial. Sólo había un problema.

—Veo lo que está tratando de hacer —dijo finalmente—. Y es casi perfecto, pero...

—Sí, casi. —Henry se pasó los dedos por el pelirrojo cabello, haciendo saltar las gafas—. Se puede abrir el portal, pero no hay forma de dirigirlo. No hay modo de saber si alcanzarás el lugar de destino deseado en este mundo o en otro completamente diferente, o incluso en el propio infierno. Es demasiado arriesgado y, por tanto, inútil.

—No puede hacerlo con esas runas —observó Magnus—. Necesita runas diferentes de las que está usando.

Henry negó con la cabeza.

—Sólo podemos emplear las runas del *Libro Gris*. Cualquier otra cosa es magia. Y la magia no es cosa de los nefilim. Es algo que no podemos hacer.

Magnus miró pensativo a Henry durante un largo rato.

—Pero es algo que yo puedo hacer —afirmó, y se acercó más la pila de papeles.

A los seres fantásticos de la Corte Unseelie no les gustaba demasiado la luz. Lo primero que había hecho Sallows (cuyo nombre real no era ése) al regresar a su tienda había sido cubrir con papel encerado la ventana que el chico nefilim le había roto. Tampoco tenía los anteojos, perdidos en las aguas del Limerhouse Cut. Y nadie, al parecer, iba a pagarle los caros periódicos que había pedido para Benedict Lightwood. En conjunto había sido un día muy malo.

Alzó la vista irritado cuando sonó la campanilla de la tienda, avisándole de que la puerta se abría, y frunció el cejo. Pensaba que la había cerrado con llave.

—¿Has vuelto, nefilim? —soltó—. ¿Has decidido tirarme al río no una, sino dos veces? Te hago saber que tengo amigos poderosos...

—No dudo de que los tengas, farsante. —La figura alta y encapuchada que había en el umbral cerró la puerta tras de sí—. Y estoy muy interesado en saber más sobre ellos. —Un cuchillo de frío hierro destelló en la penumbra, y el sátiro se estremeció de terror—. Quiero hacerte unas preguntas —dijo el hombre de la puerta—. Y yo que tú no intentarías huir. No si quieres conservar los dedos como parte del cuerpo...

LA MENTE TIENE MONTAÑAS

¡Oh, la mente! La mente tiene montañas; peñascos de caída espantosa, lisa, inimaginable para el hombre. Despreciarlos puede el que nunca colgó de allí. Ni por largo rato nuestra pequeña resistencia soporta lo empinado o profundo. ¡Aquí!, arrástrate, desgraciado, bajo un consuelo escondido en un torbellino: toda vida la muerte acaba y todo día muere al dormir.

GERARD MANLEY HOPKINS, «No peor, no lo hay».

Tessa nunca llegaría a recordar si había gritado al precipitarse. Sólo recordaba una caída larga y silenciosa, el río y las rocas que se aproximaban, el cielo a sus pies. El viento le golpeaba el rostro y el cabello, mientras se revolvía en el aire, y notó un seco tirón en la garganta.

Las manos se le fueron hacia arriba. Su colgante del ángel le estaba subiendo por la cabeza, como si una enorme mano hubiera surgido del cielo para quitárselo. Una desenfocada mancha metálica la envolvía, un par de grandes alas se abrían como verjas, y algo la cogió, deteniendo su caída. Abrió los ojos sorprendida; era imposible, inimaginable, pero su ángel, su ángel mecánico, había crecido de algún modo hasta alcanzar el tamaño de un ser humano y flotaba sobre ella, con las grandes alas mecánicas cortando el aire. Vio un rostro impassible y hermoso, el rostro de una estatua hecha de metal, tan inexpresivo como siempre; pero el ángel tenía manos, tan articuladas como las suyas propias, y con ellas la estaba sujetando, aguantándola mientras las alas batían, batían, batían, y ella caía lentamente, con suavidad, como una semilla de diente de león llevada por el viento.

«Quizá me estoy muriendo —pensó Tessa y—: Esto no puede ser». Pero el ángel la sujetaba, y juntos fueron bajando a tierra, el suelo se fue haciendo cada vez más visible y enfocado. Pudo distinguir las diferentes rocas junto a la orilla del torrente, las corrientes de éste, el reflejo del sol en el agua. La sombra de las alas se recortó sobre el suelo y se fue haciendo cada vez más grande mientras Tessa caía hacia ella, caía dentro de la sombra, y ella y el ángel bajaron juntos hacia el suelo y aterrizaron sobre la blanda tierra y las rocas que salpicaban los márgenes del torrente.

Tessa ahogó un grito al aterrizar, más por la impresión que por el golpe, y alzó las manos, como si pudiera amortiguar la caída del ángel con su cuerpo; pero éste ya estaba encogiéndose, se hacía más y más pequeño, las alas se plegaban sobre sí mismas, hasta que dio contra el suelo a su lado, de nuevo del tamaño de un adorno. Tessa extendió una mano temblorosa y lo cogió. Estaba tumbada sobre pedruscos irregulares, medio dentro, medio fuera del agua helada; ésta ya le había empapado las faldas. Tessa cogió su colgante, acabó de subir la orilla del torrente con lo que le restaba de fuerzas y se desplomó por fin sobre el suelo seco con el ángel apretado contra el pecho y su familiar tictac contra el corazón.

Sophie se hallaba sentada en el sillón junto a la cama de Jem que siempre había sido el sitio de Will, y lo observaba dormir.

Había habido un tiempo, pensó, cuando casi habría agradecido esa oportunidad, una ocasión para estar cerca de él, para ponerle compresas frías en la frente cuando se removía y murmuraba, ardiendo de fiebre. Y aunque ya no lo amaba como antes, de esa forma como se ama a alguien que no se conoce, con admiración y distancia, el corazón aún se le encogía al verlo así.

Una de las chicas del pueblo en el que se había criado Sophie había muerto de tuberculosis, y ella recordaba que todos habían dicho que la enfermedad la había vuelto más hermosa antes de matarla, la hacía más pálida y esbelta, y le cubría las mejillas con un agitado rubor rosado. En ese momento, Jem tenía esa fiebre en las mejillas, mientras se removía contra las almohadas; su cabello plateado era como la escarcha, y sus dedos se movían sin parar sobre la colcha. De vez en cuando, hablaba, pero las palabras eran en mandarín, y ella no las entendía. Jem llamaba a Tessa. «*Wo ai ni, Tessa. Bu lu run, he qing kuang fa sheng, wo men dou hui zai yi qi*». Y también a Will, «*sheng si zhi jiao*», de un modo que hacía que la chica quisiera cogerle la mano y sujetársela, aunque cuando fue a tocarlo, él estaba

ardiendo de fiebre y Sophie se echó hacia atrás en el sillón, chillando y preguntándose si debería llamar a Charlotte.

Ésta querría saber si Jem estaba empeorando. Estaba a punto de ponerse en pie cuando de repente él ahogó un grito y abrió los ojos. Sophie volvió a dejarse caer en el sillón, mirándolo fijamente. Los iris eran de una plata tan clara que parecían casi blancos.

—¿Will? —llamó Jem—. ¿Will, eres tú?

—No —contestó la sirvienta, casi temerosa de moverse—. Soy Sophie.

Jem exhaló suavemente y volvió la cabeza hacia ella sobre la almohada. La chica lo vio enfocar la mirada en su rostro con un esfuerzo, y luego, increíblemente, Jem sonrió, esa sonrisa de gran dulzura que fue lo primero que se había ganado el corazón de Sophie.

—Claro —dijo él—. Sophie. Will no está... He hecho que Will se fuera.

—Ha ido a buscar a Tessa —explicó ella.

—Bien. —Las largas manos de Jem agarraron la colcha y se cerraron en puños una vez, luego las relajó—. Me... me alegro.

—Lo echa usted de menos —dijo Sophie.

Jem asintió lentamente.

—Lo noto... en la distancia, como un cordón en mi interior muy, muy tenso. No me esperaba eso. No nos habíamos separado desde que nos convertimos en *parabatai*.

—Cecily ha dicho que lo ha enviado usted.

—Sí —contestó él—. Me ha costado convencerle. Creo que si él no estuviera también enamorado de Tessa, no habría logrado hacerle marchar.

Sophie se quedó boquiabierta.

—¿Usted lo sabía?

—No hace mucho —contestó Jem—. No, no habría sido tan cruel. De haberlo sabido, nunca me habría declarado. Me habría contenido. No lo sabía. Y, sin embargo, ahora, mientras todo se aleja de mí, todo se me aparece bajo una luz tan clara que creo que lo habría llegado a saber, incluso si no me lo habría dicho. Cuando acabara todo, lo habría sabido. —Sonrió levemente al ver la expresión compungida de Sophie—. Me alegro de no haber tenido que esperar hasta el final.

—¿No está enfadado?

—Estoy contento —contestó él—. Así podrán cuidarse mutuamente cuando yo ya no esté, o al menos puedo tener esa esperanza. Will dice que ella no lo ama, pero... seguro que llegará a amarlo con el tiempo. Es fácil querer a Will, y él le ha entregado todo su corazón. Lo veo. Espero que ella no se lo rompa.

A Sophie no se le ocurría nada que decir. No sabía qué se podía decir ante un amor así; tanta paciencia, tanto aguante, tanta esperanza... Durante esos últimos meses, en muchas ocasiones había lamentado haber pensado alguna vez mal de Will Herondale; sobre todo cuando veía cómo se quedaba atrás y permitía a Tessa y a Jem ser felices juntos, y ella sabía el sufrimiento por el que ésta pasaba, junto a la alegría, al ser consciente de que estaba hiriendo a Will. Sólo Sophie sabía que Tessa a veces llamaba a Will mientras dormía; sólo ella sabía que la cicatriz que tenía la chica en la palma de la mano no era debida a un encuentro accidental con el atizador de la chimenea, sino una herida deliberada, que se había infligido para poder, de algún modo, igualar con dolor físico el dolor emocional que había sentido al rechazar a Will. Sophie había sujetado a Tessa mientras ésta lloraba y se arrancaba del cabello las flores que eran del color de los ojos de Will, y también la sirvienta había cubierto con polvos las pruebas de las lágrimas y las noches en vela.

¿Debería decírselo? Sophie se lo preguntaba. ¿Sería un favor decirle: «Sí, Tessa también lo ama; ha tratado de que no fuera así, pero lo es»? ¿Podía algún hombre realmente querer oír eso de la muchacha con la que se iba a casar?

—La señorita Gray tiene un gran aprecio por el señor Herondale, y creo que no querría romper ningún corazón —dijo finalmente—. Pero me gustaría que usted no hablara como si su muerte fuera inevitable,

señor Carstairs. Incluso ahora, la señora Branwell y los demás tienen esperanzas de encontrar una cura. Creo que vivirá para envejecer junto a la señorita Gray, y ambos serán muy felices.

Él sonrió como si supiera algo que ella no sabía.

—Es muy amable por tu parte decir eso, Sophie. Sé que soy un cazador de sombras, y no dejamos fácilmente esta vida. Luchamos hasta el final. Venimos del reino de los ángeles y, no obstante, lo tememos. Pero creo que uno puede enfrentarse al fin y no tener miedo sin haber tenido que inclinarse ante la muerte. La muerte nunca me dominará.

Sophie lo miró algo preocupada; le parecía que Jem deliraba un poco.

—¿Señor Carstairs? ¿Voy a buscar a Charlotte?

—Dentro de un momento, pero, Sophie... en tu expresión, justo antes, cuando te he dicho... —Se inclinó hacia ella—. Entonces ¿es cierto?

—¿Qué es cierto? —preguntó ella con un hilillo de voz, pero sabía cuál sería la pregunta, y no podía mentirle a Jem.

Will estaba de un humor de perros. El día había amanecido cubierto de niebla, húmedo y horrible. Se había despertado con el estómago revuelto, y casi no había sido capaz de tragarse los huevos gomosos y el beicon que la esposa del posadero le había servido en el salón de aire viciado; todo su cuerpo le pedía regresar al camino y continuar el viaje.

Varios chubascos lo habían dejado temblando bajo su ropa a pesar del abundante empleo de las runas de calor, y a *Balios* no le gustaba el barro, que le pegaba los cascos al suelo mientras trataban de apresurarse por la carretera, con Will pensando torvamente en cómo era posible que la niebla se le pudiera condensar hasta dentro de la ropa. Al menos había llegado a Northamptonshire, lo que ya era algo, pero sólo había cubierto unos treinta kilómetros y se negaba a detenerse, aunque su caballo lo miró como suplicante cuando atravesaban Towcester, como si le pidiera un lugar cálido en un establo y un poco de avena, y Will estuvo casi dispuesto a dárselo. Una sensación de impotencia le calaba los huesos igual que el frío y la recurrente lluvia. ¿Qué creía estar haciendo? ¿Realmente creía que encontraría a Tessa de ese modo? ¿Acaso era estúpido?

Además, en ese momento estaban atravesando una desagradable zona, donde el lodo hacía que el rocoso camino resultara muy traicionero. Una gran pared de tierra se elevaba a un lado del camino y tapaba el cielo. Al otro lado, el camino daba a un precipicio tapizado con afiladas piedras. La distante agua de un torrente lodoso brillaba tenuemente en el fondo del barranco. Will mantenía la cabeza de *Balios* bien apartada del despeñadero, pero el caballo aún parecía nervioso y temeroso de la caída. El chico iba con la cabeza gacha, resguardada todo lo posible en el cuello de la chaqueta para evitar la fría lluvia; fue sólo por casualidad que, mirando un momento hacia el lado, captó el destello de algo verde brillante y dorado en medio de las rocas que bordeaban el camino.

Al instante había detenido a *Balios*, y desmontaba con tal rapidez que casi se resbaló en el barro. La lluvia caía con más fuerza en ese momento, mientras se acercaba y se arrodillaba para examinar la cadena de oro que se había quedado enganchada en la aguda punta de una roca. La cogió con cuidado. Era un colgante de jade, circular, con caracteres estampados en negro. Sabía perfectamente qué decían. «Cuando dos personas son una en lo más profundo de su corazón, quiebran incluso la fuerza del hierro o el bronce».

El regalo de compromiso que Jem le había hecho a Tessa. Will apretó la mano sobre él. Recordó estar ante ella en la escalera; la cadena del colgante de jade le envió un destello desde el cuello de Tessa como un cruel recordatorio de Jem mientras ella le decía: «Dicen que no se puede dividir el corazón y, sin embargo...».

—¡Tessa! —gritó de repente, y su voz resonó entre las rocas. «¡Tessa!».

Durante un momento se quedó parado, estremeciéndose, al borde del camino. No sabía lo que había esperado... ¿una respuesta? Era difícil que pudiera estar ahí, escondida entre las escasas rocas. Sólo se oía el silencio, y el ruido del viento y la lluvia. Aun así, sabía sin la más mínima duda que ése era el colgante de su amada. Quizá se lo hubiera arrancado del cuello y lo hubiera tirado por la ventana del

carruaje para marcarle el camino a él, como Hansel y Gretel con las migas de pan. Eso sería lo que haría una heroína de libro y, por consiguiente, lo que haría Tessa. Quizá habría más señales, si seguía adelante. Por primera vez, la esperanza le fluyó por las venas.

Con un nuevo ímpetu fue hacia *Balios* y subió a la silla. No pararía; llegaría a Staffordshire esa noche. Mientras volvía la cabeza de su montura hacia el camino, se metió el colgante en el bolsillo, donde sus palabras de amor y compromiso parecieron quemarle como un hierro de marcar.

Charlotte nunca se había sentido tan cansada. El hijo que esperaba la agotaba más de lo que había pensado al principio, y había estado despierta toda la noche y corriendo todo el día. Tenía manchas en el vestido de la cripta de Henry, y le dolían los tobillos de subir y bajar la escalera de la casa y las escalerillas de mano de la biblioteca. Sin embargo, cuando abrió la puerta del cuarto de Jem y lo vio no sólo despierto sino sentado y hablando con Sophie, olvidó todo su cansancio y notó que se le dibujaba en el rostro una sonrisa de alivio.

—¡James! —exclamó—. Me preguntaba... digo, me alegro de que estés despierto.

La sirvienta, que estaba curiosamente sonrojada, se puso en pie.

—¿Debo irme, señora Branwell?

—Oh, sí, por favor, Sophie. Bridget tiene uno de sus días; dice que no puede encontrar el Ban Mary, y yo no tengo ni la más remota idea de lo que está hablando.

Sophie casi sonrió; lo habría hecho si el corazón no le estuviera latiendo a toda prisa por saber que quizá acabara de hacer algo terrible.

—El *bain-marie* —explicó—. Yo se lo buscaré. —Fue hacia la puerta, se detuvo y le lanzó por encima del hombro una mirada muy peculiar a Jem, que volvía a reposar sobre las almohadas, muy pálido, pero compuesto. Antes de que Charlotte pudiera decir nada, ella ya se había marchado, y Jem estaba indicando a la directora que se acercara con una cansada sonrisa.

—Charlotte, si no te importa... ¿podrías traerme el violín?

—Claro. —Fue a la mesa que se hallaba junto a la ventana, donde el violín estaba guardado en su funda de palisandro, con el arco y una cajita redonda de resina ámbar. Lo cogió y lo llevó a la cama, donde Jem lo tomó con cuidado. Charlotte se sentó, agradecida, en el sillón junto a él—. Oh... —exclamó un momento después—. Lo siento. He olvidado el arco. ¿Querías tocar?

—No pasa nada. —Pulsó con suavidad las cuerdas con los dedos, y produjo un sonido vibrante y agradable—. Eso es un *pizzicato*; lo primero que mi padre me enseñó a hacer cuando aprendía a tocar el violín. Me recuerda a cuando era niño.

«Y sigues siendo un niño», quiso decir Charlotte, pero no lo hizo. Después de todo, sólo le faltaban unas semanas para cumplir los dieciocho años, y aunque cuando ella lo miraba aún veía al niño de cabello negro que había llegado de Shanghái aferrando su violín, con unos ojos enormes en un rostro pálido, eso no quería decir que no hubiera crecido.

Cogió la caja de *yin fen* que estaba en la mesilla de noche. Sólo había un pálido resto en el fondo, apenas una cucharadita de postre. Intentó tragar el nudo que tenía en la garganta, puso el polvo en el fondo de un vaso, vertió agua de la botella y dejó que el polvo se disolviera como el azúcar. Cuando se lo pasó a Jem, él dejó el instrumento a un lado y cogió el vaso. Lo miró fijamente con ojos pensativos.

—¿Es lo último que queda? —preguntó.

—Magnus está trabajando para lograr una cura —explicó Charlotte—. Todos lo estamos haciendo. Gabriel y Cecily están comprando ingredientes para una medicina que te mantendrá fuerte, y Sophie, Gideon y yo hemos estado investigando. Se está haciendo todo lo posible. Todo.

Jem pareció sorprendido.

—No lo sabía.

—Pues claro que lo estamos haciendo —insistió Charlotte—. Eres de la familia; haríamos lo que fuera por ti. Por favor, no pierdas la esperanza. Jem, necesito que conserves la fuerza.

—Toda la fuerza que tengo es tuya —afirmó él crípticamente. Se tomó la solución de *yin fen* y le devolvió el vaso vacío—. ¿Charlotte?

—¿Sí?

—¿Ya has ganado la discusión sobre cómo llamar al niño?

Ella soltó una sorprendida carcajada. Parecía raro pensar en el niño en ese momento, pero ¿por qué no? «En la muerte, estamos vivos». Era algo en lo que pensar distinto a la enfermedad, o la desaparición de Tessa, o la peligrosa misión de Will.

—Aún no —respondió—. Henry insiste en llamarle Buford.

—Ganarás tú —aseguró Jem—. Siempre lo haces. Serías una Cónsul excelente, Charlotte.

Ésta arrugó la nariz.

—¿Una mujer Cónsul? ¡Después de todos los líos que he tenido sólo por dirigir el Instituto!

—Siempre tiene que haber una primera vez —repuso Jem—. No es fácil ser el primero, y tampoco es siempre satisfactorio, pero es importante. —Agachó la cabeza—. Llevas contigo una de las pocas cosas que lamento.

Lo miró confusa.

—Me gustaría haber visto al bebé. —Era un deseo simple, pero se le clavó a Charlotte en el corazón como un trozo de cristal. Comenzó a llorar, las lágrimas le surcaban las mejillas.

—Charlotte —dijo Jem, como tratando de consolarla—. Siempre me has cuidado. Serás increíble cuidando a ese niño. Serás una madre maravillosa.

—No puedes rendirte, Jem —imploró ella en una voz ahogada—. Cuando te trajeron conmigo, al principio dijeron que sólo vivirías un año o dos. Ya has vivido casi seis. Por favor, vive aunque sólo sean unos días más. Unos días más por mí.

Jem la miró muy serio.

—He vivido por ti —contestó—. Y he vivido por Will, y luego he vivido por Tessa, y por mí, porque quería estar con ella. Pero no puedo vivir eternamente por otras personas. Nadie puede decir que la muerte encontró en mí un camarada voluntario, o que me fui sin luchar. Si dices que me necesitas, me quedaré todo lo que pueda por ti. Viviré por ti y por los tuyos, y me iré luchando contra la muerte hasta que no quede de mí más que huesos y pellejo. Pero no será mi elección.

—Entonces... —Charlotte lo miró vacilante—. ¿Cuál sería tu elección?

Jem tragó saliva, y bajó la mano para tocar el violín.

—He tomado una decisión —respondió—. La tomé cuando le dije a Will que se fuera. —Agachó la cabeza y luego la alzó para mirar a la directora; le clavó los ojos en el rostro como si quisiera hacer que lo entendiera—. Quiero acabar. Dices que todos estáis buscando una cura para mí. Sé que le di permiso a Will, pero quiero que dejéis de buscar, Charlotte. Se ha acabado.

Ya estaba oscureciendo cuando Cecily y Gabriel llegaron al Instituto. Estar por la ciudad con alguien que no fuera Charlotte o su hermano había sido una experiencia excepcional para la chica, y estaba sorprendida de la buena compañía que Gabriel Lightwood había resultado ser. La había hecho reír, aunque ella había hecho lo posible por disimularlo, y había cargado caballeramente con todos los paquetes, aunque ella había esperado que protestara por ser tratado como si fuera un mozo de carga.

Era cierto que seguramente no debería haber lanzado a aquel ser mágico por la ventana, o al canal de Limehouse después. Pero no podía culparle. Ella sabía perfectamente bien que lo que le había encendido no era que el sátiro le hubiera enseñado a ella imágenes inapropiadas, sino que le recordara a su padre.

Resultaba extraño, pensó Cecily mientras subía los escalones de entrada del Instituto, lo diferente que era de su hermano. Gideon le había caído bien desde que lo había conocido al llegar a Londres, pero lo encontraba callado y contenido. No hablaba mucho, y aunque a veces ayudaba a Will a entrenarla, se mostraba distante y serio con todos excepto con Sophie. Con ella era posible verle destellos de humor. Podría sacar un humor irónico cuando quería, y tenía un carácter observador compatible con su alma tranquila.

Por las cosas que había oído a Tessa, a Will y a Charlotte, Cecily había reconstruido la historia de los Lightwood y comenzaba a entender por qué Gideon era tan callado. En cierto modo, al igual que Will y

ella misma, había dado la espalda a su familia de una forma deliberada, y cargaba con el dolor de esa pérdida. La elección de Gabriel había sido diferente. Se había quedado al lado de su padre, y había observado el lento deterioro de su cuerpo y mente. ¿Qué debía de haber pensado mientras eso ocurría? ¿En qué momento se había dado cuenta de que había tomado la decisión incorrecta?

Gabriel abrió la puerta del Instituto, y Cecily entró; los recibió la voz de Bridget bajando por la escalera.

Oh, ¿no ves tú ese estrecho sendero, cubierto de espesas espinas y zarzas? Es el sendero de la virtud, aunque por él pocos preguntan. ¿Y no ves tú aquel camino ancho, ancho, junto al lago de lirios? Es el camino de la maldad, aunque algunos le llaman el camino al Cielo.

—Está cantando —dijo Cecily mientras comenzaba a subir—. Otra vez.

Gabriel, sujetando ágilmente los paquetes, emitió un sonido de ecuanimidad.

—Estoy hambriento. Me pregunto si me conseguirá un poco de pollo frío y pan de la cocina si le digo que no me molestan sus canciones.

—A todo el mundo le molestan sus canciones. —Cecily lo miró de reojo; tenía un perfil encantador. Gideon era guapo también, pero Gabriel era todo ángulos, barbilla y pómulos, lo que Cecily consideraba más elegante—. No es culpa suya, ¿sabe? —soltó ella de golpe.

—¿Que no es culpa mía? —Torcieron desde la escalera hacia el pasillo del primer piso. A Cecily le pareció oscuro; las luces mágicas estaban bajas. Oía a Bridget, que seguía cantando.

Era una noche oscura, oscura, sin ninguna estrella, y vadearon en sangre roja hasta la rodilla; porque toda la sangre que se derrama en la tierra corre por los arroyos de ese país.

—Su padre —contestó Cecily.

Gabriel tensó el rostro. Por un momento, Cecily pensó que iba a replicarle enfadado, pero no fue así.

—Quizá no sea culpa mía —fue lo que dijo—, pero escogí no ver sus crímenes. Creí en él cuando era un error hacerlo, y él ha hecho que el nombre de Lightwood caiga en desgracia.

Cecily permaneció en silencio durante un momento.

—Yo vine aquí porque creía que los cazadores de sombras eran monstruos que se habían llevado a mi hermano. Lo creía porque mis padres lo creían. Pero se equivocaban. No somos nuestros padres, Gabriel. No tenemos que cargar con el peso de sus errores o sus pecados. Usted puede hacer que el nombre Lightwood brille de nuevo.

—Ésa es la diferencia entre usted y yo —repuso él, con amargura—. Usted eligió venir aquí. A mí me echaron de mi casa, perseguido por un monstruo que en un tiempo fue mi padre.

—Bueno —dijo Cecily con amabilidad—, no perseguido hasta aquí. Sólo hasta Chiswick, me parece.

—¿Qué...?

Ella le sonrió.

—Soy la hermana de Will Herondale. No puede esperar que esté seria todo el rato.

La expresión de Gabriel al oír eso fue tan cómica que la chica soltó una risita; aún estaba riendo cuando empujaron la puerta de la biblioteca y entraron, y ambos se quedaron parados de golpe.

Charlotte, Henry y Gideon estaban sentados a una de las largas mesas. Magnus se hallaba a cierta distancia, junto a la ventana, con las manos a la espalda. Estaba rígido y tenso. Henry parecía demacrado y cansado. Charlotte tenía rastros de lágrimas. El rostro de Gideon era una máscara.

La risa de Cecily murió en sus labios.

—¿Qué pasa? ¿Ha habido noticias? ¿Will está...?

—No es Will —respondió Charlotte—. Es Jem.

Cecily se mordió el labio, mientras su corazón recuperaba su ritmo normal con un alivio culpable. Primero había pensado en su hermano, pero claro que era su *parabatai* el que estaba en peligro inminente.

—¿Jem? —susurró.

—Aún vive —repuso Henry, respondiendo a la pregunta que no había llegado a formular Cecily.

—Entonces, bien. Lo tenemos todo —anunció Gabriel mientras ponía los paquetes sobre la mesa—. Todo lo que Magnus nos pidió: la damiana, la raíz de cabeza de murciélago...

—Gracias. —El brujo habló desde la ventana, sin volverse.

—Sí, gracias —repitió Charlotte—. Habéis hecho todo lo que os he pedido, y os lo agradezco. Pero me temo que el viaje habrá sido en vano. —Miró el paquete, y luego volvió a alzar la vista. Resultaba evidente que le estaba costando un gran esfuerzo hablar—. Jem ha tomado una decisión —explicó—. Quiere que dejemos de buscar una cura. Se ha bebido lo último que quedaba de *yin fen*; no hay más, y ahora es cuestión de horas. He llamado a los Hermanos Silenciosos. Ha llegado el momento de despedirnos.

La sala de entrenamiento estaba oscura. Las sombras se alargaban sobre el suelo, y la luz de la luna entraba por las altas ventanas de arco. Cecily estaba sentada en uno de los gastados bancos y miraba los dibujos que ésta creaba sobre el astillado suelo de madera.

Sin pensarlo, con la mano derecha se toqueteaba el colgante rojo que llevaba al cuello. No podía evitar pensar en su hermano. Parte de su cabeza estaba en el Instituto, pero el resto estaba con Will: sobre el caballo, inclinado hacia el viento, cabalgando como alma que lleva el diablo por los caminos que separaban Londres de Dolgellau. Se preguntó si tendría miedo. Se preguntó si volvería a verlo.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que se sobresaltó al oír el crujido de la puerta al abrirse. Una larga sombra se proyectó sobre el suelo, y cuando Cecily alzó los ojos vio a Gabriel Lightwood mirándola sorprendido.

—¿Se está escondiendo aquí? —preguntó—. Es... incómodo.

—¿Por qué? —Cecily se sorprendió de lo normal que le sonaba la voz, casi tranquila.

—Porque yo también tenía la intención de esconderme aquí.

Cecily permaneció en silencio durante un momento. Lo cierto era que el chico parecía un poco inseguro; se le hacía extraño, por lo general era tan seguro de sí mismo... Aunque su confianza era más frágil que la de su hermano. Estaba demasiado oscuro para verle el color de los ojos o del cabello, y por primera vez, Cecily pudo ver el parecido entre los dos Lightwood. Tenían la misma barbilla decidida, los mismos ojos separados y el mismo porte.

—Puede esconderse conmigo —concedió ella—, si quiere.

Él asintió y cruzó la sala hasta donde estaba ella, pero en vez de acercarse fue hacia la ventana y miró afuera.

—El carruaje de los Hermanos Silenciosos está aquí —informó.

—Sí —contestó Cecily. Sabía, de leer el *Códice*, que los Hermanos Silenciosos eran tanto los médicos como los sacerdotes en el mundo de los cazadores de sombras; era de esperar encontrarlos junto a los moribundos, los enfermos y las parturientas, por igual—. He pensado que debería ir a ver a Jem. Por Will. Pero no... no he tenido valor. Soy una cobarde —añadió como si se le acabara de ocurrir. No era algo que hubiera pensado antes de sí misma.

—Entonces, yo también lo soy —replicó él. La luz de la luna le iluminaba un lado del rostro, por lo que daba la impresión de llevar media máscara—. Sinceramente, he venido aquí para estar solo, para estar lejos de los Hermanos, porque me producen escalofríos. He pensado que podía hacer un solitario. Pero si quieres, podemos jugar a la brisca.

—Como Pip y Estella en *Grandes Esperanzas* —señaló Cecily divertida—. Pero, no... no sé jugar a las cartas. Mi madre siempre ha intentado que no hubiera naipes en casa, porque mi padre... tenía cierta debilidad por ellos. —Miró a Gabriel—. ¿Sabe?, en cierto modo somos iguales. Nuestros hermanos se marcharon, y nos quedamos solos sin hermanos ni hermanas, con un padre que estaba deteriorándose. El mío se volvió un poco loco después de que Will se marchara y Ella muriera. Le costó cinco años recuperarse, y mientras tanto, perdimos nuestra casa. Igual que usted ha perdido Chiswick.

—Chiswick nos lo han arrebatado —puntualizó Gabriel con ácido destello de amargura—. Y para ser sincero, me da pena y no lo hace. Mis recuerdos de ese lugar... —Se estremeció—. Mi padre llevaba encerrado dos semanas en su estudio cuando vine aquí a pedir ayuda. Debería haber venido antes, pero

era demasiado orgulloso. No quería admitir que me había equivocado con él. Durante esas dos semanas casi no dormí. Golpeé la puerta del estudio y le rogué que saliera, que me hablara, pero sólo oía ruidos inhumanos. Por la noche cerraba mi puerta con llave y por las mañanas solía haber sangre en la escalera. Me dije que los criados habían huido. Pero sabía que no. Así que no, no somos iguales, Cecily, porque tú te marchaste. Fuiste valiente. Yo me quedé hasta que no tuve más remedio que irme. Me quedé incluso sabiendo que era un error.

—Eres un Lightwood —repuso Cecily—. Te quedaste porque eras leal al nombre de tu familia. Eso no es cobardía.

—¿No? ¿Acaso la lealtad es una cualidad encomiable cuando va en la dirección errónea?

Cecily abrió la boca, y la volvió a cerrar. Gabriel la estaba mirando, con los ojos brillantes por la luz de la luna. Parecía realmente desesperado por oír su respuesta. Se preguntó si él tendría alguien más con quien hablar. Podía entender que le aterrorizara acudir a Gideon con escrúpulos morales; éste parecía tan firme, como si nunca se hubiera cuestionado nada en toda su vida y no pudiera entender a los que lo hacían.

—Creo —comenzó ella, eligiendo las palabras con cuidado— que cualquier buen impulso puede retorcerse para que sea algo malo. Mira al Magíster. Hace lo que hace porque odia a los cazadores de sombras, por lealtad a sus padres, que lo cuidaron y a los que mataron. No es algo que no se pueda alcanzar a comprender. Y, sin embargo, nada excusa el resultado. Creo que cuando tomamos una decisión, y cada decisión es independiente de las decisiones que hemos tomado antes, debemos examinar no sólo nuestras razones para tomarla, sino qué resultados puede tener, y si haremos daño a gente buena con ella.

Hubo un silencio.

—Eres muy sabia, Cecily Herondale —concluyó Gabriel finalmente.

—No lamentes demasiado las decisiones que tomaste en el pasado, Gabriel —repuso ella, consciente de que se estaban tuteando desde hacía un momento, pero incapaz de evitarlo—. Sólo toma las correctas en el futuro. Somos capaces de cambiar, y capaces de ser lo mejor que podemos ser, siempre.

—Eso —replicó Gabriel— no sería ser lo que mi padre quería que fuera, y a pesar de todo, me doy cuenta de que soy reacio a prescindir de la esperanza de su aprobación.

Cecily suspiró.

—Sólo podemos esforzarnos, Gabriel. Yo traté de ser la niña que mis padres querían, la mujer que deseaban que fuera. Me marché para devolverles a Will porque pensé que era lo correcto. Sabía que les dolía que hubiera escogido un camino diferente, pero es el correcto para él, aunque llegara a él de una forma extraña. Es su camino. No elijas el camino que tu padre habría elegido o el camino que tu hermano elegiría. Sé el cazador de sombras que deseas ser.

—¿Cómo sabes que voy a tomar la decisión correcta? —preguntó él y en ese momento pareció muy joven.

Al otro lado de la ventana, los cascos de los caballos resonaron sobre los adoquines del patio. Los Hermanos Silenciosos marchándose. «Jem», pensó Cecily, con una punzada de dolor en el corazón. Su hermano siempre lo había considerado como una especie de estrella polar, una brújula que siempre indicaba la decisión correcta. Ella nunca había pensado antes en su hermano como una persona afortunada, y sin duda no esperaba hacerlo ese día, y, sin embargo... sin embargo, en cierto sentido, lo había sido. Tener siempre alguien a quien poder acudir para saber dónde estaba el norte, y no preocuparse constantemente de estar mirando a la estrella equivocada.

Trató de que su voz fuera lo más fuerte y firme posible, por ella misma tanto como por el chico de la ventana.

—Quizá, Gabriel Lightwood, tengo fe en ti.

PARABATAI

Callad, que no está muerto ni dormido; despertó ya del sueño de la vida. Perdidos en visiones tempestuosas, sostenemos contra espectros una contienda estéril, y en delirio loco, el puñal del espíritu clavamos en el vacío invulnerable. Decaemos como crueles despojos sepultos; el temor y la angustia nos crispan y consumen día a día, y frías esperanzas serpentean cual gusanos en el barro que somos.

PERCY BYSSHE SHELLEY, «Adonais: Una elegía por la muerte de John Keats».

El patio del Green Man Inn era un lodazal pisoteado cuando Will detuvo su agotado caballo y descendió de su amplio lomo. Estaba cansado, agarrotado y dolorido de la silla, y con el mal estado de los caminos y la extenuación de *Balios* y la suya, había podido avanzar muy poco en las últimas horas. Ya había oscurecido, y Will se sintió aliviado al ver al mozo de cuadra corriendo hacia él, con las botas salpicadas de barro hasta la rodilla y una lámpara en la mano que proyectaba un cálido resplandor amarillo.

—¡Vaya una noche húmeda, señor! —exclamó el mozo alegremente mientras se acercaba. Parecía un muchacho humano corriente, pero había algo travieso y un poco como de diablillo en él; la sangre de hada, a veces, pasada de generación en generación, podía expresarse en humanos e incluso en cazadores de sombras en la curva de un ojo o en el brillante fulgor de una pupila. Naturalmente, el mozo tenía la Visión. El Green Man era una parada bien conocida en el submundo. Will había esperado poder llegar allí antes de que fuera noche cerrada. Estaba cansado de fingir delante de mundanos, cansado de rodearse de un *glamour*, cansado de ocultarse.

—¿Húmeda? ¿Eso crees? —masculló Will mientras el agua le caía del cabello y se le enganchaba en las pestañas. Tenía la mirada clavada en la puerta principal de la posada, por la que salía una acogedora luz amarilla. Por encima, casi toda la luz había desaparecido del cielo. Nubes negras y amenazantes lo cubrían, con la promesa de más lluvia.

El mozo cogió a *Balios* por la brida.

—Tiene uno de esos caballos mágicos —exclamó.

—Sí. —Will palmeó el costado del animal—. Necesita un buen cepillado, con especial cuidado.

El chico asintió.

—Usted es un cazador de sombras, ¿no? No nos vienen muchos por aquí. Uno no hace demasiado, pero era viejo y desagradable...

—Dime —preguntó Will—, ¿hay habitaciones libres?

—No estoy seguro de si queda alguna individual.

—Bueno, pues voy a querer una individual, así que será mejor que haya. Y un establo para el caballo durante la noche, y un baño y la cena. Vete y acomoda al caballo, y yo veré lo que tiene que decir tu jefe.

El posadero fue de lo más servicial y, a diferencia del mozo, no hizo ningún comentario sobre las Marcas que se le veían a Will en las manos o el cuello, y sólo le formuló las preguntas generales de rigor.

—¿Desea cenar en un salón privado o en la sala común, señor? ¿Y querrá el baño antes de la cena o después?

Will, que se notaba rebozado en barro, optó por bañarse primero, aunque aceptó cenar en la sala común. Había llevado con él cierta cantidad de dinero mundano, pero un salón privado para cenar era un gasto innecesario, sobre todo cuando no importaba lo que se comía. Los alimentos eran combustible para el viaje, nada más.

Aunque el posadero no parecía haberse fijado demasiado en que era un cazador de sombras, hubo otros en la sala común que sí lo hicieron. Mientras él se apoyaba en el mostrador, un grupo de licántropos jóvenes, que habían estado consumiendo cerveza barata durante todo el día, mascullaron entre sí cerca

de la chimenea. Will trató de no fijarse en ellos mientras pedía botellas de agua caliente para él y un preparado de salvado para el caballo, como cualquier joven caballero arrogante, pero notaba los ávidos ojos de los licántropos sobre él, fijándose en todos los detalles, desde su cabello empapado y las botas llenas de barro hasta el pesado abrigo que no dejaba adivinar si llevaba el habitual cinturón de armas de los nefilim.

—Tranquilos, chicos —dijo el más alto del grupo. Estaba sentado apartado del fuego, con el rostro cubierto de pesadas sombras, aunque el fuego le dibujó la silueta de los largos dedos mientras sacaba una elegante pitillera de porcelana y daba unos pensativos golpecitos al cierre—. Lo conozco.

—¿Lo conoces? —preguntó incrédulo uno de los lobos más jóvenes—. ¿A ese nefilim? ¿Es amigo tuyo, Scott?

—Oh, amigo no. No exactamente. —Woolsey Scott encendió el cigarro con una cerilla y observó al chico desde el otro lado de la sala por encima de la pequeña llama; una sonrisa le asomaba a la boca—. Pero es muy interesante que esté aquí. Muy interesante, sin duda.

—¡Tessa! —La voz le reverberó en el oído, un grito desgarrado. Se irguió hasta sentarse en la orilla del torrente con el cuerpo temblándole.

—¿Will? —Se puso en pie y miró alrededor.

La luna había pasado tras una nube. El cielo era como mármol gris oscuro, atravesado de venas negras. El río corría ante ella, gris en la penumbra, y al mirar alrededor vio sólo árboles retorcidos, el escarpado barranco por el que había caído, un amplio paisaje que se extendía en la otra dirección, con campos y vallas de piedra, y alguna que otra granja o casa distante. No podía vislumbrar nada semejante a una ciudad o un pueblo, ni siquiera un grupo de luces que pudiera indicar una pequeña aldea.

—Will —susurró de nuevo, mientras se rodeaba con los brazos. Estaba segura de que había sido su voz la que había dicho su nombre. No había otra voz que sonara igual. Pero era ridículo. Él no estaba allí. No podía estarlo. Tal vez, igual que Jane Eyre, que había oído la voz de Rochester llamándola por los páramos, estaría medio soñando.

Al menos era un sueño que la había sacado de la inconsciencia. El viento era como un cuchillo frío que le atravesaba la ropa y le helaba la piel; sólo llevaba un fino vestido de interior, ni abrigo ni sombrero. Tenía la falda aún mojada del agua del río; el vestido y las medias rajados y manchados de sangre. El ángel le había salvado la vida, pero no había evitado que se hiriera.

Lo tocó, esperando algún tipo de guía, pero estaba tan quieto y silencioso como siempre. Mientras apartaba la mano del cuello, oyó la voz de Will en su cabeza: «A veces, cuando tengo que hacer algo y no sé qué hacer, imagino que soy un personaje de un libro. Es más fácil saber qué harían ellos».

«El personaje de un libro —pensó Tessa—, uno bueno y razonable, seguiría el torrente. Un personaje de libro sabría que las residencias humanas y los pueblos se suelen construir cerca del agua, y buscaría ayuda en vez de adentrarse en los bosques». Decidida, se abrazó y comenzó a caminar río abajo.

Cuando Will, ya bañado, afeitado y con una camisa y un cuello limpio, volvió a la sala común para cenar, la estancia estaba llena de gente.

Bueno, no exactamente gente. Mientras lo acompañaban a una mesa, anduvo entre otras en las que los trols se apiñaban sobre pintas de cerveza; podrían pasar por ancianos reseco excepto por los colmillos que les sobresalían de la mandíbula inferior. Un delgado brujo con el cabello castaño y un tercer ojo en el centro de la frente estaba dedicado a una chuleta de ternera. En una mesa junto al fuego se apiñaba un grupo: licántropos, notó Will, por su actitud de manada. La sala olía a humedad, ascuas y comida, y a Will le rugió el estómago; no se había dado cuenta de lo hambriento que estaba.

Estudió un mapa de Gales mientras bebía su vino (agrio, avinagrado), comía lo que le habían servido (un duro corte de venado con patatas) y hacía lo que podía para ignorar las miradas de los otros clientes. Supuso que el mozo de establo tenía razón; no pasaban muchos nefilim por ahí. Se sentía como si las Marcas estuvieran brillándole como sellos. Cuando le recogieron los platos, sacó papel y redactó una carta.

Charlotte:

Lamento haber dejado el Instituto sin tu permiso. Te pido que me perdones; me pareció que no había otra opción. No obstante, no es por eso por lo que envío esta carta. Junto a la carretera he encontrado pruebas del paso de Tessa. De algún modo ha conseguido tirar su colgante de jade por la ventanilla del carruaje, creo que para que podamos seguirla. Ahora lo tengo conmigo. Es una prueba irrefutable de que nuestras suposiciones sobre el paradero de Mortmain eran correctas. Debe de estar en Cadair Idris. Tienes que escribir al Cónsul y exigir que envíe una fuerza completa a la montaña.

Will Herondale

Después de sellar la carta, Will llamó al posadero y se aseguró de que, por media corona, el mozo la llevaría al carruaje nocturno del correo para que fuera entregada. Después de pagar, se recostó en su asiento, meditando si debía obligarse a beber otro vaso de vino para estar seguro de dormir; en ese momento, notó un dolor agudo que le atravesaba el pecho. Era como si le hubieran disparado una flecha, y se sacudió hacia atrás. El vaso de vino se estrelló contra el suelo y se rompió. Will se puso en pie de un salto y apoyó ambas manos en la mesa. Era vagamente consciente de las miradas y de la ansiosa voz del posadero en el oído, pero el dolor era demasiado intenso para pensar, casi tan intenso incluso como para respirar.

La opresión en su pecho, la que había considerado como el extremo del cordón que lo ataba a Jem, se había tensado tanto que le estaba estrangulando el corazón. Se tambaleó apartándose de la mesa, se abrió paso a empujones entre el montón de clientes cerca del bar y cruzó hacia la puerta principal de la posada. Sólo podía pensar en aire, en meterse aire en los pulmones para respirar.

Empujó la puerta para abrirla y salió medio tambaleándose a la noche. Por un instante, el dolor en el pecho disminuyó, y Will se desplomó contra la pared de la posada. Estaba cayendo una cortina de lluvia, que le empapó el cabello y la ropa. Ahogó un grito, mientras el corazón se le encogía con una mezcla de terror y desesperación. ¿Era sólo la distancia de Jem lo que le estaba afectando? Nunca había sentido nada parecido, incluso cuando su *parabatai* había estado en sus peores momentos, incluso cuando había estado herido y Will sufría por un dolor simpático.

El cordón se rompió.

Por unos segundos, todo se le volvió blanco, como bañado en ácido. A Will se le doblaron las rodillas y vomitó su cena en el barro. Cuando pasaron los espasmos, se puso en pie como pudo y se alejó a trompicones de la posada, como si estuviera tratando de correr más que su dolor. Fue a dar contra la pared de los establos, junto al abrevadero de los caballos. Se dejó caer de rodillas, metió las manos en el agua helada y vio su reflejo. Veía su rostro, tan blanco como la muerte, la camisa y una mancha roja que se le iba extendiendo por delante.

Con las manos mojadas, se cogió la camisa y se la abrió. Bajo la tenue luz que salía de la posada, vio que su runa de *parabatai*, justo sobre el corazón, estaba sangrando.

Tenía las manos cubiertas de sangre, sangre mezclada con lluvia, la misma lluvia que hacía desaparecer la sangre del pecho y dejaba al descubierto la runa que comenzaba a difuminarse, pasando del negro al plata, transformando todo lo que había tenido sentido en la vida de Will en un sinsentido.

Jem había muerto.

Tessa llevaba horas caminando, y los finos zapatos estaban rajados por las ásperas piedras del lecho del río. Había comenzado casi corriendo, pero el agotamiento y el frío habían podido con ella, y en ese momento cojeaba lentamente, aunque sin vacilar, río abajo. La tela empapada de las faldas era como una ancla que la estaba arrastrando al fondo de algún mar terrible.

No había visto ni una señal de residencia humana, y comenzaba a desesperar de su plan, cuando se abrió un claro. Había empezado a caer una ligera llovizna, pero incluso a través de ella pudo ver la silueta de un edificio bajo de piedra. A medida que se acercaba, vio lo que parecía ser una casita, con techo de paja y un sendero lleno de matojos que llevaba a la puerta.

Aceleró el paso, casi corriendo, pensando en una amable pareja de granjeros, del tipo que en los libros acogían a una joven y la ayudaban a contactar con su familia, como los Rivers habían hecho por Jane

en *Jane Eyre*. Sin embargo, al acercarse, captó la suciedad, las ventanas rotas y la hierba que crecía en el techo de paja. El corazón se le cayó a los pies. La casa estaba abandonada.

La puerta estaba ya entreabierta, la madera hinchada por la humedad. Había algo inquietante en la casa vacía, pero Tessa necesitaba desesperadamente un lugar donde refugiarse de la lluvia y de cualquier perseguidor que Mortmain pudiera enviar tras ella. Se aferró a la esperanza de que la señora Negro pensara que había muerto en la caída, pero dudaba de que el Magíster pudiera perder su pista tan fácilmente. Después de todo, si alguien sabía lo que podía hacer su ángel mecánico, era él.

La hierba crecía entre las losas del suelo del interior de la casa, y la chimenea estaba sucia, con un caldero quemado aún colgando sobre los restos de un fuego y las paredes encaladas llenas de hollín evidenciaban el paso del tiempo. Cerca de la puerta, había un revoltijo de lo que parecían herramientas de granja. Una parecía un palo de metal con un gancho al final, aún afilado. Como sabía que podría necesitar algún medio de defensa, lo cogió; luego fue a la entrada de la otra única habitación que tenía la casa: un pequeño dormitorio en el que vio, encantada, que había una mohosa manta sobre la cama.

Se miró impotente el mojado vestido. Tardaría mucho en quitárselo sin la ayuda de Sophie, y necesitaba desesperadamente calor. Se envolvió en la manta, aún con la ropa mojada, y se acurrucó en el colchón relleno de punzante heno. Olía a moho y seguramente había ratones viviendo en él, pero en ese momento le pareció a Tessa la cama más lujosa en la que nunca se había tumbado.

Sabía que lo más inteligente era permanecer despierta. Pero, a pesar de todo, no podía resistir más las exigencias de su cuerpo, golpeado y exhausto. Con el arma de metal apretada contra el pecho, se sumergió en el sueño.

—¿Así que es éste? ¿El nefilim?

Will no sabía cuánto tiempo llevaba sentado contra la pared del establo, cada vez más empapado, cuando una voz rugiente le llegó desde la oscuridad. Alzó la cabeza, demasiado tarde para esquivar la mano que iba a por él. En un segundo lo había agarrado por el cuello de la camisa y lo obligaba a ponerse en pie.

Miró a través de unos ojos cegados por la lluvia y el dolor a un grupo de licántropos que lo rodeaban en un semicírculo. Quizá fueran unos cinco, incluido el que lo tenía sujeto contra la pared del establo, con un puño agarrándole la camisa ensangrentada. Todos iban vestidos de un modo muy parecido, de un negro tan mojado por la lluvia que brillaba como lona encerada. Todos iban con la cabeza descubierta, y el cabello, largo como lo llevaban los licántropos, se les pegaba al cráneo.

—Sácame las manos de encima —ordenó Will—. Los Acuerdos prohíben tocar a un nefilim sin que medie provocación...

—¿Sin provocación? —El licántropo que lo sujetaba lo tiró hacia adelante y luego lo volvió a estrellar contra la pared. En circunstancias normales, seguramente eso le habría dolido, pero ésas no eran circunstancias normales. El dolor físico que le había provocado la runa de *parabatai* había desaparecido, pero sentía todo el cuerpo seco y vacío, todo el sentido extraído de su centro—. Yo diría que es provocado. Si no fuera por vosotros, nefilim, el Magíster nunca habría venido tras nosotros con sus drogas asquerosas y sus sucias mentiras...

Will miró a los licántropos con una emoción que rozaba la hilaridad. ¿Realmente creían que podían hacerle daño, después de lo que acababa de perder? Durante cinco años había sido su verdad absoluta. Jem y Will. Will y Jem. Will Herondale vive, por tanto, Jem Carstairs también vive. *Quod erat demonstrandum*. Imaginaba que perder una pierna o un brazo sería doloroso, pero perder la verdad central de la vida era... fatal.

—Drogas asquerosas y sucias mentiras —repitió Will arrastrando las palabras—. Eso suena de lo más antihigiénico. Aunque, dime, ¿es cierto que en vez de bañaros, los licántropos os laméis una vez al año? La mano que lo sujetaba se tensó aún más.

—Deberías ser un poco más respetuoso, cazador de sombras.

—No —replicó Will—. La verdad es que no.

—Hemos oído hablar de ti, Will Herondale —habló uno de los otros licántropos—. Siempre arrastrándote ante los subterráneos en busca de ayuda. Nos gustaría verte arrastrándote ahora.

—Entonces, tendréis que cortarme por las rodillas.

—Eso —repuso el hombre lobo que sujetaba a Will— podría arreglarse.

Will se puso en acción. Estrelló la cabeza contra el rostro del licántropo que tenía delante. Oyó y sintió el desagradable crujido de la nariz de éste al romperse, y la sangre caliente comenzó a cubrirle el rostro mientras el hombre lobo se tambaleaba por el patio y se desplomaba de rodillas sobre los adoquines. Se apretaba el rostro con las manos, tratando de contener la sangre.

Una mano le agarró por el hombro, las garras atravesaron la tela de la mojada camisa de Will. Éste se volvió para enfrentarse a los lobos y vio en la mano de este segundo, plateado bajo la luna, el destello de un cuchillo. Los ojos de su atacante brillaban bajo la lluvia, verde dorados y amenazadores.

«No han salido aquí para burlarse de mí o herirme —se dio cuenta Will—. Han venido para matarme».

Por un triste momento, Will estuvo tentado de dejarles que lo hicieran. La idea le pareció un enorme alivio: el fin del dolor, el fin de la responsabilidad, una simple sumersión en la muerte y el olvido. Se quedó sin moverse mientras el cuchillo iba hacia él. Todo parecía estar sucediendo muy lentamente: el borde del cuchillo de hierro moviéndose hacia él, el guiño de burla en el rostro del licántropo, oscurecido por la lluvia.

La imagen que había soñado el día anterior se le apareció ante los ojos: Tessa, corriendo por un sendero verde hacia él. Tessa. Automáticamente, alzó la mano, le agarró la muñeca al hombre lobo mientras esquivaba el golpe y pasó por debajo del brazo. Se lo retorció con fuerza, y el brazo se rompió en astillas. El licántropo gritó, y un oscuro rayo de regocijo atravesó a Will. La daga cayó sobre los adoquines mientras Will le doblaba las piernas a su oponente y le clavaba el codo en la sien. El lobo cayó desmadejado y no volvió a moverse.

Will cogió la daga y se volvió para enfrentarse a los demás. Sólo quedaban tres en pie, y parecían mucho menos seguros de sí mismos que antes. Will sonrió de medio lado, frío y terrible, y notó el gusto metálico de la lluvia y la sangre en la boca.

—Venid a matarme —los retó—. Venid a matarme si creéis que podéis. —Dio una patada al lobo inconsciente que yacía a sus pies—. Tendréis que hacerlo mejor que vuestros amigos.

Se lanzaron sobre él, con las garras extendidas, y Will cayó sobre el suelo, golpeándose la cabeza contra los adoquines. Unas uñas corvas le arañaron en el hombro; él rodó hacia un lado bajo una lluvia de golpes y blandió la daga hacia arriba. Se oyó un gáñido de dolor que acabó en un gemido, y el peso que Will tenía encima, que se había estado moviendo y debatiendo, se quedó sin fuerza. Will rodó de lado y se puso en pie de un salto mientras daba la vuelta.

El lobo al que había apuñalado yacía con los ojos abiertos, muerto en medio de un charco cada vez más grande de sangre y lluvia. Los dos licántropos que quedaban estaban poniéndose en pie, cubiertos de lodo y empapados de agua. Will sangraba en el hombro, donde uno de ellos le había abierto unas profundas heridas con las garras; el dolor era glorioso. Rió entre la sangre y el barro mientras la lluvia le limpiaba la sangre de la hoja de la daga.

—Otra vez —dijo, y casi ni reconoció su propia voz, tensa, quebrada, letal—. Otra vez.

Uno de los hombres lobo giró en redondo y salió huyendo. Will rió de nuevo y fue hacia el último de ellos, que se había quedado paralizado, aunque el chico no estaba seguro si era por valor o por terror, pero tampoco le importaba. La daga era como una extensión de su muñeca, parte del brazo. Un buen golpe y un tirón hacia arriba, y cortaría el hueso y el cartilago, atravesando el corazón...

—¡Deteneos! —La voz era dura, autoritaria, conocida. Will miró en la dirección de donde procedía. Atravesando el patio, con los hombros encorvados contra la lluvia y una expresión de furia, estaba Woolsey Scott—. ¡Os ordeno, a ambos, que os detengáis en este mismo instante!

De inmediato, el licántropo dejó caer las manos y sus garras desaparecieron. Agachó la cabeza en el clásico gesto de sumisión.

—Maestro...

Una oleada de rabia cubrió a Will, y le borró toda racionalidad, toda sensatez, todo excepto la furia. Agarró al licántropo y lo tiró hacia él, le rodeó el cuello con un brazo y le puso la daga al cuello. Woolsey, a sólo unos pasos, se detuvo de golpe, sacando chispas por los ojos.

—Acércate más —amenazó Will—, y le cortaré el cuello a tu lobezno.

—He dicho que paréis —repuso el líder de los Preator Lupus en tono mesurado. Llevaba, como siempre, un traje perfectamente cortado, con una chaqueta de montar de brocado encima, todo bien empapado de lluvia. Su cabello rubio, pegado al cuello, y el rostro parecía incoloro a causa de lo mojado que estaba—. Ambos.

—Pero ¡yo no tengo por qué escucharte! —gritó Will—. ¡Estaba ganando! ¡Ganando! —Miró por el patio a los tres cuerpos de los hombres lobo con los que había luchado: dos inconscientes y uno muerto—. Tu manada me ha atacado sin provocación. Han violado los Acuerdos. Me estaba defendiendo. ¡Han violado la Ley! —Alzó la voz, dura e irreconocible—. Se me debe su sangre, y ¡la tendré!

—Sí, sí, cubos de sangre —replicó Woolsey—. Y ¿qué harías si la tuvieras? Ese licántropo no te importa nada. Déjalo ir.

—No.

—Al menos suéltalo para que pueda luchar contra ti —insistió el líder.

Will vaciló, luego soltó al hombre lobo, que miró a su jefe, aterrorizado. Woolsey chasqueó los dedos en dirección a él.

—Corre, Conrad —le ordenó—. De prisa, y ya.

El licántropo no necesitó que se lo repitiera; dio la vuelta, salió a toda velocidad y desapareció detrás de los establos. Will se volvió hacia Woolsey con una mueca en el rostro.

—Así que los de tu manada son todos unos cobardes —sentenció—. ¿Cinco contra un cazador de sombras? ¿Es así como va?

—No les he dicho que salieran aquí a por ti. Son jóvenes. Y estúpidos e impetuosos. Y la mitad de su manada murió por culpa de Mortmain. Culpan a los tuyos. —Woolsey se acercó un poco más; miró a Will de arriba abajo, tan frío como hielo verde—. Entonces, supongo que tu *parabatai* ha muerto —añadió con una sorprendente naturalidad.

Will no estaba preparado para oír esas palabras, nunca estaría preparado. La pelea le había aclarado el dolor de la cabeza por el momento, pero ahora amenazaba con regresar, omnipresente y terrorífico. Ahogó un grito como si Woolsey le hubiera golpeado, y dio un involuntario paso atrás.

—Y tú estás intentando que te maten por eso, ¿no, chico nefilim? ¿Eso es lo que está pasando?

Will se apartó el cabello mojado de la cara y miró a Woolsey con odio.

—Quizá sí.

—¿Es así como respetas su memoria?

—¿Qué importa? —replicó el otro—. Está muerto. Nunca sabrá lo que hago o dejo de hacer.

—Mi hermano está muerto —explicó Woolsey—. Aún me esfuerzo por cumplir sus deseos, por continuar el Preator Lupus en su memoria, y en vivir como él habría querido que viviese. ¿Crees que soy la clase de persona que estaría en un lugar como éste, comiendo bazofia y bebiendo vinagre, hasta las rodillas de barro, contemplando como un tedioso niñato cazador de sombras destruye aún más mi ya menguada manada, si no fuera porque estoy al servicio de algo más importante que mis propios deseos y penas? Y tú también, cazador de sombras. Tú también.

—¡Oh, Dios! —La daga cayó de la mano de Will y aterrizó en el barro a sus pies—. ¿Y qué hago ahora? —susurró.

No tenía ni idea de por qué se lo estaba preguntando a Woolsey, excepto que no había nadie más en el mundo a quien preguntárselo. Ni siquiera cuando creía estar maldito se había sentido tan solo.

El licántropo lo miró como si nada.

—Haz lo que tu hermano habría querido que hicieras —contestó, y luego se fue de vuelta hacia la posada.

ESTRELLAS, OCULTAD VUESTRO FUEGO

Estrellas, ocultad vuestro fuego. No permitáis que ninguna luz vea mis oscuros y profundos deseos.
SHAKESPEARE, *Macbeth*

Cónsul Wayland:

Le escribo sobre un asunto de la mayor importancia. Uno de los cazadores de sombras de mi Instituto, William Herondale, se halla en camino hacia Cadair Idris mientras escribo. En el trayecto ha descubierto una indicación inconfundible del paso de la señorita Gray. Adjunto su carta para que la lea, pero estoy segura de que usted estará de acuerdo en que el paradero de Mortmain resulta evidente y que, a toda prisa, debemos reunir las fuerzas que podamos y marchar inmediatamente sobre Cadair Idris. En el pasado, el Magíster ha demostrado una remarcable habilidad para escapar de las redes que le tendemos. Debemos aprovechar la ventaja de este momento y atacar con toda la fuerza y presteza posible. Espero su pronta respuesta.

Charlotte Branwell

Hacia frío en la habitación. El fuego hacía rato que se había apagado en la chimenea, y el viento en el exterior aullaba por las esquinas del Instituto y hacía temblar los vidrios de las ventanas. La luz de la lámpara de la mesilla era tenue, y Tessa temblaba en el sillón junto a la cama, a pesar del chal con el que se había envuelto los hombros.

En la cama, Jem dormía, con la cabeza sobre la mano. Respiraba justo lo suficiente para mover levemente las mantas, aunque su rostro estaba tan blanco como la almohada.

Tessa se puso en pie, y el chal se le cayó de los hombros. Llevaba puesto el camisón, igual que el día que lo había conocido, cuando entró en su dormitorio y lo encontró tocando el violín junto a la ventana. «¿Will? —había preguntado él—. ¿Will, eres tú?»

Él se removió y murmuró mientras ella se metía en la cama con él, y tapaba a ambos con las mantas. Ella le cubrió las manos con las suyas y las colocó unidas entre ambos. Cruzó los pies con los de él y le besó en la fría mejilla, calentándole la piel con el aliento. Lentamente, notó que él se movía junto a ella, como si su presencia le estuviera retornando a la vida.

Abrió los ojos y miró en los de ella. Eran azules, dolorosamente azules, el azul del cielo donde se encuentra con el mar.

—¿Tessa? —dijo Will, y ella se dio cuenta de que era Will quien estaba entre sus brazos, Will el que estaba muriendo, Will exhalando su último aliento, y tenía sangre en la camisa, sobre el corazón, un mancha roja que se extendía...

Tessa se sentó de golpe en la cama, sin resuello. Por un momento, miró alrededor, desorientada. La pequeña habitación oscura, la manta mohosa envolviéndola, su ropa mojada y su cuerpo magullado le parecían ajenos a ella. Entonces, el recuerdo volvió de golpe, y con él, la náusea.

Añoraba el Instituto intensamente, de un modo que nunca había añorado su casa de Nueva York. Añoraba la voz mandona y cariñosa de Charlotte, el trato comprensivo de Sophie, las cosillas que hacía Henry, y claro, sin poder evitarlo, añoraba a Jem y a Will. Estaba aterrorizada por su prometido, por su salud, pero también temía por el otro. La batalla en el patio había sido sangrienta, cruel. Cualquiera de ellos podía haber resultado herido o muerto. ¿Qué significado tendría su sueño, Jem convirtiéndose en Will? ¿Estaría Jem enfermo, correría peligro la vida de Will? Rogó en silencio porque no le pasara nada a ninguno de ellos. «Por favor, prefiero morir antes de que nada malo le ocurra a ninguno de los dos».

Un ruido la sacó de su ensoñación, un repentino roce seco que le produjo un violento escalofrío. Se quedó inmóvil. Seguramente no habría sido más que una rama rascando contra la ventana. Pero, no; ahí estaba de nuevo. Un ruido de roce y de arrastre.

Tessa se puso en pie de un salto, aún envuelta en la manta. El terror era como algo material en su interior. Todos los cuentos que había oído sobre monstruos en los densos bosques parecían pelearse por conseguir un espacio en su cabeza. Cerró los ojos, respiró hondo y vio a los alargados autómatas en los escalones del Instituto, sus sombras largas y grotescas, como seres humanos deformados.

Se apretó más la manta sobre los hombros, y los dedos se le cerraron espasmódicamente sobre la tela. Los autómatas habían ido a por ella en los escalones del Instituto. Pero no eran muy inteligentes; podían obedecer órdenes sencillas, reconocer a ciertos seres humanos. Aun así, no podían pensar por sí mismos. Eran máquinas, y a las máquinas se las podía engañar.

La manta estaba hecha de diferentes retales, como si la hubiera cosido una mujer, una mujer que hubiera vivido en esa casa. Tessa tragó aire y se «introdujo» dentro de la manta, buscando alguna chispa de su propietaria, la firma de cualquier espíritu que la hubiera creado y poseído. Era como meter la mano en agua turbia y palpar en busca de un objeto. Después de lo que le pareció una eternidad buscando, dio con ello: una chispa en la oscuridad, la solidez de una alma.

Se concentró en eso; se envolvió en ello como en la manta. El Cambio ya le resultaba más fácil, menos doloroso. Vio sus dedos torcerse y cambiar; se convirtieron en las manos gruesas y artríticas de una anciana. Le aparecieron manchas de edad en la piel, se le encorvó la espalda y el vestido comenzó a colgarle de su consumido cuerpo. Cuando le cayó el cabello ante los ojos, era blanco.

Oyó de nuevo el ruido de roce. Una voz le resonó en el fondo de la cabeza, la quejumbrosa voz de una anciana que exigía saber quién estaba en la casa. Tessa caminó torpemente hasta la puerta, falta de aliento, con el corazón sacudiéndosele dentro del pecho, y fue a la sala.

Durante un instante no vio nada. Tenía los ojos casi opacos, con cataratas: las formas eran borrosas y distantes. Luego algo se alzó junto a la chimenea, y Tessa tuvo que contener un grito.

Era un autómata. Éste estaba construido para parecer casi humano. Tenía un cuerpo grueso, vestido con un traje gris, pero los brazos que sobresalían por los puños eran delgados como palos, y acababan en manos con forma de espátula, y la cabeza que se alzaba por encima del cuello de la camisa era plana y ovoide. Dos ojos bulbosos se veían en la cabeza, pero la máquina no tenía más rasgos.

—¿Quién eres? —preguntó Tessa con la voz de la anciana, mientras blandía el afilado pincho que había cogido antes—. ¿Qué estás haciendo en mi casa, monstruo?

La cosa hizo un ruido metálico, como un clic, evidentemente confusa. Un momento después se abrió la puerta y entró la señora Negro. Iba envuelta en su capa negra; el blanco rostro brillaba bajo la capucha.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó—. ¿Has encontrado...? —Se interrumpió, mirando a Tessa.

—¿Qué está pasando? —inquirió Tessa, y la voz era el quejido de la anciana—. Yo debería preguntarle eso... entrar en la casa de la gente decente... —Parpadeó, como para dejar claro que no veía muy bien—. Salga de aquí, y llévese a su amigo con usted. —Pinchó el aire con el objeto que sujetaba («Un gancho limpiacascos», dijo la voz de la anciana en su cabeza, «se usa para limpiar los cascos de los caballos, tonta»)—. No encontrarán nada que valga la pena robar.

Por un momento, Tessa pensó que su truco había funcionado. La señora Negro la miró inexpresiva; luego dio un paso hacia ella.

—No habrá visto a una joven por aquí, ¿verdad? —preguntó la señora Negro—. Bien vestida, cabello castaño, ojos grises. Parecería perdida. Su gente la está buscando y ofrecen una buena recompensa.

—Vaya una trola, buscar una chica desaparecida. —Tessa intentó sonar lo más malhumorada posible; no le resultó difícil. Tenía la sensación de que la anciana cuyo rostro portaba había sido irascible— ¡He dicho que se vayan!

El autómata chirrió. De repente, la señora Negro apretó los labios, como si estuviera conteniendo la risa.

—Ya veo —dijo—. ¿Puedo decirle que lleva un colgante muy elegante, vieja?

Tessa se llevó la mano al pecho, pero ya era demasiado tarde. El ángel mecánico estaba ahí, claramente visible, con su sutil tictac.

—Cógela —ordenó la señora Negro con una voz aburrida, y el autómata avanzó para coger a Tessa. Ésta dejó caer la manta y retrocedió, blandiendo su gancho. Consiguió abrir una larga brecha en el autómata, pero éste le golpeó en el brazo. La improvisada arma resonó contra el suelo, y Tessa gritó de dolor justo cuando la puerta se abrió y un torrente de autómatas entraban en la estancia, con los brazos

tendidos hacia ella y las manos metálicas cerrándose sobre su piel. Sabía que la superaban, sabía que no servía de nada, pero finalmente se permitió gritar.

Will se despertó al notar el sol en la cara. Parpadeó y fue abriendo los ojos lentamente.

Cielo azul.

Se volvió y se estiró agarrotado hasta conseguir sentarse. Estaba en la ladera de una colina verde, cerca de la carretera que iba de Shrewsbury a Welshpool. No podía ver nada alrededor excepto algunas granjas diseminadas en la distancia; sólo había pasado unas cuantas aldeas pequeñas durante su enloquecida cabalgada desde el Green Man, sin detenerse hasta que había resbalado del lomo de *Balios* por el agotamiento y se había golpeado contra el suelo con fuerza suficiente para romperse los huesos. Medio andando, medio arrastrándose, había dejado que su agotado caballo lo empujara con el morro fuera de la carretera y a un pequeño hueco en el suelo, donde se había acurrucado y se había dormido, sin notar la fría llovizna que seguía cayendo.

En algún momento entre entonces y su despertar, el sol se había alzado, y le había secado la ropa y el cabello, aunque seguía estando sucio, y tenía la camisa cubierta de barro seco y sangre. Se puso en pie con todo el cuerpo dolorido. La noche anterior no se había molestado en ponerse ningún tipo de runa curativa. Había vuelto a la posada, dejando una marca de lluvia y barro tras él, sólo para coger sus cosas; después había regresado a los establos para soltar a *Balios* y salir disparado en medio de la noche. Las heridas que había recibido en su pelea contra la manada de Woolsey aún le dolían, igual que el golpe que se había propinado al caerse del caballo. Cojeó agarrotado hasta donde *Balios* estaba pastando, cerca de la sombra de un gran roble. Su búsqueda por las alforjas le proporcionó una estela y un puñado de fruta seca. La primera la empleó para dibujarse runas analgésicas y curativas mientras iba consumiendo la segunda.

Los acontecimientos de la noche anterior parecían haber quedado muy lejos. Recordaba haber luchado contra los lobos, el quebrar de huesos y el sabor de su propia sangre, el barro y la lluvia. Recordaba el dolor de la separación de Jem, aunque ya no lo sentía. En lugar de dolor lo que notaba era vacío. Como si una gran mano hubiera bajado y hubiera arrancado de su interior todo lo que lo convertía en humano, dejando sólo una cáscara hueca.

Cuando acabó su desayuno, volvió a meter la estela en la alforja, se quitó la destrozada camisa y se puso una limpia. Al hacerlo, no pudo evitar mirarse la runa de *parabatai* que tenía en el pecho.

Ya no era negra, sino de un blanco plateado, como una cicatriz antigua. Will oía la voz de Jem en su cabeza, firme, seria y conocida: «“Y sucedió... que el alma de Jonathan se entrelazó con el alma de David, y Jonathan lo amó como a su propia alma... Luego, Jonathan y David hicieron un pacto, porque él lo amaba como a su propia alma.” Eran dos guerreros y sus almas estaban entrelazadas por el Cielo, y de eso Jonathan Cazador de sombras sacó la idea de los *parabatai*, e incluyó la ceremonia en la Ley». Durante años, esa Marca y la presencia de Jem habían sido todo lo que Will había tenido en la vida para asegurarse de que alguien lo amaba. Todo lo que tenía para saber que era real y existía. Se pasó los dedos sobre el borde de su desvaída runa de *parabatai*. Había pensado que lo odiaría, que odiaría la visión del sol, y se sorprendió al ver que no era así. Se alegraba de que la runa de *parabatai* no se hubiera desvanecido de su piel. Una Marca que indicaba una pérdida seguía siendo una Marca, un recuerdo. No se podía perder nada que no se hubiera tenido.

Sacó de la alforja el cuchillo que Jem le había regalado: una hoja estrecha con un mango de plata de intrincada talla. Bajo la sombra del roble, se cortó en la palma de la mano y observó cómo la sangre caía al suelo, empapando la tierra. Luego se arrodilló y hundió la hoja en ese suelo ensangrentado. Arrodillado, vaciló un momento con una mano en la empuñadura.

—James Carstairs —dijo en voz alta, y tragó saliva. Siempre era así; cuando más necesitaba de las palabras era cuando menos podía encontrarlas. Las frases del juramento bíblico de *parabatai* le vinieron a la cabeza: «No me ruegues que te deje, o que regrese cuando te estoy siguiendo, porque a donde tú vayas, yo iré, y donde tú habites, yo habitaré. Tu gente será mi gente, y tu Dios, mi Dios.

Donde mueras, yo moriré, y ahí seré enterrado. El Ángel me haga esto, y mucho más, si nada más que la muerte nos separa a ti y a mí».

Pero no. Eso era lo que se decía cuando se unían, no cuando se rompía la unión. David y Jonathan también fueron separados por la muerte. Separados pero no divididos.

—Ya te lo había dicho, Jem, que no me dejarías —dijo Will, con la mano ensangrentada en el mango de la daga—. Y aún estás conmigo. Cuando respire, pensaré en ti, porque sin ti hace años que estaría muerto. Cuando me despierte y cuando duerma, cuando alce las manos para defenderme o cuando yazca para morir, tú estarás conmigo. Dices que nacemos una y otra vez. Yo digo que es un río lo que separa a los muertos de los vivos. Lo que sé es que si nacemos de nuevo, te encontraré en esa otra vida, y que si hay un río, me esperarás en la orilla a que llegue a ti, para que podamos cruzarlo juntos. —Will respiró hondo y soltó el cuchillo. Apartó la mano. El corte ya estaba curándose a resultas de la docena de *iratzes* que llevaba en la piel—. ¿Me has oído, James Carstairs? Estamos unidos, tú y yo, por encima de la separación de la muerte, por todas las generaciones que puedan venir. Para siempre.

Se puso en pie y miró el cuchillo. Éste era de Jem, la sangre era suya. Ese punto en el suelo, tanto si podía volver a encontrarlo como si no, tanto si vivía para intentarlo como si no, sería de los dos.

Fue caminando hacia *Balios*, hacia Gales y Tessa. No miró atrás.

Para: Charlotte Branwell

De: Cónsul Josiah Wayland Entregada en mano

Mi querida señora Branwell:

No estoy seguro de haber entendido bien su misiva. Parece increíble que una mujer sensata como usted dé tanto crédito a la simple palabra de un chico tan sabidamente temerario y poco digno de confianza como William Herondale ha demostrado ser en repetidas ocasiones. Yo no tengo intención de hacerlo. El señor Herondale, como muestra su propia carta, se ha lanzado a una alocada persecución sin ponerlo previamente en su conocimiento. Es absolutamente capaz de mentir para beneficiar su causa. No enviaré una fuerza importante de mis cazadores de sombras por el capricho y la descuidada palabra de un muchacho.

Le ruego que cese sus perentorios gritos de llevarnos a Cadair Idris. Trate de recordar que yo soy el Cónsul. Yo tengo el mando de los ejércitos de cazadores de sombras, señora, no usted. Concentre mejor sus esfuerzos en tratar de mantener a raya a sus cazadores de sombras.

Suyo,

Josiah Wayland, Cónsul

—Hay un hombre aquí que desea verla, señora Branwell.

Charlotte miró con cansancio a Sophie, que se hallaba en la puerta. También parecía cansada, como todos; el inconfundible rastro de las lágrimas bajo los ojos. Charlotte conocía las señales; las había visto en su propio espejo esa misma mañana.

Se hallaba sentada ante el escritorio del salón, mirando la carta que tenía en la mano. No se había esperado que al cónsul Wayland le complacieran las noticias, pero tampoco ese claro desdén y esa rotunda negación. «Yo tengo el mando de los ejércitos de cazadores de sombras, señora, no usted. Concentre mejor sus esfuerzos en tratar de mantener a raya a sus cazadores de sombras».

«Mantenerlos a raya». Charlotte estaba furiosa. Como si todos fueran niños, y ella nada mejor que su institutriz o su niñera, haciéndolos desfilar delante del Cónsul recién lavados y vestidos, y ocultándolos en el cuarto de juegos el resto del tiempo para que no lo molestaran. Eran cazadores de sombras, y ella también. Y si él no creía que Will fuera de fiar, era un estúpido. Sabía lo de la maldición; ella misma se lo había explicado. La locura de Will siempre había sido como la de Hamlet, mitad juego y mitad temeridad, y todo dirigido hacia un fin concreto.

El fuego crepitaba en la chimenea; en el exterior, la lluvia caía a raudales y dibujaba líneas de plata en los cristales. Esa mañana había pasado ante el dormitorio de Jem, la puerta abierta, la cama sin sábanas, las posesiones guardadas. Podría haber sido la habitación de cualquiera. Toda prueba de los años que Jem había pasado allí había desaparecido con el gesto de una mano. Se había apoyado contra la pared del pasillo, con la frente sudorosa y los ojos ardiendo.

«Raziel, ¿he hecho lo correcto?»

En ese momento, se pasó una mano por los ojos.

—¿Justamente ahora? No será el cónsul Wayland, ¿verdad?

—No, señora. —Sophie negó con la cabeza—. Es Aloysius Starkweather. Dice que es un asunto de la mayor urgencia.

—¿Aloysius Starkweather? —suspiró la directora. Había días que llevaban un horror tras otro—. Bueno, entonces, déjalo pasar.

Dobló la carta que había escrito como respuesta al Cónsul, y la acababa de sellar cuando la sirvienta regresó e hizo pasar a Aloysius Starkweather antes de retirarse. Charlotte no se levantó de la silla. Starkweather estaba más o menos igual que la última vez que lo había visto. Parecía haberse calcificado, como si aunque no pudiera rejuvenecer, tampoco pudiera envejecer. Su rostro era un mapa de arrugas, enmarcado en una barba y un cabello blancos. Tenía la ropa seca; Sophie debía de haberle colgado el abrigo abajo. El traje que llevaba estaba unos diez años pasado de moda, y él mismo olía levemente a naftalina.

—Por favor, señor Starkweather, siéntese —dijo Charlotte con toda la cortesía que pudo emplear con alguien que sabía que no la apreciaba y que había odiado a su padre.

Pero él no se sentó. Se sujetaba las manos a la espalda, y al volverse, mientras recorría con la mirada la sala, Charlotte vio, con cierta alarma, que tenía uno de los puños de la chaqueta salpicado de sangre.

—Señor Starkweather —dijo Charlotte, y decidió levantarse—. ¿Está usted herido? ¿Debo llamar a los Hermanos?

—¿Herido? —ladró él—. ¿Y por qué iba a estar herido?

—Su manga —señaló ella.

Él sacó el brazo y se lo miró antes de soltar una seca carcajada.

—No es mi sangre —informó—. Antes he tenido una pelea. Él se ha molestado...

—¿Se ha molestado con qué?

—Con que le cortara todos los dedos y luego le rebanara el cuello —contestó Starkweather, mirándola a los ojos. Los suyos eran gris negruzco, del color de la piedra.

—Aloysius. —La mujer prescindió de la cortesía—. Los Acuerdos prohíben ataques sin provocación a los subterráneos.

—¿Sin provocación? Yo diría que éste ha sido provocado. Su gente asesinó a mi nieta. Mi hija casi murió de pena. La casa de los Starkweather destruida...

—¡Aloysius! —Charlotte estaba seriamente alarmada—. Tu casa no está destruida. Aún hay Starkweather en Idris. No pretendo quitar importancia a tu pena, porque algunas pérdidas nos acompañan siempre. —«Jem», pensó, inesperadamente, y el dolor del recuerdo la empujó de nuevo a la silla. Apoyó los codos sobre la mesa, el rostro entre las manos—. ¿No has visto las runas que hay en la puerta del Instituto? Para nosotros, éste es un momento de gran pesar...

—¡He venido a decírtelo porque es importante! —Aloysius se encendió—. Tiene que ver con Mortmain, y Tessa Grey.

Charlotte bajó las manos.

—¿Qué sabes de ella?

Aloysius se había dado la vuelta. Se quedó mirando el fuego; su larga sombra se proyectaba sobre la alfombra persa del suelo.

—No soy un hombre que tenga una gran opinión de los Acuerdos —afirmó—. Ya lo sabes; has estado en el Consejo conmigo. Me criaron para creer que todo lo tocado por demonios era sucio y corrupto. Que los cazadores de sombras tenían el derecho de sangre de matar a esas criaturas y de quedarse sus posesiones como botín y tesoro. La sala de botines del Instituto de York quedó a mi cargo, y la mantuve llena hasta el día en que aprobaron la nueva Ley. —Fruunció el cejo.

—Déjame adivinarlo —dijo Charlotte—. No te detuviste ahí.

—Claro que no —replicó el anciano—. ¿Qué son las Leyes de los hombres para los Ángeles? Sé cómo se deben hacer bien las cosas. Lo hacía sin que se notara mucho, pero no cesé de apoderarme de botines, o de destruir a los subterráneos que se cruzaban en mi camino. Uno de éstos fue John Shade.

—El padre de Mortmain.

—Los brujos no pueden tener hijos —gruñó Starkweather—. Algún humano que encontraron y entrenaron. Shade le enseñó sus sacrílegos manejos. Se ganó su confianza.

—Sería raro que los Shade hubieran robado a Mortmain a sus padres —consideró Charlotte—. Probablemente sería un niño que de otro modo habría muerto en un hospicio.

—Era antinatural. Los brujos no deben criar a hijos humanos. —Aloysius miró las rojas ascuas del fuego—. Por eso asaltamos la casa de Shade. Lo matamos a él y a su mujer. El chico escapó. El «príncipe mecánico» de Shade. —Bufó—. Nos llevamos varios objetos suyos de vuelta al Instituto, pero ninguno de nosotros pudimos encontrarles ni pies ni cabeza. Eso era todo lo que fue: un ataque de rutina. Todo según el plan. Es decir, hasta que nació mi nieta, Adele.

—Sé que murió en la ceremonia de su primera runa —dijo Charlotte, e inconscientemente se llevó la mano al vientre—. Lo siento. Es una gran pena tener un niño enfermo...

—¡Ella no nació enferma! —ladró Aloysius—. Fue un bebé sano. Hermosa, con los ojos de mi hijo. Todo el mundo la adoraba, hasta que una mañana, mi nuera nos despertó al gritar. Insistía en que el bebé que estaba en la cuna no era su hija, aunque era exactamente igual. Juraba que conocía a su hija, y que ésa no era. Pensamos que se había vuelto loca. Incluso cuando los ojos del bebé cambiaron de azules a grises; bueno, eso pasa mucho a los bebés. No fue hasta que tratamos de dibujarle la primera Marca cuando me di cuenta de que mi nuera había tenido razón. Adele... El dolor le resultó insufrible. Gritó y gritó, y se retorció. La piel se le quemaba donde la estela la tocaba. Los Hermanos Silenciosos hicieron todo lo que pudieron, pero a la mañana siguiente estaba muerta.

Aloysius calló y miró el fuego en silencio durante un largo rato, como si le fascinara.

—Mi nuera casi se volvió loca. No podía soportar quedarse en el Instituto. Yo sí lo hice. Sabía que ella había tenido razón; Adele no era mi nieta. Oí rumores de hadas y otros subterráneos que alardeaban de haberse vengado de los Starkweather, de haberse llevado uno de sus niños y haberlo reemplazado por un humano enfermizo. Ninguna de mis investigaciones reveló nada concreto, pero estaba decidido a descubrir adónde había ido a parar mi nieta. —Se apoyó en la repisa de la chimenea—. Casi me había dado por vencido cuando Tessa Gray fue a mi Instituto acompañada por dos de tus cazadores de sombras. Podría haber sido el fantasma de mi nuera, por lo mucho que se le parecía. Pero se decía que no tenía ninguna sangre de cazador de sombras. Era un misterio, pero uno que investigué.

»El hada que he interrogado hoy me ha dado las últimas piezas del rompecabezas. Cuando era un bebé, mi nieta fue cambiada por una niña humana a la que raptaron, una criatura enfermiza que murió cuando se le pusieron las Marcas porque no era nefilim. —La voz se le quebró, una grieta en la piedra—. A mi nieta la dejaron con una familia humana para que la criase; reemplazaron a su enfermiza Elizabeth, elegida porque tenía un parecido con Adele, con nuestra niña sana. Ésa fue la venganza de la Corte. Creían que yo había matado a los suyos, así que mataron a la mía. —Sus ojos eran fríos al mirar a Charlotte—. Adele, Elizabeth, llegó a ser una mujer en una familia mundana, sin saber lo que era. Y luego se casó. Con un hombre mundano. Su nombre era Richard. Richard Gray.

—¿Tu nieta —preguntó Charlotte muy despacio— era la madre de Tessa? ¿Elizabeth Gray? ¿La madre de Tessa era una cazadora de sombras?

—Sí.

—Eso son crímenes, Aloysius. Deberías llevar esto ante el Consejo...

—A ellos no les importa Tessa Gray —replicó él con aspereza—. Pero a ti sí. Y por eso vas a escuchar mi historia, y por eso tal vez me ayudes.

—Tal vez —repuso Charlotte—, si es lo correcto. Pero aún no entiendo qué tiene que ver Mortmain con esta historia.

El anciano se movió inquieto.

—Mortmain se enteró de lo que había pasado y decidió que usaría a Elizabeth Gray, una cazadora de sombras que no sabía que lo era. Creo que Mortmain se ganó a Richard Gray cuando era su empleado para conseguir acceso a Elizabeth. Creo que a mi nieta la engañó llevándole a un demonio Eidolon con la forma de su marido, y que lo hizo para que tuviera a Tessa. Ella fue siempre el objetivo. La hija de una cazadora de sombras y un demonio.

—Pero la descendencia de demonios y cazadores de sombras siempre nace muerta —repuso Charlotte automáticamente.

—¿Incluso si el cazador de sombras no sabe que lo es? —sugirió Starkweather—. ¿Incluso si no lleva ninguna runa?

—Yo... —Charlotte cerró la boca. No tenía ni idea de cuál era la respuesta; por lo que sabía, esa situación jamás se había dado. A los cazadores de sombras los marcaban de niños, tanto a los varones como a las hembras, a todos.

Pero no a Elizabeth Gray.

—Sé que la chica es una cambiante —continuó Starkweather—. Pero creo que no es por eso por lo que la quiere. Hay algo más que quiere de ella. Algo que sólo ella puede hacer. Ella es la clave.

—¿La clave de qué?

—Fueron las últimas palabras que me dijo el hada esta tarde. —Miró la sangre que tenía en la manga—. Dijo: «Ella será nuestra venganza por todas vuestras muertes inútiles. Ella será la ruina de los nefilim, y Londres arderá, y cuando el Magíster gobierne en todo, no seréis más que ganado en un cercado». Aunque el Cónsul no quiera ir en busca de Tessa por ti, deberían buscarla para evitar eso.

—Si lo creen —repuso Charlotte.

—Si sale de tus labios, deberán creerlo —afirmó Starkweather—. Si lo digo yo, se reirán de mí pensando que no soy más que un viejo, como han hecho durante años.

—Oh, Aloysius. Sobrevaloras la confianza que el Cónsul tiene en mí. Dirá que soy una mujer tonta y crédula. Dirá que el hada te ha mentado; bueno, no pueden mentir, pero sí retorcer la verdad, o repetir lo que creen que es la verdad.

El anciano apartó la mirada, moviendo la boca.

—Tessa Gray es la clave del plan de Mortmain —aseveró—. No sé cómo, pero lo es. Es en parte demonio. Recuerdo lo que en el pasado hice a cosas que eran parte demonio o sobrenaturales.

—Tessa no es una cosa —replicó Charlotte—. Es una chica; la han raptado y seguramente está aterrorizada. ¿No crees que si se me hubiera ocurrido un modo de salvarla, no lo habría hecho ya?

—En el pasado, he actuado mal —reconoció Aloysius—. Quiero hacer esto bien. Mi sangre corre por las venas de esa chica, incluso si también lo hace la sangre de un demonio. Es mi bisnieta. —Alzó la barbilla; sus ojos pálidos y acuosos estaban enrojecidos—. Sólo te pido una cosa, Charlotte. Cuando encuentres a Tessa Gray, y la encontrarás, dile que el nombre de Starkweather le da la bienvenida.

«No me hagas arrepentirme de haber confiado en ti, Gabriel Lightwood».

Gabriel estaba sentado al escritorio de su dormitorio, con la pluma en la mano y papel de carta extendido ante él. Las lámparas del cuarto no estaban encendidas, y las sombras de los rincones eran espesas y largas sobre el suelo.

Para: Cónsul Josiah Wayland

De: Gabriel Lightwood

Honorable Cónsul:

Hoy por fin le escribo con las noticias que me pidió. Había esperado que llegaran de Idris, pero la casualidad ha querido que su fuente fuera mucho más próxima a casa. Hoy, Aloysius Starkweather, director del Instituto de Yorkshire, ha visitado a la señora Branwell.

Gabriel dejó la pluma y respiró hondo. Había oído sonar la campanilla del Instituto, y había visto desde la escalera a Sophie acompañar al anciano por la casa hacia el salón. Después de eso, le había resultado fácil colocarse en la puerta y escuchar todo lo que se decía en la sala.

Es un viejo enloquecido de pesar, y como tal ha creado una elaborada fantasía en la que se explica a sí mismo su gran pérdida. Sin duda merece nuestra compasión, pero no que se le tome en serio: las decisiones del Consejo no se deben basar en las palabras de los poco fiables o los locos.

Las tablas del suelo crujieron; Gabriel alzó la cabeza de golpe. El corazón comenzó a latirle acelerado. Si era Gideon..., Gideon se horrorizaría al saber lo que estaba haciendo. Todos lo harían. Pensó en la mirada traicionada que aparecería en el pequeño rostro de Charlotte si lo supiera. En la perpleja rabia de Henry. Y sobre todo pensó en un par de ojos azules en un rostro con forma de corazón, mirándolo decepcionados.

«Quizá, Gabriel Lightwood, tenga fe en usted».

Cuando volvió a apoyar la pluma en la carta, lo hizo con tanta ferocidad que la plumilla atravesó el papel.

Lamento informarle de esto, pero hablaban del Consejo y del Cónsul con una gran falta de respeto. Es evidente que la señora Branwell se resiente de lo que considera interferencias innecesarias en sus planes. Se enfrentó a las absurdas afirmaciones de Starkweather, tales como que Mortmain ha hecho criar a demonios dragones y cazadores de sombras, con total credulidad. Al parecer usted tenía razón, y ella es demasiado terca y fácilmente influenciable para dirigir un Instituto de forma correcta.

Gabriel se mordió el labio y se obligó a no pensar en Cecily; en vez de eso pensó en Lightwood House; en la seguridad de su hermano y su hermana. En realidad no estaba haciendo daño a Charlotte. Sólo era una cuestión de su posición, no de su seguridad. El Consejo no tenía ningún oscuro plan para ella. Sin duda sería más feliz en Idris, o en alguna casita de campo, vigilando a sus niños correr por la verde hierba y sin preocuparse constantemente por el destino de los cazadores de sombras.

Aunque la señora Branwell le exhortara a enviar una fuerza de cazadores de sombras a Cadair Idris, cualquiera que toma la opinión de un loco histérico como la piedra angular de su política carece de la objetividad necesaria para confiar en ella.

De ser necesario, juraré por la Espada Mortal que todo esto es cierto.

Suyo en nombre de Raziel,

Gabriel Lightwood

LA PRINCESA MECÁNICA

¡Oh, amor!, que lamentas
la fragilidad de todas las cosas.
¿Por qué eliges la más frágil
para tu cuna, tu casa y tu ataúd?

PERCY BYSSHE SHELLEY, «Líneas: Cuando se rompe la lámpara».

Para: Cónsul Josiah Wayland

De: Charlotte Branwell

Querido Cónsul Wayland:

En este mismo momento acabo de recibir unas noticias que son de la mayor importancia, y que me apresuro a comunicarle. Un informante, cuyo nombre no puedo revelar en este momento, pero del que doy fe de su fiabilidad, me ha hecho partícipe de ciertos detalles que sugieren que la señorita Gray no es un simple capricho de Mortmain, sino la clave de su principal objetivo: la destrucción absoluta de todos nosotros.

Mortmain planea construir unos artefactos de un poder mayor de cualquiera de los que hemos visto, y me temo que las habilidades únicas de la señorita Gray le serán de gran ayuda para llevar a cabo sus intenciones. Ella nunca querría dañarnos voluntariamente, pero no sabemos qué amenazas puede llevar a cabo Mortmain o a qué indignidades puede someterla. Es imperativo que se proceda a su rescate inmediatamente, tanto para ayudarla a ella como para salvarnos nosotros.

A la luz de esta nueva información, de nuevo le imploro que reúna las fuerzas que pueda y marche sobre Cadair Idris.

Suya atentamente, y con auténtico temor, Charlotte Branwell

Tessa se despertó lentamente, como si la conciencia se hallara al final de un largo y oscuro pasillo y ella caminará hacia él a paso de tortuga, con la mano extendida. Finalmente, lo alcanzó y abrió la puerta para ver...

Una luz cegadora. Era una luz dorada, no pálida como la luz mágica. Se sentó y miró alrededor.

Se hallaba en una sencilla cama de latón, con un colchoncillo de plumas colocado sobre un segundo colchón y un pesado edredón encima. La habitación en la que estaba parecía haber sido tallada en una cueva. Había una cómoda alta y un lavamanos con una jarra azul; también, un armario, con las puertas lo suficientemente entreabiertas para que Tessa pudiera ver las prendas de ropa colgadas. La estancia no tenía ventanas, aunque sí una chimenea en la que ardía un alegre fuego. A ambos lados de ella colgaban retratos.

Bajó de la cama e hizo una mueca cuando tocó la fría piedra con los pies descalzos. Aunque no fue tan doloroso como se había esperado, dado su agotado estado. Se miró a sí misma y tuvo dos rápidas sorpresas: la primera fue que no llevaba nada más que una bata de seda negra, que le iba grande; la segunda, que la mayoría de sus cortes y morados parecían haber desaparecido. Aún se sentía un poco dolorida, pero la piel, pálida contra la seda negra, no tenía marcas. Se tocó el cabello y notó que lo tenía limpio y suelto sobre los hombros, no revuelto ni hecho un pegote de barro y sangre.

Eso planteaba la pregunta de quién la habría bañado, curado las heridas y acostado en esa cama. Tessa no recordaba nada más allá de haberse resistido a los autómatas en la pequeña granja mientras la señora Negro reía. Finalmente, uno de ellos la había estrangulado hasta que perdió la conciencia y una misericordiosa oscuridad se la tragó. Aun así, la idea de que la señora Negro la hubiera desnudado y bañado le resultaba horrible, aunque quizá no tanto como que lo hubiera hecho el propio Mortmain.

La mayor parte del mobiliario de la habitación estaba agrupado en un lado. El otro lado estaba casi desnudo, aunque podía ver el negro rectángulo de una salida recortado en la pared del fondo. Después de echar una rápida mirada alrededor, fue hacia allí...

Pero a mitad de camino, algo la detuvo violentamente. Se tambaleó hacia atrás, y se envolvió más en la bata, con la frente dolorida donde se había golpeado contra alguna cosa. Con cuidado, extendió la mano y palpó el aire que tenía enfrente.

Y notó una dureza sólida ante ella, como si un cristal perfectamente transparente la separara del otro lado de la habitación. Apoyó las manos planas sobre él. Podía ser invisible, pero era duro e implacable. Movi6 las manos hacia arriba, preguntándose hasta qué altura llegaría...

—Yo no me molestaría —dijo una voz fría y conocida desde la puerta—. La configuración abarca toda la cueva, de pared a pared y del suelo al techo. Estás completamente encerrada en ella.

Tessa había estado estirándose hacia arriba; al oír la voz, bajó y retrocedió un paso.

Mortmain.

Era exactamente como ella lo recordaba. Un hombre fibroso, no alto, con el rostro curtido y una barba cuidadosamente recortada. Extraordinariamente corriente, excepto por los ojos, tan fríos y grises como una ventisca de invierno. Llevaba un traje gris claro, no demasiado de vestir, del tipo que un caballero llevaría una tarde en su club. Los zapatos estaban lustrados hasta brillar.

Tessa no dijo nada, sólo se cerró más aún la bata, que era voluminosa y le ocultaba todo el cuerpo, pero sin la camisola y el corsé, las medias y el polis6n, se sentía desnuda y expuesta.

—No se asuste —continuó Mortmain—. No puede alcanzarme a través del muro, pero yo tampoco a usted. No sin deshacer el hechizo que lo ha creado, y eso llevaría su tiempo. —Calló un instante—. Me gustaría que se sintiera más segura.

—Si desea que me sienta segura, debería haberme dejado en el Instituto. —El tono de Tessa era glacial. El Magíster no dijo nada, sólo inclinó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados, como un marinero mirando el horizonte.

—Mi pésame por la muerte de su hermano. Nunca quise que eso ocurriera.

Ella notó que la boca se le retorcía en una mueca terrible. Hacía ya dos meses que Nate había muerto en sus brazos, pero no lo había olvidado, ni perdonado.

—No quiero su compasi6n. O sus buenos deseos. Usted lo convirtió en un instrumento de sus deseos y entonces murió. Fue culpa de usted, tanto como si le hubiera disparado en plena calle.

—Supongo que no servirá de mucho decirle que fue él quien vino a buscarme.

—Era sólo un muchacho —replicó Tessa. Quería dejarse caer de rodillas, quería golpear la barrera invisible con los puños, pero se mantuvo tan tiesa y fría como pudo—. No tenía ni veinte años.

Mortmain metió las manos en los bolsillos.

—¿Sabe cómo fue para mí, cuando era joven? —preguntó, en un tono tan tranquilo como si estuviera sentado junto a ella en una cena y tuviera que darle conversaci6n.

Tessa recordó las imágenes que había visto en la mente de Aloysius Starkweather.

El hombre era alto y de hombros anchos..., y con una piel tan verdosa como la de un lagarto. Tenía el cabello negro. El niño que cogía de la mano, en contraste, parecía tan normal como puede ser un niño: pequeño, de piel rosada y manos regordetas.

Tessa supo el nombre del hombre, porque Starkweather lo sabía.

John Shade.

Shade se subió al niño a hombros mientras de la puerta de la casa surgían varias criaturas extrañas, como muñecos infantiles articulados, pero de tamaño humano y con la piel de brillante metal. No tenían rostro. Aunque, curiosamente, estaban vestidas, algunas con el basto mono de trabajo de un granjero de Yorkshire, otras con sencillos vestidos de muselina. Los autómatas se cogieron de las manos y comenzaron a girar, como si ejecutaran una danza en un baile de pueblo. El niño reía y aplaudía.

—Míralo bien, hijo —le indicó el hombre de piel verdosa—, porque algún día gobernaré un reino mecánico de criaturas así, y tú serás su príncipe.

—Sé que sus padres adoptivos eran brujos —comunicó Tessa—. Sé que le querían. Sé que su padre inventó las criaturas mecánicas de las que está usted tan enamorado.

—Y sabe lo que les ocurrió.

...una habitación destrozada, ruedas dentadas, levas, engranajes y trozos de metal por todas partes; fluido goteando tan negro como la sangre, y el hombre de piel verdosa y la mujer de cabello azul muertos entre las ruinas.

Tessa apartó la mirada.

—Déjeme que le hable de mi infancia —dijo Mortmain—. Padres adoptivos, los llama, pero eran más mis padres de lo que cualquier cantidad de sangre pudiera certificar. Me criaron con cuidado y amor, igual que los suyos. —Hizo un gesto hacia la chimenea, y Tessa se dio cuenta con una vaga sorpresa de que los retratos que colgaban a ambos lados del hogar eran los de sus propios padres: su rubia madre, y su pensativo padre con los ojos castaños y la corbata torcida—. Y entonces los mataron los cazadores de sombras. Mi padre quería crear esos hermosos autómatas, esas criaturas mecánicas, como usted las llama. Soñaban con que fueran las mejores máquinas jamás inventadas, y protegerían a los subterráneos contra los cazadores de sombras, que de modo rutinario los mataban y les robaban. Usted vio el botín en el Instituto de Starkweather. —Escupió el nombre—. Vio trozos de mis padres. Starkweather guardó la sangre de mi madre en un tarro.

Y los restos de los brujos. Manos momificadas con garras, como las de la señora Negro. Una calavera desnuda, totalmente carente de carne, con aspecto humano excepto porque tenía unos dientes demasiado afilados. Viales de sangre con aspecto pastoso.

Tessa tragó saliva. «La sangre de mi madre en un tarro». No podía decir que no entendiera su rabia. Y, sin embargo... pensó en Jem, en sus padres muriendo ante él, en su propia vida destruida y, aun así, nunca había buscado la venganza.

—Sí, eso fue horrible —afirmó Tessa—. Pero no excusa lo que usted ha hecho.

Un destello de algo en lo profundo de los ojos de Mortmain: ira, controlada rápidamente.

—Déjeme que le diga lo que he hecho —dijo él—. He creado un ejército. Un ejército que, cuando la última pieza del rompecabezas esté en su lugar, será invencible.

—Y la pieza final del rompecabezas...

—Es usted —dijo Mortmain.

—Dice eso una y otra vez y, sin embargo, se niega a explicármelo —replicó Tessa—. Exige mi cooperación, pero no me cuenta nada. Me ha encerrado aquí, señor, pero no puede obligarme a hablar con usted o a tener buena disposición, si elijo no dársela...

—Es usted medio cazadora de sombras, medio demonio —explicó Mortmain—. Eso es lo primero que debe saber.

Tessa, que ya le estaba dando la espalda, se quedó parada.

—Eso no es posible. Los descendientes de cazadores de sombras y demonios nacen muertos.

—Sí, así es —repuso Mortmain—. Así es. La sangre de un cazador de sombras y las runas en el cuerpo de un cazador de sombras son la muerte para el feto brujo en el vientre. Pero ¡su madre no tenía Marcas!

—¡Mi madre no era una cazadora de sombras! —Tessa miró desesperada el retrato de Elizabeth Gray que había sobre la chimenea—. ¿O está usted diciendo que mintió a mi padre, que mintió a todos durante toda su vida...?

—No lo sabía —contestó Mortmain—. Los cazadores de sombras no lo sabían. No había nadie que pudiera decírselo. Mi padre construyó el ángel mecánico. Iba a ser un regalo para mi madre. Contiene en su interior un poco del espíritu de un ángel, algo muy raro, algo que él había llevado consigo desde las Cruzadas. El propio mecanismo debía estar en sintonía con la vida de mi madre, de forma que siempre que su vida se viera amenazada, el ángel intervendría para protegerla. No obstante, mi padre nunca tuvo la oportunidad de terminarlo. Lo asesinaron antes. —Mortmain comenzó a caminar de un lado a otro—. Es cierto que mis padres no fueron asesinados por un motivo especial. Starkweather y los de su calaña disfrutaban matando a subterráneos y enriqueciéndose con el botín, y sólo hacía falta la más mínima excusa para que cayeran sobre ellos. Porque lo que odiaba era a la comunidad de los subterráneos. Fueron las hadas del campo las que me ayudaron a escapar cuando mataron a mis padres,

las que me ocultaron hasta que los cazadores de sombras dejaron de buscarme. —Inspiró trémulamente—. Años después, cuando decidieron vengarse, les ayudé. Los Institutos están protegidos contra la entrada de subterráneos, pero no contra la de los mundanos, y no, claro, contra los autómatas. Esbozó una sonrisa terrible.

—Fui yo, con la ayuda de uno de los inventos de mi padre, quien se coló en el Instituto de York y cambió el bebé en la cuna por uno mundano. La nieta de Starkweather, Adele.

—Adele —murmuró Tessa—. Vi un retrato suyo.

Una niña de largo cabello rubio, con vestido infantil pasado de moda y una gran cinta rodeándole la cabecita. Tenía el rostro delgado, pálido y enfermizo, pero los ojos eran brillantes.

—Murió cuando le pusieron las primeras runas —explicó Mortmain con deleite—. Murió gritando, como tantos subterráneos habían muerto antes a manos de los cazadores de sombras. Entonces, mataron a uno que había llegado a querer. Una adecuada venganza.

Tessa lo miró horrorizada. ¿Cómo podía alguien pensar que la horrible muerte de una niña inocente era una venganza adecuada? Pensó en Jem de nuevo, en sus suaves manos sobre el violín.

—Elizabeth, su madre, creció sin saber que era una cazadora de sombras. No se le puso ninguna runa. Seguí su progreso, claro, y cuando se casó con Richard Gray, me aseguré de contratarlo. Creía que el que su madre no tuviera runas en el cuerpo significaba que podría dar a luz una criatura medio demonio, medio cazador de sombras, y para probar esa teoría le envié un demonio con la forma de su padre. No notó la diferencia.

Sólo el vacío que Tessa tenía en el estómago le impidió vomitar.

—¿Hizo... qué... a mi madre? ¿Un demonio? ¿Soy medio demonio?

—Era un Demonio Mayor, si eso le consuela. La mayoría de ellos fueron ángeles en un tiempo. Su aspecto real era bastante agradable. —Mortmain sonrió de medio lado—. Antes de que su madre se quedara embarazada, yo había trabajado durante años para acabar el ángel mecánico de mi padre. Lo acabé, y después de que fuera usted concebida, lo sintonicé con su vida. Mi mayor invención.

—Pero ¿por qué mi madre estaba dispuesta a llevarlo?

—Para salvarla a usted —contestó el Magíster—. Cuando se quedó embarazada, su madre se dio cuenta de que algo no iba bien. Llevar un feto de brujo no es lo mismo que llevar un feto humano. Entonces, la visité y le di el ángel mecánico. Le dije que llevarlo salvaría la vida de su bebé. Me creyó. Yo no le mentía. Es usted inmortal, jovencita, pero no invulnerable. Se la puede matar. El ángel está sintonizado a su vida; está diseñado para salvarla si está muriendo. Puede que le haya salvado cientos de veces antes de nacer usted, y la ha salvado desde entonces. Piense en todas las veces que ha estado cerca de la muerte. Piense en el modo en que el ángel ha intervenido.

Tessa recordó: el modo en que el ángel había volado contra el autómata que la estaba estrangulando, en que había desviado las afiladas hojas de la criatura que la había atacado en Ravenscar Manor, en que había evitado que se destrozara contra las rocas del despeñadero.

—Pero no me salva de la tortura, ni de las heridas.

—No. Porque ésas son parte de la naturaleza humana.

—También lo es la muerte —replicó Tessa—. No soy humana, y dejó que las Hermanas Oscuras me torturaran. Nunca podré perdonarle eso. Incluso si me convenciera de que la muerte de mi hermano fue por su propia culpa, de que la muerte de Thomas estuvo justificada, de que su odio era razonable, nunca podré perdonarle eso.

Mortmain alzó una caja que tenía a los pies y la volcó. Se oyó un estrépito metálico cuando un montón de piezas cayeron de ella: ruedas dentadas, levas, engranajes y otros trozos salpicados de fluido negro, y al final, rebotando sobre el resto de la basura como la pelota roja de un niño, una cabeza cortada.

La de la señora Negro.

—La he destruido —dijo Mortmain—. Por usted. Deseo mostrarle que soy sincero, señorita Gray.

—¿Sincero en qué? —preguntó Tessa—. ¿Por qué ha hecho todo esto? ¿Por qué me creó?

Los labios de Mortmain le tironearon ligeramente; no era una sonrisa, no de verdad.

—Por dos razones. La primera para que pudiera tener hijos.

—Pero los brujos no...

—No —admitió Mortmain—. Pero usted no es una bruja corriente. En usted, la sangre de los demonios y la sangre de los ángeles han mantenido su propia lucha en el Cielo, y los ángeles han salido victoriosos. No es una cazadora de sombras, pero tampoco una bruja. Es algo nuevo, algo totalmente diferente. Cazadores de sombras —escupió—. Todos los cazadores de sombras y los demonios híbridos mueren, y los nefilim se enorgullecen de ello, se alegran de que su sangre nunca pueda ensuciarse, de que su linaje no se mancille con la magia. Pero usted... usted puede hacer magia. Puede tener hijos como cualquier otra mujer. Aún tardará unos años, cuando alcance su total madurez. Los más grandes brujos vivos me lo han asegurado. Juntos iniciaremos una nueva raza, con la belleza de los cazadores de sombras y sin marcas de brujo. Será una raza que acabará con la arrogancia de los cazadores de sombras al reemplazarlos en esta tierra.

A Tessa le fallaron las piernas. Se desplomó sobre el suelo, con la bata alrededor como un charco de agua negra.

—¿Quiere... quiere usarme para que le dé hijos?

De nuevo, él esbozó una sonrisa maliciosa.

—No soy un hombre sin honor —contestó—. Le ofrezco el matrimonio. Siempre ha sido mi plan. —Hizo un gesto señalando la triste pila de metal roto y carne que había sido la señora Negro—. Si cuento con su participación voluntaria, lo preferiré. Y puedo prometerle que trataré así a todos sus enemigos.

«Mis enemigos». Pensó en Nate, su mano cerrándose sobre la de ella mientras moría, sangrando, en su regazo. Volvió a pensar en Jem, en cómo nunca se había quejado de su destino, sino que se había enfrentado a él con valentía; pensó en Charlotte, que había llorado la muerte de Jessamine, aunque ésta la había traicionado, y pensó en Will, que había tendido su corazón para que Jem y ella lo pisaran, porque les amaba más que a sí mismo.

Había bondad humana en el mundo, pensó; escondida entre deseos y sueños, lamentos y amargura, resentimiento y poderes, pero la había, aunque Mortmain jamás la vería.

—Usted nunca lo entenderá —dijo ella—. Dice que construye, que inventa, pero yo conozco a un inventor, Henry Branwell, y usted no se parece en nada a él. Él da vida a las cosas, usted sólo las destruye. Y ahora me trae otro demonio muerto, como si fueran flores y no más muerte. No tiene sentimientos, señor Mortmain, ni empatía hacia nadie. Si no lo hubiera sabido ya, me lo habría dejado absolutamente claro al usar la enfermedad de James Carstairs para obligarme a venir aquí. Aunque se está muriendo por su culpa, no quería permitirme venir, no pensaba aceptar su *yin fen*. Así de bien se comporta la gente.

Vio la mirada en su rostro. Decepción. Aunque sólo la mostró un momento, antes de dar paso a una mirada astuta.

—¿No le permitía venir? —preguntó—. Así que no me equivoqué al juzgarla; usted lo habría hecho. Habría venido a mí, aquí, por amor.

—No por amor a usted.

—No —repuso él, pensativo—, no a mí. —Y sacó del bolsillo un objeto que Tessa reconoció al instante.

Miró al reloj que le tendía él, colgando de la cadena de oro. Se veía que no tenía cuerda. Las manecillas se habían detenido hacia mucho, como si el tiempo se hubiera quedado congelado a media noche. Tenía las iniciales J.T.S. grabadas en el reverso en una elegante letra.

—He dicho que la había creado por dos razones —prosiguió él—. Ésta es la segunda. Hay cambiantes en el mundo: demonios y magos que pueden adoptar la apariencia de otros. Pero sólo usted puede ser otro. Este reloj era de mi padre. John Thaddeus Shade. Le pido que lo coja y Cambie en mi padre para que pueda hablar con él una vez más. Si lo hace, enviaré todo el *yin fen* que tengo en mi posesión, y es una cantidad considerable, a James Carstairs.

—No lo cogeré —respondió Tessa inmediatamente.

—¿Por qué no? —Su tono era razonable—. Ya no es usted una condición para obtener la droga. Es un regalo, que le doy voluntariamente. Sería una tontería rechazarlo, y no serviría para nada. Mientras que si hace esta cosita por mí, podría salvarle la vida. ¿Qué dice a esto, Tessa Gray?

«Will. Will, despierta».

Era la voz de Tessa, inconfundible, e hizo que Will se irguiera al instante sobre la silla. Agarró la crin de *Balios* para equilibrarse y miró alrededor con ojos somnolientos.

Verde, gris, azul. El paisaje del campo galés se extendía ante él. Había pasado por Welshpool y la frontera entre Gales e Inglaterra en algún momento del amanecer. Recordaba poco del viaje, sólo una progresión continua y tortuosa de lugares: Norton, Atcham, Emstrey, Weeping Cross, desviarse de Shrewsbury y finalmente, finalmente, la frontera y las colinas de Gales en la distancia. Bajo la luz del amanecer, habían parecido fantasmales, cubiertas por una neblina que se había ido disipando lentamente a medida que el sol se alzaba.

Supuso que estaba en algún lugar cerca de Llangadfan. Era una bonita carretera, sobre una antigua vía romana, pero estaba casi deshabitada, excepto por alguna que otra granja, y parecía eternamente larga, más larga que el cielo gris que se extendía en lo alto. En el hotel Cann Office se había obligado a parar y comer algo, pero sólo un rato. El viaje era lo importante.

Ya en Gales, podía notar cómo el lugar donde había nacido tiraba de su sangre. A pesar de todo lo que había dicho Cecily, él no había sentido esa conexión hasta ese instante, respirando el aire de Gales, viendo los colores de Gales: el verde de las colinas, el gris de la pizarra y del cielo, la palidez de las casas de piedra encaladas, los puntos marfileños de las ovejas entre la hierba. Pinos y robles eran oscuras esmeraldas en la distancia, en lo alto, pero cerca de la carretera la vegetación era verde grisácea y ocre.

Al adentrarse en el corazón del país, las onduladas colinas verdes fueron tornándose más inhóspitas, el camino con mayor pendiente, y el sol comenzó a ponerse tras la cresta de las distantes montañas. Will supo dónde se encontraba, sabía que había entrado en el Dify Valley, y que las montañas ante él se alzaban inhóspitas y quebradas. El pico de Car Afron quedaba a su izquierda, un revuelto de pizarra gris y grava como una telaraña rota. La carretera era empinada y larga, y mientras Will espoleaba a *Balios* para subirla, él se dejó caer en la silla y, contra su voluntad, se quedó dormido. Soñó con Cecily y Ella corriendo de arriba abajo por colinas no muy diferentes de éstas, llamándolo: «¡Will! ¡Ven a correr con nosotras, Will!». Y soñó con Tessa, y ella le tendió las manos, y él supo que no podía parar, no podía detenerse hasta llegar a ella. Aunque ella nunca lo miraba así estando despierto, aunque la dulzura de su mirada fuera para otra persona. Y a veces, como en ese momento, inconscientemente, Will metía la mano en el bolsillo y agarraba el colgante de jade.

Algo le golpeó con fuerza desde el costado; soltó el colgante y cayó, dolorosamente, sobre las piedras y la hierba del borde del camino. Un dolor le subió por el brazo, y rodó hacia un lado justo a tiempo de evitar que *Balios* cayera sobre él. Jadeante, tardó unos segundos en darse cuenta de que no los estaban atacando. El caballo, demasiado agotado para dar otro paso, se había desplomado bajo él.

Will logró ponerse de rodillas y se arrastró hasta su negra montura. Estaba cubierta de sudor y sacaba espuma por la boca; alzó los ojos tristemente hacia Will cuando éste se le acercó y le rodeó el cuello con el brazo. Comprobó con alivio que el pulso del caballo era firme y fuerte.

—*Balios, Balios* —susurró Will, mientras le acariciaba la crin—. Lo siento; no debería haberte forzado así.

Recordó cuando Henry había comprado los caballos y estaba tratando de decidir cómo llamarlos. Había sido Will quien le había sugerido los nombres: *Balios* y *Xanthos*, como los caballos inmortales de Aquiles. «Ambos podemos volar tan rápido como Céforo, que dicen que es el viento más veloz de todos».

Pero aquellos caballos habían sido inmortales, y *Balios* no lo era. Era más fuerte que uno corriente, y más rápido, pero toda criatura tenía sus límites. Will se tumbó con la cabeza dándole vueltas, y se

quedó mirando el cielo, que era como una sábana gris tensada, salpicada aquí y allí con restos de nubes negras.

Una vez, en el breve intervalo entre que se había librado de la «maldición» y se había enterado de que Jem y Tessa se acababan de prometer, había pensado en llevar a Tessa a Gales y enseñarle los lugares donde había estado de niño. Había pensado en llevarla hasta Pembrokeshire, en caminar alrededor de Saint David's Head y ver allí las flores que crecían en lo alto del acantilado, contemplar el cielo azul desde Tenbry y buscar conchas en la playa con la marea baja. En ese momento, todo eso le parecían los distantes sueños de un niño. Sólo existía el camino que llevaba hacia adelante, seguir cabalgando, más agotamiento, y probablemente la muerte al final de todo ello.

Con otra tranquilizadora palmada al cuello del caballo, Will se puso de rodillas y luego en pie. Se sentía mareado; cojeó hasta la cresta de la colina y miró hacia abajo.

Ante él se abría un pequeño valle, y en su interior se acurrucaba un minúsculo pueblo de piedra, poco mayor que una aldea. Will sacó la estela del cinturón y se dibujó una runa de Visión en la muñeca izquierda. Le dio suficiente poder para ver que el pueblo tenía una plaza y una pequeña iglesia. Sin duda habría algún tipo de establecimiento público en el que podría descansar durante la noche.

Todo en su interior le gritaba que siguiera adelante, que «acabara con eso»; no podían separarle más de unos treinta kilómetros de su objetivo, pero seguir significaría matar a *Balios* y llegar a Cadair Idris en un estado en el que no podría pelear. Volvió junto al animal y, con una juiciosa cantidad de insistencia y puñados de avena, logró que se pusiera en pie. Cogió las riendas con la mano y, mientras miraba hacia el ocaso, comenzó a guiarlo colina abajo hacia el pueblo.

La silla en la que Tessa se hallaba sentada tenía un respaldo de madera alto y tallado, tachonado con enormes clavos, cuyos bordes romos le molestaban en la espalda. Ante ella había un amplio escritorio sobre el que, además de muchos libros, también había una hoja de papel en blanco, un tintero y una pluma. Junto al papel se hallaba el reloj de bolsillo de John Shade.

A ambos lados de ella había dos enormes autómatas. Poco esfuerzo se había realizado para hacer que se parecieran a los humanos. Ambos eran casi triangulares, con gruesos brazos que partían de los lados del cuerpo, y cada brazo acabado en una afilada cuchilla. Daban bastante miedo, pero Tessa no podía evitar pensar que, si Will estuviera allí, habría comentado que parecían nabos, y quizá habría hecho alguna canción con ello.

—Coja el reloj —dijo Mortmain—. Y Cambie.

Él estaba sentado frente a ella, en una silla similar, con el mismo respaldo tallado. Se hallaban en otra habitación de la cueva, adonde la habían llevado los autómatas; la única luz procedía de una enorme chimenea encendida, donde se podría asar una vaca entera. El rostro de Mortmain quedaba entre las sombras, con los dedos bajo la barbilla.

Tessa alzó el reloj. Lo notaba pesado y frío en las manos. Cerró los ojos.

Sólo tenía la palabra de Mortmain de que enviaría el *yin fen*, pero le creía. Después de todo, no tenía razón para no hacerlo. ¿Qué podía importarle si Jem Carstairs vivía un poco más? Únicamente había sido una moneda de cambio para atrapar a Tessa, y ahí estaba ella, con *yin fen* o sin él.

Oía la respiración de Mortmain silbarle entre los dientes, y apretó los dedos sobre el reloj. De repente, pareció palpar en su mano, del mismo modo que el ángel mecánico hacía algunas veces, como si tuviera vida propia en su interior. Notó que se le sacudía la mano y, de repente, el Cambio le sobrevino, sin tener que forzarlo o buscarlo como solía hacer. Un dolor le subió por el brazo, y soltó el reloj. Éste dio un golpe seco en el escritorio, pero el Cambio era imparable. Se le ensancharon los hombros bajo la bata, los dedos se le volvieron verdes y el color se le fue extendiendo por el cuerpo como el verdín sobre el cobre.

La cabeza se le alzó de golpe. Se notaba pesada, como si tuviera encima una carga enorme. Al mirarse, vio que tenía los musculosos brazos de un hombre, la piel oscura con un tono verde, las manos grandes y curvadas. Una sensación de pánico se despertó en su interior, pero era sólo una pequeña chispa en medio de un inmenso golfo de oscuridad. Nunca antes había estado tan perdida dentro de un Cambio.

Mortmain estaba tieso en su asiento. La miraba fijamente, con los labios apretados y los ojos brillando con una luz oscura.

—Padre —dijo.

Tessa no contestó. No pudo. La voz que salió de su interior no era la suya; era la de Shade.

—Mi príncipe mecánico —repuso Shade.

La luz en los ojos de Mortmain se hizo más intensa. Se inclinó hacia adelante y empujó, impaciente, los papeles que había sobre la mesa hacia Tessa.

—Padre —repitió—. Necesito tu ayuda, y en seguida. Tengo una Pyxis. Tengo los medios para abrirla. Tengo los autómatas. Sólo necesito el hechizo que creaste, el hechizo de sujeción. Escríbemelo y tendré la última pieza del rompecabezas.

La pequeña chispa de pánico estaba creciendo y extendiéndose en el interior de Tessa. No era una emotiva reunión entre padre e hijo. Ese encuentro era algo que Mortmain quería, que necesitaba del brujo John Shade. La chica comenzó a resistirse, a tratar de salirse del Cambio, pero éste la sujetó como con una mano de acero. Nunca desde que las Hermanas Oscuras la habían entrenado había sido incapaz de salirse de un Cambio, pero aunque John Shade estaba muerto, Tessa notó la voluntad de acero del brujo sometiéndola, aprisionándola en su propio cuerpo y obligándolo a moverse. Horrorizada, vio su propia mano coger la pluma, mojar la plumilla en el tintero y comenzar a escribir.

La pluma rascaba el papel. Mortmain se inclinó hacia adelante. Su respiración era jadeante, como si estuviera corriendo. Tras él, el fuego crepitaba, alto y naranja en la chimenea.

—Eso es —dijo Mortmain, mientras se pasaba la lengua por el labio inferior—. Ya veo cómo podría funcionar, sí. Por fin. Eso es exactamente.

Tessa miró. Lo que salía de la pluma que ella sujetaba le resultaba un galimatías. De nuevo trató de resistirse, y sólo consiguió manchar el papel. La mano que sujetaba la pluma temblaba violentamente, pero los símbolos continuaron fluyendo. Tessa comenzó a morderse el labio, con fuerza, luego con aún más fuerza. Notó el sabor de sangre en la boca. Un poco de sangre cayó sobre el papel. La pluma continuó escribiendo por encima y lo embadurnó con el fluido escarlata.

—Eso es —exclamó Mortmain—. Padre...

La plumilla se quebró, con un estruendo como un disparo, que resonó en las paredes de la cueva. La pluma rota cayó de la mano de Tessa, y ella se desplomó sobre el respaldo de la silla, exhausta. El verde estaba desapareciendo de su piel, el cuerpo estaba encogiéndosele, su propio cabello castaño le caía suelto sobre los hombros. Notaba el sabor de la sangre en la boca.

—No —jadeó, y trató de coger los papeles—. No...

Pero el dolor y el Cambio hacían lentos sus movimientos, y Mortmain fue más rápido. Riendo, le quitó los papeles de debajo de las manos y se puso en pie.

—Muy bien —dijo—. Gracias, mi pequeña brujita. Me has dado todo lo que necesitaba. Autómatas, escolta a la señorita Gray a su habitación.

Una mano de metal se cerró sobre el cuello de la bata de Tessa y la hizo ponerse en pie. La cabeza le daba vueltas, pero llegó a ver a Mortmain cogiendo el reloj de oro, que había caído sobre la mesa.

Él sonrió hacia ella, una sonrisa cruel y animal.

—Haré que te sientas orgulloso de mí, padre —dijo—. No lo dudes nunca.

Tessa, que ya no soportaba mirar, cerró los ojos.

«¿Qué he hecho? —pensó mientras los autómatas la empujaban hacia su habitación—. Dios mío, ¿qué he hecho?»

SÓLO NOBLE SER BUENO

Como sea que sea, me parece a mí que es sólo noble ser bueno. Buen corazón mejor que coronitas, y la fe simple mejor que la sangre normanda.

ALFRED, LORD TENNYSON, «Lady Clara Vere de Vere»

Charlotte tenía la cabeza inclinada sobre una carta cuando Gabriel entró en el salón. Hacía fresco en la sala; el fuego se había extinguido en la chimenea. El chico se preguntó por qué Sophie no lo habría alimentado; demasiado tiempo entrenando. Su padre no hubiera tenido paciencia con eso. Le gustaba que los sirvientes estuvieran entrenados para luchar, pero prefería que adquirieran esos conocimientos antes de entrar a su servicio.

La directora alzó la mirada.

—Gabriel —dijo.

—¿Querías verme? —Él hizo todo lo que pudo por mantener la voz neutra. No podría evitar sentir que los oscuros ojos de la mujer podían ver a través de él, como si estuviera hecho de vidrio. La mirada se le fue hacia el papel que había sobre el escritorio—. ¿Qué es eso?

Ella vaciló un instante.

—Una carta del Cónsul. —Tenía un gesto tenso e infeliz en la boca. Miró el papel de nuevo y suspiró—. Lo único que siempre he querido era dirigir este Instituto como lo hizo mi padre. Nunca pensé que pudiera ser tan difícil. Le volveré a escribir, pero... —Se interrumpió, con una sonrisa tensa y falsa—. Pero no te he llamado para hablarte de mí —dijo—. Gabriel, estos últimos días pareces muy cansado y tenso. Sé que todos estamos alterados, y me temo que en medio de toda esta preocupación, nos hemos olvidado de tu... situación.

—¿Mi situación?

—Tu padre —aclaró ella, mientras se alzaba de la silla y se acercaba a él—. Debes de estar de duelo por él.

—¿Y qué hay de Gideon? —preguntó Gabriel—. También era su padre.

—Gideon ya pasó el duelo por tu padre hace tiempo —contestó ella, y Gabriel se sorprendió al verla junto a él—. Para ti, debe de ser reciente y doloroso. No quería que pensaras que me había olvidado.

—Después de todo lo que ha pasado —repuso, y comenzó a notar un nudo en la garganta de perplejidad, y de algo más en lo que no quería pensar demasiado—, después de Jem, y Will, y Jessamine, y Tessa; después de que tu casa se haya quedado reducida casi a la mitad, ¿no quieres que piense que te has olvidado de mí?

Ella le puso una mano sobre el brazo.

—Todas esas pérdidas no hacen que la tuya sea menos...

—Esto no puede ser así —replicó él—. No puedes querer consolarme. Me pediste que descubriera si seguía siendo leal a mi padre, o al Instituto...

—Gabriel, no. Nada de eso.

—No puedo darte la respuesta que quieres —planteó—. No puedo olvidar que él se quedó conmigo. Mi madre murió, y Gideon se marchó, y Tatiana es una tonta inútil, y nunca hubo nadie más, nadie más que me educara, y yo no tenía nada, sólo a mi padre, los dos solos, y ahora tú, tú y Gideon, esperáis que le desprecie, pero no puedo. Era mi padre y yo... —Se le quebró la voz.

—Le querías —concluyó Charlotte con dulzura—. ¿Sabes?, recuerdo cuando eras sólo un niño, y recuerdo a tu madre. También recuerdo a tu hermano, siempre a tu lado. Y la mano de tu padre en tu hombro. Si sirve de algo, creo que él también te quería.

—No importa. Porque yo maté a mi padre —dijo Gabriel con voz trémula—. Le clavé una flecha en el ojo, derramé su sangre. Parricidio...

—No fue un parricidio. Ya no era tu padre.

—Si eso no era mi padre, si no acabé con la vida de mi padre, entonces ¿dónde está? —susurró Gabriel—. ¿Dónde está mi padre? —Y notó que Charlotte lo abrazaba, como haría una madre, y lo sujetaba mientras él se apoyaba en su hombro, con el sabor de las lágrimas en la garganta, pero incapaz de derramarlas—. ¿Dónde está mi padre? —repitió, y cuando ella le abrazó más fuerte, él notó su fuerza, la mano de hierro con que lo sujetaba, y se preguntó cómo había podido pensar alguna vez que esa mujer era débil.

Para: Charlotte Branwell

De: Cónsul Josiah Wayland

Mi querida señora Branwell:

¿Un informador del que, en este momento, no puede revelar la identidad? Me atrevería a aventurar que no existe tal informador y que todo esto es de su propia invención, un plan para convencerme de que tiene razón.

Le rogaría que dejara de imitar a un loro, repitiendo sin sentido «Marchen sobre Cadair Idris inmediatamente» a todas horas del día, y muéstreme en su lugar que está cumpliendo sus obligaciones de directora del Instituto de Londres. De otro modo, me temo que deberé suponer que no es capaz de cumplir esa función y me veré obligado a relevarla de su cargo inmediatamente.

Como prueba de su conformidad, debo pedirle que cese de hablar de este asunto por completo, y que no implore a los miembros del Enclave que se unan a usted en su fútil intento. Si oigo que ha sacado este tema ante cualquier otro neffilim, lo consideraré una grave desobediencia y actuaré en consecuencia.

Josiah Wayland, Cónsul de la Clave

Sophie le había llevado la carta a Charlotte a la mesa del desayuno. Ésta la había abierto con el cuchillo de la mantequilla, había roto el sello de Wayland (una herradura con el C de Cónsul abajo), y casi la rompió en su ansia por leerla.

El resto la observó. Henry con la preocupación patente en su rostro franco y brillante, mientras dos puntos rojos iban apareciendo lentamente en las mejillas de Charlotte al ir pasando la vista por las palabras. Los otros permanecieron quietos en sus asientos, sin comer, y Cecily no pudo evitar pensar en lo raro que era, en cierto sentido, ver a un grupo de hombres pendientes de la reacción de una mujer.

Aunque era un grupo de hombres menor de lo que debería haber sido. La ausencia de Will y Jem era como una herida abierta, un corte limpio y blanco al que aún no había llegado la sangre, la impresión todavía demasiado reciente como para sentir el dolor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Henry, inquieto—. Charlotte, querida...

Ésta leyó en voz alta las palabras del mensaje con el ritmo carente de emoción de un metrónomo.

Cuando acabó, apartó la carta, sin dejar de mirarla.

—Es que no puedo... —comenzó—. No lo entiendo.

Su marido se había puesto rojo bajo las pecas.

—¿Cómo se atreve a escribirte así? —exclamó, con inesperada ferocidad—. ¿Cómo osa dirigirse a ti de esa manera, quitar todo valor a tus preocupaciones...?

—Quizá tenga razón. Quizá esté loco. Quizá todos lo estemos —repuso Charlotte.

—¡No lo estamos! —exclamó Cecily, rotunda, y vio que Gabriel la miraba de reojo. Su expresión era difícil de interpretar. Ya estaba pálido al entrar en el comedor, y casi no había comido ni hablado; sólo miraba fijamente el mantel como si éste tuviera la respuesta a todas las preguntas del universo—. El Magíster está en Cadair Idris. Estoy segura.

Gideon frunció el cejo.

—Te creo —aseveró—. Todos te creemos, pero sin el Cónsul, el asunto no se puede presentar ante el Consejo, y sin el Consejo, nadie nos puede ayudar.

—El portal está casi listo para usarse —intervino Henry—. Cuando funcione, podremos transportar tantos cazadores de sombras como necesitemos a Cadair Idris en un momento.

—Pero no habrá cazadores de sombras a los que transportar —replicó su mujer—. Mira, el Cónsul me prohíbe hablar de este asunto con el Enclave. Su autoridad es superior a la mía. Si contravengo una orden así... podríamos perder el Instituto.

—¿Y? —preguntó Cecily acalorada—. ¿Acaso te importa más tu puesto que Will o Tessa?

—Señorita Herondale —comenzó Henry, pero Charlotte le hizo callar con un gesto. Parecía muy cansada.

—No, Cecily, no es eso. Pero el Instituto nos brinda protección. Sin él, nuestra capacidad para ayudar a Will y a Tessa se ve seriamente cortada. Como directora del Instituto, puedo proporcionarles la ayuda que me estaría vedada como simple cazadora de sombras...

—No —replicó Gabriel. Había apartado su plato, y gesticulaba con sus finos dedos, tensos y blancos—. No puedes.

—¿Gabriel? —dijo Gideon en un tono de pregunta.

—No me voy a callar —repuso éste, y se puso en pie, como si pretendiera o bien soltar un discurso o bien salir corriendo de la mesa. Volvió una mirada angustiada hacia Charlotte—. El día que el Cónsul vino aquí, cuando se nos llevó a mi hermano y a mí para interrogarnos, nos amenazó hasta que le prometimos espiar para él.

Charlotte palideció. Henry comenzó a alzarse de la mesa. Gideon alargó la mano pidiendo calma.

—Charlotte —intervino—, no lo hicimos. Nunca le dijimos nada. Al menos, nada que fuera cierto —corrigió, mirando al resto de los ocupantes de la sala, que lo miraban fijamente a él—. Algunas mentiras. Pistas falsas. Dejó de preguntarnos después de sólo dos cartas. Se dio cuenta de que no servía de nada.

—Es cierto, señora —dijo una vocecita desde el rincón de la sala. Sophie. Cecily casi ni se había fijado que estaba allí, pálida bajo su cofia.

—¡Sophie! —exclamó Henry, totalmente asombrado—. ¿Estabas al corriente de esto?

—Sí, pero... —A la sirvienta le temblaba la voz—. El Cónsul había amenazado a Gideon y a Gabriel de una forma espantosa, señora Branwell. Les dijo que borraría a los Lightwood de los registros de los cazadores de sombras, que echaría a Tatiana a la calle. Y, aun así, ellos no le dijeron nada. Cuando él dejó de preguntarles, pensé que se habría percatado de que no había nada que encontrar y se habría dado por vencido. Lo siento mucho. Yo sólo...

—Sophie no quería hacerte daño —clamó Gideon desesperado—. Por favor, Charlotte, no culpes a Sophie de esto.

—No la culpo —contestó Charlotte; sus oscuros ojos se movían rápidamente entre Gideon, Gabriel y Sophie—. Pero me imagino que la historia no acaba aquí, ¿verdad?

—La verdad es que eso es todo... —comenzó Gideon.

—No —le interrumpió Gabriel—. No lo es. Hermano, cuando te dije que el Cónsul ya no quería que le informáramos sobre Charlotte, era mentira.

—¿Qué? —Gideon parecía horrorizado.

—Me llevó aparte, el día del ataque al Instituto —explicó Gabriel—. Me dijo que si le ayudaba a descubrir alguna falta que Charlotte hubiera cometido, nos devolvería la casa de los Lightwood, devolvería el honor a nuestro nombre, encubriría lo que hizo nuestro padre... —Respiró hondo—. Y le dije que lo haría.

—¡Gabriel! —rugió Gideon, y hundió el rostro entre las manos. Su hermano parecía a punto de vomitar, moviéndose inquieto. Cecily no sabía si sentir pena u horror, recordando la noche en la sala de entrenamiento, cuando le había dicho que tenía fe en que él tomaría las decisiones correctas.

—Por eso parecías tan asustado esta mañana cuando te llamé para hablar contigo —señaló Charlotte, mirando fijamente a Gabriel—. Pensabas que lo había descubierto.

Henry comenzó a ponerse en pie, su rostro franco y agradable oscurecido por una furia que Cecily no creía haberle visto nunca.

—Gabriel Lightwood —dijo—, mi esposa ha sido siempre amable contigo, y ¿así se lo pagas?

Charlotte le puso una mano en el brazo para detenerlo.

—Henry, espera —medió ella—. Gabriel. ¿Qué has hecho?

—Escuché tu conversación con Aloysius Starkweather —contestó éste en una voz vacía—. Después escribí una carta al Cónsul diciéndole que basabas tu petición de marchar sobre Gales en las palabras de un loco, que eras crédula y demasiado obstinada...

Los ojos de Charlotte parecieron clavarse en Gabriel. Cecily pensó que no querría, nunca en su vida, ser la receptora de esa mirada.

—La escribiste —dijo ésta—. Pero ¿la enviaste?

Gabriel respiró muy hondo.

—No —contestó, y se metió la mano en la manga. Sacó un papel doblado y lo tiró sobre la mesa. Cecily lo miró. Estaba manoseado y curvado en las puntas, como si lo hubiera doblado y desdoblado muchas veces—. No pude hacerlo. No le dije nada en absoluto.

Cecily dejó escapar el aire que no sabía que había estado conteniendo.

Sophie hizo un ruidito; fue hacia Gideon, que parecía estar recuperándose de un puñetazo en el estómago. Charlotte siguió tan aparentemente tranquila como lo había estado durante todo el rato. Cogió la carta, la miró y luego la volvió a dejar sobre la mesa.

—¿Por qué no la enviaste? —preguntó.

Gabriel la miró, y ambos compartieron una extraña mirada por un instante.

—Tuve mis razones para reconsiderarlo —respondió.

—¿Por qué no acudiste a mí? —quiso saber Gideon—. Gabriel, eres mi hermano...

—No puedes tomar todas las decisiones por mí, Gideon. A veces, tengo que tomar las mías. Como cazadores de sombras, se supone que debemos ser altruistas. Morir por los mundanos, por el Ángel, y sobre todo unos por otros. Ésos son nuestros principios. Charlotte basa su vida en ellos; nuestro padre nunca lo hizo. Me di cuenta de que me había equivocado al ser leal a mi sangre por encima de nuestros principios, por encima de todo. Y me di cuenta de que el Cónsul se equivoca con Charlotte. —Gabriel calló de golpe; tenía los labios apretados formando una línea fina y blanca—. Se equivocaba. —Miró a Charlotte—. No puedo borrar lo que he hecho en el pasado, o lo que estuve pensando hacer. Sé que no puedo compensarte por mis dudas sobre tu autoridad o por mi ingratitud. Lo único que puedo hacer es decirte lo que sé: que no puedes esperar una aprobación del cónsul Wayland que nunca llegará. Él nunca marchará sobre Cadair Idris por ti, Charlotte. No quiere aceptar ningún plan que tenga tu sello de autoridad. Desea echarte del Instituto. Reemplazarte.

—Pero fue él quien me puso aquí —replicó ella—. Él me apoyó...

—Porque pensó que serías débil —explicó Gabriel—. Porque cree que las mujeres son débiles y fáciles de manipular, pero tú has demostrado que no lo eres, y le has estropeado todos sus planes. No sólo quiere desacreditarte; necesita hacerlo. Fue muy claro conmigo al decirme que si no podía descubrir nada que pudiera relacionarte con cualquier falta, me daba permiso para inventarme cualquier mentira que te condenara. Mientras fuera una convincente.

Charlotte apretó los labios.

—Entonces, nunca ha tenido fe en mí —susurró—. Nunca.

Henry le apretó el brazo.

—Pero debería haberla tenido —afirmó—. Te ha infravalorado, y eso no es ninguna tragedia. Que hayas demostrado ser mejor, más inteligente y más fuerte de lo que cualquiera se esperaba, Charlotte... es un triunfo.

La mujer tragó saliva, y Cecily se preguntó, sólo un momento, cómo sería tener a alguien que la mirara como Henry miraba a Charlotte, como si fuera una maravilla de la naturaleza.

—¿Qué hago ahora?

—Lo que consideres mejor, querida —contestó su marido.

—Tú eres la líder del Enclave, y del Instituto —dijo Gabriel—. Tenemos fe en ti, aunque no la tenga el Cónsul. —Agachó la cabeza—. Tienes toda mi lealtad de hoy en adelante. Si te sirve de algo.

—Me sirve de mucho —repuso Charlotte, y había algo en su voz, una tranquila autoridad que hizo que Cecily tuviera ganas de levantarse y proclamar su propia lealtad, sólo para ganarse el bálsamo de la aprobación de esa mujer. Cecily no podía imaginar sentir eso por el Cónsul.

«Y por eso el Cónsul la odia —pensó—. Porque es una mujer y, sin embargo, sabe cómo ganarse la lealtad de un modo que él nunca podría».

—Actuaremos como si el Cónsul no existiera —continuó Charlotte—. Si está decidido a apartarme de mi puesto aquí, entonces no tengo nada que proteger. Es simplemente cuestión de hacer lo que debemos hacer antes de que tenga la oportunidad de detenernos. Henry, ¿cuánto tardarás en poner a punto tu invento?

—Mañana —respondió el aludido al instante—. Trabajaré toda la noche...

—Será la primera vez que se usa —señaló Gideon—. ¿No resulta un poco arriesgado?

—No tenemos otro modo de llegar a Gales a tiempo —contestó Charlotte—. En cuanto envíe mi mensaje, tendremos muy poco tiempo antes de que llegue el Cónsul para echarme de mi cargo.

—¿Qué mensaje? —preguntó Cecily, perpleja.

—Voy a enviar un mensaje a todos los miembros de la Clave —reveló Charlotte—. Ahora mismo. Y no del Enclave, sino de la Clave.

—Pero sólo el Cónsul tiene el poder... —comenzó Henry, pero en seguida cerró la boca—. Ah.

—Les explicaré la situación tal y como es, y les pediré su ayuda —continuó la directora—. No estoy segura de qué respuesta podemos esperar, pero seguramente algunos nos apoyarán.

—Yo os apoyaré —afirmó Cecily.

—Y yo, claro —aseveró Gabriel. Su expresión era resignada, nerviosa, pensativa, decidida. A Cecily nunca le había gustado más.

—Y yo —se sumó Gideon—, aunque... —su mirada, al pasar sobre su hermano, era de preocupación—, sólo seis de nosotros, y uno casi sin entrenamiento, contra la fuerza que ha reunido Mortmain... — Por un lado Cecily se sintió muy complacida de que la contara como a uno de ellos, pero le molestó que dijera que casi no tenía entrenamiento—. Podría ser una misión suicida.

Se oyó de nuevo la suave voz de Sophie:

—Quizá sólo tengan seis cazadores de sombras de su parte, pero al menos tienen nueve luchadores. Yo también tengo entrenamiento, y me gustaría luchar con ustedes. Lo mismo digo por Bridget y Cyril.

Charlotte pareció entre complacida y sorprendida.

—Pero, Sophie, sólo has comenzado tu entrenamiento...

—Llevo más tiempo entrenando que la señorita Herondale —replicó la chica.

—Cecily es una cazadora de sombras...

—La señorita Collins tiene un talento natural —intervino Gideon. Habló despacio, con el conflicto que sentía visible en el rostro. No quería a Sophie en la lucha, en medio del peligro, sin embargo, no iba a mentir respecto a sus habilidades—. Deberíais permitirle Ascender y convertirse en cazadora de sombras.

—Gideon... —comenzó Sophie, sorprendida, pero Charlotte ya le estaba clavando una penetrante mirada.

—¿Es eso lo que quieres, Sophie, querida? ¿Ascender?

Ésta tartamudeó.

—Yo... es... es lo que siempre he querido, señora Branwell, pero no si eso significa dejar su servicio. Ha sido tan buena conmigo que no quiero pagarle abandonándola...

—Tonterías —exclamó Charlotte—. Puedo encontrar otra doncella, pero no puedo encontrar otra Sophie. Si ser una cazadora de sombras es lo que quieres, mi niña, ojalá me lo hubieras dicho. Podría haber ido al Consejo antes de estar a malas con ellos. De todas formas, cuando volvamos...

Se interrumpió, y Cecily oyó la frase bajo las palabras: «Si volvemos».

—Cuando volvamos, te presentaré para la Ascensión.

—Y yo también hablaré en su favor —se ofreció Gideon—. Después de todo, tengo el lugar de mi padre en el Consejo; sus amigos me escucharán, aún deben lealtad a mi familia, y además, ¿cómo, si no, podríamos casarnos?

—¿Qué? —exclamó Gabriel con un brusco movimiento que lanzó el plato más cercano al suelo, donde se hizo añicos.

—¿Casarse? —preguntó Henry—. ¿Te vas a casar con los amigos de tu padre en el Consejo? ¿Con cuál?

Gideon se había puesto de un color verdoso; era evidente que no había pretendido que se le escapara eso, y que no sabía qué hacer. Estaba mirando a Sophie aterrorizado, pero no parecía que ella pudiera ayudarlo demasiado. Parecía tan perpleja como un pez que se encontrara de repente en tierra.

Cecily se puso en pie y dejó caer la servilleta en el plato.

—Muy bien —dijo, haciendo todo lo posible para imitar el tono autoritario que empleaba su madre cuando necesitaba que se hiciera algo en la casa—. Todo el mundo fuera de aquí.

Charlotte, Henry y Gideon comenzaron a levantarse. Cecily alzó las manos.

—Tú no, Gideon Lightwood —dijo—. ¡La verdad! Pero tú —señaló a Gabriel—, deja de mirar así. Y ven. —Lo cogió por la chaqueta y lo sacó medio a rastras del comedor, con Henry y Charlotte pisándoles los talones.

El momento en que salieron del comedor, Charlotte se fue directa hacia el salón con el propósito que había anunciado de preparar un mensaje para la Clave, con Henry a su lado. (Se detuvo en la esquina del pasillo para mirar a Gabriel con una mueca divertida en el rostro, pero Cecily sospechó que él no la llegó a ver). De todos modos, Cecily dejó de pensar en ella rápidamente. Estaba demasiado ocupada en poner la oreja contra la puerta del comedor para oír lo que pasaba dentro.

Gabriel, después de un momento, se apoyó en la pared junto a la puerta. Estaba pálido y sonrojado por igual, con las pupilas dilatadas por la sorpresa.

—No debería hacer eso —dijo finalmente—. Escuchar conversaciones ajenas es un comportamiento muy incorrecto, señorita Herondale.

—Es su hermano —susurró Cecily, con la oreja sobre la puerta. Oía murmullos en el interior, pero nada definitivo—. Me imaginaba que querría saber qué pasa.

Él se pasó las manos por el cabello y exhaló como alguien que hubiera estado corriendo una larga distancia. Entonces, se volvió hacia ella y sacó una estela del bolsillo del chaleco. Se dibujó una runa en la muñeca, luego colocó la mano plana sobre la puerta.

—La verdad es que sí.

La mirada de Cecily fue de la mano de Gabriel a su pensativa expresión.

—¿Los puede oír? —preguntó ella—. ¡Oh, eso no es justo!

—Todo es muy romántico —comenzó Gabriel, y luego frunció el cejo—. O lo sería, si mi hermano pudiera decir una palabra sin sonar como una rana afónica. Me temo que no pasará a la historia como uno de los grandes cortejadores de mujeres.

Cecily cruzó los brazos, irritada.

—No sé por qué se pone usted tan difícil —se lamentó—. ¿O le molesta que su hermano quiera casarse con una criada?

La expresión con la que la miró Gabriel fue feroz, y de repente la muchacha lamentó haberle tomado el pelo después de lo que acababa de pasar.

—No se me ocurre nada que pueda hacer Gideon peor de lo que hizo mi padre. Al menos, le gustan las mujeres humanas.

Y, sin embargo, era tan difícil no tomarle el pelo... Era tan pesado...

—Eso no es decir mucho de una gran mujer como Sophie.

Gabriel parecía estar a punto de replicarle con algún comentario cortante, pero luego lo pensó mejor.

—No quería decir eso. Es una gran chica y será una buena cazadora de sombras cuando Ascienda. Honrará nuestra familia, y el Ángel sabe que lo necesitamos.

—Pues yo creo que usted también honrará a su familia —apuntó Cecily a media voz—. Lo que acaba de hacer, lo que le ha confesado a Charlotte... hace falta valor.

Él se quedó parado durante un segundo. Luego le tendió la mano.

—Cójame la mano —dijo—. Así también podrá oír lo que pasa en el comedor, a través de mí, si quiere. Tras un momento de vacilación, Cecily le cogió la mano a Gabriel. La notó cálida y áspera en la suya. Notaba el movimiento de la sangre bajo la piel, extrañamente reconfortante, y sí, a través de él, como si tuviera la oreja contra la puerta, podía oír el murmullo bajo de las palabras: la voz suave y vacilante de Gideon con la delicada de Sophie. Cecily cerró los ojos y escuchó.

—¡Oh! —exclamó Sophie débilmente mientras se sentaba en una de las sillas—. ¡Oh, Dios!

No podía evitar sentarse; notaba las piernas como de mantequilla. Gideon, mientras tanto, estaba junto al aparador, con expresión de pánico. Tenía el rubio cabello muy alborotado, como si se hubiera estado pasando las manos por él.

—Mi querida señorita Collins —comenzó.

—Esto es... —habló ella al mismo tiempo—. Yo no... Eso es de lo más inesperado.

—¿Lo es? —Gideon se alejó del aparador y se apoyó en la mesa; llevaba la camisa un poco arremangada, y Sophie se encontró mirándole las muñecas, cubiertas de un fino vello rubio y señaladas con los blancos recuerdos de las Marcas—. Sin duda habrá sido capaz de ver el respeto y el aprecio que siento por usted. La admiración.

—Bueno —repuso Sophie—. Admiración. —Consiguió que sonara como algo muy poco importante.

Gideon se sonrojó.

—Mi querida señorita Collins —comenzó de nuevo—. Es cierto que lo que siento por usted va mucho más allá de la admiración. Yo lo describiría como el afecto más ardiente. Su bondad, su belleza, la generosidad de su corazón; todo esto me ha confundido, y es sólo a eso a lo que puedo achacar mi comportamiento de esta mañana. No sé qué me ha ocurrido, para expresar en voz alta los deseos más cercanos a mi corazón. Por favor, no se sienta obligada a aceptar mi petición sólo porque ha sido hecha en público. Cualquier incomodidad que genere este asunto debe ser y será para mí.

Sophie lo miró. El color le iba y venía de las mejillas, mostrando su clara agitación.

—Pero usted no me lo ha pedido.

Gideon pareció sobresaltarse.

—Yo... ¿Qué?

—Usted no me ha pedido matrimonio —repuso Sophie con ecuanimidad—. Usted ha anunciado a todos los presentes su intención de casarse conmigo, pero eso no es una petición. Eso es sólo una afirmación. Una petición será cuando me lo pregunte a mí.

—Bueno, eso sí que es poner a mi hermano en su lugar —dijo Gabriel, que parecía encantado de esa manera que los hermanos pequeños disfrutaban cuando sus hermanos o hermanas reciben un chasco.

—¡Oh, silencio! —susurró Cecily, apretándole la mano con fuerza—. ¡Quiero oír lo que dice el señor Lightwood!

—Muy bien —repuso Gideon, del mismo modo decidido (y ligeramente aterrorizado) que tendría san Jorge partiendo para enfrentarse al dragón—. Entonces será una petición.

Sophie le siguió con la mirada mientras él cruzaba el comedor y se arrodillaba ante ella. La vida era algo incierto, y había algunos momentos que se deseaban recordar, grabar en la memoria para poder recuperarlos más tarde, como una flor guardada entre las páginas de un libro, para poder admirar y rememorar de nuevo.

Sophie sabía que no quería olvidar la forma en que Gideon le cogió la mano con las suyas temblorosas, o el modo en que se mordisqueó el labio antes de hablar.

—Mi querida señorita Collins —comenzó otra vez—, perdóneme por mi inadecuado arrebató. Es sencillamente que siento tal... tal intensa estimación... no, no estimación, adoración, por usted que creo que debe brillar en mí en todos los momentos del día. Desde que llegué a esta casa, cada día que ha pasado me he ido sintiendo más cautivado por su belleza, su valor y su nobleza. Sería un honor que

nunca llegaré a merecer, pero al que aspiro con todas mis fuerzas, si usted aceptara ser mía... es decir, si usted consintiera convertirse en mi esposa.

—¡Dios! —exclamó Sophie, sorprendida más allá de todo límite—. ¿Ha estado usted practicando eso? Gideon parpadeó.

—Le aseguro que ha sido totalmente espontáneo.

—Bueno, pues ha sido maravilloso. —Sophie le apretó las manos—. Y sí. Sí, te amo, y sí, me casaré contigo, Gideon.

Una brillante sonrisa iluminó el rostro del mayor de los Lightwood, y los sorprendió a ambos alzándose y besándola en la boca. Ella le tomó el rostro entre las manos mientras se besaban; él sabía levemente a hojas de té, y sus labios eran suaves, y el beso totalmente dulce. Sophie flotó en él, en el prisma de ese instante, sintiéndose segura del resto del mundo.

Hasta que la voz de Bridget, que llegaba lúgubre desde la cocina, irrumpió en su felicidad.

Se casaron un martes y el viernes estaban muertos y los enterraron juntos ante la iglesia oh, mi amor, y los enterraron juntos ante la iglesia.

Sophie se apartó de Gideon a regañadientes, se puso en pie y se sacudió el vestido.

—Por favor, perdóneme, mi querido señor Lightwood..., quiero decir, Gideon, pero debo ir a matar a la cocinera. Regresaré en seguida.

—¡Oooh! —susurró Cecily emocionada—. ¡Eso ha sido tan romántico...!

Gabriel apartó la mano de la puerta y le sonrió. Su rostro cambiaba al sonreír: todas las marcadas líneas se suavizaban, y los ojos pasaban de ser del color del hierro al de las hojas verdes bajo el sol del verano.

—¿Está llorando, señorita Herondale?

Ella parpadeó con las pestañas húmedas, y de repente se dio cuenta de que seguía teniendo la mano bajo la de él; podía notarle el firme pulso en la muñeca. Él se inclinó hacia ella, y Cecily captó el olor matutino de él: té y jabón de afeitar...

Se apartó rápidamente al mismo tiempo que le soltaba la mano.

—Gracias por permitirme escuchar —dijo—. Debo... tengo que ir a la biblioteca. Hay algo que he de hacer antes de mañana.

Él arrugó el rostro, confuso.

—Cecily...

Pero ella ya se alejaba apresuradamente por el pasillo sin mirar atrás.

Para: Edmund y Branwen Herondale

Ravenscar Manor

West Riding, Yorkshire

Queridos mamá y papá:

He comenzado esta carta muchas veces, pero nunca he llegado a enviarla. Al principio era por la culpa. Sabía que me había comportado como una niña caprichosa y desobediente al dejaros, y no podía enfrentarme a la prueba de mi mal comportamiento en forma de palabras sobre una página.

Después fue la añoranza. Os echaba mucho de menos a los dos. Añoraba las colinas verdes que se alzan desde la casa, y el brezo tan lila en verano, y a mamá cantando en el jardín. Aquí hacía frío, todo negro, marrón y gris; niebla como sopa de guisantes y aire asfixiante. Pensé que moriría de soledad, pero ¿cómo podía contaros eso? A fin de cuentas, era lo que yo había elegido.

Y luego vino la pena. Había planeado venir aquí y llevarme a Will de vuelta conmigo, hacerle ver cuál era su obligación y regresar con él a casa. Pero Will tiene sus propias ideas sobre la obligación y el honor, y las promesas que ha hecho. Y llegué a ver que no podía llevar a alguien a casa cuando ya estaba en casa. Y no sabía cómo explicaros eso.

Y luego fue la felicidad. Eso os puede parecer muy extraño, como me lo pareció a mí, pero no era capaz de regresar a casa porque aquí me sentía satisfecha. Mientras me entrenaba para ser una cazadora de sombras, noté que la sangre me tiraba hacia aquí, la misma sensación de la que mamá siempre hablaba cuando, volviendo de Welshpool, veíamos ya Dyfi Valley. Con un cuchillo serafín en la mano, soy más que Cecily Herondale, la pequeña de tres hermanos, la

hija de unos buenos padres, que algún día haría un buen matrimonio y traería hijos al mundo. Soy Cecily Herondale, cazadora de sombras, y la mía es una posición elevada y gloriosa.

«Gloria». Una palabra tan rara, algo que se supone que las mujeres no deben desear, pero ¿acaso no es nuestra reina triunfante? ¿No llamaron a la reina Bess, Gloriana?

Pero ¿cómo podía explicaros que he elegido la gloria por encima de la paz? ¿Una paz tan cara que, para poder ofrecérmela, dejasteis la Clave? ¿Cómo podía deciros que era feliz como cazadora de sombras sin causaros una gran infelicidad? Ésta es la vida de la que os apartasteis, la vida de cuyos peligros quisisteis protegernos a Will, a Ella y a mí. ¿Qué podía deciros que no os partiera el corazón?

Ahora... ahora es la comprensión. He llegado a darme cuenta de lo que significa amar a alguien más que a ti mismo. Me doy cuenta ahora de que todo lo que siempre quisisteis no era que os quisiera, sino que fuera feliz. Y me permitisteis, nos permitisteis, elegir. Veo a los que han crecido en la Clave, y los que nunca pudieron elegir lo que querían ser, y os agradezco lo que hicisteis. Haber elegido esta vida es muy diferente que haber nacido en ella. La vida de Jessamine Lovelace me lo ha enseñado.

En cuanto a Will, y lo de llevarlo a casa: lo sé, mamá, temías que los cazadores de sombras le arrebataran todo el amor a tu dulce muchacho. Pero lo aman y ama. No ha cambiado. Y también os ama, igual que yo. Recordadme, porque yo siempre os recordaré.

Vuestra amante hija, Cecily

Para: Miembros de la Clave de los nefilim

De: Charlotte Branwell

Mis queridos hermanos y hermanas en armas:

Es mi triste deber relataros a todos que, a pesar de que he presentado al cónsul Wayland pruebas irrefutables, proporcionadas por uno de mis cazadores de sombras, de que Mortmain, la peor amenaza a la que los nefilim se han enfrentado en nuestro tiempo, reside en Cadair Iris, en Gales, nuestro apreciado Cónsul ha decidido misteriosamente no hacer caso de mi información. Yo considero que conocer la localización de nuestro enemigo y tener la oportunidad de hacer fracasar sus planes para destruirnos es de la mayor importancia.

Por un medio que me ha proporcionado mi esposo, el reputado inventor Henry Branwell, los cazadores de sombras a mi disposición en el Instituto de Londres vamos a proceder a trasladarnos con la mayor urgencia a Cadair Idris, donde arriesgaremos la vida tratando de detener a Mortmain. Lamento mucho dejar el Instituto sin protección, pero si el cónsul Wayland es capaz de iniciar algún tipo de acción, se le agradecerá que envíe guardias para defender un edificio desierto. Sólo somos nueve, tres de los cuales ni siquiera son cazadores de sombras, sino valientes mundanos entrenados por nosotros en el Instituto, que se han ofrecido voluntarios para luchar a nuestro lado. No puedo decir que tengamos muchas esperanzas de éxito, pero creo que debemos intentarlo.

Es evidente que no puedo obligar a nada a ninguno de vosotros. Como el cónsul Wayland se ha encargado de recordarme, en mi posición, no puedo dar órdenes a las fuerzas de los cazadores de sombras, pero me sentiría muy agradecida si los que estáis de acuerdo conmigo en que hay que luchar contra Mortmain, y hay que luchar ya, acudierais al Instituto de Londres mañana al mediodía para prestarnos vuestra ayuda.

Sinceramente vuestra,

Charlotte Branwell, directora del Instituto de Londres

SÓLO POR ESTO

Sólo por esto sobre la muerte descargo la rabia que almacena mi corazón; ha separado tanto nuestras vidas que ya no nos oímos hablar.

ALFRED, LORD TENNYSON, *In Memoriam A. H. H.*

Tessa se hallaba al borde de un precipicio en un lugar que desconocía. Las colinas eran verdes, y caían bruscamente formando acantilados que desembocaban en un mar azul. Las gaviotas volaban y graznaban sobre ella. Un sendero gris serpenteaba por el borde del acantilado. Ante ella, en el sendero, se hallaba Will.

Llevaba un traje de combate negro, y sobre él un largo abrigo de jinete, con el bajo salpicado de barro, como si hubiera recorrido un largo camino a pie. No llevaba guantes, y el viento marino le había revuelto el oscuro cabello. El viento también le alzaba el cabello a Tessa, y llevaba el olor a sal y salmuera, a cosas mojadas que crecían en la orilla del mar; un olor que le recordaba a su travesía por mar en el Main.

—Will —llamó. *Había algo tan solitario en su aspecto, como Tristán observando el mar de Irlanda en espera del barco que le devolvería a Isolda. Will no se volvió al oírlo, sólo alzó los brazos, el abrigo agitándose al viento ante él como alas.*

El temor inundó el corazón de Tessa. Isolda había llegado en busca de Tristán, pero había sido demasiado tarde. Él había muerto de pena.

—Will —llamó de nuevo.

Él dio un paso adelante, hacia el vacío. Ella corrió hasta el borde y miró hacia abajo, pero no había nada, sólo una profunda agua de color gris azul y espuma blanca. La marea parecía llevarle la voz de Will con cada ola. «Despierta, Tessa. Despierta».

—Despierte, señorita Gray. ¡Señorita Gray!

Tessa se incorporó sobresaltada. Se había quedado dormida en la silla que había junto a la chimenea de su pequeña prisión; una áspera manta blanca la cubría, aunque ella no recordaba haberla cogido. La habitación ardía con la luz de las antorchas y el fuego estaba reducido a brasas. Era imposible saber si era de día o de noche.

Mortmain estaba ante ella, y junto a él había un autómeta. Era uno de los más humanoides que Tessa había visto. Incluso estaba vestido, cosa que no era frecuente, con una túnica militar y pantalones. La ropa hacía que la cabeza que se alzaba sobre el tieso cuello fuera aún más inquietante, con sus rasgos demasiado finos y el cráneo metálico sin pelo. Y los ojos, que Tessa sabía que eran de vidrio y cristal, con los iris rojos bajo la luz del hogar, se clavaban en ella de una manera...

—Tiene frío —dijo Mortmain.

Tessa dejó escapar el aire, y el aliento le salió como una nubecilla blanca.

—El calor de su hospitalidad deja mucho que desear —replicó ella.

Él sonrió, con los labios apretados.

—Muy ocurrente. —Mortmain llevaba un pesado abrigo de astracán sobre el traje gris, siempre el auténtico hombre de negocios—. Señorita Gray, no la despierto porque sí. He venido porque deseo que vea lo que su amable ayuda con los recuerdos de mi padre me ha permitido lograr. —Hizo un orgulloso gesto hacia el autómeta que tenía al lado.

—¿Otro autómeta? —preguntó Tessa sin interés.

—Qué descortesía por mi parte. —Mortmain miró un instante a la criatura—. Preséntate.

Ésta abrió la boca; Tessa captó un destello de latón.

—Soy Armaros —dijo—. Durante mil millones de años he cabalgado los vientos de los grandes abismos entre los mundos. Luché contra Jonathan Cazador de Sombras en las llanuras de Brocelind. Durante mil años más permanecí atrapado en la Pyxis. Ahora mi amo me ha liberado, y yo le sirvo.

Tessa se puso en pie, y la manta se le resbaló hasta los pies sin que se diera cuenta. El autómeta la observaba. Sus ojos... sus ojos estaban cargados de una oscura inteligencia, una conciencia que ningún androide de los muchos que había visto antes había poseído.

—¿Qué es? —preguntó en un susurro.

—Un cuerpo de autómeta animado por el espíritu de un demonio. Los subterráneos ya tenían modos de capturar las energías demoníacas y emplearlas. Yo las había usado ya para alimentar a los demonios mecánicos que usted ha ido viendo. Pero Armaros y sus hermanos son diferentes. Son demonios con el caparazón de los autómetas. Pueden pensar y razonar. No es fácil ser más listo que ellos. Y cuesta mucho matarlos.

Armaros se pasó un brazo ante el cuerpo. Tessa notó que se movía con fluidez, sin los movimientos sincopados de las criaturas que había visto antes. Se movía como una persona. Desenfundó la espada que le colgaba al costado y se la entregó al Magíster. La hoja estaba cubierta con las runas con las que Tessa se había familiarizado durante los últimos meses, las runas que decoraban las hojas de las armas de los cazadores de sombras. Las runas que eran letales para los demonios. Armaros casi ni debería poder mirar esa hoja, mucho menos sujetarla.

Se le hizo un nudo en el estómago. El demonio le entregó la espada a Mortmain, que la cogió con la precisión de los largos años como oficial naval. Blandió la espada, la lanzó hacia adelante y la hundió en el pecho del demonio.

Se oyó un ruido como de metal al romperse. Tessa estaba acostumbrada a ver a los autómetas desmoronarse cuando se les atacaba, o soltar fluido negro, o tambalearse. Pero éste se mantuvo en pie, sin pestañear ni moverse, como un lagarto al sol. Mortmain retorció el puño salvajemente, luego arrancó la espada.

La hoja del arma se deshizo como cenizas, como un leño consumido por el fuego.

—¿Ve? —dijo Mortmain—. Son un ejército diseñado para destruir a los cazadores de sombras.

Armaros era el único autómeta al que Tessa había visto sonreír; si siquiera sabía que sus caras tuvieran la capacidad de cumplir tal propósito.

—Han destruido a muchos de los míos —expuso el demonio—, será un placer para mí matarlos a todos.

Tessa tragó saliva con fuerza, pero trató de que el Magíster no lo viera. Éste iba pasando la mirada de ella al demonio autómeta, y le resultó difícil decidir a quién parecía más encantado de ver. Tuvo ganas de gritar, de tirarse sobre él y arañarle el rostro. Pero el muro invisible se alzaba entre ellos, con un leve resplandor, y supo que no podría llegar a él.

«Oh, pero va a ser más que su prometida, señorita Gray —le había dicho la señora Negro—. Será la ruina de los nefílim. Por eso la crearon».

—No podrás acabar con los cazadores de sombras tan fácilmente —replicó ella—. Los he visto hacer pedazos a tus autómetas. Quizá no puedan derribarlos con sus armas con runas, pero cualquier buena hoja puede atravesar el metal y cortar cables.

Mortmain se encogió de hombros.

—Los cazadores de sombras no están acostumbrados a luchar contra criaturas con las que sus armas con runas son inútiles. Los hará más lentos. Y hay incontables autómetas de éstos. Será como tratar de detener la marea. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Ve ahora el genio de lo que he inventado? Pero debo agradecerse a usted, señorita Gray, por esa última pieza del rompecabezas. Pensaba que quizá hasta usted... admiraría... lo que hemos creado juntos.

¿Admirar? Ella lo miró a los ojos buscando algo de burla, pero sólo encontró una pregunta sincera, curiosidad mezclada con frialdad. Tessa pensó en el largo tiempo que debía de haber pasado desde que otro ser humano lo elogiara, y respiró hondo.

—Sin duda es usted un gran inventor —reconoció finalmente.

Mortmain sonrió satisfecho.

Tessa notaba la mirada del demonio mecánico sobre ella, su tensión y disposición a la lucha, pero notaba aún más a Mortmain. El corazón le golpeaba con fuerza dentro del pecho. Parecía estar, igual que en su sueño, al borde de un precipicio. Hablar al Magíster así era arriesgado, y podía acabar cayendo o volando. Pero debía correr ese riesgo.

—Ya veo por qué me ha traído aquí —continuó—. Y no es sólo debido a los secretos de su padre.

Vio rabia en los ojos de su captor, pero también cierta confusión. Tessa no se estaba comportando como él esperaba.

—¿Qué quiere decir?

—Se siente usted solo —contestó ella—. Se ha rodeado de criaturas que no son reales. Que no viven. Vemos nuestra propia alma en los ojos de los demás. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que vio usted que tenía alma?

Mortmain entrecerró los ojos.

—Tenía alma. Se consumió por aquello a lo que he dedicado mi vida: la búsqueda de la justicia y la compensación.

—No busque venganza y la llame justicia.

El demonio soltó una risita cargada de desdén, como si estuviera viendo los juegos de un gatito.

—¿Va a dejar que le hable así, amo? —preguntó—. Le puedo cortar la lengua, si así lo desea, silenciarla para siempre.

—No serviría de nada mutilarla. Tiene poderes que tú desconoces —respondió Mortmain, sin apartar los ojos de Tessa—. En China hay un viejo proverbio, quizá usted lo conozca por su querido prometido; dice: «Un hombre no puede vivir bajo el mismo cielo que el asesino de su padre». Yo borraré a los cazadores de sombras bajo este cielo; no seguirán viviendo en la Tierra. No trate de apelar a lo mejor de mí, Tessa, porque no existe.

La chica no pudo evitarlo: pensó en *Historia de dos ciudades*, cuando Lucy Manette trataba de apelar a lo mejor de Sydney Carton. Siempre había pensado en Will como Sydney, consumido por la culpa y la desesperación a pesar de lo que sabe, a pesar de sus propios deseos. Pero Will era un buen hombre, un hombre mucho mejor de lo que Carton hubiera sido nunca. Y Mortmain casi ni era un hombre. No era a lo mejor de él a lo que ella apelaba sino a su vanidad: todos los hombres pensaban de sí mismos que eran buenos en el fondo; nadie querría ser un villano. Tessa respiró hondo.

—Sin duda eso no es así; seguro que podría usted volver a ser bueno y noble. Ha hecho lo que se había propuesto hacer. Le ha dado la vida y la inteligencia a esos... a esos Artefactos Infernales suyos. Ha creado aquello que puede destruir a los cazadores de sombras. Toda su vida ha buscado justicia porque creía que los cazadores de sombras eran corruptos y crueles. Ahora, si frena la mano, conseguirá una gran victoria. Mostrará que es mejor que ellos.

Tessa escrutó el rostro de Mortmain con la mirada. ¿Seguro que había cierta vacilación? Sin duda los finos labios temblaban casi inapreciablemente. ¿Era cierto que se vislumbraba la tensión de la duda en sus hombros?

El Magíster esbozó una tensa sonrisa.

—Entonces ¿usted cree que puedo ser un hombre mejor? Y si hiciera lo que usted dice y frenara mi mano, ¿me hará creer que usted se quedaría conmigo por admiración, que no regresará con los cazadores de sombras?

—Pues claro, señor Mortmain. Lo juro. —Tessa tragó para calmar la amargura que sentía en la garganta. Si tenía que quedarse con Mortmain para salvar a Will y a Jem, para salvar a Charlotte, a Henry y a Sophie, entonces lo haría—. Creo que puede recuperar lo mejor de usted mismo; creo que todos podemos.

Los finos labios de Mortmain se elevaron en las comisuras.

—Ya es por la tarde, señorita Gray. No he querido despertarla antes. Venga conmigo, fuera de la montaña. Venga a ver el trabajo de este día, porque hay algo que deseo mostrarle.

Un dedo helado le recorrió la espalda a Tessa. Se irguió.

—¿Y qué es?

La sonrisa de Mortmain se hizo más amplia.

—Lo que he estado esperando.

Para: Cónsul Josiah Wayland

De: Inquisidor Victor Whitelaw

Josiah:

Perdona mi informalidad, pero te escribo con prisas. Estoy seguro de que ésta no será la única carta que recibas sobre el tema; de hecho, posiblemente no sea ni la primera. Yo mismo ya he recibido muchas. Todas tocan la misma cuestión que me inquieta: ¿es correcta la información de Charlotte Branwell? Porque en tal caso, me parece que es mucho más que probable que el Magíster esté ciertamente en Gales. Sé que dudas de la veracidad de William Herondale, pero ambos conocimos a su padre. Una alma precipitada y demasiado guiada por sus pasiones, pero resultaría imposible encontrar un hombre más honesto. No creo que el joven Herondale sea un embustero.

De todos modos, como resultado del mensaje de Charlotte, la Clave está sumida en el caos. Insisto en que debemos reunir al Consejo para tratar el tema inmediatamente. De no hacerlo, la confianza de los cazadores de sombras en su Cónsul y su Inquisidor resultará irreparablemente dañada. Dejo en tus manos el anuncio de la reunión, pero esto no es una petición. Envía la llamada al Consejo, o dimitiré de mi cargo y haré saber el porqué.

Victor Whitelaw

A Will le despertaron los gritos.

Sus años de entrenamiento se hicieron patentes al instante: estaba en el suelo en posición de ataque incluso antes de estar del todo despierto. Miró alrededor y vio que en la pequeña habitación de la posada sólo se hallaba él, y los muebles (una estrecha cama y una sencilla mesa, casi invisible entre las sombras) seguían donde siempre.

De nuevo se oyeron gritos, más fuertes. Provenían del exterior de la ventana. Will se puso en pie, cruzó la habitación sin hacer ruido y apartó ligeramente una de las cortinas para mirar afuera.

Casi ni recordaba haber llegado a ese pueblo, guiando a *Balios* por las riendas, y éste caminando despacio por el agotamiento. Un pequeño pueblo galés, como cualquier otro pequeño pueblo galés, sin nada especial. Había encontrado con facilidad la posada y había entregado a *Balios* al cuidado del mozo de establo, pidiendo que lo cepillaran y le dieran de comer una papilla caliente de salvado para revivirlo. Que hablara galés pareció tranquilizar al posadero, y de inmediato lo habían acompañado a una habitación privada, donde se había desplomado sobre la cama, totalmente vestido, y había dormido sin sueños.

Una brillante luna estaba en lo alto; su posición indicaba que aún no era tarde. Una neblina gris parecía colgar sobre el pueblo. Por un momento, Will pensó que era niebla, pero luego, al inhalar, se dio cuenta de que se trataba de humo. Manchas de un rojo brillante se alzaban entre las casas del pueblo. Entrecerró los ojos. Entre las sombras, distinguió siluetas que corrían de un lado a otro. Más gritos; un destello que sólo podía ser de una cuchilla...

En menos de un segundo, ya salía por la puerta con las botas a medio atar, cuchillo serafín en mano. Bajó a toda prisa la escalera y entró en la sala principal de la posada. Estaba oscura y fría; no había fuego en la chimenea, y varias ventanas estaban rotas, dejando entrar el frío aire de la noche. Los vidrios cubrían el suelo como trozos de hielo. La puerta estaba abierta, y mientras Will la cruzaba, vio que los goznes superiores estaban fuera de sitio, como si alguien hubiera tratado de arrancarla...

Salió afuera y rodeó la posada, hacia donde se hallaban los establos. El olor a humo era allí más intenso. Will corrió hacia adelante..., y tropezó con un cuerpo que yacía en el suelo. Se dejó caer de rodillas. Era el mozo del establo, con el cuello rebanado; el suelo bajo él estaba empapado en sangre. Tenía los ojos abiertos, mirando a la nada, y la piel ya fría. Will se tragó la bilis y se incorporó.

Fue mecánicamente hacia los establos, mientras en su cabeza barajaba con rapidez las posibilidades. ¿Un ataque de demonios? ¿O había caído en medio de algo no sobrenatural, alguna riña entre gentes del pueblo, o Dios sabría qué? Nadie parecía estarle buscando a él en concreto, eso resultaba evidente.

Oyó los inquietos relinchos de *Balios* al entrar en el establo. Éste parecía intacto, desde el techo enyesado hasta el suelo de adoquines atravesado por pequeños canales de drenaje. No había otros

caballos allí esa noche, lo que era una suerte, porque en el momento en que le abrió el compartimento, *Balios* salió a toda prisa, casi arrollándolo. Will sólo tuvo tiempo de tirarse a un lado mientras el caballo pasaba a toda prisa junto a él y salía por la puerta.

—*Balios!* —Will renegó, y salió tras su montura, corriendo por el costado de la posada hasta la calle principal del pueblo.

Se quedó de piedra. La calle era un caos. Había cadáveres por el suelo, tirados a ambos márgenes de la carretera como si fueran basura. Casas con las puertas arrancadas, las ventanas rotas. La gente corría de un lado a otro entre las sombras desordenadamente, gritando y llamándose unos a otros. Varias casas ardían. Mientras Will contemplaba horrorizado el panorama, vio a una familia salir por la puerta de una de ellas en llamas; el padre en camión, tosiendo y ahogándose; una mujer detrás cogía de la mano a una niña pequeña.

Casi ni había salido a la calle cuando unas formas emergieron de entre las sombras. La luz de la luna destelló sobre el metal.

Autómatas.

Se movían con fluidez, sin sacudidas ni tambaleos. Iban vestidos; una mezcla de uniformes militares, algunos que Will reconoció, otros no. Pero los rostros eran de metal liso, como las manos, que sujetaban espadas de larga hoja. Había tres; uno, con una rasgada túnica militar roja, fue por delante, riendo (¿riendo?) mientras el padre de la familia trataba de poner a su esposa y a su hija tras él, y avanzaban tambaleantes sobre los ensangrentados adoquines de la calle.

Todo acabó en un instante, demasiado rápido incluso para Will. Un destello de espadas, y tres cadáveres más se unieron a los montones de las calles.

—Eso es —dijo el autómatas de la túnica—. Quemar las casas y hacer salir a las ratas con el humo. Matadlos mientras corren... —Alzó la cabeza y pareció ver al chico. Incluso a través del espacio que los separaba, éste notó la intensidad de esa mirada.

Entonces alzó su cuchillo serafín.

—*Nakir.*

La brillante hoja se encendió e iluminó la calle, un rayo de luz blanca entre las llamas rojas. A través de la sangre y el fuego, Will vio al autómatas de la túnica roja ir hacia él. En la mano izquierda enarbolaba una larga espada. La mano era de metal, articulada; se curvaba sobre la empuñadura de la espada como una mano humana.

—Nefilim —habló la criatura, mientras se detenía a un metro escaso de él—. No esperaba a los de tu especie aquí.

—Evidentemente —repuso Will. Dio un paso y le clavó el cuchillo serafín en el pecho.

Se oyó un tenue chisporroteo, como de beicon friéndose en una sartén. Mientras el autómatas se miraba el pecho tranquilamente, *Nakir* se deshacía en cenizas, y dejaba a Will agarrando un mango vacío.

El autómatas soltó una risita y lo miró. Sus ojos estaban cargados de vida e inteligencia. Y Will supo, mientras se le caía el corazón a los pies, que estaba viendo algo que nunca antes había visto: no sólo una criatura que podía convertir en cenizas un cuchillo serafín, sino una clase de máquina que tenía la voluntad, la inteligencia y la estrategia suficientes para quemar un pueblo hasta los cimientos y para matar a sus habitantes mientras huían.

—Y ahora ya ves —dijo el demonio, porque eso era, ante Will—. Nefilim, todos estos años nos habéis expulsado de este mundo con vuestras armas con runas. Ahora tenemos cuerpos en los que no funcionan vuestras armas, y este mundo será nuestro.

El cazador de sombras tragó aire cuando el demonio alzó la larga espada. Dio un paso atrás... La espada subió y bajó... La esquivó, justo cuando algo se lanzó a su lado desde la carretera, algo grande y negro, que se alzó, coceó y tiró al autómatas al suelo.

Balios.

Will alzó la mano, buscando a tientas la crin del caballo. El demonio se levantó del barro y saltó hacia él, con la espada en alto, justo cuando *Balios* salía disparado y Will saltaba a su lomo. Galoparon por

las calles, el chico agachado sobre su montura, con el viento tirándole del cabello y secando la humedad de su rostro; una humedad que no sabía si era de lágrimas o de sangre.

Tessa estaba sentada en el suelo de la fortaleza de Mortmain, mirando el fuego.

Las llamas jugaban sobre sus manos y sobre el vestido azul que llevaba. Unas y otros estaban manchados de sangre. No sabía cómo había pasado; tenía la piel de la muñeca rasgada, y recordaba vagamente que el autómatas la había cogido por ahí, rasgándole la piel con sus afilados dedos de metal mientras ella trataba de escaparse.

No podía quitarse de la cabeza las imágenes que la poblaban: los recuerdos de la destrucción del pueblo del valle. La habían llevado allí con los ojos vendados, en brazos del autómatas, que la había depositado sin ceremonias sobre un grupo de rocas grises desde donde se veía directamente el pueblo.

—Mire —le había dicho Mortmain, sin mirarla, sólo disfrutando—, mire, señorita Gray, y luego hábleme de redención.

Tessa estaba aprisionada; un autómatas la cogía por detrás y le tapaba la boca con la mano. Mortmain murmuraba por lo bajo las cosas que le haría si se atrevía a apartar la mirada. Tuvo que contemplar impotente cómo los autómatas marchaban sobre el pueblo, matando a hombres y a mujeres inocentes por las calles. La luna se había alzado teñida de rojo mientras el ejército mecánico había ido incendiando metódicamente una casa tras otra, y masacrando a las familias cuando salían de ellas en medio de la confusión y el terror.

Y Mortmain reía.

—Ya lo ve —había dicho—. Esas criaturas, esas creaciones, son capaces de pensar, razonar y planear. Como los humanos. Y, sin embargo, son indestructibles. Mire, allí, a ese estúpido con una escopeta.

Tessa no había querido mirar, pero no había tenido elección. Había visto, seria y con los ojos secos, a un hombre en la distancia que alzaba una escopeta para defenderse. El disparo había tirado a algunos autómatas al suelo, pero no los había inutilizado. Habían seguido avanzando hacia él, le habían arrebatado la escopeta de las manos y lo habían perseguido por la calle.

Después lo habían despedazado.

—Demonios —había murmurado Mortmain—. Son salvajes y les encanta la destrucción.

—Por favor —le rogó Tessa con voz ahogada—. Por favor, ya basta, ya basta. Haré lo que desee, pero, por favor, deje el pueblo.

Mortmain soltó una risa seca.

—Las criaturas mecánicas no tienen corazón, señorita Gray —aseveró—. No tienen piedad, no más que la que tiene el fuego o el agua. Es lo mismo que si pidiera a una riada o a un incendio que cesara su destrucción.

—No se lo estoy rogando a ellos —dijo ella. Con el rabillo del ojo le pareció ver un caballo negro galopando por las calles del pueblo, con un jinete a la espalda. Rezó por que fuera alguien que escapaba de la carnicería—. Se lo ruego a usted.

Él volvió los fríos ojos hacia ella, tan vacíos como el cielo.

—Tampoco hay piedad en mi corazón. Usted ha apelado, tediosamente, a lo mejor de mí. La he traído aquí para mostrarle la futilidad de tal acto. No tengo nada mejor en mí a lo que apelar; hace años que se consumió.

—Pero yo he hecho lo que me pidió —replicó ella desesperada—. Esto es innecesario, no por mí...

—Esto no es por usted —repuso él y apartó la mirada de ella—. Tenía que probar los autómatas antes de enviarlos a luchar. Esto es simple ciencia. Ahora tienen inteligencia. Estrategia. Nada puede detenerlos.

—Entonces, se volverán contra usted.

—No lo harán. Sus vidas están unidas a la mía. Si yo muero, ellos se destruyen. Deben protegerme para mantenerse. —Su mirada era fría y lejana—. Ya basta. La he traído aquí para mostrarle que soy lo que soy, y que usted lo aceptará. Su ángel mecánico le protege la vida, pero la vida de otros inocentes está

en mis manos... en sus manos. No me pruebe, y no habrá un segundo pueblo. No quiero oír más tediosas protestas.

«Su ángel mecánico le protege la vida». En ese momento, ante la chimenea, Tessa cubrió su ángel con la mano, y notó el familiar tictac bajo los dedos. Cerró los ojos, pero las terribles imágenes seguían vivas en ellos. Vio a los nefilim huyendo de los autómatas como habían hecho los habitantes del pueblo; a Jem destrozado por los monstruos de relojería; a Will atravesado por cuchillas de metal. Henry y Charlotte ardiendo...

Apretó la mano salvajemente alrededor del ángel, se lo arrancó del cuello y lo tiró al irregular suelo de piedra justo cuando un leño caía en el fuego y se alzaba una columna de chispas. Con esa iluminación se vio la palma de la mano izquierda, se vio la cicatriz de la quemadura con la que se había castigado el día que le había dicho a Will que estaba prometida a Jem.

Como entonces, su mano fue hacia el atizador. Lo alzó y notó su peso. El fuego estaba más alto. Vio el mundo a través del dorado resplandor mientras alzaba el atizador y lo descargaba sobre el ángel mecánico.

Aunque el atizador era de hierro, saltó hecho polvo de metal, una nube de brillantes filamentos que cayeron al suelo y cubrieron el ángel mecánico, que permanecía intacto sobre el suelo ante las rodillas de Tessa.

Y luego el ángel comenzó a moverse y a cambiar. Las alas temblaron, y los cerrados párpados se abrieron mostrando trocitos de cuarzo blanquecino. De ellos salieron rayos de una luz blancuzca. Como en los dibujos de la estrella sobre Belén, la luz se alzó y se alzó, radiando picas de luz. Lentamente comenzaron a cobrar forma, la forma de un ángel.

Era una mancha de una luz tan brillante que resultaba difícil mirarlo directamente. Tessa vio, entre la luz, la tenue silueta de algo parecido a un hombre. Vio ojos que no tenían iris ni pupila; trozos de cristal insertados que relucían bajo la luz del fuego. Las alas del ángel eran amplias, y se le abrían desde los hombros, cada pluma acabada en radiante metal. Tenía las manos sobre el pomo de una elegante espada.

Los ojos vacíos y resplandecientes la miraron.

¿Por qué tratas de destruirme? Su voz era dulce, y resonaba dentro de su cabeza como música. *Yo te protejo.*

De repente, Tessa pensó en Jem, apoyado en las almohadas de la cama, con el rostro pálido y reluciente. «Hay más en la vida que vivir».

—No es a ti a quien busco destruir, sino a mí misma.

¿Y por qué harías eso? La vida es un regalo.

—Trato de hacer lo correcto —contestó Tessa—. Al mantenerme con vida, estás permitiendo que exista una gran maldad.

Maldad. La voz musical era pensativa. *Llevo tanto tiempo en mi cárcel mecánica que he olvidado el bien y el mal.*

—¿Cárcel mecánica? —susurró Tessa—. ¿Y cómo se puede encarcelar a un ángel?

Fue John Thaddeus Shade quien me encarceló. Atrapó mi alma en un hechizo y la encerró en este cuerpo mecánico.

—Como una Pyxis —comentó Tessa—. Sólo que reteniendo a un ángel en vez de a un demonio.

Soy un ángel de lo divino, explicó el ángel, flotando ante ella. *Soy hermano de los Sijil, Kurabi y los Zurah, los Fravashis y Dakinis.*

—Y... ¿es ésta tu auténtica forma? ¿Es éste tu aspecto?

Aquí sólo ves una fracción de lo que soy. En mi auténtica forma, soy la gloria mortal. Mía era la libertad del Cielo, antes de ser atrapado y ligado a ti.

—Lo siento —murmuró Tessa.

Tú no eres la culpable. Tú no me encarcelaste. Nuestros espíritus están ligados, eso es cierto, pero incluso cuando ya te protegía en el vientre de tu madre, sabía que a ti no podía culparte.

—Mi ángel de la guarda.

Pocos pueden decir que tienen un ángel que los guarda sólo a ellos. Tú sí.

—Yo no quiero tenerte —repuso Tessa—. Quiero morir a mi manera, no que Mortmain me obligue a vivir.

No puedo dejarte morir. La voz del ángel estaba cargada de pesar. A Tessa le recordó el violín de Jem, interpretando la música de su vida. *Es mi encomienda.*

Tessa alzó la cabeza. La luz del fuego atravesaba el ángel como el sol un cristal, y proyectaba un color radiante contra las paredes de la cueva. Eso no era ningún artefacto maligno; eso era bondad, retorcida y sometida a la voluntad de Mortmain, pero de naturaleza divina.

—Cuando eras un ángel —preguntó—, ¿qué nombre tenías?

Mi nombre, contestó el ángel, *era Ithuriel.*

—Ithuriel —susurró Tessa, y tendió la mano hacia el ángel, como si pudiera tocarlo, consolarlo de algún modo. Pero sus dedos sólo encontraron el vacío. El ángel destelló y se desvaneció, dejando sólo un brillo, una estrella fugaz de luz en los ojos de la chica.

Una ola gélida la cubrió, y la chica se incorporó de golpe, con los ojos muy abiertos. Estaba medio tumbada sobre el frío suelo de piedra delante de un fuego casi extinguido. La sala estaba oscura, apenas iluminada por las ascuas rojizas de la chimenea. El atizador estaba donde antes. Se llevó la mano al cuello, y tocó el ángel mecánico.

«Un sueño». A Tessa se le cayó el corazón a los pies. Todo había sido un sueño. No había ángel que la hubiera bañado en luz. Sólo estaban esa fría estancia, la oscuridad invasora y el ángel mecánico, que marcaba con su tictac los minutos hasta el fin de todo en el mundo.

Will se hallaba en lo alto de Cadair Idris, con las riendas del caballo en la mano.

Mientras cabalgaba hacia Dolgellau, había visto la enorme pared de Cadair Idris sobre el estuario de Mawddach, y se había quedado sin aliento; había llegado. Había subido a esa montaña antes, de niño, con su padre, y esos recuerdos siguieron con él mientras abandonaba la carretera de Dina Mawddey y galopaba hacia la montaña a lomos de *Balios*, que aún parecía estar huyendo de las llamas del pueblo que habían dejado atrás. Había seguido por un lago de montaña lleno de algas, con el mar plateado visible en una dirección y el pico del Snowdon en la otra, hacia el valle de Nat Cadair. El pueblo de Dolgellay abajo, salpicado de algunas luces, era un bonito paisaje, pero Will no estaba contemplando las vistas. La runa de Visión Nocturna que se había dibujado le permitía seguir el rastro de las criaturas mecánicas. Había tantas que el suelo estaba machacado allí por donde habían bajado la montaña, y él siguió, con el corazón latiéndole con fuerza, el sendero de destrucción hacia el pico de la montaña.

El rastro le llevó más allá de un desprendimiento de enormes peñascos, que recordaba que llamaban la morrena. Formaban una muralla parcial que protegía Cwn Cau, un pequeño valle en lo alto de la montaña, en cuyo corazón se hallaba Llyn Cau, un lago glacial. El rastro del ejército mecánico llegaba al borde del lago...

Y desaparecía.

Will se quedó mirando las aguas fías y claras. Durante el día, recordaba, esa vista era impresionante: Llyn Cau de un azul puro, rodeado de una masa verde, y el sol acariciando los afilados picos de Mynydd Pencoed, los acantilados que rodeaban el lago. Se sintió a un millón de kilómetros de Londres. El reflejo de la luna le lanzaba su resplandor desde el agua. Suspiró. El agua rozaba suavemente la orilla del lago, pero no podía borrar las marcas del rastro de los autómatas. Era evidente de dónde habían salido. Volvió hacia atrás y le palmeó el cuello a *Balios*.

—Espérame aquí —le ordenó—. Y si no vuelvo, regresa solo al Instituto. Se alegrarán de volver a verte, viejo amigo.

El caballo relinchó con suavidad y le mordió la manga, pero Will sólo respiró largamente y se metió en el Llyn Cau. El frío líquido le lamió las botas y los pantalones, empapándolos para helarle la piel. Ahogó un grito ante la impresión.

—Otra vez mojado —dijo tristemente, y se lanzó al gélido lago. Éste pareció absorberlo, como arenas movedizas; casi ni tuvo tiempo de coger aire antes de que las heladas aguas lo arrastraran hacia la oscuridad.

Para: Charlotte Branwell

De: Cónsul Wayland

Señora Branwell:

Se le releva de su cargo como directora del Instituto. Podría hablarle de mi decepción, o de la mutua falta de fe que sentimos el uno por el otro. Pero las palabras, a la vista de una traición de tal magnitud como la que me ha brindado, son inútiles. A mi llegada a Londres mañana, espero que usted y su esposo ya hayan abandonado el Instituto y retirado sus pertenencias. El incumplimiento de esta petición se responderá con el castigo más severo permitido por la Ley.

Josiah Wayland, Cónsul de la Clave

YACER Y ARDER

Ahora te quemaré a ti, te quemaré al completo, aunque se me maldiga por ello, ambos yaceremos y arderemos.

CHARLOTTE MEW, «In Nunhead Cemetery»

La oscuridad sólo duró un momento. El agua helada se tragó a Will, y de inmediato empezó a caer; se hizo un ovillo justo cuando el suelo se alzaba para golpearle, dejándolo sin aliento.

Tosió y rodó sobre el estómago, y luego se puso de rodillas, con el cabello y la ropa chorreándole. Fue a sacar la luz mágica, pero en seguida dejó caer la mano; no quería iluminar nada, puesto que eso le haría llamar la atención. La runa de Visión Nocturna tendría que bastarle.

Fue suficiente para mostrarle que se hallaba en una caverna rocosa. Si miraba hacia arriba, podía ver las revueltas aguas del lago, contenidas como con un cristal, y un poco de luz de luna desenfocada. Había túneles que salían de la caverna, sin ninguna señal que indicara adónde podían conducir. Se puso en pie y escogió a ciegas el túnel más a la izquierda; comenzó a avanzar cuidadosamente hacia la sombría oscuridad.

Los túneles eran anchos, con suelos planos que no mostraban ninguna marca del paso de los autómatas. Las paredes eran de roca volcánica. Recordó haber subido a Cadair Idris con su padre, hacía años. Se contaban muchas leyendas sobre esa montaña: que había sido el asiento de un gigante, que sentado sobre él contemplaba las estrellas; que el rey Arturo y sus caballeros dormían bajo ella, esperando el momento en que Gran Bretaña despertara y los necesitara de nuevo; que cualquiera que pasaba la noche en su ladera se despertaría transformado en poeta o en loco.

«Si se supiera... —pensó Will mientras torcía por la curva de un túnel y salía a una cueva más grande—, lo extraña que era la verdad...»

La cueva era grande y se abría hacia un espacio mayor al fondo, donde brillaba una tenue luz. Aquí y allí, Will captó un destello plateado, que pensó sería agua que fluía en torrentes por los negros muros, pero que al examinarlos más de cerca resultaron ser vetas de cuarzo cristalizado.

Will fue hacia la tenue luz. Notó que el corazón le latía muy rápido dentro del pecho, y trató de respirar profundamente para tranquilizarse. Sabía lo que le estaba acelerando el pulso: Tessa. Si Mortmain la tenía, entonces estaría ahí, cerca. En algún lugar de ese laberinto de túneles podría encontrarla.

Oyó la voz de Jem en la cabeza, como si su *parabatai* estuviera a su lado, aconsejándole. Jem siempre había dicho que Will corría hacia el final de una misión en vez de proceder de un modo mesurado, y que se debía mirar el siguiente paso del camino, en vez de la montaña que había en la distancia, o nunca se lograría alcanzar el objetivo. Cerró los ojos un instante. Sabía que su hermano de sangre tenía razón, pero era difícil recordarlo cuando el objetivo que se buscaba era la mujer amada.

Abrió los ojos y fue hacia la tenue luz al fondo de la caverna. El suelo bajo sus pies era liso, sin rocas ni guijarros, y vetado de mármol. La luz se intensificó, y Will se detuvo de golpe; sólo los años de entrenamiento como cazador de sombras evitaron que se lanzara directo a la muerte.

Porque el suelo rocoso acababa de repente ante un profundo precipicio. Se hallaba en un saliente rocoso, desde el que podía divisarse un anfiteatro. Estaba lleno de autómatas. Éstos estaban en silencio, inmóviles, como juguetes metálicos a los que se les hubiera acabado la cuerda. Iban vestidos, igual que los del pueblo, con restos de uniformes militares, y estaban alineados uno ante otro, como si fueran soldados de plomo de tamaño natural.

En el centro del espacio se hallaba una plataforma de piedra, y sobre la mesa yacía otro autómata, como un cadáver sobre una mesa de autopsias. La cabeza era de metal desnudo, pero había una pálida piel humana extendida tirante sobre el resto del cuerpo, y sobre la piel había runas dibujadas.

Mientras miraba, Will las fue reconociendo, una tras otra: Memoria, Agilidad, Velocidad, Visión Nocturna... Nunca servirían, claro, sobre un artilugio hecho de metal con piel humana. Podría engañar a un cazador de sombras a cierta distancia, pero...

«Pero ¿y si ha usado la piel de un cazador de sombras? —preguntó en un susurro una voz en la cabeza de Will—. Entonces ¿qué podría crear? ¿Cuán loco está y cuándo se detendrá?»

Esa idea, y ver las runas del Cielo inscritas sobre tan monstruosa criatura, le retorció el estómago; se apartó del borde del saliente y retrocedió tambaleándose, sujetándose en la fría pared de piedra, con las manos húmedas de sudor.

Volvió a ver el pueblo, los cadáveres en las calles; oyó de nuevo el mecánico siseo del demonio autómeta mientras le hablaba:

«Todos estos años nos habéis expulsado de este mundo con vuestras armas con runas. Ahora tenemos cuerpos en los que no funcionan vuestras armas, y este mundo será nuestro».

La rabia recorrió a Will como fuego en las venas. Se apartó de la pared y se dirigió directo hacia un estrecho túnel, alejándose de la caverna. Mientras avanzaba, creyó oír un ruido a su espalda, un chirrido, como si el mecanismo de un enorme reloj estuviera comenzando a moverse, pero cuando se volvió, no vio nada, sólo las lisas paredes de la gruta y las inmóviles sombras.

El túnel que estaba siguiendo se fue estrechando hasta que, al final, tuvo que pasar de lado por un saliente de roca vetada de cuarzo. Si se estrechaba más, tendría que dar media vuelta y volver a la caverna; esa idea le hizo seguir adelante con renovada energía, y se apretó para pasar; casi cayó cuando el túnel se abrió de golpe en un corredor más amplio.

Era casi como un pasillo del Instituto, sólo que todo él de piedra lisa, con antorchas a intervalos colocadas sobre soportes de metal. Junto a cada antorcha había una puerta acabada en arco, también de piedra. Las dos primeras estaban abiertas mostrando habitaciones oscuras y vacías.

Detrás de la tercera puerta se hallaba Tessa.

Will no la vio de inmediato al entrar en la habitación. La puerta de piedra se cerró parcialmente tras él, pero se dio cuenta de que no estaba a oscuras. Había una lucecita oscilante; las últimas llamas en una chimenea de piedra al fondo de la dependencia. Se sorprendió al ver que estaba amueblada como la habitación de una posada, con una cama y un lavamanos, alfombras en el suelo, incluso cortinas en las paredes, aunque colgaban sobre la piedra desnuda, no de ventanas.

Ante el fuego había una delgada sombra, agachada en el suelo. Automáticamente, Will llevó la mano al mango de la daga que portaba en la cintura; entonces, la sombra se volvió, con el cabello cayéndole sobre los hombros, y él vio su rostro.

Tessa.

Apartó la mano de la daga mientras el corazón le saltaba en el pecho con una fuerza imposible y dolorosa. Vio el cambio en la expresión de Tessa: curiosidad, asombro, incredulidad. Ella se puso en pie y las faldas cayeron a su alrededor mientras se incorporaba, y él la vio tenderle la mano.

—¿Will? —preguntó.

Era como una llave girando en la cerradura de una puerta, liberándolo; Will avanzó. Nunca había habido mayor distancia de la que le separaba de Tessa en ese momento. Era una estancia grande; la distancia entre Londres y Cadair Idris no parecía nada comparada con ésa. Él sintió un estremecimiento, como si atravesara algún tipo de resistencia, mientras cruzaba la habitación. Vio a Tessa tenderle la mano, formando las palabras con la boca, y luego ya estaba entre sus brazos, ambos sin aliento al chocar el uno contra la otra.

Ella estaba de puntillas, rodeándole el cuello con los brazos, susurrando su nombre: «Will, Will, Will...». Él hundió el rostro en su cuello, donde el espeso cabello se rizaba; ella olía a humo y agua de violetas. La estrechó aún con más fuerza mientras ella le cogía por la nuca. Por un momento, el dolor que había estado aferrando a Will como un puño de hierro desde la muerte de Jem pareció amortiguarse, y pudo respirar.

Will pensó en el infierno que había pasado desde que había salido de Londres; los días cabalgando sin parar, las noches en vela. Sangre, pérdida, dolor y lucha. Todo para llevarle hasta ahí. Hasta Tessa.

—Will —repitió la chica, y él le miró el rostro manchado de lágrimas. Tessa tenía un morado en el pómulo. Alguien le había pegado ahí, y el corazón de Will se hinchó de rabia. Encontraría a quien lo

hubiera hecho y lo mataría. Si había sido Mortmain, sólo lo mataría después de haber quemado hasta los cimientos de su monstruoso laboratorio, para que ese loco pudiera ver la ruina de toda su creación —. Will —dijo ella de nuevo, interrumpiendo sus pensamientos. Parecía casi sin aliento—. Will, idiota. Las ideas románticas de Will frenaron en seco como un coche de alquiler en Fleet Street.

—Yo... ¿qué?

—Oh, Will —dijo ella. Le temblaban los labios; parecía no saber si reír o llorar—. ¿Recuerdas cuando me dijiste que el atractivo joven que tratara de rescatarme de un terrible destino nunca se equivocaría, aunque dijera que el cielo era lila y hecho de erizos?

—La primera vez que te vi. Sí.

—Oh, mi Will. —Ella se apartó amablemente de su abrazo, mientras se ponía un mechón de cabello tras la oreja. Sus ojos permanecieron clavados en él—. No puedo imaginarme cómo has conseguido encontrarme, lo difícil que debe de haber sido. Es increíble. Pero... ¿de verdad crees que Mortmain me va a dejar sin vigilancia en una sala con la puerta abierta? —Se dio la vuelta, dio unos cuantos pasos hacia adelante y se detuvo de golpe—. Aquí —dijo, y alzó la mano con los dedos abiertos—. El aire es tan sólido como un muro. Esto es una prisión, Will, y ahora estás dentro conmigo.

Él fue a su lado, sabiendo lo que iba a encontrar. Recordó la resistencia que había notado al cruzar la sala. El aire se ondeó levemente cuando él lo tocó con el dedo, pero era más duro que un lago helado.

—Conozco esta configuración —anunció—. La Clave a veces usa una versión de ella. —Cerró el puño y lo estrelló contra el aire sólido, con fuerza suficiente para magullarse los nudillos—. *Uffern gwasdlyn* —maldijo en galés—. Cruzar todo el maldito país para llegar hasta ti, y ni siquiera puedo hacer esto bien. En cuanto te he visto, en lo único que he pensado ha sido en correr a tu lado. Por el Ángel, Tessa...

—¡Will! —Lo agarró del brazo—. No te atrevas a disculparte. ¿Sabes lo que significa para mí que estés aquí? Es como un milagro, o la intervención del Cielo, porque he estado rezando por ver los rostros de las personas a las que quiero antes de morir. —Habló con franqueza, sin ambages; era una de las cosas que a él siempre le habían gustado de Tessa, que no se ocultaba o disimulaba, sino que decía lo que pensaba sin embellecerlo—. Cuando estaba en la Casa Oscura, no había nadie a quien yo le importara tanto como para buscarme. Cuando me encontraste, fue por casualidad. Pero ahora...

—Ahora nos he condenado a ambos al mismo destino —se lamentó él en un susurro. Sacó una daga del cinturón y apuñaló el muro invisible. La hoja de plata con runas se destrozó; Will tiró la empuñadura y maldijo, en voz baja.

Tessa le puso la mano en el hombro.

—No estamos condenados —afirmó—. Seguro que no has venido solo, Will. Henry, o Jem, nos encontrarán. Desde el otro lado de la pared, nos pueden alimentar. He visto cómo lo hace Mortmain, y...

Will no supo lo que pasó entonces. Su expresión debió de cambiar al oírla mencionar a Jem, porque vio cómo el color abandonaba el rostro de su amada, y le apretaba más el brazo.

—Tessa —dijo él—. Estoy solo.

La palabra «solo» se le quebró, como si pudiera notar la amargura de la pérdida en la lengua y tratara de hablar esquivándola.

—¿Jem? —preguntó Tessa.

Era más que una pregunta. Will no dijo nada; parecía haberse quedado sin voz. Había pensado en sacarla rápidamente de ese sitio antes de hablarle de Jem; se había propuesto decírselo en algún lugar seguro, donde hubiera espacio y tiempo para consolarla. En ese momento supo que había sido un idiota por pensarlo, por imaginar que lo que había perdido no se le notaría en la cara. El poco color que le quedaba desapareció de la piel de Tessa; era como ver una llama parpadear y apagarse.

—No —susurró ella.

—Tessa...

Ella se apartó de él, negando con la cabeza.

—No, no es posible. Lo habría sabido; no es posible.

Él le tendió la mano.

—Tessa...

Ésta había comenzado a temblar violentamente.

—No —insistió—. No, no lo digas. Si no lo dices, no será cierto. No puede ser cierto. No es justo.

—Lo siento —musitó él.

El rostro de Tessa se descompuso, como un dique sometido a una presión excesiva. Cayó de rodillas, y se dobló sobre sí misma. Se rodeó el cuerpo con los brazos. Se sujetaba con fuerza, como si así pudiera evitar hacerse pedazos. Will sintió una nueva oleada de la agonía impotente que había experimentado en el patio del Green Man. ¿Qué había hecho? Había ido ahí a salvarla, pero en vez de salvarla, sólo había conseguido infligirle un espantoso sufrimiento. Era como si de verdad estuviera maldito, como si sólo fuera capaz de proporcionar sufrimiento a los que amaba.

—Lo siento —repitió, poniendo todo su corazón en las palabras—. Lo siento muchísimo. Habría muerto en su lugar si hubiera podido.

Al oír eso, ella alzó la mirada. Will se preparó para ver una acusación en sus ojos, pero no fue así. En vez de eso, Tessa le tendió la mano en silencio. Asombrado y sorprendido, él se la cogió, y ella tiró de él hasta que se quedó de rodillas frente a ella.

El rostro de Tessa estaba manchado de lágrimas, rodeado del cabello alborotado, recortado en oro contra el fuego de la chimenea.

—Yo también —dijo ella—. Oh, Will. Todo esto es culpa mía. Ha tirado su vida por mí. Si hubiera tomado la droga con más mesura; si se hubiera permitido descansar y estar enfermo en vez de fingir buena salud por mí...

—¡No! —Will la cogió por los hombros y la volvió hacia él—. No es culpa tuya. Nadie podía imaginar que era...

Ella negó con la cabeza.

—¿Cómo soportas tenerme cerca? —preguntó desesperada—. Te he arrebatado a tu *parabatai*. Y ahora ambos moriremos aquí. Por mi culpa.

—Tessa —susurró Will, anonadado. No podía recordar la última vez que habían estado en esa posición, la última vez que él había tenido que consolar a alguien con el corazón roto, y realmente se había permitido hacerlo, en vez de obligarse a alejarse. Se sentía tan torpe como de niño, cuando se le caían los cuchillos de las manos, antes de que Jem le enseñara a usarlos. Se aclaró la garganta—. Tessa, ven aquí. —La acercó a sí, hasta que él estuvo sentado en el suelo y ella apoyada en él, con la cabeza sobre su hombro y él pasándole los dedos por el cabello. Will notaba el cuerpo de Tessa temblando contra el de él, pero ella no se apartó. En vez de eso, se aferró a él, como si su presencia realmente la consolara.

Y si él pensó en lo agradable que era tenerla entre sus brazos o en la sensación de su aliento sobre la piel, sólo fue un momento, y pudo fingir que no había pasado en absoluto.

El dolor de Tessa, como una tormenta, se fue extinguiendo lentamente a lo largo de las horas. Lloró, y Will la abrazó sin dejarla ir, excepto por una vez que se levantó y echó más leña al fuego. Regresó en seguida y se sentó junto a ella, ambos apoyaron la espalda en el muro invisible. Ella le tocó el lugar en el hombro donde sus lágrimas le habían traspasado la tela.

—Lo siento —se excusó ella. No podía ni contar la cantidad de veces durante las últimas horas que le había dicho que lo sentía, mientras compartían historias de lo que les había pasado desde su separación en el Instituto. Él le contó su despedida de Jem y Cecily, su cabalgada por el campo, el momento en que se había dado cuenta de que Jem había muerto. Ella le habló de lo que Mortmain le había exigido hacer, de que se había Cambiado en su padre y le había dado la última pieza del rompecabezas que convertía a sus autómatas en un ejército de una fuerza imparable.

—No debes sentirte culpable de nada, Tess —le decía Will en ese momento. Él miraba el fuego, la única luz en la sala. Lo iluminaba con sombras doradas y negras. Las sombras bajo los ojos eran

violeta, el ángulo de sus pómulos y clavículas bien dibujado—. Has sufrido, igual que yo. Ver aquel pueblo destruido...

—Ambos estábamos allí al mismo tiempo —comentó ella, sorprendida—. Si hubiera sabido que estabas cerca...

—Si yo hubiera sabido que tú estabas cerca, habría hecho cargar a *Balios* directamente colina arriba hacia ti.

—Y te habrían matado las criaturas de Mortmain. Era mejor que no lo supieras. —Siguió su mirada hasta el fuego—. Al final me has encontrado, y eso es lo que importa.

—Claro que te he encontrado. Le prometí a Jem que te encontraría —recordó él—. Algunas promesas no pueden romperse.

Respiró rápidamente. Ella lo notó contra el costado: estaba acurrucada contra él; sintió que las manos de él temblaban, de un modo casi imperceptible, al cogerla. Sabía vagamente que no debía permitir que la cogiera así ningún chico que no fuera su hermano o su prometido, pero tanto su hermano como su prometido estaban muertos, y al día siguiente, Mortmain los encontraría y los castigaría. Ante todo eso, no conseguía que le importase demasiado la corrección.

—¿Qué sentido tenía todo ese dolor? —planteó—. Lo amaba mucho, y ni siquiera estuve a su lado cuando murió.

Will le acarició la espalda, suave y rápidamente, como si tuviera miedo de que ella se apartara.

—Yo tampoco estaba —dijo él—. Estaba en el patio de una posada, a medio camino de Gales, cuando lo supe. Lo sentí. Noté cómo se sesgaba el lazo que nos unía. Fue como si unas enormes tijeras me cortaran el corazón por la mitad.

—Will... —comentó Tessa. El dolor del joven era tan palpable..., se mezclaba con el de ella para formar una aguda tristeza, más fácil de sobrellevar por ser compartida, aunque resultaba difícil decidir quién estaba consolando a quién—. Tú siempre fuiste también la mitad de su corazón.

—Yo fui quien le pidió que fuera mi *parabatai* —explicó Will—. Él era reacio. Quería que yo entendiera que me estaba uniendo en lo que debía ser un lazo para toda la vida con alguien que no iba a vivir mucho. Pero yo lo quería, quería ciegamente alguna prueba de que no estaba solo, algún modo de mostrarle que él era mío. Y al final, él me aceptó amablemente, tal como yo quería. Como siempre.

—No digas eso —replicó Tessa—. Jem no era ningún mártir. Ser tu *parabatai* no era ningún castigo para él. Eras como un hermano para él, mejor que un hermano, porque tú le habías elegido. Cuando hablaba de ti, era siempre con lealtad y amor, sin la menor sombra de duda.

—Me enfrenté a él —continuó Will—. Cuando descubrí que había estado tomando más *yin fen* del que debía. Me enfadé mucho. Le acusé de desperdiciar su vida. Me dijo: «Puedo elegir ser todo lo que pueda ser por ella, brillar tanto por ella como desee».

Tessa hizo un ruidito gutural.

—Fue su elección, Tessa. No algo que tú le obligaras a hacer. Nunca había sido tan feliz como cuando estaba contigo. —Will no la miraba a ella, sino al fuego—. A pesar de cualquier cosa que yo te haya dicho, sea lo que sea, me alegro de que pudiera pasar tiempo contigo. Tú también deberías alegrarte.

—No sueñas muy alegre.

Will seguía mirando el fuego. Había tenido el cabello mojado al entrar en la habitación, y se le había secado formando rizos sueltos por la sien y la frente.

—Le decepcioné —prosiguió él—. Él me confió esta misión: seguirte, encontrarte y llevarte a casa sana y salva. Y ahora, fracaso en el último obstáculo. —Finalmente se volvió para mirarla, pero sus ojos azules no veían—. No le habría dejado. Me habría quedado con él si me lo hubiera pedido, hasta que muriese. Habría cumplido mi juramento. Pero él me pidió que fuera a buscarte...

—Entonces, tú sólo has hecho lo que te pidió. No le has decepcionado.

—Pero también era lo que estaba en mi corazón —repuso Will—. No puedo separar el egoísmo del altruismo ahora. Cuando soñaba con salvarte, con la forma en que me mirarías... —Se calló de golpe—. En cualquier caso, mi soberbia ha recibido castigo.

—Pero yo recibo una recompensa. —Tessa le cogió de la mano. Notó sus callos contra su palma. Vio que el pecho le saltaba por la sorpresa—. Porque no estoy sola; te tengo conmigo. Y no debemos perder la esperanza. Aún puede que tengamos una oportunidad de vencer a Mortmain, o de escaparnos sin que lo note. Si alguien puede encontrar la manera de hacerlo, ése eres tú.

Él la miró.

—Eres una maravilla, Tessa Gray —dijo, y las pestañas le ensombrecían los ojos—. Tener tal fe en mí, aunque no he hecho nada para ganármela.

—¿Nada? —Tessa alzó la voz—. ¿Nada para ganártela? Will, me salvaste de las Hermanas Oscuras, me empujaste para salvarme, me has salvado una y otra vez. Eres un buen hombre, uno de los mejores que he conocido.

Will la miró tan anonadado como si le hubiera dado un empujón. Se lamió los secos labios.

—Me gustaría que no dijeras eso —susurró.

Ella se inclinó hacia él. El rostro de Will era sólo sombras, ángulos y planos; Tessa deseó tocarle, recorrerle la curva de la boca, el arco que formaban las pestañas sobre el pómulo. El fuego se reflejaba en sus ojos, puntitos de luz.

—Will —prosiguió—. La primera vez que te vi, pensé que eras como un héroe de novela. Bromeaste diciendo que eras sir Galahad. ¿Lo recuerdas? Y durante mucho tiempo intenté entenderte de esa manera; como si fueras el señor Darcy, o Lancelot, o el pobre miserable Sydney Carton, y eso fue un desastre. Tardé mucho en entender, pero lo hice y lo hago ahora, que no eres un héroe salido de ningún libro.

Will soltó una corta carcajada de incredulidad.

—Es cierto —admitió—. No soy ningún héroe.

—No —concedió Tessa—. Eres una persona, igual que yo. —Él le escrutó el rostro con la mirada, fascinado; ella le entrelazó los dedos y se los apretó—. ¿No lo ves, Will? Eres una persona como yo. Eres como yo. Dices las cosas que yo pienso, pero nunca digo en voz alta. Lees los libros que yo leo. Amas la poesía que yo amo. Me haces reír con tus canciones ridículas y con el modo en que ves la verdad de todo. Siento que puedes ver dentro de mí, y ver todo lo que tengo de raro o poco corriente y acomodar tu corazón a eso, porque eres raro y poco corriente de la misma manera. —Con la mano que sujetaba la de él, le acarició la mejilla—. Somos lo mismo.

Will cerró los ojos; ella notó sus pestañas sobre los dedos. Cuando él habló, su voz era quebrada, aunque la tenía bajo control.

—No digas esas cosas, Tessa. No las digas.

—¿Por qué no?

—Dices que soy un buen hombre —contestó él—. Pero no soy tan buen hombre. Y estoy... estoy catastróficamente enamorado de ti.

—Will...

—Te amo tanto, tantísimo... —continuó él—, y cuando estás tan cerca de mí, me olvido de quién eres. Me olvido de que eres de Jem. Tengo que ser la peor persona del mundo para pensar lo que estoy pensando en este momento. Pero lo estoy pensando.

—Yo amaba a Jem —repuso ella—. Aún lo amo, y él me amaba, pero no soy de nadie, Will. Mi corazón es mío. No está en tu mano controlarlo. No está en mi mano controlarlo.

Will mantenía los ojos cerrados. El pecho le subía y le bajaba con rapidez, y Tessa podía oír los fuertes latidos de su corazón, acelerados bajo la solidez de la caja torácica. Notaba el calor de su cuerpo contra ella, su vida, y pensó en las frías manos de los autómatas sobre ella, y en los ojos aún más fríos de Mortmain. Pensó en lo que ocurriría si ella vivía, Mortmain conseguía lo que quería y ella quedaba atada a él por el resto de su vida, atada a un hombre que no amaba sino que despreciaba.

Pensó en la sensación de sus frías manos sobre ella, y si ésas serían las únicas manos que volverían a tocarla.

—¿Qué crees que va a pasar mañana, Will? —susurró—. Cuando Mortmain nos encuentre. Dímelo sinceramente.

Will le pasó la mano con cuidado, casi sin querer, por el cabello y la apoyó en su nuca. Tessa se preguntó si podría notarle el pulso, respondiendo al de él.

—Creo que Mortmain me matará. O para ser exactos, hará que esas criaturas me maten. Soy un cazador de sombras decente, pero esos autómatas... es imposible detenerlos. Con ellos, las hojas con runas no son mejor que las armas corrientes, y los cuchillos serafines no sirven en absoluto.

—Pero no tienes miedo.

—Hay muchas cosas peores que la muerte —respondió él—. No ser amado y no ser capaz de amar. Y morir luchando como debe hacer un cazador de sombras no es ningún deshonor. Una muerte honrosa; es lo que siempre he querido.

Tessa sintió un escalofrío.

—Quiero dos cosas —afirmó ella, y le sorprendió la firmeza de su propia voz—. Si crees que Mortmain tratará de matarte mañana, entonces quiero tener una arma. Me quitaré el ángel mecánico y lucharé a tu lado, y si morimos, moriremos juntos. Porque yo también deseo una muerte honrosa, como Boadicea.

—Tess...

—Prefiero morir a ser la herramienta del Magíster. Dame una arma, Will.

Tessa notó que él se estremecía a su lado.

—Eso puedo hacerlo —contestó al final, dándose por vencido—. ¿Qué es la segunda cosa?

Ella tragó saliva.

—Quiero besarte una última vez antes de morir.

Él abrió mucho los ojos. Eran azules, azules como el mar y el cielo del sueño en el que él caía alejándose de ella, azules como las flores que Sophie le había puesto en el cabello.

—No...

—... digas nada que no sientas —acabó ella por él—. Lo sé, y no lo hago. Lo digo en serio, Will. Sé que es totalmente inapropiado pedírtelo. Sé que debo de parecer un poco loca. —Bajó la mirada, y luego la alzó de nuevo, reuniendo valor—. Y si tú me dices que puedes morir mañana sin que nuestros labios vuelvan a tocarse, y que no lo lamentarás, entonces dímelo y no te lo pediré, porque sé que no tengo ningún derecho...

Su frase se quedó a medias, porque él la cogió y la estrechó contra sí, y le aplastó los labios con los suyos. Por una fracción de segundo fue casi doloroso, cargado de desesperación y ansia casi descontrolada, y ella notó el sabor a sal, y el calor en la boca, y su aliento. Y entonces él se suavizó, con una fuerza de contención que ella pudo notar por todo el cuerpo, y el roce de labio sobre labio, el juego de lenguas y dientes, cambió de dolor a placer en una fracción de segundo.

En el balcón de la casa Lightwood, él había sido muy cuidadoso, pero no lo era en esos momentos. Le pasó la mano con brusquedad por la espalda, enredándola en el cabello, agarrando la tela suelta en la parte trasera del vestido. La medio alzó de forma que sus cuerpos colisionaran: él estaba pegado a ella, toda la longitud de su cuerpo, duro y frágil al mismo tiempo. Ella inclinó la cabeza hacia un lado mientras él le separaba los labios con los suyos, y ya no estuvieron tanto besándose como devorándose el uno a la otra. Tessa le agarró con ímpetu el cabello, con tanto ímpetu que debió de dolerle, y con los dientes le arañó el labio inferior. Él gimió y la abrazó con más fuerza; ella casi no pudo respirar.

—Will... —susurró; él se puso en pie y la alzó en brazos, sin dejar de besarla. Ella entrelazó sus hombros con los brazos mientras él la llevaba a la cama y la tendía allí. Ella ya estaba descalza; él se quitó las botas a toda prisa y se estiró junto a ella. El entrenamiento que Tessa había recibido incluía cómo quitar trajes de combate, y movió las manos con ligereza y rapidez sobre él, soltando los cierres y desprendiéndoselo como si fuera un caparazón. Él la empujó a un lado impaciente, y se puso de rodillas para sacarse el cinturón de armas.

Ella lo observó, tragando saliva. Si iba a decirle que parara, ése era el momento. Las marcadas manos de Will eran ágiles, desabrochando las hebillas, y cuando se volvió para dejar el cinturón junto a la cama, la camisa, húmeda de sudor y pegada al cuerpo, se le alzó y le mostró a Tessa la curva del estómago, el hueso de la cadera. Ella siempre había pensado que Will era hermoso, sus ojos, sus labios y su rostro, pero nunca había pensado en su cuerpo de ese modo. Pero su forma era encantadora, como los planos y los ángulos del *David* de Miguel Ángel. Tendió la mano para acariciarle, para pasarle los dedos, con tanta suavidad como la seda de la araña, sobre la piel plana y dura del estómago.

La respuesta de Will fue inmediata y sorprendente. Tragó aire y cerró los ojos; se quedó muy quieto. Ella le pasó los dedos por la cintura de los pantalones, con el corazón acelerado, sin saber muy bien qué estaba haciendo; la guiaba un instinto que ella no podía ni identificar ni explicar. Cerró la mano sobre la cintura, el pulgar sobre la cadera, haciéndolo bajar.

Él se puso sobre ella, apoyando los codos uno a cada lado de sus hombros. Sus ojos se encontraron, se quedaron mirándose fijamente; sus cuerpos se tocaban, pero ninguno habló. A Tessa le dolía la garganta: adoración y pena en igual medida.

—Bésame —dijo.

Él descendió lentamente sobre ella, hasta que sus labios se tocaron. Ella se arqueó hacia arriba, deseando encontrar su boca con la suya, pero él se apartó, le rozó la mejilla con la nariz, luego le puso los labios en la comisura de la boca, y después por el mentón y el cuello, produciéndole pequeños escalofríos de atónito placer por todo el cuerpo. Ella siempre había pensado en los brazos, las manos, el cuello, el rostro, como elementos separados; no que su piel era la misma delicada envoltura, y que podía sentir hasta en la planta de los pies un beso en el cuello.

—Will. —Tiró de la camisa, y ésta se abrió, rompiendo los botones. Él sacudió la cabeza para quitársela, todo él una oscura melena revuelta. Sus manos fueron menos seguras con el vestido de Tessa, pero también consiguieron sacárselo por la cabeza, y echarlo a un lado, lo que dejó a Tessa en camisola y corsé. Se quedó inmóvil, impresionada de verse desnuda delante de alguien que no fuera Sophie, y Will lanzó una mirada al corsé que sólo era en parte deseo.

—¿Cómo... —preguntó— se quita eso?

Tessa no pudo evitarlo; a pesar de todo, rió.

—Tiene lazos —mustió—, en la espalda...

Y le guió las manos hasta que se las puso sobre las cuerdas de la prenda. Entonces se estremeció, pero no de frío sino de la intimidad del gesto. Will la levantó contra él, con suavidad, y la besó en el cuello de nuevo, y en el hombro que la camisola dejaba al descubierto; su aliento era leve y cálido contra la piel hasta que ella estuvo respirando con la misma intensidad, y le acariciaba los hombros, los brazos, los costados... Le besó las cicatrices blancas que las Marcas le habían dejado en la piel, enredándose en él hasta que fueron un ardiente lío de miembros, y ella tragaba los jadeos que él respiraba en su boca.

—Tess —susurró Will—. Tess... si quieres parar...

Ella negó con la cabeza en silencio. El fuego en la chimenea casi se había apagado de nuevo. Will era todo ángulos, sombras y piel suave y fuerte contra la de ella. «No».

—¿Quieres esto? —preguntó él con voz ronca.

—Sí —contestó ella—. ¿Y tú?

Le trazó el contorno de la boca con el dedo.

—Por esto me condenaría para siempre. Por esto lo daría todo.

Ella notó un ardor en los ojos, la presión de las lágrimas, y parpadeó con las pestañas mojadas.

—Will...

—*Dw i'n dy garu di am byth* —dijo él—. Te amo. Siempre. —Y le cubrió el cuerpo con el suyo.

A altas horas de la noche o por la mañana, Tessa se despertó. El fuego se había extinguido del todo, pero la cueva estaba iluminada por la peculiar luz de antorcha que parecía encenderse y apagarse sin ningún orden ni concierto.

Se alzó apoyada en un codo. Will estaba dormido junto a ella, encerrado en el inmóvil letargo del agotamiento. Pero parecía estar en paz, más de lo que nunca lo había visto. Su respiración era regular, y las pestañas se le movían levemente en sueños.

Ella se había dormido con la cabeza apoyada en él, el ángel mecánico aún al cuello, apoyado en el hombro de él, justo hacia la izquierda de la clavícula. Al apartarse, el colgante se soltó y Tessa vio, sorprendida, que donde había estado apoyado en la piel de Will había dejado una marca, no mayor que la de una moneda, con la forma de una estrella blanca.

LOS ARTEFACTOS INFERNALES

Igual que autómatas guiados por hilos, las siluetas de secos esqueletos se deslizaban en una lenta cuadrilla, y luego, tomados de la mano, bailaban una majestuosa zarabanda; su risa era un eco claro y agudo.

OSCAR WILDE, «La casa de la ramera»

—Es hermoso —susurró Henry.

Los cazadores de sombras del Instituto de Londres, junto con Magnus Bane, se hallaban formando un amplio círculo en la cripta, mirando una de las desnudas paredes de piedra, o más exactamente, a algo que había aparecido en una de las desnudas paredes de piedra.

Era una arcada, de unos tres metros de alto, y quizá la mitad de ancho. No estaba tallada en la piedra, sino que estaba hecha de runas resplandecientes que se entrelazaban unas con otras como las viñas de un emparrado. La runas no eran del *Libro Gris*, Gabriel las habría reconocido de haber sido así, sino runas que no había visto nunca antes. Tenían el aspecto extranjero de otro idioma; sin embargo, cada una era distinta y hermosa, y susurraba una bella canción de viajes y espacios, de un espacio oscuro rodante, y de la distancia entre los mundos.

Brillaban verdes en la oscuridad, pálidas y ácidas. En el espacio interior cerrado por las runas, la pared no era visible, sólo oscuridad, impenetrable, como un gran pozo oscuro.

—Es realmente asombroso —exclamó Magnus.

Todos excepto el brujo iban vestidos con los trajes de combate y cargados de armas; la espada favorita de Gabriel, larga y de doble filo, le colgaba a la espalda, y estaba ansioso por poner la mano enguantada en su empuñadura. Aunque le gustaban el arco y las flechas, había sido entrenado en el uso del mandoble por un instructor que podía trazar la línea de sus maestros hasta Lichteneauer, y Gabriel consideraba el mandoble su especialidad. Además, un arco y flechas serían de mucha menos utilidad contra los autómatas que una arma que pudiera cortarlos en sus partes componentes.

—Todo gracias a ti, Magnus —dijo Henry. Estaba radiante, o, pensó Gabriel, quizá fuera el reflejo de las runas en su rostro.

—En absoluto —repuso el licántropo—. De no ser por tu genio, esto nunca se habría creado.

—Aunque disfruto con este intercambio de halagos —bromeó Gabriel, al ver que Henry estaba a punto de responder—, quedan unas cuantas cuestiones, muy importantes, sobre este invento.

Henry lo miró como si no lo comprendiera.

—¿Como cuáles?

—Creo, Henry, que está preguntando si esta... puerta... —comenzó Charlotte.

—La hemos llamado Portal —explicó Henry. Que la palabra iba con mayúscula quedaba claro por su tono.

—... si funciona —concluyó Charlotte—. ¿La habéis probado?

El inventor pareció abatido.

—Bueno, no. No ha habido tiempo. Pero te aseguro que nuestros cálculos han sido perfectos.

Todos, menos Henry y Magnus, miraron el Portal con una nueva alarma.

—Henry... —comenzó Charlotte.

—Bueno, creo que Henry y Magnus deben ir primero —propuso Gabriel—. Ellos han inventado esta maldita cosa.

Todos se volvieron hacia él.

—Es como si hubiera reemplazado a Will —observó Gideon, alzando las cejas—. Dicen las mismas cosas.

—¡No soy como Will! —saltó Gabriel.

—Espero que no —repuso Cecily, aunque tan bajo que Gabriel dudó de que la hubiera oído nadie más que él.

Cecily estaba especialmente bonita ese día, aunque él no tenía ni idea de por qué. Iba vestida con el mismo sencillo traje negro de combate que Charlotte; el cabello recogido y asegurado recatadamente en la nuca, y el colgante de rubí relucíendole sobre la piel del cuello. Sin embargo, Gabriel se recordó con firmeza, ya que lo más seguro era que estuvieran a punto de dirigirse todos ellos a un peligro mortal, que cavilar acerca de si Cecily era bonita no tenía que ser su principal pensamiento. Se ordenó parar inmediatamente.

—No me parezco en nada a Will Herondale —insistió Gabriel.

—Estoy totalmente dispuesto a ir primero —aseguró Magnus, con el aire de sufrimiento de un maestro en una aula llena de alumnos revoltosos—. Necesito unas cuantas cosas. Esperamos que Tessa esté allí; Will también. Me gustaría algún equipo y armas extras para llevar allí. Planeo, claro, esperaros en el otro lado, pero si hubiera alguna... novedad inesperada, siempre va bien ir preparado.

Charlotte asintió.

—Sí... claro. —Bajó la vista durante un momento—. No puedo creer que nadie haya venido a ayudarnos. Pensé que, después de mi carta, al menos unos cuantos... —Se interrumpió y tragó saliva, luego alzó la barbilla—. Déjame que llame a Sophie. Ella puede prepararte lo que necesitas, Magnus. Y Cyril, Bridget y ella van a reunirse con nosotros en breve. —Desapareció por la escalera. Henry se la quedó mirando con preocupado cariño.

Gabriel no podía culparle. Evidentemente, era un fuerte golpe para ella que nadie hubiera respondido a su llamada y hubiera llegado para ayudarlos, aunque él le podría haber dicho que no lo harían. La gente era intrínsecamente egoísta, y muchos odiaban ya la idea de que una mujer dirigiera el Instituto. No se arriesgarían por ella. Hacía sólo unas pocas semanas, él mismo habría dicho eso. En esos momentos, conociendo a Charlotte, se dio cuenta, sorprendido, de que la idea de arriesgarse por ella parecía un honor, como sería para muchos ingleses arriesgarse por la reina.

—¿Y cómo funciona el Portal? —preguntó Cecily, mientras observaba, con su castaña cabeza inclinada hacia un lado, la reluciente arcada como si fuera un cuadro en un museo.

—Te transportará al instante de un lugar a otro —contestó Henry—. Pero el truco es... bueno, esa parte es magia. —Dijo la palabra con un ligero nerviosismo.

—Necesitas estar visualizando el lugar al que quieres ir —explicó Magnus—. No servirá para llevarte a un lugar en el que nunca has estado y no puedes imaginar. En este caso, para llegar a Cadair Idris, vamos a necesitar a Cecily. Cecily, ¿cómo de cerca de Cadair Idris crees que nos puedes llevar?

—A la misma cima —respondió la chica con seguridad—. Hay varios senderos que llevan a lo alto de la montaña, y he recorrido dos de ellos con mi padre. Puedo recordar la cima de la montaña.

—¡Excelente! —celebró Henry—. Cecily, te pondrás delante del Portal y visualizarás nuestro lugar de destino...

—Pero no va a ir primero, ¿verdad? —inquirió Gabriel. En cuanto acabó de decirlo, se sorprendió. No había querido hacerlo. «Ah, bueno, de perdidos, al río», pensó—. Quiero decir, ella es la que tiene menos entrenamiento de todos; no sería seguro.

—Puedo cruzar la primera —repuso Cecily, que no parecía agradecer en absoluto el apoyo de Gabriel—. No veo ninguna razón para no...

—¡Henry! —gritó Charlotte, reapareciendo al pie de la escalera. Tras ella estaban los criados del Instituto, todos con trajes de entrenamiento; Bridget, como si fuera a dar un paseo matutino; Cyril, preparado y decidido, y Sophie, cargando con una gran bolsa de cuero.

Tras ellos había tres hombres más. Hombres altos, con túnicas de pergamino, que se movían de un modo muy peculiar, como si se deslizaran.

Hermanos Silenciosos.

Sin embargo, a diferencia de cualquier otro Hermano Silencioso que Gabriel hubiera visto antes, éstos iban armados. Alrededor de la cintura, sobre los hábitos, llevaban atados cinturones de armas, y de ellos colgaban largas espadas curvas, las empuñaduras hechas de reluciente *adamás*, el mismo material que se empleaba para las estelas y los cuchillos serafines.

Henry apartó la mirada, perplejo, y luego como culpable, del Portal y miró a los Hermanos. Su rostro pálido palideció.

—Hermano Enoch —exclamó—. Yo...

¡*Cálmate!* La voz del Hermano Silencioso resonó en la cabeza de todos. *No hemos venido a advertirte de cualquier posible quebrantamiento de la Ley, Henry Branwell. Hemos venido a luchar con vosotros.*

—¿A luchar con nosotros? —Gideon parecía asombrado—. Pero los Hermanos Silenciosos no... quiero decir, no son guerreros...

Eso no es correcto. Fuimos cazadores de sombras y cazadores de sombras seremos, incluso Cambiados para devenir Hermanos. Nos fundó el propio Jonathan Cazador de Sombras, y aunque vivimos por el libro, podemos morir por la espada si tal elegimos.

Charlotte sonreía radiante.

—Se han enterado de mi mensaje —dijo—. Han venido. El hermano Enoch, el hermano Micah y el hermano Zachariah.

Los dos Hermanos detrás de Enoch inclinaron la cabeza en silencio. Gabriel contuvo un estremecimiento. Los Hermanos Silenciosos siempre le habían resultado muy inquietantes, aunque sabía que eran una parte integral de la vida de los cazadores de sombras.

—El hermano Enoch también me ha explicado por qué no ha venido nadie más —dijo Charlotte, y la sonrisa se le borró del rostro—. El cónsul Wayland ha convocado una reunión del Consejo esta mañana, aunque no nos ha dicho nada. La asistencia de todos los cazadores de sombras era obligada por la Ley.

Henry soltó un siseo entre dientes.

—Ese m... mal hombre —replicó, con una rápida mirada a Cecily, que puso los ojos en blanco—. ¿Sobre qué es la reunión del Consejo?

—Para reemplazarnos como directores del Instituto —contestó Charlotte—. Aún cree que Mortmain va a atacar Londres, y que aquí se necesita un líder fuerte para luchar contra el ejército mecánico.

—¡Señora Branwell! —Sophie, que estaba entregando a Magnus la bolsa que llevaba, casi la dejó caer—. ¡No pueden hacer eso!

—Oh, sí que pueden —repuso Charlotte. Miró alrededor a los rostros de todos, y alzó la barbilla. En ese momento, a pesar de su tamaño, Gabriel pensó que parecía más alta que el Cónsul—. Todos sabíamos que esto iba a llegar —continuó—. No importa. Somos cazadores de sombras, y nuestro deber es hacia los demás y hacia lo que creemos correcto. Creemos a Will y creemos en Will. La fe nos ha llevado hasta aquí; nos llevará aún un poco más lejos. El Ángel nos protege, y saldremos victoriosos.

Todos guardaron silencio. Gabriel miró los rostros de sus compañeros: decisión en todos, e incluso Magnus parecía, si no conmovido o convencido, al menos considerado y respetuoso.

—Charlotte —dijo Gabriel finalmente—. Si el cónsul Wayland no te considera una líder es que es un imbécil.

Charlotte inclinó la cabeza hacia él.

—Gracias —repuso—. Pero no debemos perder más tiempo; tenemos que irnos, y rápido, porque este asunto no puede esperar más.

Henry miró durante un momento a su esposa, y luego a Cecily.

—¿Estás preparada?

La hermana de Will asintió y se puso delante del Portal. La radiante luz de éste proyectó las sombras de las desconocidas runas sobre su decidido rostro.

—Visualiza —indicó Magnus—. Imagínate tanto como puedas que estás mirando la cima de Cadair Idris.

La chica apretó los puños en los costados. Mientras miraba fijamente, el Portal comenzó a moverse y las runas a ondear y a cambiar. La oscuridad del interior de la arcada se iluminó. De repente, Gabriel ya

no vio sombras. Estaba mirando el dibujo de un paisaje que podría haber estado pintado dentro del Portal: la verde curva de la cima de una montaña, un lago tan azul y profundo como el cielo.

Cecily ahogó un grito y, entonces, sin que indicaran nada, avanzó y se desvaneció al pasar a través de la arcada. Fue como ver borrarse un dibujo. Primero le desaparecieron las manos dentro del Portal, luego los brazos extendidos y finalmente el cuerpo.

Y ya no estaba.

Charlotte lanzó un gritito.

—¡Henry!

Gabriel notó un pitido en los oídos. Oyó al inventor tranquilizar a su esposa, diciéndole que era así como debía funcionar el Portal, que nada extraño había pasado, pero era como una canción que sonara en otra sala, las palabras a un ritmo sin sentido. Lo único que sabía era que Cecily, más valiente que todos ellos, había atravesado la desconocida puerta y había desaparecido. Y él no podía dejarla ir sola.

Avanzó. Oyó a su hermano llamarle, pero no le hizo caso; lo apartó, llegó ante el Portal y lo cruzó.

Durante un momento sólo hubo negrura. Luego una enorme mano pareció salir de la oscuridad y agarrarle, y fue arrastrado dentro del negro torbellino.

La sala del Consejo estaba llena de gente gritando.

Sobre el estrado del centro se hallaba el cónsul Wayland, mirando a la ruidosa muchedumbre con una expresión de furiosa impaciencia en el rostro. Sus negros ojos recorrían a los cazadores de sombras congregados ante él: George Penhallow estaba enzarzado en una pelea a gritos con Sora Kadou, del Instituto de Tokio. Vijay Malhotras le clavaba un delgado dedo en el pecho a Japheth Pangborn, que esos días inusualmente había dejado su mansión en el campo de Idris, y que se había puesto tan rojo como un tomate ante toda esa indignidad. Dos de los Blackwell habían arrinconado a Amalia Morgenstern, que les replicaba en alemán. Aloysius Starkweather, vestido de negro, estaba junto a uno de los bancos de madera, sus enjutas extremidades casi dobladas hasta las orejas mientras miraba fijamente al podio con penetrantes ojos viejos.

El Inquisidor, junto al cónsul Wayland, golpeó el suelo con su bastón de madera con fuerza suficiente para romperlo.

—¡YA BASTA! —rugió—. Todos vais a guardar silencio, y lo vais a guardar ya. ¡SENTAOS!

Una oleada de sorpresa recorrió la sala, y ante el evidente pasmo del Cónsul, todos se sentaron. No en silencio, pero se sentaron, al menos los que tenían sitio para hacerlo. La cámara estaba llena a rebosar; tantos cazadores de sombras raramente aparecían en una reunión. Había representantes de todos los Institutos: Nueva York, Bangkok, Ginebra, Bombay, Kioto, Buenos Aires. Sólo los cazadores de sombras de Londres, Charlotte Branwell y su séquito, estaban ausentes.

Al final, únicamente Aloysius Starkweather permaneció en pie, con la vieja capa batiéndose ante él como las alas de un cuervo.

—¿Dónde está Charlotte Branwell? —exigió saber—. El mensaje que enviasteis daba a entender que ella estaría aquí para explicar el contenido de su mensaje al Consejo.

—Yo explicaré el contenido de su mensaje —dijo el Cónsul con los dientes apretados.

—Yo preferiría oírlo de ella —intervino Malhotra, mientras miraba al Cónsul y luego al Inquisidor con sus penetrantes ojos negros. El inquisidor Whitelaw parecía demacrado, como si últimamente hubiera pasado muchas noches en vela; la boca se le tensaba en las comisuras.

—Charlotte Branwell ha tenido una reacción exagerada —afirmó el Cónsul—. Asumo toda la responsabilidad por haberla puesto al mando del Instituto de Londres. Nunca debería haberlo hecho. Ya ha sido cesada de su cargo.

—He tenido la ocasión de reunirme y hablar con la señora Branwell —expuso Starkweather con su cerrado tono de Yorkshire—. No me parece alguien que exagere con facilidad.

El Cónsul pareció recordar por qué se había alegrado tanto de que Starkweather hubiera dejado de asistir a las reuniones.

—Está delicada —replicó el Cónsul con voz tensa—. Y creo que ha resultado... sobrepasada.

Charla y confusión. El Inquisidor miró a Wayland con disgusto. El Cónsul le devolvió la mirada con otra semejante. Era evidente que ambos hombres habían estado discutiendo. El Cónsul estaba rojo de rabia, y la mirada que le lanzó al Inquisidor estaba cargada de traición. Resultaba obvio que Whitelaw no estaba de acuerdo con las palabras del Cónsul.

Una mujer se puso en pie entre los atestados bancos. Tenía el cabello blanco, recogido en alto sobre la cabeza, y una pose imperiosa. El Cónsul parecía estar gruñendo por dentro. Callida Fairchild, la tía de Charlotte Branwell.

—Si estás sugiriendo —dijo la mujer en un tono glacial— que mi sobrina está tomando decisiones histéricas e irracionales porque está embarazada de uno de la siguiente generación de cazadores de sombras, Cónsul, te aconsejo que lo pienses de nuevo.

Éste rechinó los dientes.

—No hay ninguna prueba de que la afirmación de Charlotte Branwell de que Mortmain se halla en Gales contenga alguna verdad —se defendió el Cónsul—. Todo surge de los informes de Will Herondale, que no sólo es un niño, sino un irresponsable al que habría que castigar. Todas las pruebas, incluyendo los diarios de Benedict Lightwood, apuntan a un ataque en Londres, y ahí es donde debemos concentrar nuestras fuerzas.

Un murmullo recorrió la sala, con las palabras «ataque en Londres» repetidas una y otra vez. Amalia Morgenstern se abanicó con un pañuelo de encaje, mientras que Lilian Highsmith, que acariciaba el mango de una daga que le sobresalía de un guante, parecía encantada.

—Pruebas —repuso Callida—. La palabra de mi sobrina es prueba suficiente...

Otro murmullo, y una joven se puso en pie. Llevaba un brillante vestido verde y mostraba una expresión desafiante. La última vez que el Cónsul la había visto, había sido sollozando en esa misma sala, pidiendo justicia. Tatiana Blackthorn, Lightwood de soltera.

—¡El Cónsul tiene razón sobre Charlotte Branwell! —exclamó—. ¡Charlotte Branwell y Will Herondale son la razón por la que mi esposo está muerto!

—¡Oh! —Era el Inquisidor Whitelaw, en un tono cargado de sarcasmo—. ¿Y quién mató exactamente a su esposo? ¿Fue Will?

Hubo un murmullo de perplejidad. Tatiana parecía indignada.

—No fue culpa de mi padre...

—Al contrario —la interrumpió el Inquisidor—. Esto se había mantenido en secreto, señora Blackthorn, pero me obliga a desvelarlo. Abrimos una investigación sobre la muerte de su esposo, y se determinó que fue su padre el culpable, y del modo más grave. De no ser por los actos de sus hermanos, y de William Herondale y Charlotte Branwell, junto con los demás del Instituto de Londres, el nombre de Lightwood habría sido borrado de los registros de los cazadores de sombras y usted viviría el resto de su vida como una mundana sin amigos.

Tatiana se puso roja como un tomate y apretó los puños.

—William Herondale ha... me ha insultado de un modo imperdonable en una dama...

—No veo por qué eso está relacionado con el tema que nos ocupa —observó el Inquisidor—. Se puede ser grosero en la vida personal, pero también correcto cuando se trata de asuntos más amplios.

—¡Usted se quedó con mi casa! —gritó Tatiana—. Me veo obligada a confiar en la generosidad de la familia de mi esposo como una pordiosera hambrienta...

Los ojos de Whitelaw brillaban tanto como las piedras de sus anillos.

—Su casa fue confiscada, señora Blackthorn, no robada. Registramos la casa familiar de los Lightwood —continuó, alzando la voz—. Estaba plagada de pruebas de la conexión del señor Lightwood padre con Mortmain, diarios detallando actos viles, sucios e indecibles. El Cónsul cita los diarios de ese hombre como prueba de que habrá un ataque en Londres, pero para cuando Benedict Lightwood murió, estaba loco por la viruela demoníaca. No resulta probable que el Magíster le hubiera confiado sus auténticos planes, incluso si hubiera estado cuerdo.

El cónsul Wayland le interrumpió, con una expresión casi de desesperación.

—El asunto de Benedict Lightwood está cerrado y resulta irrelevante. ¡Estamos aquí para discutir el asunto de Mortmain y el Instituto! Primero, como Charlotte Branwell ha sido destituida de su cargo y la situación a la que nos enfrentamos se centra sobre todo en Londres, es necesario designar un nuevo líder del Enclave de Londres. Dejo la puerta abierta a sugerencias. ¿Alguien desea presentarse para ocupar el cargo?

Hubo susurros y movimientos. George Penhallow había comenzado a levantarse cuando el Inquisidor estalló furioso:

—Esto es ridículo, Josiah. No existe aún ninguna prueba de que Mortmain no esté donde dice Charlotte. Ni siquiera hemos empezado a hablar de enviar refuerzos tras ella...

—¿Tras ella? ¿Qué quieres decir con «tras ella»?

El Inquisidor señaló a la gente dibujando un arco con el brazo.

—No está aquí. ¿Dónde crees que están los habitantes del Instituto de Londres? Han ido a Cadair Idris, detrás del Magíster. Y, sin embargo, en vez de discutir si debemos ayudarles, ¿convocamos una reunión para hablar del reemplazo de Charlotte?

El Cónsul perdió los nervios.

—¡No habrá ayuda! —bramó—. Nunca habrá ayuda para los que...

Pero el Consejo nunca supo quién estaba destinado a no tener ayuda, porque en ese momento, una hoja de acero, letalmente afilada, cortó el aire detrás del Cónsul y le separó limpiamente la cabeza del cuerpo. El Inquisidor saltó hacia atrás, y cogió su bastón mientras la sangre le salpicaba; el cadáver del Cónsul cayó al suelo en dos partes: el cuerpo se desplomó sobre el suelo manchando de sangre el estrado, mientras que la cabeza cortada rodaba como una pelota. Al caer, dejó ver tras de sí a un autómata, tan descarnado como un esqueleto humano, vestido con los raídos restos de una túnica militar roja. Sonrió como una calavera mientras apartaba su espada empapada en sangre, y miraba a la silenciosa y anonadada multitud de cazadores de sombras.

El único otro sonido en la sala partió de Aloysius Starkweather, que estaba riendo, continua y suavemente, al parecer para sí.

—Ella os lo dijo —resolló—. Ella os dijo que esto pasaría...

Un instante después, el autómata había avanzado, su garra directa hacia el cuello de Aloysius. La sangre manó del cuello del anciano mientras la criatura lo alzaba del suelo, aún sonriendo. Los cazadores de sombras comenzaron a gritar, y entonces las puertas se abrieron y una riada de criaturas mecánicas inundó la estancia.

—Bueno —dijo una voz muy animada—. Esto sí que es inesperado.

Tessa se sentó al instante, tapándose con la pesada colcha. A su lado, Will se despertó, se alzó sobre los hombros y abrió los ojos lentamente.

—¿Qué...?

La habitación estaba muy iluminada. Las antorchas ardían con toda su intensidad, y era como si la luz del día hubiera entrado. Tessa vio el desorden que habían dejado por la habitación: su ropa estaba esparcida por el suelo y la cama, la alfombra delante de la chimenea estaba hecha un boñigo, y ellos se encontraban entre la revuelta ropa de cama. Al otro lado de la pared invisible se hallaba un conocido vestido en un elegante traje, con el pulgar colgado de la cintura de los pantalones. Sus ojos de gato brillaban de regocijo.

Magnus Bane.

—Quizá queráis levantaros —dijo el brujo—. Todos estarán aquí muy pronto para rescataros, y tal vez preferiréis estar vestidos cuando lleguen. —Se encogió de hombros—. Yo lo prefería, pero claro, ya se sabe que soy muy tímido.

Will soltó una palabrota en galés. Ya estaba sentado, con la sábana por la cintura, y había hecho todo lo posible para escurar a Tessa de la mirada de Magnus. Iba sin camisa, por supuesto, y bajo la brillante luz Tessa vio dónde el bronceado de las manos y el rostro se fundían con la palidez del pecho y los

hombros. La marca blanca en forma de estrella del hombro le brillaba bajo la luz, y Tessa vio que Magnus dirigía la mirada hacia ella y entrecerraba los ojos.

—Interesante —comentó.

Will hizo un incoherente sonido de protesta.

—¿Interesante? Por el Ángel, Magnus...

El brujo le lanzó una mirada irónica. Había algo en ella... algo que hizo que Tessa pensara que él sabía algo que ellos no.

—Si yo fuera otro, tendría muchísimo que decir en este momento —les hizo saber.

—Aprecio tu discreción.

—Pronto no lo harás —replicó Magnus, cortante. Luego alzó la mano como si fuera a llamar a una puerta y dio unos golpecitos a la pared invisible que había entre ellos. Fue como ver a alguien meter la mano en el agua; se formaron ondas que se propagaron desde el punto en el que Magnus lo había tocado, y de repente la pared se deslizó y desapareció, en medio de una lluvia de chispas azules.

—Tomad —dijo el brujo, y lanzó una bolsa de cuero atada al pie de la cama—. He traído equipo. He pensado que podríais necesitar algo de ropa, pero no sabía que la ibais a necesitar tanto.

Tessa lo miró fijamente por encima del hombro de Will.

—¿Cómo nos ha encontrado? ¿Cómo sabía... quiénes de los otros están con usted? ¿Se encuentran bien?

—Sí. Unos cuantos están aquí, corriendo por este lugar, buscándote. Y ahora, vestíos —les ordenó, y se puso de espaldas para darles intimidación. Tessa, avergonzada, cogió el saco, rebuscó en él hasta encontrar su traje de combate y luego se puso en pie envuelta en la sábana y corrió detrás de un biombo chino que se hallaba en un rincón de la habitación.

No miró a Will; no se atrevía. ¿Cómo podía mirarle sin pensar en lo que habían hecho? Se preguntó si él estaría horrorizado; si no podría creer que ambos hubieran hecho eso después de que Jem...

Tiró del traje con rabia. Dio gracias porque el traje de combate, a diferencia de los vestidos, se pudiera colocar sobre el cuerpo sin la ayuda de nadie. A través del biombo, oyó a Magnus explicar a Will que Henry y él habían conseguido, por medio de una combinación de magia e invención, crear un Portal que los transportara de Londres a Cadair Idris. Tessa sólo podía distinguir las siluetas, pero vio a Will asentir aliviado mientras el hombre le decía quién había llegado con él: Henry, Charlotte, los hermanos Lightwood, Cecily, Cyril, Sophie, Bridget y un grupo de Hermanos Silenciosos.

Al oír mencionar a su hermana, Will comenzó a apresurarse más con la ropa, y cuando Tessa salió de detrás del biombo, él ya estaba totalmente vestido con el traje de combate, las botas atadas y las manos agarrando el cinturón de armas. Al verla, Will esbozó una insegura sonrisa.

—Los otros se han repartido por los túneles para buscarte —explicó Magnus—. Se supone que debíamos buscar durante media hora y luego reunirnos en la cámara central. Os doy un momento para... serenaros. —Sonrió burlón, y señaló la puerta—. Estaré en el pasillo.

En cuanto ésta se cerró, Tessa estuvo en brazos de Will, rodeándole el cuello con las manos.

—Oh, por el Ángel —exclamó—. Esto ha sido de lo más bochornoso.

El chico le pasó las manos por el cabello y la besó; le besó en los párpados, las mejillas y luego en la boca, con rapidez, pero con fervor y concentración, como si no hubiera nada más importante.

—Escúchate —dijo—. Has dicho «por el Ángel». Como un cazador de sombras. —La besó en la comisura de la boca—. Te amo. Dios, te amo.

Ella le puso las manos sobre la cintura, sujetándolo, el material del traje áspero bajo los dedos.

—Will —preguntó vacilante—. ¿No lo... lamentas?

—¿Lamentarlo? —La miró sin creerla—. *Nage ddim*... Estás loca si crees que puedo lamentarlo. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Hay tanto, tanto más que quiero decirte...

—No —bromeó ella—. ¿Cómo? ¿Will Herondale tiene algo más que decir?

Él no le hizo caso.

—Pero ahora no es el momento; no con Mortmain a dos pasos, seguramente, y Magnus al otro lado de la puerta. Ahora es el momento de acabar con esto. Pero cuando se acabe, Tess, te diré todo lo que siempre he querido decirte. Pero por ahora... —La besó en la sien y la soltó mirándola fijamente—. Necesito saber que me crees cuando digo que te amo. Eso es todo.

—Creo todo lo que dices —respondió Tessa sonriendo, mientras bajaba las manos de su cintura hasta el cinturón de armas. Cerró la mano sobre el mango de una daga, y la sacó del cinturón, sonriendo mientras él la miraba sorprendido—. Después de todo —añadió ella—, no mentías sobre ese tatuaje del dragón de Gales, ¿verdad?

La sala recordó a Cecily el interior de la cúpula de Saint Paul, que Will le había llevado a visitar en uno de sus días menos desagradables, después de su llegada a Londres. Era el edificio más grande en el que había estado. Habían probado el eco de sus voces en el interior de la Galería de los Susurros y habían leído la inscripción dejada por Christopher Wren: «*Si monumentum requiris, circumspice*». «Si buscas un monumento, mira alrededor».

Will le había explicado lo que significaba: que Wren prefería ser recordado por las obras que había construido en vez de por cualquier lápida. Toda la catedral era un monumento a su arte, como, en cierto sentido, todo el laberinto bajo la montaña, y esa estancia en particular, era un monumento al de Mortmain.

Ahí también había una cúpula, aunque no ventanas, sólo un agujero en la piedra hacia arriba. Una galería circular rodeaba la parte superior de dicha cúpula, y en ella había una plataforma, desde la que, seguramente, se podía estar de pie y mirar al suelo, que era de piedra lisa.

Ahí también había una inscripción en la pared. Cuatro frases, grabadas en la pared de destellante cuarzo:

LOS ARTEFACTOS INFERNALES CARECEN DE PIEDAD.
LOS ARTEFACTOS INFERNALES CARECEN DE REMORDIMIENTOS.
LOS ARTEFACTOS INFERNALES CARECEN DE NÚMERO.
LOS ARTEFACTOS INFERNALES NUNCA DEJARÁN DE LLEGAR.

Sobre el suelo de piedra, alineados en filas, había cientos de autómatas. Iban vestidos con una mezcla de uniformes militares y estaban totalmente inmóviles. Soldaditos de plomo, pensó Cecily, ampliados a tamaño humano. Los Artefactos Infernales. La gran creación de Mortmain, un ejército creado para ser imparable, para asesinar a los cazadores de sombras y seguir adelante sin remordimiento.

Sophie había sido la primera en descubrir esa sala; había gritado, y los otros habían corrido para averiguar por qué. La habían encontrado de pie, temblando, en medio de la inmóvil masa de criaturas de relojería. Uno de ellos estaba tirado a sus pies; ella le había cortado las piernas con un tajo de la espada, y el artefacto se había desplomado como un títere al que le hubieran cortado las cuerdas. Los demás no se habían movido ni despertado a pesar del destino de su semejante, lo que había dado a los cazadores de sombras la osadía de avanzar entre ellos.

Henry estaba de rodillas, junto a la carcasa de uno de los inmóviles autómatas; le había rajado el uniforme y abierto el pecho de metal, y estudiaba lo que había en el interior. Los Hermanos Silenciosos estaban junto a él, al igual que Charlotte, Sophie y Bridget. Gideon y Gabriel habían regresado también, y su exploración no había dado ningún fruto. Sólo faltaban por regresar Cyril y Magnus. Cecily no podía controlar su creciente inquietud, no por la presencia de los autómatas, sino por la ausencia de su hermano. Nadie había dado con él aún. ¿Podría ser que no estuviera ahí para encontrarlo? Sin embargo, no dijo nada. Se había prometido a sí misma que, como cazadora de sombras, no se quejaría, ni gritaría, pasara lo que pasase.

—Mirad esto —murmuró Henry. Dentro del pecho de la criatura mecánica había un lío de cables y lo que a Cecily le pareció una caja de metal, de las que podrían contener tabaco. Grabado en el exterior de la caja podía verse el símbolo de la serpiente comiéndose la cola—. El uróboro. El símbolo de la contención de las energías demoníacas.

—Como en la Pyxis —asintió Charlotte.

—Que Mortmain nos robó —confirmó Henry—. Me preocupaba que fuera esto lo que Mortmain estaba intentando.

—¿Qué era lo que estaba intentando? —preguntó Gabriel. Estaba sonrojado y los ojos verdes le brillaban. Bendito fuera, pensó Cecily, por preguntar siempre justo lo que ella tenía en la cabeza.

—Animar a los autómatas —contestó Henry, despistado mientras iba a coger la caja—. Darles conciencia, incluso voluntad...

Calló cuando, al tocar la caja con los dedos, ésta despidió una intensa luz. Luz, como la iluminación de una piedra de luz mágica, que salía del recipiente a través del uróboro. Henry se echó hacia atrás con un grito, pero era demasiado tarde. El autómata se sentó, veloz como un rayo, y lo cogió. Charlotte chilló y se lanzó hacia adelante, pero no fue lo suficientemente rápida. El autómata, con el pecho todavía colgándole grotescamente, cogió al inventor por debajo los brazos y lo sacudió como si su cuerpo fuera un látigo.

Se oyó un horrible ruido de algo al quebrarse, y Henry se quedó inmóvil. El autómata lo tiró a un lado, se volvió y golpeó brutalmente a Charlotte en la cara. Ésta se desplomó junto a su esposo mientras la criatura mecánica daba un paso adelante y agarraba al hermano Micah. El Hermano Silencioso le golpeó la mano con el bastón, pero el autómata ni pareció notarlo. Con un ruido de maquinaria que parecía una risa, extendió la mano y le abrió el cuello al Hermano Silencioso.

La sangre salió disparada por la sala, y Cecily hizo exactamente lo que se había prometido que no haría: gritó.

ORO ARDIENTE

¡Dadme mi arco de oro ardiente!
 ¡Dadme mis flechas de deseo!
 ¡Traed mi lanza! ¡Abrios, oh nubes!
 ¡Traedme mi carro de llamas!
 WILLIAM BLAKE, «Jerusalén»

El entrenamiento de Tessa en el Instituto nunca había tratado de lo difícil que era correr con una arma colgando al costado. Con cada paso que daba, la daga le golpeaba la pierna y la punta le rascaba la piel. Sabía que debía de estar enfundada, y seguramente lo estaba en el cinturón de Will, pero ya no servía de nada pensarlo. Will y Magnus corrían a la par por los rocosos pasadizos del interior de Cadair Idris, y ella estaba haciendo todo lo que podía para mantenerse con ellos.

Era Magnus quien guiaba, porque parecía tener mejor idea de adónde se dirigían. Tessa no había ido a ningún lado entre el gran número de retorcidos corredores sin los ojos tapados, y Will admitía recordar poco de su solitario viaje de la noche anterior.

Los túneles se estrechaban y ensanchaban al azar mientras los tres corrían por el laberinto, sin orden ni concierto aparente. Al final, cuando entraron en un túnel más ancho, oyeron algo: el sonido de un distante grito de horror.

Magnus se tensó. Will alzó la cabeza de golpe.

—¡Cecily! —exclamó, y comenzó a correr el doble de rápido que antes, tanto con Magnus como con Tessa tratando de no quedarse atrás. Pasaron por extrañas estancias: una cuya puerta parecía manchada de sangre, otra que Tessa reconoció como la sala con el escritorio donde Mortmain la había obligado a Cambiar, y otra donde una gran celosía de metal y cobre se agitaba bajo un viento invisible. Mientras corrían, el ruido de gritos y lucha se fue haciendo más fuerte, hasta que finalmente salieron a una enorme cámara circular.

Estaba llena de autómatas. Filas y filas de autómatas, tantos como habían inundado el pueblo la noche antes mientras Tessa los observaba impotente. La mayoría estaban inmóviles, pero un grupo de ellos, en el centro de la estancia, se movían; se movían y estaban enzarzados en una feroz batalla. Era como ver de nuevo lo que había pasado junto a la escalera del Instituto el día que la habían raptado: los hermanos Lightwood luchando juntos, Cecily blandiendo un brillante cuchillo serafín, el cuerpo de un Hermano Silencioso caído en el suelo... Tessa captó vagamente que había otros dos Hermanos Silenciosos luchando junto a los cazadores de sombras, anónimos bajo sus túnicas de pergamino con capucha. Pero su atención no fue hacia ellos, sino hacia Henry, que yacía inmóvil en el suelo. Charlotte, de rodillas, lo rodeaba con los brazos como si pudiera protegerlo del combate que se desarrollaba alrededor, pero Tessa supo, por la palidez del rostro del inventor y su inmovilidad, que era demasiado tarde para proteger a Henry de nada.

Will se lanzó hacia adelante.

—¡No uséis cuchillos serafín! —gritó—. ¡Usad otras armas! ¡Los cuchillos de los ángeles son inútiles! Cecily, al oírle, se echó hacia atrás, aunque su cuchillo serafín ya había alcanzado al autómata con el que peleaba, y se deshizo como escarcha seca, perdiendo su fuego. Tuvo la presencia de ánimo para agacharse bajo el brazo de la criatura, esquivándolo, justo en el momento en que Cyril y Bridget iban hacia ella, él armado con un pesado cayado. El autómata se desplomó bajo su asalto, mientras Bridget, un letal torbellino de cabello rojo y hojas de acero, se abría paso más allá de Cecily hasta llegar junto a Charlotte, cortándole los brazos a dos autómatas con su espada antes de girar y ponerse dando la espalda a Charlotte, como si tuviera la intención de proteger a la directora del Instituto con su vida.

De repente, Will agarró a Tessa por los brazos con fuerza. Ésta captó un vistazo de su rostro pálido y decidido cuando él la empujó hacia Magnus, siseando: «¡Quédate con ella!». Tessa iba a protestar, pero

el brujo la cogió y la apartó mientras Will se lanzaba a la *melé*, luchando por abrirse paso hasta su hermana.

Cecily estaba defendiéndose de un autómeta enorme, con un pecho de barril y dos brazos en el costado derecho. Al haber abandonado el cuchillo serafín, sólo tenía una corta espada para defenderse. El cabello se le estaba soltando de las horquillas mientras se lanzaba al frente y acuchillaba a la criatura en el hombro, que bramó como un toro, y Tessa se estremeció. Dios, esas criaturas hacían unos ruidos horribles; antes de que Mortmain los hubiera cambiado, habían sido silenciosos, habían sido cosas; en esos momentos eran seres. Seres malignos y asesinos. Tessa quiso correr hacia ellos cuando el autómeta que luchaba con Cecily agarró la hoja de su espada y se la arrancó de las manos, haciéndola caer hacia adelante; oyó a Will gritar el nombre de su hermana...

Pero a Cecily la cogió y la apartó uno de los Hermanos Silenciosos. En remolino de túnica pergamino, éste se volvió para enfrentarse a la criatura, con el cayado ante sí. Cuando el autómeta se lanzó hacia él, el hermano blandió la improvisada arma con tal fuerza y velocidad que tiró al autómeta con una abolladura en el pecho. Éste trató de avanzar de nuevo, pero tenía el cuerpo demasiado doblado. Soltó un furioso zumbido, y Cecily, que se ponía en pie, gritó alarmada.

Otro autómeta se había alzado junto al primero. Mientras el Hermano Silencioso se volvía, el segundo autómeta le sacó el cayado de la mano de un golpe, lo alzó del suelo y lo rodeó con los brazos metálicos desde atrás en una parodia de abrazo. Al hermano se le cayó la capucha hacia atrás, y su cabello plateado brilló en las tinieblas de la caverna como una estrella.

Tessa se quedó sin aire en los pulmones al instante. El Hermano Silencioso era Jem.

Jem.

Fue como si el mundo se detuviera. Todos parecieron inmovilizarse, incluso los autómetas, paralizados en el tiempo. Tessa miró a Jem, y él la miró a ella. Jem, con el hábito de pergamino de un Hermano Silencioso. Jem, cuyo cabello plateado, cayéndole sobre el rostro, tenía mechones negros. Jem, cuyas mejillas estaban marcadas con dos cortes rojos gemelos, uno sobre cada mejilla.

Jem, que no estaba muerto.

Tessa salió de su parálisis al oír a Magnus decirle algo, al notar que la cogía del brazo, pero ella se soltó y corrió hacia la pelea. El brujo entonces le gritó algo, pero lo único que ella veía era a Jem; éste cogía el brazo del autómeta por donde le envolvía el cuello, con los dedos incapaces de encontrar un punto de agarre sobre el liso metal. La criatura apretó su abrazo, y el rostro de Jem comenzó a enrojecer. Tessa sacó su daga, y la blandió ante sí para abrirse paso, pero supo que era imposible, que nunca llegaría hasta él a tiempo...

El androide soltó un rugido y cayó hacia adelante. Le habían seccionado las piernas desde atrás y, cuando se desplomó, Tessa vio a Will alzándose enarbolando una espada de larga hoja. Tendió la mano hacia el autómeta como si fuera a cogerlo, a evitar su caída, pero éste ya se había estrellado contra el suelo, en parte sobre Jem, que había soltado el cayado y estaba inmóvil, atrapado por la enorme máquina que tenía encima.

Tessa corrió hacia él y se agachó para esquivar el brazo extendido de una criatura mecánica. Oyó a Magnus gritarle algo desde atrás, pero no le prestó atención. Si podía llegar hasta Jem antes de que sufriera una herida seria o que muriera aplastado... pero mientras corría una sombra entró en su campo de visión. Frenó de golpe derrapando, y alzó la vista hacia el rostro de un autómeta que sonreía con malicia y trataba de alcanzarla con unos dedos como garras.

La fuerza de la caída y el peso de la criatura sobre la espalda dejaron a Jem sin aire en los pulmones al golpearse contra el suelo con fuerza. Por un momento, vio estrellas bailando, y trató de tragar aire, con un espasmo en el pecho.

Antes de convertirse en un Hermano Silencioso, antes de que le hubieran aplicado sobre la piel el primer cuchillo ritual y le hubieran hecho los cortes en el rostro que iniciarían el proceso de su transformación, la caída o la herida podrían haberle matado. En ese momento, mientras tragaba aire

para llenarse los pulmones, se encontró volviéndose, cogiendo el cayado, aunque la mano de la criatura se le cerrara sobre el hombro...

Y un estremecimiento le recorrió el cuerpo, junto con el ruido de metal contra metal. Jem cogió su arma y la clavó hacia arriba; le dio al autómeta en la cabeza y se la volvió hacia un lado; mientras tanto, ya estaban levantando de encima de él el cuerpo de metal. Apartó mediante una patada al peso que aún tenía sobre las piernas, y entonces se percató de que Will estaba de rodillas junto a él en el suelo. El rostro de su *parabatai* estaba ceniciento.

—Jem —dijo.

Alrededor de ambos se hizo la calma, un respiro en la pelea, un extraño silencio atemporal. La voz de Will cargaba con el peso de mil sensaciones: incredulidad, asombro, alivio, traición. Jem comenzó a alzarse apoyado en los codos cuando la espada de su amigo, manchada de aceite negro y con la hoja mellada, resonó al caer al suelo.

—Estás muerto —dijo Will—. Te sentí morir. —Y se llevó la mano al pecho, sobre la camisa manchada de sangre, donde tenía su runa de *parabatai*—. Aquí.

Jem buscó la mano de Will, se la cogió con la suya y apretó los dedos de su hermano de sangre contra su propia muñeca. Trató de que su *parabatai* lo entendiera.

Nota mi pulso, y el latido de la sangre bajo la piel; los Hermanos Silenciosos tenemos corazones que laten.

Will abrió mucho los ojos.

—No morí. Cambié. Si hubiera podido decírtelo, si hubiera habido un modo...

Will lo miró fijamente, con el pecho subiendo y bajando rápidamente. El autómeta le había arañado en un lado de la cara. Sangraba de varios cortes profundos, pero no parecía notarlos. Liberó la mano de la de Jem y dejó escapar el aire lentamente.

—*Roeddwn i'n meddwl dy fod wedi mynd am byth* —confesó. Habló en galés sin pensar, pero su *parabatai* le entendió de todos modos. Las runas de los Hermanos Silenciosos hacían que no existiera ningún idioma que les fuera desconocido.

«Pensaba que te habías ido para siempre».

—Aún sigo aquí —repuso Jem, y entonces echó una rápida mirada de reojo y se apartó rápidamente hacia un lado. Una hacha de metal silbó al caer por el espacio donde él acababa de estar, y resonó contra el suelo de piedra. Los autómetas los habían rodeado, un agudo sonido de rechinar metálico.

Ambos estaban de pie, espalda contra espalda, Will con una espada en la mano.

—No hay ninguna runa que funcione contra ellos —estaba diciendo Will—; hay que hacerlos pedazos a base de fuerza bruta...

—Eso ya lo he captado. —Jem agarró su cayado y lo blandió con fuerza, enviando un autómeta contra la pared cercana. De su caparazón de metal saltaron chispas.

Will atacó a su vez con la espada y cortó las rodillas articuladas de dos criaturas.

—Me gusta ese palo tuyo —comentó.

—Es un cayado. —Jem lo hizo girar y lanzó de lado a otro autómeta—. Está hecho por las Hermanas de Hierro, para los Hermanos Silenciosos.

Will lanzó una finta, y cortó limpiamente el cuello de otro autómeta. La cabeza rodó por el suelo, y una mezcla de aceite y vapor surgió del cuello.

—Cualquiera puede afilar un palo.

—Es un cayado —repitió Jem, y vio la sonrisa imprevisible de Will con el rabllo del ojo. Jem quiso devolverle la sonrisa; había habido un tiempo en que habría sonreído de forma natural, pero había algo en el Cambio que había sufrido que ponía lo que parecía una distancia de años entre él y ese simple gesto mortal.

La estancia era una masa de cuerpos en movimiento y armas serpenteando; Jem no podía ver claramente a ninguno de los otros cazadores de sombras. Era consciente de la proximidad de su amigo, que adaptaba su paso al de él, que lo igualaba golpe a golpe. Mientras el metal resonaba sobre el metal,

algo dentro de Jem, alguna parte que había perdido sin ni siquiera saberlo, sintió el placer de estar luchando junto a Will una última vez.

—Lo que tú digas, James —repuso Will—. Lo que tú digas.

Tessa se volvió, lanzó la daga y la clavó en el caparazón de metal de la criatura. La hoja lo atravesó con un desagradable sonido de rasgado, seguido de (y el corazón se le cayó a los pies) una risa grave.

—Señorita Gray —dijo una voz profunda, y ella alzó la mirada hacia el liso rostro de Armaros—. Sin duda sabe que eso es una tontería. Ninguna arma tan pequeña puede hacerme pedazos ni usted tiene la fuerza necesaria.

Tessa abrió la boca para gritar, pero él la sujetó con sus garras; la cogió en brazos y le tapó la boca con la mano para acallar su grito. En medio de la confusión que reinaba en la sala, del destello de espadas y metal, Tessa vio a Will cortar al autómeta que había caído sobre Jem. Will fue a apartarlo justo cuando Armaros le rugió en la oreja a Tessa:

—Puedo estar hecho de metal, pero tengo el corazón de un demonio, y mi corazón demonio ansía devorar tu carne.

Comenzó a llevarse a Tessa hacia atrás, atravesando la pelea, a pesar de que ella se resistía dándole patadas con las botas. Él le empujó la cabeza a un lado, y sus agudos dedos le cortaron la piel de la mejilla.

—No puedes matarme —jadeó ella—. El ángel que llevo protege mi vida...

—Oh, no. Es cierto que no puedo matarte, pero puedo hacerte sufrir. Y puedo hacerte sufrir de la forma más exquisita. No tengo carne con la que sentir placer, así que el único placer que me queda es causar dolor. Mientras el ángel que llevas al cuello te proteja, igual que lo hacen las órdenes del Magíster, debo contener mi mano, pero si el poder del ángel fallara, si fallase, te haría pedazos con mis fauces de metal.

Estaba fuera del círculo de la pelea, y el demonio la llevaba hacia un recodo parcialmente oculto por una columna de piedra.

—Hazlo. Prefiero morir en tus manos que casarme con Mortmain.

—No te preocupes —repuso él, y aunque hablaba sin aliento, sus palabras aún parecían ser un susurro sobre la piel de Tessa, que la hizo estremecer de horror. Fríos dedos de metal le rodearon los brazos a modo de grilletas mientras el demonio la metía entre las sombras—. Me aseguraré de que ocurran ambas cosas.

Cecily vio a su hermano rebanar el cuello al autómeta que atacaba al hermano Zachariah. El estruendo del metal cuando la criatura se desplomó hacia adelante, le hirió los tímpanos. Comenzó a ir hacia Will, mientras sacaba una daga de su cinturón, y luego cayó de boca cuando algo se le cerró en el tobillo y le tiró del pie.

Se golpeó las rodillas y los codos contra el suelo, y al volverse vio que lo que la había agarrado era la mano sin cuerpo de un autómeta. Estaba cortada por la muñeca, el fluido negro manaba de los cables que aún colgaban del rasgado metal, y los dedos se le estaban clavando en el traje. Cecily se retorció y giró; comenzó a cortar hasta que los dedos se aflojaron y separaron, y la mano cayó resonando al suelo como un cangrejo muerto, palpitando levemente.

Gruñó de asco y se puso en pie, pero ya no pudo ver ni a Will ni al hermano Zachariah. La sala era una caótica mancha imprecisa de movimiento. Sí que vio, en cambio, a Gabriel, espalda contra espalda con su hermano, una pila de autómetas muertos a sus pies. El traje de Gabriel estaba rasgado en el hombro y él sangraba. Cyril yacía en el suelo. Sophie se había colocado cerca de él, y daba tajos en círculos con la espada; su cicatriz se veía lívida en su pálido rostro. Cecily no pudo ver a Magnus, pero sí el rastro de chispas azules en el aire que indicaba su presencia. Y luego estaba Bridget, visible algunos momentos entre los cuerpos en movimiento de las criaturas mecánicas; su arma era un borrón difuso y el cabello rojo semejava una bandera flamígera. Y a sus pies...

Cecily comenzó a abrirse paso entre los autómetas hacia sus amigos. A mitad de camino tiró la daga y cogió una hacha de largo mango que uno de los androides había dejado caer. Le sorprendió lo ligera

que resultaba en su mano, e hizo un ruido muy satisfactorio cuando la clavó en el pecho de un demonio mecánico que trataba de cogerla, y lo enviaba hacia atrás dando vueltas.

Y entonces se encontró saltando sobre una fila de autómatas caídos apilados, la mayoría de los cuales estaban despedazados, con las extremidades esparcidas; sin duda ése era el origen de la mano que la había agarrado por el tobillo. Al final de la fila se hallaba Bridget, yendo de un lado a otro mientras contenía la marea de monstruos que amenazaba con avanzar sobre Charlotte y Henry. Bridget sólo lanzó una rápida mirada a Cecily mientras ésta pasaba rápidamente a su lado y se arrodilló junto a la directora del Instituto.

—Charlotte —susurró Cecily.

Ésta alzó la mirada. Tenía el rostro pálido de la impresión, las pupilas tan abiertas que parecían haberse tragado toda la luz de sus ojos castaños. Sentada tras él, rodeaba con los brazos a Henry, cuya cabeza colgaba hacia atrás sobre su frágil hombro, y se cogía las manos sobre el pecho de él. Henry parecía totalmente desmadejado.

—Charlotte —repitió la chica—. No podemos ganar. Debemos retirarnos.

—¡No puedo mover a Henry!

—Charlotte... él ya no necesita nuestra ayuda.

—No, no es cierto —replicó la mujer enloquecida—. Aún le noto el pulso.

Cecily le tendió la mano.

—Charlotte...

—¡No estoy loca! ¡Está vivo! ¡Está vivo y no voy a dejarle solo!

—Charlotte, el bebé —le recordó Cecily—. Henry quería que os salvarais los dos.

Algo parpadeó en los ojos de Charlotte; cogió a Henry con más fuerza.

—Sin él no podemos marcharnos —aseguró—. No podemos crear el Portal. Estamos atrapados en esta montaña.

Cecily soltó un gritito ahogado. No había pensado en eso. El corazón le lanzó un duro mensaje a las venas: «Vamos a morir. Todos vamos a morir». ¿Por qué había escogido eso? Dios, ¿qué había hecho? Alzó la cabeza, vio un destello de azul y negro con el rabillo del ojo... ¿Will? El azul le recordó a algo, las chispas que se alzaban por encima del humo...

—Bridget —llamó—. Trae a Magnus.

La doncella negó con la cabeza.

—Si les dejas, estarán muertos en cinco minutos —contestó. Y como si fuera para demostrar lo que decía, dio un tajo a un autómata como si estuviera cortando leña. La criatura cayó hacia ambos lados, cortado por la mitad en dos partes iguales.

—No lo entiendes —insistió Cecily—. Necesitamos a Magnus.

—Aquí estoy. —Y ahí estaba; apareció sobre Cecily tan de repente y de una forma tan silenciosa que ella tuvo que contener un grito. Tenía un largo corte en el cuello, poco profundo, pero sangrante. Al parecer, la sangre de los brujos era tan roja como la de los humanos. Magnus miró a Henry, y una tristeza terrible e inconmensurable le cruzó el rostro. Era la expresión de un hombre que había visto morir a cientos, que había perdido, y perdido, y perdido, y se enfrentaba a una nueva pérdida.

—Dios —susurró—. Era un buen hombre.

—No —intervino Charlotte—. Te digo que le noto el pulso; no hables de él como si ya no estuviera...

El brujo se puso de rodillas y tendió la mano para tocarle los párpados a Henry. Cecily se preguntó si pensaría decir «*Ave atque vale*», la despedida requerida para los cazadores de sombras, pero en vez de eso echó la mano hacia atrás y entrecerró los ojos. En un momento, sus dedos estaban sobre el cuello del hombre. Masculló algo en un idioma que Cecily no entendió, luego se acercó más y alzó la mano para sujetarle el mentón.

—Espacio —dijo, como para sí mismo—, espacio, pero su corazón está latiendo.

Charlotte soltó un desgarrado aliento.

—Te lo he dicho.

Magnus la miró un momento.

—Es cierto. Perdona por no escucharte. —De nuevo miró a Henry—. Ahora, todos callados. —Alzó la mano que no tenía en el cuello de éste y chasqueó los dedos. Al instante, el aire que los rodeaba pareció espesarse y envolverlos como cristal viejo. Una cúpula sólida apareció sobre ellos, y encerró a Henry, a Charlotte, a Cecily y a Magnus en una brillante burbuja de silencio. A través de ella, Cecily aún podía ver la sala que los rodeaba, los autómatas combatiendo, Bridget causando destrozos a derecha e izquierda con su espada manchada de negro. Dentro, todo era silencio.

Lanzó una rápida mirada a Magnus.

—Ha creado una pared protectora.

—Sí —respondió éste, con la atención fija en Henry—. Muy bien.

—¿No podría hacer una alrededor de todos y dejarnos dentro? ¿Dejarnos protegidos?

El brujo negó con la cabeza.

—La magia requiere energía, pequeña. Podría mantener una protección así sólo un momento, y cuando cayera, ellos se abalanzarían sobre nosotros. —Se inclinó al frente murmurando algo, y una chispa azul saltó de sus dedos a la piel del inventor. El pálido fuego azul pareció hundirse en ella, y envió una especie de fuego por las venas de éste, como si Magnus hubiera acercado una cerilla al extremo de un reguero de pólvora; rastros de fuego le ardieron por los brazos y le recorrieron el cuello y el rostro. Charlotte, que lo sujetaba, ahogó un grito mientras el cuerpo de su marido sufría un espasmo y la cabeza se le iba hacia adelante.

Henry abrió los ojos. Estaban tintados con el mismo fuego azul que ardía por sus venas.

—Yo... —Su voz era áspera—. ¿Qué ha pasado?

Charlotte rompió a llorar.

—¡Henry! ¡Oh, mi querido Henry! —Le agarró con fuerza y le besó con frenesí, y él le hundió los dedos en el cabello y la sujetó así. Tanto Magnus como Cecily apartaron la mirada.

Cuando finalmente Charlotte soltó a su esposo, aún acariciándole el cabello y murmurando, él trató de sentarse, pero se cayó hacia atrás. Sus ojos buscaron los de Magnus. Éste apartó la mirada, bajó los párpados con agotamiento y algo más, algo que hizo que a Cecily se le encogiera el corazón.

—Henry —preguntó Charlotte, un poco asustada—. ¿Te duele mucho? ¿Puedes ponerte en pie?

—Casi no me duele —contestó él—. Pero no puedo ponerme en pie. No me noto las piernas en absoluto.

Magnus seguía con la cabeza gacha.

—Lo siento —se disculpó—. Hay algunas cosas que la magia no puede hacer, algunas heridas que no puede tocar.

La expresión del rostro de Charlotte era penosa de ver.

—Henry...

—Aún puedo crear el Portal —la interrumpió éste. Un hilillo de sangre le manaba por la comisura de la boca; se la limpió con la manga—. Podemos escapar de aquí. Debemos retirarnos. —Trató de volverse, de mirar alrededor e hizo una mueca de dolor, palideciendo—. ¿Qué está pasando?

—Nos superan mucho en número —explicó Cecily—. Todos están luchando por su vida...

—¿Por su vida, no para ganar? —preguntó Henry.

Magnus negó con la cabeza.

—No podemos ganar. No hay ninguna esperanza. Hay demasiados.

—¿Y Tessa y Will?

—Will la ha encontrado —respondió Cecily—. Están aquí en esta sala.

Henry cerró los ojos y respiró profundamente; luego los abrió. El tono azul había comenzado a desvanecerse.

—Entonces, debemos crear el Portal. Pero primero debemos advertir a todos; separarnos de los autómatas para que no sean absorbidos también y acabemos todos en el Instituto. Lo último que

queremos es a esos Artefactos Infernales corriendo por Londres. —Miró al brujo—. Mete la mano en el bolsillo de mi abrigo.

Mientras éste lo hacía, Cecily vio que la mano le temblaba ligeramente. Era evidente que el esfuerzo de mantener la barrera de protección alrededor de ellos estaba comenzando a pasarle factura.

Finalmente sacó la mano del bolsillo de Henry. En ella tenía una pequeña caja plateada sin ningún gozne ni mecanismo de apertura visible.

Éste habló con esfuerzo.

—Cecily... cógela, por favor. Cógela y tirla. Tan lejos y fuerte como puedas.

Magnus le pasó la caja a Cecily con dedos temblorosos, quien la notó caliente en la mano, aunque no hubiera podido decir si era por algún calor que manaba del interior o simplemente el resultado de haber estado en el bolsillo de Henry.

Miró a Magnus; éste tenía el rostro macilento.

—Voy a bajar la barrera —anunció éste—. Tírala, Cecily.

Magnus alzó la mano. Saltaron chispas; la pared titiló y desapareció. La chica echó el brazo hacia atrás y lanzó la caja.

Durante un instante no ocurrió nada. Luego hubo una implosión apagada, como si el sonido fuera engullido, como si todo en la sala estuviera siendo engullido por un enorme desagüe. Cecily notó un pequeño estallido en los oídos, y se dejó caer al suelo con las manos apretadas contra las orejas. Magnus también estaba de rodillas, y el pequeño grupo se apiñó mientras lo que parecía ser un fuerte viento barría la sala.

El viento rugió, y a su sonido se le unió el ruido del metal crujiendo y rajándose mientras las criaturas mecánicas comenzaron a tambalearse y a caer. Cecily vio como Gabriel se apartaba mientras un autómata caía a sus pies y empezaba a sacudirse convulsivamente, con las extremidades de hierro agitándose en todas direcciones como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico. Luego sus ojos fueron a Will y al Hermano Silencioso que luchaba a su lado, cuya capucha había caído hacia atrás. Incluso en medio de todo lo que estaba ocurriendo, Cecily sintió una fuerte impresión. El hermano Zachariah era... Jem. Había sabido, todos habían sabido, que Jem se había ido a la Ciudad Silenciosa para convertirse en un Hermano Silencioso o morir en el intento, pero que estuviera ahí con ellos, luchando junto a Will como solía hacer, que tuviera la fuerza necesaria...

Se oyó un estruendo cuando un monstruo de relojería se desplomó entre Will y Jem, obligándolos a saltar uno hacia cada lado. El aire olía como antes de una tormenta.

—Henry... —El viento había bailar el cabello de Charlotte por delante de su rostro.

Éste tenía una tensa expresión de dolor.

—Es una... especie de Pyxis. Se supone que separa las almas demoníacas de sus cuerpos. Antes de morir. No he tenido tiempo de... perfeccionarla. Pero me ha parecido que valía la pena intentarlo.

Magnus se puso en pie con dificultad. Su voz se alzó sobre el sonido del metal retorciéndose y los gritos de los demonios.

—¡Venid aquí! ¡Todos! ¡Agrupaos, cazadores de sombras!

Bridget mantuvo su posición, aún luchaba contra dos autómatas, cuyos movimientos se habían vuelto sincopados e irregulares, pero los otros comenzaron a correr hacia ellos: Will, Jem, Gabriel... excepto Tessa. ¿Dónde estaba Tessa? Cecily vio que Will se daba cuenta de la ausencia de la muchacha al mismo tiempo que ella; se volvió, con la mano sobre el brazo de Jem, y recorrió la sala con los ojos. Cecily le vio formar la palabra «Tessa» con los labios, aunque no podía oír nada por encima del creciente estruendo del viento, las sacudidas del metal...

—¡Basta!

Un rayo de luz plateada descendió, como una centella bifurcada, desde lo alto de la cúpula, y estalló en la sala como las chispas de un cohete de artificio. El viento se calmó y acabó por desaparecer, dejando la sala en un resonante silencio.

Cecily alzó la mirada. En la galería a medio camino de la cúpula se hallaba un hombre en un traje oscuro de corte impecable, un hombre que reconoció al instante.

Mortmain.

—¡Basta!

La voz resonó en toda la caverna, e hizo estremecer a Tessa. Mortmain. Conocía su forma de hablar, su voz, aunque no pudiera ver nada más allá del pilar de piedra que ocultaba el recoveco hasta donde Amaros la había arrastrado. El demonio autómatas la había estado sujetando firmemente, incluso cuando una apagada explosión había hecho estremecer el lugar, seguida de un feroz viento que había soplado más allá de donde ellos se encontraban, pasándolo por alto.

Se había hecho el silencio, y Tessa deseó desesperadamente soltarse de los brazos de metal que la retenían, correr hasta la sala y ver si alguno de sus amigos, a los que quería, había resultado herido, o muerto. Pero luchar con él era como luchar contra una pared. De todas formas le dio varias patadas mientras la voz de Mortmain resonaba de nuevo en la estancia.

—¿Dónde está la señorita Gray? Traédmela.

Armaros hizo un ruido sordo y comenzó a moverse. Alzó a Tessa por los brazos y la sacó del recoveco hacia la sala principal.

Era una escena caótica. Los autómatas estaban inmóviles, mirando a su señor. Muchos estaban hechos pedazos o tirados por el suelo, resbaladizo por una mezcla de sangre y aceite.

En el centro de la sala, en un círculo, se hallaban los cazadores de sombras y sus compañeros. Cyril estaba arrodillado, con un ensangrentado vendaje en la pierna. Cerca de él se hallaba Henry, medio sentado, medio tumbado en brazos de Charlotte. Estaba pálido, muy pálido... Tessa encontró la mirada de Will cuando éste levantó la cabeza y la vio. Una expresión de desaliento le cruzó el rostro, y comenzó a ir hacia ella. Jem le cogió por la manga. Él también miraba a Tessa, con ojos desorbitados, oscuros y cargados de horror.

Ella apartó la mirada de ambos, y la dirigió hacia Mortmain. Éste se hallaba en el balcón de la galería sobre ellos, como un predicador en su púlpito, y sonrió desagradablemente.

—Señorita Gray —dijo—. Muy amable por su parte el unirse a nosotros.

Tessa escupió y notó sangre en la boca, que le bajaba del arañazo que el autómatas le había hecho en la mejilla.

Mortmain alzó las cejas.

—Déjala en el suelo —ordenó a Amaros—. Ponle las manos en los hombros.

El demonio obedeció con una grave risita. En cuanto las botas de la chica tocaron el suelo, se irguió, alzó la barbilla y miró con odio al Magíster.

—Da mala suerte ver a la novia antes del día de la boda —le advirtió.

—Sin duda —replicó Mortmain—. Pero ¿mala suerte para quién?

Ella no miró alrededor. Ver tantos autómatas y el heterogéneo grupo de cazadores de sombras, que era todo lo que se oponía a ellos, resultaba demasiado doloroso.

—Los nefilim ya han penetrado en su fortaleza —anunció Tessa—. Habrá otros tras ellos. Superarán a sus autómatas y los destruirán. Ríndase y quizá pueda salvar la vida.

Mortmain echó la cabeza atrás y rió.

—Muy valiente, señorita —reconoció—. Está rodeada de derrota y exige mi rendición.

—No estamos derrotados... —empezó Will, y el hombre siseó con los dientes apretados, muy audible en la resonante sala. Al unísono, todos los autómatas de la sala volvieron la cabeza hacia Will; una sincronía aterradora.

—Ni una palabra, nefilim —ordenó Mortmain—. La próxima vez que hables será la última que respire.

—Déjelos marchar —le pidió Tessa—. Esto no tiene nada que ver con ellos. Déjelos marchar y quédese conmigo.

—Negocia sin nada en las manos —repuso Mortmain—. Se equivoca si cree que los otros cazadores de sombras vendrán a ayudarlos. En este mismo momento, una parte importante de mi ejército está haciendo trizas su Consejo. —Tessa oyó el grito ahogado de Charlotte, un ruido corto y apagado—. Muy inteligente por parte de los nefilim reunirse en un sitio, para que yo pueda borrarlos del mapa de una sola tacada.

—Por favor —insistió Tessa—. Aparte su mano de ellos. Sus quejas contra los nefilim son justas. Pero si todos están muertos, ¿quién aprenderá de esta venganza? ¿Quién podrá expiar esa culpa? Si no queda nadie para aprender del pasado, entonces no hay nadie que pueda traspasar sus lecciones. Déjeles vivir. Déjeles llevar lo que usted les ha enseñado hacia el futuro. Pueden ser su legado.

Él asintió pensativo, como si estuviera considerando sus palabras.

—Les perdonaré la vida; los mantendré aquí, como nuestros prisioneros. Su cautiverio hará que usted esté complacida y le hará ser obediente —su voz se endureció—, porque usted los ama, y si alguna vez trata de escapar, los mataré a todos. —Calló un momento—. ¿Qué me dice, señorita Gray? He sido generoso y ahora me debe un agradecimiento.

Lo único que Tessa oía en la gran sala era el crujir de los autómatas y su propia sangre latiéndole en los oídos. En ese momento se dio cuenta de lo que la señora Negro había querido decirle en el carruaje. «Y cuanto mejor los conozcas, cuanto más los aprecies, más efectiva serás como arma para aniquilarlos». Tessa se había convertido en uno de los cazadores de sombras, aunque no fuera del todo como ellos. Le importaban y los quería, y Mortmain iba a servirse de esa preocupación y ese cariño para forzarle la mano. Al salvar a los que amaba, los condenaría a todos. Y, sin embargo, condenar a Will y Jem, a Charlotte y a Henry, a Cecily y a los demás a la muerte era impensable.

—Sí. —Oyó a Jem, ¿o era Will?, hacer un ruido ahogado—. Sí. Acepto ese trato. —Alzó la mirada—. Dígame al demonio que me suelte, e iré con usted.

Vio que Mortmain entrecerraba los ojos.

—No —contestó ése—. Armaros, tráemela.

El demonio le apretó las manos en los brazos. Tessa se mordió el labio por el dolor. Como por simpatía, el ángel mecánico de su cuello se movió.

«Pocos pueden decir que tienen un ángel que los guarda sólo a ellos. Tú sí».

La mano se le fue al cuello. Él ángel parecía latir bajo sus dedos, como si respirara, como si estuviera tratando de comunicarle algo. Apretó más la mano sobre él, las puntas de las alas rasgándole la palma. Pensó en su sueño.

«¿Es éste tu aspecto?»

»Aquí sólo ves una fracción de lo que soy. En mi auténtica forma, soy la gloria mortal».

Armaros cerró las manos sobre los brazos de Tessa.

«Tu ángel mecánico contiene un poco del espíritu de un ángel», le había dicho Mortmain. Pensó en la marca como una estrella blanca que el ángel mecánico le había dejado en el hombro a Will. Pensó en el hermoso rostro del ángel, suave e impasible, las frías manos que la habían sujetado cuando había caído desde el carruaje de la señora Negro a las revueltas aguas del fondo del barranco.

El demonio comenzó a alzarla.

Tessa pensó en su sueño.

Respiró hondo. No sabía si lo que estaba a punto de hacer era posible o pura locura. Mientras Armaros la levantaba con las manos, ella cerró los ojos y buscó con la mente, buscó en el interior del ángel mecánico. Durante un momento dio tumbos por un espacio negro, y luego por un limbo gris, tratando de encontrar aquella luz, aquella chispa del espíritu, aquella vida...

Y ahí estaba, una repentina llamarada, una hoguera, más brillante que cualquier chispa que hubiera visto antes. Fue a por ella, se envolvió en ella, espirales de fuego blanco que le abrasaban la piel. Gritó en alto...

Y Cambió.

Un fuego blanco le recorrió las venas. Comenzó a crecer, su traje se rasgó y cayó en pedazos; la luz brillante la rodeaba. Era fuego. Era una estrella errante. Los brazos de Armaros se le separaron del cuerpo; en silencio, se derritió y se disolvió, abrasado por el fuego celestial que ardía en Tessa.

Estaba volando, volando hacia arriba. No, se estaba alzando, creciendo. Los huesos se le estiraron, como un entramado que se extendiera hacia afuera y hacia arriba mientras crecía de un modo imposible. La piel se le había vuelto de oro, y se estiró y rompió mientras ella seguía creciendo como la mata de judías del viejo cuento, y donde se le rasgaba la piel, icor dorado manaba de la herida. Rizos como virutas de metal calentado al blanco le brotaron de la cabeza, y le rodearon el rostro. Y de la espalda le surgieron alas, unas alas enormes, mayores que las de cualquier pájaro.

Supuso que debería estar aterrorizada. Miró hacia abajo y vio a los cazadores de sombras mirándola boquiabiertos. Toda la sala estaba cubierta de una luz cegadora, una luz que manaba de ella. Se había convertido en Ithuriel. El fuego divino de los ángeles ardía en ella, abrasándole los huesos, quemándole los ojos. Pero sólo sentía una calma férrea.

Había alcanzado los seis metros. Estaba a la altura de Mortmain, que se había quedado paralizado de terror, aferrando la baranda del balcón. El ángel mecánico, después de todo, había sido el regalo que él le había hecho a la madre de Tessa. Nunca debía de haberse imaginado que se podría emplear así.

—No es posible —rugió con voz ronca—. No es posible...

—Has encerrado a un ángel del Cielo —dijo Tessa, aunque no era su voz la que hablaba sino la de Ithuriel a través de ella. La voz resonó por todo su cuerpo como un gong. De un modo distante, se preguntó si le latiría el corazón; ¿los ángeles tenían corazón? ¿La mataría eso? Si lo hacía, habría valido la pena—. Has tratado de crear vida. La vida es sólo competencia del Cielo. Y al Cielo no le gustan los usurpadores.

Mortmain se volvió para salir corriendo. Pero era lento, lento como todos los humanos. Tessa tendió la mano, la mano de Ithuriel, y la cerró rodeándolo mientras corría, alzándolo del suelo. El hombre gritó cuando la mano del ángel le quemó. Comenzó a retorcerse, quemándose, y Tessa hizo más fuerza, aplastándole el cuerpo hasta dejar una masa de sangre escarlata y huesos blancos.

Tessa abrió la mano. El cuerpo aplastado de Mortmain cayó y se estrelló contra el suelo entre sus propios autómatas. Se notó una sacudida, un gran grito quebrado de metal, como de un edificio al derrumbarse, y los autómatas comenzaron a caer, uno a uno, al suelo, inertes al no tener al Magíster que los animara. Un jardín de flores metálicas, marchitándose y muriendo una a una. Y los cazadores de sombras en medio de todos ellos, mirándose maravillados.

Y entonces, Tessa se dio cuenta de que aún tenía un corazón, porque le saltó de alegría al verlos vivos y a salvo. No obstante, cuando tendió hacia ellos sus manos doradas, una manchada de rojo, la sangre de Mortmain mezclada con el icor dorado de Ithuriel, ellos se apartaron de la llamarada de luz que la rodeaba.

«No, no —quiso decir—, nunca os haría daño». Pero las palabras no salían. No podía hablar; el ardor era demasiado intenso. Trató de encontrar el camino hacia sí misma, de Cambiar de nuevo a Tessa, pero estaba perdida en el resplandor del fuego, como si hubiera caído en el corazón del sol. Una agonía de llamas explotó en ella, y notó que comenzaba a caer mientras el ángel mecánico se tornaba un lazo al rojo vivo en el cuello.

«Por favor», pensó, pero todo era fuego y ardor, y cayó, inconsciente, hacia la luz.

TRUENO EN LA TROMPETA

Porque mientras el trueno en la trompeta esté, el alma se dividirá del cuerpo, pero no nosotros uno de otro.

ALGERNON CHARLES SWINBURNE, «Laus Veneris»

Criaturas mecánicas desgarraban a Tessa desde nieblas oscuras. Por la venas le corría fuego, y cuando se miró, se vio la piel resquebrajada y ampollada, con icor dorado cayéndole a raudales por los brazos. Vio los infinitos campos del Cielo, vio el firmamento constantemente en llamas con un fuego que habría cegado a cualquier humano. Vio nubes de plata con bordes como cuchillas, y sintió el frío vacío que se encerraba en los corazones de los ángeles.

—Tessa. —Era Will; habría reconocido su voz en cualquier parte—. Tessa, despierta, despierta. Tessa, por favor.

Ella notaba el dolor en su voz y quería tocarle, pero cuando alzó los brazos, las llamas crecieron y le quemaron los dedos. Las manos se le redujeron a cenizas y un viento caliente se las llevó.

Tessa se debatía en el lecho en medio de un delirio de fiebre y pesadillas. Las sábanas, enrolladas en torno a su cuerpo, estaban empapadas de sudor, el cabello pegado a las sienes. Su piel, siempre pálida, era casi traslúcida, y mostraba las venas bajo la piel, la forma de los huesos. El ángel mecánico seguía en su cuello; de vez en cuando lo agarraba, y entonces gritaba con una voz perdida, como si tocarlo le doliera.

—Está sufriendo mucho. —Charlotte hundió una toalla en agua fría y luego se la puso a Tessa en la ardiente frente. La chica emitió un suave ruido de protesta ante el roce, pero no apartó la mano de Charlotte. A ésta le habría gustado pensar que era porque las toallas frías la estaban ayudando, pero sabía que lo más probable era que Tessa estuviera simplemente demasiado cansada—. ¿Podemos hacer algo más?

El fuego del ángel está abandonando su cuerpo, dijo el hermano Enoch, junto a Charlotte, con su inquietante susurro omnidireccional. *Tardará el tiempo que tarde. Estará libre de dolor cuando lo esté.*

—Pero ¿vivirá?

Ha sobrevivido hasta ahora. El Hermano Silencioso sonaba trágico. El fuego debería haberla matado. Habría matado a cualquier humano normal. Pero ella es parte cazadora de sombras y parte demonio, y estaba protegida por el ángel, cuyo fuego encendió. La protegió incluso en esos últimos momentos mientras él mismo ardía en llamas y quemaba su propia forma corpórea.

Charlotte no pudo evitar recordar la sala circular bajo Cadair Idris. Tessa avanzando y transformándose en llamas, ardiendo como una columna de fuego, su cabello convirtiéndose en zarcillos de chispas, la luz cegadora y terrible. Agachada en el suelo junto al cuerpo de Henry, Charlotte se había preguntado cómo era que los ángeles podían arder así y vivir.

Cuando el ángel había dejado a Tessa, ella se había desplomado; la ropa le colgaba en jirones y tenía la piel cubierta de marcas como si se hubiera quemado. Varios cazadores de sombras habían corrido hacia ella entre los desmadejados autómatas, aunque para Charlotte había sido como algo desenfocado; escenas vistas a través de la temblorosa lente de su miedo por Henry. Will cogió a Tessa en brazos; la fortaleza del Magíster comenzó a abatirse por sí sola tras ellos; las puertas se cerraban mientras ellos corrían por los pasillos; el fuego azul de Magnus les iluminaba el camino de la huida. La creación del segundo Portal. Más Hermanos Silenciosos los esperaban en el Instituto, manos marcadas y rostros marcados; excluyeron incluso a Charlotte cuando se encerraron con Henry y Tessa. Will habló a Jem, con expresión de dolor. Había querido tocar a su *parabatai*.

—James —le había dicho—. Puedes averiguar... qué le están haciendo a Tess... si vivirá...

Pero el hermano Enoch se había interpuesto entre ellos.

Su nombre no es James Carstairs, había dicho. *Ahora es Zachariah.*

La mirada de Will, la forma en que había bajado la mano.

—Déjale hablar por sí mismo.

Pero Jem se había dado la vuelta, y se había alejado de todos ellos, saliendo del Instituto; Will había contemplado cómo se marchaba con incredulidad, y Charlotte había recordado la primera vez que se habían visto: «¿De verdad te estás muriendo? Lo siento».

Había sido Will, aún con expresión perpleja e incrédula, el que les había explicado a todos, con voz entrecortada, la historia de Tessa: la función del ángel mecánico, la historia de los desafortunados Starkweather y el modo poco ortodoxo de su concepción. Aloysius había tenido razón, pensó la directora. Tessa era su bisnieta. Una descendiente a la que nunca conocería, porque lo habían matado en la masacre del Consejo.

Charlotte no pudo evitar imaginarse cómo debía de haber sido cuando las puertas de la sala del Consejo se abrieron y los autómatas entraron. Los miembros del Consejo no tenían por qué ir desarmados, pero no estaban preparados para luchar. Y la mayoría de los cazadores de sombras nunca se habían enfrentado a un autómata. Incluso imaginar la masacre le helaba la sangre. Estaba superada por la enormidad de la pérdida en el mundo de los cazadores de sombras, aunque habría sido mucho mayor si Tessa no se hubiera sacrificado como lo había hecho. Todos los autómatas habían caído al morir Mortmain, incluso los que estaban en la sala del Consejo, y la mayoría de los cazadores de sombras habían sobrevivido, aunque había habido muchas víctimas, incluido el Cónsul.

—Parte demonio y parte cazadora de sombras —murmuró Charlotte en ese momento—. ¿En qué la convierte eso?

La sangre nefilim es dominante. Un nuevo tipo de cazadora de sombras. Nuevo no siempre es malo, Charlotte.

Era debido a la sangre de nefilim que habían ido tan lejos como para probar las runas curativas con Tessa, pero éstas simplemente se le hundían en la piel y desaparecían, como letras en el agua. Charlotte tocó la clavícula de la chica, donde le habían dibujado la runa. La piel estaba caliente al tacto.

—Su ángel mecánico —observó Charlotte—. Ha dejado de sonar.

La presencia del ángel la ha abandonado. Ithuriel está libre, y Tessa sin protección, aunque con la muerte del Magíster, y como ella es nefilim, seguramente estará a salvo. Mientras no trate de transformarse en ángel por segunda vez. Eso seguramente la mataría.

—Hay otros peligros.

Todos debemos enfrentarnos a peligros, declaró el hermano Enoch. Era la misma voz fría y tranquila con la que le había dicho que Henry se salvaría, pero no volvería a caminar.

En la cama, Tessa se removió y gritó con voz seca. Durmiendo, desde la batalla, había dicho nombres. Había llamado a Nate, a su tía y a Charlotte.

—Jem —susurró en aquel momento mientras se aferraba a la colcha.

Charlotte le dio la espalda a Enoch, cogió la toalla de nuevo y se la puso a Tessa en la frente. Sabía que no debía preguntar y, sin embargo...

—¿Cómo está? ¿Nuestro Jem? ¿Se está... adaptando a la Hermandad?

Notó el reproche de Enoch.

Sabes que no puedo decírtelo. Ya no es Jem. Ahora es el hermano Zachariah. Debes olvidarle.

—¿Olvidarle? No puedo olvidarle —replicó Charlotte—. No es como tus otros Hermanos, Enoch; ya lo sabes.

Los rituales que convierten en Hermano Silencioso son nuestro mayor secreto.

—No te estoy pidiendo conocer vuestros rituales —replicó ella de nuevo—. No obstante, sé que la mayoría de los Hermanos Silenciosos cortan todos sus lazos con sus vidas mortales antes de entrar en la Hermandad. Pero Jem no pudo hacerlo. Aún tiene lo que le ata a este mundo. —Miró a Tessa, que movía los párpados mientras respiraba trabajosamente—. Es un cordón que ata el uno al otro, y a no ser que se disuelva de forma adecuada, me temo que puede dañar a los dos.

—«Ella llega, mi corazón, mi amor;

Si fuera un paso tan ligero,

*Mi corazón la oiría y latiría.
Fuera tierra en un lecho terrenal;
Mi polvo la oiría y latiría;
Llevara yo muerto cien años;
Me despertaría y temblaría bajo sus pies,
Y florecería en lila y rojo».*

—Oh, por el amor de Dios —exclamó Henry, irritado, mientras se subía las mangas manchadas de tinta de la bata—. ¿No puedes leer algo menos deprimente? Algo con una buena batalla.

—Es Tennyson —repuso Will, mientras bajaba los pies de la otomana que se hallaba junto al fuego. Se hallaban en el salón; la silla de Henry cerca del fuego y un bloc de dibujo en el regazo. Aún estaba pálido, como lo había estado desde la batalla de Cadair Idris, aunque estaba comenzando a recuperar el color—. Mejoraré tu mente.

Antes de que el inventor pudiera responder, se abrió la puerta y entró su mujer con aspecto cansado; las mangas bordeadas de encaje de su vestido estaban mojadas. Al instante, Will dejó el libro, y Henry alzó la mirada, desde su bloc de dibujo, interrogante.

Charlotte miró a uno y luego a otro, y se fijó en el libro de la mesilla junto al servicio de té de plata.

—¿Has estado leyendo a Henry, Will?

—Sí, algo horrible, lleno de poesía. —Su marido tenía un lápiz en una mano y papeles por toda la mantita que tenía sobre las rodillas.

Había recibido con su fortaleza habitual la noticia de que ni siquiera los Hermanos Silenciosos podían conseguir que volviera a andar. Y tenía la convicción de que debía construirse él mismo una silla, como una especie de silla de ruedas pero mejor, con ruedas autopropulsadas y todo tipo de complementos. Estaba decidido a poder bajar y subir escaleras, para poder llegar a sus inventos de la cripta. Llevaba haciendo borradores de diseños para la silla toda la hora que Will le había estado leyendo «Maud», pero lo cierto era que a Henry la poesía nunca le había interesado.

—Bueno, se te releva de tus obligaciones, Will, y Henry, a ti se te releva de soportar más poesía —dijo Charlotte—. Si quieres, cariño, te puedo ayudar a reunir tus notas... —Se puso detrás de la silla de su esposo y se inclinó sobre sus hombros para ayudarlo a recoger los desperdigados papeles en una ordenada pila. Él le cogió la muñeca mientras lo hacía, y la miró; una mirada de tanta confianza y adoración que al chico le hizo sentir como si minúsculos puñales le cortaran la piel.

No era que envidiase la felicidad de Charlotte y Henry, nada más lejos. Pero no podía evitar pensar en Tessa. En las esperanzas que había abrigado en un tiempo y luego había tenido que reprimir. Se preguntó si ella le habría mirado así alguna vez. No lo creía. Él se había esforzado tanto por destruir la confianza que le tenía, y aunque lo único que quería era tener una auténtica oportunidad de volver a ganársela, no podía sino temer que...

Apartó esos tristes pensamientos y se puso en pie, a punto de decir que se dirigía a ver a Tessa. Pero antes de que pudiera decir nada, llamaron a la puerta y entró Sophie, inexplicablemente nerviosa. Un momento después, sus nervios quedaron justificados cuando el Inquisidor la siguió entrando en la sala. Will, acostumbrado a verlo con sus túnicas ceremoniales en las reuniones del Consejo, casi no reconoció al hombre de aspecto serio vestido con un abrigo de calle gris y pantalones oscuros. Tenía una lívida cicatriz en la mejilla que no había estado ahí antes.

—Inquisidor Whitelaw —exclamó Charlotte incorporándose, y se puso seria al instante—. ¿A qué debemos el honor de tu visita?

—Charlotte —comenzó el Inquisidor, y le tendió la mano. En ella llevaba una carta, cerrada con el sello del Consejo—. Te he traído un mensaje.

Ella lo miró perpleja.

—¿Y no podías haberlo enviado simplemente por correo?

—Esta carta es de gran importancia. Es imperativo que la leas al instante.

Lentamente, la mujer la cogió. Tiró del sobre, luego frunció el cejo y fue al escritorio para coger el abridor de cartas. Will aprovechó la oportunidad para observar al Inquisidor disimuladamente. Éste miraba a Charlotte con un ceño en la frente y no hacía ningún caso a Will, que no pudo evitar preguntarse si la cicatriz en la mejilla del hombre era un recuerdo de la batalla en el Consejo contra los autómatas de Mortmain.

Will había estado seguro de que todos iban a morir, juntos, bajo la montaña, hasta que Tessa había resplandecido con toda la gloria del ángel y había acabado con Mortmain como un rayo al caer sobre un árbol. Había sido una de las cosas más maravillosas que había visto jamás, pero su estupefacción se había convertido en terror cuando Tessa se había desplomado después del Cambio, sangrando e insensible, por mucho que intentaran despertarla. Magnus, al borde del agotamiento total, apenas había sido capaz de abrir un Portal, con la ayuda de Henry, para volver al Instituto, y después de eso, Will sólo recordaba una confusión de agotamiento, sangre y temor, más Hermanos Silenciosos convocados para atender a los heridos y la noticia llegada del Consejo de todos los que habían muerto en la batalla antes de que los autómatas se desmoronaran con la muerte de Mortmain. Y Tessa... Tessa incapaz de hablar, sin despertarse, llevada a su habitación por los Hermanos Silenciosos, y a él que no le permitían estar con ella. Al no ser ni su hermano ni su esposo, sólo pudo quedarse parado y mirar cómo desaparecía detrás de la puerta, apretando los puños ensangrentados. Nunca en su vida se había sentido más impotente.

Y cuando había ido a buscar a Jem, para compartir su miedo con la única persona en el mundo que amaba a Tessa tanto como él, éste ya no estaba; había vuelto a la Ciudad Silenciosa por órdenes de los Hermanos. Se había ido sin decirle ni una palabra de despedida.

Aunque Cecily había tratado de calmarlo, Will se había enfadado; se había enfadado con Jem, con el Consejo y con los propios Hermanos, por permitir a su *parabatai* que se convirtiera en un Hermano Silencioso, aunque sabía que no estaba siendo justo, que había sido decisión de Jem y la única manera que éste había tenido de seguir vivo. Y, sin embargo, desde su regreso al Instituto, Will se había sentido constantemente mareado; era como si hubiera estado en un barco anclado durante años y le hubiera cortado las amarras para flotar con las mareas, sin tener ni idea de en qué dirección fijar el rumbo. Y Tessa...

El ruido del papel al rasgarse le sacó de sus pensamientos. Charlotte abrió la carta y la leyó; el color se esfumó de su rostro. Alzó los ojos y miró al Inquisidor.

—¿Es algún tipo de broma?

El cejo de Whitelaw se hizo más pronunciado.

—No es ninguna broma, te lo aseguro. ¿Tienes una respuesta?

—Lottie —dijo Henry, que miraba a su esposa; incluso los mechones de su cabello rojo radiaban ansiedad y amor—. Lottie, ¿qué pasa? ¿Algo va mal?

Ella lo miró y luego volvió a clavar los ojos en el Inquisidor.

—No —contestó—. No tengo una respuesta. Aún no.

—El Consejo no desea... —comenzó el Inquisidor, y luego pareció fijarse en la presencia de Will—. Si pudiéramos hablar en privado, Charlotte.

Ésta se cuadró de hombros.

—No voy a hacer salir ni a Will ni a Henry.

Los aludidos se miraron a los ojos. Will sabía que Henry lo miraba inquieto. Después del desacuerdo de Charlotte con el Cónsul, y la muerte de éste, todos habían esperado en vilo a que el Consejo le impusiera algún tipo de castigo. No estaban seguros de si iban a mantener el control del Instituto. Will lo dudó por el temblor en las pequeñas manos de Charlotte y el gesto de la boca.

De repente deseó que Jem o Tessa estuvieran allí; tener alguien con quien poder hablar, alguien a quien preguntarle qué debía hacer por Charlotte, a quien tanto debía.

—No pasa nada —dijo finalmente mientras se ponía en pie. Quería ir a ver a Tessa, aunque ella no abriera los ojos ni lo reconociera—. De todas formas ya me iba.

—Will... —protestó la mujer.

—No pasa nada, Charlotte —repitió, y pasó junto al Inquisidor para ir a la puerta.

Ya en el pasillo, se apoyó un momento en la pared para recuperarse. Recordó sus propias palabras... Dios, parecía que hubieran pasado un millón de años, y ya habían perdido toda su gracia.

«¿El Cónsul? ¿Interrumpiéndonos durante el desayuno? ¿Qué vendrá después? ¿El Inquisidor a tomar el té?»

Si le quitaban el Instituto a Charlotte...

Si todos perdían su hogar...

Si Tessa...

No pudo acabar la frase. Tessa viviría, debía vivir. Mientras comenzaba a caminar por el pasillo, pensó en los azules, los verdes y los grises de Gales. Quizá podría regresar allí, con Cecily, si perdían el Instituto, crearse una vida para ellos en su lugar de origen. No sería una vida de cazadores de sombras, pero sin Charlotte, sin Henry, sin Jem o Tessa o Sophie o incluso los malditos Lightwood, no quería ser cazador de sombras. Estaba con su familia, tan importante para él; otra verdad de la que se había dado cuenta de repente y a la vez demasiado tarde.

—Tessa. Despierta. Por favor, despierta.

La voz de Sophie, atravesando la oscuridad. Tessa luchó por abrir los ojos durante una fracción de segundo. Vio su dormitorio en el Instituto, los muebles de siempre, las cortinas abiertas, un débil sol proyectando cuadrados de luz sobre el suelo. Trató de aferrarse a todo eso. Era siempre así, breves períodos de lucidez entre fiebre y pesadillas, nunca suficiente, nunca bastante tiempo para tender la mano, para hablar. «Sophie», trató de susurrar, pero las palabras no pasaban por sus resecaos labios. Relámpagos le nublaban la visión, le rompían el mundo. Gritó sin sonido cuando el Instituto se le rompió en trozos y se alejó de ella hacia la oscuridad.

Fue Cyril el que finalmente le dijo a Gabriel que Cecily estaba en los establos, después de que el hermano pequeño de los Lightwood se hubiera pasado la mayor parte del día buscándola sin éxito, aunque esperaba que no hubiera resultado demasiado obvio, por todo el Instituto.

Estaba cayendo el atardecer, y los establos estaban iluminados por la cálida luz amarilla de un farol y olían a caballo. Cecily se hallaba en el compartimento de *Balios*, con la cabeza contra el cuello del gran caballo negro. El cabello, casi del mismo color que la brea, le caía suelto sobre los hombros. Cuando ella se volvió para mirarlo, Gabriel captó el destello de un rubí alrededor del cuello.

El rostro de la chica se ensombreció de preocupación.

—¿Le ha pasado algo a Will?

—¿Will? —Gabriel se sorprendió.

—He pensado... por su cara... —Suspiró—. Estos últimos días ha estado tan desconsolado. Por si no fuera poco tener a Tessa enferma y herida, saber lo que sabe de Jem... —Negó con la cabeza—. He intentado hablar con él, pero no dice nada.

—Confieso que no sé su estado de ánimo —dijo Gabriel—. Si lo desea, puedo...

—No —repuso Cecily en voz baja; tenía los ojos fijos en la lejanía—. Déjelo.

Gabriel avanzó unos pasos. El suave resplandor amarillo del farol que se hallaba a los pies de la chica le proyectaba un brillo dorado sobre la piel. No llevaba guantes, y sus manos se veían muy blancas contra la negra piel del caballo.

—Yo... —comenzó él—. Parece que ese caballo le gusta mucho.

En silencio, Gabriel se maldijo. Recordó a su padre diciendo una vez que a las mujeres, el sexo débil, les gustaba que las cortejaran con palabras encantadoras y frases sucintas. No estaba muy seguro de lo que era una frase sucinta, pero no dudaba que «parece que ese caballo le gusta mucho» no se contara entre ellas.

A Cecily pareció importarle. Le dio una distraída palmada al caballo antes de volverse hacia Gabriel.

—*Balios* salvó la vida a mi hermano.

—¿Te vas a ir? —preguntó Gabriel de golpe.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Qué dice, señor Lightwood?

—No. —Alzó las manos—. No me llames señor Lightwood. Somos cazadores de sombras. Para ti soy Gabriel.

Las mejillas de Cecily se volvieron de color rosa.

—Gabriel, entonces. ¿Por qué me preguntas si me voy a ir?

—Viniste aquí para llevarte a tu hermano a casa —contestó Gabriel—. Pero resulta evidente que él no se va a ir, ¿no? Está enamorado de Tessa. Se quedará donde esté ella.

—Quizá ella no se quede aquí —replicó Cecily con una expresión indescifrable.

—Creo que sí. Pero incluso si no lo hace, él irá a donde esté ella. Y Jem... Jem se ha convertido en un Hermano Silencioso. Aún es nefilim. Si Will espera volver a verlo, y creo que lo hace, se quedará. Los años le han cambiado, Cecily. Ahora su familia está aquí.

—¿Crees estar diciéndome algo que no he observado ya? El corazón de Will está aquí, no en Yorkshire, en una casa en la que nunca ha vivido, con unos padres que no ha visto en años.

—Entonces, si él no puede volver a casa... he pensado que quizá tú lo hicieras.

—Para que mis padres no estén solos. Sí. Veo por qué se te ha ocurrido. —Cecily vaciló—. Naturalmente, sabes que en unos años se esperaría que me casara y que, de todas formas, dejara a mis padres.

—Pero no para no volver a hablarles nunca. Son exiliados, Cecily. Si te quedas aquí, tendrás que romper totalmente con ellos.

—Lo dices como si quisieras que volviera a casa.

—Lo digo porque me temo que lo harás. —Las palabras se le escaparon antes de poder atraparlas; lo único que pudo hacer fue mirarla mientras un rubor le cubría las mejillas.

Cecily dio un paso hacia él. Sus ojos azules, abiertos como platos, lo miraban. Se preguntó cuándo habían dejado de recordarle a los de Will; eran sólo los ojos de Cecily, de un tono de azul que él sólo asociaba con ella.

—Cuando vine aquí —explicó ella—, pensaba que los cazadores de sombras eran monstruos. Pensaba que tenía que rescatar a mi hermano. Pensaba que regresaríamos a casa juntos, y que mis padres estarían orgullosos de nosotros; que volveríamos a ser una familia. Luego me di cuenta... tú me ayudaste a darme cuenta...

—¿Yo te ayudé? ¿Cómo?

—Tu padre no te dejó elección —contestó ella—. Él exigía que fueras lo que él quería. Y esa exigencia separó a tu familia. Pero mi padre... Él escogió dejar los nefilim y casarse con mi madre. Fue su elección, igual que quedarse con los cazadores de sombras es la de Will. Elegir el amor o la guerra: ambas elecciones son duras, a su manera. Y no creo que mis padres le reprochen a mi hermano su elección. Por encima de todo, lo que importa es que sea feliz.

—Pero ¿y tú? —preguntó Gabriel, y en ese momento estaban muy cerca, casi tocándose—. Ahora tienes que elegir tú, quedarte o regresar.

—Me quedaré —afirmó Cecily—. Elijo la guerra.

Gabriel dejó escapar un suspiro que no sabía que estuviera conteniendo.

—¿Renunciarás a tu hogar?

—¿Una casa llena de corrientes de aire en Yorkshire? —bromeó Cecily—. Esto es Londres.

—¿Y renunciarás a lo que conoces?

—Lo que conozco es aburrido.

—¿Y renunciarás a ver a tus padres? Va contra la Ley...

Ella sonrió, una leve sonrisa.

—Todo el mundo se salta la Ley.

—Cecy —dijo él, y cubrió la mínima distancia que los separaba; de repente ya estaba besándola; sus manos torpes sobre los hombros de ella, al principio, resbalando sobre el tieso tafetán de su vestido

antes de deslizarle los dedos por la nuca y hundirlos en el suave cabello. Ella se tensó, sorprendida, antes de relajarse contra él, que separó los labios al notar el dulce sabor de su boca. Cuando ella se apartó, él se sintió como mareado— ¿Cecy? —dijo él de nuevo con voz ronca.

—Cinco —repuso ella. Tenía los labios y las mejillas ruborizados, pero su mirada era firme.

—¿Cinco? —repitió él sin comprender.

—Mi valoración —dijo, y le sonrió—. Tu habilidad y técnica quizá requieran un poco de trabajo, pero sin duda hay un talento innato. Lo que requieres es práctica.

—¿Y estás dispuesta a ser mi maestra?

—Me sentiría profundamente insultada si escogieras a otra —contestó ella, y le besó de nuevo.

Cuando Will entró en el dormitorio de Tessa, Sophie estaba sentada junto al lecho, murmurando en voz baja. Se volvió al oír cerrarse la puerta. Parecía tensa y preocupada.

—¿Cómo está? —preguntó el chico, mientras hundía las manos en los bolsillos. Le dolía ver a Tessa así, le dolía como si un témpano de hielo se le hubiera alojado entre las costillas y se le clavara en el corazón. Sophie le había trenzado la larga melena a Tessa para que no se le enredara cuando le daba por mover la cabeza sobre la almohada. En ese momento, Tessa respiraba con rapidez; el pecho le subía y bajaba acelerado, los ojos se le movían visiblemente bajo los pálidos párpados... Will se preguntó qué estaría soñando.

—Igual —contestó Sophie, y se puso en pie con agilidad para cederle el sillón junto a la cama—. Ha estado llamando de nuevo.

—¿A alguien en concreto? —preguntó Will, y al instante lamentó haberlo hecho. Sin duda, sus motivos resultarían ridículamente transparentes.

Los ojos color avellana de Sophie se apartaron de él.

—A su hermano —respondió—. Si desea estar unos momentos a solas con la señorita Tessa...

—Sí, por favor, Sophie.

Ella se detuvo junto a la puerta.

—Señorito William —dijo entonces.

Él acababa de sentarse junto a la cama, y la miró.

—Lamento haber pensado y hablado mal de usted durante todos estos años —prosiguió Sophie—. Entiendo ahora que sólo estaba haciendo lo que todos tratamos de hacer. Lo que podemos.

Will puso las manos sobre la izquierda de Tessa, que tiraba febril de la colcha.

—Gracias —contestó, incapaz de mirar directamente a la doncella; al cabo de un instante oyó cerrarse la puerta.

Miró a Tessa. En ese momento estaba tranquila, y las pestañas se le movían al respirar. Tenía ojeras de un azul oscuro, y las venas formaban una delicada filigrana en las sienes y el interior de las muñecas. Cuando la recordaba resplandeciente de gloria, era imposible creer que fuera frágil; sin embargo, ahí estaba. Le notaba la mano caliente bajo las suyas, y cuando le rozó la mejilla con el dorso, la piel le ardía.

—Tess —susurró—. El infierno es frío. ¿Recuerdas cuando me lo dijiste? Estábamos en los sótanos de la Casa Oscura. Cualquier otra persona habría sentido pánico, pero tú estabas tan tranquila como una institutriz, diciéndome que el infierno estaba cubierto de hielo. Si lo que te aparta de mí es el fuego del Cielo, qué cruel ironía sería.

Ella inspiró profundamente, y por un momento, el corazón de Will dio un brinco; ¿le habría oído? Pero sus ojos permanecieron cerrados.

Él le apretó la mano.

—Vuelve —pidió—. Vuelve conmigo, Tessa. Henry dice que quizá, como has tocado el alma de un ángel, estés soñando con el Cielo, con campos de ángeles y flores de fuego. Quizá seas feliz en esos sueños, pero te lo pido por puro egoísmo. Vuelve conmigo. Porque no puedo soportar perder todo mi corazón.

Ella volvió lentamente la cabeza hacia él, y separó los labios como si estuviera a punto de hablar. Él se inclinó hacia ella, con el corazón acelerado.

—¿Jem? —dijo ella.

Will se quedó inmóvil, su mano aún envolvía la de ella. Tessa abrió los ojos parpadeando, tan grises como el cielo antes de la lluvia, tan grises como las colinas de pizarra de Gales. El color de las lágrimas. Lo miró, con una mirada que iba más allá de él, sin verlo en absoluto.

—Jem —repitió ella—. Jem, lo siento tanto... Todo es culpa mía.

Will se volvió a acercar, no pudo evitarlo. Ella estaba hablando, y de un modo comprensible, por primera vez en días. Aunque no fuera a él.

—No es tu culpa —la tranquilizó el chico.

Ella le devolvió el apretón ardiendo; cada uno de los dedos pareció quemarle la piel a Will.

—Pero sí lo es —continuó ella—. Es por mí que Mortmain te dejó sin *yin fen*. Es por mí que todos estuvisteis en peligro. Se supone que yo te amaba, y lo único que hice fue acortar tu vida.

Will respiró entrecortadamente. El témpano de hielo volvía a estar clavado en su corazón, y se sintió como si respirara alrededor de él. Y, sin embargo, no eran celos, sino una pena más profunda e intensa que cualquier otra que hubiera sentido antes. Pensó en Sydney Carton. «Piense de vez en cuando que hay un hombre que daría su vida para conservar una vida que usted ama junto a usted». Sí, él habría hecho eso por Tessa; habría muerto para que los que ella necesitaba se quedaran a su lado, y lo mismo habría hecho Jem por él o por Tessa, y ella, pensó, también por ellos dos. Era un lío casi incomprensible, ellos tres, pero una cosa era cierta: que no faltaba amor entre ellos.

«Soy lo suficientemente fuerte para eso», se dijo a sí mismo mientras alzaba con cuidado la mano de Tessa.

—Vivir no es sólo sobrevivir —aseveró—. También hay la felicidad. Conoces a James, Tessa. Sabes que él habría escogido el amor en vez de los años.

Pero ella sólo movió la cabeza de un lado a otro encima de la almohada.

—¿Dónde estás, Jem? Te busco en la oscuridad, pero no puedo encontrarte. Tú eres mi prometido; deberíamos estar unidos por lazos que no pudieran romperse. Y, no obstante, cuando estabas muriendo, yo no estaba allí. No te dije adiós.

—¿Qué oscuridad? Tessa, ¿dónde estás? —Will le apretó la mano—. Dame un modo de encontrarte.

Ella se arqueó en la cama de repente, la mano se le tensó sobre la de Will.

—¡Lo siento! —se lamentó casi sin voz—. Jem... lo siento... te he ofendido, te he ofendido horriblemente...

—¡Tessa! —Will se puso en pie de golpe, pero la muchacha ya se había desplomado sin fuerzas sobre el colchón, jadeante.

Will no pudo evitarlo. Gritó llamando a Charlotte como un niño que acabara de despertarse de una pesadilla, como nunca se había permitido gritar cuando sí era un niño y despertaba en el Instituto, que aún no conocía, y ansiaba que alguien le consolara, pero sabía que no debía hacerlo.

Charlotte llegó corriendo tras atravesar gran parte del Instituto, como él había sabido siempre que ella correría si él la llamaba. Llegó, jadeante y asustada; echó una mirada a Tessa en la cama, y a Will cogiéndole la mano, y él vio cómo el terror abandonaba su rostro, para ser reemplazado por una inexpresable pena.

—Will...

Éste soltó suavemente la mano de Tessa, y se volvió hacia la puerta.

—Charlotte —dijo—. Nunca te he pedido que emplearas tu cargo como directora del Instituto para ayudarme...

—Mi cargo no puede ayudar a Tessa.

—Sí puede. Debes traer aquí a Jem.

—No puedo pedir eso —repuso Charlotte—. Jem sólo ha comenzado a servir en la Ciudad Silenciosa. Los nuevos Iniciados no pueden salir de allí durante el primer año...

—Vino a luchar.

Charlotte se apartó un mechón del rostro. A veces parecía muy joven, como en ese momento, aunque antes, delante del Inquisidor, en el salón, no.

—Eso lo decidió el hermano Enoch.

El convencimiento hizo que Will se enderezara. Durante muchos años había dudado de su propio corazón. Ya no.

—Tessa necesita a Jem —afirmó—. Conozco la Ley, sé que no puede venir, pero... los Hermanos Silenciosos deben cortar todo lo que los ata al mundo mortal antes de unirse a la Hermandad. Ésa también es la Ley. El vínculo entre Tessa y Jem no ha sido cortado. Entonces ¿cómo va regresar ella al mundo mortal, si no puede ver a Jem una última vez?

Charlotte guardó silencio durante un rato. Había una sombra en su rostro, una que Will no podía definir. Sin duda, ella querría hacerlo, por Jem, por Tessa, por ambos.

—Muy bien —respondió finalmente—. Veré qué puedo hacer.

Descabalgaron para beber en el torrente tan claro, y allí ella vio la sangre de su buen corazón corriendo por el arroyo, «Detente, detente, lord William —dijo—, porque temo que os maten»; «Sólo es el tinte de mi túnica escarlata, que reluce sobre el arroyo».

—¡Oh, por el amor de Dios! —masculló Sophie mientras pasaba ante la cocina. ¿De verdad tenía Bridget que ser tan morbosa en todas sus canciones, y tenía además que usar el nombre de Will? Como si el pobre chico no hubiera sufrido lo suficiente...

Una sombra se materializó saliendo de la oscuridad.

—¿Sophie?

Ésta gritó y casi dejó caer el cepillo de las alfombras. Una luz mágica se encendió en el apagado corredor, y la chica vio unos conocidos ojos gris verdoso.

—¡Gideon! —exclamó—. Por el cielo, me has dado un susto de muerte.

Él parecía arrepentido.

—Me disculpo. Sólo quería desearte buenas noches, y sonreías al caminar. He creído...

—Estaba pensando en el señorito Will —dijo ella, y luego sonrió de nuevo al ver la desolada expresión de Gideon—. Hace sólo unos años, si me hubieras dicho que alguien le estaba atormentando, me habría encantado, pero ahora lo compadezco. Eso es todo.

Él la miró muy serio.

—Yo también lo compadezco. Cada día que Tessa no despierta, se le ve perder un poco de vida.

—Si el señorito Jem estuviera aquí... —Sophie suspiró—. Pero no está.

—Debemos aprender a vivir sin muchas cosas estos días. —Gideon le acarició suavemente la mejilla con los dedos. Los tenía ásperos, callosos. No eran los dedos finos de un caballero. Sophie le sonrió.

—No me has mirado durante la cena —le reprochó él, bajando la voz. Era cierto; habían resuelto la cena rápidamente, con pollo asado frío y patatas. Nadie parecía tener mucho apetito, excepto Gabriel y Cecily, que habían comido como si se hubieran pasado el día entrenando. Y quizá lo hubieran hecho.

—He estado preocupada por la señora Branwell —confesó la doncella—. Ha estado tan inquieta por el señor Branwell, y también por la señorita Tessa... se está consumiendo, y el bebé... —Se mordió el labio—. Estoy preocupada —repitió. No quería decir más. Era difícil perder las reticencias de toda una vida de servicio, incluso estando prometida a un cazador de sombras.

—Tu corazón es todo bondad —observó Gideon, y le deslizó los dedos por la mejilla hasta los labios, que le rozó como si fuera el más leve de los besos. Luego se apartó—. He visto a Charlotte entrar sola en el salón, hace sólo un momento. Quizá podrías hablarle de tus preocupaciones, ¿no?

—No podría...

—Sophie —le recriminó Gideon—, no eres sólo la criada de Charlotte; eres su amiga. De hablar con alguien, será contigo.

El salón estaba frío y oscuro. No había fuego en la chimenea, y ninguna de las lámparas estaba encendida para iluminar la noche, que dejaba la sala entre tinieblas y sombras. Sophie tardó un

momento en darse cuenta de que una de las sombras era Charlotte, una silueta pequeña sentada en un sillón tras el escritorio.

—Señora Branwell —dijo, y una gran vergüenza la sobrecogió a pesar de los ánimos de Gideon. Dos días antes, Charlotte y ella habían luchado codo a codo en Cadair Idris. Ahora volvía a ser una criada, que había entrado allí para limpiar la rejilla y el polvo de la habitación para usarla el día siguiente. Un cubo de carbón en una mano, el yesquero en el bolsillo del delantal—. Perdone... no pretendía interrumpirla.

—No me interrumpes, Sophie. No es nada importante. —La voz de Charlotte, la doncella nunca se la había oído así antes, sonaba tan pequeña y tan derrotada.

Sophie dejó el carbón junto al fuego y se acercó, vacilante, a su señora. Ésta estaba sentada con los codos apoyados en el escritorio y el rostro entre las manos. Había una carta sobre la mesa, con el sello del Consejo roto. De repente, a Sophie se le aceleró el corazón, al recordar que el Cónsul les había ordenado que abandonaran el Instituto antes de la batalla de Cadair Idris. Pero sin duda se había demostrado que tenían razón, ¿no? Seguro que derrotar a Mortmain habría invalidado el edicto del Cónsul, sobre todo ya que estaba muerto, ¿verdad?

—¿To... todo bien, señora?

Charlotte señaló el papel, con un gesto desesperado. Sophie corrió a su lado, con el corazón helado, y cogió la carta de la mesa.

Señora Branwell:

Teniendo en cuenta el carácter de la correspondencia que envié a mi difunto colega, el cónsul Wayland, podría sorprenderse al recibir esta misiva. La Clave, sin embargo, se halla en la situación de requerir un nuevo Cónsul, y cuando se hizo la votación, la preferencia entre nosotros fue usted.

Puedo entender que esté satisfecha dirigiendo el Instituto, y que no desee asumir la responsabilidad de este cargo, sobre todo después de las heridas sufridas por su esposo en su valiente batalla contra el Magíster. No obstante, creo que es mi deber ofrecerle esta oportunidad, no sólo porque es usted la preferencia del Consejo, sino también porque, dado lo que sé de usted, creo que sería uno de los mejores Cónsules con los que he tenido el privilegio de servir.

Con mi mayor estima, suyo sinceramente,

Inquisidor Whitelaw

—¡Cónsul! —exclamó Sophie, y el papel se le escapó de los dedos—. ¿La quieren nombrar Cónsul?

—Eso parece. —La voz de Charlotte era desolada.

—Yo... —Sophie buscó qué decir. La idea de que el Instituto de Londres no estuviera dirigido por ella era horrible. Pero el cargo de Cónsul era un honor, el mayor que podía otorgar la Clave, y ver que Charlotte recibía ese honor que se había ganado a tal precio...—. Nadie lo merece más que usted —dijo finalmente.

—Oh, Sophie, no. Yo fui la que decidí enviaros a todos a Cadair Idris. Por mi culpa Henry no volverá a caminar. Yo se lo hice.

—Él no puede culparla. Él no la culpa.

—No, él no, pero yo sí me culpo. ¿Cómo puedo ser Cónsul y enviar a los cazadores de sombras a morir luchando? No quiero esa responsabilidad.

Sophie le cogió la mano y se la apretó.

—Charlotte —comenzó—, no se trata de enviar a los cazadores a luchar; a veces se trata de impedirselo. Usted tiene un corazón compasivo y una mente reflexiva. Durante años ha dirigido el Enclave. Claro que tiene el corazón roto por el señor Branwell, pero ser Cónsul no es sólo cuestión de arrebatar vidas, sino también de salvarlas. De no ser por usted, si sólo hubiera estado el cónsul Wayland, ¿cuántos cazadores de sombras habrían muerto a manos de las criaturas de Mortmain?

Charlotte miró las manos rojas y ásperas de Sophie sobre las suyas.

—Sophie —repuso—. ¿Cuándo te has vuelto tan sabia?

La chica se sonrojó.

—He aprendido de usted, señora.

—Oh, no —replicó Charlotte—. Hace un momento me has llamado Charlotte. Como futura cazadora de sombras, Sophie, debes tutearme de ahora en adelante. Y traeremos a otra doncella para que ocupe tu puesto, así tendrás tiempo para prepararte para la Ascensión.

—Gracias —susurró Sophie—. ¿Y vas a aceptar la oferta? ¿Serás Cónsul?

Charlotte se soltó de la mano de Sophie y cogió la pluma.

—Sí —contestó—, con tres condiciones.

—¿Cuáles?

—La primera que se me permita dirigir la Clave desde el Instituto, aquí, y no trasladarme con mi familia a Idris, al menos durante los primeros años. Porque no quiero dejaros, y además, quiero estar aquí para preparar a Will para que dirija el Instituto cuando yo me vaya.

—¿Will? —exclamó Sophie atónita—. ¿Dirigir el Instituto?

Charlotte sonrió.

—Claro —contestó—. Ésa es la segunda condición.

—¿Y la tercera?

La sonrisa de Charlotte desapareció y fue reemplazada por una expresión de determinación.

—De ésa, verás los resultados mañana mismo, si la aceptan —respondió, e inclinó la cabeza para comenzar a escribir.

QUE CUALQUIER MAL

Venid, partamos; tus mejillas están pálidas; pero dejo la mitad de mi vida atrás; creo que mi amigo está bien consagrado; pero yo moriré; mi trabajo fracasará... lo oigo ahora, y una y otra vez. Saludos eternos a los muertos; y

«Ave, Ave, Ave», dice, «Adieu, adieu» para siempre.

ALFRED, LORD TENNYSON, *In Memoriam A. H. H.*

Tessa se estremeció; la fría agua corría alrededor de ella en la oscuridad. Pensó que podría estar yaciendo en el fondo del universo, donde el río del olvido dividía el mundo en dos, o quizá aún siguiera en el torrente donde había caído después de saltar del carruaje de las Hermanas Oscuras, y todo lo que había ocurrido después había sido un sueño. Cadair Idris, Mortmain, el ejército mecánico, los brazos de Will abrazándola...

La culpabilidad y la pena la atravesaron como una lanza, y arqueó el cuerpo, las manos rascaban en busca de una sujeción en la oscuridad. Le corría fuego por las venas, mil torrentes de agonía. Tomó una bocanada de aire, y de repente tuvo algo frío contra los dientes, separándole los labios, y la boca se le llenó de una acritud helada. Tragó con fuerza, atragantándose...

Y notó que el fuego de las venas se apagaba. El hilo la hizo estremecer al recorrerla. Abrió los ojos a un mundo que daba vueltas y luego se enderezaba. Lo primero que vio fueron unas manos pálidas y delgadas apartando un vial («el frío en la boca, el sabor amargo en la lengua»), y luego los contornos de su habitación en el Instituto.

—Tessa —dijo una voz conocida—. Esto te mantendrá lúcida durante un rato, pero no debes permitirte caer de nuevo en la oscuridad y los sueños.

Se quedó inmóvil, sin atreverse a mirar.

—¿Jem? —susurró.

El ruido del vial al ser depositado sobre la mesilla de noche. Un suspiro.

—Sí —contestó él—. Tessa. ¿Vas a mirarme?

Ella volvió la cabeza y miró. Y ahogó un grito.

Era Jem y no era Jem.

Llevaba la túnica pergamino de los Hermanos Silenciosos, abierta en la garganta, donde se veía el cuello de una camisa corriente. La capucha estaba bajada, y dejaba el rostro al descubierto. Tessa veía los cambios que sólo había vislumbrado en medio del ruido y la confusión de la batalla de Cadair Idris. Los delicados pómulos estaban marcados con las runas que ella había visto antes, una en cada uno, largas cicatrices que no eran como las runas corrientes de los cazadores de sombras. Su cabello ya no era de plata pura; tenía mechones de un marrón muy oscuro, sin duda el color con el que habría nacido. Las pestañas también se le habían vuelto negras. Parecían finos hilos de seda contra la pálida piel; aunque ya no era tan pálida como antes.

—¿Cómo es posible —preguntó Tessa en un susurro— que estés aquí?

—El Consejo me hizo venir de la Ciudad Silenciosa. —Su voz tampoco era la misma. Había algo frío en ella, algo que no había estado antes—. La influencia de Charlotte, se me dio a entender. Se me ha permitido estar una hora contigo, no más.

—Una hora —repitió Tessa, asombrada. Alzó la mano para apartarse un mechón del rostro. Debía de estar horrible, con el camisón arrugado, el cabello colgándole en trenzas enredadas, y los labios secos y cortados. Llevó la mano al ángel mecánico que le colgaba del cuello; un gesto habitual y familiar, en busca de consuelo, pero el ángel ya no estaba allí—. Jem, pensé que habías muerto.

—Sí —repuso él, y había algo remoto en su voz, una distancia que le recordó a Tessa los icebergs que había visto desde el *Main*, témpanos flotando a lo lejos en el agua helada—. Lo siento. Lamento no haber podido, de algún modo... no haber podido decírtelo.

—Creía que estabas muerto —repitió Tessa—. No puedo creer que seas real, ahora. He soñado contigo, una y otra vez. Había un pasillo oscuro y tú te alejabas de mí, y por mucho que te llamara, no podías, no querías, volverte para mirarme. Quizá esto sea sólo otro sueño.

—Esto no es un sueño. —Se puso en pie y se quedó ante ella, con las blancas manos entrelazadas ante sí, y ella no pudo olvidar que había sido así como se le había declarado: de pie, mientras ella estaba sentada en la cama, mirándolo, incrédula, igual que en ese momento.

Él abrió las manos lentamente, y en las palmas, como en las mejillas, ella vio que tenía unas grandes runas negras cortadas. No estaba tan familiarizada con el *Códice* como para reconocerlas, pero supo instintivamente que no eran las runas de un cazador de sombras corriente. Hablaban de un poder muy superior.

—Me dijiste que era imposible —susurró Tessa—. Que no podías convertirte en un Hermano Silencioso.

Él le dio la espalda. Había algo en la forma de moverse que era diferente, algo de la suavidad con que se deslizaban los Hermanos Silenciosos. Era hermoso y escalofriante al mismo tiempo. ¿Y qué estaba haciendo? ¿Acaso no soportaba mirarla?

—Te dije lo que yo creía —contestó él, con el rostro vuelto hacia la ventana. De perfil, Tessa vio que parte de la dolorosa delgadez de su rostro había desaparecido. Los pómulos ya no eran tan pronunciados, los huecos de las sienes no eran tan oscuros—. Y lo que era cierto. Que el *yin fen* en mi sangre impedía que me pudieran imponer las runas de la Hermandad. —Tessa vio cómo le subía y bajaba el pecho bajo la túnica de pergamino, y casi la sorprendió: la necesidad de respirar parecía tan humana...—. Todos los esfuerzos que se habían hecho para apartarme poco a poco del *yin fen* casi me habían matado. Cuando cesé de tomar porque no había más, sentí que mi cuerpo comenzaba a romperse, de dentro afuera. Y pensé que no tenía nada más que perder. —La intensidad en la voz de Jem la hizo más cálida, ¿había un tono de humanidad en ella, una grieta en la armadura de la Hermandad?—. Le rogué a Charlotte que llamara a los Hermanos Silenciosos y les pidiera que me impusieran las runas de la Hermandad en el último momento posible, justo cuando la vida estuviera dejando mi cuerpo. Sabía que las runas podían significar una muerte muy dolorosa, pero era la única opción.

—Dijiste que no querías convertirte en un Hermano Silencioso; que no querías vivir eternamente...

Él había dado varios pasos por el cuarto y estaba junto al tocador. Cogió algo metálico y brillante del pequeño joyero. Sorprendida, Tessa se dio cuenta de que era su ángel mecánico.

—Ya no hace tictac —dijo él.

Ella no pudo interpretar su voz; era distante, tan lisa y fría como la piedra.

—Ha perdido su corazón. Cuando Cambié en el ángel, lo liberé de su prisión mecánica. Ya no vive dentro. Ya no me protege.

Él cerró la mano alrededor del ángel, y las alas se le clavaron en la carne de la palma.

—Debo decírtelo —comenzó él—. Cuando recibí la petición de Charlotte de venir aquí, fue en contra de mis deseos.

—¿No querías verme?

—No. No quería que tú me miraras como me estás mirando ahora.

—Jem... —Tessa tragó saliva, y notó la amargura de la tisana que él le había dado. Un torbellino de recuerdos, la oscuridad bajo Cadair Idris, el pueblo en llamas, los brazos de Will rodeándola... Will. Pero había creído que Jem estaba muerto—. Jem —dijo de nuevo—. Cuando te vi vivo, bajo Cadair Idris, pensé que estaba soñando o que era mentira. Había creído que estabas muerto. Fue el peor momento de mi vida. Créeme, por favor, cree que mi alma se alegró al verte de nuevo cuando creí que nunca más volvería a hacerlo. Es sólo que...

Él soltó el ángel metálico, y ella le vio las líneas de sangre en la mano, donde las puntas de las alas le habían cortado, arañazos sobre las runas de las palmas.

—Te resulto extraño. No humano.

—Para mí siempre serás humano —susurró Tessa—. Pero no acabo de ver a mi Jem en ti.
Él cerró los ojos. Ella estaba acostumbrada a verle oscuras sombras sobre los párpados, pero ya no estaban.

—No tuve elección. Tú no estabas y, en mi lugar, Will había ido tras de ti. No temía la muerte, pero sí temía abandonar a los dos. Éste fue, entonces, mi único recurso. Para vivir, para alzarme y luchar. Un poco de color tocó su voz. Había pasión bajo la fría distancia de los Hermanos Silenciosos.

—Pero sabía lo que perdería —continuó él—. Hubo un tiempo en que entendías mi música. Ahora me miras como si no me conocieras. Como si nunca me hubieras amado.

Tessa salió de debajo de las sábanas y se puso en pie. Fue un error. De repente, la cabeza le dio vueltas, las rodillas se le doblaron. Tendió la mano para cogerse a uno de los postes y en vez de eso se encontró agarrando la túnica pergamino de Jem. Él había corrido hacia ella con el grácil paso silencioso de los Hermanos que era como humo ascendiendo, y la rodeaba con los brazos, sujetándola.

Ella se quedó inmóvil en sus brazos. Él estaba cerca, lo bastante cerca para que ella pudiera notar el calor de su cuerpo, pero no lo notaba. Su olor habitual a humo y azúcar quemado había desaparecido. Sólo quedaba el vago aroma de algo seco y frío como la piedra vieja o el papel. Le notó el amortiguado latido del corazón, le vio el pulso en el cuello. Lo miró maravillada, y memorizó las líneas y los ángulos de su rostro, las cicatrices de los pómulos, la áspera seda de las pestañas, el arco de los labios.

—Tessa. —La palabra le salió como un gemido, como si ella le hubiera golpeado. Había un levísimo color en sus mejillas, sangre bajo la nieve—. Oh, Dios —exclamó, y le hundió el rostro en la curva del cuello, donde comenzaba el hombro, con la mejilla contra el cabello de ella; las manos planas sobre la espalda, apretándola contra él. Tessa le notó temblar.

Por un momento, ella se sintió liberada por un intoxicante alivio, la sensación de Jem bajo sus manos. Quizá no se creía realmente en algo hasta que se tocaba. Y ahí estaba él, al que había creído muerto, abrazándola, respirando y vivo.

—Te noto igual —dijo ella—. Y, sin embargo, pareces tan diferente... Eres diferente.

Él se apartó de ella, con un esfuerzo que le hizo morderse el labio y tensar los músculos del cuello. La sujetó suavemente por los hombros y la hizo sentarse de nuevo en el borde de la cama. Cuando la soltó, apretó los puños. Dio un paso atrás. Ella le vio respirar, vio el pulso palpitándole en el cuello.

—Soy diferente —afirmó él en voz baja—. He cambiado. Y no de un modo reversible.

—Pero aún no eres totalmente uno de ellos —repuso ella—. Puedes hablar... y ver...

Él soltó aire lentamente. Aún miraba el poste de la cama como si contuviera los secretos del universo.

—Es un proceso. Una serie de rituales y trámites. No, aún no soy del todo un Hermano Silencioso, pero pronto lo seré.

—Así que el *yin fen* no lo evitó.

—Casi. Hubo... dolor cuando realicé la transición. Mucho dolor, casi me mató. Hicieron lo que pudieron, pero nunca seré como los otros Hermanos Silenciosos. —Bajó la vista y las pestañas le velaron los ojos—. No seré... del todo como ellos. Seré menos poderoso, porque aún hay algunas runas que no puedo soportar.

—¿Y no pueden esperar ahora a que todo el *yin fen* salga de tu cuerpo?

—No pasará. Mi cuerpo se ha detenido en el estado que se encontraba cuando me pusieron las primeras runas aquí. —Indicó las cicatrices del rostro—. Debido a eso, hay habilidades que no podré adquirir. Me costará mucho más tiempo dominar su visión y el habla mental.

—¿Significa eso que no te sacarán los ojos, ni te coserán los labios?

—No lo sé. —Su voz era suave, casi totalmente la voz del Jem que ella conocía. Había un ligero rubor en sus pómulos, y Tessa pensó en una columna hueca de mármol que lentamente se fuera llenando de sangre humana—. Me tendrán durante mucho tiempo. Tal vez para siempre. No puedo decir qué pasará. Me he entregado a ellos. Mi destino está en sus manos.

—Si pudiéramos liberarte de ellos...

—Entonces, el *yin fen* que queda en mí volvería a arder, y volvería a ser como antes, un adicto, muriendo. Ésta es mi elección, Tessa, porque la alternativa es la muerte. Sabes que lo es. No quiero dejarte. Incluso sabiendo que convertirme en un Hermano Silencioso me aseguraba la supervivencia, luché contra ello como si fuera una sentencia de prisión. Los Hermanos Silenciosos no se casan. No pueden tener *parabatai*. Sólo pueden vivir en la Ciudad Silenciosa. No ríen. No interpretan música.

—¡Oh, Jem! —exclamó Tessa—. Quizá los Hermanos Silenciosos no interpreten música, pero tampoco los muertos. Si ésta es la única forma en que puedes vivir, entonces me alegro en el alma por ti, aunque mi corazón esté triste.

—Te conozco demasiado bien para creer que sería de otra manera.

—Y yo te conozco lo suficiente para saber que te sientes oprimido por la culpa. Pero ¿por qué? No has hecho nada malo.

Él inclinó la cabeza hasta apoyar la frente en el poste de la cama. Cerró los ojos.

—Por eso no quería venir.

—Pero no estoy enfadada...

—No creía que tú estuvieras enfadada —soltó Jem, y fue como si el hielo se quebrara en una cascada helada, liberando un torrente—. Estábamos prometidos, Tessa. Un compromiso, un ofrecimiento de matrimonio, es una promesa. Una promesa de amar a alguien y estar juntos siempre. No pretendía romper la mía. Pero era eso o morir. Quería esperar, casarme contigo y vivir juntos durante años, pero no era posible. Me estaba muriendo demasiado de prisa. Lo habría dado todo por estar casado contigo un día. Un día que nunca habría llegado. Me haces recordar, recordar todo lo que estoy perdiendo. La vida que no tendré.

—Dar tu vida por un día de matrimonio no habría valido la pena —repuso ella. El corazón le latía enviándole un mensaje que le hablaba de los brazos de Will rodeándola, de sus labios en los suyos en la cueva bajo Cadair Idris. No se merecía la confesión de Jem, su penitencia, o su anhelo—. Jem, debo decirte algo.

Él la miró. Tessa le vio el negro en los ojos, hilos de negro junto a la plata, hermosos y raros.

—Es sobre Will. Sobre Will y yo.

—Te ama —repuso él—. Sé que te ama. Hablamos de ello antes de que se fuera de aquí. —Aunque la frialdad no había regresado a su voz, de repente casi estaba teñida de una tranquilidad antinatural.

Tessa se sorprendió.

—No sabía que habíais hablado de eso. Will no me lo ha dicho.

—Ni tampoco me habló nunca de sus sentimientos, aunque tú lo sabías hacía meses. Todos tenemos nuestros secretos que ocultamos porque no queremos hacer daño a la gente que nos ama. —Había una especie de advertencia en su voz, ¿o se la estaba imaginando?

—Ya no quiero ocultarte ningún secreto —repuso Tessa—. Creía que estabas muerto. Tanto Will como yo lo creíamos. En Cadair Idris...

—¿Me amabas? —la interrumpió él. Parecía una pregunta extraña y, sin embargo, la hizo sin implicación ni hostilidad, y esperó calmadamente la respuesta.

Ella lo miró, y recordó las palabras de Woolsey, como un susurro o una plegaria. «La mayoría de la gente nunca encuentra un gran amor en su vida. Tú tienes la suerte de haber encontrado dos». Por un momento, dejó de lado su confesión.

—Sí. Te amaba. Aún te amo. También amo a Will. No puedo explicarlo. No lo sabía cuando acepté casarme contigo. Te amo, aún te amo, nunca te amé menos por amarle a él. Parece una locura, pero si alguien puede entenderlo...

—Lo entiendo —dijo él—. No hace falta que me digas nada más sobre Will y tú. No hay nada que podáis haber hecho que me haga dejar de amaros a los dos. Will soy yo, mi propia alma, y si no voy a poder tener tu corazón, entonces no hay nadie más que prefiera que tenga ese honor. Y cuando me haya ido, debes ayudar a Will. Esto será... será duro para él.

Tessa le escrutó el rostro con la mirada. La sangre le había abandonado las mejillas; estaba pálido y tranquilo. Tenía el mentón firme. Eso le dijo todo lo que ella necesitaba entender: «No me cuentes más, no quiero saberlo».

Algunos secretos, pensó Tessa, era mejor contarlos; otros era mejor que siguieran siendo el peso del que los cargaba, que no causaran dolor a otros. Por eso no le había confesado a Will que lo amaba, cuando no había nada que ninguno de los dos pudiera hacer.

Decidió no decir lo que había estado pensando decir.

—No sé lo que haré sin ti —dijo en su lugar.

—Yo me pregunto lo mismo. No quiero dejarte. No puedo dejarte. Pero si me quedo, moriré aquí.

—No. No debes quedarte. No vas a quedarte, Jem. Prométeme que te irás. Ve a ser un Hermano Silencioso, y vive. Te diría que te odio si pensara que me ibas a creer, si eso hiciera que te marcharas. Quiero que vivas. Aunque eso signifique que no volveré a verte nunca.

—Me verás —aseveró él con calma, alzando la cabeza—. De hecho, existe una posibilidad... sólo una posibilidad, pero...

—Pero ¿qué?

Él se calló, vacilando, pareció tomar una decisión.

—Nada. Tonterías.

—Jem.

—Me verás de nuevo, pero no con frecuencia. Sólo he comenzado mi viaje, y hay muchas Leyes que gobiernan la Hermandad. Me iré alejando de mi vida anterior. No puedo decir qué capacidades o qué cicatrices tendré. No puedo decir cuán diferente seré. Me temo que me perderé a mí y a mi música. Me temo que me convertiré en algo que no es completamente humano. Sé que no seré tu Jem.

Tessa sólo pudo menear la cabeza.

—Pero los Hermanos Silenciosos... visitan... se relacionan con los cazadores de sombras... ¿No puedes...?

—No durante el tiempo de formación. E incluso cuando acabe, rara vez. Nos ves cuando alguien está enfermo o agonizando, cuando nace un niño, para los rituales de las primeras runas o de *parabatai*... pero no visitamos los hogares de los cazadores de sombras sin que nos llamen.

—Entonces, Charlotte puede llamarte.

—Me ha llamado esta vez, pero no puede hacerlo una y otra vez, Tessa. Un cazador de sombras no puede llamar a un Hermano Silencioso sin una razón.

—Pero yo no soy una cazadora de sombras —insistió Tessa—. No de verdad.

Hubo un largo silencio mientras ambos se miraban. Ambos obstinados. Ambos inmóviles. Finalmente fue él quien habló.

—¿Te acuerdas cuando estuvimos juntos en el Blackfriars Bridge? —le preguntó, y sus ojos eran como habían sido aquella noche, negro y plata.

—Claro que me acuerdo.

—Fue en ese momento cuando supe que te amaba —explicó Jem—. Te hago una promesa. Todos los años, Tessa, un día, me reuniré contigo en ese puente. Vendré desde la Ciudad Silenciosa, me encontraré contigo y estaremos juntos, aunque sólo durante una hora. Pero no debes decírselo a nadie.

—Una hora cada año —susurró Tessa—. No es mucho. —Pero se recompuso y respiró hondo—. Pero vivirás. Vivirás. Eso es lo importante. No tendré que ir a visitar tu tumba.

—No, no durante mucho tiempo —aseguró él, y la distancia volvía a estar en su voz.

—Entonces, esto es un milagro —repuso ella—. Y los milagros no se cuestionan, ni se protesta porque no están hechos perfectamente de acuerdo con lo que queríamos. —Se llevó la mano al colgante de jade que pendía de su cuello—. ¿Debo devolverte esto?

—No —contestó él—. No voy a casarme con nadie. Y no me llevaré el regalo de bodas de mi madre a la Ciudad Silenciosa. —Le acarició el rostro suavemente, un roce de piel sobre piel—. Cuando esté en la oscuridad, quiero pensar en él bajo la luz, contigo —dijo; se incorporó y fue hacia la puerta. La

túnica pergamino de los Hermanos Silenciosos se movió con él, y Tessa se quedó observándolo, paralizada, cada latido del corazón expresando las palabras que ella no podía decir: «Adiós. Adiós. Adiós».

Y él se fue.

Si Will cerraba los ojos, podía oír los ruidos del Instituto despertándose por la mañana, o al menos se los imaginaba: Sophie preparaba la mesa del desayuno; Charlotte y Cyril ayudaban a Henry a sentarse en su silla; los hermanos Lightwood bromeaban medio dormidos por los pasillos; Cecily, sin duda, lo buscaba a él en su habitación, como llevaba varias mañanas haciendo, tratando, y no logrando, de ocultar su preocupación.

Y en la habitación de Tessa, Jem y ella hablaban.

Sabía que Jem estaba allí, porque el carruaje de los Hermanos Silenciosos se hallaba en el patio. Lo podía ver desde la ventana de la sala de entrenamiento. Pero eso no era algo en lo que pudiera pensar. Era lo que él había querido, lo que le había pedido a Charlotte, aunque en esos momentos, cuando estaba teniendo lugar, fue consciente de que no soportaba pensar demasiado en ello. Así que se había ido a la sala a la que siempre iba cuando tenía demasiadas cosas en la cabeza; llevaba tirando cuchillos contra la pared desde el amanecer, y tenía la camisa empapada de sudor y pegada a la espalda.

Tunc, tunc, tunc. Los cuchillos se clavaban en la pared, todos en el centro de la diana. Recordaba cuando tenía doce años y conseguir que el cuchillo se clavara cerca del objetivo le había parecido un sueño imposible. Jem le había ayudado, le había enseñado cómo sujetarlo, cómo colocar la punta y lanzarlo. De todos los espacios del Instituto, la sala de entrenamiento era el que más asociaba con Jem, sin contar con el dormitorio de su amigo, y de él habían retirado todas sus pertenencias. En ese momento era otra habitación vacía en el Instituto, esperando a otro cazador de sombras para habitarla. Incluso *Iglesia* no parecía querer entrar; a veces se quedaba en la puerta, como hacían los gatos, pero ya no dormía en la cama como había hecho cuando Jem vivía allí.

Se estremeció; la sala de entrenamiento estaba fría a primeras horas de la gris mañana; el fuego de la chimenea estaba casi apagado, una espinosa sombra de rojo y dorado proyectada por coloridas ascuas. Will veía a los dos chicos, sentados en el suelo ante el fuego en esa misma estancia, uno con cabello negro, negro, y el otro con un cabello tan claro como la nieve. Le había estado enseñando a Jem a jugar al *ecerte* con una baraja de cartas que había robado del salón.

En un momento dado, molesto por perder, Will había tirado las cartas al fuego y las había observado, fascinado, arder una a una, mientras las llamas hacían agujeros en el reluciente papel blanco. Jem había reído.

—No puedes ganar así.

—A veces, es la única manera de ganar —le había contestado Will—. Quemarlo todo.

Fue a recoger los cuchillos de la pared, ceñudo. «Quemarlo todo». Aún le dolía todo el cuerpo. Mientras arrancaba los puñales, vio que tenía hematomas de color verde azulado en los brazos, a pesar de los *iratzes*, y cicatrices de la batalla de Cadair Idris que le quedarían para siempre. Pensó en luchar junto a Jem en esa batalla. Quizá no lo había apreciado en aquel momento. La última, última vez.

Como un eco de sus pensamientos, una sombra se proyectó sobre el umbral. Will alzó la mirada, y casi se le cayó el cuchillo que tenía en la mano.

—¿Jem? —preguntó—. ¿Eres tú, James?

—¿Y quién si no? —La voz de su amigo. Cuando entró en la sala iluminada Will vio que tenía bajada la capucha de su hábito de pergamino, y le miraba directamente. Su rostro, sus ojos, le resultaban muy conocidos. Pero Will siempre había sido capaz de sentir a Jem antes, notar su cercanía y su presencia. Que Jem le hubiera sorprendido esa vez era un duro recordatorio del cambio que había sufrido su *parabatai*.

«Ya no es tu *parabatai*», le dijo una vocecita en la cabeza.

Jem entró en la sala con el paso carente de ruido de los Hermanos Silenciosos, y cerró la puerta tras él. Will no se movió de donde estaba. No creía poder. Ver a su hermano de sangre en Cadair Idris había

sido una fuerte impresión que le había atravesado todo su interior como una incandescencia terrible y maravillosa: Jem estaba vivo, pero había cambiado; vivía, pero lo había perdido.

—Pero —dijo Will— estás aquí para ver a Tessa.

Él lo miró directamente. Sus ojos eran de color gris muy oscuro, como pizarra con vetas de obsidiana.

—¿Y no crees que aprovecharé la oportunidad, cualquier oportunidad que se presente, para verte también a ti?

—No lo sabía. Después de la batalla, te marchaste sin despedirme.

Jem se adentró más en la sala. Will notó que se le tensaba la espalda. Había algo extraño, algo profundo y diferente en la manera en que se movía; no era la gracilidad de los cazadores de sombras que Will había aprendido a imitar entrenándose durante tantos años, sino algo extraño, ajeno y nuevo.

Debió de ver algo en la expresión de Will, porque se detuvo.

—¿Cómo podía despedirme de ti? —preguntó.

Will dejó que el cuchillo le cayera de la mano. Se clavó en la madera del suelo.

—¿Como lo hacen los cazadores de sombras? *Ave atque vale*. Y para siempre, hermano, saludos y adiós.

—Pero ésas son las palabras de la muerte. Cátulo las dijo sobre la tumba de su hermano, ¿no es cierto?

«*Multas per gentes et multa per aequira vectus advenio has miseris, frater, as inferias...*»

Will conocía esas palabras.

«Muchas naciones y muchos mares crucé, hermano, para venir a tu triste tumba y dedicarte estos últimos ritos fúnebres. Para siempre, hermano, te saludo. Para siempre, adiós».

—¿Memorizaste el poema en latín? Pero tú eras el que siempre memorizaba música, no palabras... —

Soltó una breve carcajada—. No importa. Los rituales de la Hermandad habrán cambiado eso. —Se volvió y dio unos pasos, luego se volvió de golpe hacia Jem—. Tu violín está en la sala de música. Pensé que podrías llevártelo, le tenías tanto cariño...

—No podemos llevarnos nada a la Ciudad Silenciosa, aparte del cuerpo y la mente —explicó Jem—. Dejé el violín aquí para algún futuro cazador de sombras que pueda desear tocarlo.

—No para mí, entonces.

—Me sentiría honrado si tú lo cogieras y lo cuidaras. Pero a ti te dejé otra cosa. En tu habitación está mi caja de *yin fen*. Pensé que querrías tenerla.

—Eso parece un regalo algo cruel —repuso Will—. Para que no me olvide...

«De lo que te alejé de mí. De lo que te hizo sufrir. De lo que busqué y no pude encontrar. De cómo te fallé».

—Will, no —dijo Jem, que, como siempre, lo entendía sin que el otro tuviera que explicarse—. No siempre fue la caja que contenía mi droga. Era de mi madre. Kwan Yin es la diosa que está dibujada en la tapa. Se dice que cuando murió y llegó a las verjas del paraíso, se detuvo y oyó los gritos de angustia del mundo humano y no pudo dejarlo. Se quedó para ayudar a los mortales cuando éstos no pueden ayudarse a sí mismos. Ella es el consuelo de todos los corazones que sufren.

—Una caja no va a consolarme.

—El Cambio no es una pérdida, Will. No siempre.

Éste se pasó las manos por el húmedo cabello.

—Oh, sí —repuso con amargura—. Quizá en alguna otra vida, más allá de ésta, cuando hayamos pasado más allá del río, o hayamos dado una vuelta a la Rueda, o cualquier tipo de palabras con las que quieras describir la marcha de este mundo, encontraré de nuevo a mi amigo, mi *parabatai*. Pero ahora te he perdido, ahora, ¡cuando te necesito más que nunca!

Jem cruzó la estancia, como una sombra, con la luz de los Hermanos Silenciosos en él, y se detuvo ante el fuego. La luz de éste le iluminó el rostro, y Will vio que algo parecía brillar a través de él: una especie de luz que no había estado allí antes. Jem siempre había brillado, con una vida feroz y una bondad asimismo fiera, pero eso era algo diferente. La luz en Jem parecía arder; era una luz distante y solitaria, como la luz de una estrella.

—No me necesitas, Will.

Éste se miró a sí mismo, con el cuchillo a sus pies, y recordó el que había clavado en la base del árbol en el camino de Shrewsbury a Welshpool, manchado con su sangre y la de Jem.

—Toda mi vida, desde que llegué al Instituto, has sido el espejo de mi alma. Vi el mismo bien que había dentro de mí en ti. Sólo en tus ojos encontré la gracia. Cuando te hayas ido, ¿quién me verá así?

Hubo un silencio. Jem estaba inmóvil como una estatua. Con la mirada, Will buscó, y encontró, la runa de *parabatai* en el hombro del ahora Hermano Silencioso; al igual que la suya, se había descolorido y era de un blanco pálido.

Finalmente, Jem volvió a hablar. La fría distancia había desaparecido de su voz. Will respiró hondo mientras recordaba lo mucho que esa voz había dado forma a los años en los que había crecido, su inquebrantable bondad como un faro en la oscuridad.

—Ten fe en ti mismo. Puedes ser tu propio espejo.

—¿Y si no puedo? —susurró Will—. Ni siquiera sé cómo ser un cazador de sombras sin ti. Sólo he luchado contigo a mi lado.

Jem se acercó, y esta vez Will no se movió para desanimarle. Se acercó tanto que podría haberle tocado, y Will pensó distraídamente que nunca había estado tan cerca de un Hermano Silencioso, que la tela del hábito de pergamino estaba tejida de un material raro, duro y pálido como la corteza de un árbol, y que el frío parecía emanar de la piel de Jem del mismo modo que una piedra se mantenía fría incluso en un día cálido.

Jem le puso un dedo a Will bajo la barbilla, obligándolo a mirarle directamente. Su tacto era frío.

Will se mordió el labio. Ésa era la última vez que Jem, como Jem, lo tocaría. Los recuerdos le atravesaron cortantes como un cuchillo: los años de Jem palmeándole ligeramente el hombro, su mano ayudando a Will cuando éste caía, Jem sujetándolo cuando Will se ponía furioso, sus propias manos en los hombros de él cuando éste tosía sangre.

—Escúchame, me voy, pero estoy vivo. No me voy totalmente de ti, Will. Cuando luches, seguiré estando contigo. Cuando camines por el mundo, yo seré la luz a tu lado, el suelo firme bajo tus pies, la fuerza que sujeta la espada en tu mano. Estamos unidos, más allá de cualquier juramento. Las Marcas no cambiaron eso. El juramento no cambió eso. Sencillamente puso palabras a algo que ya existía.

—Pero ¿y tú? —preguntó Will—. Dime qué puedo hacer, porque eres mi *parabatai*, y no quiero que vayas solo a las sombras de la Ciudad Silenciosa.

—No tengo elección. Pero si te puedo pedir algo, es que seas feliz. Quiero que tengas una familia y que envejezcas junto a los que amas. Y si quieres casarte con Tessa, entonces no dejes que mi recuerdo os separe.

—Quizá ella no me quiera —planteó Will.

Jem sonrió un breve instante.

—Bueno, eso te lo dejo a ti, creo.

Will le devolvió la sonrisa y, por un momento, volvieron a ser sólo Jem y Will. Will veía a Jem, pero también a través de él, hacia el pasado. Will los recordó a los dos, corriendo por las oscuras calles de Londres, saltando de tejado en tejado, con sendos cuchillos serafines brillándoles en la mano; horas en la sala de entrenamiento, empujándose el uno al otro a charcos llenos de barro, tirándole bolas de nieve a Jessamine desde detrás de un fuerte de hielo en el patio, durmiendo como perritos en la alfombra frente al fuego.

«*Ave atque vale* —pensó Will—. Saludos y adiós».

Nunca antes había pensado mucho en esas palabras, nunca había pensado por qué no eran sólo una despedida, sino también un saludo. Todo encuentro tenía su separación, y así sería, mientras la vida fuera mortal. En todo encuentro había algo de la tristeza de la partida, pero en toda partida también había algo de la alegría del encuentro.

No olvidaría esa alegría.

—Hemos hablado de cómo decirnos adiós —explicó Jem—. Cuando Jonathan se despidió de David, le dijo: «Vete en paz, ya que los dos nos hemos hecho un juramento diciendo que el Señor esté entre tú y yo para siempre». No volvieron a verse, pero no se olvidaron. Y así será con nosotros. Cuando sea el hermano Zachariah, cuando ya no vea el mundo con mis ojos humanos, aún seré en algún lugar el Jem que tú conoces, y te veré con los ojos del corazón.

—*Wo men shi sheng si ji jiao* —dijo Will, y vio que Jem abría los ojos sorprendido, y la chispa de diversión en ellos—. Ve en paz, James Carstairs.

Durante un largo momento se miraron, y luego Jem se levantó la capucha, ocultando su rostro en las sombras, y se volvió.

Will cerró los ojos. No podía oír a Jem, ya no; no quería saber en qué momento salía y él se quedaba solo; no quería saber cuándo el primer día de su vida de cazador de sombras sin su *parabatai* comenzaba realmente. Y si en el lugar sobre el corazón, donde la runa de *parabatai* había estado, sintió un repentino dolor abrasador cuando la puerta se cerró tras Jem, Will se dijo que sólo era una ascua que le había saltado desde el fuego.

Se apoyó en la pared, luego se dejó caer lentamente hasta sentarse en el suelo, junto al cuchillo. No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero oyó el ruido de caballos en el patio, el traqueteo del carruaje de los Hermanos Silenciosos partiendo. El ruido metálico de la verja al cerrarse. «Somos polvo y sombras».

—¿Will? —Alzó la mirada; no había notado la pequeña silueta en la entrada hasta que ésta habló. Charlotte dio un paso y le sonrió. Su sonrisa era amable, como siempre, y él luchó por no cerrar los ojos y alejar los recuerdos: Charlotte en la entrada de esa misma sala.

«¿Recuerdas lo que te dije ayer, de que hoy íbamos a recibir a un recién llegado al Instituto?... James Carstairs».

—Will —dijo de nuevo, en ese momento—. Tenías razón.

Él alzó la cabeza, tenía las manos colgando entre las rodillas.

—¿Razón en qué?

—Sobre Jem y Tessa —contestó ella—. Su compromiso ha acabado. Y Tessa está despierta y bien, y pregunta por ti.

«Cuando esté en la oscuridad, quiero pensar en él bajo la luz, contigo».

Tessa se sentó apoyada en las almohadas que Sophie había preparado cuidadosamente para ella (las dos chicas se habían abrazado, y Sophie le había cepillado el enredado cabello mientras decía «bendita, bendita» tantas veces que Tessa le tuvo que pedir que parara antes de que las dos se echaran a llorar) y miró el colgante de jade que tenía en la mano.

Se sintió como si estuviera dividida en dos personas diferentes. Una estaba agradecida una y otra vez de que Jem estuviera vivo, que hubiera sobrevivido para ver alzarse el sol de nuevo, que la droga venenosa que había tenido que sufrir durante tanto tiempo ya no fuera a quemarle la vida en las venas. La otra...

—¿Tess? —Oyó una suave voz en la puerta; ella miró y vio a Will, recortado contra la luz del pasillo.

Will. Pensó en el chico que había entrado en su dormitorio de la Casa Oscura y la había distraído de su terror charlando de Tennyson, erizos y tipos deslumbrantes que acudían al rescate, y cómo éstos nunca se equivocaban. Entonces lo había encontrado apuesto, pero ahora pensaba en él de una forma totalmente diferente. Era Will, con toda su perfecta imperfección; Will, cuyo corazón era fácil de romper y al mismo tiempo estaba bien protegido; Will, que amaba no sabía pero sí completamente y con todo lo que tenía.

—Tess —repitió él, vacilando ante su silencio, y entró, entrecerrando la puerta tras él—. Charlotte me ha dicho que querías hablar conmigo...

—Will —exclamó ella, y supo que estaba demasiado pálida, y que tenía la piel manchada por las lágrimas, los ojos rojos, pero no importaba, porque era Will, y le tendió las manos, y él fue inmediatamente a cogérselas entre sus dedos cálidos y marcados.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él, escrutándole el rostro con la mirada—. Debo hablar contigo, pero no quiero molestarte hasta que estés completamente recuperada.

—Estoy bien —contestó ella, mientras le apretaba las manos como él—. Ver a Jem me ha tranquilizado. ¿Te ha tranquilizado a ti?

Él apartó los ojos de ella, aunque no le soltó las manos.

—Lo ha hecho —respondió—, y no lo ha hecho.

—Te ha tranquilizado la mente —repuso ella—, pero no el corazón.

—Sí. Sí. Eso es exactamente. Me conoces tan bien, Tess. —Sonrió tristemente—. Está vivo, y eso lo agradezco. Pero ha escogido un camino de gran soledad. La Hermandad; comen solos, caminan solos, se levantan solos y se enfrentan solos a la noche. Se lo habría evitado de haber podido.

—Ya has evitado todo lo que has podido evitarle —remarcó Tessa rápidamente—. Y él te ha evitado cosas a ti, y todos hemos tratado tanto de evitar cosas para los otros... Al final, debemos tomar nuestras propias decisiones.

—¿Estás diciendo que no debería apenarme?

—No. Apénate. Ambos lo haremos. Siente la pena, pero no te culpes, porque en esto no tienes ninguna responsabilidad.

Él miró sus manos unidas. Con mucha suavidad le acarició los nudillos con el pulgar.

—Quizá no —replicó—. Pero hay otras cosas de las que sí cargo con la responsabilidad.

Tessa tragó aire. Él había bajado la voz, y había una brusquedad en ella que la muchacha no había oído desde...

«Su aliento suave y cálido contra la piel de ella hasta que ella comenzó a respirar igual de fuerte; le acarició los hombros, los brazos, los costados...»

Parpadeó y separó las manos de las de él. No miraba al joven al que amaba, sino a la luz del fuego contra las paredes de la cueva, y oía su voz en el oído, y todo había parecido un sueño entonces, instantes fuera de la vida real, como si estuvieran situados en otro mundo. Incluso en ese momento le costaba creer que hubiera pasado realmente.

—¿Tessa? —Su voz era vacilante; las manos aún extendidas.

Parte de ella quería cogérselas, hacer que se agachara junto a ella y besarlo, olvidarse a sí misma en Will como antes. Porque él era más efectivo que cualquier droga.

Y entonces recordó los ojos de Will, nublados en el fumadero de opio, los sueños de felicidad que se convertían en ruinas en cuanto se disipaban los efectos del humo. No. Algunas cosas sólo se podían arreglar enfrentándose a ellas. Respiró hondo y lo miró.

—Sé lo que querrías decir —afirmó Tessa—. Estás pensando en lo que pasó entre nosotros en Cadair Idris, porque pensábamos que Jem estaba muerto, y que también nosotros íbamos a morir. Eres un hombre honorable, Will, y sabes lo que debes hacer. Debes proponerme el matrimonio.

Will, que estaba inmóvil, demostró que aún podía sorprenderla, y se echó a reír. Una risa suave y triste.

—No esperaba que fueras tan directa, pero supongo que debería haberlo sabido. Conozco a mi Tessa.

—Soy tu Tessa —repuso ella—. Pero, Will, no quiero que digas nada ahora. Nada de matrimonio ni de promesas eternas...

Él se sentó en el borde de la cama. Llevaba el traje de entrenamiento, una amplia camisa arremangada, con el cuello abierto, y ella le vio las cicatrices de la batalla en la piel, el blanco recuerdo de las runas curativas. También, en los ojos, vio un dolor incipiente.

—¿Lamentas lo que pasó entre nosotros? —preguntó él.

—¿Se puede lamentar algo que, aunque insensato, fue hermoso? —respondió ella, y el dolor que veía en los ojos de Will cambió a confusión.

—Tessa. Si temes que sea reacio, que me sienta obligado...

—No. —Tessa alzó las manos—. Sólo es que creo que en el corazón debes de tener una mezcla de dolor y desesperación, y alivio, felicidad y confusión, y no quiero que digas nada en firme mientras

estés tan abrumado. Y no me digas que no estás abrumado, porque puedo verlo, y yo también me siento así. Ambos estamos abrumados, Will, en nuestro estado no podemos tomar decisiones.

Por un momento, Will vaciló. Se llevó los dedos hacia el corazón, donde había tenido la runa de *parabatai*, y la rozó levemente (Tessa se preguntó si siquiera sería consciente de que lo hacía).

—A veces me da miedo que seas demasiado sabia, Tessa.

—Bueno —replicó ella—. Uno de los dos tiene que serlo.

—¿No hay nada que pueda hacer? —preguntó él—. Preferiría no apartarme de ti, a no ser que tú quieras.

La chica dejó caer la mirada sobre la mesilla de noche, donde se apilaban los libros que había estado leyendo antes de que los autómatas atacaran el Instituto, lo que parecía haber pasado hacía mil años.

—Podrías leerme —contestó ella—, si no te importa.

Will se animó y sonrió. Era una sonrisa cruda y rara, pero era real, y era de Will. Tessa le sonrió también.

—No me importa —respondió él—. En absoluto.

Y por eso, como un cuarto de hora después, Will estaba sentado en un sillón, leyendo *David Copperfield* en voz alta, cuando Charlotte abrió la puerta del dormitorio y miró dentro. No pudo evitar cierta ansiedad; el chico había parecido tan desesperado, tirado en el suelo de la sala de entrenamiento, tan solo, que Charlotte recordó el miedo que siempre había tenido de que, si Jem los dejaba, se llevaría lo mejor de Will con él. Y Tessa también seguía tan frágil...

La voz de Will llenaba la habitación, junto con el silencioso brillo de la luz del fuego de la chimenea. Tessa estaba acostada de lado con el cabello castaño desparramado sobre la almohada, observando a Will, que tenía el rostro inclinado sobre las páginas, con una mirada de ternura en los ojos, una ternura que se reflejaba en la suave voz de Will. Era una ternura tan íntima y profunda que Charlotte salió inmediatamente, cerrando la puerta en silencio tras ella.

La voz de Will la siguió por el pasillo mientras se alejaba, habiéndose librado de un gran peso del corazón.

—«... y no puedo vigilarlo, si eso no es demasiado atrevido de decir, tan de cerca como usted. Pero si es objeto de cualquier fraude o traición, espero que el sencillo amor y la verdad venzan al final. Espero que el amor auténtico y la verdad sean más fuertes al final que cualquier maldad o desgracia del mundo...»

LA MEDIDA DEL AMOR

La medida del amor es amar sin medida.

Atribuido a SAN AGUSTÍN

La sala del Consejo estaba muy iluminada. Un gran círculo doble se había pintado sobre el estrado al frente de la sala, y en el espacio entre las circunferencias había runas: runas de unión, runas de sabiduría, runas de habilidad y destreza, y las runas que simbolizaban el nombre de Sophie. Ésta se hallaba arrodillada en el centro de los círculos. Llevaba el oscuro cabello suelto y le caía hasta la cintura, una cascada de rizos contra su traje más oscuro. Estaba muy hermosa bajo la luz que se desplomaba desde las claraboyas de la cúpula; la cicatriz de su mejilla era roja como una rosa.

La Cónsul estaba sobre ella, con las blancas manos alzadas, la Copa Mortal sujeta entre ellas. Charlotte vestía una sencilla túnica escarlata que le colgaba suelta. Su rostro estaba serio y mostraba severidad.

—Coge la Copa, Sophie Collins —dijo, y en la sala se hizo un silencio de alientos contenidos.

La sala del Consejo no estaba llena, pero en la fila que Tessa ocupaba, sentada en el extremo, se hallaban Gideon y Gabriel, Cecily y Henry, Will y ella, todos en el borde del asiento, ansiosos, esperando a que Sophie Ascendiera. A ambos extremos del estrado había un Hermano Silencioso, con la cabeza gacha y sus hábitos de pergamino como si hubieran sido tallados en mármol.

Charlotte bajó la Copa y se la tendió a Sophie, que la cogió con cuidado.

—¿Juras, Sophie Collins, renunciar al mundo de los mundanos y seguir el camino de los cazadores de sombras? ¿Tomarás en ti la sangre del Ángel Raziel y honrarás esta sangre? ¿Juras servir a la Clave, obedecer la Ley como lo marca la Alianza y obedecer la palabra del Consejo? ¿Defenderás lo que es humano y mortal, sabiendo que por tu servicio no habrá recompensa, ni agradecimiento, sino tan sólo honor?

—Lo juro —contestó Sophie con voz firme.

—¿Puedes ser un escudo para el débil, una luz en la oscuridad, una verdad entre las mentiras, una torre en la crecida, un ojo que vea cuando los demás sean ciegos?

—Puedo.

—Y cuando mueras, ¿darás tu cuerpo a los nefilim para quemarlo y tus cenizas podrán usarse para construir la Ciudad de Hueso?

—Lo daré.

—Entonces, bebe —ordenó Charlotte.

Tessa oyó a Gideon tragar aire. Ésa era la parte peligrosa del ritual. Ésa era la parte que podía matar a los carentes de preparación o de valía.

La chica inclinó la cabeza y se llevó la Copa a los labios. Tessa se inclinó hacia adelante, con el pecho tenso de aprensión. Notó que Will le cogía la mano, un peso cálido y reconfortante. El cuello de Sophie se movía al tragar.

El círculo que rodeaba a Charlotte y a ella se encendió una vez con una luz fría, azul muy claro, y las ocultó a las dos. Cuando desapareció, Tessa se quedó deslumbrada. Parpadeó con rapidez y vio a Sophie sujetando la Copa. Un fulgor rodeó el recipiente mientras ella se la devolvía a Charlotte, que sonrió satisfecha.

—Ahora, eres nefilim —anunció ésta—. Te llamarás Sophie Cazador de Sombras, de la sangre de Jonathan Cazador de Sombras, hija de los nefilim. Álzate, Sophie.

Y Sophie se alzó, en medio de los vítores de los asistentes. Los vítores de Gideon fueron los más fuertes de todos. Sophie sonreía, todo su rostro estaba radiante bajo el sol del invierno, que caía por la limpia claraboya. Unas sombras se movían por el suelo, de un lado a otro, rápidas. Tessa alzó la mirada maravillada; la blancura iba cubriendo los vidrios, girando suavemente al otro lado del cristal.

—Nieve —le dijo Will al oído—. Feliz Navidad, Tessa.

Esa noche era la noche de la fiesta anual de Navidad del Enclave. Era la primera vez que Tessa veía el gran salón de baile del Instituto abierto y lleno de gente. Los enormes ventanales brillaban reflejando la luz, que proyectaba un resplandor dorado sobre el pulido suelo. Al otro lado de los oscuros cristales, se podía ver caer la nieve, en grandes copos blancos, pero dentro, el Instituto era cálido, refulgente y seguro.

La Navidad entre los cazadores de sombras no era la Navidad que Tessa había conocido. No había coronas de adviento, ni se cantaban villancicos. Había un árbol, pero no estaba decorado de la forma habitual, era un enorme abeto, que se alzaba casi hasta tocar el techo al fondo del salón de baile. (Cuando Will le preguntó a Charlotte cómo lo habían conseguido entrar, ella sólo agitó las manos y dijo algo sobre Magnus). En las ramas había velas encendidas, aunque Tessa no podía ver cómo se aguantaban. Proyectaban aún más luz dorada a la sala.

Atadas a las ramas del árbol, y colgando de las sujeciones de los candelabros de la pared y de la mesa, de los pomos de las puertas, había relucientes runas cristalinas, cada una tan clara como el cristal que refractaban la luz y lanzaban brillantes arcoíris por la sala. Las paredes estaban decoradas con coronas entrelazadas de acebo y hiedra, bayas rojas brillando entre las verdes hojas. Aquí y allí, había ramitos de muérdago con sus blancas bayas. Incluso había una atada al collar de *Iglesia*, que estaba escondido bajo una de las mesas muy enfadado.

Tessa no creía haber visto nunca tanta comida. Las mesas estaban repletas de pollo y pavo trinchado, de faisanes y liebres, jamones y tartas, finos sándwiches, helados, dulces, bizcochos, púdines de nata, gelatina de colores, pastelillos borrachos y pudín flambeado con brandy, sorbete, vino con canela caliente y grandes cuencos con ponche. Había cuernos de la abundancia derramando dulces, y bolsas de San Nicolás, cada una con un trozo de carbón, un poco de azúcar o un limón, para indicar al receptor si su comportamiento durante el año había sido malo, dulce o amargo. Antes había habido té y presentes sólo para los ocupantes del Instituto, que se habían intercambiado regalos antes de que llegaran los invitados; Charlotte sobre el regazo de Henry, sentado en su silla de ruedas, había abierto regalo tras regalo para el bebé, que llegaría en abril. (Y cuyo nombre, se había decidido por fin, iba a ser Charles. «Charles Fairchild», había dicho Charlotte con orgullo, alzando la mantita que Sophie le había tejido, con las iniciales C. F. en un extremo).

—Charles Buford Fairchild —había corregido Henry.

Su mujer había hecho una mueca.

—¿Fairchild? ¿No Branwell? —había preguntado Tessa, riendo.

Charlotte había sonreído astutamente.

—Yo soy la Cónsul. Se ha decidido que, en este caso, el niño llevará mi nombre. A Henry no le importa, ¿verdad, cariño?

—En absoluto —había contestado él—. Sobre todo porque Charles Buford Branwell habría sonado bastante tonto, pero Charles Buford Fairchild tiene un algo especial.

—Henry...

Tessa sonrió al recordar esa escena. En ese momento se hallaba cerca del árbol de Navidad, observando a los miembros del Enclave luciendo sus galas: las mujeres en los intensos tonos enjoyados del invierno, vestidos de satén rojo, seda zafiro y tafetán dorado, y los hombres en elegantes trajes de etiqueta. Todos se paseaban y reían. Sophie estaba con Gideon, reluciente y relajada en un elegante vestido verde; Cecily iba de azul, corriendo de aquí para allá encantada de verlo todo, con Gabriel siguiéndola, todo largas piernas, cabello alborotado y adoración entretenida. Un enorme leño, rodeado de coronas de hiedra y acebo, quemaba en la enorme chimenea. Y colgando sobre ella había redes que contenían manzanas doradas, nueces, palomitas de colores y caramelos. También había música, suave y evocadora, y Charlotte parecía haber hallado por fin un uso para el gusto por el canto de Bridget, porque su voz se alzaba sobre el sonido de los instrumentos, cantarina y dulce.

Oh, mi amor, me hieres al echarme con descortesía. Tanto tiempo te he amado disfrutando de tu compañía. Mangasverdes era mi alegría; Mangasverdes era mi placer; Mangasverdes era mi corazón dorado, ¿Y quién si no Mangasverdes?

—«Que lluevan patatas del cielo —dijo una voz divertida—. Que truene al son del Mangasverdes».

Tessa se volvió. Will había aparecido de repente a su lado, lo que la molestó, porque llevaba buscándolo desde que había entrado en el salón y no había visto ni rastro de él. Como siempre, verlo en traje de etiqueta, azul, negro y blanco, la dejó sin aliento, pero lo ocultó con una sonrisa.

—Shakespeare —dijo Tessa—. *Las alegres comadres de Windsor*.

—No una de sus mejores obras —comentó Will, entrecerrando los ojos mientras la miraba. Esa noche, la muchacha había elegido un vestido de seda de color rosa, sin joyas salvo por una cinta de terciopelo, que le daba dos vueltas al cuello y le caía por la espalda. Sophie la había peinado, como un favor, no como doncella, y le había entrelazado pequeñas bayas blancas entre los rizos. Tessa se sentía muy elegante y llamativa—. Aunque tiene sus momentos.

—Siempre el crítico literario —suspiró; apartó la mirada de él y la pasó por el salón, hasta donde Charlotte estaba conversando con un hombre alto y rubio que Tessa no reconoció.

Will se inclinó hacia ella. Olía levemente a algo verde e invernal, abeto o lima o ciprés.

—Llevas bayas de muérdago en el cabello —comentó él, y su aliento le rozó la mejilla a Tessa—. Técnicamente, creo que significa que cualquiera te puede besar en cualquier momento.

Ella lo miró con los ojos como platos.

—¿Crees que es posible que lo intenten?

Él le rozó la mejilla; llevaba guantes blancos de gamuza, pero ella los notó como si fuera su piel.

—Mataría a cualquiera que lo hiciera.

—Bien —repuso ella—. Sería la primera vez que no hicieras algo escandaloso por Navidad.

Will se calló un momento y luego sonrió, con esa rara sonrisa suya que le iluminaba el rostro y le cambiaba totalmente. Era una sonrisa que, en un tiempo, Tessa pensaba preocupada que había desaparecido para siempre, perdida con Jem en la oscuridad de la Ciudad Silenciosa. Jem no estaba muerto, pero un trozo de Will se había ido con él, un trozo arrancado de su corazón y enterrado entre los huesos susurrantes. Y Tessa se había temido, durante aquella primera semana después, que Will no se recuperaría, que sería para siempre una especie de fantasma, rondando por el Instituto, sin comer, siempre volviéndose para hablar a alguien que ya no estaba allí, con la luz de su rostro muriendo al recordar, y luego el silencio.

Pero ella tomó una decisión. Su corazón también se había roto, pero estaba segura de que reparar el de Will significaría, de algún modo, reparar el suyo propio. Y en cuanto había tenido las fuerzas suficientes, se había ocupado de llevarle el té que él no quería, y libros que sí, y de hostigarlo, dentro y fuera de la biblioteca, y de pedirle ayuda para entrenar. Le dijo a Charlotte que dejara de tratarlo como si fuera de vidrio y se fuera a romper, y que lo enviara a la ciudad a luchar, como lo había enviado antes. Con Gabriel o con Gideon, en vez de Jem. Y Charlotte lo había hecho, no muy convencida, y Will había vuelto ensangrentado y magullado, pero con los ojos vivos y encendidos.

—Eso ha sido muy astuto —le había dicho Cecily después, junto a la ventana, observando a Will y a su amado entrar en el patio—. Ser nefilim da sentido a la vida de mi hermano. Cazar sombras le reparará las heridas. Cazar sombras y tú.

Tessa había dejado caer la cortina, pensativa. No había hablado con Will de lo ocurrido en Cadair Idris, de la noche que habían pasado juntos. Y lo cierto era que parecía tan lejana como un sueño. Era como algo que le hubiera ocurrido a otra persona, no a ella, no a Tessa. No sabía si él sentía lo mismo. Sabía que Jem conocía lo ocurrido, o lo había supuesto, y los perdonaba a ambos, pero Will no se le había vuelto a acercar, no le había dicho que la amaba, no le había preguntado si lo amaba desde el día que Jem se había marchado.

Pareció como si hubiera pasado una eternidad, aunque sólo habían sido dos semanas, antes de que Will la encontrara sola en la biblioteca y le preguntara, de un modo bastante brusco, si quería ir al día

siguiente a dar una vuelta en el carruaje. Perpleja, ella aceptó, y en su interior se había preguntado si habría alguna otra razón por la que quería su compañía. ¿Algún misterio que investigar? ¿Alguna confesión que hacer?

Pero no, había sido un simple paseo en carruaje por el parque. El tiempo era cada vez más frío, y el hielo bordeaba los estanques. Las ramas desnudas de los árboles eran tristes y encantadoras, y Will le fue hablando cortésmente del tiempo y de los hitos de la ciudad. Parecía decidido a continuar su educación sobre Londres donde Jem la había dejado. Fueron al Museo Británico y a la Galería Nacional, a los jardines Kew y a la catedral de San Pablo donde, finalmente, Tessa perdió los estribos. Habían estado visitando la famosa Galería de los Susurros, Tessa apoyada en la barandilla y mirando hacia abajo. Will le traducía la inscripción en latín de la pared donde se hallaba enterrado Christopher Wren («si buscas un monumento, mira alrededor»), cuando Tessa, sin pensarlo, le fue a coger la mano. Inmediatamente, él se apartó, sonrojándose.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Pasa algo?

—No —respondió él, demasiado de prisa—. Sólo que... no te he traído aquí para aprovecharme de ti en la Galería de los Susurros.

Tessa estalló.

—¡No te estoy incitando a que lo hagas! Pero, por el Ángel, ¿quieres dejar de ser tan correcto?

Él la miró asombrado.

—Pero ¿no preferirías...?

—No preferiría. ¡No quiero que seas correcto! ¡Quiero que seas Will! ¡No quiero que me señales los puntos de interés arquitectónico como si fueras un guía turístico! Quiero que digas cosas horriblemente tontas y divertidas, que hagas canciones y seas... —«El Will del que me enamoré», estuvo a punto de decir—. Y seas Will —fue lo que dijo finalmente—. O te golpearé con la sombrilla.

—Estoy tratando de cortejarte —replicó él exasperado—. De cortejarte como se debe. De eso iba todo. Lo sabes, ¿no?

—El señor Rochester nunca cortejó a Jane Eyre —señaló Tessa.

—No, se vistió de mujer y le dio a la pobre chica un susto de muerte. ¿Es eso lo que quieres?

—Serías una mujer muy fea.

—En absoluto. Sería arrebatadora.

Tessa rió.

—Ahí está —repuso—. Ahí está Will. ¿No es mejor? ¿No lo crees?

—No lo sé —contestó éste, mirándola de reojo—. Temo responder a eso. He oído que, cuando hablo, las mujeres americanas desean pegarme con la sombrilla.

Tessa rió de nuevo, y luego rieron ambos, y sus apagadas carcajadas rebotaron por las paredes de la Galería de los Susurros. Después de ese episodio, las cosas fueron mucho mejor entre ellos, y la sonrisa de Will, cuando la ayudó a bajar del carruaje a la vuelta, era brillante y real.

Esa noche, llamaron a la puerta de Tessa, y cuando fue a abrir, no encontró a nadie, sólo un libro sobre el suelo del pasillo. *Historia de dos ciudades*. Un curioso regalo, pensó. Había una copia de ese libro en la biblioteca, y la podía leer tantas veces como quisiera, pero ésa era nueva, con un recibo de Hatchard marcando la página del título. Sólo cuando se lo llevó a la cama se dio cuenta de que en la página del título también había un escrito.

Tess, Tess, Tessa.

¿Hubo alguna vez un sonido más hermoso que tu nombre? Decirlo en alto hace que mi corazón tintinee como una campanilla. Resulta raro imaginar eso, ¿no? ¿Un corazón tintineando? Pero cuando me tocas, eso es lo que siento, y el corazón me tintinea dentro del pecho, y el sonido me estremece las venas y me rompe los huesos de alegría.

¿Por qué he escrito estas palabras en este libro? Por ti. Me enseñaste a amar este libro, cuando yo lo había desdeñado. Cuando lo leí por segunda vez, con la mente y el corazón abiertos, sentí la más absoluta desesperación y envidia por Sydney Carton, sí, por Sydney, porque aunque no tuviera ninguna esperanza de ser correspondido por la mujer que

amaba, al menos podía confesarle su amor. Al menos podía hacer algo para demostrar su pasión, incluso si eso era morir.

Yo habría aceptado la muerte a cambio de tener la oportunidad de decirte la verdad, Tessa, si hubiera estado seguro de que esa muerte habría sido la mía. Y por eso envidiaba a Sydney, porque era libre.

Y ahora, por fin soy libre, y por fin puedo decirte, sin temor de ponerte en peligro, todo lo que siento en el corazón.

Eres el último sueño de mi alma.

Eres el primer sueño, el único sueño que nunca pude obligarme a dejar de soñar. Eres el primer sueño de mi alma, y de ese sueño, espero que nazcan todos los otros sueños, toda una vida de sueños.

Al fin con esperanza,

Will Herondale

Después de eso se quedó sentada durante largo rato, sujetando el libro sin leerlo, observando el amanecer extenderse sobre Londres. Por la mañana se vistió a toda prisa, antes de coger el libro y correr abajo con él. Encontró a Will saliendo de su dormitorio, y se tiró sobre él, lo agarró por la solapa, lo acercó a sí y hundió el rostro en su pecho. El libro cayó al suelo entre ambos mientras él la cogía, le acariciaba el cabello y le susurraba:

—Tessa, ¿qué tienes, pasa algo malo? ¿No te ha gustado...?

—Nadie nunca me ha escrito algo tan hermoso —dijo ella, con el rostro contra el pecho de Will, oyendo el tenue latido de su corazón firme bajo la chaqueta y la camisa—. Nunca.

—Lo escribí justo después de descubrir que la maldición era un engaño —explicó Will—. Tuve la intención de dártelo entonces, pero... —Tensó la mano que le acariciaba el cabello—. Cuando me enteré de que estabas prometida a Jem, lo escondí. No sabía cuándo podría, y si debería, dártelo. Y entonces, ayer, cuando querías que fuera yo mismo, me sentí con la suficiente esperanza como para sacar esos viejos sueños, limpiarles el polvo y dártelos a ti.

Ese día fueron al parque, aunque hacía tanto frío como sol, y no había mucha gente. El Serpentine se veía brillante bajo el sol invernal, y Will le indicó el lugar donde Jem y él habían dado de comer pastel de pollo a los ánares reales. Fue la primera vez que Tessa le vio sonreír hablando de su mejor amigo.

Sabía que ella no podía ser Jem para Will. Nadie podía, pero lentamente los vacíos en el corazón se le fueron llenando. La presencia de Cecily era una alegría para Will; Tessa lo podía ver cuando se sentaban juntos ante el fuego, hablando en galés en voz baja, y le brillaban los ojos; también había llegado a apreciar a Gideon y a Gabriel, y ya eran amigos. Aunque nadie podía serlo tanto como Jem. Y claro, el amor de Charlotte y Henry era tan firme como siempre. La herida nunca desaparecería, y Tessa lo sabía, ni para ella ni para Will, pero mientras el frío arreciaba y él sonreía más, comía con regularidad y la mirada perdida desaparecía de sus ojos, Tessa comenzó a respirar más tranquila, sabiendo que esa mirada no era mortal.

—Hum —decía Will en ese momento, balanceándose sobre los talones mientras recorría el salón de baile con la mirada—. Puede que tengas razón. Creo que fue alrededor de Navidad cuando me hice el tatuaje del dragón galés.

Al oír eso, Tessa trató de no sonrojarse.

—¿Y cómo ocurrió?

Will hizo un gesto airoso con la mano.

—Estaba borracho...

—Tonterías. Nunca te has emborrachado de verdad.

—Al contrario, para aprender cómo fingir estar borracho, hay que emborracharse al menos una vez, como punto de referencia. Nigel Seisdedos había estado dándole a la sidra especiada...

—¿No dirás en serio que exista un Nigel Seisdedos?

—Claro que existe... —comenzó Will, con una sonrisa traviesa que se desvaneció de repente; estaba mirando más allá de Tessa, fuera del salón de baile. Ella se volvió para seguirle la mirada y vio al mismo hombre alto y rubio que había estado hablando con Charlotte antes, abriéndose paso hacia ellos entre la gente.

Era grueso, de unos treinta y muchos años, y con una cicatriz a lo largo del mentón. Cabello alborotado y fino, ojos azules y piel bronceada por el sol. Parecía incluso más oscura contra su camisa almidonada. Había algo familiar en él, algo que le rondaba por la memoria a Tessa.

Se detuvo ante ellos. Miró a Will. Sus ojos eran de un azul más claro que el de los suyos, casi del color del aciano. La piel de alrededor estaba bronceada y marcada por leves patas de gallo.

—¿Eres William Herondale? —preguntó.

Will asintió sin hablar.

—Soy Elias Carstairs —se presentó el hombre—. Jem Carstairs era mi sobrino.

El chico palideció. Y Tessa se dio cuenta de qué era lo que le resultaba familiar en ese hombre: tenía algo, algo en su porte y en la forma de las manos que le recordaba a Jem. Will parecía incapaz de hablar. Así que contestó Tessa.

—Sí, es Will Herondale. Y yo soy Theresa Gray.

—La chica cambiante —dijo el hombre... Elias, se recordó Tessa; los cazadores de sombras empleaban los nombres de pila—. Estuviste prometida a Jem antes de que se convirtiera en un Hermano Silencioso.

—Cierto —respondió Tessa—. Lo amaba mucho.

Él le echó una mirada, no hostil o desafiante, sólo curiosa. Luego miró a Will.

—¿Tú eras su *parabatai*?

Will encontró su voz.

—Lo sigo siendo —replicó, y apretó el mentón, obstinado.

—James me habló de ti —informó Elias—. Después de que dejara la China, cuando regresé a Idris, le pregunté si quería ir a vivir conmigo. Le habíamos enviado lejos de Shanghái, porque considerábamos que no era seguro para él mientras los colegas de Yanluo estuvieran libres, aún buscando venganza. Pero cuando le pregunté si iría conmigo a Idris, me dijo que no, que no podía. Le pedí que lo reconsiderara. Le dije que yo era su familia, su sangre. Pero él me contestó que no podía dejar a su *parabatai*, que había cosas más importantes que la sangre. —Los ojos azules de Elias eran firmes—. Te he traído un regalo, Will Herondale. Algo que tenía intención de darle a él, cuando fuera adulto, porque su padre ya no vivía para dárselo.

Will tenía todo el cuerpo tenso, como una cuerda de arco.

—No he hecho nada para merecer un regalo —repuso.

—Creo que sí lo has hecho. —Elias se sacó del cinturón una espada corta con una vaina intrincadamente tallada. Se la tendió a Will, que, después de un momento, la cogió. La vaina estaba cubierta de intrincados dibujos de hojas y runas, talladas con primor, brillantes bajo la luz dorada. Con un gesto decidido Will desenvainó la espada y la alzó frente a sí.

La empuñadura también estaba cubierta con el mismo dibujo de runas y hojas, pero la hoja era simple y desnuda, excepto por una línea de palabras en el centro. Tessa se inclinó para leerlas.

«Soy *Cortana*, del mismo acero y temple que *Joyeuse* y *Durendal*».

—*Joyeuse* era la espada de Carlomagno —explicó Will, con la voz aún tan tensa que Tessa supo que estaba conteniendo la emoción—. *Durendal* era la de Rolando. Esta espada... ha nacido de leyenda.

—Forjada por el primer armero cazador de sombras, Wayland *el Herrero*. Tiene una pluma del ala del Ángel en la empuñadura —señaló Elias—. Ha estado en la familia Carstairs desde hace cientos de años. El padre de Jem me dio instrucciones para que se la diera cuando cumpliera los dieciocho años. Pero los Hermanos Silenciosos no pueden aceptar regalos. —Miró a Will—. Tú eras su *parabatai*, tú debes tenerla.

Will metió con fuerza la espada en la vaina.

—No puedo aceptarla. No lo haré.

El tío de Jem pareció perplejo.

—Pero debes hacerlo —insistió—. Eras su *parabatai*, y él te amaba...

Will le tendió la espada a Elias Carstairs para devolvérsela, con la empuñadura por delante. Al cabo de un momento, éste la cogió, y Will se alejó, desapareciendo entre la multitud.

Elias lo miró totalmente asombrado.

—No tenía intención de ofenderle.

—Usted ha hablado de Jem en pasado —explicó Tessa—. Jem no está con nosotros, pero no está muerto. Will... no soporta que se considere muerto a Jem, u olvidado.

—No era mi intención olvidarle —aclaró Elias—. Sólo decía que los Hermanos Silenciosos no tienen emociones como nosotros. No sienten como nosotros. Si aman...

—Jem aún ama a Will —repuso Tessa—. Sea o no un Hermano Silencioso. Hay cosas que ninguna magia puede destruir, porque son mágicas en sí mismas. Nunca los ha visto juntos, pero yo sí.

—Pretendía darle a *Cortana* —se excusó Elias—. No puedo dársela a Jem, así que he pensado que debía tenerla su *parabatai*.

—Y su intención era buena —reconoció Tessa—. Pero perdone mi impertinencia, señor Carstairs, ¿no piensa tener hijos propios?

Él abrió los ojos sorprendido.

—No había pensado...

Tessa miró la reluciente hoja, y luego al hombre que la sujetaba. Podía ver un poco de Jem en él, como si estuviera mirando a un reflejo de lo que había amado sobre las ondas del agua. Ese amor, recordado y presente, hizo que su voz fuera dulce al hablar.

—Si no está seguro —dijo—, entonces, guárdela. Guárdela para sus herederos. Will preferiría eso. Porque no necesita ninguna espada para recordar a Jem, por muy ilustre que sea su linaje.

En los escalones de entrada al Instituto hacía frío, un frío en el que Will se hallaba envuelto sin abrigo ni sombrero, mirando a la noche cubierta de escarcha. El viento le enviaba pequeñas ráfagas de nieve contra las mejillas y las manos desnudas, y oyó, como siempre, la voz de Jem dentro de la cabeza, diciéndole que no fuera tonto, que volviera a entrar antes de que pillara una pulmonía.

A Will, el invierno siempre le había parecido la estación más pura; incluso el humo y la suciedad de Londres quedaban atrapados por el frío, helados y limpios. Esa mañana había roto una capa de hielo que se había formado en su jarra de agua, antes de salpicarse el gélido fluido sobre el rostro y estremecerse mirando al espejo. Con el mojado cabello pintando su rostro con rayas negras.

«Primera mañana de Navidad sin Jem en seis años».

El frío más puro despertándole el dolor más puro.

Will.

La voz era un susurro, de una clase conocida. Volvió la cabeza, con una imagen de la Vieja Molly en la cabeza, pero los fantasmas pocas veces se alejaban del lugar de su muerte o su entierro, y además, ¿qué podía querer de él ahora?

Una mirada se encontró con la suya, oscura y firme. El resto de ella no era tanto transparente como un borde plateado: el cabello rubio, el rostro de muñeca, el vestido blanco en el que había muerto. Sangre, roja como una flor, en su pecho.

—Jessamine —dijo Will.

—Feliz Navidad, Will.

El corazón del chico, que se había detenido un instante, comenzó a latir de nuevo, y la sangre le corrió rápida por las venas.

—Jessamine, ¿por qué...? ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella hizo un pequeño puchero.

—Estoy aquí porque morí aquí —contestó ella, con una voz que ganaba en fuerza. No era raro que un fantasma consiguiera mayor solidez y poder de audición cuando estaba cerca de un humano, sobre todo uno que podía oírle. Jessamine señaló el patio a sus pies, donde Will la había sostenido durante sus últimos momentos, con la sangre de la joven cayendo sobre las losas del suelo—. ¿No te alegras de verme, Will?

—¿Debería? —repuso él—. Jessie, por lo general, cuando veo fantasmas, es porque hay algún asunto sin resolver o alguna pena que los ata a este mundo.

Ella alzó la cabeza, mirando la nieve. Aunque caía alrededor, no la tocaba, como si estuviera bajo una campana de cristal.

—Y si tuviera una pena, ¿me ayudarías a curarla? En vida, nunca te importé mucho.

—No es cierto —la contradijo—. Y lamento mucho si te di la impresión de que no me importabas nada, o que te odiaba, Jessamine. Creo que me recordabas más a mí mismo de lo que quería admitir y, por tanto, te juzgaba con la misma dureza con que me habría juzgado a mí mismo.

Ella lo miró al oírle.

—Vaya, ¿es esto franqueza, Will? ¡Cuánto has cambiado! —Dio un paso atrás, y Will vio que sus pies no dejaban ninguna huella en la nieve en polvo del escalón—. Estoy aquí porque en vida no quise ser una cazadora de sombras, cuidar de los nefilim. Ahora se me ha encargado que guarde el Instituto, por tanto tiempo como necesite ser guardado.

—¿Y no te importa? —inquirió él—. Estar aquí, con nosotros, cuando podrías haber pasado al otro lado...

Ella arrugó la nariz.

—No tenía ganas de pasar al otro lado. En vida se me exigió mucho, el Ángel sabe lo que puede ser después. No, soy feliz aquí, observándoos, callada, vagando y sin ser vista. —Su cabello plateado brilló bajo la luna cuando inclinó la cabeza hacia Will—. Sin embargo, tú estás a punto de volverme loca.

—¿Yo?

—Sin duda. Siempre dije que serías un terrible pretendiente, Will, y estás a punto de demostrarlo.

—¿De verdad? —preguntó él—. ¿Has vuelto de la muerte, como el fantasma del viejo Marley, sólo para darme la lata sobre mis expectativas sentimentales?

—¿Qué expectativas? Has llevado a Tessa a dar tantas vueltas en carruaje, que apuesto algo a que podría dibujarte el plano de Londres de memoria, pero ¿te has declarado? No. Una dama no puede declararse a sí misma, William, y ¡no puede decirte que te ama si no le muestras tus intenciones!

Will negó con la cabeza.

—Jessamine, eres incorregible.

—Y también tengo razón —señaló—. ¿De qué tienes miedo?

—De que si muestro mis intenciones, ella dirá que no me corresponde, que no me ama como amaba a Jem.

—No te amaré como amaba a Jem. Te amaré como te ama a ti, Will, a una persona totalmente diferente. ¿Desearías que no hubiera amado a Jem?

—No, pero tampoco quiero casarme con alguien que no me ama.

—Deberás preguntárselo para averiguarlo —indicó Jessamine—. La vida está llena de riesgos. La muerte es mucho más sencilla.

—¿Cómo es que no te he visto antes de hoy, si has estado aquí todo este tiempo? —preguntó él.

—Aún no puedo entrar en el Instituto y, cuando estás en el patio, siempre estás con alguna otra persona. He intentado atravesar las puertas, pero una especie de fuerza me lo impide. Es mejor de lo que era. Al principio sólo podía subir unos pocos escalones. Ahora ya estoy donde me ves. —Indicó su posición en la escalera—. Un día podré entrar adentro.

—Y cuando lo hagas, encontrarás que tu habitación sigue igual que siempre, hasta con tus muñecas —le informó Will.

Jessamine esbozó esa sonrisa que hacía que el chico se preguntase si siempre había estado tan triste, o si la muerte la había cambiado más de lo que él había pensado que podían cambiar los fantasmas. No obstante, antes de que pudiera decir nada más, una mirada de alarma cruzó el rostro de Jessamine y se desvaneció en un remolino de nieve.

Will se volvió para ver qué la había asustado. Las puertas del Instituto se habían abierto, y había salido Magnus. Llevaba un gran abrigo de lana de astracán, y su alta chistera de seda ya estaba salpicada por los copos de nieve caídos.

—Debería haber sabido que te encontraría aquí fuera, haciendo todo lo que puedes para convertirte en un témpano —habló Magnus; descendió la escalera hasta quedar junto a Will, y miró el patio.

El chico no quiso mencionar a Jessamine. De algún modo, pensó que ella no habría querido que lo hiciera.

—¿Te marchas de la fiesta o sólo me estás buscando?

—Ambas cosas —contestó Magnus, mientras se ponía un par de guantes—. Lo cierto es que dejo Londres.

—¿Dejas Londres? —repitió Will consternado—. No puedes decirlo en serio.

—¿Y por qué no? —El brujo movió el dedo hacia un copo de nieve errante. Éste soltó una chispa azul y desapareció—. No soy londinense, Will. He hecho una parada con Woolsey durante un tiempo, pero su hogar no es mi hogar, y Woolsey yo nos hartamos de nuestra mutua compañía después de no demasiado tiempo.

—¿Adónde vas a ir?

—Nueva York. ¡El Nuevo Mundo! Una vida nueva, un continente nuevo. —Alzó las manos—. Hasta puede que me lleve tu gato conmigo. Charlotte dice que ha estado muy mustio desde que Jem se fue.

—Bueno, araña a todo el mundo. Te lo regalo. ¿Crees que le gustará Nueva York?

—¿Quién sabe? Lo descubriremos juntos. Lo inesperado es lo que me evita estancarme.

—A los que no vivimos eternamente quizá no nos guste tanto el cambio como a los que sí. Estoy cansado de perder a gente —comentó Will.

—Y yo —concedió el brujo—. Pero es como te dije, ¿no? Aprendes a soportarlo.

—He oído a veces que los hombres que pierden un brazo o una pierna aún sienten dolor en esa extremidad. A veces puedo sentir a Jem conmigo, aunque no esté, y es como si me faltara una parte de mí.

—Pero no es así —replicó Magnus—. Jem no está muerto, Will. Vive porque tú le dejaste marchar. Él se habría quedado contigo y habría muerto si se lo hubieras pedido, pero lo amabas lo bastante para preferir que viviera, aunque sea una vida separada de la tuya. Y eso más que nada demuestra que no eres Sydney Carton, Will, que el tuyo no es la clase de amor que sólo puede redimirse con destrucción. Es lo que vi en ti, lo que siempre he visto en ti, lo que me hizo querer ayudarte. Que no desesperas, que tienes una infinita capacidad para la alegría. —Le puso una enguantada mano bajo la barbilla y le alzó el rostro. No había muchas personas con las que Will tuviera que levantar la cabeza para mirarles a los ojos, pero Magnus era una de ellas—. Estrella brillante —continuó, y sus ojos eran pensativos, como si estuviera recordando algo o a alguien—. Los que sois mortales, ardéis con tanta ferocidad... Y tú eres más feroz que la mayoría, Will. Nunca te olvidaré.

—Ni yo a ti —respondió éste—. Te debo mucho. Rompiste mi maldición.

—No estabas maldito.

—Sí, lo estaba —repuso Will—. Lo estaba. Gracias, Magnus, por todo lo que has hecho por mí. Si no lo he dicho antes, te lo digo ahora. Muchísimas gracias.

El brujo dejó caer la mano.

—No creo que ningún cazador de sombras me haya dado las gracias antes.

El muchacho sonrió de medio lado.

—Yo que tú intentarías no acostumbrarme demasiado. No somos una gente muy agradecida.

—No —rió Magnus—. No, no me acostumbraré. —Sus brillantes ojos de gato se entrecerraron—. Creo que te dejo en buenas manos, Will Herondale.

—Te refieres a Tessa.

—Sí. ¿O vas a negar que tiene tu corazón? —Comenzó a descender los escalones; se detuvo y miró al chico.

—No —contestó Will—. Pero se apenará de que te hayas ido sin despedirte de ella.

—¡Oh! —repuso Magnus, y se volvió al final de la escalera con una curiosa sonrisa en el rostro—. No creo que eso sea necesario. Dile que nos volveremos a ver.

Will asintió. Magnus le dio la espalda, con las manos en los bolsillos del abrigo, y comenzó a caminar hacia la verja del Instituto. El cazador de sombras lo contempló hasta que se perdió entre la blancura de la nieve.

Tessa había salido del salón de baile sin que nadie lo notara. Incluso los atentos ojos de Charlotte estaban distraídos, sentada junto a Henry en su silla de ruedas, cogiéndole la mano y sonriendo por las payasadas de los músicos.

Tessa no tardó en encontrar a Will. Había supuesto dónde se hallaría, y no se había equivocado: en los escalones de entrada al Instituto, sin abrigo ni sombrero, dejando que la nieve le cayera sobre la cabeza y los hombros. Todo el patio estaba tapizado de blanco, como azúcar glasé, que cubría la fila de carruajes que esperaban allí, las verjas negras, las losas del suelo sobre las que había muerto Jessamine. El chico estaba mirando fijamente hacia adelante, como si tratara de discernir algo entre los copos que caían.

—Will —lo llamó Tessa, y él se volvió para mirarla. Ella había cogido un chal de seda, pero nada más grueso, y notaba el frío pinchazo de los copos de nieve sobre la desnuda piel del cuello y los hombros.

—Debería haber sido más educado con Elias Carstairs —se lamentó Will a modo de contestación. Estaba mirando al cielo, donde una pálida luna creciente pasaba entre gruesas nubes y niebla. Copos de nieve blanca le habían caído sobre el cabello. Tenía las mejillas y los labios enrojecidos por el frío. Estaba más guapo de lo que ella recordaba haberlo visto—. En vez de eso, me he comportado como lo habría hecho... antes.

Tessa sabía lo que quería decir. Para Will sólo había un antes y un después.

—Se te permite tener mal humor —le recordó—. Ya te lo he dicho antes, no quiero que seas perfecto. Sólo sé Will.

—Quien nunca será perfecto.

—Perfecto es aburrido —repuso Tessa, que bajó el último escalón para ponerse a su lado—. Dentro están jugando a «completa la cita poética». Podrías haber dado todo un espectáculo. No creo que haya nadie ahí que pudiera igualar tu conocimiento de la literatura.

—Aparte de ti.

—Es cierto que yo sería una competencia difícil. Quizá pudiéramos ser una especie de equipo, y repartirnos las ganancias.

—Eso no sería justo —se quejó Will distraído, mientras echaba la cabeza hacia atrás. La nieve se arremolinaba entre ellos, como si estuvieran en el ojo de un torbellino—. Hoy, cuando Sophie ha Ascendido...

—¿Sí?

—Eso es algo que habría querido. —Se volvió para mirarla, caían copos de blanca nieve sobre sus oscuras pestañas—. Para ti.

—Sabes que para mí no es posible, Will. Soy una bruja. O al menos, eso es lo más parecido a lo que soy. Y no puedo ser totalmente nefilim.

—Lo sé. —Él se miró las manos, y abrió los dedos para dejar que se posaran los copos de nieve, derritiéndosele sobre la palma—. Pero en Cadair Idris dijiste que esperabas ser una cazadora de sombras, que Mortmain había acabado con esa esperanza...

—En ese momento lo sentía así —admitió ella—. Pero cuando me convertí en Ithuriel, cuando Cambié y destruí a Mortmain... ¿cómo puedo odiar algo que me ha permitido proteger a la gente que quiero? No es fácil ser diferente, y aún menos ser única. Pero empiezo a pensar que yo no estoy hecha para un camino fácil.

Will rió.

—¿El camino fácil? No, no es para ti, mi Tessa.

—¿Soy tu Tessa? —Se apretó más el chal sobre los hombros, fingiendo que se estremecía sólo de frío —. ¿Te molesta lo que soy, Will? ¿Que no sea como tú?

Las palabras quedaron entre ellos, sin decirse: «No hay futuro para un cazador de sombras que tontea con brujos».

Will palideció.

—Lo que dije en el tejado, hace tanto tiempo... tú sabes que no era en serio.

—Lo sé...

—No quiero que seas diferente de lo que eres, Tessa. Eres lo que eres, y te amo. No amo sólo las partes de ti que cuentan con la aprobación de la Clave...

La chica alzó las cejas.

—¿Estás dispuesto a soportar el resto?

Él se pasó una mano por el oscuro cabello, húmedo de nieve.

—No. Lo estoy expresando mal. No hay nada de ti que pueda imaginarme no amar. ¿De verdad crees que es tan importante para mí que seas nefilim? Mi madre no es una cazadora de sombras. Y cuando te vi Cambiarte en el ángel... cuando te vi arder con el fuego del Cielo, fue glorioso, Tess. —Dio un paso hacia ella—. Lo que eres, lo que puedes hacer, es como un gran milagro de la tierra, como el fuego o las flores salvajes o la amplitud del mar. Eres única en el mundo, igual que eres única en mi corazón, y nunca habrá un momento cuando no te ame. Te amaría si no tuvieras nada de cazadora de sombras...

Ella esbozó una sonrisa trémula.

—Pero me alegro de serlo, aunque sólo lo sea a medias —admitió ella—, ya que eso significa que puedo quedarme contigo, aquí, en el Instituto. Que la familia que he hallado puede seguir siendo mi familia. Charlotte dijo que si así lo quiero, puedo dejar de ser Gray y adoptar el nombre que mi madre debería haber tenido antes de casarse. Podría ser una Starkweather. Podría tener un auténtico nombre de cazadora de sombras.

Oyó que Will soltaba aire. Una vaharada blanca en el frío. Sus ojos eran azules, grandes y claros; estaban fijos en el rostro de Tessa. Tenía la expresión de un hombre que se ha endurecido para hacer algo terrible, y lo había hecho.

—Claro que puedes tener un auténtico nombre de cazadora de sombras —repuso Will—. Puedes tener el mío.

Ella se lo quedó mirando, todo él blanco y negro contra el blanco y negro de la piedra y la nieve.

—¿Tu nombre?

El chico dio otro paso hacia ella, y quedaron cara a cara. Entonces le cogió la mano y le sacó el guante, que se guardó en el bolsillo. Sujetó la mano desnuda en la suya, con los dedos entrelazados. Era cálida y callosa, y su contacto hizo estremecer a Tessa. Sus ojos eran firmes y azules; eran todo lo que Will era: sincero y tierno, agudo e ingenioso, cariñoso y amable.

—Cásate conmigo, Tess. Cásate conmigo y sé Tessa Herondale. O sé Tessa Gray, o como quieras llamarte, pero cástate conmigo y quédate conmigo y no me dejes nunca, porque no puedo soportar que pase otro día de mi vida en el que tú no estés.

La nieve se arremolinaba alrededor de ellos, blanca, fría y perfecta. Las nubes en lo alto se abrieron, y entre los resquicios Tessa pudo ver las estrellas.

—Jem me explicó lo que Ragnor Fell había dicho sobre mi padre —continuó Will—. Que para mi padre sólo hubo siempre una sola mujer a la que amar, y que para él era ella o nada. Tú eres eso mismo para mí. Te amo, y sólo te amaré a ti hasta que muera...

—¡Will!

Él se mordió el labio. Tenía el cabello lleno de nieve, las pestañas estrelladas de copos.

—¿Ha sido eso demasiado exagerado? ¿Te he asustado? Ya sabes cómo soy con las palabras...

—Oh, lo sé.

—Recuerdo lo que me dijiste una vez —prosiguió él—. Que las palabras tienen el poder de cambiarnos. Tus palabras me han cambiado, Tess; me han hecho un hombre mejor de lo que habría sido

de otro modo. La vida es un libro, y hay mil páginas que aún no he leído. Las querría leer contigo, tantas como pueda, antes de morir.

Tessa le puso la mano sobre el pecho, sobre el corazón, y notó sus latidos contra la palma, una firma de tiempo única que era toda suya.

—Sólo me gustaría que no hablaras de morir —puntualizó ella—. Pero incluso por eso, sí, sé cómo eres con las palabras, y Will... las amo todas. Cada una que dices. Las tontas, las absurdas, las hermosas, y las que son sólo para mí. Las amo y te amo a ti.

Will comenzó a hablar, pero Tessa le tapó la boca con la mano.

—Me encantan tus palabras, mi Will, pero conténlas durante un momento —repuso Tessa, y le sonrió a los ojos—. Piensa en todas las palabras que he guardado dentro todo este tiempo, mientras no sabía tus intenciones. Cuando viniste al salón y me dijiste que me amabas, dejarte ir fue lo más duro que he hecho nunca. Dijiste que amabas las palabras de mi corazón, la forma de mi alma. Lo recuerdo. Recuerdo cada una de las palabras que me dijiste desde ese día hasta hoy. Nunca las olvidaré. Hay tantas palabras que querría decirte, y tantas que te quiero oír decir. Espero que tengamos toda la vida para decírnoslas mutuamente.

—Entonces ¿te casarás conmigo? —preguntó Will, deslumbrado, como si no acabara de creer su buena suerte.

—Sí —contestó ella; la palabra última, más sencilla y más importante del mundo.

Y Will, que tenía palabras para todas las ocasiones, abrió la boca y la cerró en silencio, y en vez de hablar, la cogió y la apretó contra sí. Ella notó que el chal se le caía a la escalera, pero los brazos de Will la rodeaban, y su boca estaba sobre la de ella mientras él inclinaba la cabeza para besarla. Sabía a copos de nieve y vino, como el invierno y Will y Londres. Notaba la boca de él suave sobre la suya, las manos en su cabello, esparciendo bayas blancas sobre los escalones. Tessa lo abrazó con fuerza mientras la nieve se arremolinaba alrededor de ellos. A través de las ventanas del Instituto, podía oír el tenue sonido de la música del salón de baile: el pianoforte, el chelo y sobre todos ellos, como chispas saltando hacia el cielo, las dulces y alegres notas del violín.

—No puedo creer que vayamos a casa —comentó Cecily. Tenía las manos cogidas ante sí, y saltaba en sus botas blancas de cabritilla. Estaba envuelta en un abrigo rojo, lo más brillante en la oscura cripta excepto por el propio Portal, grande, plateado y reluciente en la pared del fondo.

A través de él, Tessa podía entrever, como en un sueño, un cielo azul (el cielo fuera del Instituto era de un gris londinense) y de colinas cubiertas de nieve. Will se hallaba a su lado, su hombro contra el de ella. Se le veía pálido y nervioso, y ella deseó cogerle la mano.

—Nos vamos a casa, Cecy —dijo él—. No para quedarnos. Vamos de visita. Quiero presentar a mi prometida a nuestros padres —y al decir eso su palidez disminuyó un poco y curvó los labios en una sonrisa—, para que conozcan a la chica con la que me voy a casar.

—Oh, vamos —replicó Cecily—. ¡Podemos usar el Portal para ir a verlos siempre que queramos! Charlotte es la Cónsul, así que no podemos meternos en líos.

La aludida gruñó.

—Cecily, ésta es una expedición extraordinaria. El Portal no es un juguete. No puedes usarlo cuando te venga en gana, y esta excursión debe quedar en secreto. Nadie excepto los que estamos aquí puede saber que has ido a visitar a tus padres, ¡que te he permitido violar la Ley!

—¡No se lo diré a nadie! —protestó Cecily—. Y Gabriel tampoco. —Miró al chico que tenía a su lado—. No lo harás, ¿verdad?

—Que alguien me recuerde, ¿por qué viene con nosotros? —inquirió Will al mundo en general además de a su hermana.

Cecily puso los brazos en jarras.

—¿Por qué viene Tessa?

—Porque Tessa y yo vamos a casarnos —contestó Will, y su prometida sonrió; que su hermana pequeña pudiera poner nervioso a Will como nadie todavía la divertía.

—Bueno, pues Gabriel y yo tal vez nos casemos —replicó Cecily—. Algún día.

Éste hizo un ruido ahogado y se puso de un alarmante color púrpura.

Will alzó las manos al cielo.

—¡No te puedes casar, Cecily! ¡Sólo tienes quince años! ¡Cuando me case, tendré dieciocho! ¡Un adulto!

Cecily no pareció impresionada.

—Podríamos tener un largo noviazgo —replicó—. Pero no sé por qué me estás aconsejando que me case con un hombre al que mis padres no han visto nunca.

Will saltó:

—¡No te estoy aconsejando que te cases con un hombre al que tus padres no han visto nunca!

—Entonces, estamos de acuerdo. Gabriel debe conocer a mamá y a papá. —Cecily se volvió hacia Henry—. ¿Está listo el Portal?

Tessa se inclinó hacia Will.

—Me encanta el modo en que te maneja —susurró—. Es muy entretenido verlo.

—Espera hasta que conozcas a mi madre —repuso Will, y la cogió de la mano. Tenía los dedos fríos; debía de tener el corazón acelerado. Tessa sabía que se había pasado toda la noche en vela. Ver a sus padres después de tantos años le resultaba tan aterrador como alegre. Ella conocía esa mezcla de esperanza y temor, infinitamente peor que una sola cosa.

—El Portal está listo —avisó Henry—. Y recordad, en una hora lo volveré a abrir para que podáis volver.

—Y comprended que esto es para una sola vez —insistió Charlotte ansiosa—. Aunque yo sea la Cónsul, no puedo permitir que visitéis a vuestra familia mundana...

—¿Ni siquiera en Navidad? —preguntó Cecily, poniendo ojos trágicos.

Charlotte se enterneció visiblemente.

—Bueno, quizá para Navidad...

—Y los cumpleaños —añadió Tessa—. Los cumpleaños son especiales.

La Cónsul se cubrió el rostro con las manos.

—Oh, por el Ángel.

Henry rió e hizo un gesto hacia el Portal.

—Pasad —indicó, y Cecily fue la primera; desapareció en el Portal como si hubiera traspasado una catarata. Gabriel la siguió, y luego Will y Tessa, cogidos de la mano. Tessa se concentró en el calor de la mano de su prometido, el latido de la sangre a través de su piel, mientras el frío y la oscuridad los atrapaban, y los hacían rodar durante unos momentos sin aire y sin tiempo. Unas luces estallaban tras sus párpados, y emergió de la oscuridad de repente, parpadeando y tambaleándose. Will la cogió para evitar que cayera.

Se hallaban en el amplio camino de entrada curvado de Ravenscar Manor. Tessa había visto el lugar sólo desde lo alto, cuando Jem, Will y ella habían estado juntos en Yorkshire, sin saber que era la familia de Will la que habitaba esa casa. Recordó que la mansión se hallaba en el centro de un valle, con colinas que se elevaban a su alrededor, cubiertas de aulaga y brezo, en ese momento salpicados de nieve. Los árboles habían estado verdes en aquella ocasión; ahora estaban desnudos y del oscuro tejado de la casa colgaban témpanos de hielo.

La puerta era de roble oscuro, con una pesada aldaba de latón en el centro. Will miró a su hermana, que asintió hacia él; luego se cuadró de hombros, cogió la aldaba y la soltó. El estruendo resultante pareció reverberar por todo el valle, y Will dijo una palabrota por lo bajo.

Tessa le rozó la muñeca con la mano.

—Ten valor —lo animó—. No es un pato, ¿verdad?

Él le sonrió, con el oscuro cabello cayéndole sobre los ojos, en el instante en que la puerta se abrió y apareció una pulcra sirvienta vestida de negro con cofia blanca. Echó una ojeada al grupo que se hallaba ante la puerta y los ojos se le salieron de las órbitas.

—Señorita Cecily —exclamó con voz ahogada, y luego su mirada se clavó en Will. Se llevó una mano a la boca, se dio la vuelta y entró corriendo en la casa.

—Oh, vaya —exclamó Tessa.

—Tengo ese efecto sobre las mujeres —bromeó Will—. Probablemente debería haberte avisado antes de que aceptaras casarte conmigo.

—Aún puedo cambiar de idea —replicó Tessa dulcemente.

—Ni te atrevas a... —comenzó él, con una carcajada ahogada, y de repente había gente en la puerta: un hombre alto y de anchas espaldas con una masa de cabello rubio con canas, y ojos azul claro. Detrás de él había una mujer: delgada y muy hermosa, con el cabello negro de Will y Cecily y ojos azules tan oscuros como violetas. Se le escapó un grito en cuanto vio a Will, y las manos se le alzaron, agitándose como pajaritos espantados por una ráfaga de viento.

Tessa soltó la mano de Will. Éste parecía paralizado, como un zorro acorralado por los perros.

—Ve —le dijo su amada en voz baja, y él avanzó un paso, y entonces su madre ya lo estaba abrazando.

—Sabía que volverías —le confesaba—. Lo sabía. —Y le siguió un torrente de galés, en el que Tessa sólo pudo discernir el nombre de Will. Su padre estaba anonadado; sonreía tendiéndole los brazos a Cecily, que corrió hacia ellos con más ganas de las que Tessa nunca le había visto hacer nada.

Durante los minutos siguientes, Tessa y Gabriel esperaron incómodos en la puerta, sin mirarse el uno a la otra, pero sin saber muy bien adónde más mirar. Pasados unos minutos, Will se apartó de su madre, palmeándole tiernamente el hombro. Ésta rió, aunque tenía los ojos cargados de lágrimas, y dijo algo en galés que Tessa sospechó que era un comentario sobre que Will ya era más alto que ella.

—Pequeña mamá —bromeó él con afecto, confirmando las sospechas de Tessa, y se apartó justo cuando la mirada de su madre caía sobre Tessa y luego sobre Gabriel, sorprendiéndose—. Mamá y papá, ésta es Theresa Gray. Estamos prometidos y nos casaremos el año que viene.

La madre de Will ahogó un grito, aunque, para alivio de la chica parecía más sorprendida que otra cosa; el padre del muchacho miró inmediatamente a Gabriel, y luego a Cecily, entrecerrando los ojos.

—¿Y quién es este caballero?

Will sonrió aún más.

—Oh, él —dijo—. Éste es el... amigo de Cecily, el señor Gabriel Lightworm.

Gabriel, a medio tender la mano para estrechársela al señor Herondale, se quedó parado de horror.

—Lightwood —barboteó—. Gabriel Lightwood...

—¡Will! —protestó Cecily, mientras se soltaba de su padre para lanzarle una mirada asesina a su hermano.

Will miró a su prometida con ojos brillantes. Ella abrió la boca para reprenderle, para decir «¡Will!» como acababa de hacer Cecily, pero era demasiado tarde... ya se había echado a reír.

EPÍLOGO

Digo que la tumba que sobre los muertos se cierra se abre en la puerta del cielo; y lo que aquí metemos para el fin de las cosas, es de todos el primer paso.

VICTOR HUGO, «At Villequier»

Londres, Blackfriars Bridge, 2008

El viento era cortante, y transportaba arenilla y basura suelta: paquetes de patatas fritas, hojas de periódico sueltas, recibos viejos... por el pavimento. Tessa miró a uno y otro lado para ver si llegaba algún coche y cruzó corriendo al otro lado del puente.

Cualquiera que se fijara en ella, habría visto a una chica corriente de unos veinte años: los tejanos metidos en las botas, un jersey de cachemira que había conseguido a mitad de precio en las rebajas de enero y una larga melena castaña, ligeramente rizada por la humedad, que le caía de cualquier manera por la espalda. Si el observador tuviera un ojo especial para la moda, habría supuesto que la bufanda de cachemira que llevaba era un saldo en vez de una original de más de cien años, y que el brazalete que le rodeaba la muñeca era de alguna tienda *vintage*, y no un regalo que le había hecho su marido en su decimotercer aniversario de bodas.

Tessa aminoró el paso al llegar al balcón de piedra en la pared del puente. Habían construido bancos de piedra, y era posible sentarse y mirar el agua verde gris que salpicaba los pilares del puente, o San Pablo en la distancia. La ciudad estaba viva de sonido; el ruido del tráfico: bocinas sonando, el rugido de los autobuses de dos pisos, los tonos de llamada de docenas de móviles, la charla de los peatones, los tenues sonidos de música escapando de los auriculares de blancos iPods.

Tessa se sentó en un banco, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo. El aire era sorprendentemente limpio y claro; el humo y la polución que habían teñido de amarillo y negro el aire cuando había estado allí de joven ya no estaban, y el cielo era del color de una canica azul grisáceo. El horror que había sido el puente del tren de Dover y Chatham tampoco estaba ya; sólo los pilares sobresalían aún del agua como un extraño recuerdo de lo que hubo una vez. Boyas amarillas cabeceaban en el agua, y los botes de turistas resoplaban al pasar, con las voces amplificadas de los guías turísticos resonando por los altavoces. Autobuses tan rojos como corazones de caramelo pasaban rápidos por el puente, y enviaban hojas muertas volando hasta la acera.

Tessa miró el reloj que llevaba en la muñeca. Cinco minutos para el mediodía. Había llegado un poco pronto, pero siempre hacía lo mismo para su encuentro anual. Le daba la oportunidad de pensar, de pensar y de recordar, y no había mejor lugar para hacer ambas cosas que allí, en Blackfriars Bridge, el primer lugar en el que habían hablado de verdad.

Junto al reloj llevaba siempre un brazalete de perlas. Nunca se lo quitaba. Will se lo había regalado cuando llevaban treinta años de casados y sonrió mientras se lo abrochaba. Entonces, él ya tenía canas en el cabello; ella lo sabía aunque nunca las había visto realmente. Como si su amor le hubiera dado a él su propia capacidad de cambiar de forma, por mucho tiempo que pasara, cuando ella lo miraba, siempre lo veía como el muchacho alocado de cabello negro del que se había enamorado.

A veces, aún le resultaba increíble que hubieran conseguido envejecer juntos, ella y Will Herondale, de quien Gabriel Lightwood había dicho en una ocasión que no viviría más allá de los diecinueve. Con los Lightwood habían mantenido una buena amistad durante todos esos años. Claro que Will no podía no ser amigo del hombre que se había casado con su hermana. Tanto Cecily como Gabriel habían visitado a Will el día de su muerte, igual que Sophie, aunque Gideon había muerto unos años antes.

Tessa recordaba ese día con toda claridad, el día que los Hermanos Silenciosos habían dicho que no podían hacer nada más para mantener vivo a Will. Ya entonces, él no podía dejar la cama. Tessa se había cuadrado y se había ido a comunicar la noticia a su familia y amigos, tratando de mantener la calma por ellos lo mejor que podía, aunque se sentía como si le estuvieran arrancando el corazón del pecho.

Había sido en junio; el brillante y cálido verano de 1937, y con las cortinas abiertas, la luz del sol había inundado el dormitorio, el sol y los hijos de Will y de ella, sus nietos, sus sobrinos y sobrinas: los chicos de ojos azules de Cecily, altos y apuestos, y las dos chicas de Gideon y de Sophie; además de los que eran como de la familia: Charlotte, canosa y recta, y los hijos e hijas Fairchild, con su cabello pelirrojo rizado, como había sido el de Henry.

Durante todo aquel día, Tessa había estado sentada en la cama con Will a su lado, apoyado en su hombro. A otros, el panorama les podría haber resultado extraño: una joven sosteniendo con amor a un hombre lo suficientemente mayor para ser su abuelo, con las manos de ambos entrelazadas, pero para la familia era lo normal: sólo eran Tessa y Will. Y como eran Tessa y Will, los demás fueron y vinieron durante todo el día, como hacían los cazadores de sombras cuando alguien estaba muriendo en su cama; explicaban historias de la vida de Will y de todas las cosas que Tessa y él habían hecho durante su larga vida juntos.

Los hijos había hablado con cariño de cómo Will siempre había amado a su madre, feroz y devotamente; de cómo nunca había tenido ojos para nadie más, y de cómo su padre les había dado un modelo del tipo de amor que ellos habían esperado encontrar en su propia vida. Hablaban de su gusto por los libros, y de cómo les había enseñado a todos a quererlos también, a respetar la página impresa y a querer las historias que esas páginas contaban. Hablaban de que aún maldecía en galés cuando se le caía algo, aunque pocas veces usaba ese idioma, y de que aunque su prosa era excelente y, al jubilarse, había escrito varias historias de los cazadores de sombras que habían tenido muy buena crítica, su poesía siempre había sido terrible, aunque eso nunca le había impedido recitarla.

Su hijo mayor, James, había hablado riendo sobre el miedo que Will tenía a los patos y de su continua batalla por mantenerlos alejados del estanque de la casa familiar en Yorkshire.

Sus nietos le habían recordado la canción sobre la viruela demoníaca que él les había enseñado (cuando eran demasiado pequeños, en opinión de Tessa) y que todos habían memorizado. La cantaron todos juntos, desafinando, escandalizando a Sophie.

Con lágrimas corriéndole por las mejillas, Cecily le había recordado el momento de su boda con Gabriel en el que él había hecho un bonito discurso alabando al novio, y al final había dicho: «Dios santo, pensaba que se estaba casando con Gideon. Retiro todo lo dicho», irritando así no sólo a Cecily y a Gabriel, sino también a Sophie. Will demasiado cansado para reír, había sonreído a su hermana y le había apretado la mano.

Todos habían reído con su costumbre de llevar a Tessa a «unas vacaciones» románticas a lugares sacados de novelas góticas, incluido un horroroso páramo donde había muerto alguien, un frío castillo con un fantasma y, naturalmente, la plaza de París donde había decidido que habían guillotinado a Sydney Carton, y donde Will había aterrorizado a los peatones gritando: «¡Puedo ver la sangre en los adoquines!», en francés.

Al final del día, mientras el cielo se oscurecía, la familia se había reunido junto al lecho de Will y le habían ido besando antes de marcharse uno a uno, hasta que éste y Tessa se quedaron solos. Tessa se había tumbado junto a él, le había cogido y le había apoyado la cabeza en el pecho. Y entre las sombras, habían susurrado, recordándose uno a otra las historias que sólo ellos sabían. La de la chica que había golpeado en la cabeza con la jarra del agua al chico que había ido a rescatarla, y cómo él se había enamorado de ella al instante. La de un salón de baile y un balcón, y la luna navegando como un barco a la deriva por el cielo. La del aleteo del ángel mecánico. La del agua bendita y la sangre.

Cerca de la medianoche, la puerta se había abierto y había entrado Jem. Tessa supuso que debería pensar ya en él como hermano Zachariah, pero ni Will ni ella lo llamaban así. Él había entrado como una sombra ataviado su hábito blanco, y Tessa había respirado hondo al verlo, porque sabía que eso era lo que Will había estado esperando, y que la hora había llegado.

Jem no fue directo hacia Will, sino que cruzó la sala hasta una caja de palosanto que había sobre la cómoda. Habían guardado siempre el violín de Jem para él, como Will le había prometido. Lo mantenían limpio y afinado, y las bisagras de la caja no crujieron cuando el Hermano Silencioso la

abrió y sacó el instrumento. Le observaron mientras aplicaba resina en el arco con sus delgados dedos de siempre; las pálidas muñecas desaparecían bajo la tela aún más blanca de los hábitos de pergamino de los Hermanos.

Se llevó el violín al hombro y alzó el arco. Y tocó.

Zhin yin. Jem le había dicho en una ocasión que eso significaba entender la música, y también un vínculo que era más profundo que la amistad. Jem tocó, y tocó los años de la vida de Will como él los había visto. Tocó los dos niños en la sala de entrenamiento, uno enseñando al otro a lanzar cuchillos, y tocó el ritual de *parabatai*: el fuego, los votos y las ardientes runas. Tocó dos jóvenes corriendo por las calles de Londres en la oscuridad, parándose para apoyarse en una pared y reír. Tocó el día en la biblioteca cuando Will y él habían bromeado con Tessa sobre patos, y tocó el tren de Yorkshire en el que Jem había dicho que los *parabatai* debían amarse uno al otro como amaban a su propia alma. Tocó ese amor, y tocó el amor de ambos por Tessa y el de ella por ellos, y tocó a Will diciendo: «En tus ojos siempre he encontrado la gracia». Y tocó las demasiado pocas veces que los había visto desde que se había unido a la Hermandad; los breves encuentros en el Instituto; la vez que un demonio Shax había mordido a Will y casi lo había matado, y Jem había ido desde la Ciudad Silenciosa y se había sentado con él, arriesgándose a ser descubierto y castigado. Y tocó el nacimiento de su primer hijo, y de la ceremonia de protección que habían celebrado para el niño en la Ciudad Silenciosa. Will no había querido que ningún otro Hermano Silencioso la llevara a cabo. Y Jem tocó la forma como se había cubierto el marcado rostro con las manos y se había dado la vuelta cuando descubrió que el nombre del niño era James.

Tocó el amor, la pérdida y los años de silencio, las palabras nunca dichas y los votos no realizados, y todos los espacios entre su corazón y el de ellos; y cuando acabó, y después de dejar el violín en la caja, los ojos de Will estaban cerrados, pero los de Tessa estaban cargados de lágrimas. Jem dejó el arco y fue hacia la cama, mientras se bajaba la capucha, y ella vio sus ojos cerrados y las cicatrices de su rostro. Y él se sentó junto a ellos en la cama y cogió la mano de Will, la que Tessa no sujetaba; los dos miembros del matrimonio oyeron la voz de Jem en la cabeza.

Te sujeto la mano, hermano, para que puedas ir en paz.

Will abrió los ojos, que nunca habían perdido su color azul a lo largo de los años, y miró a Jem y luego a Tessa, y sonrió, y murió, con la cabeza de su mujer sobre el hombro y la mano en la de Jem.

Nunca le había dejado de doler, recordar la muerte de Will. Cuando él ya no estuvo, Tessa se había ido. Sus hijos ya eran mayores, tenían hijos propios; ella se dijo que no la necesitaban y ocultó en el fondo de su mente la idea que la perseguía: no podía soportar quedarse y verlos envejecer más que ella. Una cosa había sido sobrevivir a la muerte de su esposo. Sobrevivir a la muerte de sus hijos... no podía quedarse sentada para verlo. Sucedería, tenía que suceder, pero ella no estaría allí.

Y además, había algo que Will le había pedido que hiciera.

El camino que llevaba de Shrewbury a Welshpool no era más largo de lo que lo había sido cuando él lo había atravesado cabalgando en una carrera enloquecida y temeraria para salvarla de Mortmain. Will había dejado instrucciones, detalles, descripciones de pueblos, de cierto roble. Tessa había recorrido varias veces la carretera de arriba abajo en su Morris Minor antes de encontrarlo: el árbol, como lo había dibujado en el diario que le había dado, con la mano temblándole un poco, pero el recuerdo claro. La daga se hallaba entre las ramas del árbol, que había crecido alrededor de la empuñadura. Tuvo que cortar varias, y excavar en la tierra y las rocas con una pala, para poder sacarla. La daga de Jem, manchada por el clima y el paso del tiempo.

Ese año, se la había llevado a Jem al puente. Era 1937, y el Blitz aún no había llegado para destruir los edificios alrededor de San Pablo, para bombardear con fuego y quemar los muros de la ciudad que Tessa amaba. Aun así, había una sombra sobre el mundo, la señal de una oscuridad acercándose.

—Se matan entre ellos y se matan entre ellos, y no podemos hacer nada —había dicho Tessa, con las manos sobre la gastada piedra de la balastrada del puente. Estaba pensando en la Gran Guerra, la primera guerra mundial, en el despilfarro de vidas. No era una guerra de cazadores de sombras, pero de

la sangre y la guerra nacían demonios, y era la responsabilidad de los nefilim evitar que los demonios crearan aún mayor destrucción.

No podemos salvarles de sí mismos, había contestado Jem. Llevaba la capucha alzada, pero el viento se la bajó, mostrando a Tessa el borde de su marcada mejilla.

—Algo está viniendo. Un horror que Mortmain sólo podía imaginar. Lo siento en los huesos.

Nadie puede librar al mundo de todo el mal, Tessa.

Y cuando sacó del bolsillo del abrigo la daga, envuelta en seda, aún sucia y manchada por la tierra y la sangre de Will, y se la entregó, él agachó la cabeza y se la acercó, encorvando los hombros sobre ella, como si se protegiera una herida en el corazón.

—Will quería que la vieras —dijo Tessa—, pero no te la puedes llevar.

Guárdamela. Puede llegar un día.

Ella no le preguntó a qué se refería, pero la guardó. La guardó cuando dejó Inglaterra, los blancos acantilados de Dover alejándose como nubes en la distancia mientras cruzaba el Canal. En París encontró a Magnus, que vivía en una buhardilla y pintaba, una ocupación para la que no tenía la más mínima aptitud. La dejó dormir en un colchón junto a la ventana, y por la noche, cuando ella se despertó llorando por Will, él se acercó y la abrazó, oliendo a trementina.

—El primero es siempre el más difícil —afirmó él.

—¿El primero?

—El primero al que amas y muere —respondió él—. Se va haciendo más fácil, después.

Cuando la guerra llegó a París, se fueron juntos a Nueva York, y el brujo le volvió a dar a conocer la ciudad en la que ella había nacido: una metrópoli ajetreada, brillante, vibrante que ella casi no reconoció. Donde los coches llenaban las calles como hormigas y los trenes pasaban silbando por plataformas elevadas. Ese año no vio a Jem, porque la Luftwaffe estaba bombardeando Londres con fuego, y él había considerado que era demasiado peligroso encontrarse, pero en los años siguientes...

—¿Tessa?

El corazón se le detuvo.

La cabeza le dio vueltas, mareada, y por un momento se preguntó si se estaba volviendo loca, si después de tantos años, el pasado y el presente se le habían unido en el recuerdo hasta no poder distinguir la diferencia. Porque la voz que oía no era la voz suave, silenciosa y «en la cabeza» del hermano Zachariah, la voz que había resonado en su interior una vez al año durante los pasados ciento treinta años.

Ésta era una voz que le despertaba recuerdos desgastados por años de recordarlos, como un papel doblado y desdoblado demasiadas veces. Una voz que le despertaba, como una ola, el recuerdo de otra vez en ese puente, una noche de hacía tanto tiempo, todo negro y plata, y el río corriendo a sus pies...

El corazón le latía con tanta fuerza que creyó que le iba a reventar las costillas. Lentamente, se volvió, apartándose de la balaustrada. Y miró.

Él se hallaba en la acera frente a ella, sonriendo con timidez, con las manos en los bolsillos de unos vaqueros modernos. Llevaba un jersey de algodón azul remangado hasta los codos. Tenues cicatrices blancas le decoraban los antebrazos como encaje. Tessa vio la forma de la runa del Silencio, que había sido tan negra y fuerte en su piel, y se había desvanecido hasta ser un leve trazo de plata.

—¿Jem? —susurró, y se dio cuenta de por qué no lo había visto cuando lo había estado buscando con la mirada entre la gente. Había estado buscando al hermano Zachariah, envuelto en su hábito blanco de pergamino, moviéndose sin ser visto, entre el gentío de la capital. Pero ése no era el hermano Zachariah.

Ése era Jem.

No podía apartar los ojos de él. Siempre había pensado que Jem era guapo. En ese momento, para ella no era menos guapo. En un tiempo, su cabello había sido blanco plata, y se rizaba ligeramente con el aire húmedo, y tenía ojos castaño oscuro con toques dorados en los iris. En un tiempo, su piel había sido pálida; ahora tenía color. Donde su rostro no había tenido marcas antes de convertirse en un

Hermano Silencioso, había dos oscuras cicatrices, las primeras runas de la Hermandad, que destacaban claramente en el arco de cada pómulos.

Donde el cuello de su jersey hacía una pequeña V, Tessa vio la delicada forma de la runa de *parabatai* que, en un tiempo, lo había unido a Will. Que quizá los uniera todavía, si se consideraba que las almas podían estar unidas sobre la separación de la muerte.

—Jem —susurró ella de nuevo. A primera vista, parecía tener unos diecinueve o veinte años, un poco mayor de lo que había sido cuando se convirtió en Hermano Silencioso. Cuando Tessa lo miró mejor, vio a un hombre: largos años de dolor y sabiduría en el fondo de los ojos; incluso la forma de moverse hablaba de la importancia del sacrificio callado—. ¿Eres...? —La voz se le alzó con una loca esperanza—. ¿Es permanente? ¿Ya no estás ligado a los Hermanos Silenciosos?

—No —contestó él. Hubo un rápido salto en su respiración; la estaba mirando como si no tuviera ni idea de cómo iba a reaccionar a su repentina aparición—. No lo estoy.

—La cura... ¿la has encontrado?

—No la encontré yo —contestó él lentamente—. Se ha encontrado.

—Vi a Magnus en Alacante hace sólo unos meses. Hablamos de ti. No me dijo...

—No lo sabía —repuso Jem—. Ha sido un año difícil, un año muy oscuro, para los cazadores de sombras. Pero entre la sangre y el fuego, la pérdida y la tristeza, han nacido algunos grandes cambios nuevos. —Se señaló a sí mismo, sin ninguna vanidad, y con cierto asombro en la voz, añadió—: Yo mismo he cambiado.

—¿Cómo...?

—Te contaré toda la historia. Otra historia de familias Lightwood, Herondale y Fairchild. Pero eso llevará más de una hora, y debes de tener frío. —Se acercó, como si fuera a tocarle el hombro; luego pareció recordar quién era y dejó caer la mano.

—Yo... —Tessa se había quedado sin palabras. Aún estaba bajo la impresión de verle así, al natural. Sí, lo había visto todos los años, en ese mismo lugar, en el puente. Pero no fue hasta ese momento cuando se dio cuenta de lo mucho que había visto cambiar a Jem. Pero eso... eso era como caer en el pasado, todo un siglo borrado, y se sintió mareada, exultante y aterrorizada—. Pero... ¿después de hoy? ¿Adónde vas a ir? ¿A Idris?

Durante unos segundos, él pareció genuinamente anonadado, y a pesar de lo viejo que ella sabía que era, muy joven.

—No lo sé —respondió él—. Nunca había tenido una vida por delante para planear.

—Entonces... ¿otro Instituto?

«No te vayas —le quiso decir Tessa—. Por favor, quédate».

—No creo que vaya a Idris, o a un Instituto de ninguna parte —dijo él después de un largo silencio—. No sé cómo vivir en el mundo como cazador de sombras sin Will. Creo que ni siquiera quiero intentarlo. Aún soy un *parabatai*, pero mi otra mitad ya no está. Si fuera a algún Instituto y les pidiera que me acogieran, nunca olvidaría eso. Nunca me sentiría completo.

—Entonces ¿qué...?

—Eso depende de ti.

—¿De mí? —Una especie de terror se apoderó de ella. Sabía lo que quería que él dijera, pero parecía imposible. Durante todo el tiempo que lo había estado viendo, desde que se había convertido en un Hermano Silencioso, él había parecido remoto. No brusco ni desalmado, pero como si hubiera una campana de vidrio separándolo del mundo. Tessa recordó al chico que había conocido, que había dado su amor tan libremente como respiraba, pero ése no era el hombre con el que se había visto una vez al año durante más de un siglo. Ella sabía lo mucho que el tiempo contenido entre ese pasado y el presente la había cambiado a ella. ¿Cuánto más podría haberle cambiado a él? Tessa no sabía qué quería él en su nueva vida, o más directamente, de ella. Le quería decir lo que él quisiera oír, quería cogerlo y sujetarlo, tomarle las manos y asegurarse de su forma, pero no se atrevía. No sin saber lo que

él quería de ella. Habían pasado demasiados años. ¿Cómo podía suponer que él aún sentía lo que había sentido una vez?

—Yo... —Él se miró las delgadas manos, aferrándose al cemento del puente—. Durante ciento treinta años cada una de las horas de mi vida ha sido programada. A menudo pensaba qué haría cuando fuera libre, si alguna vez se encontraba una cura. Pensé que saldría corriendo inmediatamente, como un pájaro al que sueltan de la jaula. No me había imaginado que emergería y me encontraría el mundo tan cambiado, tan desesperado. Comprendido en fuego y sangre. Quería sobrevivir, pero sólo por una razón. Deseaba...

—¿Qué deseabas?

Él no contestó. En vez de eso le tocó el brazalete con dedos ligeros.

—Es tu brazalete del trigésimo aniversario —observó—. Aún lo llevas.

Tessa tragó saliva. Le cosquilleaba la piel, el pulso se le aceleraba. Se dio cuenta de que no había sentido eso, ese tipo concreto de excitación nerviosa, en tantos años que casi lo había olvidado.

—Sí.

—Después de Will, ¿has amado a alguien más?

—¿Acaso no sabes la respuesta?

—No me refiero del modo en que amas a tus hijos, o del modo en que amas a tus amigos. Tessa, ya sabes a lo que refiero.

—No lo sé —repuso ella—. Creo que necesito que me lo digas.

—Una vez íbamos a casarnos —dijo él—. Y yo te he amado todo este tiempo, un siglo y medio. Y sé que tú amabas a Will. Os vi juntos durante esos años. Y sé que ese amor era tan grande que debe de haber hecho que otros amores, incluso el que nos tuvimos cuando ambos éramos tan jóvenes, parezcan pequeños y sin importancia. Tuviste toda una vida de amor con él, Tessa. Tantos años... Hijos. Recuerdo que no puedo esperar... —Se interrumpió con una fuerte sacudida.

»No —lo silenció, y dejó caer la muñeca—. No puedo hacerlo. He sido un estúpido al pensar... Tessa, perdóname —le pidió; se alejó de ella y se metió entre la gente que pasaba por el puente.

Tessa se quedó un momento parada por la sorpresa; fue sólo un momento, pero suficiente para que él desapareciera entre la gente. Se agarró para estabilizarse. La piedra del puente estaba fría bajo sus dedos; fría, igual que lo había estado la noche que habían ido a ese lugar por primera vez, cuando habían hablado por primera vez. Él había sido la primera persona a la que ella le había confesado su mayor miedo: que su poder la hiciera algo ajeno, algo que no fuera humano. «Eres humana —había dicho él—. En el sentido en el que importa».

Lo recordaba a él, recordaba el encantador muchacho que se moría, y que se había tomado el tiempo de consolar a una asustada chica a la que no conocía, y no había dicho nada sobre su propio miedo. Claro que le había dejado la marca de sus dedos en el corazón. ¿Cómo podría ser de otro modo?

Recordó la vez que le había ofrecido el colgante de jade de su madre, tendido en su mano temblorosa. Recordó besos en un carruaje, y el chico plateado ante la ventana, extrayendo música más hermosa que el deseo del violín que tenía entre las manos.

«Will —había dicho—, ¿eres tú, Will?».

Will. Por un momento, su corazón vaciló. Recordó la muerte de Will; lo que había sufrido después: las largas noches sola, tocando el otro lado de la cama todas las mañanas al despertar durante años, esperando encontrarle allí, y sólo irse acostumbrando lentamente a que ese lado de la cama siempre estaría vacío. Las veces que algo le había hecho gracia y se había vuelto para compartir la broma con él, sólo para quedarse sorprendida de nuevo de que él no estuviera ahí. Los peores momentos, cuando, sentada sola durante el desayuno, se había dado cuenta de que había olvidado del color exacto de sus ojos o del cariz de su risa; que, como el sonido del violín de Jem, se habían perdido en la distancia donde los recuerdos guardan silencio.

Jem era mortal de nuevo. Envejecería como Will, y como él, moriría, y ella no sabía cómo podría soportarlo otra vez.

Otra vez.

«La mayoría de la gente nunca encuentra un gran amor en su vida. Tú tienes la suerte de haber encontrado dos».

De repente, los pies la estaban llevando, casi por propia voluntad. Estaba corriendo hacia la gente, empujando a desconocidos, murmurando disculpas al pisar a peatones o golpearles con los codos. No le importaba. Corrió todo el puente y se detuvo de golpe en el extremo, donde una serie de estrechos escalones bajaban hasta las aguas del Támesis.

Los bajó de dos en dos, casi resbalando sobre la húmeda piedra. Al final de la escalera, había un pequeño muelle de cemento, rodeado de una barandilla de metal. El río iba alto y salpicaba entre los espacios del metal, llenando el pequeño lugar con el olor a limo y agua fluvial.

Jem estaba en la barandilla, mirando hacia el agua. Tenía las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos, y los hombros encorvados como si resistiera un fuerte viento. Miraba hacia adelante casi sin ver, y con tal intensidad que no pareció oírla cuando ella se le acercó por la espalda. Ella le cogió por la manga y le hizo volverse cara a ella.

—¿Qué? —preguntó sin aliento—. ¿Qué ibas a preguntarme, Jem?

Él abrió mucho los ojos. Tenía las mejillas sonrojadas, aunque Tessa no podía estar segura de si era por correr o por el aire frío. Jem la miró como si ella fuera algún tipo de planta extraña que hubiera crecido de repente, asombrándolo.

—Tessa... ¿me has seguido?

—Claro que te he seguido. ¡Has salido corriendo a media frase!

—No era una frase muy buena. —Bajó la mirada, y luego la miró de nuevo a ella, con una sonrisa, tan familiar para ella como sus propios recuerdos, tironeándole de la comisura de la boca. Entonces ella recuperó un recuerdo perdido pero no olvidado: la sonrisa de Jem siempre había sido como la luz del sol—. Nunca fui al que se le daban bien las palabras —admitió él—. Si tuviera mi violín, podría tocar para ti lo que quería decirte.

—Inténtalo.

—No... no estoy seguro de poder. Tenía seis o siete discursos preparados, y me los estaba cargando todos.

Tenía las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos de los vaqueros. Tessa tendió las manos y lo cogió suavemente por las muñecas.

—Bueno, a mí sí se me dan bien las palabras —replicó ella—. Así que déjame que te pregunte.

Él sacó las manos de los bolsillos y le dejó cerrar los dedos sobre sus muñecas. Se quedaron ahí, Jem mirándola desde debajo de su cabello negro, que el viento le volaba sobre la cara. Aún le quedaba un mechón de plata, contrastando contra el negro.

—Me has preguntado si he amado a alguien aparte de Will —dijo ella—. Y la respuesta es sí. Te he amado a ti. Siempre te he amado y siempre te amaré.

Le oyó tragar aire. El pulso le latía en el cuello, visible bajo la pálida piel aún marcada por las tenues líneas blancas de las runas de la Hermandad.

—Dicen que no se puede amar a dos personas por igual al mismo tiempo —continuó Tessa—. Y quizá sea así para otros. Pero Will y tú... no sois dos personas corrientes, dos personas que podrían tener celos la una de la otra, o que fueran a imaginar que mi amor por uno de ellos restaba de mi amor por el otro. Cuando erais niños unisteis vuestras almas. No podría haber amado tanto a Will si no te hubiera amado a ti también, y no podía amarte como te amo si no hubiera amado a Will como le amé.

Le rodeaba las muñecas con los dedos suavemente, justo bajo los puños del jersey. Tocarle así... resultaba tan extraño y, sin embargo, le hacía querer tocarlo más. Casi había olvidado lo mucho que echaba de menos tocar a alguien a quien amaba.

De todos modos se obligó a soltarlo, y se llevó la mano al collar de la camisa. Con cuidado, cogió la cadena que le colgaba del cuello y la alzó para que él pudiera ver, en el extremo de ella, el colgante de

jade que le había regalado hacía tanto tiempo. La inscripción en el dorso aún brillaba como si fuera nuevo:

«Cuando dos personas son una en lo más profundo de su corazón, quiebran incluso la fuerza del hierro o el bronce».

—¿Recuerdas que me lo dejaste a mí? —preguntó—. Nunca me lo he quitado.

Él cerró los ojos. Las pestañas sobre los pómulos, largas y finas.

—Todos estos años —dijo él, y su voz era un susurro, y no era la voz del chico que había sido antes, pero era una voz que Tessa aún amaba—. Todos estos años, ¿lo llevabas? No lo sabía.

—Me parecía que sólo sería una carga para ti, cuando eras un Hermano Silencioso. Temía que pudieras pensar que llevarlo significaba que tenía algún tipo de expectativa sobre ti. Una expectativa que tú no podías cumplir.

Durante un largo rato, él mantuvo silencio. Tessa oía el río golpear la orilla, el tráfico en la distancia. Le pareció que podía oír las nubes moverse en el cielo. Todos los nervios de su cuerpo gritaban pidiendo que él hablara, pero esperó; esperó mientras una expresión sucedía a otra en el rostro de Jem, y por fin habló.

—Ser un Hermano Silencioso es ver todo y nada al mismo tiempo. Podía ver el gran mapa de la vida, extendido ante mí. Podía ver las corrientes de los mundos. Y la vida humana comenzó a parecer una especie de obra de teatro, representada en la distancia. Cuando me sacaron las runas, cuando apartaron el manto de la Hermandad, fue como si me hubiera despertado de un largo sueño, o como si se hubiera roto una campana de cristal que me rodeara. Lo sentí todo, todo al mismo tiempo, apresurándose sobre mí. Toda la humanidad que los hechizos de la Hermandad me habían arrebatado. Y yo tenía tanta humanidad para recuperar... Eso es por ti. Si no te hubiera tenido a ti, Tessa, si no hubiera tenido esas reuniones anuales como punto de anclaje y guía, no sé si podría haber regresado.

Había luz en sus oscuros ojos, y el corazón de Tessa se le elevó dentro del pecho. Sólo había amado a dos hombres en su vida, y había creído que nunca volvería a ver el rostro de ninguno de ellos.

—Pero lo has hecho —susurró ella—. Y es un milagro. Y recuerda lo que te dije una vez sobre los milagros.

Él sonrió al oírla.

—«Los milagros no se cuestionan, ni se protesta porque no están hechos perfectamente de acuerdo con lo que queríamos». Supongo que es cierto. Desearía haber podido volver a tu lado antes. Desearía ser el mismo chico que era cuando tú me amabas, entonces. Me temo que los años me han transformado en otra persona.

Tessa le escrutó el rostro con la mirada. En la distancia podía oír pasar el tráfico, pero ahí, en la orilla del río, casi podía imaginarse que volvía a ser joven, y que el aire estaba cargado de niebla y humo, que el ferrocarril traqueteaba en la distancia...

—Los años también me han cambiado —confesó—. He sido madre y abuela; he visto morir a los que amaba y he visto nacer a otros. Hablas de las corrientes del mundo. Y también las he visto. Si fuera aún la misma chica que era cuando me conociste, no habría sido capaz de decirte lo que siento con tanta libertad como lo he hecho ahora. Y no sería capaz de pedirte lo que estoy a punto de pedirte.

Él alzó la mano y le cubrió la mejilla. Tessa vio la esperanza en su expresión, naciendo lentamente.

—¿Y qué es?

—Ven conmigo —contestó ella—. Quédate conmigo. Sé conmigo. Ve todo conmigo. He viajado por todo el mundo y he visto mucho, pero hay mucho más, y no hay nadie más con quien prefiera verlo. Iría a cualquier parte y a ninguna contigo, Jem Carstairs.

Él le pasó el pulgar por el arco del pómulo. Ella se estremeció. Había pasado tanto tiempo desde que alguien la había mirado así, como si fuera la mayor maravilla del mundo. Y ella sabía que lo estaba mirando a él así también.

—Parece irreal —dijo él con una voz apagada—. Hace tanto que te amo... ¿Cómo puede ser esto cierto?

—Es una de las grandes verdades de mi vida —respondió Tessa—. ¿Vendrás conmigo? Porque no puedo esperar para compartir el mundo contigo, Jem. Hay tanto que ver...

Tessa no estuvo segura de quién se movió primero, pero al cabo de un momento, ella estaba entre sus brazos y él le susurraba: «Sí, claro, sí», contra el cabello. Él le buscó la boca inseguro; ella podía notar su suave tensión, el peso de tantos años entre el último beso y éste. Ella le puso la mano en la nuca y le hizo inclinarse, susurrando: «*Bie zhao ji*. No te preocupes, no te preocupes». Le besó en la mejilla, en la comisura de la boca, y finalmente en la boca. La presión de los labios de él sobre los suyos intensa y gloriosa, y «Oh, los latidos de su corazón, el sabor de su boca, el ritmo de su respiración». Los sentidos de Tessa se mezclaron con el recuerdo: lo delgado que él había sido, la sensación de los omoplatos afilados como cuchillos bajo el fino lino de las camisas que había llevado. En ese momento notó músculo sólido y fuerte al abrazarle; el resonar de la vida por su cuerpo donde se apretaba contra el de ella, el suave algodón de su jersey entre sus dedos.

Tessa sabía que sobre su pequeño embarcadero, la gente aún caminaba por el puente, que el tráfico seguía pasando, que los peatones seguramente los estarían mirando, pero no le importaba; con los años se aprendía lo que era importante y lo que no. Y eso era importante: Jem, la velocidad y el ritmo de su corazón, la gracia de sus delicadas manos al sujetarle el rostro, la suavidad de sus labios sobre los de ella mientras trazaba el contorno de su boca con la de él. Su realidad, cálida, sólida y definitiva. Por primera vez en muchos largos años, Tessa sintió el corazón abierto, y sintió el amor como más que un recuerdo.

No, lo último que le importaba era si la gente estaban mirando al chico y a la chica que se besaban junto al río, mientras Londres, sus barrios, torres, iglesias, puentes y calles, rodaban alrededor como el recuerdo de un sueño. Y si el Támesis que corría junto a ellos, seguro y plateado bajo la luz de la tarde, recordaba una noche, hacía mucho tiempo, cuando la luna había brillado tanto como una moneda sobre esta misma joven pareja, o si las piedras de Blackfriars conocían su paso y pensaban para sí: «Al fin, la rueda ha completado el círculo», y mantenían su silencio.

NOTA SOBRE LA GRAN BRETAÑA DE TESSA

Como en *Ángel mecánico* y *Príncipe mecánico*, el Londres y el Gales de *Princesa mecánica* es, tanto como he podido hacerlo, una mezcla de lo real y lo irreal, lo conocido y lo olvidado. La casa de la familia Lightwood se basa en la Chiswick House, que aún se puede visitar. En cuanto al número 16 de Cheyne Walk, donde reside Woolsey Scott, en aquel tiempo estaba alquilado a Algernon Charles Swinburne, Dante Gabriel Rossetti y George Meredith. Eran miembros del movimiento estético, igual que Woolsey. Aunque ninguno fue nunca (de forma probada) un hombre lobo. Las Argent Rooms se basan en las escandalosas Argyle Rooms.

En cuanto a la desesperada cabalgata de Will por el campo, desde Londres hasta el País de Gales, estoy en deuda con Clary Booker, que me ayudó a diseñar la ruta, encontrar las posadas en las que Will habría pernoctado y especuló sobre el tiempo. He tratado de mencionar caminos y posadas que realmente existieron. (La carretera de Shrewsbury a Welshpool es ahora la A458.) He estado en Cadair Idris y lo he subido, he visitado Dolgellay y Taly-Llyn, y he visto Llyn Cau, aunque no he saltado dentro para ver adónde me llevaba.

El Blackfriars Bridge existe, evidentemente, entonces y ahora, y su descripción en el epílogo es tan similar a lo que he visto de él como he podido hacerlo. Los Artefactos Infernales comienzan con una ensoñación de Jem y Tessa en Blackfriars Bridge, y creo que lo adecuado es que finalice también ahí.

AGRADECIMIENTOS

Unas gracias muy especiales a Cindy y a Margaret Pon por ayudarme con el chino mandarín; a Clary Booker por el diseño del viaje de Will desde Londres hasta Cadair Idris; a Emily-Jo Thomas por ayudarme con el galés de Will y Cecily; a Aspasia Diafa, Patrick Oltman y Wayne Miller por echarme una mano con el latín y el griego clásicos. Gracias a Moritz Wiest por escanear todo el manuscrito para que pudiera entregarlo durante el huracán *Sandy*.

Muchas gracias por el apoyo familiar de mis padres, y también de Jim Hill y Kate Connor; Nao, Tim. David y Ben; Melanie, Jonathan y Helen Lewis; Florence y Joyce. Y gracias a los que leyeron, criticaron e indicaron anacronismos: Sarah Smith, Delia Sherman, Holly Black, Kelly Link, Ellen Kushner, Clary Booker; montones de gracias. Y gracias a los que con sus sonrisas y sus comentarios me ayudaron a seguir un día más: Elka Cloke, Holly Black, Robin Wasserman, Emily Houk, Maureen Johnson, Libba Bray y Sarah Rees Brennan. Mi gratitud eterna a mi agente, Russell Galen; a mi editor, Karen Wojtyla; y a los equipos de Simon & Schuster y Walker Books por hacer que todo llegara a ser. Y finalmente, mi agradecimiento a Josh, que me trajo té y gatos mientras yo trabajaba.